3 1761 09544709 0

M. Fernández y González

LOS AMANTES DE TERUEL

SHOUT
SHARE
IT

98/30

LOS AMANTES DE TERUEL

F3674am

SECCIÓN MORAL-RECREATIVA

LOS AMANTES DE TERUEL

(TRADICIÓN DE LA EDAD MEDIA)

POR

D. Manuel Fernández y González

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS AL CROMO

DIBUJOS DE

D. EUSEBIO PLANAS

TERCERA EDICIÓN

TOMO I

299145
4 34
17

BARCELONA
SALVAT Y C.ª, S. EN C., EDITORES
220, CALLE DE MALLORCA, 220

Es propiedad

LOS AMANTES DE TERUEL

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

De cómo don Pedro Ahones, queriendo cometer un crimen, se encontró cogido en sus propias redes

La luna refleja en las aguas del Guadalaviar; es la alta noche; reina un profundo silencio.

Sólo de tiempo en tiempo se oye la voz de vigilancia de los guardias de la villa fuerte de Teruel.

Al occidente se elevan las macizas y chatas torres de la alcazaba, y en el declive de su colina, sobre los desiguales y altos tejados, se ve la esbelta torre de la iglesia mayor, en cuyo chapitel bizantino refleja la luna, arrancando de él destellos plateados.

La villa, asentada en la altura, proyecta una gran sombra en el estrecho valle por el cual, entre espesos árboles, se desliza el río.

Más lejos y en torno, se ven otras colinas, bañadas las unas por la luna, las otras dejando ver una vaga penumbra.

Sobre una pequeña colina inmediata á aquella en que la villa se asienta, hay una torre alta y cuadrada, románica, coronada de agudas almenas sobre fuertes matacanes, encerrada en otro cuadrado de muros almenados, en cada uno de cuyos ángulos hay una torre redonda y chata.

Aquella es la torre de Segura.

Allá á lo lejos, en las distantes cumbres, se ven otras torres: aquellas son atalayas; aquellas torres están guardadas, prontas á hacer la señal de peligro.

La tierra no está segura.

Los ambiciosos ricohombres aragoneses andan revueltos.

A la sombra de estas discordias que podrían llamarse civiles, hierven los bandoleros y los soldados extranjeros de aventuras que son una misma cosa.

La villa desciende por la vertiente hasta el río.

Un largo y fuerte puente de piedra, con torres en los dos extremos, enlaza la villa con la margen opuesta.

Al extremo del puente opuesto á la villa, en medio de una fresca y frondosa huerta, se alza un pequeño santuario, románico, consagrado á Nuestra Señora del Pilar.

Apoyada en los muros de este santuario se ve una pequeña casa de tierra, humilde albergue del religioso que del santuario cuida.

A lo largo de la ribera se extienden, en un pintoresco desorden, huertas, casas de campo, molinos.

Es el primer día de Septiembre del año de 1211, y bien pasada la media noche.

Hace ya tiempo que los gallos, acá y allá, cerca y lejos, han dejado oir su primer canto.

De improviso, entre una espesura cercana al pequeño santuario ó ermita de Nuestra Señora del Pilar, se oye acompasado marchar de caballos y áspero chocar de piezas de armas que se mueven al compás del paso de los caballos.

Muy pronto en un ancho claro de terreno batido por la argentada luz de la luna, saliendo de la espesura, aparece una tropa de jinetes que avanza hacia el santuario.

Brilla la luna en los arneses de algunos; en los de otros no, tales están de mohosos y empañados.

Unos jinetes van armados de punta en blanco, otros con medios arneses: cada casco, cada escudo, cada coraza tiene su forma aparte; las lanzas no son todas de una igual longitud, de una misma robustez ni de un mismo adorno; algunas ostentan pendoncillos por debajo de sus cuchillas: otras flecos; muchas aparecen escuetas, sin adorno alguno.

Gran parte de los jinetes van en caballos; muchos de ellos en mulas.

En medio del escuadrón, sobre un enorme asno, va una mujer completamente cubierta por un ancho manto de color obscuro.

Uno de los jinetes lleva el ronzal de este asno.

Inmediatamente, sobre una mula, va un hombre cubierto con un ropón obscuro también.

A lo que parece, este hombre va sujeto con ligaduras.

El ronzal de esta mula lo llevaba otro de los jinetes.

Acaudillando esa tropa, jinete en un poderoso caballo negro, iba un caballero cuyo arnés negro reflejaba de una manera lúgubre la luz de la luna.

Si aquella tropa no era de bandidos lo parecía á lo menos.

Siguieron por un estrecho camino que atravesaba el prado, y llegaron á la ermita.

El capitán de aquella gente llamó con el regatón de su lanza á la puerta de la casa donde moraba el ermitaño.

—¿Quién llama á estas horas? contestó desde adentro una voz enérgica.

—Don Pedro Ahones, contestó con una mayor energía el que había llamado.

—¿Y qué quiere don Pedro Ahones? repuso con una mucho mayor energía el de adentro.

—Los auxilios de la religión para dos moridundos.

—¡Moribundos que andan á estas horas por los caminos! dijo creciendo en la dureza del acento del ermitaño.

—Abrid presto, ¡vive Dios! dijo don Pedro Ahones, y cumplid como buen sacerdote.

—Esperad, dijo el ermitaño.

A poco se abrió la puerta; apareció un monje negro; era de una estatura elevada; la ancha plegadera de su túnica, que caía hasta sus pies, le daba un aspecto majestuoso; tenía calada la capucha de tal manera que sólo se veía bajo ella la extremidad de su larga barba blanca.

—¿Quiénes son los moribundos? preguntó con voz breve y extraña.

—Hacedlos bajar de sus cabalgaduras, dijo don Pedro Ahones volviéndose á los suyos.

Los que llevaban del ronzal el asno y la mula, echaron pie á tierra y desataron á los prisioneros de las ligaduras que los sujetaban á los aparejos.

Ella y él desmontaron.

—Confesad primero á la mujer, dijo don Pedro Ahones al monje, con el mismo acento imperativo que si hubiera hablado con uno de sus escuderos.

—Venid, hija mía, dijo dulcificando su acento el ermitaño.

La mujer, ó más bien la dama, que tal parecía por su continente altivo y soberbio, á pesar de la extraña posición en que se encontraba, adelantó de una manera resuelta hacia el monje.

El otro sentenciado estaba muy cerca de la puerta de la vivienda del ermitaño.

Este, con un movimiento rápido, avanzó hacia aquel hombre que permanecía envuelto en su ropón, le asió por un brazo con un vigor extraordinario, tiró de él, y con él se hundió en el lóbrego interior de la habitación.

La puerta se cerró en el mismo punto, y don Pedro Ahones apenas si tuvo tiempo para clavar en ella su lanza; la puerta crujió, pero resistió.

—¡Las hachas! exclamó irritado don Pedro Ahones echándose de su caballo á tierra, y siendo el primero que dejó caer su hacha de armas contra la puerta.

Los del escuadrón cayeron también sobre la puerta á golpes de hacha y la forzaron en algunos segundos.

Don Pedro Ahones se precipitó dentro.

Diez ó doce de sus escuderos le siguieron.

Los restantes cercaron rápidamente la casa y la ermita.

Habían supuesto que por la puerta de la ermita podía salir con los prisioneros el monje.

Hicieron tan rápidamente esta maniobra, que tuvieron la seguridad de que ni el monje ni los prisioneros habían podido escapar.

En tanto don Pedro Ahones y los que con él habían entrado en la habitación del ermitaño, palpaban por todas partes y nada hallaban.

El monje y los dos prisioneros habían desaparecido; no se les encontraba, y las paredes eran desnudas.

En un rincón se tropezaba con una tarima.

No se encontraba en el interior ni un rasto, ni una señal de puerta que pudiera comunicar con el santuario.

Don Pedro Ahones blasfemaba.

—¡A la ermita! dijo saliendo frenético de la habitación del ermitaño.

Y sin levantar el cerco acometió con seis hombres hacha en mano la puerta de la ermita.

En aquel momento resonó el esquilón tocando á rebato.

Como si aquel toque hubiera excitado á don Pedro Ahones y á los suyos, los golpes de hacha se redoblaron.

La campana de la torre que defendía la entrada del puente contestó al toque de rebato.

—¡Ira de Dios, exclamó don Pedro Ahones, que los de Teruel van á caer sobre nosotros! apretad los puños,

hijos; adentro y caigan bajo nuestras hachas esos dos miserables.

Pero la puerta de la ermita era muy fuerte; estaba, además, claveteada de hierro, y resistía.

De la parte superior de la ermita caían piedras sobre los acometedores.

Pero los defendía el embocinamiento del arco de la puerta.

Esta cedió al fin.

En el momento en que sus hojas caían hechas astillas, oyóse hacia la parte del puente tropel de caballos y una voz potente que excitaba á la multitud de hombres armados que llegaron muy pronto.

Los de don Pedro Ahones acudieron á sus caballos.

Los de Teruel se interpusieron, y alancearon á algunos de ellos, obligando á los otros á salvarse á través de la espesura.

Entretanto el capitán de la gente que de la torre había salido entraba en la ermita, y después de un brevísimo combate rendía á don Pedro Ahones.

—¡Ah, vive Dios, que sois vos, don Pedro Ahones! dijo el capitán de los de Teruel.

Era éste un joven como de veinticuatro años, extraordinariamente hermoso; el valor y la lealtad resplandecían en sus negros ojos; de su moreno semblante rebosaba la franqueza.

Llevaba con suma bizarría sus arreos militares, que eran dignos de un noble, pero en manera alguna ricos.

En contraposición, don Pedro Ahones, en la valía de sus armas y en lo espléndido de sus preseas, manifestaba

su alta alcurnia y sus grandes riquezas; como que era uno de los altivos prohombres de Aragón que se hombreaban con el rey.

—Sí, yo soy, exclamó el altivo prócer; haced, pues, plaza, hidalgüelo: ¿pues no veis lo que va de vos á mí?

—Sí que lo veo, contestó el joven caballero; de vos á mí hay lo que va de un cristiano á un hereje condenado que se atreve á profanar el templo del Señor; lo que va de un vasallo leal á un rebelde, de un hombre honrado á un asesino, de un caballero á un villano: entregadme vuestra espada ó vive Dios que me olvide de todo y os mate.

—¿Y quién sois vos que os atrevéis á pedir su espada á don Pedro Ahones?

—En primer lugar, capitán de los guardas del concejo de Teruel, en segundo, don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, tan noble como vos y como el rey.

Don Pedro Ahones rugió de cólera, pero sus escuderos que no habían sido muertos, habían huído y los guardas de Teruel le cercaban.

Don Juan Diego de Marsilla le arrancó la espada.

—¡Juro á Dios y al infierno, exclamó el soberbio ricohombre, que si hoy la jornada es vuestra, cuando llegue la mía me he de vengar con usura de vos!

—Llevadle, dijo Marsilla á los guardas.

Marsilla, con algunos otros, se quedó en la ermita.

Le había detenido una voz que le había dicho:

—Deteneos, caballero: necesito hablar con vos.

CAPITULO II

En que continúan los misteriosos principios de nuestro relato

Aquella voz era la del ermitaño; se volvió Marsilla hacia donde sonaba, y le vió en una pequeña puerta.

Tenía aún calada la capucha.

En la ermita no había otra luz que la que ardía en la lámpara del altar y el reflejo de la luna que batía en la puerta de entrada.

Pero estas dos luces bastaban para distinguir suficientemente los objetos.

El monje adelantó; tras él salió por la puertecilla la dama que el monje había libertado; tras ella el hombre.

Aparecían aún envueltos en sus ropones.

El monje se rebatió el capuz y dejó ver una fisonomía extraña.

No podía marcarse su edad, aunque por su larga barba aparecía viejo.

Tanto podían atribuírsele setenta años como ciento.

Los rasgos de su semblante eran de una hermosura severa en que había mucho de siniestro.

Sus grandes ojos negros dejaban sentir en su fondo una especie de luz fosforescente; su nariz era larga, recta, y daba la idea de la fuerza y del dominio; su frente ancha y prominente, estaba marcada por una arruga fatídica; á pesar de su vejez no estaba calvo; una gran melena blanca como la plata caía sobre sus hombros y sobre sus espaldas, y una palidez lívida completaba su aspecto de espectro.

En la sombría frente de este hombre se transparentaba algo que hacía pensar en una historia misteriosa.

La dama, que tras el monje había salido, se descubrió á su vez.

Asió una mano á Marsilla, y le dijo:

—Después de Dios, caballero, os debemos la vida: yo haré tal, que os muestre cumplidamente hasta qué punto llega mi agradecimiento.

Y antes de que Marsilla pudiese evitarlo le besó la mano.

Marsilla miró con asombro á aquella dama: su hermosura era fenomenal: tez de nácar; labios húmedos y rojos como la flor de la granada; ojos azules como el cielo de la noche; luengas pestañas curvas dando con su sombra un encanto y una fuerza irresistible á su mirada, en cuyo foco parecía lucir algo semejante á un lucero perdido en la inmensidad del espacio; garganta mórbida, voluptuosa, de una inflexión sensual y al mismo tiempo purísima, y todo esto con una estatura alta, con una esbeltez suprema, con un encanto sobrehumano.

—Después de Dios, caballero, os debemos la vida... Y antes de que Marsilla pudiese evitarlo, le besó la mano

Al desenvolverse de su ropón había dejado descubierta una riquísima vestidura.

Había en ella algo repulsivo.

Podía, en fin, decirse de ella á primera vista:

—O es un ángel, ó un demonio.

Su traje era extranjero; extranjero su acento; su mirada tenía á veces la fiereza de la del león; á veces la dulzura de la de la paloma.

Fijaba en Marsilla una mirada intensa, una mirada que le aturdía.

El hombre se había descubierto también, abriendo su balandrán y echando atrás su capuz.

Era una criatura horrible.

Un negro bizco de un ojo, tuerto del otro, de frente deprimida, de nariz chata, de labios, ó más bien, de belfos gruesos, de cuello corto y fuerte, de hombros demolidos, de miembros hercúleos.

Sin embargo, en este hombre había una indudable grandeza; algo que imponía respeto.

Se acercó también á Marsilla, le tomó la mano y se la besó.

—Vosotros no podéis permanecer aquí, dijo don Juan Diego: bueno será que me sigáis á la villa y á mi casa.

—Sí, dijo el monje: Dios perdone al rey don Pedro por la protección que da á esos herejes albigenses, que nos han traído la guerra con Francia y los bandos en el reino: no hay lugar seguro fuera de las villas, y aún así hay que aguardar los muros día y noche. Sí, sí, llevádoslos. Cuando el obispo de Tarragona sepa que su

hermano, don Pedro Ahones, ha sido preso en Teruel, vendrá con toda su hueste y acometerá la villa. El rey se detiene en el Rosellón, frente á Simón de Montforte, y nos deja aquí entregados á los bandos.

—Sí, dijo don Juan Diego, dirigiéndose á los dos rescatados, iréis á Teruel y á mi casa, y luego veremos lo que ha de hacerse.

—Yo no tengo á nadie en el mundo, dijo ella.

Marsilla mandó á su gente, que se componía de vecinos honrados de Teruel, trajesen dos caballos, para que en ellos se acomodasen la hermosa dama y aquel extraño personaje.

—Yo os daría un consejo, don Juan Diego, dijo el monje que desde el momento en que la dama se había descubierto la miraba con profundo interés siempre creciente: en vez de llevarlos á Teruel y á vuestra casa, ¿por qué no los lleváis á la torre de Segura?

—¿A la torre de Segura? dijo Marsilla.

Y empalideció.

—Don Pedro de Segura es muy rico, dijo el monje: tiene defendida su casa, que es muy fuerte, con gente brava: toda la gente del bando de don Pedro Ahones no tomaría la torre sino combatiéndola durante mucho tiempo: además, don Pedro de Segura, que ha sabido mantenerse en estas turbulencias entre los unos y los otros, es querido y respetado, ya por los que defienden al Papa, ya por los albigenses. Creedme: llevadlos á la torre de Segura.

—¡Isabel! murmuró Marsilla: ¿qué pensará Isabel si llevo á su casa á una mujer tan hermosa?

Y luego añadió alto:

—Tenéis razón, venerable Roger; la torre es más fuerte que la villa: está mejor defendida: llevaré á ella á estos dos desgraciados.

—¡Oh, sí; muy desgraciados! dijo la dama.

El negro siguió en silencio.

Parecía resignado á la situación en que se encontraba.

Pero de tiempo en tiempo su rápida mirada, en la que había, aunque imperceptible, una expresión sombría y feroz, pasaba de la dama á Marsilla y de éste á la dama.

En cuanto á ella, miraba con insistencia y de una manera ardiente á Marsilla.

Éste parecía impresionado por aquella mirada de fuego.

Tal vez por esto el monje le había aconsejado que en vez de llevarlos á su casa los llevase á la torre de Segura.

Llegó uno de los de las guardas de la villa y dijo á don Juan Diego que se había encontrado algo mejor que los caballos que estaban embardados de guerra para conducir á la dama y al negro.

Eran el asno y la mula en que habían llegado.

Se les había encontrado pastando entre algunos cadáveres de los de don Pedro Ahones.

Don Juan Diego hizo que los dos libertados montasen en sus cabalgaduras.

Antes de esto, ellos se despidieron del padre Roger, mostrándole su agradecimiento de una manera conmovedora.

Don Juan Diego se despidió como un antiguo amigo del padre Roger, y partió hacia la torre de Segura.

Pero envió á Teruel dos hombres para que avisasen de

lo que había sucedido y enviasen gente para que recogiese á los muertos y á los heridos.

Dejó, además, cuatro hombres para que guardasen la destrozada puerta del santuario.

Cuando se quedó solo el padre Roger se fué al altar.

Se arrodilló y permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho, como dominado por una emoción profunda.

Se le sentía sollozar bajo su capucha que se había calado de nuevo.

Al cabo de un largo espacio de oración y de meditación, se levantó, atravesó con paso lento el santuario, llegó á la misma puertecilla por donde había parecido cuando Marsilla entró con los suyos y prendido á don Pedro Ahones, y descendió por una estrecha escalera de caracol que en la parte superior llegaba hasta la espadaña del esquilón de la ermita.

Descendió treinta escalones.

Al fin de ellos, y sólo por el tacto, porque no llevaba luz, oprimió un resorte.

Se oyó en seguida un áspero rechinamiento.

Era una puerta secreta que se abría.

Pasó el monje, y se volvió á cerrar rechinando la puerta.

El monje adelantó algunos pasos por un espacio tenebroso y húmedo.

Oyóse de nuevo otro rechinamiento.

Era otra puerta secreta que se abría.

Al fin salió á su habitación por una escalera de otros treinta peldaños.

La tarima que servía de lecho al monje estaba levantada.

Eso se veía al reflejo de la luna que entraba por la destruída puerta.

La tarima volvió á caer.

Era una especie de compuerta que cubría por aquella parte la comunicación secreta entre la habitación del monje y la ermita.

Bajo ésta había unos grandes subterráneos.

Esta era la mejor defensa que tenía para el caso de una acometida, en aquellos revueltos tiempos, el padre Roger.

Se arrodilló de nuevo.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Luego se arrojó contra el suelo y quedó con los brazos extendidos y en cruz.

Sus sollozos crecieron.

Así permaneció durante mucho tiempo.

Luego se levantó, se sentó en la tarima y quedó inmoble, doblegado, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

CAPITULO III

Lo que era la torre de Segura

Don Pedro de Segura era un caballero muy noble, y al que llamaban el ricohombre de Teruel, no porque él tuviese el señorío de Teruel, que era villa realenga, sino porque en Teruel no había quien le igualase en alcurnia ni en riqueza.

Su hacienda era enorme.

Como todos los grandes señores de la Edad Media que gozaban el privilegio de pendón y de caldera, don Pedro tenía una casa fuerte.

Esto es, un castillo más pequeño que los fuertes castillos reales ó señoriales, pero no por esto menos fuerte y menos bello.

Todo se reducía á que sólo constaba de una torre con un cuadrado de muros alrededor, y otras cuatro torres más pequeñas en los ángulos.

Esta torre, que estaba al occidente de Teruel, en el declive de la montaña, protegida por los altos y fuertes torreones de la alcazaba de la villa, se llamaba, desde antiguos tiempos, del nombre de sus señores, la torre de Segura.

Era esta torre gigantesca.

En el piso bajo una gran cuadra donde dormían los treinta escuderos de la mesnada de don Pedro; al otro lado la capilla, una bella capilla románica, y un gran salón que servía de guardamuebles.

Una bella escalera de mármol, de rica y primorosa ornamentación en la balaustrada, conducía al primer piso.

En este primer piso estaban el salón ó cámara de honor, grande, alta y noblemente ornamentada con tapices.

Los muebles eran grandes, pesados, de roble admirablemente tallado.

Una gran chimenea de dosel de mármol blanco ostentaba todas las caprichosas y bravas ornamentaciones del gusto románico.

En el invierno una gran alfombra de Córdoba cubría las grandes losas del pavimento de mármol blanco, que en el verano quedaban descubiertas.

En el centro había una gran mesa de mármol sobre caprichosas bichas.

El artesonado era una tracería árabe de los primeros tiempos, y de su superficie pendía, por medio de una cadena, una lámpara de hierro delicadamente cincelada con cuatro mecheros.

Se sentían allí la grandeza, la nobleza y la riqueza.

Un grande arco ornamentado, partido el claro por una esbelta columna que producía otros dos arcos sobre los cuales había un rosetón, todo esto con vidrieras de colores, daba á un mirador calado, desde el cual se veía el declive de la colina hasta la frondosa margen del Guadalaviar; por la parte de la izquierda el acceso de la colina y parte de la alcazaba de Teruel; por la derecha, después de un áspero barranco, otra colina más baja en cuya cumbre había unas pobres chozas de pastores.

Al frente, más allá de Guadalaviar, la Vega, y en su último término, los montes.

No había más luz para la cámara de honor que este mirador, lo que prestaba á la cámara penumbras y accidentes de luz que la hacían parecer más bella.

A ambos lados de la gran chimenea había las puertas principales.

La una conducía á una pequeña cámara muy rica, esmeradamente amueblada, con un lecho blanco, y frente al lecho un tocador con un gran espejo de acero.

Algunos sillones, un diván á la morisca, un reclinatorio labrado á la manera de aquellos tiempos, y un armario de roble igualmente labrado, componían el mueblaje.

Aquella era la cámara de Isabel de Segura.

De la señorita de la casa, como diríamos hoy.

De la hija única de don Pedro de Segura y de su mujer doña Margarita de Centellas.

Esta cámara recibía la luz de un bello ajimez, que sin dejar de ser románico tenía mucho de árabe, y le cerraban vidrieras de colores.

La otra puerta, á la derecha de la chimenea, conducía á la cámara nupcial, por decirlo así, y servía de habitación á los dos esposos.

Al frente de la chimenea, sobre una especie de retablo, en que se veía, pintado en tabla, la Ascensión de Nuestra Señora, se ostentaba, tocando al friso del artesonado, el gran escudo de armas de los Segura.

A la derecha de este retablo, en el cual, como por devoción á la Virgen, estaba continuamente encendida una lámpara, había una puerta por la que se pasaba á otra cámara en que había un lecho y que podía servir para un huésped.

Otra puerta á la izquierda daba paso á un salón donde se comía, donde hacían las doncellas labor, donde se reunía, en fin, la familia.

En el segundo piso había otros tres cuartos de huéspedes, bien amueblados, y que cualquier caballero podía aceptar.

Estaban también las habitaciones de los domésticos, la cocina y la despensa.

El último piso eran los desvanes.

Allí estaban la halconera, ó lo que es lo mismo, el lugar donde se cuidaba á las aves de cetrería, el palomar y otros varios huecos que estaban llenos de muebles viejos.

En los cimientos tenía la torre algunas fuertes mazmorras.

Esto no podía faltar en ningún castillo de la Edad Media.

Se necesitaba un lugar donde se pudieran guardar con seguridad los prisioneros.

El exterior de la torre era gallardo, esbelto.

Tenía nidos de golondrinas en los ángulos y en el centro de los lados.

De uno á otro de estos nidos de golondrina corrían matacanes ornamentados, y sobre ellos se ostentaban robustas y puntiagudas almenas.

En el centro de la torre se alzaba, sobre dos pilares, un bello arco, y de él pendía una gran campana.

Esta campana servía para los toques de rebato.

Las cuatro torres que se apoyaban en los bastiones del recinto, servían de hospedería de mendigos, de hospedería de gente llana, de enfermería y de cuerpo de guardia, por decirlo así.

Alrededor corría un ancho y profundo foso lleno de agua, defendido por una barbacana y una estacadura.

En el lado que miraba al Guadalaviar y á la Vega, estaba la poterna, que era fuerte, fuertísima, con un robusto rastrillo y un pesado puente levadizo.

De esta poterna partía un camino bastante ancho que descendía en zig-zag por la vertiente hasta el camino que corría entre árboles por la orilla del río.

A la parte del mediodía se extendía un inmenso parque cortado por caballones de tierra coronados de espesos pinos.

En este parque había abundancia de caza menor.

Todas las tierras que al mediodía se extendían, en un espacio de más de cuatro leguas cuadradas, pertenecían á don Pedro de Segura.

Allí tenía éste su yeguada, su vacada, sus rebaños y

más allá, en un monte cerrado, abundancia de caza mayor y menor.

Cerca de sí, empleados en su servicio, ya como pajes, como escuderos ó gente de armas, ya como domésticos, ya como peones de campo, ya como pastores, tenía un gran número de hombres robustos y valientes don Pedro de Segura.

Al primer toque de rebato de su campana, podía tener en su castillo más de mil hombres dispuestos á defenderle, armado el que menos con una ballesta.

Por esto había dicho con razón el padre Roger, que los dos cautivos, arrancados á la crueldad del rebelde don Pedro Ahones, estaban más guardados en la torre de Segura que en la misma alcazaba de Teruel.

En fin, el que tenía una morada tal como la torre de Segura podía llamarse un gran señor.

CAPITULO IV

Un primer perfil del ricohombre don Pedro de Segura

Don Pedro de Segura era un caballero de más de sesenta años, pero fuerte y bravo.

Su mujer, doña Margarita de Centellas, frisaba en los cuarenta.

Pero era todavía muy hermosa.

Don Pedro de Segura era muy severo.

Se jactaba de que jamás él ni ninguno de los de su ascendencia, que se perdía allá en los tiempos fabulosos, habían hecho traición á su rey.

Aragonés hasta la médula de los huesos, era bravo como un león, firme como una roca y franco como un niño.

No comprendía que un noble pudiese engañar, ni mentir, ni valerse de malas artes.

Era tan independiente, que jamás había querido tener cargo público alguno, ni oficio, por honorífico que fuese, en la casa del rey.

Decíase que él se estaba muy bien en su casa sin tener que servir á nadie más que á Dios.

Era católico, apostólico, romano á puño cerrado.

La herejía de los albigenses, que se había metido en España, le irritaba.

Lo que el rey parecía inclinarse á estos herejes le tenía en cuidado mortal: sin sueño ni reposo.

¿Debía continuar él sirviendo al rey Don Pedro, si éste se ponía decididamente de parte de los herejes?

Si servía, dada esta condición, al rey, deservía á Dios.

Si servía á Dios, poniéndose frente á frente de Don Pedro por causa de Roma, deservía al rey.

La elección no podía dudarse.

Sin embargo, don Pedro de Segura, que veía en el rey casi á su Dios, en su calidad de representante de Dios sobre la tierra, vacilaba, y vacilando sufría.

Sufría lo que nosotros no podemos decir á nuestros lectores.

Todo era consultar con el obispo y con los canónigos de la iglesia mayor de Teruel.

Pero éstos nada le decían que aprovechase á su conciencia.

Estaban en las mismas dudas que él.

Y así se pasaba el tiempo don Pedro de Segura.

Gobernando su casa, administrando sus bienes, rezando en su libro de horas y yéndose todas las tardes á la iglesia mayor de la villa á departir con el obispo y con los canónigos sobre si, dado el caso de que el rey se declarase abiertamente albigense, se le debía guardar fidelidad.

Otras tardes se iba á la abadía del Cister, que había en las inmediaciones.

Otras, en fin, á la ermita de Nuestra Señora del Pilar, de cuyo ermitaño, el monje Roger, era grande amigo.

Cuando volvía al oscurecer ponía su castillo en pie de defensa.

Como ya hemos dicho, la tierra no estaba segura.

Los de ambas opiniones, papistas y albigenses, se hacían una crudísima guerra.

A la sombra de esta guerra había nacido el bandidaje.

Grandes bandas de aventureros, generalmente extranjeros, acometían las poblaciones indefensas y aun las casas fuertes que no estaban bien defendidas, y se arrojaban á todo género de crímenes, depredaciones y atropellos.

Era necesario vivir alerta.

Don Pedro de Segura, pues, no se descuidaba.

Dormía con un ojo y con un oído, y el otro oído y el otro ojo los mantenía abiertos.

Así es que mucho después de la media noche oyó perfectamente el toque de una bocina que provenía, á no dudarlo, de delante de la poterna de la torre.

Saltó de su lecho y se puso apresuradamente á vestirse.

Doña Margarita, su mujer, estaba sumida en un dulce y profundo sueño.

Cuando resonó el segundo toque de bocina, ya tenía puestas don Pedro las calzas, los borceguíes y el capuz. Se ciñó la espada y el puñal, se puso el birrete, y sin despertar á su mujer salió de la cámara conyugal, atravesó la de honor y se lanzó á las escaleras.

Subía entonces por ellas, con un hachón en la mano,

el escudero que comandaba aquella noche, por orden de su señor, la guarda.

—¿Qué sucede, le preguntó don Pedro.

—Sucede, señor, respondió el escudero, que don Juan Diego Garcés de Marsilla, con alguna gente, acaba de llegar y pide ver á vuesamerced.

Entonces, que el rey tenía tratamiento de señor, los ricohombres y los prelados tenían el tratamiento de vuesamerced.

Al oir el nombre de Marsilla, frunció de una manera leve el entrecejo don Pedro, y dijo:

—¿Y qué puede suceder para que don Juan Diego me busque á estas horas?

—Hace algún tiempo que ha tocado á rebato el esquilón de la ermita de Nuestra Señora del Pilar, contestó el escudero.

—¡A rebato! exclamó don Pedro: ¿y nuestra campana ha permanecido en silencio?

—Vimos á la luz de la luna, señor, que brillaba en los arneses, que de la villa salían guardas para socorrer la ermita: calló la campana; ha habido un corto combate: poco después ha llegado don Juan Diego con algunos hombres de á caballo. Don Juan Diego, yo le ví esta tarde, estaba guardando la primera torre del puente.

—¿Y qué habéis dicho á don Juan Diego?

—Le hemos rogado, señor, que nos esperase, mientras veníamos á avisar á vuesamerced.

Sin oir más, don Pedro de Segura bajó las escaleras, llegó á la poterna, y mandó alzasen el rastrillo y echasen el puente.

CAPITULO V

En que se ve un perfil más de don Pedro de Segura, y se conocen dos nobles damas y un amor desconocido

Una vez formada en la arcada de la poterna la guarda para mayor seguridad, don Pedro de Segura, que traía la espada en la mano, dijo:

—Pasad solo, don Juan Diego Garcés de Marsilla.

Echó pie á tierra don Juan y entró sin escudo y sin lanza y la espada envainada.

—Guárdeos Dios, señor don Pedro Segura, dijo entrando don Juan y tendiendo la mano al ricohombre.

—Él con vos venga, don Juan Diego, dijo don Pedro estrechando con un marcado afecto la mano del joven; ¿qué me queréis? ¿para qué me buscáis?

—Hemos tenido algunos momentos de conversación don Pedro Ahones y yo, respondió Marsilla; ya sabéis, el buen hermano del obispo de Tarragona, y de tal manera

he respondido á sus razones, que le he matado la mitad de la gente, le he ahuyentado la otra mitad, y le tengo preso en la torre del puente, que estoy guardando porque hoy me ha tocado en suerte con las guardas de la villa; he rescatado, además, dos cautivos que traía y que quería matar, puesto que llegó con ellos á la ermita de Nuestra Señora del Pilar y llamó al ermitaño para que los auxiliase: el buen padre Roger logró meterlos, aprovechando un descuido, en la ermita, y cerró la puerta. Entonces don Pedro Ahones forzó la puerta, y en la ermita se entró á viva fuerza.

—¿Cómo siendo tan católico y tan aragonés don Pedro Ahones, se ha atrevido á profanar un santuario de Nuestra Divina Señora del Pilar? dijo escandalizado don Pedro de Segura.

—¿Don Pedro Ahones es ambicioso y rebelde, y le apoya además su hermano el obispo, más ambicioso y más rebelde que él.

—A Dios darán cuenta esos hombres de lo que hacen, dijo don Pedro de Segura con el acento de una fe ciega.

—A Dios después, dijo enérgicamente Marsilla, antes al rey y á los buenos aragoneses.

—¿Y para qué me habéis buscado? dijo el ricohombre.

—Para que deis hospitalidad, si así vuestra caridad lo quiere, á esos desgraciados: aquí estarán mejor guardados que en la villa. Puede ser que tras las huellas de don Pedro venga su hermano el obispo, y al saber que don Pedro ha sido preso acometa la villa.

—Pláceme que hayáis pensado en mí para esta buena obra, don Juan Diego: por lo demás, dejad que venga el

obispo de Tarragona con toda su clerecía; saldrán con las manos en la cabeza, si es que les queda cabeza para llevarse á ella las manos, yo os lo aseguro. Haced pasar vuestra gente; que entren esos que habéis libertado; yo les doy en mi casa la hospitalidad, aunque sean albigenses, que Dios nos manda socorrer aun á nuestros enemigos.

Por lo que se ve era un cumplidísimo cristiano don Pedro de Segura.

Don Juan Diego hizo entrar á los guardas de Teruel que le seguían, y con ellos vinieron la hermosa dama y el extraño negro.

Los guardas se quedaron en lo que podía llamarse plaza de armas, y la dama y el negro continuaron hacia el interior entre don Juan Diego y el ricohombre.

Ella aparecía altiva, pero sin soberbia.

Él abatido, pero sin bajeza.

Ella, sin poder contenerse, miraba con insistencia á Marsilla.

El negro, de una manera recatada é imperceptible, le miraba con odio.

Ella había saludado gentilmente, como una gran señora, al noble en cuya casa, que bien hubiera podido llamarse palacio, le daba hospitalidad.

El negro se había mostrado agradecido.

Pasaron del primer piso.

Continuaron subiendo las escaleras hacia el segundo.

El ricohombre no quería molestar ni á su mujer ni á su hija.

Además, don Pedro no las ponía nunca en contacto

con desconocidos, y aún no sabía quiénes eran la dama y el negro.

Si los hubiese llevado á la cámara de honor, su mujer y su hija, que dormían próximas á ella, los hubieran sentido.

Así es que se encaminó á las habitaciones de los huéspedes que había en el segundo piso.

Delante iba un escudero alumbrando con una candela.

Don Pedro de Segura abrió una mampara forrada de cuero de Córdoba.

—Pasad, señora, dijo á la dama; estáis en vuestra casa y ésta es vuestra habitación; muy pronto vendrán á buscaros doncellas que encenderán las luces y os servirán.

—Gracias, señor, dijo la dama entrando: sois verdaderamente noble.

—Cumplo con mi obligación, señora, dijo don Pedro de Segura; que Dios os dé buenas noches.

Y cerró la mampara.

Después el ricohombre llevó á otra habitación al negro y le dejó en ella.

—Veremos, dijo á don Juan Diego, si habréis traído una bendición ó una maldición sobre mi casa.

Don Pedro era un tanto supersticioso.

Bien es verdad que la superstición era un achaque común á todas las gentes de su tiempo.

—Venid, don Juan Diego, dijo á éste el ricohombre: yo voy á armarme: mucho será que esta misma noche no tengamos batalla con las gentes del obispo de Tarragona: ya hoy han venido á avisarme corredores de que don Pedro Ahones y su hermano el obispo, rebelados contra

el rey, andaban por las inmediaciones de Teruel: los que venían con don Pedro Ahones, que han escapado de la cuchilla de vuestras gentes, habrán ido á avisar al obispo de que su hermano ha sido preso en Teruel: la hueste del obispo es numerosa y sobre Teruel se vendrá cuanto antes: así, pues, voy á armarme como os he dicho.

A esto entraban en la cámara de honor.

Don Pedro no temía ya que su mujer y su hija despertasen y sobreviniesen.

Don Juan Diego era, así como su padre, un antiguo amigo; un amigo de toda la vida.

El escudero se fué á buscar las armas de su señor.

La gran cámara quedó solamente iluminada por la débil luz de la lámpara que ardia perennemente delante el cuadro que en retablo representaba la Asunción de la Virgen.

Y esta luz producía un efecto de todo punto fantástico.

—¿Pero veis, don Juan Diego, dijo el ricohombre sentándose en un sillón é indicando otro á Marsilla, qué bandos civiles se nos han venido encima, como si no tuviéramos bastante con las aventuras en que contra Francia nos mete el señor rey, cuya razón el Señor ilumine? ¿De dónde diablos habrán salido esos malditos albigenses?

—Del infierno que se los trague, dijo Marsilla; pero no importa: así probaremos á Dios y al Sumo Pontífice que somos cristianos viejos, en los cuales no hacen mella las nuevas herejías: yo estoy dispuesto á sufrir el martirio si es necesario por Jesucristo Nuestro Señor.

—Y yo, dijo el ricohombre; pero vamos á cuentas, don Juan Diego: esa dama y ese negro parecen extranje-

ros: serán acaso de los que han venido á traernos la herejía y con ella las turbulencias? ¿Si habrá tenido razón en querer matarlos don Pedro Ahones, que por la fe y por el Papa se ha puesto enfrente al rey nuestro señor?

—Por católico que sea don Pedro Ahones, dijo Marsilla, os repito que él no tiene más Dios ni más santidad que la ambición. Su carácter turbulento se ha aprovechado sin duda de un buen pretexto; dicen que el rey don Pedro, imbuído sin duda por Satanás, se inclina hacia los albigenses.

—No me habléis de eso, que me está volviendo loco y sin saber lo que debo hacer, que aunque mi nacimiento y mi honra me mandan servir hasta morir á mi señor natural, yo no sé si mi obligación llega hasta el punto de continuar sirviendo á un rey que se vuelve contra la Iglesia del Señor; contra su vicario sobre la tierra: pero callemos, que siento venir á Sancho, y ésta no es conversación para tenida delante de nadie.

Entró en esto el escudero.

Venía cargado con un pesado arnés.

Le puso en tierra, desenhebilló sus piezas y empezó á armar á su señor.

Hombre de grandes fuerzas debía ser don Pedro de Segura cuando se cargaba con un pesado arnés.

De improviso apareció una dama en la puerta de la derecha de la chimenea.

Ya sabemos que ésta era la cámara nupcial.

No hay, pues, que decir que aquella dama que aparecía envuelta en una amplia túnica azul, con las grandes trenzas negras recogidas en lo alto de la cabeza, y

cubiertas con una toca de blanco lino, era doña Margarita de Centellas, esposa de don Pedro de Segura.

Como lo marcaba su apellido, era catalana y de una ilustrísima familia.

Era de una estatura aventajada.

De miembros fuertes y bien proporcionados.

De hermosa cabeza, que parecía balancearse sobre una garganta larga, admirablemente modelada.

Se notaba en ella el exuberante desarrollo de la matrona.

Pero este mórbido é incitante desarrollo era una belleza más.

Su hermosura era enérgica y grave.

Había en ella una majestad indudable.

Era verdaderamente una infanzona de su tiempo.

Sólo al verla se comprendía á una de aquellas heroínas de los tiempos Medios, que en ausencia de sus maridos defendían la fortaleza en que habían quedado con un puñado de escuderos.

Era morena, muy morena, pero con un tono y una suavidad de tez admirable, y sobre este dulce y límpido moreno lucían de una manera irresistible sus grandes, hermosos y severos ojos negros.

Había en ellos luz.

Una luz misteriosa.

—¿Qué es esto, esposo y señor? dijo con interés, pero sin espanto; ¿por qué os armáis á estas horas? ¿Hay enemigos en la tierra?

—Sí, señora mía, contestó don Pedro: haylos y poderosos; pero confío en Dios que los echaremos, y tan es-

carmentados, que no se atreverán ni aun á pensar en volver.

—Guárdeos Dios, señor don Juan Diego, dijo doña Margarita con acento afectuoso. ¿Vos también andáis con el arnés á cuestas?

—Sí, dijo el ricohombre anticipándose á Marsilla, que había saludado profundamente á doña Margarita: ya ha escarmentado á don Pedro Ahones y le tiene preso. Ahora tenemos que escarmentar á su hermano, el obispo, que no tardará en venir.

A este tiempo, en la puerta situada á la derecha de la chimenea, apareció una dama gentilísima, cubierta con una túnica blanca, y tendidas por delante de su seno dos anchas y larguísimas trenzas rubias.

Era doña Isabel de Segura.

Al ver de improviso á Marsilla se detuvo.

Se puso pálida.

Se llevó la mano sobre el corazón.

Ahogó un grito.

Tembló.

Nadie pudo apercibirse de esto.

En cuanto á Marsilla, al verla, se levantó estremecido.

Se puso pálido como un muerto.

Sus ojos se extraviaron.

Se hubieran podido contar los latidos de su corazón.

No podía dudarse que aquellos dos jóvenes, que á lo que parecía tenían una misma edad y algo de misterioso entre sí en la expresión de su fisonomía, se amaban con un amor intenso, con un amor del alma, con un amor inextinguible, y que aquel amor luchaba.

—¡Señor, señora, don Juan Diego! dijo con voz dulce y sentida en que se notaba un ligero temblor. ¿Nos amenazan enemigos?

Doña Isabel dijo sin duda estas palabras como buscando un buen pretexto á lo trémulo de su voz.

—Sí, hija mía, dijo don Pedro: me parece que vamos á vernos obligados á castigar á algunos desleales al rey, pero no paséis cuidado: los traidores son cobardes: basta con mostrarles la cara para que huyan. Pero yo estoy armado y cuento con que mi caballo estará ya encubertado. Don Juan Diego y yo vamos á Teruel. Sabed, esposa y señora mía, que tenemos dos huéspedes: una dama muy hermosa y extranjera, y un hombre que por su traje parece un magnate, pero que es más negro que la noche. Y ya sabéis, los negros han nacido para ser esclavos: yo he mandado que se les sirva, pero no los veáis; no sabemos quiénes son, y además huelen á albigenses.

—Si es así, Dios los perdone, dijo con horror doña Margarita, y los saque presto de casa, no sea que la inficionen.

—Adiós, mi buena esposa, dijo don Pedro: adiós, hija mía: recogeos y descansad sin cuidado.

Y el ricohombre abrazó á su mujer y la besó en la boca.

Abrazó á su hija y la besó en la frente.

Luego salió, haciendo crujir de una manera sonora las piezas de su pesado arnés.

Marsilla abarcó en un mismo y profundísimo saludo á la madre y á la hija.

Dejó ver á esta última una rápida y ardiente y desesperada mirada.

Ella le contestó con otra mirada no menos ansiosa.

Eran sin duda muy desventurados.

Marsilla salió inmediatamente después del rico-hombre.

CAPITULO VI

De cómo es imprudente encerrar un pájaro sin reconocer la jaula.

Fuera de la segunda poterna, en la plaza de armas, con los guardas de la villa que había llevado consigo don Juan Diego, había diez escuderos del ricohombre á caballo y armados hasta los dientes.

En las lanzas tenían pendoncillos verdes con un grifo de oro, blasón de su señor.

Otro escudero á pie tenía de la mano un poderoso corcel, tordo acerado, embardado de cuero, que al ver á su señor relinchó y piafó de alegría.

Dos pajes tenían, el uno una larga lanza, el otro un fuerte escudo, en cuyo centro se veía el blasón de su señor: campo verde con grifo rampante y volante de oro.

Don Pedro recomendó á los que en la torre se quedaban, que si durante su ausencia era embestida, la defendiesen hasta morir.

Montó en el corcel.

Tomó la lanza y el escudo.

Poco después, con don Juan Diego, con sus escuderos y con los guardas de Teruel salió de la torre y tomó el camino de la villa.

Al llegar al camino que á la orilla del río se extendía entre árboles y que conducía á la villa, oyeron el ruido de la rápida carrera de un caballo que por la parte opuesá Teruel avanzaba rápidamente.

Don Pedro y don Juan Diego revolvieron sus caballos así como su gente, y esperaron con las lanzas terciadas, atajando el camino.

Cuando el jinete que venía se puso á una distancia tal que podía escuchar la voz que hablase, el ricohombre gritó:

—Téngase allá el que viene: ¿quién es?

Reprimió el que venía su caballo, le paró y dijo:

—Guarda de la ciudad de Barbastro, y corredor y atajador por ella.

—Entonces sois de los leales, dijo don Pedro.

—Guárdeme Dios de ser desleal al rey nuestro señor natural, dijo el guarda.

—Acercad, amigo, dijo el ricohombre.

—Sepamos antes quiénes sois, dijo con acento receloso, pero firme el corredor.

—Justo es que os lo digamos, dijo don pedro: somos don Juan Diego Marsilla, con guardas de la villa de Teruel,

y don Pedro de Segura, ricohombre de Teruel, con escuderos.

—Dios guarde y bendiga á vuestras mercedes, dijo el atajador, y sepa vuesamerced, señor don Pedro, que á vuesamerced venía buscando de parte del señor don Illán de Cabrera, ricohombre de Barbastro.

Ya en esto el atajador había llegado adonde estaban los otros.

—¿Y qué es lo que tiene que decirme por vuestra voz, mi buen compañero, el ricohombre de Barbastro? dijo don Pedro.

—Que el ricohombre don Pedro Ahones y su hermano el obispo de Tarragona, andan con una brava y grande hueste por esta tierra levantándola, sirviendo al maldito conde del Rosellón, Simón de Monforte, y al enemigo rey de Francia, con el pretexto de que nuestro rey se hace albigense. Han pasado junto á la ciudad sin atreverse á acometerla, porque sabían que estaba defendida por mucha y brava gente; pero han incendiado los caseríos, han degollado los rebaños, y de la casa fuerte de Aguas Muertas que han entrado embistiéndola y degollando á sus defensores, se han llevado una dama y un negro que allí habían llegado hace poco tiempo, y se cree que si no los han matado, ha sido para aterrarlos y hacerles confesar dónde están los tesoros que esa dama y ese negro, con algunos esclavos, han traído de extrañas tierras.

—¡Tesoros! dijo el ricohombre.

—Sí, señor, tesoros, insistió el guarda: dicen que la dama es una reina de una lejana tierra de idólatras, que es hechicera, y que el negro que la acompaña es

el diablo que la sirve y á quien ha vendido el alma.

Se crispó el ricohombre, que era muy supersticioso, al saber que en su casa había hospedados dos tales malditas personas, pero se tranquilizó algún tanto cuando oyó decir con acento ligero y casi burlón á Marsilla:

—Pues muy imbécil hechicera y muy pobre diablo son esos dos, cuando se han dejado coger por don Pedro Ahones y su hermano; á no ser que el señor obispo los haya cogido á fuerza de exorcismos.

—¡Qué quiere vuesamerced! dijo el corredor; la gente dice de los forasteros lo primero que se la viene á las mientes.

—Pues á mí me parece, dijo Marsilla, que toda la hechicería de esa dama consiste en su hermosura.

—¿Tan hermosa os parece, don Juan Diego? dijo con un cierto acento de ofensa el ricohombre.

—Sí, pero no tanto ni con mucho, como cierta nobilísima doncella que habita muy cerca de aquí, dijo con acento apasionado y triste Marsilla.

—¡Eh! pasemos adelánte, contestó con acento breve el ricohombre; vámonos hacia la villa, pongámosla en armas y hablemos con don Pedro Ahones.

—¿Con don Pedro Ahones, dice vuesamerced, y perdone que le pregunte?

—Sí, dijo el ricohombre; mi buen amigo, don Juan Diego Garcés de Marsilla, le ha cogido por los cabezones y le ha encerrado.

—¿Y el señor obispo? dijo el atajador.

—No se nos ha puesto todavía á tiro de lanza, dijo el ricohombre: cuando se ponga veremos si le ensartamos

ó le cogemos. Pero adelante, adelante, que no hay que perder tiempo.

Caminaban á buen paso hacia la villa.

Algunos minutos después llegaban á la primera torre del puente.

Don Juan Diego se dió á conocer.

Cayó el puente levadizo.

Penetraron en la villa.

Llegaron á la plaza delante de la casa del Consejo.

Más que hablar á don Pedro Ahones urgía poner en armas á la villa.

El obispo de Tarragona debía saber ya que su hermano había sido vencido y preso en Teruel.

Era de esperar sobreviniese de un momento á otro.

Don Pedro hizo se despertase al campanero de la iglesia mayor.

Poco después la gran campana tocaba á rebato.

A seguida repitieron el mismo toque todas las campanas de la villa.

Los habitantes se lanzaron armados fuera de sus casas, y corrieron á la plaza Mayor.

Antes de media hora había reunidos cinco mil hombres, cual mejor, cual peor.

Más de trescientos de ellos eran jinetes

El ricohombre y Marsilla dividieron aquella gente en escuadrones que fueron enviados á los muros, á las torres, á las puertas.

Se envió un mensajero al ermitaño Roger, avisándole para que se recogiese á la villa.

Pero el monje contestó que no abandonaría el santuario

aunque supiese que iba á sufrir el martirio, y que si éste sobrevenía lo sufriría contento en pago de sus grandes culpas.

Entonces se enviaron dos escuadrones de gente de á pie y uno de á caballo para que defendiesen la ermita.

Cuando la villa estuvo puesta en buen estado de defensa y velada por algunos escuadrones bien posicionados, el ricohombre y don Juan Diego bajaron á la torre del puente para hablar con don Pedro Ahones.

Se abrió el encierro en que se había puesto, que era una humidísima mazmorra, cuya única claraboya estaba casi á nivel del río y debajo de la bóveda del puente.

Algunas veces había sobrevenido una crecida, se habían olvidado que había allí un preso, y el desventurado se había ahogado.

Cuando se entró se vió que don Pedro Ahones no estaba allí.

Pero se encontraron sus armas tiradas por el suelo.

Era indudable que se había escapado por el río y que se había desembarazado de sus fuertes y pesadas armas para poder nadar.

Se reconoció bien la reja de la claraboya.

Dos de sus hierros estaban recientemente rotos.

Aparecían, además, en el suelo, cerca de la claraboya.

La humedad, durante años y años, había podrido el hierro.

El ricohombre, para cerciorarse de si don Pedro Ahones había roto por sí mismo el hierro ó si había necesitado la ayuda de otro hombre, se asió con ambas manos á uno de los hierros que quedaban enteros.

Por el momento el hierro resistió.

Redobló sus esfuerzos don Pedro de Segura, que era hombre forzudísimo, y el hierro se dobló.

Sacudióle don Pedro y se rompió

Era evidente, ó por lo menos suponible, que ninguno de los de la guarda había hecho traición ayudando á don Pedro Ahones.

El ricohombre, que tenía un rencor de buena ley á don Pedro Ahones, por su soberbia y porque andaban traspunteados, rugió de cólera cuando vió que no podía sentar la mano á su enemigo.

Además, no podía preguntar lo que era, lo que había de cierto en lo de los tesoros de la dama extranjera.

Todas las virtudes, todas las buenas cualidades de don Pedro de Segura se empañaban, se ennegrecian por su desenfrenado amor al dinero.

No podía llamársele avaro, porque un avaro no puede tener género alguno de virtud, y don Pedro de Segura era un cumplido caballero.

Pero el dinero, aunque no le arrastrase á ningún género de crimen, ni aun de infamia, le dominaba.

Tenía por él una verdadera pasión.

Decía que sin dinero no se podía ser ni aun hombre de bien.

¿Pero qué remedio?

Don Pedro Ahones se había escapado.

Esto era indudable.

—Al diablo, dijo el ricohombre, los que encierran á un pájaro sin mirar antes si está segura la jaula.

Y se salió renegando de la mazmorra.

Se fué al castillo donde estaban todos los capitanes de la villa.

Allí se tuvo un largo consejo, buscando la mejor manera de defender la villa.

Se sabía que el obispo de Tarragona tenía mucha gente y buena, y que estaba con ella en un lugarejo á media legua de la ciudad.

Se habían enviado corredores.

Habían vuelto diciendo que en efecto la gente del obispo, en número de más de diez mil hombres, estaba en aquel lugar; pero que ni se movía, ni aun tenía guardas.

Se pasó la noche y ningún aviso vino de que se divisaba el enemigo.

Llegó al fin el amanecer sin que aconteciera ninguna novedad.

Entonces el ricohombre de Teruel dijo:

—Me voy á mi torre: está visto; don Pedro Ahones nos ha cogido miedo y se ha ido con su hermano y con su hueste por otro lado.

Y se fué sin despedirse de Marsilla, que tan mal había guardado á don Pedro Ahones.

CAPITULO VII

Algunos antecedentes necesarios para la inteligencia del lector

Entre don Juan Martínez Garcés de Marsilla y doña Isabel de Segura había una antigua historia del corazón.

Justo es que nos ocupemos de los principales personajes de nuestro relato.

Veintidós años antes de la fecha de nuestro relato, en 1187, existía una buena, más que buena una entrañable amistad entre dos nobles familias de Teruel.

Eran estas familias la de Segura y la de Marsilla.

Pero había una gran diferencia en la fortuna de ambas familias.

Atendidas las leyes de Aragón de aquel tiempo, que aún continúan, se daba una preferencia decidida al hijo primogénito.

O al elegido por el padre para heredarle.

Don Pedro de Segura había sido el primogénito.

Había heredado universalmente á sus padres.

A la muerte de éstos había quedado ricohombre de Aragón y dueño de una inmensa hacienda, sin otro gravamen que dar alimentos á dos hermanos.

El uno había muerto en batalla contra los moros durante el reinado de don Alfonso el Casto, padre de don Pedro el Católico, que era el que reinaba en los tiempos de nuestro relato, padre de don Jaime, que debía sucederle, y que entonces sólo tenía tres años.

El otro, convertido por desgracias del corazón, habiendo perdido su esposa y sus hijos, se habla acogido á Dios haciéndose monje en el monasterio de Poblet.

Quedó, pues, don Pedro, sin más familia que su mujer y su hija Isabel.

Era, como hemos dicho, ricohombre de Teruel.

La primera persona de la comarca.

Si no había obtenido una alta posición en la corte, había sido, como hemos dicho también, por amor á su independencia.

Pero había ayudado muchas veces al rey con su mesnada, ya contra los moros, ya en sus guerras contra los franceses.

Don Martín Garcés de Marsilla provenía de una rica é ilustre familia.

Pero ya en su abuelo había perdido la primogenitura.

Ni aún derecho á alimentos tenía.

En la Edad Media el esplendor de la nobleza se conservaba por la vinculación.

En Aragón y en Cataluña continúa la vinculación en cierto modo.

Como en Asturias, y particularmente en Galicia.

Don Diego Garcés de Marsilla poseía una exigua hacienda que le provenía de su madre y que apenas bastaba para que sostuviese su estado de noble.

Era muy estimado por su buen carácter y por su valor.

Tenía renombre de valiente.

Había ido con las milicias de Teruel y como uno de los de su Concejo á las guerras que había hecho el rey.

Pero sin más mesnada que un escudero.

A veces, porque había habido buena cosecha y se tenía algún dinero más, esta mesnada se aumentaba con un paje de lanza.

Garcés de Marsilla podía ser considerado como un hidalgo honrado y valiente y como un buen caballero tratándose de su destreza en las armas.

Aunque había cumplidísima y bizarramente servido al rey había tenido desgracia.

Ninguna merced le había hecho el rey que aumentase su hacienda.

Verdad es que don Diego había sido muy poco cortesano.

En esto se parecía completamente á don Pedro de Segura.

Por razón de vecindad y sobre todo de compañía, había nacido, desde la juventud de ambos, una estrecha amistad entre estos dos caballeros, aumentada en campaña.

Habían combatido juntos bajo la bandera comunal, por decirlo así, de Teruel.

En una de las ocasiones en que con el rey fueron á

campaña, siendo ya grandes amigos, mejor dicho, camaradas, conocieron á dos hermosas doncellas de Barcelona, y tan amigas, que aunque no las ligaba ningún parentesco podía considerárselas hermanas.

Enamoráronse ellos de ellas y ellas de ellos.

Se acabó la campaña.

Volvieron ellos á Barcelona.

Las bodas se hicieron en un mismo día.

Las fiestas fueron comunes.

Ambos se volvieron juntos á Teruel con sus esposas.

Don Pedro á su torre de Segura.

Don Diego á una gran casa propia que tenía en el centro mismo de la villa, á la sombra, por decirlo así, de la iglesia mayor.

Por una casualidad, ciertamente extraña, las esposas de los dos amigos dieron á luz en un mismo día, á la misma hora, y á punto que salía el sol de un hermoso día de primavera, la mujer de Segura una niña, un niño la de Marsilla.

Murió algún tiempo después la esposa de don Diego.

Quedóse éste solo y desesperado con su hijo.

Buscó consuelo en la amistad de don Pedro de Segura y de su esposa.

Tan pronto estaba la pequeña Isabel con sus padres casa de don Diego Garcés, como el pequeño don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla se encontraba en la fuerte torre de Segura, con su pobre padre, viudo y desconsolado.

Se conocieron, pues, y muy de cerca, desde la infancia, don Juan Diego é Isabel.

Desde que empezaron á sentir y á comprender se cruzó entre ellos un intenso cariño.

Se creyó que aquel cariño los hacía hermanos del corazón.

Mejor dicho, no se pensó en nada de esto.

El único que lanzó su mirada al porvenir fué el pobre don Martín.

El casamiento de su hijo con la hija de su poderoso amigo, podía ser para su hijo no sólo la ventura del corazón, sino también la fortuna.

Por lo mismo se propuso educar á su hijo de una manera tal, que andando el tiempo, el altivo señor de Segura se diese por contento con casar á su hija con su hermano del corazón.

Se educó, pues, á Marsilla de una manera superior á las costumbres del tiempo.

Dióle la enseñanza primera y la del latín y letras humanas, y gaya ciencia (esto es, del arte de trovar), y algo de astrología judiciaria, un monje del cercano convento del Císter, que era algo pariente de don Martín Garcés de Marsilla.

En cuanto á la educación militar, se la dió su padre.

Desde muy temprano la equitación, el manejo de las armas, los ejercicios de fuerza fueron la ocupación cuotidiana de don Juan Diego.

A los trece años fué por la primera vez á campaña con su padre.

A los veinte le había armado caballero, en premio de su valor, el rey don Pedro.

Se consideraba ya á don Juan Diego como una de las mejores lanzas de Aragón y Cataluña.

Cuando había justas en Teruel, cañas ó sortijas, ó se corrían toros, él era siempre el que se llevaba gran parte de los premios.

El que parecía el mejor caballero.

En cuanto á Isabel era la perla de la comarca.

La llamaban la *Niña angélica*.

Porque en verdad, con su tez de nácar, sus ojos azules oscuros, de mirada intensa, profunda, dulcísima, atrayente, buena, simpática, parecía un ángel.

Iluminaba aquella hermosa mirada algo misterioso.

Este algo que nadie comprendía, ni aun los padres de los mismos jóvenes, era el amor.

Los descuidados padres, dominados por la costumbre, creían que el afecto que existía entre sus hijos era un afecto puramente fraternal.

Durante mucho tiempo, hasta después de haber cumplido ambos sus veinte años, ambos habían creído que sólo como hermanos se amaban.

Pero llegó la primavera de 1207.

La estación propicia para las grandes cacerías.

Había ido á la villa á contender sobre su derecho á una dehesa del Común, que decía pertenecerle, el señor de Albarracín, don Rodrigo de Azagra.

Era éste uno de los más altivos ricohombres de Aragón.

Privaba mucho con el rey.

Tenía un gran lugar en la corte.

Era, por lo menos, tan rico como don Pedro de Segura.

Pero tenía los vicios de la ostentación y de la esplendidez.

Era presuntuoso y soberbio.

No se tenïa en menos que el rey.

Su séquito era magnífico.

De tal manera, que hacía fruncir el entrecejo al rey, á quien inquietaba tales tufos en un vasallo tan poderoso.

El señor de Albarracín se conservaba soltero.

No había una infanta en la casa real con la cual él hubiera podido dignamente, según su altivez, unirse.

Aún no pasaba de los treinta años.

Era hermoso, pero con una hermosura rígida y grave.

Que acusaba su soberbia de gran señor.

No había hombre que le pareciese igual á él.

No había dama ni doncella, por hermosa que fuese, á quien él creyese digna de su atención.

Haber mirado con alguna predilección á una mujer hubiera sido aventurar una promesa.

Don Rodrigo no podía prometer nada, ni por el más leve indicio, á una mujer que pudiera empañar en lo más mínimo el esplendente brillo de su alcurnia.

Las villanas de sus señoríos sufrían ó gozaban esta dificultad, esta delicadeza de su señor para elegir esposa.

Para esclavas todas las mujeres eran buenas, con tal de que fuesen bellas y puras, que el señor de Albarracín no hubiera favorecido á ninguna de sus siervas que hubiese conocido el amor.

También por esta parte rebosaba su soberbia.

Pero tratándose de matrimonio, se necesitaban grandísimas circunstancias en una dama para pensar siquiera en ella.

El señor de Albarracín buscaba poco menos que un imposible, y se pasaba buenamente sin él.

Pero empezaba á inquietarle la cuestión de su descendencia.

Podía morir en una batalla.

¿Y quién heredaría su señorío?

Algún pariente lejano de la segunda rama bastardeada ya.

Don Rodrigo se daba á pensar en esto, y por ello había momentos en que se inquietaba.

Pero no buscaba.

Se había propuesto esperar á que Dios le deparase su buena compañera.

Con un carácter tal, inútil es decir que don Rodrigo de Azagra no había amado á sus treinta años.

Que era difícil que el amor se hiciese dueño de él.

Pero el amor es un tirano tal y tan poderoso, que no sufre rebeldías.

Estaba escrito que el soberbio señor de Albarracín amase.

Amó.

Y amó con una pasión tan extremada, como extremada había sido la resistencia que su soberbia había opuesto al amor.

Cuando llegó á Teruel don Rodrigo de Azagra no pudo menos de visitar al ricohombre don Pedro de Segura.

Sentía por él una especie de simpatía.

Don Pedro de Segura era tan severo como él, aunque no tan soberbio.

La altivez de don Pedro era tolerable.

La inherente á su rango.

Recibieron á don Rodrigo de Azagra en el salón de honor de la torre, y en completa ceremonia, don Pedro y su esposa.

Pero no asistió al recibimiento Isabel.

Hubiérase podido decir que la exhibían.

De nada estaba más lejos don Pedro.

Ni aun había pensado en que su familia, por medio de Isabel, pudiese entroncarse con ninguna otra familia.

Había recibido al señor de Albarracín como debía recibirle.

Terminóse brevemente la visita.

Pocos días después don Rodrigo de Azagra vió en la misa mayor, en la iglesia mayor de Santa María de Teruel, á Isabel.

Se sobrecogió.

Experimentó una sensación de todo punto desconocida para él.

Parecióle Isabel una criatura superior á todas cuantas hasta entonces había visto.

Una criatura de más allá de la tierra.

En la que había algo de divino.

No pudo dudar de que era hija de don Pedro de Segura y de doña Margarita de Centellas, porque con ellos estaba.

El señor de Albarracín no oyó la misa.

No tuvo ojos ni atención sino para Isabel.

La irresistible magia de la joven le atraía.

No podía explicarse lo que en su alma pasaba.

Isabel la llenaba de una manera misteriosa.

Salió de la iglesia antes de que terminase la misa.

No parecía sino que tenía miedo y huía de Isabel.

Se rodeó de sus amigos y de sus servidores, y procuró distraerse.

Pero no lo consiguió.

Aquella noche durmió muy mal.

O por mejor decir no durmió.

Sufrió un insomnio insoportable.

Se levantó muy temprano, y se fué á conocer y á galantear una hermosa molinera, de la cual uno de sus bajos servidores le habló con grande encarecimiento.

Era la muchacha hermosa á maravilla.

En otra situación hubiera sido una de las innumerables mancebas del señor de Albarracín.

En aquella ocasión le pareció fea.

Delante de ella, de su fresca y pura belleza, se ponía el ardiente recuerdo de la incomparable belleza de Isabel.

Aquel día don Pedro de Segura pagó su visita á don Rodrigo de Azagra.

Este esperó con impaciencia el día siguiente para visitar de nuevo al ricohombre de Teruel.

Llegó la visita.

Pero el señor de Albarracín fué recibido en la torre de Segura como la vez anterior.

Sus padres no presentaron á Isabel.

¿Y para qué?

CAPITULO VIII

En que se ven aparecer los celos, manifestando el amor

Exasperóse aquel principio de amor en el señor de Albarracín, fué creciendo súbitamente de hora en hora, y muy pronto á los tres días de haber conocido á Isabel, se convirtió en una pasión.

Don Rodrigo de Azagra empezó á pensar en que la *doncella angelical* de la torre de Segura, era la *buena compañera* que Dios le destinaba.

Y sentía ansia de verla de cerca, de hablarla.

Eran inútiles las visitas á la torre de Segura.

Isabel no asistía á ellas.

Entonces don Rodrigo de Azagra pensó en una montería.

Nadie había en Teruel que poseyera un monte á propósito más que don Pedro de Segura.

El señor de Albarracín le hizo una indicación.

Don Pedro se apresuró á complacer á su noble amigo.

Se determinó una cacería en el monte de Segura para de allí á ocho días.

Don Rodrigo tenía por seguro que Isabel sería una de las damas que asistirían á la montería.

Aquellos ocho días fueron ocho eternidades para don Rodrigo.

Al fin llegó el día anhelado.

Un hermoso día de primavera.

Desde mucho antes de amanecer todo estaba en movimiento en la torre de Segura.

En la plaza de armas todo era ladridos de jaurías, ir y venir de monteros, de ojeadores, de cetreros en cuyos puños aleteaban, con los capirotes calados, halcones, azores, garzas, neblíes.

Acá y allá se veían los caballos, las hacaneas de las damas, tenidas por pajes y escuderos.

Los ojeadores hacían resonar sus trompas.

Ladraban los poderosos perros de presa de una manera ronca y tonante.

Todo era actividad.

Todo alegre bullicio.

Iban llegando las damas y los caballeros convidados.

Se les recibía en el salón de honor.

Allí estaba Isabel.

Allí estaba también Marsilla.

Con su bello traje de caza Isabel estaba admirable.

Todos los caballeros extremaban sus galanterías para con ella.

En cuanto á don Rodrigo, que nunca había galanteado,

que no tenía la práctica, se contentaba en aprovechar todas las ocasiones que se le presentaban para acercarse á Isabel.

Cuando todos los convidados, que pasaban de ciento entre damas y caballeros, estuvieron reunidos, bajaron á la capilla donde oyeron una misa.

Después volvieron á subir á la cámara de honor, donde estaba servido un espléndido desayuno.

Era costumbre en Cataluña y en Aragón, importada de la galante corte de Francia, que en toda fiesta en que hubiese damas y caballeros, cada dama por un caballero fuese servida.

Esto nada significaba.

Una dama podía tener todo el día un caballero que la sirviese, sin que por esto se comprometiese á nada.

Cuando llegó el momento de ir á misa, los caballeros que allí estaban solicitaron, cada cual para servirla, á la dama que mejor les pareció.

Don Rodrigo de Azagra aprovechó la ocasión, y en el momento en que Marsilla adelantaba para ofrecerse caballero servidor de Isabel, se anticipó.

Isabel no pudo negarse y se asió al brazo del señor de Albarracín, que se sintió morir de amor.

Entonces comprendió que Isabel de Segura lo era todo para él en el mundo.

Marsilla se puso pálido de celos y de cólera.

Miró con ansia á Isabel.

Entonces ambos conocieron que no se amaban como hermanos.

El amor fraternal no es celoso.

Los celos le devoraban á él.

Ella comprendía cuánta era la desesperación de Marsilla.

Cuando subieron de la misa, don Rodrigo de Azagra hubo de sentarse necesariamente á la izquierda de Isabel en la mesa del almuerzo.

Por casualidad, Marsilla estaba frente á Isabel, sirviendo de caballero á una hermosa morena, hija del bailío de Teruel, y muy pretendida por su hermosura y por sus riquezas, y que se mostraba orgullosa por estar servida por un tan hermoso caballero como Marsilla.

Hacía mucho tiempo que estaba enamorada de él.

Pero Marsilla, que sólo vivía para Isabel de Segura, ni aun siquiera había notado la predilección con que le miraba la hermosísima doña Violante.

La había elegido aquel día por señora, porque ella fué la que encontró más cerca en el momento en que don Rodrigo de Azagra se ofreció, para servirla, á Isabel.

Llegó su vez á Isabel de Segura de sentir celos.

Doña Violante miraba de una manera demasiado candente á Marsilla.

Se enrojecía, empalidecía.

Aparecía inquieta, anhelante.

Marsilla no pasaba para con ella de la galantería á que está obligado todo caballero que sirve á una dama.

Don Rodrigo, á pesar de su gravedad, de su altivez, no podía defenderse de la emoción que Isabel le causaba.

La mostraba tan á las claras, que todos se apercibían y todos le envidiaban.

Ellas, porque don Rodrigo era un grande, un poderoso

señor, casi un príncipe, y además de esto, joven y hermoso.

Ellos, porque Isabel de Segura era por todos codiciada.

Además de un hombre ilustre y de una gran dote, tenía todas las dotes que hacen deseable á una mujer.

El amor del uno para el otro se había revelado por completo á Isabel de Segura y Marsilla.

Aquel amor del alma se había encubierto hasta entonces por la confianza y la pureza.

Terminado el almuerzo bajaron todos á la plaza de armas.

Salía entonces el sol.

Las galas de las damas y de los caballeros, la diversidad de los objetos, la vivacidad de los colores, hacían de aquello un espectáculo magnífico.

El son de las trompas, de las bocinas y de los atabales, mezclaban de una manera ruidosa sus alegres tonos.

Ladraban los impacientes perros, graznaban las voraces aves de cetrería, relinchaban los caballos.

Llegada la hora de cabalgar, don Rodrigo de Azagra hincó una rodilla en tierra para que la otra sirviese de estribo á Isabel.

Ésta montó.

Cuando Isabel estuvo colocada en su hacanea, el señor de Albarracín montó en su corcel.

Con no menor galantería había servido don Juan Diego á doña Violante.

Empezó á salir de la torre la cabalgata.

Los ojeadores partieron á la carrera.

Poco después sus trompas resonaban acá y allá en el monte de Segura.

CAPITULO IX

De cómo una mujer, por buena que sea, puede tener un pensamiento satánico

Isabel de Segura era varonil.

Una verdadera mujer de la Edad Media.

Estaba acostumbrada á los combates al pie de los muros de su misma casa.

Eran aquellos unos verdaderos tiempos de hierro.

No bastaban las guerras con los enemigos exteriores.

Siempre había dentro de casa bandos civiles.

Ya era una villa que se enemistaba con otra villa.

Ya este poderoso señor que se disputaba con otro, no menos poderoso, con las armas en la mano, un derecho que le correspondía ó que creía corresponderle.

La torre de Segura, en más de una mutilación de sus ornamentaciones, conservaba señales de combate.

Además de esto, las fiestas de aquellos tiempos eran rudas y sangrientas.

No era raro que en las justas y en los torneos quedase algún caballo muerto.

Los toros hacían numerosas víctimas en caballeros y en plebeyos.

Se provocaba el peligro.

A más de esto, los hombres rudos y de carácter violento reñían por cualquier cosa, por el motivo más fútil, y no había riña que no produjera sangre.

Había, pues, más virilidad que delicadeza en las damas de entonces.

Isabel de Segura jineteaba admirablemente.

Más de una vez, con otras doncellas nobles de su misma edad, todas á caballo, habían corrido cañas y sortijas.

Siempre había llevado la mejor parte.

Los viejos caballeros que habían compuesto el tribunal de estos ejercicios, ejecutados por capricho y en consonancia con la época, la habían declarado buena amazona.

El carácter aragonés es enérgico y violento.

Irritóse Isabel desde el primer momento por las solicitudes del señor de Albarracín.

La irritaron las candentes miradas que posaba en sus ojos, en su boca, en su garganta, en sus hombros.

La dolió en el corazón el despecho que mostraba Marsilla, el amado de su alma, al verla servida, y con un tal encarnizamiento amoroso, por el señor de Albarracín, y se mostró con él severa, fría, casi grosera.

Se la hacía insoportable la proximidad de don Rodrigo.

Se veía, sin embargo, obligada á aceptar sus servicios.

A evitar un escándalo.

¿Qué se hubiera dicho de ella si por un marcadísimo acto de desdén hubiera provocado una intemperancia del soberbio don Rodrigo?

Por las mismas razones que Isabel se contenía don Juan Diego.

De otro modo él hubiera encontrado fácilmente medio de provocar una cuestión con el ricohombre de Albarracín.

Cuando salieron al campo, al ir á entrar en el monte, Isabel, que no podía ya sufrir más ni las miradas ni las palabras de don Rodrigo, que apenas conocido se le había hecho odioso, concibió un pensamiento diabólico.

Que también las vírgenes, por puras y por virtuosas y por ángeles que sean, están sujetas á las tentaciones de Satanás.

Había notado que don Rodrigo no era un jinete tan consumado como hubiera necesitado serlo para salir bien de la prueba á que había pensado sujetarle Isabel.

¿No era su caballero?

Pues bien, que la sirviese.

Isabel conocía á palmos el monte de Segura.

Sabía cuáles eran sus lugares difíciles.

Apenas entrados en el monte, al pasar junto á una aceña derruída, Isabel, haciendo dar con una admirable maestría una huída de costado á su caballo, le lanzó á rienda suelta.

Don Rodrigo la siguió.

Todos creyeron que el caballo de Isabel, que era muy bravo, había mordido el freno y se había desbocado.

Todos los que en esto repararon se lanzaron tras Isabel.

Pero llevaba mucha delantera.

Conocía, además, ya lo hemos dicho, todas las sinuosidades del monte, y revolviéndose por ellas se perdió muy pronto.

Don Rodrigo, que inmediatamente la había seguido, y que no la había servido, espoleaba desesperado á su caballo.

Creía también que el de Isabel se había desbocado.

Pretendía cortarle la carrera.

Si no podía adelantarle para esto, alcanzarle por lo menos y herirle.

La pérdida de la sangre debía necesariamente detener al bruto.

Pero ni aún alcanzarle podía.

Isabel llevaba admirablemente á su caballo.

Le conocía, además, mucho.

Elegía los terrenos más difíciles.

Hacía subir su caballo sobre peñas, sobre espinos.

Le lanzaba de un lado á otro de cortaduras peligrosas.

Don Rodrigo perdía el terreno que había ganado.

Se quebrantaba.

Se descomponía.

Hacía mucho tiempo que ya corrían completamente solos, y por la parte más intrincada del monte.

Los que se habían puesto en seguimiento de Isabel para socorrerla, creyéndola en peligro, habían desistido.

Uno solo había insistido.

Este era don Juan Diego Marsilla

Había acudido muy tarde, y se había quedado muy atrás.

Una vez embreñado, no se sabía por dónde había tomado el caballo de Isabel.

Pero llevaba consigo un galgo terroso de primera raza.

Un enorme animal, pero hermosísimo.

Marsilla le hizo buscar un rastro.

En el lugar en que se encontraban, Mingo, que así se llamaba el lebrel, le encontró.

Montó de nuevo Marsilla.

Dió otra carrera á través del monte, seguido por su fiel Mingo.

Se detuvo.

Tampoco Mingo encontró rastro alguno.

Don Juan Diego se desesperaba.

Sentía un despecho horrible.

Unos celos infernales.

La suposición de que un accidente cualquiera, diese algún tiempo de soledad al soberbio y tirano señor de Albarracín con Isabel, le helaba de espanto la sangre y á la par le trasponía de furor.

Tomó una nueva dirección.

Se detuvo entonces Mingo, encontró un rastro y le siguió.

No estaba seguro Marsilla de si el rastro que Mingo seguía era el de Isabel.

¿Qué importaba?

Era necesario entregarse al acaso.

De improviso dió un grito de alegría.

Había visto, pendiente de una rama de un espino, balanceándose al viento, un objeto que relucía y lanzaba fúlgidos destellos á la luz del sol.

Era el birrete de infanzón del señor de Albarracín.

El joyel en que se prendía el pequeño penacho de plumas de buitre, un rico joyel de diamantes, era el que producía aquellos destellos.

Por allí, pues, había pasado el señor de Albarracín.

Era, pues, de suponer que había pasado por allí siguiendo á Isabel.

Mingo iba sobre un buen rastro.

El perro redoblaba su carrera.

Parecía como que leía en el corazón de su amo.

Marsilla aguijoneaba á su caballo.

Era aquella una carrera vertiginosa.

El terreno se hacía á cada momento más difícil.

Parecía imposible que por allí hubiesen podido pasar caballos.

Marsilla se había visto obligado á hacer saltar al suyo infinidad de veces.

Se aterraba.

Siguiendo por aquel terreno, era casi seguro que, si ya no había sucedido, debía suceder una desgracia.

De repente, y en el momento en que el corcel de Marsilla acababa de salvar una cortadura, Mingo, que iba delante, se detuvo y aulló.

Tembló Marsilla.

Mingo debía haber visto ú olfateado algo siniestro.

El lebrel había dado la vuelta al recodo de un sendero.

Refrenó su caballo Marsilla, y volvió al par el recodo.

Entonces vió ante sí un hombre tendido en tierra y sin conocimiento.

Miró más, y reconoció en aquel hombre al señor de Albarracín.

¿Estaba muerto ó simplemente trastornado por la fuerza del golpe de la caída?

Ante todo era Marsilla cristiano.

Echó pié á tierra.

Se acercó á don Rodrigo.

Le reconoció.

Estaba desmayado.

Fuése á un arroyo que allí cerca, por entre la hierba corría, tomó agua en su birrete y roció con ella el semblante de don Rodrigo.

A poco volvió éste en sí y abrió los ojos.

Se repuso rápidamente, y dijo:

—¡Abandonadme! ¡Dejadme aunque muera! ¡Seguidla! ¡Su caballo va desbocado! ¡Ha podido ser arrojada como yo!

Sintió cólera y rabia Marsilla al ver tanto amor en don Rodrigo por Isabel.

Al mismo tiempo sintió espanto.

Era muy posible que también Isabel hubiese caído: que necesitase de socorro.

No se detuvo un solo momento.

Volvió á montar á caballo.

Puso de nuevo á Mingo sobre el rastro y partió.

Apenas había partido, cuando frente al lugar en donde yacía por tierra el señor de Albarracín, se abrió la espesura y apareció un monje negro.

Llevaba completamente calada la capucha, de tal modo, que no se le veía más que la extremidad de su larga barba blanca.

Por estas señales nuestros lectores habrán reconocido al ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel.

Examinó profundamente á don Rodrigo.

Se había vuelto á desmayar.

Parecía que no había vuelto de su desmayo sino para excitar á Marsilla á que acudiese al socorro de Isabel.

El monje le pulsó.

Le reconoció minuciosamente.

Luego le levantó.

Le cargó sobre sus hombros.

Se lo llevó á través de la espesura.

Desapareció con él.

CAPITULO X

Un gran diálogo de amor de dos que se amaban desde la cuna

Marsilla seguía corriendo guiado por Mingo.

Poco después de haber emprendido de nuevo la carrera, encontró en un pequeño prado el caballo del ricohombre de Albarracín, que bebía con ansia agua en un arroyo.

Marsilla experimentó un momento de despecho y de ansiosa impaciencia.

¿Habría seguido Mingo el rastro del caballo de don Rodrigo?

¿Habría perdido el de Isabel?

La ansiedad le mataba.

Hizo que Mingo rectificase el rastro.

Mingo retrocedió.

Salió del prado.

Tomó por una ancha y fresca avenida entapizada de yerba.

Ensombrecida por las tupidas ramas de gigantescas encinas, de tal manera, que no penetraba por ellas ni el más sutil rayo de sol.

Aquella avenida descendía en un suave declive.

Marsilla, que conocía aquellos lugares tan bien como Isabel, reconoció que se hallaba en el camino de una de las majadas de cabras de don Pedro de Segura.

Se alentó.

Si por allí había pasado Isabel, los pastores debían haber detenido el caballo.

Aquella majada estaba muy lejos de los lugares donde se había pensado hacer la montería.

Dos leguas á lo menos.

Isabel y don Rodrigo, y Marsilla siguiéndolos, habían corrido bien.

Espoleó con más impaciencia que antes su caballo Marsilla.

La avenida revolvía á la izquierda.

Cuando revolvió Marsilla, descubrió la ancha planicie de la colina, que era una bella pradera, y en el principio de ella las chozas de los pastores.

A la puerta de la mayor, la del rabadán sin duda, vió un magnífico caballo atado á una estaca.

Marsilla sintió una alegría inmensa.

Aquel era el caballo de Isabel.

Aguijó el suyo.

Antes de que llegara al aprisco le salieron al encuentro algunos pastores.

—Señor don Juan Diego, dijo el que parecía más viejo de ellos, si venís á buscar á su merced la señora doña Isabel, alegraos: su merced está con nosotros sana y salva: no hace tres cadas que acaba de llegar.

En aquel momento apareció en la puerta de la choza del rabadán, Isabel.

Marsilla echó pie á tierra.

Arrojó las riendas de su caballo á uno de los pastores.

Adelantó vivamente hacia Isabel.

Ésta adelantaba á su vez.

Se encontraron.

Isabel estaba muy pálida.

Pero en sus ojos resplandecía algo divino.

Absorbía en su mirada á Marsilla.

Marsilla abarcaba en la suya á Isabel.

Nunca hasta entonces se habían mirado de tal manera.

Un amor de los cielos se confundía en sus miradas.

—¡Ah, que eres tú, Juan! exclamó Isabel: no me había engañado el corazón: te esperaba.

Isabel y Marsilla se hablaban de tú.

Como si hubieran sido hermanos.

—¿Y cómo no había de buscarte yo, Isabel? dijo con un acento tan apasionado que parecía partir del fondo de sus entrañas, Marsilla.

Irradió una mirada de fuego de los azules ojos de Isabel.

Marsilla se llevó la mano sobre el corazón.

—¡Oh, exclamó: yo no creía que te quería de este modo!

—¡Oh, yo no sabía lo que era querer! dijo Isabel.

—Yo te amo, exclamó Marsilla: yo te amo como el esposo á la esposa.

—Yo te amo, sí, dijo Isabel; yo te amo como... yo no sé cómo; para que yo lo conozca ha sido necesario que te vea al lado de otra mujer.

—Y yo, yo he necesitado verte al lado de ese soberbio señor de Albarracín; para saber cuánto te amaba, he necesitado verle enamorado de tí: es necesario que seas mi esposa, Isabel: si yo te viera esposa de otro, moriría.

—¿Y qué es morir? dijo Isabel: si yo te viera casado con otra, me condenaría: pídeme por esposa á mi padre.

—¿Y si tu padre te me niega?

—¡Juan Diego, Juan Diego de mi alma! exclamó con los hermosos ojos bañados en llanto Isabel; si mi padre no consiente, si no puedo ser tu esposa, seré esposa de Dios.

—Yo te juro que ninguna más que tú tendrá mi amor, y que si no puedo ser esposo tuyo, iré á buscar la muerte en la frontera.

—Te creo, te creo y vivo: ahora, Juan Diego, parte: vé á decir á mi padre el lugar en donde me encuentro.

Marsilla montó á caballo.

Isabel se separó de él.

Esperó en la puerta de la choza del rabadán hasta que Marsilla se perdió entre la espesura.

Luego se metió en la choza sollozando.

Tenía el corazón desgarrado.

Temía, y no sin fundamento, que su padre negase su mano á Marsilla.

CAPITULO XI

En que resulta, según el testimonio de un doctor árabe, que el ermitaño de Nuestra Señora del Pilar era un gran médico

Don Juan picó á su caballo.

Avanzó rápidamente hacia el lugar donde sabía debían encontrarse los de la montería.

Hacía sonar incesantemente, y de una manera poderosa, su bocina.

Por el momento ninguna otra bocina contestó.

Al cabo, acá y allá, en redondo, contestaron una multitud de bocinas á la de don Juan Diego.

Este espoleó su caballo.

Al fondo de una avenida de castaños, vió una tropa de jinetes que avanzaba á rienda suelta.

Al ver á Marsilla se quitaron las tocas y las agitaron.

Marsilla contestó con la suya.

Muy pronto él y los que venían llegaron á encontrarse.

El primero de ellos era don Pedro de Segura.

Aparecía desolado.

—¿Tienes alguna noticia que darme, don Juan Diego? dijo con ansia infinita al joven.

—Sí, padre y señor, dijo Marsilla á don Pedro: doña Isabel está sana y salva en la majada de los cabreros.

—¡Loado sea el Señor, dijo don Pedro de Segura, y bendito seas tú, hijo mío!

Marsilla llamaba padre á don Pedro de Segura, de la misma manera que llamaba padre á don Martín Garcés de Marsilla, Isabel.

Los de la montería se habían dividido en grupos para buscar á Isabel.

Las damas, con algunos caballeros, se habían vuelto á la torre de Segura.

Don Pedro avanzó ya sin cuidado, al paso de los caballos, hacia el lugar donde Isabel se encontraba.

Sabía que ningún mal la había acontecido.

Que estaba en completa seguridad entre sus buenos vasallos los cabreros.

La montería, aún no empezada había terminado, por el incidente del desbocamiento del caballo de Isabel.

Todos habían creído que el caballo se había desbocado.

Cuando Isabel vió á su padre se arrojó en sus brazos.

Su padre la estrechó en ellos y la besó llorando.

Había temido perderla.

Era como si se la hubiese resucitado.

Se volvió, de todo punto contento, con ella á la torre de Segura, donde su madre la esperaba anhelante.

La mayor parte de los convidados habían desaparecido.

Cuando llegaron á la torre, Sancho, el primer escudero de don Pedro de Segura, le salió al encuentro y le dijo:

—Señor, acaban de traernos sin sentido, como muerto, el señor de Albarracín.

—¿Y quién le ha traído? preguntó don Pedro de Segura

—El monje negro de la ermita de Nuestra Señora del Pilar.

Al oir este nombre don Pedro de Segura se estremeció.

—¿Y el monje? exclamó don Pedro con la voz trémula.

—Ha partido.

—¿Dónde está don Rodrigo de Azagra?

— En uno de los aposentos de huéspedes.

Los últimos convidados que habían llegado hasta allí se despidieron.

Doña Isabel se fué con su madre á sus aposentos.

Don Juan Diego Marsilla continuaba allí.

Le unía no sabemos qué fatalidad á don Rodrigo de Azagra.

Temía por su amor.

Conocía, sino la avaricia, el profundo afán que don Pedro de Segura sentía por el oro.

Conocía, además, su altivez.

Había visto que don Pedro sentía una gran complacencia en los homenajes que el señor de Albarracín rendía á Isabel.

La condición humana es terrible.

Marsilla se alegraba con el pensamiento de que tal vez su rival había sufrido un golpe mortal.

Pero luego su naturaleza generosa se rehacía y pensaba:

—Sí, sí, que muera, si pretende robarme mi felicidad, pero que le mate yo.

Subió con don Pedro de Segura al segundo piso de la torre, en uno de cuyos aposentos de huéspedes estaba don Rodrigo.

Este no había recobrado aún el conocimiento.

Había sufrido un golpe formidable.

Estaba extendido sobre el lecho, y su semblante tenía algo de feroz.

—Id, id al momento á buscar al médico Jacub-ben-Salemi.

Era éste un médico árabe que vivía en Teruel.

Acudió el doctor Jacub.

Pero declaró que no conocía lo que motivaba el estado de inmovilidad del señor de Albarracín.

En vano fueron todos los medicamentos que, para que volviese en sí, le administraron.

Respiraba, vivía, y sin embargo, tenía la inmovilidad y la insensibilidad de un muerto.

Apuró en vano el doctor árabe todos sus recursos.

Se declaró impotente, y dijo al fin:

—Sólo conozco un varón más sabio que yo en la ciencia de curar las enfermedades, y ese varón es el monje del santuario de Nuestra Señora del Pilar.

Se volvió á estremecer don Pedro de Segura.

—¿Ha entrado en la torre, preguntó á Sancho, el ermitaño cuando trajo á ella á don Rodrigo?

—No, señor, contestó Sancho: llamó á voces desde el otro lado de la estacada.

—¿Y cuándo acudísteis?

—Se fué.

—Id á buscarle; decidle que en él consiste la vida ó la muerte del señor de Albarracín.

Sancho salió.

CAPITULO XII

En que tiene lugar algo misterioso

—¿Pide don Pedro de Segura que yo vaya á su torre? preguntó el padre Roger, que mantenía su eterno incógnito.

Como que decía la misa con la capucha calada.

—Sí, respondió el escudero Sancho.

—Pues bien, que me espere, pero que me espere solo.

—¿Consentiréis en seguirme, padre mío?

—Sí; yo voy donde la caridad me llama.

Y siguió á Sancho.

Había algo de fatídico, algo de terrible en la apostura y el paso del hermano Roger cuando adelantaba hacia la torre de Segura siguiendo al escudero Sancho.

Cuando llegaron á la primera poterna de la barrera ó de la estacada, el monje se detuvo.

Irguió fieramente la cabeza, permaneció inmóvil un momento, y luego pasó.

Entró con paso firme por la segunda poterna.

Atravesó la plaza de armas en que quedaban aún algunos monteros.

Luego, siguiendo á Sancho, pasó por la tercera poterna.

Por la del cuerpo de la torre.

Al pie de las escaleras se detuvo.

Vaciló de nuevo.

De nuevo se irguió fieramente.

Hizo un movimiento de resolución penosa.

Subió las escaleras con una fiereza terrible.

Sancho siguió hacia el segundo piso.

Al llegar á su descanso, el monje se detuvo de nuevo.

—No pensaba yo haber vuelto á este sitio, dijo.

Y miró á un lugar del pavimento, que era de anchas losas de mármol.

En una de ellas había una mancha irregular, parduzca, con tonos rojos.

—La maldición de Dios se encuentra delante de mí, murmuró el monje.

Sancho no pudo oir estas palabras.

Se habían perdido bajo la capucha del religioso.

Éste se arrodilló.

Se inclinó.

Besó aquella mancha negruzco-rojiza.

Gimió.

Sancho estaba á poca distancia de él, de pie é inmóvil.

Miraba con extrañeza al monje.

No comprendía lo que hacía.

Creyó que era que se preparaba con la oración y con la humildad para que Dios le ayudase á salvar al enfermo.

El padre Roger se levantó al fin, y dijo con acento breve y enérgico al escudero.

—Seguid.

Sancho siguió.

Poco después abrió una mampara.

Se detuvo y mantuvo la mampara abierta.

El monje pasó.

CAPITULO XIII

En que se dice algo más sobre el padre Roger

Debemos explicar algo que no nos ha permitido decir el orden de nuestro relato.

Ya hemos visto que por librarse de los servicios de don Rodrigo de Azagra, que no sólo le era antipático, sino que por una intuición terrible le causaba horror, Isabel de Segura había hecho escapar á su caballo.

Aborrecía ya á don Rodrigo.

Hemos visto que sin temor al peligro en que ella misma se ponía, le había hecho seguirle por los lugares más escabrosos.

Por los más tajados.

Por los más inaccesibles.

El caballo había salvado algunas cortaduras. Don Rodrigo se había mantenido fuerte en los arzones.

Pero al salvar una cortadura mayor que las otras, el caballo perdió las manos.

Vaciló.

Cayó.

Y de una manera tan rápida y tan violenta, que lanzando á su jinete, le produjo el golpe que le dejó inmóvil y sin poderse valer.

Apenas si conservó conocimiento para decir á Marsilla que siguiese á Isabel.

Siguió Marsilla.

Como sabemos, cuando Marsilla desaparecía, apareció el monje entre la espesura.

Se acercó á don Rodrigo.

Le levantó.

Le cargó sobre sus hombros.

Luego, con unas fuerzas gigantescas, marchó con él.

Descendió la vertiente de la colina.

Llegó á la margen del Guadalquivir, y por ella, siguiéndola, á la ermita.

Le extendió sobre la tarima.

Don Rodrigo estaba desvanecido por el golpe.

El monje fué á un armario, le abrió, y de uno de sus rincones sacó un pomo de cristal.

Le abrió.

Apareció como una pomada verdosa.

Se acercó á don Rodrigo.

—Hijo de padres malditos, exclamó: hoy se cumplen treinta años desde el día del crimen: estaba escrito: yo sabía que hoy te había de encontrar en la espesura.

A seguida dió una fricción con aquella pomada á don

Rodrigo en las sienes, en la garganta, en los pulsos de ambos brazos.

Don Rodrigo hizo un movimiento violento.

Luego se apoderó de él una espantosa convulsión.

Sus ojos aparecían abiertos y dilatados.

Su semblante se había puesto lívido.

El monje le miraba á través de las aberturas de su capuz de una manera fija, incontrastable.

Al fin don Rodrigo se desplomó y permaneció inmóvil.

Se le hubiera podido creer muerto.

Sus ojos habían quedado abiertos.

Se pintaba en ellos la atonía.

El monje se los cerró.

Entonces apareció más cadáver don Rodrigo.

El monje volvió á cargarle de nuevo sobre sus hombros.

Le sacó de su habitación.

Se encaminó á la torre de Segura.

Su paso era firme y rápido.

Cuando llegó á la poterna de las barreras gritó:

—¡Ah de la torre!

Acudió Sancho, que se había quedado en la guarda.

—Entregaos de este caballero, dijo el monje.

—¿Por qué no decís de este muerto? contestóle Sancho.

—Porque no lo está: le quedan muchos días de vida.

—Es el señor de Albarracín, dijo Sancho reconociéndole.

—Sí, él es.

—¿Dónde le habéis encontrado?

—En el monte: le ha arrojado su caballo, y ha perdido el conocimiento.

—¿Y por qué no le habéis llevado á la villa?

—Porque debía venir aquí.

Dijo con tal autoridad el monje estas palabras, con una tal expresión, que Sancho se sobrecogió.

El monje Roger tenía un gran prestigio en la comarca.

Nadie sabía quién era.

Sólo el obispo de Teruel estaba en el secreto.

Desde que había muerto el ermitaño de Nuestra Señora del Pilar, el obispo había encargado el cuidado de la ermita al padre Roger.

Hacía treinta años que nadie conocía de él más que su nombre.

Que nadie había visto de él más que su cuerpo, cubierto por un ancho hábito benedictino.

Nadie había visto su semblante.

Se ocultaba bajo su larga capucha.

Pero se conocían sí sus manos que eran de una gran belleza.

Revelaban á un hombre de una clase elevada.

La superstición del vulgo había inventado leyendas pavorosas á propósito del ermitaño de Nuestra Señora del Pilar.

Se decía que quien le encontraba de noche en el monte, moría antes del mes de haberle visto.

Se decía que era brujo.

Decían otros, en fin, y estos parecían los más acertados, que debía ser un gran pecador.

Que á causa de sus pecados se había sentenciado á una terrible penitencia.

Otros le tenían por un condenado obligado á servir, para aumentar sus tormentos, á la Santísima Virgen.

Esto no dejaba de ser extraño.

¿Pero qué no inventa el vulgo?

La verdad era que los que no temían al padre Roger le respetaban.

Sancho era de los primeros.

Así es que Sancho no se atrevió á replicar más.

Llamó á algunos de los de la guarda.

Acudieron.

Sancho les mandó cargasen con don Rodrigo.

Le metieron en la torre.

El monje se volvió.

Bajó á la orilla del río.

Su paso era siempre enérgico.

Su continente majestuoso.

Llegó á la ermita.

Entró en ella.

Se arrodilló ante el altar.

Así estuvo hasta que Sancho, con gran repugnancia suya, fué á llamarle por orden de su señor.

CAPITULO XIV

Algo más sobre el padre Roger

El padre Roger entró.

Sancho cerró la mampara y se retiró.

Adelantó en la cámara el monje.

En un gran lecho de roble estaba tendido y como muerto el señor de Albarracín.

Sentado junto al lecho estaba don Pedro de Segura.

De pie, á la extremidad inferior del lecho, fijando en don Rodrigo una mirada siniestra, estaba Marsilla.

El médico árabe Jacub-ben-Salemí, estaba á poca distancia de Marsilla, mostrando en su semblante la contrariedad que le causaba el no haber podido hacer que volviera en sí aquel hombre que no estaba muerto, ni aun en peligro de muerte.

Al entrar el monje en la cámara, don Pedro de Segura se levantó.

Se estremeció.

—Los pecados de los padres caen sobre los hijos, dijo en entrando con voz profunda y por único saludo el padre Roger.

Don Pedro de Segura no sabía por qué el padre Roger le decía esto.

Pero siempre que le había encontrado, durante treinta años, le había oído la misma frase.

Esto no había sido muchas veces, porque don Pedro de Segura había contraído un temor supersticioso por el padre Roger y había evitado encontrarle.

Pero ahora se veía obligado á recibirle.

El médico Jacub había dicho que sólo él podía volver en su conocimiento á don Rodrigo.

Jacub conocía como médico al ermitaño y sabía que su ciencia era maravillosa.

Sabíase esto, además, en todo Teruel.

Cuando un enfermo estaba en una situación desesperada, se recurría á él, porque sólo en las situaciones desesperadas acudía el padre Roger.

Rezaba sobre los enfermos oraciones misteriosas en un lenguaje desconocido, ó les daba á beber un filtro.

A los pocos días recobraba el enfermo la salud.

Pudiera creerse que teniendo esta ciencia maravillosa el padre Roger, debían llamarle los parientes de todos los que en Teruel ó en la comarca se encontrasen en gravísimo riesgo.

Y así había sucedido.

Pero era el caso que el padre Roger no acudía para todos.

Que casi generalmente decía:

—Yo no puedo, yo no debo oponerme á los decretos del Señor.

Lo cual, según observó el abad del cercano monasterio del Císter, era un tanto soberbio.

Y se lo reprendió.

—Cuidad vos de vuestra alma, padre abad, le dijo el padre Roger, que yo cuidaré de la mía.

Y lo dijo de tal manera, que el abad no replicó.

Se volvió asustado á su convento.

Dijo que le había parecido el padre Roger el diablo metido á ermitaño de la Santísima Virgen, sin duda por algún inescrutable designio del Señor.

Corrió esta opinión.

Hubo escándalo.

Se vió obligado el obispo á decir desde el púlpito, en la iglesia mayor, que el padre Roger era un varón justo.

Que si mantenía cubierto su semblante con la capucha de su hábito, era á causa de lo riguroso de la vida penitente que se había impuesto.

Amenazó, en fin, con la excomunión mayor ó todo el que creyese que el padre Roger era un condenado.

Nadie, pues, se atrevió á pensar esto desde entonces en adelante.

Adquirió con esto un gran prestigio el padre Roger.

No pudiendo creerle condenado, le creyeron santo.

El obispo no se opuso á esto.

El vulgo siempre da en los extremos.

Don Pedro de Segura no sabía por qué siempre que el padre Roger le encontraba le decía:

—Las culpas de los padres caen sobre los hijos.

Por eso cuando el padre Roger entró y pronunció aquellas misteriosas palabras, don Pedro de Segura, que se había puesto de pie, se estremeció poderosamente.

—Salid, dijo con voz breve é imperativa el padre Roger, dirigiéndose á Marsilla y al doctor árabe.

Marsilla y el viejo Jacub salieron.

Don Pedro de Segura iba á salir también.

—Vos no, le dijo el monje.

Don Pedro se quedó.

—Sentaos dijo el padre Roger.

Don Pedro se sentó.

—Se os ha llamado, padre mío, dijo con voz trémula el ricohombre de Teruel, para que hagáis por don Rodrigo de Azagra un milagro.

—Solo Dios puede hacer milagros, dijo el monje; por lo demás, para que ese hombre despierte del letargo que le sujeta, no es necesario un milagro. Dejadle que repose, y vos oid.

Y el padre Roger tomó un sillón y fué á sentarse al lado de don Pedro.

CAPITULO XV

En que el monge empieza una sencilla, pero gravísima historia

El padre Roger continuaba con la capucha calada.

A través de sus dos aberturas se veían relucir dos ojos terribles.

Miraba de una manera encarnizada á don Pedro de Segura, que aunque era extraordinariamente valiente, se estremecía más y más.

—Yo nunca he faltado ni á lo que debo á Dios, ni á lo que debo á los hombres, dijo don Pedro de Segura, defendiéndose de ser acusado.

—Por eso te he dicho, respondió el monje, que las culpas de los padres recaen sobre los hijos: duran las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la cuarta y quinta generación.

—Yo no he cometido iniquidad alguna, dijo don Pedro de Segura, que estaba pálido como un muerto bajo la candente mirada del monje.

—Vén, le dijo éste asiéndole por el brazo.

Don Pedro de Segura se dejó conducir.

El monje le arrastró consigo fuera de la cámara.

Le sacó al espacio en que terminaba la escalera.

Un rayo de sol, que por la parte superior penetraba por un tragaluz en la estancia, caía sobre aquella mancha negruzco-rojiza que ya hemos dicho aparecía sobre una de las grandes losas de mármol blanco.

El efecto era extraño.

Donde caía el rayo de sol, la piedra aparecía teñida de un color rojo intenso, semejante al de sangre recién vertida.

—Mira, ¿ves? le dijo el monje señalándole aquella mancha.

—¡Rojo! ¡rojo! dijo don Pedro de Segura con la voz trémula.

—Sí, sangre del crimen, de la iniquidad. Tu casa está maldita, don Pedro de Segura, y en ella no puede haber más que maldiciones.

—¿Han sido criminales mis ascendientes? dijo con acento cobarde don Pedro de Segura.

—Tu padre fué un infame y un asesino, respondió el monje. Vén, vén: vas á escuchar una historia.

Y volvió á entrar con don Pedro en la cámara.

Nadie había presenciado esta extraña, esta terrible escena.

Don Pedro de Segura, cuyo valor era á toda prueba,

que podía ser sorprendido, pero que muy pronto se rehacía, empezó á temer que se las hubiese con un loco.

En efecto, el monje parecía dominado por una grande excitación.

Sentóse de nuevo don Pedro á la cabecera del lecho.

Don Rodrigo de Azagra, continuaba inmóvil.

—Este hombre, dijo el monje señalando á don Rodrigo de Azagra, es huérfano desde antes de nacer.

—¿Quién sabe si es huérfano? dijo don Pedro de Segura ya más sereno, porque á cada momento creía más que tenía frente de sí á un loco.

Por lo mismo estaba preparado.

Los ardientes ojos del monje, á través de su capuz, se encarnizaban más y más en él.

—Sí, desapareció: murió, dijo el padre Roger: la tierra cubrió el secreto del crimen.

Oye.

Hace treinta años tenías tú veinticuatro.

Estabas en el ejército que el rey don Alonso el Casto había llevado sobre el Rosellón.

Estaba entonces el rey en Barcelona preparando la jornada.

Tú habías ido, como debías ir, con treinta lanzas gruesas, á sueldo, bajo el noble estandarte de tu casa.

Tu padre se había excusado de ir á aquella guerra, á pretexto de enfermedad.

Y en verdad estaba enfermo... de amor.

En cambio don Enguerrando de Azagra, padre de este hombre (y señaló á don Rodrigo), había ido como buen aragonés á servir á su rey en aquella empresa.

Enguerrando de Azagra era hermano de armas de tu padre, el noble señor don Guillén de Segura.

Juntos habían combatido.

Juntos habían vuelto con sus estandartes vencedores de la guerra.

Albarracín no está lejos de Teruel.

De la misma manera que don Enguerrando y don Guillén tu padre, eran tan grandes amigos que todos les llamaban hermanos, tu madre, doña Aleida de Azlor, era amiga hasta la fraternidad de doña Yolanda, esposa de don Enguerrando, madre de este hombre.

Se detuvo durante un momento el monje.

Se oía su aliento poderoso y entrecortado que á intervalos silbaba.

Su ardiente mirada pasaba alternativamente de don Pedro de Segura á don Rodrigo de Azagra, que continuaba sin sentido.

Al cabo de algunos momentos de silencio el monje continuó.

—Sí, dijo; Albarracín no está lejos de Teruel. Tanto doña Yolanda, madre de este hombre, como doña Aleida, tu madre, solían hacerse largas visitas, la una en la casa de la otra.

Eran como dos hermanas.

No tenía grandes deseos don Enguerrando de Azagra de ir á la guerra del Rosellón.

¿Qué le importaban á él la parte de estados que podían tocarle en suerte, como barón aragonés que ayudaba al rey en la guerra del Rosellón?

Don Enguerrando estaba riquísimo.

Mucho más rico que tu padre.

Era uno de los primeros ricohombres de Aragón, como su hijo... como ese que está ahí inmóvil, que vivirá, si yo quiero: que si yo quiero, morirá.

Don Rodrigo de Azagra continuaba inmóvil.

Don Pedro de Segura escuchaba con ansiedad aquella voz severa, vibrante, que iba desarrollando delante de él un misterio.

—¿Conociste tú á doña Yolanda, á la madre de ese hombre? dijo el monje después de algunos segundos del silencio.

— Sí, dijo brevemente don Pedro.

— Cuando tú la conociste, la edad y las penas habían injuriado su hermosura.

— Era, sin embargo, una matrona admirable, dijo don Pedro de Segura: yo la amaba como si hubiese sido otra madre mía.

—Tú no la conociste cuando tenía quince años, cuando se casó, ó por mejor decir, la casaron con Enguerrando de Azagra.

¡Ah, los padres, los padres! exclamó el monje: no miran para casar á sus hijos más que la razón de estado: la razón del oro.

Yolanda se casó con Enguerrando porque no podía en manera alguna desobedecer á su padre.

Pero Yolanda amaba.

Amaba con toda su alma.

Y el hombre á quien amaba era tu padre.

— ¡Mi padre!

—¡Sí, tu padre!

Era un amor de la infancia.

Un amor del alma.

Un amor incontrastable.

Pero satisfechos con verse á su placer, con anegarse el uno en las miradas del otro, no habían pensado en que podían ser esposos.

Pero llegó un hombre que en el momento en que la vió se abrasó en el amor de Yolanda.

Este hombre, como su hijo, lo había despreciado siempre todo.

No había reconocido más Dios que su soberbia, ni más rey que su voluntad, ni más ley que sus antojos.

Yolanda domeñó, con sólo ser vista, á aquel corazón de fiera.

No era Yolanda una doncella de la que podía hacerse una manceba, ni don Enguerrando de Azagra lo quería.

Enamorarse, conocer que aquel amor era su vida, su alma, su eternidad; sentir una insoportable impaciencia; tener por seguro el asentimiento del padre de Yolanda y pedírsela por esposa, fué todo obra de muy pocos días.

Se prepararon inmediatamente las bodas.

El padre de Yolanda no había dicho á su hija más que lo siguiente:

—He determinado que te cases con el señor de Albarracín.

Yolanda sintió el golpe en el corazón.

Pero no resistió.

Inclinó la cabeza bajo el yugo.

Tu padre pretendió hacer valer sus antiguos derechos de enamorado.

De dueño del corazón de Yolanda.

Pero Yolanda le contestó bañada en lágrimas, que ella no debía ni podía oponerse á la voluntad de su padre.

Que se casaría, pues, aunque perdiese la vida.

Tu padre contestó que él no consentiría en que aquella, para él terrible boda, se hiciese.

Que provocaría á don Enguerrando, le obligaría á volver por su honor, y le mataría en duelo.

Yolanda tembló.

No por don Enguerrando, sino por tu padre.

Por su amor.

Don Enguerrando tenía la fama de ser el hombre más valiente, más diestro y más afortunado de Aragón.

La sola idea de que el amado de su alma podía morir á manos del que la potestad paternal le daba por esposo, inspiraron á Yolanda una resolución extraña.

Sabía demasiado cuánto la amaba tu padre.

Sabía cuánto dominio ejercía sobre él.

—Yo te amo, le dijo: yo te amaré siempre con toda mi alma: el esposo que me dan por señor no tendrá más que mi cuerpo: pero si tú pretendes impedir por la fuerza que ese hombre sea mi esposo, yo te aborreceré y te maldeciré.

Yolanda no pretendía otra cosa que salvar á su adorado.

Tenía por cierta su muerte si se medía con el terrible señor de Albarracín.

Tu padre sintió toda la amargura, todo el despecho de los celos y exclamó:

—Tú mientes; tú eres perjura; tú amas á ese hombre: yo te desprecio: no ha de faltarme otro amor más digno

que el tuyo... ¿Para qué he despertado yo cuando te creo indigna de mí?

Y en un momento de desesperación se apartó de ella, se volvió á su solar, armó á sus escuderos, se fué con ellos á Barcelona, y allí, ciego aún, despechado y loco, se embarcó para la Tierra Santa.

Un mes después de la partida de tu padre para Palestina, se casó Yolanda.

Se casó sin amor.

Desesperada.

Con el alma llena del amor de tu padre.

Pero la naturaleza es ciega, muda, terrible.

Yolanda era una exclava ilustre.

El amor de don Enguerrando la atormentaba como atormenta á un condenado el fuego del infierno.

En el plazo preciso después de la celebración del casamiento, sin que hubiesen tomado parte en ello el amor ni la voluntad de Yolanda, nació el primer fruto de aquella desgraciada unión.

Don Enguerrando sufría un tormento inconcebible.

Comprendía que no era amado.

Que no tenía en Yolanda más que una esclava sumisa.

Pero nada podía reprocharla.

Doña Yolanda era un modelo de esposas.

A los seis meses de estar en la Tierra Santa, malhirieron de tal manera al desesperado don Gùillén tu padre, que costó gran trabajo á los médicos conservarle la vida.

Al fin, y para que obtuviese su completa curación, le mandaron volviese á su tierra natal.

Volvió.

Se restableció, aunque pasando mucho tiempo.

Era antiguo amigo de don Enguerrando.

Éste, que ignoraba los castos amores que habían existido entre su mujer y tu padre, al ver venir doliente de Palestina á su amigo de la infancia, se consagró á su cuidado, veló junto á su lecho, y cuando por último se restableció completamente tu padre, le abrió como siempre las puertas de su casa.

Yolanda recibió á don Guillén como si nunca le hubiese conocido.

Con cortesanía, sí, pero con una gravedad tal, que el amor se irritaba más y más en el corazón de tu padre.

Para disimular mejor, se mostraba enamorada de su esposo; aunque por su amor, que no se había entibiado ni con su casamiento ni con la ausencia de tu padre, sentía el alma desesperada, el corazón desgarrado.

Tu padre se irritaba más y más.

Se había engendrado en él un odio á muerte contra el marido de la única mujer que hubiera podido hacer venturosa su existencia uniéndose á ella.

¿Pero cómo exterminarle?

¿Qué era lo que podía obtener con la muerte del esposo de su amada?

El creía que ella amaba á su marido.

A más, y aunque Yolanda hubiese sido débil, aunque le hubiese manifestado su amor á tu padre, ¿cómo matar á don Enguerrando?

La viuda se vería obligada á perseguir en justicia al matador de su marido.

Don Guillén prefirió la traición.

Hacerse el amigo inseparable de don Enguerrando, Su hermano.

Esperar á que, andando el tiempo, Yolanda cediese á tanto amor.

Ella se veía obligada á recibir gratamente al amigo de su marido.

De otra manera una imprudencia de tu padre, una desesperación podía poner de manifiesto la horrible verdad.

Además, la satisfacía el ver todos los días á tu padre.

Enguerrando estaba, pues, entre dos traidores.

Miraba en la una su noble y leal compañera.

En el otro á un hermano.

Cinco años pasaron de esta manera.

Yolanda cumplía rígidamente con su deber mintiendo amor á su esposo.

Procuraba cuidadosamente no quedarse á solas con tu padre.

Manifestaba el amor más satisfecho y más feliz á su marido.

Colmaba de caricias á su hijo delante de tu padre.

Don Guillén, pues, creyó inútil su empeño; se desesperó, y, como la vez primera, se fué á la guerra con sus hombres de armas, bajo el estandarte de don Alfonso *el Casto*.

Se fué con su otro amigo del corazón, don Alonso Garcés de Marsilla.

De resultas de aquella campaña casáronse ambos.

Tu padre conoció en Barcelona á tu madre, y casó con ella.

Don Alonso conoció á la hermosísima doña Adelaida de

Arbués de Montpeller, adonde había ido desde Zaragoza á ver á su padre herido, la solicitó y con ella se casó.

En el primer término nacísteis tú y don Martín Garcés de Marsilla.

Pasó el tiempo.

Don Enguerrando conservaba su buena amistad con don Guillén.

Tan pronto don Enguerrando con su familia estaba en la torre de Segura, como don Guillén con la suya en el castillo de Albarracín.

Así se pasaron no menos que veinte años.

Yolanda se había defendido de una manera heroica, del amor de tu padre.

Pero el casamiento de tu padre, tu nacimiento, la causaron una desesperación como la que tu padre había sentido al verla á ella en poder de otro.

Empezó á flaquear su virtud.

Empezó tu padre á sentirse amado.

Pero esto fué de tal manera, que fueron necesarios no menos que veinte años para que se rindiese al fin á la pasión la virtud de Yolanda.

Don Martín de Marsilla y tú, hijos respectivamente de cada uno de los matrimonios, erais ya mancebos.

Se os contaba como dos de los mejores caballeros de Aragón.

Os llamabais, como ahora, hermanos.

Levantó el rey el estandarte real.

Don Enguerrando de Azagra estaba cansado, y no muy contento del rey.

Sin embargo, á pretexto del honor, le incitó su mujer

Yolanda, que á pesar de sus cuarenta años se conservaba hermosísima, y que ardía en los amores de tu padre.

Se había ya decidido al crimen.

Su amor se hizo impaciente.

Escuchó al fin á tu padre.

Le confesó que le amaba, y que no había dejado de amarle desde el punto en que le había visto.

Convinieron en la manera de hacer traición á don Enguerrando de Azagra.

Debía impulsársele á la guerra.

Debía impulsársele á que durante ella llevase su familia á la torre de Segura.

Don Guillén, con un pretexto plausible, no fué por aquella vez á la guerra.

Debía quedarse en la torre de Segura, cuidando de su familia y de la de don Enguerrando.

Este partió tranquilo con su mesnada á campaña.

¿Cómo podía dudar de una esposa, con la que había sido feliz durante veinte años?

Tú, don Pedro Segura, y tu hermano de armas don Martín Garcés de Marsilla, partisteis también á la guerra con Enguerrando de Azagra.

Quedó, pues, sin testigos inmediatos don Guillén, en su torre de Segura.

Doña Yolanda y don Enguerrando habían perdido tres hijos que habían tenido.

Parecía como que una maldición había caído sobre su familia.

Doña Yolanda se conservaba muy joven en la apariencia, y había acrecido en hermosura.

Aleida de Azlor era una buena señora, que no pensaba en otra cosa que en mirarte á tí, que en amarte á tí, que eras su hijo, único en amar y obedecer á su marido, y en rezar sus devociones.

Era muy hacendosa.

Durante el día se ocupaba en los cuidados de las faenas de la casa.

Por la noche se acostaba rendida.

A poco se dormía como una piedra.

Don Guillén de Segura, tu padre, podía levantarse sin escrúpulo del lecho nupcial, seguro de que su compañera no notaría su ausencia, porque se llevaba la noche de un tirón.

A más de esto, don Guillén hacía beber consecutivamente á su mujer en la cena, y aun añadía disimuladamente ciertos polvos al vino que la servía.

La convertía, pues, en un tronco.

Una hora después de que la campana de la torre tocaba el cubrefuego, don Guillén se levantaba.

Se vestía impacientemente.

Salía á la cámara de honor, iluminada de una manera sombría por la lámpara que alumbraba la imagen de la Virgen Santísima.

Esta imagen en nada influía para apartar de su traición, de su pecado, á don Guillén.

Seguía impaciente hacia donde le llamaban sus torpes apetitos.

Subía á las almenas de la torre.

Ataba á una de ellas una larga cuerda que llevaba consigo.

Aquella cuerda estaba anudada.

Era para tu padre, que alcanzaba, como tú sabes, unas fuerzas monstruosas, una escala mejor que otra cualquiera.

Por esta parte, pues, descendía hasta la ventana, porque esta era la cámara de la infamia, la cámara del adulterio, y no había guardas fuera de la torre.

El enano velaba sólo en los matacanes de la poterna.

Bajo la bóveda de ésta velaban también dos ballesteros.

Don Guillén pudiera haber ido por las escaleras al segundo estado de la torre donde estaban las habitaciones que, con dos dueñas y dos doncellas, se habían dado á doña Yolanda.

Pero temía encontrar algún servidor, ó ser sentido.

Se descolgaba, pues, como te he dicho, por una cuerda anudada, sujeta á una almena.

Llegaba á la ventana.

Tocaba á la vidriera.

Doña Yolanda, que le esperaba, abría.

Se arrojaba en los brazos de don Guillén.

Antes del amanecer éste salía por la ventana.

Trepaba por la cuerda al almenar.

Desataba la cuerda.

La metía en un profundo mechinal del muro, descendía, y se iba á la cámara conyugal.

Encontraba siempre plácidamente dormida á su buena esposa doña Aleida.

Y así pasaban una y otra noche de traición y de amor.

Nadie se apercibía de ello.

Doña Aleida trataba como á una hermana á doña Yolanda.

Ésta parecía la mujer más feliz del mundo.

En cuanto á tu padre, delante de las gentes parecía el buen amigo de la noble esposa de su amigo, el noble señor de Albarracín.

El monje se detuvo.

Don Pedro de Segura escuchaba con ansiedad.

Don Rodrigo de Azagra continuaba inerte.

El monje continuó de esta manera.

CAPITULO XVI

De cómo puede hacer creer un hombre, que ha partido del mundo para no volver.

Una noche, Enguerrando de Azagra estaba desvelado en su tienda, en el campamento del rey don Alfonso sobre Narbona.

Se había combatido rudamente aquel día.

Los aragoneses se habían retirado á su campamento.

Enguerrando se había echado en su tienda sobre su piel de león.

Se había dormido.

Pero á la media noche le había despertado el llanto de un niño.

Había soñado que su perro leal, que le acompañaba siempre, ya en la paz, ya en la guerra, tanto en su castillo como en el campo, se había arrojado sobre él y le había mordido furioso.

Enguerrando había pretendido castigar al animal.

De improviso éste se había convertido en buitre.

Había levantado el vuelo.

Se había elevado disminuyendo de tamaño.

Haciéndose más y más pequeño.

Se hizo al fin imperceptible.

De improviso se levantó antes sus ojos su fuerte castillo de Albarracín, con sus cinco torres y su ancho recinto murado, apoyado en torres más pequeñas.

Pero aparecía como delabrado.

Como enmohecido.

Como ennegrecido.

Una hiedra de un color impuro trepaba por los muros.

El gran blasón de los Azagras, que aparecía en el centro de la torre mayor ó del homenaje, parecía mutilado en gran parte.

Nadie entraba ni salía en el castillo.

Parecía abandonado.

Le iluminaba una luz siniestra.

Detrás se extendía un negro celaje.

Un celaje de tempestad.

Cruzó un relámpago sobre todo aquello.

Le tiñó de un color rojizo.

En vez de pasar rápidamente, el relámpago permaneció como una luz siniestra.

En medio de aquel espacio pavoroso, en la altura, apareció un pequeñísimo punto negro que descendió, aumentando y describiendo grandes círculos.

Al fin se percibió perfectamente el buitre.

Batía con un estridor espantoso sus negras alas.

Traía en el pico un inmundo despojo.

Tal vez de una res muerta.

Describió algunos enormes círculos sobre la torre del homenaje.

De repente cayó sobre el blasón de los Azagras.

Se afianzó á él con las garras.

Le azotó con las alas, causando un estruendo horrible.

Luego, con el asqueroso despojo que tenía en el pico, manchó el blasón de los Azagras.

Don Enguerrando prorrumpió en gritos de furor.

Cogió una enorme ballesta que encontró á mano.

La armó y envió una jara al buitre.

La jara rechazó en el plumaje de la gigantesca ave, como hubiera podido rechazar en una roca.

El buitre abandonó entonces el blasón.

Cayó sobre don Enguerrando.

Clavó sus garras en sus costados.

Luego le desgarró con el pico el pecho, y le arrancó el corazón.

Don Enguerrando dió un grito horrible y despertó.

Se encontró en su magnífica tienda.

Sobre su piel de león.

Su leal perro dormía junto á él.

Su arnés dorado aparecía á poca distancia, suspendido de una estaca.

La luz de la lámpara de noche, puesta sobre una pequeña mesa de campaña, arrancaba débiles destellos del arnés y marcaba las plegaduras más rudas de la tienda, dejando el resto en penumbra.

Fuera se oía el zumbido de las largas y pesadas ráfagas

del viento de una calurosa noche de verano, y los gritos de vigilancia de los guardas del campamento.

Lo que había visto, pues, Enguerrando de Azagra, había sido un sueño horrible.

Al despertar, estremecido, se acordaba perfectamente de él.

Poco á poco se fué borrando de su memoria.

Al fin se borró por completo.

Pero quedaba un pavor horrible en el pecho de don Enguerrando.

Sin saber por qué, pensaba en su esposa doña Yolanda, con una ansiedad que nunca hasta entonces había sentido por ella.

Llamó á los escuderos que dormían cerca de él, y mandó que le diesen agua y vino.

Se le iba la cabeza.

Estaba cubierto de sudor frío.

Apenas hubo bebido el vino con agua en una gran copa de plata, cuando uno de los guardas que estaban á la puerta le pidió venia para hablarle.

Hízole entrar don Enguerrando.

El guarda le dijo que uno de sus escuderos que acababa de llegar de Aragón, pedía hablarle al momento.

Entonces recordó de improviso su sueño don Enguerrando.

Se aterró.

Él no había dejado en Aragón más escuderos que los cuatro que habían ido con su esposa á la torre de Segura.

Debía ser uno de los cuatro.

¿Por qué, pues, venía á buscarle?

¿Por qué en una tan avanzada hora pretendía hablarle?

¿Qué desgracia venía á anunciarle?

Agonizaba don Enguerrando.

Mandó que entrase al momento el escudero.

—¿Por qué me buscas, Ferrández? dijo reconociéndole.

—Vengo á tal cosa, señor, respondió el leal escudero, que mejor quisiera venir á morir. Pero necesito estar á solas con vuesamerced.

Don Enguerrando hizo salir á los otros escuderos.

Ferrández se acercó entonces á su señor, y le dijo en voz muy baja:

—Venid conmigo, señor, sin perder un momento: que los caballos devoren el camino: que cuanto antes la sangre ataje la deshonra.

—¿Deshonra has dicho? rugió don Enguerrando.

Y volvió á recordar completamente su sueño.

—¡Habla! ¡dí! exclamó don Enguerrando: ¡tu señora!...

—¡Sí... mi señora! contestó con acento conmovido Ferrández.

Sabía que hería á su señor en lo más delicado.

Don Enguerrando se llevó las manos sobre el corazón.

Permaneció mudo, tembloroso, espantado, durante algunos segundos.

Luego, recobrándose, asió violentamente á Ferrández por un brazo, y le dijo:

—¡Ay de tí, si has mentido!

—Matadme, señor, para que yo olvide lo que sé, dijo Ferrández. Pero antes escuchad.

—No, no quiero escuchar aquí, dijo don Enguerrando.

Y luego añadió:

—¡Ola! mi caballo: que se armen diez escuderos. Ármame tú, Ferrández.

Ferrández fué tomando las piezas del arnés dorado que estaba en la estaca, y armó á su señor.

Luego le echó encima de las armas una magnífica sobrevesta.

Le ciñó la espada y el puñal, y le colgó al costado el hacha de armas.

Luego le calzó las espuelas.

Don Enguerrando llamó á su alférez.

—Aquí os quedaréis, le dijo, comandando mi mesnada hasta que yo vuelva. Si cuando se levantase el campo no hubiese yo vuelto, seguid con mis gentes el estandarte real.

Después de esto, don Enguerrando tomó de un arcón una gran bolsa llena de doblas, que colgó de su talabarte.

Salió de la tienda.

Montó en un corcel que ya encubertado le esperaba fuera.

Montaron Ferrández y los diez escuderos que don Enguerrando había mandado le acompañasen, y partieron.

Al llegar á la poterna de la estacada del campo que marcaba el camino por donde se iba á España, el capitán de la gente del rey que la poterna guardaba, le dijo:

—¿A dónde vais con esa gente y á tales horas, señor ricohombre?

—Dejadme, capitán, dijo don Enguerrando: yo voy á una hazaña á que creo dar felice cima.

—El rey ha mandado que nadie salga de noche del

campamento, dijo el capitán: pero salid, señor rico-hombre; no digáis, sin embargo, cuando volváis, si os echasen de menos, que por esta poterna habéis salido.

—No lo diré, yo os lo aseguro, y gracias: dad ahora á uno de los míos una antorcha si la tenéis.

—Hay aquí algunas para reconocer el campo, dijo el capitán.

Y dió una antorcha de resina, una especie de hacha de viento á uno de los escuderos de don Enguerrando.

Este partió con sus once hombres.

—Gualberto, dijo á uno de los escuderos que con él habían ido á campaña: yo recuerdo haber pasado esta tarde, cuando la gran arremetida, junto á una ermita.

—Sí, señor; es el *Puig de los Ahorcados*.

—Recuerdo también que alrededor de esa ermita cayó mucha gente.

—Sí, señor; allí quedaron tendidos lo menos trescientos: los enemigos no han podido recoger los muertos.

—¿Recordáis hacia dónde cae esa ermita?

—Sí, señor, como á diez tiros de ballesta de aquí, al otro lado del camino.

—Pues allá vamos; guiad vos, Gualberto.

Gualberto se puso á la cabeza del escuadroncillo y adelantó.

Su señor y los otros escuderos le siguieron.

Llegaron muy pronto á un edificio que se determinaba apenas entre las sombras de aquella noche oscurísima.

Era una noche horrible.

Ventisqueaba.

Algunas raras gotas caían de las nubes.

Se oía á lo lejos el trueno que avanzaba.

Allá, en el poniente, lucían los relámpagos.

La fuerza del viento crecía.

La tormenta empezaba á desplegar sus formidables alas.

Además de esto, en el lugar donde don Enguerrando y los que le seguían estaban, se percibía un nauseabundo olor de sangre y de carnaje.

Allí había sido el empeño más grave de la batalla.

Rodearon los jinetes, y descubrieron la entrada de la ermita.

Durante la pelea algunos de los reyes de Aragón habían tomado posesión de ella.

Los enemigos la habían asaltado, y habían echado abajo la puerta, que había quedado franca.

El ermitaño no había podido cerrarla.

Pero concluída la batalla, y llegada la noche, había podido encender la luz del altar.

Esta reflejaba de una manera lúgubre en grandes manchas de sangre, en charcos, mejor dicho, en que aparecía coagulada.

Los cadáveres habían sido sacados fuera.

—Encended en esa luz vuestra antorcha, Gualberto, dijo don Enguerrando.

En su voz había algo que espantaba.

Echó pie á tierra Gualberto, entró en la ermita, encendió en la lámpara la antorcha y salió con ella.

—¿Pueden apercibirse de esa antorcha desde el campo? dijo don Enguerrando.

— No, señor, contestó Gualberto; hay una loma de por medio.

—Bien, dijo don Enguerrando: reconozcamos alrededor de la ermita.

A poco que anduvieron encontraron acá y allá cadáveres desnudos.

No habían tenido tiempo para recogerlos ni para enterrarlos, pero sí para despojarlos.

Habían echado pie á tierra don Enguerrando, Ferrández y Gualberto.

Los otros iban detrás.

Don Enguerrando reconocía con una fijeza sombría, aterradora, con una calma espantosa, uno tras otro los cadáveres.

Detúvose delante de uno que estaba tendido boca arriba.

Mostraba en la frente el golpe del hacha que le había matado.

Tenía una larga barba rubia dorada.

—¿No os parece que la barba de ese es muy semejante á la mía? dijo don Enguerrando.

Ferrández y Gualberto miraron con espanto á su señor.

Ferrández adivinaba y se estremecía.

Gualberto no podía adivinar nada.

No conocía la deshonra de su señor.

—¿No habéis oído lo que os he preguntado? dijo don Enguerrando.

—Sí, señor, sí.

—¿No creéis que ese muerto puede tomar mi apariencia?

—Indudablemente, señor, dijo con la voz trémula Gualberto.

Ferrández nada dijo.

Pero se estremeció de una manera más poderosa.

—Desfigurad á hachazos el semblante de ese hombre, les dijo con la voz opaca y terrible don Enguerrando.

Los dos escuderos se desengancharon del cinto las hachas de armas.

Un momento después el semblante del muerto estaba picado completamente.

Era imposible reconocerle.

La tempestad empezaba á arreciar.

—Meted el muerto en la ermita, dijo don Enguerrando.

Poco después el cadáver estaba extendido dentro de la ermita.

—Mirad si hay aquí alguien que pueda observarnos, dijo don Enguerrando.

Ferrández y Gualberto registraron la ermita.

Nadie había en ella.

Si el ermitaño estaba en ella cuando llegaron, había huído al sentirlos.

Entróse en la morada del ermitaño don Enguerrando.

Allí se hizo desarmar y se desnudó completamente.

—Quitaos uno de vosotros el sayo, dijo; otro la camisa: dadme, en fin, cada uno una prenda.

Lo hicieron así los escuderos.

Se vistió con aquellas prendas don Enguerrando.

Ferrández se quedó sin sayo.

Sin camisa Gualberto.

Sin calzas el uno.

Sin jubón el otro.

Pero ¿qué importaba esto?

Unas sandalias del ermitaño que por allí parecieron, sirvieron á don Enguerrando.

— Vestid con mis ropas al muerto, dijo éste: armadle después con mis armas.

Los escuderos obedecieron.

—¿No os parece que si encuentran á ese muerto, tal como le habéis puesto con mi casco y mi escudo al lado, ninguno de los míos ni de los del rey podrá decir que no soy yo?

—Le conocerán por las manos, señor; son demasiado ordinarias.

—Cortádselas y hacedlas desaparecer, dijo don Enguerrando.

La operación estuvo muy pronto terminada de dos golpes de hacha.

Gualberto cogió las dos horribles manos, salió fuera de la ermita, y las puso en las alforjas que llevaba á la grupa de su caballo.

Una vez puesto en un caballo el cadáver, emprendieron la marcha hacia los muros de la ciudad.

Habían arrojado la antorcha.

Les era inútil.

La tempestad acrecía en fuerza.

La lluvia era ya un aguacero.

El viento era ya huracán.

El trueno retumbaba espantoso.

Los relámpagos eran de una tal intensidad, que lo iluminaban todo como si hubiese sido de día.

Veíase allá, al fondo, la ciudad de Narbona con sus altos muros torreados.

Con las accidentaciones de sus altos techos.

Con las agujas de sus iglesias.

Don Enguerrando de Azagra iba hacia la ciudad con el alma destrozada.

Al llegar á un barranco que ya muy cerca de un postigo de la ciudad estaba, don Enguerrando mandó hacer alto á su gente.

—Desmontad, hidalgos, y rodeadme, dijo: tengo que daros algunas órdenes, que espero cumpliréis fielmente.

—Os juramos obedeceros, dijo Gualberto tomando la voz por todos.

—Yo no os he mandado, dijo don Enguerrando, que desfiguréis ese cadáver y le mutiléis y le vistáis mis ropas, sino porque quiero que me tengan por muerto. Juradme que ninguno de vosotros revelará el secreto de mi existencia, sin que yo le levante el juramento.

Todos juraron.

—Confío en vuestra honra y en vuestro temor á Dios, dijo don Enguerrando: ahora posad en tierra ese cadáver, y junto á él mi casco y escudo.

Se hizo como don Enguerrando lo había mandado.

—Cabalgad, dijo don Enguerrando y oid lo que diréis al volver al campo:

Que yo os he traído cerca de un postigo de la ciudad, por el que, y por la traición de la guarda, procuraba en la ciudad entrarme y apoderarme de la puerta y torres de Santa María, y hacerme fuerte en ellas, y avisar al rey; pero que antes de llegar nos encontramos con una ronda enemiga, con la que combatimos: que dominados por el número habéis tenido que cejar: que entre los enemigos

me había quedado yo solo: que al verme en tal riesgo habíais arremetido de nuevo desesperados y habíais logrado poner á los de Narbona en fuga, pero tarde, porque yo había caído ya: que ibais á levantarme para conducirme al campo, cuando visteis que otro gran número de enemigos salía de la ciudad y os visteis obligados á retroceder y á retiraros al campo. Ahora, amigos míos, adiós: si no volvéis á verme pronto, rogad á Dios por mí.

Los escuderos se afligieron.

Algo muy grave debía acontecer á su señor cuando tomaba aquella resolución cuya causa ellos no podían adivinar.

Se despidieron tiernísimamente de él y partieron.

Ferrández se quedó con don Enguerrando.

—¡A caballo, le dijo éste, y á escape!

Un momento después, señor y escudero iban á escape, á campo traviesa, hacia el camino de Aragón.

Llegaron Gualberto y los otros escuderos al campo.

Dieron parte al capitán de la gente que guardaba la poterna por donde entraron, según les había mandado que hablasen don Enguerrando.

Corrió la noticia de caudillo en caudillo.

Se mandó que un escudero de lanzas fuese á recorrer el sitio donde había caído el noble y bravo señor de Albarracín, con orden de que levantasen el cadáver y le llevasen al campo.

Esta operación fué llevada á cabo felizmente, sin que el escuadrón que había ido á practicarla encontrase enemigos.

Trájose al campo el supuesto cadáver de don Enguerrando.

Sus mismos escuderos, que con él no habían ido y no conocían el secreto, se engañaron.

Le creyeron muerto.

Le lloraron y juraron vengarle.

Al amanecer supo el rey la funesta noticia.

Fué á ver en la tienda á don Enguerrando el cadáver, que tal como se le había recogido estaba puesto en un magnífico lecho de honor, guardado por escuderos de gran gala.

El rey lloró sobre el que creía cadáver de su noble servidor.

Juró solemnemente tomar venganza de los narbonenses, y mandó se hicieran á don Enguerrando unas exequias dignas de un rey.

Sintióse mucho en el ejército la muerte de don Enguerrando, en que se creyó.

Nadie extrañaba lo que á don Enguerrando había sucedido, porque se conocía su valor temerario.

El rey mandó canforar el cadáver para que se conservase, y que se le pusiese en una caja de cedro para enviarlo á su noble viuda doña Yolanda con una carta real en que se le hacían grandes mercedes por la honrosa muerte de su marido.

El cadáver, puesto en un carro y resguardado por la mesnada de Albarracín, partió al día siguiente para Aragón.

CAPITULO XVII

En que el monje continúa su terrible historia

Continuaron corriendo don Enguerrando y Ferrández, hasta que llegaron á un espeso bosque á dos leguas de Narbona.

Allí encontraron unas cabañas de leñadores.

Pidieron hospitalidad, que les fué graciosamente concedida por aquellas buenas gentes.

Estaban completamente mojados.

Como que habían estado más de dos horas bajo el aguacero.

A pretexto de que no podían detenerse á secar sus vestidos, pidieron á los leñadores vestidos secos y dos tabardos gruesos con capuz, que de la lluvia los preservase, á cambio de sus vestidos.

Se prestaron á ello los pastores.

Ganaban enormemente en el cambio.

Ya disfrazados y enjutos señor y escudero, partieron de nuevo.

Nadie los hubiera creído otra cosa que leñadores.

Al amanecer llegaron á una aldea donde, diciendo que los caballos y las armas los habían encontrado al pasar la noche anterior por el campo de batalla, los vendieron.

Se les tuvo por merodeadores.

Siguieron á pie.

La tempestad había pasado.

No quedaban como señales de ella, más que la tierra mojada y encharcada, y algunos árboles arrancados de raíz.

Encontraron sobre su camino un bosque muy cerrado, y cuando se hubieron internado algún tanto en él, don Enguerrando dijo sentándose sobre una piedra y señalando otra á Ferrández para que se sentara:

—Ya es hora de que me cuentes lo que has visto ó sabido, y te ha obligado á buscarme como bueno y leal.

—Señor, dijo Ferrández, yo soy muy dado á las mujeres: ellas me vuelven loco.

—Ya lo sé, ya lo sé, dijo con un cuidado extraño don Enguerrando: continúa.

—En la torre de Segura hay una doncella morena de ojos negros, que en cuanto la ví me paró la sangre.

¡Vive Dios, me dije, que ya tenemos aquí en qué entretenernos, y un buen entretenimiento á fe mía!

Y la hice guiños, señor.

Y cuando yo la guiñé, ella me guiñó.

En fin, señor, encontré el camino más llano de lo que yo esperaba.

Pero no podíamos hablar ni entendernos.

La señora es muy cuidada de sus doncellas.

Durante el día las tiene continuamente á su lado.

Por las noches las guarda una dueña.

Pero yo no me rendí.

Las doncellas de la castellana de Segura duermen en el segundo estado de la torre.

En el mismo estado donde están las habitaciones de los huéspedes, y donde con sus doncellas ha sido aposentada mi señora.

A nosotros, los escuderos, se nos ha aposentado en el tercer estado.

Yo había observado esto.

A la noche siguiente al día en que yo guiñé el ojo á Gisberga, y ella me lo guiñó, me asomé, ya tarde, á la ventana de mi aposento, y me puse á cantar una trova.

Poco despues sentí que debajo cabalmente de mi ventana se abría una vidriera.

Cuando yo acabé de cantar mi trova, una voz de mujer cantó otra.

Y reconocí la voz de Gisberga.

—¿Sois vos? la dije.

Y ella me respondió:

—Sí, yo soy.

—¿Sabéis, repuse yo, que me dan tentaciones de meterme por vuestra ventana?

—¿Sois pájaro? me dijo.

—Sin ser pájaro yo entraré por ella si vos la dejáis abierta, la respondí.

— Hace calor, dijo ella, y es bueno dejar abiertas las vidrieras para que entre el viento de la noche.

Después de esto, me dió las buenas noches y se quitó de la ventana.

Yo miré para ver si había un medio de descender.

Pero el muro era completamente liso.

Se necesitaba una escala, ó por lo menos una cuerda anudada.

Al día siguiente me fuí á Teruel y compré una hermosa cuerda.

La anudé.

Todo el día nos estuvimos haciendo guiños Gisberga y yo.

Por la noche, después del cubrefuego, me asomé á mi ventana y canté.

Sentí á poco que se abría la vidriera.

Pero Gisberga ni cantó ni se asomó.

Yo ví en esto que era muy prudente.

No quería hacer ruido.

Yo me propuse bajar y meterme por la ventana.

Pero no encontré medio de afianzar mi cuerda.

Entonces se me ocurrió que podía afianzarla en una almena.

La escalera estaba franca.

No era de presumir que después del cubrefuego anduviese por ella nadie.

Subí al almenar, y calculé la almena que debía caer encima de la ventana de Gisberga.

Atando estaba la cuerda, cuando sentí un leve rumor de pasos.

Creí que sería algún guarda.

Me encogí, y me pegué á la cubierta de la cúpula de la escalera.

Yo estaba en la sombra y embebido en un hueco.

A poco ví pasar delante de mí un hombre.

La luna le daba de lleno en el semblante.

Reconocí á don Guillén de Segura.

—¡Don Guillén de Segura! exclamó con voz cavernosa don Enguerrando: ¡mi amigo! ¡mi hermano! pero continúa, Ferrández, continúa.

—Don Guillén se detuvo delante de mi almena.

Ató á ella una cuerda.

Descendió.

Yo asomé entonces la cabeza entre las almenas.

Ví que don Guillén descendía.

Que llegaba á la ventana del aposento de la señora.

Que entraba por ella.

Que á seguida la vidriera se cerraba.

Se me heló la sangre, señor.

Me fuí á la almena donde don Guillén había atado su cuerda.

Descendí por ella.

Llegué á la misma ventana por donde había entrado don Guillén.

Miré á través de los vidrios.

Perdonadme, señor, pero yo no sería leal si no os lo dijese: ví á la señora en los brazos de don Guillén.

Ferrández se detuvo.

Durante un largo espacio don Enguerrando no pronunció una sola palabra.

Al fin se levantó y dijo:

—No hablemos más de esto: prosigamos nuestro camino.

Y sin decir una palabra más continuaron rápidamente su marcha.

Cuatro días después llegaban á una venta, á poca distancia de Teruel.

Don Enguerrando se había desfigurado completamente.

Se había teñido la barba.

Se había cortado su magnífica melena rubia.

Vestía como un villano.

Ferrández partió para la torre de Segura.

Esperó, oculto en la arboleda, junto al río, á que pasase uno de los escuderos de su señor, que componiendo la servidumbre de doña Yolanda, habían ido á la torre de Segura.

Al fin pasó uno.

Le llamó.

El escudero entró en la arboleda.

Se maravilló de ver á Ferrández.

—¡Eres tú! le dijo.

—Sí, yo soy, Ramírez.

—¿Dónde has estado? te se ha buscado: te se ha tenido por muerto: tal vez una de sus aventuras, hemos dicho; algún padre, algún hermano, algún marido ó algún amante celoso le han matado á traición y han escondido el cadáver: la señora está muy cuidadosa, y pregunta á cada momento por tí.

—Tú no me has visto, dijo Ferrández; guarda profundamente el secreto, Ramírez: es necesario que con un pretexto cualquiera introduzcas á nuestro señor en la torre.

— ¡A nuestro señor!

— Sí, á nuestro señor.

— Pero, ¿y por qué?

— El señor tiene poderosas razones para pretender entrar ocultamente en la torre de Segura. Viene completamente disfrazado: teñida la tez, teñida la barba, cortados los cabellos; viste como un villano y lo parece: puedes decir en la guarda de la torre que es un tu primo.

— Lo haré, dijo Ramírez.

— Pues sal esta noche, y llega á este mismo sitio una hora antes del toque de cubrefuego. Luego le llevas á tu aposento.

— Será como me lo dices, contestó Ramírez.

— Guarda el secreto aun para los otros compañeros.

— Le guardaré.

Separáronse con esto los dos escuderos.

Aquel mismo día llegó, con una carta del rey, un correo.

En aquella carta el rey anunciaba á doña Yolanda la muerte de su marido, la consolaba, y se plañía de que don Enguerrando no hubiese dejado un heredero.

Los hijos que de don Enguerrando había tenido doña Yolanda al principio de su matrimonio, habían muerto de una manera terrible, como si hubieran sido un fruto de maldición.

La anunciaba, además, el rey, que dentro de poco llegaría al castillo de Albarracín el cadáver de don Enguerrando, honrado como convenía á la alcurnia y al valor y á la lealtad que siempre había mostrado el señor de Albarracín.

Doña Yolanda dió grandes muestras de dolor, y lo pre-

paró todo para partir al día siguiente para Albarracín, donde debía esperar el cadáver de su marido.

Ferrández se había engañado confiando en Ramírez.

Era un traidor.

Él conocía y favorecía, en unión con la dueña de doña Yolanda, los amores de ésta con don Guillén.

Se propuso, pues, dar una gran muestra de lealtad á su señora, impidiendo todo cuanto pudiese hacer contra ella su irritado esposo.

Para Ramírez era indudable, después de haber oído á Ferrández, que la noticia de la muerte de su señor era falsa.

Don Enguerrando debía tener noticias del adulterio de su esposa cuando había hecho lo bastante para que se creyese en su muerte, y se venía disfrazado á la torre de Segura dejando el campo del rey de Aragón.

Nadie sino Ferrández, que hacía ocho días se había perdido y del cual no se habían tenido noticias, podía haber sido el que había avisado á don Enguerrando de la traición de su esposa.

Ramírez nada dijo.

Se propuso obrar por sí mismo.

Hacer verdadera la muerte de don Enguerrando.

Durante el tiempo que pasó hasta el momento de ir á la cita de Ferrández, meditó y maduró su proyecto.

Doña Yolanda contestó aquel mismo día al rey.

Después de hacer en su carta las mayores demostraciones de dolor, decía al rey que, en cuanto á la sucesión de su esposo, no había para qué plañirse, porque ella conocía que antes de partir para la guerra, su esposo la había dejado en cinta.

El mismo correo del rey partió llevando la carta de doña Yolanda.

Llegó la noche.

Una hora antes del cubrefuego salió de la torre de Segura, Ramírez.

Bajó á la ribera.

Apenas entró entre los árboles, le salieron al encuentro dos hombres.

El uno era don Enguerrando, perfectamente disfrazado de villano.

El otro Ferrández.

Don Enguerrando partió con Ramírez.

Ferrández se quedó esperando entre los árboles.

Ramírez llegó con don Enguerrando á la poterna, y dijo que aquel que le acompañaba era un pariente suyo, y que suplicaba le permitiesen pasar la noche en la torre, que al día siguiente partiría.

Confiado el escudero que comandaba la guarda, se lo permitió.

Don Enguerrando entró, pues, encubierto, en la morada de su amigo traidor.

Ramírez le condujo á su aposento y allí le ocultó.

Sonó á poco el cubrefuego.

Ramírez se puso en acecho para ver cuando, recogidos todos los del castillo, don Guillén subía á las almenas.

Subió don Guillén al fin, una hora después del cubrefuego.

Ató su cuerda á la almena.

Se deslizó.

Llegó á la ventana, entró, y doña Yolanda se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Oh, si tu mujer muriera como ha muerto mi marido!

Don Guillén se espantó.

El adulterio había hecho infame á aquella mujer.

La había llevado á la posibilidad de todos los crímenes.

Empezó á hacérsele horrible Yolanda.

Tu padre no había cometido otro crimen que el de la traición á la amistad por un amor del infierno, y sentía ya remordimientos.

—¿Luego mi padre era inocente? exclamó don Pedro de Segura que hasta entonces había estado oyendo casi sin alentar.

—Si tu padre no hubiera hecho traición á su amigo, dijo severamente el monje, no hubiera acontecido la horrenda desgracia que tuvo lugar aquella noche, y que aumentó el remordimiento de tu padre y le mató algunos años después.

CAPÍTULO XVIII

En que el monje relata un crimen horrible

A poco de haber subido al almenar don Guillén, salió Ramírez para reconocer si todo estaba en silencio.

Todo reposaba en la torre.

No se sentía el más leve rumor.

Subió Ramírez al almenar.

Don Guillén no estaba ya en él.

Pero encontró la cuerda pendiente de la almena.

Bajó, y lo comunicó á don Enguerrando.

Éste subió con Ramírez al almenar.

Llegó á la almena, y encontró pendiente de ella la cuerda.

Se inclinó, á riesgo de caer, y vió el reflejo de la luz en la ventana de la habitación que ocupaba doña Yolanda.

Escuchó con toda la atención de su alma y oyó estallidos de besos enamorados.

Se alzó terrible.

Quitó la cuerda de la almena.

La arrojó lejos de sí sobre el almenar.

Don Guillén no podía escapar ya por la ventana, como no fuese arrojándose al foso.

—¡Sígueme ó mueres! dijo entonces don Enguerrando dirigiéndose á Ramírez.

El escudero tembló.

Cobró miedo, un miedo terrible á su señor.

Don Enguerrando abandonó el almenar, ganó las escaleras, y llegó al segundo estado de la torre.

Este estaba sumido en un silencio profundo.

Don Enguerrando abrió la mampara del aposento de su esposa.

Pero detrás de ella había una puerta fuerte y cerrada.

Aún zumbaban en sus oídos los besos de los adúlteros.

Don Enguerrando estaba en uno de esos momentos supremos en que una criatura se encuentra en una irritación solemne y terrible, horrible sobre todos los horrores á que no hubiese creído nunca poder llegar.

La naturaleza es cruel.

Ya afecte á nuestro cuerpo, ya á nuestra alma, ya á los dos á la par, extenúa, ciega y exacerba sus dolores hasta un punto inconcebible.

Don Enguerrando golpeó fuertemente la puerta.

No tenía ya consideración ninguna á que atender.

Respeto ninguno que guardar.

El furor le enloquecía.

—¡Sal, infame, sal! gritaba: ¡mátame si puedes, para continuar luego tranquilamente mi deshonra, ó muere con la infame!

El ruido de los golpes á la puerta, la voz desesperada y terrible de don Enguerrando, llegaron hasta los adúlteros y los aterraron.

Creían muerto á don Enguerrando.

Creyeron que al pasar de la vida á la eternidad, don Enguerrando había visto su deshonra, y que Dios le permitía venir en cuerpo y alma á vengarla.

Tal terror se apoderó de tu padre, á pesar de que era muy valiente, que separándose de los brazos de Yolanda, corrió á la ventana con intención de salvarse por medio de la cuerda, no trepando al almenar, sino dejándose ir hasta el foso.

Pero la cuerda había desaparecido.

Miró con ansia al fondo.

Estaba negro y oscuro.

Sintió miedo de arrojarse.

Lo más probable era morir.

Además, dejaría abandonada á la cólera de don Enguerrando á doña Yolanda.

Ella era la vida y el alma de don Guillén.

Por ella dominó su terror, llamó á su valor, le encontró y se atrevió á todo.

Los golpes á la puerta y las voces de don Enguerrando continuaban.

Pero parecía que nadie despertaba en la torre.

Nadie acudía.

Ramírez, temiéndolo todo, estaba á alguna distancia de don Enguerrando, con el puñal en la mano y dispuesto á herir.

Doña Yolanda temblaba de espanto.

Estaba helada.

Se había apoderado de ella una especie de atonía, que no la dejaba sentir otra cosa que el terror.

Don Guillén tomó la espada, la desnudó, se fué á la puerta y la abrió.

Y en medio de todo esto, nadie daba señal de vida en la torre.

Parecía que Dios los había aletargado á todos, para que quedase en secreto un gran crimen.

Al abrirse la puerta, al ver ante sí don Enguerrando á don Guillén, se lanzó sobre él, recibiendo una estocada en un costado.

No obstante esto, se aferró á su enemigo.

Sobrevino una lucha.

Vinieron rodando los dos hasta en medio del descanso de las escaleras.

Entonces Ramírez, viendo en peligro á tu padre, hirió en el costado á don Enguerrando con su puñal y de una tal manera, que don Enguerrando aflojó los brazos y desaferró á su víctima.

Don Guillén se alzó sudoroso.

Vió á don Enguerrando inmóvil á sus pies, arrojando de sus heridas un raudal de sangre.

Ramírez se inclinó para rematar á don Enguerrando.

—¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó don Guillén: dejémosle: no provoquemos más la ira del Señor.

Ramírez se detuvo cuando ya levantaba el brazo para herir.

—Busca á tres de tus compañeros, le dijo don Guillén: yo os haré ricos á todos: guardad este terrible secreto; es necesario sacar fuera de la torre á este hombre. Ramírez desapareció.

Don Guillén, á la opaca luz de la lámpara que ardía en el muro del descanso de la escalera, examinó á don Enguerrando.

No le reconoció.

Tal era la perfección de su disfraz.

Sin embargo, aún recordaba su voz, que no había podido desconocer.

Veía en él un hombre distinto.

Sin embargo, ¿qué otro podía ser el que con tal furor le había llamado golpeando á la puerta?

Don Guillén creía en algo del otro mundo.

Aquel hombre que tenía ante sí, y en el que no alcanzaba á reconocer á don Enguerrando, le parecía muerto.

Ramírez tardaba.

Don Guillén, en un movimiento brusco, terrible, se entró en la cámara donde, aterrada, estaba doña Yolanda.

—Venid, venid, la dijo; nos hemos engañado: no era él.

—¡Oh, sí! ¡yo he oído su voz! exclamó ella: ¡él era! ¡él era! ¡mi marido!

—¡Ah! ¡no! ¡no! venid y os convenceréis, exclamó don Guillén.

Doña Yolanda, impelida por un poder superior, y asida por la trémula mano de don Guillén, salió de la cámara y llegó al descanso de la escalera.

Doña Yolanda se abalanzó ansiosa sobre aquel cuerpo inerte y le examinó pálida, convulsa, en un estado de sobreexcitación y de terror imposibles de describir.

Y en aquel momento, el que parecía muerto, se estremeció poderosamente.

Se irguió, se incorporó, y dijo, mirando con los ojos dilatados, horribles, á su esposa y á su traidor amigo:

—¡Malditos seáis vosotros, infames: que mi sombra ensangrentada esté siempre delante de vuestros ojos y os mate lentamente de espanto! ¡Que sea maldito de Dios el fruto de vuestro adulterio, y que maldita sea esta torre que ha ocultado entre sus muros este cobarde crimen!

Entonces, en la mirada sobrenatural de don Enguerrando, le reconocieron ambos.

Creyeron que Dios le había dado momentáneamente vida para que pudiera ir á la torre de Segura y arrastrarlos á un crimen.

Don Enguerrando se desplomó de nuevo.

Al mismo tiempo doña Yolanda caía desmayada en los brazos de tu padre.

Este, transido de horror y de terror, volvió á llevar á doña Yolanda á la cámara y la puso en el lecho.

Volvió á salir al descanso de la escalera como atraído por la sangre del crimen.

Don Enguerrando permanecía inmóvil.

Como muerto.

Acudió poco después Ramírez, con otros tres escuderos de la servidumbre de doña Yolanda.

Ramírez no les había dicho que era su señor el que iban á encontrar muerto, sino que un ladrón se había intro-

Doña Yolanda se abalanzó sobre aquel cuerpo inerte, en un estado de terror imposible de describir

ducido en la torre, y había habido necesidad de matarle.

Pero que convenía que aquella muerte permaneciese oculta.

Los escuderos de la casa dormían lejos y no habían podido apercibirse de nada.

Los de la guarda tampoco habían podido apercibirse.

La servidumbre de doña Yolanda, que estaba próxima, no había despertado.

No parecía sino que Dios se había propuesto castigar por sí mismo aquel crimen, para que el castigo fuese más terrible que el de la justicia de los hombres, y le envolvía en el misterio.

Los escuderos de don Enguerrando no reconocieron á su señor.

Sólo le conocía el traidor Ramírez.

Don Guillén hizo cubrir con el capuz de su tabardo la cabeza del que creía cadáver, y que tal vez lo era.

Los cuatro escuderos cargaron con el cadáver y siguieron á don Guillén.

Éste los llevó á la poterna.

Dormitaban en ella dos escuderos con las partesanas arrimadas al muro.

Don Guillén despertó al escudero que comandaba aquella noche la guarda de la torre y le mandó alzar el rastrillo y calar el puente.

Los de la guarda que hicieron esta operación sólo vieron que se sacaba de la torre un hombre muerto.

No podían ni aun presumir que aquel hombre fuese don Enguerrando de Azagra, señor de Albarracín.

Se sabía de una manera indudable, por el correo que el

rey había enviado á doña Yolanda, que el señor de Albarracín había muerto en el cerco de Narbona.

Don Guillén y los cuatro escuderos salieron.

Descendieron por el declive de la colina.

Llegaron á la margen del río.

Ramírez se encaminó al mismo lugar donde esperaba anhelante Ferrández.

Este desdichado, cogido de improviso, fué dado de puñaladas.

Luego los dos cadáveres fueron arrojados al río.

Don Guillén y los cuatro escuderos se volvieron á la torre.

Se lavó la sangre.

Don Guillén se volvió á su aposento.

Su esposa dormía plácidamente.

No pudo ocultarse que un hombre, un desconocido, había sido muerto aquella noche en la torre de Segura.

Pero tu padre era el ricohombre de Teruel.

La justicia se contentó con lo que tu padre la dijo.

Un desconocido había sido sorprendido dentro de la torre, pretendiendo forzar la puerta de la cámara, donde en grandes y fuertes arcones de hierro guardaba tu padre sus inmensas riquezas.

Se le había muerto.

Se le había sacado de la torre y se le había arrojado al río.

Y la justicia lo dió todo por bien hecho.

Al día siguiente doña Yolanda apareció tranquila.

Pero muy pálida.

Se atribuyó esto al dolor por la pérdida de su esposo, á quien, según todos creían, amaba tiernamente.

Aquel mismo día doña Yolanda partió, con las gentes de su séquito, para su señorío de Albarracín.

La buena de doña Aleida, tu madre, nada sospechó.

Creyó pura y simplemente en el cuento del ladrón muerto, y mandó decir algunas misas por su alma.

Pocos días después llegó al castillo de Albarracín el supuesto cadáver de don Enguerrando de Azagra.

Se le hicieron unas magníficas exequias y se le depositó en un mausoleo, en el que se ve todavía la estatua guerrera de don Enguerrando, en la iglesia mayor de Albarracín, en el lado del Evangelio de la capilla mayor.

Al llegar á este punto se detuvo el monje.

Parecía fatigado y triste.

Don Rodrigo de Azagra se había estremecido en algunas poderosas convulsiones durante el relato.

Parecía como que pugnaba por vencer el paroxismo que le tenía inerte.

Don Pedro de Segura estaba pálido, convulso.

Se sentía mal.

Había escuchado al monje con una atención terrible.

El monje tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y parecía como que rezaba.

CAPÍTULO XIX

En cuyo final se trasluce quién era el monje misterioso

De improviso don Pedro hizo un movimiento enérgico, y dijo irguiéndose y fijando en el monje una mirada amenazadora:

—¿Y quién sois vos que habéis sabido ese secreto y le habéis guardado durante tantos años?

—Yo soy el penitente Roger, respondió con voz sombría el monje.

—¿Pero cómo? ¿cómo habéis sabido todo lo que me habéis relatado? dijo don Pedro volviendo á sentirse dominado por la terrible mirada del monje.

—Por medio de la nigromancia, contestó el padre Roger.

—¡La nigromancia!

—Sí, la ciencia de evocar los cadáveres, y conocer por la revelación lo oculto.

—¡Ah! ¡una maldición!

—No: la ciencia: pero oid, oid, que aún no he concluído.

Yo era ya por entonces ermitaño de Nuestra Señora del Pilar.

En la misma noche del crimen estaba yo sentado meditabundo en la orilla del río.

Había estado cavando mi sepultura, al lado de la del otro santo ermitaño que había muerto poco antes.

Descansaba.

La luna reflejaba en la ancha y suave corriente del río.

De improviso ví que sobre la corriente venía flotando un cuerpo.

Este cuerpo avanzó lentamente.

Se detuvo en unos brezos, cabalmente delante del lugar donde yo me encontraba.

Lo retiré del río.

Conocí que estaba muerto.

Le cargué sobre mis hombros y le llevé á mi habitación de la ermita.

Extendido allí, sobre mi tarima, le examiné.

Tenía dos grandes heridas en el pecho.

Era de todo punto cadáver.

Quise saber quién había cometido el crimen.

Recé por el difunto.

Luego evoqué su espíritu por medio de la nigromancia.

El cadáver se agitó convulsivamente.

Abrió los ojos.

Rechinó los dientes.

Luego dijo con voz ronca, horrible:

—Por los altos juicios de Dios estoy condenado á un larguísimo purgatorio. Casi á una eternidad. Al sentir la injuria no he sabido perdonar, y he buscado la venganza.

—Cuéntame tu historia, le dije.

Entonces el cadáver me contó la historia que yo te he referido, y cuando la terminó me dijo:

—Guarda un profundo secreto acerca de lo que sabes, hasta el día en que, desde hoy, se cumplan treinta años. Entonces se te presentará por sí misma la ocasión de hablar. Deja á la justicia de Dios el castigo de los adúlteros sanguinarios.

Y después de esto se desplomó.

Yo le enterré en la misma sepultura que había abierto para mí.

El señor de Albarracín, don Enguerrando de Azagra, había pasado.

Pero todos le creían sepultado en la iglesia mayor de Albarracín, bajo un ostentoso mausoleo.

—¿Y no sabes más? preguntó don Pedro.

—Sí, dijo el padre Roger: aún no he concluído la historia, pero la concluiré brevemente. Oye:

Tal y tan maldito era el amor que unía las almas condenadas de Yolanda y de tu padre, que poco después de las exequias de don Enguerrando, tu padre se fué con su esposa al castillo de Albarracín, á pretexto de consolar á la viuda de su grande amigo don Enguerrando de Azagra.

Continuaron los horribles amores, tan ocultos, que sólo los dos amantes los conocían.

Estuviéronse allí, en Albarracín, tus padres, cuatro meses.

El estado de maternidad de doña Yolanda era ya de todo punto visible.

Nadie dudaba de que don Enguerrando había dejado en ella sucesión.

Tú andabas en la guerra, harto ajeno de lo que pasaba en tu familia.

Tu madre continuaba en su tranquila ignorancia.

A los pocos días de haber vuelto tus padres á la torre de Segura, doña Yolanda vino á pagarles la visita.

Su estado de embarazo crecía.

Parecía contenta y feliz.

Pasaron otros cuatro meses.

Doña Yolanda determinó partir á su castillo de Albarracín.

Pero se lo impidió una dolencia extraña.

Había perdido el uso de los miembros.

Estaba en el mismo lecho, en la misma habitación en que había estado anteriormente.

Conservaba completamente el uso de su razón.

No sentía dolor alguno.

Sin embargo, los médicos declararon que era muy peligroso trasladarla.

Hubo de permanecer allí.

Llegó el punto de su alumbramiento.

Se llamó á sus parientes.

Los hombres buenos de Albarracín y los de Teruel, entre ellos tu grande amigo, don Martín Garcés de Marsilla y tú, asistieron al alumbramiento de este hombre que junto á nosotros tenemos, que como ves se agita en terribles convulsiones.

Sí, tu hermano: ese hombre es el fruto maldito del adulterio: pero el tiempo vino de tal manera, que pudo creerse sin dificultad que era hijo de don Enguerrando.

Por otra parte, ¿cómo dudar de la grande, de la severa virtud de doña Yolanda?

Ésta, al dar á luz á su hijo, exhaló un grito horrible.

Sus ojos se fijaron como en un fantasma que nada veía.

Era la misma hora del crimen.

—¡Ah! ¡tú! ¡tú! exclamó doña Yolanda extendiendo los brazos hacia el fantasma.

Dijo algunas otras palabras con acento terrible, pero nadie pudo comprenderlas.

Tan roncas, tan inarticuladas habían sido.

Luego cayó sin sentido.

No volvió más en sí.

A los tres días, que pasó delirando y en convulsiones terribles, sin que nadie entendiese las palabras de su espantoso delirio, murió.

Se me había llamado para salvarla.

Pero mi ciencia había sido inútil.

Yo no puedo sanar á los que están en pecado mortal.

Se envió el cadáver á Albarracín, y se le sepultó al lado de la tumba de don Enguerrando.

El rey dió por tutor á don Rodrigo de Azagra el rico-hombre don Pedro de Lauria.

Tu padre era enemigo suyo.

Así es que no volvió á Albarracín.

Seis años vivió tu padre, triste, pálido, enlanguideciendo, envejeciéndose de día en día.

Tú y tu amigo don Martín Garcés de Marsilla, erais ya

mozos de veinticinco años, y habíais ido y venido de la guerra.

Tu padre adoleció completamente.

La enfermedad le postró en el lecho.

Tú amabas á la hermosa Margarita de Centellas.

Tu padre murió.

Poco despues tú te casaste con Margarita.

Tu hermano de armas, tu hermano del corazón se casó poco después con doña María de Lizano.

Tu padre murió á poco.

Le siguió tu madre.

Los que han vivido mucho tiempo juntos, se van el uno tras el otro.

El gran secreto del crimen de tu padre quedó oculto.

Todos los que habían tenido parte en él habían muerto.

Murieron asimismo los padres de tu buen amigo don Martín Garcés de Marsilla.

Tú habías quedado inmensamente rico.

Él quedó con una pequeña rentecilla que apenas le bastaba y le basta para tener en cierto modo de pie su decoro de hidalgo, para mantener dos caballos y un escudero.

Esto no quita que don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, que nació el mismo día y á la misma hora que tu hermosa hija Isabel, sea un altivo caballero, un gentilhombre que por su valor y sus virtudes honra á Teruel su patria.

Una tierna y siempre creciente amistad os ha unido á don Martín y á tí y á vuestras esposas.

Casi juntos se han criado vuestros hijos.

Vuestras casas han sido comunes á los dos.

Se aman.

Han nacido para amarse.

Pero se ha cruzado la fatalidad.

Ese hombre, cuyas convulsiones crecen porque oye lo que hablamos; ese hombre, que ha llegado á los treinta años sin conocer el amor, ama ahora de una manera desesperada á tu hermosa Isabel.

Ese hombre es capaz de todo por ella... hasta de perder su alma.

Don Juan Diego Marsilla la ama asimismo como si fuera su propio ser.

Es seguro que muy pronto ambos te pedirán á tu hija por esposa.

¿Qué has de hacer?

Ese hombre es tu hermano.

Tu hija, su sobrina.

Es rico, poderoso.

Priva en la corte de don Pedro.

Es uno de los leones del rey.

Diego Marsilla es pobre.

Pero bravo y tenaz.

Tu hija le ama.

El uno es el destino del otro.

Ella morirá si no llega al logro de su amor.

Él defenderá su amor hasta perder por él su vida y su alma.

Mira tú lo que haces, don Pedro de Segura.

En tí consiste la felicidad ó la desdicha de tus dos hijos, porque tú debes considerar como á un hijo de tu corazón á Marsilla.

Yo sé que una extraña avaricia y una desmedida altivez se han apoderado de tu corazón.

Todo me dice que van á sobrevenir grandes desventuras.

Y no puedo dejar de prevenírtelas.

Dios me lo manda.

Yo, desde que he buscado la vida penitente, no puedo ni debo hacer, ni aún pensar otra cosa que la que esté aconsejada por la virtud.

Yo domino las pasiones que en mí se rebelan mal combatidas, y arrojo de mí la tentación de Satanás.

Yo he podido callar.

Tú hubieras obrado á ciegas.

Pero he cumplido con mi deber.

He hablado.

Ese hombre, aletargado por mí, lo ha oído todo.

Lo recordará todo.

Pero no recordará cómo, dónde, ni cuándo lo ha oído.

Será como si por él hubiese pasado un sueño terrible.

Ahora voy á hacer que vuelva en sí.

El monje sacó de debajo de su hábito un pomo.

Con parte de su contenido frotó las sienes, la garganta y el pulso de don Rodrigo de Azagra.

Guardó el pomo y dijo á don Pedro de Segura:

—Ahora, salgamos.

Es necesario que don Rodrigo no nos vea cuando vuelva en sí.

Dejémosle solo.

Don Rodrigo, en efecto, empezaba á dar muestras de volver á su letargo.

Se había estremecido más poderosamente que antes y había gemido.

El monje y don Pedro de Segura salieron.

El primero se despidió.

Salió de la torre.

Se volvió á su ermita.

Al llegar á ella, se arrodilló ante el altar y dijo:

—Yo te reconozco, Señor, yo te adoro: sé que provoco tu santa ira, y me estremezco de terror ante tu justicia: pero la sed de venganza me arrastra: que sea tan desventurado el hijo como lo ha sido el padre. Que se cumpla después sobre mí tu santa voluntad.

Y el monje continuó arrodillado durante un largo espacio.

Luego se arrojó sobre el suelo con los brazos extendidos en cruz.

Gemía y lloraba.

Reconocía á Dios y le temía.

Pero no podía renunciar á su venganza.

CAPÍTULO XX

De cómo iba determinándose ante nuestros personajes la fatalidad

Nadie había quedado en la cámara donde, extendido sobre el lecho y aletargado, estaba don Rodrigo de Azagra.

Volvía rápidamente en sí.

Al fin abrió los ojos.

Pudo incorporarse y miró en torno suyo con espanto.

Zumbaba aún en su oído la voz terrible del monje.

Pudo levantarse.

Estaba dolorido.

Pero como podía estarlo á causa de una caída leve.

Su cabeza se perdía.

Le dolían de una manera sorda las sienes y la nuca.

¿Había sido un sueño lo que recordaba entonces?

¿Era verdad que su padre había cometido un horrible asesinato sobre la persona de don Enguerrando de Azagra?

¿Era cierto que él era hijo de don Guillén de Segura?

¿Que su madre había sido adúltera?

La soberbia de don Rodrigo de Azagra ne podía creerlo.

Además, había oído los mayores elogios de la virtud de su madre á todos los que la habían conocido.

Aquello había sido sin duda un sueño.

Una horrible pesadilla.

Pero esta pesadilla persistía, aunque confusa, en la memoria de don Rodrigo.

Él no se acordaba de otra cosa que de los adúlteros amores de su madre con don Guillén de Segura.

Del asesinato de don Enguerrando de Azagra en la misma torre en que se encontraba, en la misma habitación.

Allí donde había estado aposentada su madre.

A poca distancia del lugar del crimen.

No recordaba más.

Pero esto le bastaba para temer que verdaderamente Isabel fuese su sobrina; para que él, hijo del adulterio, fuese hermano de don Pedro de Segura, padre de Isabel.

Necesitaba una confirmación.

La primera que podía tener debía estar muy cerca.

Allí, en el descanso de la escalera.

Don Rodrigo estaba solo.

No llamó á nadie.

Salió á la escalera.

Arrojó una mirada ansiosa sobre las anchas losas de mármol blanco del descanso de las escaleras.

El sol caía aún, pero más prolongada su proyección, sobre la extensa mancha pardusco rojiza.

En la parte iluminada por el sol, aquella mancha tenía un indudable color de sangre.

Don Rodrigo permaneció allí inmóvil, aterrado, contemplando aquella terrible señal.

De improviso la luz del sol dejó de batir sobre la losa.

Se había interpuesto una grande nube.

Había menguado la luz.

Pero tenía suficiente fuerza para que se pudiesen apreciar los objetos con sus más pequeños detalles; con todos sus accidentes de sombra y de color.

Don Rodrigo sólo vió una mancha irregular, y de un color pardo oscuro, que tenía un leve fondo de rojo.

— ¡ Ah ! exclamó : esto es como una mancha natural del mármol: indudablemente yo he sufrido una terrible pesadilla.

En aquel momento, habiendo pasado la nube, el rayo de sol que pasaba por la claraboya de la cúpula de la escalera, batió de nuevo sobre el pavimento.

Volvió á aparecer la terrible mancha roja; tan roja, que hacía pensar en la sangre.

Don Rodrigo vaciló de nuevo.

— ¡ Oh ! ¿será verdad ? exclamó. ¿Estaré yo maldito de Dios por el crimen de mi madre ? ¿Será lo que yo creo un sueño, un aviso de Dios para que renuncie al amor de Isabel ó una incitación del infierno para que en él persista ?... Y bien; con Isabel todo: hasta el infierno: no puedo renunciar á ella: antes renunciaré á la salvación de mi alma.

Se apartó de allí.

Llamó.

Acudieron dos camareros.

—¿Quién me ha traído aquí? preguntó.

Los camareros estaban prevenidos.

—Se ha encontrado á vuesamerced, dijo uno de ellos, en el monte y sin sentido, como por consecuencia de la caída del caballo.

—¿Y no se ha cuidado de mí?

—Sí, por cierto: pero hemos salido un momento, y nos alegramos de ver á vuesamerced tan mejorado.

En este momento apareció don Pedro de Segura.

Venía muy sobre sí.

Había tenido tiempo de dominarse.

Mostró, ó más bien aparentó, una gran alegría al ver de pie á don Rodrigo.

—Hemos pasado por vos un horrible susto, dijo: estabais tan privado de los sentidos, que inútil ha sido todo lo que se ha hecho para que los recobraseis. ¿Y cómo os sentís, amigo mío?

—Algo dolorido y nada más, dijo don Rodrigo; pero con fuerzas para volverme á mi casa.

—¡Ah, no! ¡no os vayáis de aquí hasta que os sintáis de todo punto restablecido! dijo don Pedro. A no ser que creáis que estaréis mejor asistido en vuestra casa.

—En ninguna parte puede asistírseme mejor que aquí, dijo don Rodrigo, que es donde solamente está el remedio de mi dolencia.

—Pues hablad, don Rodrigo, dijo don Pedro, reprendiendo al señor de Albarracín.

—Sentémonos, dijo éste.

—¿Tan fuerte os sentís que no necesitáis volver al lecho? dijo don Pedro.

—¡Oh, sí! mi dolencia es del alma, dijo don Rodrigo.

Y se sentó.

Se sentó asimismo don Pedro.

—Oidme, le dijo don Rodrigo: os voy á hablar muy brevemente en muy pocas palabras: nunca he amado. Yo me creía insensible al amor; pero he conocido á vuestra hermosísima hija doña Isabel: de amor por ella muero y os la pido por esposa.

Quedóse mudo don Pedro de Segura.

No esperaba tan pronto aquella proposición.

—¡Qué! exclamó herido en su altivez don Rodrigo de Azagra: ¿os extraña mi petición? ¿ó acaso no me creéis digno de ser esposo de vuestra hija?

—Don Rodrigo, dijo don Pedro de Segura, que estaba pálido como un muerto, no digo que me honre vuestra petición, porque á mí nada puede aumentarme los honores que ya tengo, pero me complace: es necesario, sin embargo, meditar cuando se trata de asuntos tan graves. Vos amáis á mi hija y yo os lo agradezco: ¿pero os ama ella? necesario es saber esto: cuando yo lo sepa os responderé.

—Pues sabedlo, don Pedro, y sabedlo cuanto antes, dijo don Rodrigo: ahora permitidme que con mis servidores, ya que á caballo puedo tenerme, me vuelva á mi castillo de Albarracín: yo no saldré de él hasta que me deis una contestación á la demanda que os he hecho.

Y don Rodrigo, no pudiendo alcanzar de don Pedro de

Segura, que por cortesía insistía en que don Rodrigo se quedase en la torre, hasta que estuviese completamente bueno, salió de la torre de Segura con sus escuderos y se fué á casa de Albarracín.

Apenas había salido don Rodrigo cuando se le presentó don Juan Diego Marsilla.

Aparecía conmovido, temeroso.

—Y bien; ¿qué os sucede, hijo mío? le dijo don Pedro de Segura.

—La desgracia mayor que puede acontecerme, dijo Marsilla.

—¿Y qué desgracia es esa?

—Tengo miedo.

—¡Miedo vos! ¡el hombre más valiente que yo he conocido!

—Pues ahí veréis: ante lo que me aterra soy más cobarde que una débil mujer.

—¿Y qué es ello?

—Temo por mi amor.

—¿Vuestro amor?

—Sí; yo amo á una diosa, esa diosa es vuestra hija.

Don Pedro no se sorprendió.

Lo esperaba.

Así es que dijo con acento dulce:

—Hijo mío, yo sería muy feliz uniéndote á mi hija: tu padre y yo somos como hermanos; pero este casamiento sería una locura: mi hija...

—Vuestra hija me ama: me lo ha jurado: hoy me ha dicho que si no es mi esposa será esposa de Dios.

—Mi hija y tú, contestó con severidad don Pedro de

Segura, habéis hecho muy mal en cambiar palabras y juramentos sin contar conmigo que soy su padre: yo no puedo reconocer vuestras locuras: es necesario que tú acrezcas, que tú seas, para que yo te dé mi hija.

La avaricia y la soberbia hablaban más alto en don Pedro de Segura que el amor de padre.

Le había seducido la petición de don Rodrigo.

Don Rodrigo era un gran señor.

Acaso el más alto, el más rico, el más poderoso de Aragón.

La respuesta de don Pedro de Segura había dejado como de mármol á Marsilla.

No respondió.

Miraba con espanto á don Pedro.

— Hasta hoy, dijo éste, has entrado en mi casa como en tu casa: desde hoy continuarás siendo, como hasta ahora, mi hijo del corazón; pero yo te prohibo que en mi casa entres: por lo demás, hazte merecedor de Isabel.

Y don Pedro de Segura volvió la espalda al desventurado Marsilla.

Éste permaneció algún tiempo inmóvil.

Luego se estremeció, alzó fieramente la cabeza y se lanzó fuera de la torre murmurando:

— ¡Ah! ¡Juro á Dios que yo haré tal, que don Pedro me crea digno de mi Isabel!

CAPÍTULO XXI

En que se cuenta cómo fué la salvación de don Enguerrando de Azagra

Nuestros lectores habrán comprendido que el monje negro, el misterioso ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel, no era otro que don Enguerrando de Azagra, señor de Albarracín.

Habrán comprendido también, que cuando éste llegó al punto de su relato en que se manifestaba que los infames servidores de don Guillén de Segura habían arrojado al río el cadáver de don Enguerrando y el de su fiel servidor Ferrández, había fingido una historia, como asimismo que él era ya ermitaño de Nuestra Señora del Pilar, que velaba aquella noche, que había sacado del río á don Enguerrando, y que, evocado por medio de la nigromancia su cadáver, había llegado á saber la historia que refería al señor de la torre de Segura.

Veamos lo que en realidad había sido.

Había en Teruel una hermosísima señora, viuda de un hidalgo rico, que había muerto hacía poco sirviendo al rey en la guerra del Rosellón.

Doña Blanca era de una hermosura maravillosa.

La aumentaban su luto y sus tocas.

Doña Blanca estaba transida de dolor.

Así es que, aunque había pasado el tiempo del luto, le conservaba.

Huyendo de las gentes, buscando el dolor, porque en ninguna parte se consuela más el dolor que en la soledad, se había ido á habitar á una casa de campo que tenía en las márgenes del Guadalaviar, al lado opuesto al de la colina en que se alzaba la villa de Teruel y la torre de Segura.

Había llevado muy pocos servidores.

Uno de ellos era un negro esclavo.

Se llamaba Kaimaro, era joven, aunque de aspecto repugnante.

La sangre africana demostraba en él violentísimas pasiones.

Poco tiempo antes de morir su señor le había traído de la guerra.

Kaimaro había determinado una de las partes en el botín de los vencidos.

Había caído en poder de los aragoneses, combatiendo al lado de su señor, que era un aventurero francés, considerado como esclavo y comprendido en el reparto.

Había tocado, como hemos dicho, á don Illán de Santurce, esposo de doña Blanca de Aytona.

Kaimaro fué traído por don Illán á su casa.

Apenas Kaimaro vió á doña Blanca cuando sintió por ella una pasión mortal.

Pero era esclavo.

La sumisión le redujo al silencio.

Guardó su amor en el fondo de su alma.

Allí aquel amor sin esperanza se confortaba.

Pero murió don Illán.

Un rayo de esperanza llegó hasta el corazón de Kaimaro.

Quién desea como Kaimaro deseaba lo cree todo posible.

Se engañó, sin embargo.

Doña Blanca, que no había amado á su marido, con el cual la habían casado sus padres por razón de conveniencia y de alcurnia, como se casaba generalmente entre la nobleza á todas las mujeres de entonces, no había amado aún.

No había tenido hijos.

Tenía el alma virgen.

Aún había quién sospechaba que tenía virgen también el cuerpo.

La verdad era que doña Blanca había hecho sentir la influencia de su enérgico carácter á don Illán.

Que en la fiesta de las bodas había faltado una formalidad necesaria.

Que don Illán y doña Blanca habían declarado en la misma fiesta, que había un cierto voto, cuyo cumplimiento era necesario esperar.

Que desde el día siguiente á las bodas, don Illán se había mostrado triste y había aparecido pálido como un cadáver.

Que no había desaprovechado ocasión de ir con el rey á la guerra.

En fin, que en una de estas expediciones había perecido.

Su cadáver, muy honrado y con mucho acompañamiento de amigos y parientes, había sido depositado en el panteón de su familia, en una tumba de mármol, bajo un lucillo, en el cual se puso más tarde su estatua yacente.

Doña Blanca manifestó un dolor agudísimo.

Y no lo mintió.

No amaba á su marido.

A lo menos con lo que se entiende por amor ante el mundo.

Pero le estimaba de una manera tal, por sus buenas prendas, que su estimación tomó la forma del amor.

Todos la creyeron desolada, desesperada.

Nadie extrañó que buscase la soledad.

Kaimaro sabía demasiado á qué atenerse respecto á las relaciones que habían existido entre doña Blanca y don Illán.

La pureza de doña Blanca incitaba más y más al terrible africano, y llevaba su pasión hasta el delirio.

Pero doña Blanca no podía ámar á Kaimaro.

La que no había abierto su corazón á don Illán, joven, hermoso, apasionado; la altiva ricahembra, además, no podía ni aún presumir que un esclavo negro, tuerto á consecuencia de un lanzazo en batalla, bizco del otro ojo, repugnante, fiero á la manera de un perro de presa, se hubiese atrevido á amarla.

Kaimaro reconoció bien pronto que doña Blanca no podía ser otra cosa que su señora.

Que por las leyes naturales jamás le amaría.

Kaimaro había sido en su tierra un gran jefe.

Un brujo.

Un hechicero.

Se había cristianizado.

Pero en falso.

Había obedecido á su señor.

Había aprendido de memoria las oraciones y el Catecismo cristiano.

Pero las sublimes verdades del cristianismo no habían penetrado en su alma.

Había continuado siendo el idólatra supersticioso.

El adorador de horribles ídolos.

El mago sombrío.

El tigre del desierto.

Un tigre domesticado por la belleza de doña Blanca.

Conociendo que, como ya hemos dicho, jamás sería amado por los medios naturales, apeló á los terribles medios que le proponía su superstición.

Empleó las salutaciones y los sortilegios.

Nada consiguió.

Recurrió á los filtros.

Para esto necesitaba una hierba dada, cortada en la alta hora de la noche, durante la creciente de la luna.

Buscando, pues, esta hierba, vagaba Kaimaro por la ribera del Guadalaviar, en los momentos en que aconteció el horrendo crimen de la torre de Segura.

La hierba le era difícil de encontrar.

El *Grande espíritu* no la hacía aparecer de improviso en el terreno en que se encontraba, por más que él no cesaba

de pronunciar deprecaciones y terribles conjuros con toda la fe de su alma.

A veces á la pálida luz de la luna, que se filtraba entre dos árboles, creía ver entre las flores silvestres, descollar la planta verdinegra, de hoja ancha y bulbosa, que necesitaba para hacer el filtro mágico que debía producirle la pasión ciega por él de doña Blanca.

Se inclinaba para cortar la planta, y no la encontraba.

Había desaparecido.

Había sido un sueño de su imaginación.

La planta maravillosa no brotaba junto á él.

Se sentó, fatigado, desalentado, irritado, en una gran piedra saliente que se avanzaba sobre el río.

De improviso vió un cuerpo negro que avanzaba con una gran lentitud, llevado por la corriente.

Muy pronto Kaimaro conoció que aquel era un cuerpo humano.

—¡Ah! dijo con alegría: me envía el *Grande espíritu* algo que es mejor que la *planta de la vida y de la muerte:* el cuerpo de un hombre ahogado ó asesinado, y echado al agua. Yo evocaré el espíritu de ese hombre.

Y Kaimaro sacó de las aguas aquel cuerpo, que no era otro que el de don Enguerrando de Azagra, que por una razón que no podía explicarse había quedado á flote.

Le extendió sobre la hierba.

Le examinó, y vió que en él quedaba un soplo de vida.

Kaimaro era un gran médico.

Mejor dicho: un gran curandero, puesto que él no había estudiado la medicina en ninguna escuela, ni al lado de ningún médico.

No conocía ni aún el nombre de Córdoba, en cuya Universidad árabe se enseñaba casi exclusivamente en España la medicina.

Se alegró.

Doña Blanca era muy caritativa.

Haciendo una obra de caridad, podía hacerse grato á doña Blanca.

Cargó con don Enguerrando, y le llevó á la casa de campo, retiro de doña Blanca, que estaba cerca de aquel sitio.

Estaba construída sobre una peña que entraba en el Guadalaviar, en un lugar pintoresco, en que, en un gran rodeo, orlado de gigantescos árboles, se ensanchaba el río.

Un extensísimo parque se extendía por detrás y á los costados de la roca en que se asentaba la casa, que era muy bella, y con muros y torres, porque todas las habitaciones de la nobleza situadas en el campo eran, por lo menos, casas fuertes.

Kaimaro había salido por un postigo del parque.

Por él entró con su carga.

Llegó á la casa, y se metió con don Enguerrando en una sala del piso bajo.

Allí le puso en un lecho.

Le desnudó, y se aplicó á su curación.

—Este hombre vivirá, dijo sonriendo: mis bálsamos le curarán.

Y permaneció á su lado todo lo que quedaba de noche.

Doña Blanca se levantaba al amanecer.

Oía misa, que su capellán la decía en su propio oratorio.

Se desayunaba después.

Daba un largo paseo por el parque, y aún fuera de él.

Visitaba á algunos enfermos pobres.

Se volvía luego á su casa, y permanecía con sus doncellas entreteniéndose en labores mujeriles.

En la confección de ropas que servían para los enfermos pobres.

Dos veces á la semana doña Blanca iba á visitar á los enfermos, que tenía á su costa en el hospicio ú hospital de Teruel.

Se entretenía, pues, doña Blanca en meritorias obras de misericordia.

Sus grandes riquezas la permitían el consuelo de una caridad eficacísima y de grandes resultados.

Aquel día Kaimaro, al saludarla, le dijo que, habiendo vagado la noche anterior á las orillas del río, había sacado de él á un hombre.

Que aquel hombre, á pesar de haber sido arrojado al río, y de tener en el pecho dos grandes heridas, vivía.

Que, en fin, le había conducido á la casa, le había curado y tenía grandes esperanzas de salvarle.

Doña Blanca se contentó mucho de la buena obra de Kaimaro, y mandó á su mayordomo le diese una bolsa y un vestido nuevo, y á seguida se fué á ver al hombre socorrido por Kaimaro.

CAPITULO XXII

En que se ve de qué extraña manera volvió á casarse don Enguerrando de Azagra

Aquel mismo día se supo lo que había acontecido en la torre de Segura.

Esto es, según se decía, que en la torre de Segura se había dado muerte á un ladrón que había penetrado en ella no se sabía cómo.

Doña Blanca comprendió que el ladrón de que se trataba era el que estaba curándose en su casa, y que, según Kaimaro, no debía morir de sus heridas.

Se había lavado á don Enguerrando.

Había desaparecido el color moreno de su tez.

Habían aparecido sus cabellos y su barba color de oro.

Doña Blanca, en fin, había reconocido al señor de Albarracín, don Enguerrando de Azagra, que había sido grande amigo de su esposo.

Doña Blanca, teniendo en cuenta que doña Yolanda, es-

posa de don Enguerrando, habitaba desde hacía algunos meses en la torre de Segura vió en el disfraz de don Enguerrando, y en la desgracia que le había acontecido, una historia terrible.

Adivinó la verdad.

Encargó á Kaimaro, que era el único que cuidaba á don Enguerrando, un profundo secreto acerca de la estancia del herido en la casa, el cual mejoraba de día en día.

Doña Blanca ayudaba en el cuidado del herido á Kaimaro,

Cuando á éste le rendía el sueño, doña Blanca velaba junto á don Enguerrando.

Y así fué naciendo de la piedad, el interés; del interés, el amor en doña Blanca.

Al sentirse enamorada, pretendió librarse de aquel amor imposible.

Pero, contrariándole, sólo alcanzó irritarle.

Cuando don Enguerrando estuvo ya completamente restablecido, doña Blanca sentía por él una pasión irresistible.

La ocultaba, sin embargo.

El mismo Kaimaro, á pesar de que el amor es de todo punto sensible á los celos, no conoció que su señora estaba enamorada, con toda su alma, del herido.

Debemos advertir que Kaimaro no sabía que aquel herido fuese don Enguerrando de Azagra.

Aunque doña Blanca le había reconocido, nada había dicho á Kaimaro.

Había comprendido que era de todo punto necesario guardar el secreto.

Llegó un punto en que don Enguerrando estuvo en situación de dejar sin peligro la casa en donde tan noblemente había sido socorrido y cuidado.

Entonces dijo á doña Blanca:

—Noble y hermosa señora, dadme con que escribir, que quiero dar noticias mías al venerable obispo de Teruel.

En efecto: don Enguerrando escribió al obispo, y la misma doña Blanca llevó al obispo la carta.

De la misma manera que doña Blanca había reconocido á don Enguerrando, don Enguerrando la había reconocido á ella.

Habían tenido largas conversaciones durante la convalecencia, y mientras el negro dormía.

Don Enguerrando había confiado al honor de doña Blanca el secreto de su desdicha.

A doña Blanca se la habían abierto las entrañas.

Su amor había crecido.

La muerte, aunque había sido aparente, hacía completamente libre á don Enguerrando.

Pero no podía casarse con ella.

Esto contrariaba de tal manera á doña Blanca que la enloquecía.

El obispo se asombró cuando leyó la carta, y se alegró á la par.

Había llorado por don Enguerrando.

Eran grandes amigos.

Además, había debido á la influencia que había tenido don Enguerrando en la corte, su mitra de obispo.

Fué de noche secretamente á ver á don Enguerrando.

Para guardar mejor el secreto envió al esclavo Kaimaro á una de sus más lejanas posesiones.

Se había quedado sola para cuidar de don Enguerrando.

El agradecimiento de éste, los horribles desengaños que había sufrido, las reacciones necesarias á la vida y al corazón que en él se habían efectuado, el amor apasionado y delirante de doña Blanca, dieron ocasión y causa á que aquellos dos seres, en situación tan extraña colocados, se uniesen en unos inevitables desposorios del amor y de la fatalidad.

Pero don Enguerrando no podía vivir descubiertamente al lado de doña Blanca.

No había renunciado aún á su venganza contra los infames adúlteros, y para llevarla con más seguridad á cabo, era necesario que nadie supiese que existía.

El obispo oyó á don Enguerrando.

Le reprendió agriamente por lo que había hecho.

Le representó que era mucho mejor hubiese vengado su honor en duelo, matando á su enemigo y repudiando á la adúltera.

Le puso ante los ojos que después de haber hecho lo que había hecho, y que no había debido hacer, debía darse por verdaderamente muerto.

Que teniendo esto en cuenta, y que el honor del nombre no se había perdido, debía perdonar á los que le habían ofendido de tal manera y puéstole en tal trance.

Le propuso ocupar el lugar del monje penitenciario, ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel, y le impuso la penitencia de guardar el incógnito durante su vida.

Don Enguerrando se resignó á todo.

En una segunda visita, el obispo le impuso el hábito, y le ordenó secretamente.

Al fin una noche don Enguerrando salió sin ser visto de nadie, con el obispo, de la casa de doña Blanca.

Fueron á parar á la casa del obispo de Teruel.

Don Enguerrando iba ya como debía vérsele durante treinta años.

Con el amplio capuz calado sobre el semblante, sin más que dos estrechas aberturas para los ojos.

Tres días después, y con una solemne función religiosa, el obispo dió posesión de la ermita á don Enguerrando.

Desde aquel día don Enguerrando celebró la misa al amanecer.

Acudía mucha gente, porque la ermita tenía fama de milagrosa.

Muchos días iba á oir aquella misa don Guillén de Segura con su esposa, con la buena doña Aleida, que estaba harto ajena de todo lo que había sucedido.

Doña Blanca no faltaba jamás.

Don Enguerrando no dejaba pasar una sola noche sin acudir al postigo del parque de la casa de doña Blanca.

Don Enguerrando había llegado á la desesperación, y buscaba el único consuelo que le era posible, en el amor de doña Blanca.

Es de advertir que entonces el hábito de los sacerdotes no era tan obligatorio como lo fué después del Concilio de Trento.

Se pasaba completamente la mano acerca de esto.

Un sacerdote no se creía incapacitado, ni lo creía nadie, por tener una barragana.

Había leyes que trataban de los derechos de las barraganas de los clérigos y de su descendencia.

Los secretísimos amores de doña Blanca consolaban, cuanto podían consolarle de sus desgracias, á don Enguerrando de Azagra.

Estos amores no habían quedado sin fruto.

Doña Blanca se había sentido en cinta.

Esto la obligó á pensar en cubrir aparentemente su honra.

Determinó, pues, un viaje á la corte de Francia.

Pero no quería ir sola.

Hizo, pues, que don Enguerrando pidiese al obispo licencia para ir en peregrinación al Santo Sepulcro.

Entonces se hacía en Palestina la guerra de las Cruzadas, á la que concurrían no sólo caballeros de todas las naciones, sino también religiosos de todas las órdenes, que tanto predicaban como combatían, á imitación de Pedro el Ermitaño.

El obispo, creyendo de buena fe á don Enguerrando, le dió la licencia, y puso en su lugar en la ermita, para que la sirviera interinamente, un monje del Císter.

Don Enguerrando partió.

Un mes después, con el pretexto de su viaje á París, donde tenía algunos parientes, partió doña Blanca.

La acompañaba únicamente su dueña.

Algunos escuderos la resguardaron hasta Barcelona.

Desde allí se volvieron á Teruel.

En una de las mejores hospederías de Barcelona, encontró doña Blanca á su adorado don Enguerrando.

Al que podía llamar su esposo.

Se había transformado.

No era el monje sombrío, sino el apuesto caballero.

Llevaba una especie de capuz que le cubría el rostro.

Solamente que este capuz no era negro, sino rojo.

Decía que tenía el voto de su incógnito.

Se le tenía por un príncipe que iba encubierto á las Cruzadas.

Para mantener su respetabilidad por su fausto, contaba con las inmensas riquezas de doña Blanca.

Ésta se había llevado consigo un tesoro en dinero, y otro tesoro en un pequeño cofre que encerraba pedrerías de un valor inmenso.

Una vez en Barcelona, doña Blanca dijo á su dueña:

—Me importa, por un voto que tengo hecho por el alma de mi esposo y señor, hacer una peregrinación á la Tierra Santa, pero no quiero que se sepa que yo hago esta peregrinación sola, como es preciso que la haga, para evitar maledicencias: vos me esperaréis en un convento de Barcelona: si dentro de un año no volviese, ni noticias mías recibierais, señal será de que he muerto. Libre sois entonces: os dejo mil doblas para que tengáis de qué vivir.

La dueña se afligió, lloró, y entró en el convento para esperar á su señora.

Entonces doña Blanca se fué á vivir con su amante á la hospedería donde vivia éste, asistido de una espléndida servidumbre.

Ella se encubría también bajo un capuz rojo.

En lo demás del traje, usaba de una ostentación que la hacía parecer una princesa.

Todos los creían un ilustrísimo matrimonio, que había hecho voto de ir á la Tierra Santa.

Un mes después se embarcaron para Malta.

Pero no se embarcaron solos.

En el mismo barco había entrado un monje benedictino encubierto, que decía ir también á la Tierra Santa.

Aquel monje era el negro Kaimaro.

CAPITULO XXIII

En que se ve por cuáles extraños y terribles caminos lleva Dios á sus criaturas para convertirlas

Cuando Kaimaro, en la hacienda de su señora en que se encontraba, supo que doña Blanca iba á hacer un viaje á París, se propuso seguirla.

Estaba celoso.

Su amor había llegado á ser su espíritu.

El único aliento de vida que le animaba.

Kaimaro era pobre.

Como que era esclavo.

Robó.

Se introdujo en la casa de un labrador vecino.

Fué sentido.

Mató.

Y se quedó tranquilo.

Había anegado su conciencia en el dolor de su amor.

Nadie le vió cometer el crimen.

Huyó, llevando consigo, en un saco, mil doblas de oro.

Junto al arca, donde aquellas mil doblas estaban, había quedado un cadáver

Se acercó por caminos extraviados á la casa de su señora.

Se informó por los campesinos.

Supo que doña Blanca había partido para Barcelona.

Para Barcelona partió Kaimaro.

Pero disfrazado.

Se había detenido un día en Zaragoza.

Allí se había procurado una cabellera rubia.

Ricas y nobles ropas.

Un capuz le cubría la cabeza.

Unos cumplidos guantes ocultaban el negro color de sus manos.

En la sobrevesta blanca se había puesto la cruz roja, divisa de los cruzados.

Por todas partes se hacía á éstos muy buena acogida.

No se extrañaba que fuesen encubiertos.

Íbanlo muchos grandes príncipes y muchos ilustres caballeros, ya en penitencia de sus pecados, ya por humildad, no queriendo aparecer otra cosa que cristianos prosecutores de Pedro el Ermitaño para la conquista del Santo Sepulcro.

Llegó Kaimaro á Barcelona.

Buscó, inquirió, averiguó.

Al fin, aunque encubiertos, encontró á don Enguerrando y á doña Blanca.

Vió que, protegidos por su incógnito, vivían juntos como dos buenos esposos.

Crecieron sus celos y su rabia.

Ideas de exterminio, de horror, hervían en su cabeza.

Cada día, después de una noche de horrible insomnio, se levantaba con el propósito de exterminar á aquel hombre que gozaba el amor de doña Blanca.

Y sin embargo, un poder misterioso le contenía.

El amor de doña Blanca protegía del puñal del asesino á don Enguerrando.

Por nada del mundo Kaimaro hubiera causado una sola lágrima á doña Blanca.

Era el suyo un amor sublime.

Todo por el ser amado.

Pero la sublimidad de este amor no excluía los celos, la desesperación, la rabia.

Engendraba el crimen.

Pero el crimen se detenía ante doña Blanca.

El amor es maravilloso en sus fenómenos.

Kaimaro se arrepentía de haber salvado á don Enguerrando, y se alegraba, porque en don Enguerrando había encontrado doña Blanca un amor que la hacía feliz.

Aborrecía á don Enguerrando, porque doña Blanca le amaba, y por lo mismo amaba á don Enguerrando.

No se podían dar pasiones en la apariencia más contradictorias, y en la realidad más lógicas.

El ser que amamos reasume nuestra vida, nuestra alma.

Gozamos con él.

Sufrimos con él.

Y cuando lo que él goza nos causa á la par un dolor, el de los celos y el de la envidia, unido al del desamor del ser de tal manera amado, sufrimos un dolor del cual no se puede tener idea hasta que se siente.

Kaimaro era al mismo tiempo un cuerpo atormentado horriblemente, y un espíritu condenado que sufría todos los tormentos del infierno.

Tomó habitación cerca de la hospedería donde se aposentaban los dos amantes.

Diríamos mejor los dos esposos.

Tales eran las circunstancias en que se encontraban, que como esposos debía considerárseles.

Eran dos almas gemelas que se habían encontrado tarde, y que no habían podido unirse sin apurar todo género de dolores y contrariedades.

Siempre que los encubiertos esposos salían á solazarse, los seguía á lo lejos una sombra encubierta también.

Aquella sombra era Kaimaro.

Llegó el día del embarque.

Poco después de haber entrado ellos en la galeota que debía conducirles á Malta, entró Kaimaro.

Ellos se habían aposentado en el alcázar de proa.

Bajo ellos, en un oscuro camarote, se había aposentado Kaimaro.

Cada uno de los pasos que él y ella daban, resonaban en la cabeza de Kaimaro, siempre enardecida por la furia.

Durante la travesía, Kaimaro, encerrado en su oscuro camarote, había sufrido padecimientos horribles.

Como el puente era muy bajo, Kaimaro podía pegar á él su oído.

Percibía clara y distintamente lo que los dos amantes hablaban.

Conocía sus proyectos.

En lo que menos pensaba don Enguerrando, era en ir á Palestina.

Para él no había ya más Dios, ni más patria, ni más ley que su amor.

Cuando doña Blanca diese á luz el ser que llevaba en su seno, irían á establecerse en Corfú.

Allí crearían una nueva familia.

Un nuevo apellido.

Se olvidarían de lo pasado, vivirían sólo para lo presente y para lo porvenir.

Se adormían en su amor.

No contaban con la fatalidad.

Llegaron á Malta.

No permanecieron en la ciudad más que tres días, que necesitaron para encontrar, á la orilla del mar, cerca de la ciudad, una casa de campo.

La alhajaron con cuantas comodidades eran posibles.

Se trasladaron á ella.

Kaimaro compró una torrecilla medio arruinada que se alzaba á la cumbre de una colina que formaba un pequeño promontorio.

Desde allí, como un alción, acechaba la casa de campo de los dos esposos.

Por la noche descendía de su nido, vagaba en derredor de la casa de campo, como el lobo alrededor del redil.

Necesitaba conocer bien los lugares.

Su amor se desesperaba más y más.

Ideas terribles iban apoderándose de él.

La vida se le hacía insoportable.

Su sangre africana le inspiraba horrores.

Sin embargo, el amor mismo que le devoraba, que le enloquecía, continuaba conteniéndole.

Hacía una vida tan sobria como un penitente.

Todos los domingos bajaba á la ciudad.

Compraba pan y carne salada.

Este era su único alimento.

No salía de su albergue, que parecía abandonado, más que de noche.

No tenía un solo mueble.

Dormía sobre el suelo las breves horas en que el cansancio le rendía.

Cuando despertaba, si era de día se iba á vagar por la montaña.

Si era de noche, se iba á dar vueltas, á corta distancia, alrededor de la quinta.

Una noche, algunos meses después de la llegada de los dos amantes á Malta, vió, á través de las ventanas abiertas á causa del excesivo calor, ir y venir luces.

Acontecía algo.

Era de presumir lo que acontecía.

Había llegado para doña Blanca la hora de su alumbramiento.

Kaimaro, como atraído por un poder incontrastable, se fué acercando.

Llegó á una cerca.

Era muy alta.

Sin embargo la escaló.

Se encontró en un extensísimo jardín.

Adelantó por el.

Llegó á la casa.

No había encontrado á nadie.

Era muy tarde.

Registró, y halló una puerta.

Despues una escalera.

La subió.

Siguió tan recatadamente que no producía ruido alguno, por una galería.

Percibió gemidos.

Se le heló la sangre.

La que gemía era doña Blanca.

Aquellos gemidos eran profundos, cavernosos.

Kaimaro, que como ya hemos dicho era médico, se aterró.

Vió en aquellos gemidos, en la situación en que doña Blanca se encontraba, señales indudables de muerte.

No había ciencia bastante á salvar á doña Blanca.

Si la hubiera habido, si Kaimaro hubiese tenido la seguridad ó á lo menos la esperanza de salvarla, habría dejado su incógnito: hubiera aparecido.

Llegó un momento en que resonaron horribles gritos.

Más bien chillidos desgarradores.

Chillidos que representaban un dolor insoportable.

Kaimaro estaba inmóvil.

Cubierto de sudor frío.

Su socorro era inútil.

Al fin aquellos chillidos cesaron.

Se oyó el llanto de una criatura.

Sucedió un profundo silencio.

Kaimaro se prosternó y oró al *Grande espíritu*.

A su Dios.

Para él todo había concluído.

De improviso se oyeron gritos terribles, desesperados.

Los producía don Enguerrando.

Aquellos gritos cesaron.

Se oyó el rezo de un sacerdote, al que contestaba el de algunos servidores.

No había duda.

Doña Blanca había muerto.

Se oía á intervalos, sobreponiéndose al rezo, el llanto de la criatura recién nacida.

Al fin cesó el rezo.

Se oyeron los pasos de algunas personas que salían de la cámara mortuoria.

Dejó de oirse el llanto de la criatura.

Todo quedó envuelto en un silencio lúgubre.

Kaimaro asomó la cabeza á la puerta, tras la cual había escuchado.

Vió una extensa y magnífica cámara.

En un ángulo un lecho.

Una luz puesta sobre una grande y rica mesa, de donde arrojaba su tembloroso reflejo sobre el lecho, y dejaba ver en él un cadáver.

Estaba de perfil.

Aparecía mágica la conmovedora hermosura de doña Blanca.

Otro perfil sombrío aparecía junto á él.

Era el de un hombre, doblegado por uno de esos punzantes dolores que conmueven aún á los más duros de corazón.

Aquel perfil era el de don Enguerrando de Azagra.

El paroxismo del dolor produce una especie de aniquilamiento en el ser que, bastante fuerte, no puede sucumbir al exceso del dolor.

Llegó un momento en que don Enguerrando dió un gran grito.

Se alzó.

Se arrojó sobre el cadáver, y le besó frenético.

Los besos cesaron.

Cesaron los gemidos.

Cesaron las convulsiones.

Don Enguerrando había perdido el conocimiento.

Un síncope terrible le retenía inmóvil, inerte, sobre el cadáver de doña Blanca.

Entonces Kaimaro, que por su ciencia apreciaba en lo que verdaderamente eran estos detalles, conoció que podía entrar impunemente.

Un dolor sordo, insoportable, le corroía.

Una desesperación suprema le atormentaba con uno de esos tormentos para hacer apreciar los cuales no hay palabras en ningún idioma.

Un furor satánico le convulsionaba.

Aborrecía de muerte, más aún, si es que más allá de la muerte puede ir el odio humano, á don Enguerrando.

En un momento de transporte, Kaimaro adelantó violentamente hacia el desmayado don Enguerrando con el puñal desnudo en la mano.

Llegó, y levantó el brazo para herir.

Pero inmediatamente su brazo cayó.

Sintió en sí el espíritu de doña Blanca.

El espíritu de doña Blanca protegía á don Enguerrando.

Kaimaro gimió, y se retiró estremecido por una emoción profunda.

Parecía un demonio á quien aleja aterrado de una víctima el ángel que la guarda.

Por tres veces volvió el furor al negro.

Por tres veces levantó su puñal sobre don Enguerrando.

Por tres veces el terror se apoderó de Kaimaro.

Por tres veces su brazo amenazador cayó inerte.

De improviso hirió su vista un vivísimo destello.

El viento que entraba libremente por la abierta ventana hacía oscilar la luz de la lámpara que estaba sobre la mesa.

En estas oscilaciones, la luz hacía brillar de una manera fúlgida la pedrería de las joyas que contenía un cofrecillo que sobre la mesa estaba abierto.

Era aquel el tesoro que en joyas había llevado consigo doña Blanca.

Entre aquellas joyas había un precioso relicario en que se guardaba un pequeño pedazo del verdadero *Lignum Crucis*.

Para que esta reliquia protegiese á doña Blanca en su alumbramiento se había llevado allí y se había abierto el cofrecillo.

El negro le vió.

Le examinó.

Comprendió la inmensa riqueza que el cofrecillo contenía.

Le cerró.

Le echó la llave.

Guardó la llave.

En aquel momento, partiendo de una habitación no lejana, llegó á él un débil vagido.

Era de la criatura recién nacida.

El negro irguió la cabeza de una manera terrible.

Se pintó en su semblante una alteración horrible.

Sus ojos voltearon en sus órbitas.

Un largo estremecimiento pasó por todo su ser.

Su aliento se hizo ronco.

Tomó al fin la intensidad de un rugido.

Apareció la demencia en la expresión de la mirada de Kaimaro.

En la contracción de los músculos de su semblante.

Una espuma amarillenta rebosó por su boca.

Se lanzó frenético sobre el cofrecillo.

Se lo puso debajo del brazo.

Se lanzó luego hacia donde sonaba el vagido de la criatura.

Entró en una cámara donde había algunos servidores.

Al ver aparecer al terrible negro todos se pusieron en pie aterrados.

Eran míseros y cobardes esclavos.

Al ver avanzar sobre ellos, rugiente, letal, espantoso, semejante á un demonio, al negro, huyeron.

La nodriza, que tenía en sus brazos la criatura, se había desmayado.

Cogió la criatura Kaimaro.

Partió con ella.

Ganó el jardín.

Salvó la cerca.

Se fué á su ruinosa torre.

Se encubrió con su disfraz.

Repartió el dinero que le quedaba y las joyas que contenía el cofrecillo, entre sus ropas.

Luego escondió el cofrecillo vacío en una profunda grieta de los muros.

Cubrió aquella grieta con tierra.

Arrancó algunos tallos de hiedra, y sobre aquella tierra los puso.

Luego partió.

Se dirigió en derechura á la montaña y se perdió en ella.

Cuando volvió en sí don Enguerrando, cuando para consolarse buscó á su hija, se encontró con que se la habían robado.

Con que se habían llevado las joyas de doña Blanca que eran de un valor inmenso.

Todo su inmenso valor acudió entonces á don Enguerrando.

Pero le importaban muy poco las joyas y pedrerías.

Doña Blanca era un inmenso dolor.

Un dolor más vivo aún le torturaba.

La desaparición de su hija.

La buscó.

Hizo que la buscasen.

Entretanto se sepultó á doña Blanca.

Antes se procuró su identidad.

Para lo que pudiera sobrevenir, era necesario que constase que había muerto al dar á luz una niña.

No faltaron en Malta caballeros aragoneses que iban á las Cruzadas que conocían á doña Blanca.

Llenas estas formalidades, dada honrosa y aún ostentosa

sepultura á doña Blanca, don Enguerrando continuó en sus no interrumpidas investigaciones acerca del paradero de su hija.

Pero nada se descubrió.

Al fin, después de tres meses de inútiles pesquisas, de haber revuelto la villa aun en sus más ocultos escondrijos, don Enguerrando perdió la esperanza.

El que le había robado la hija y el tesoro de doña Blanca había salido sin duda de la villa.

Don Enguerrando vió en todo esto un palpable y terrible castigo de Dios por sus culpas.

Humilló ante Dios su frente.

Se resignó á su horrible sufrimiento.

Para aplacar la cólera del Señor se fué á Palestina.

Allí guerreó, encubierto, por el rescate de la tumba de Cristo, durante cuatro años.

Al fin, excitado por una y otra carta del obispo de Teruel, volvió á Aragón y á su ermita.

Desde entonces hizo en ella la vida de un santo, consagrándose á la penitencia y á la caridad.

CAPITULO XXIV

De cómo fueron acogidos en la torre de Segura, la hermosa extranjera y el horrible negro

Pasaron desde este día, no menos de veinticinco años.

Don Guillén de Segura y doña Aleida de Azlor habían muerto.

Los padres de don Martín Garcés de Marsilla habían muerto también.

Don Pedro de Segura y don Martín Garcés, casados desde hacía diez y nueve años, tenían dos hijos.

Don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla el uno.

Doña Isabel de Segura la otra.

Ya sabemos que éstos, cuando niños, se habían amado como hermanos; que como hermanos habían pasado su infancia y su adolescencia.

Sabemos también que ellos no habían reconocido cuál era el amor que al uno por el otro les inflamaba el alma

hasta que se puso entre su amor don Rodrigo de Azagra.

Al fin se determinó la petición formal de la mano de Isabel por don Rodrigo, y á la par de don Martín Garcés de Marsilla en nombre de su hijo don Juan Diego.

Don Pedro de Segura vaciló.

De una parte le seducía, le halagaba la alta posición de don Rodrigo de Azagra.

De otra conocía que Dios había criado á Isabel y á Juan Diego de Marsilla el uno para el otro.

Se tomó tiempo para reflexionar.

Cerró su casa, como sabemos, á Marsilla.

La cerró también á don Rodrigo de Azagra.

De tiempo en tiempo ambos pretendientes renovaban sus solicitudes.

Don Pedro de Segura no respondía.

Continuaba tomándose tiempo.

Así pasaron no menos que seis años.

Llegó la noche en que don Juan Diego de Marsilla, llamado por el toque de rebato del esquilón de la ermita de Nuestra Señora del Pilar, salvó de la fanática ferocidad de don Pedro Ahones á aquella hermosísima extranjera, al horrible y ya viejo negro que la acompañaba y á don Enguerrando de Azagra.

Después de lo que hemos relatado, nuestros lectores han visto sin duda en aquella extranjera admirable, en aquel repugnante negro, á la hija de doña Blanca y de don Enguerrando, y á Kaimaro.

Por la primera vez, después de tantos años, don Enguerando había dejado ver su cabeza y su semblante libres del capuz.

Pero este capuz era inútil.

Nadie podía reconocerle ya.

Sus cabellos y su barba, antes de oro, se habían vuelto de plata.

Una palidez de espectro cubría su demacrado semblante.

Sus ojos habían perdido la intensidad de su negro color, aunque no su fuerza.

El vigoroso hombre de treinta años, se había convertido en un anciano de sesenta, vigoroso aún.

Al ver á la hermosísima extranjera, la había reconocido.

Era el retrato viviente de su madre.

En los primeros momentos, don Enguerrando, que conservaba vivo y candente el recuerdo de doña Blanca, creyó que la extranjera era una aparición.

Pero reconoció al negro, á pesar de los treinta años que por él habían pasado.

Vió en la extranjera, no á una aparición de su amada, resucitada por un milagro, sino á su hija.

La vida del anacoreta entraba en una nueva faz.

Nuevos y gravísimos acontecimientos se preparaban.

Don Enguerrando pasó toda la noche en oración.

Temía lo que podía sobrevenir, tanto como le espantaba aún lo que había sucedido desde el momento en que su esposa y su amigo, su hermano del corazón, le habían engañado é injuriado, determinando los terribles sucesos que habían sobrevenido.

Había visto que, al conocerse la extranjera y Marsilla, ambos se habían conmovido poderosamente.

Que el fuego del corazón había brillado en un latente

relámpago en los ojos de ella, y aún él la había mirado con asombro, con ansiedad, con miedo.

Sabía don Enguerrando el grave empeño del corazón en que estaba don Juan Diego de Marsilla por Isabel de Segura.

Sabía cuánto Isabel de Segura amaba á don Juan Diego.

Conocía el gravísimo embarazo en que don Pedro de Segura se encontraba para decidirse.

Roía el alma de don Pedro, en primer lugar, la avaricia.

Las inmensas riquezas de don Rodrigo de Azagra le excitaban.

La pobreza de Marsilla se le hacía repulsiva.

Quería que su hija, criada como una ricahembra, pudiese vivir casada como una reina.

Quería que brillase en la corte, en vez de permanecer en una villa, en el hogar de un noble oscuro.

Amaba como á un hijo á Marsilla.

Pero le eran más amadas la avaricia y la vanidad.

Le era repulsivo don Rodrigo de Azagra.

No podía olvidar aquella terrible historia que seis años antes le había contado el monje de Nuestra Señora del Pilar.

La idea de que su padre había cometido un crimen; de que á causa de aquel crimen tenía un hermano bastardo en don Rodrigo de Azagra; de que tal vez pesaba una maldición sobre su familia, era un motivo más de espanto, de vacilación, de duda para don Pedro de Segura.

Predominaba en él, sin embargo, la codicia y la vanidad.

Creía, además, que casando á don Rodrigo con Isabel, que tenía en las venas una misma sangre, podría tal vez

comprarse la maldición divina que, según él, temía pasase sobre su familia.

El alma de su padre debía ver aquello con placer, porque, en fin, don Rodrigo era su hijo.

Cierto era que Isabel, siendo cierta la historia contada por el terrible monje, era sobrina carnal de don Rodrigo, aunque ellos y todo el mundo, menos el ermitaño y don Pedro de Segura, lo ignorasen.

Que por lo tanto había necesidad de dispensación del Papa.

Pero en aquellos tiempos se daban frecuentes casos del olvido de esta necesidad.

A cada paso el Papa estaba anulando casamientos de reyes y de poderosos que, sin pedirle licencia, se habían casado con próximas parientas suyas.

Pero todo se terminaba satisfactoriamente con enviar algunos miles de doblas á Roma, ó con fundar un monasterio, ó por lo menos una capilla, según la fortuna de los que habían pecado.

Los hombres de Roma estiman en mucho el no quedar mal con nadie.

Por lo mismo, hacen todo lo que está en su mano para quedar bien con todo el mundo.

Vacilaba, pues, y se perdía en sus vacilaciones don Pedro de Segura.

En cuanto á don Rodrigo de Azagra, recordaba, como se recuerda lo que hemos visto y sentido durante un sueño, pero de una manera clara y distinta, la terrible historia que había referido junto á él, privado de sentido, inerte, á don Pedro de Segura, don Enguerrando.

Pero ni sabía quién había contado aquella historia, ni quién la hubiese oído.

Para él el relato de aquella historia era una terrible voz de la eternidad, que había retumbado en su sueño.

Este recuerdo vivo de aquella visión fantástica, había acrecentado en don Rodrigo el amor y el empeño por Isabel.

Los desventurados Isabel y Juan Diego tenían que luchar con grandes contrariedades.

Cabalmente al día siguiente á la noche en que Marsilla llevó á la torre de Segura á la hija de doña Blanca y de don Enguerrando y á Kaimaro, debía decidirse don Pedro de Segura.

Los dos pretendientes esperaban con ansia el fallo.

El acontecimiento causado por don Pedro Ahones, había venido á dilatar por algunas horas aquel fallo.

Era necesario acudir á aquellos extraños huéspedes.

A más de esto, por la prisión de don Pedro Ahones y la aparición del obispo de Tarragona en la comarca, habíase puesto á ésta en armas.

Don Rodrigo de Azagra, que estaba en Teruel con una veintena de escuderos, había salido á reconocer los alrededores.

Don Juan Diego, como otros capitanes de la villa, había salido también con guardas de la misma, á hacer reconocimientos.

Faltaban, pues, para pronunciar el fallo, las partes pleiteantes.

No debían volver en todo el día.

Se podía, pues, cuidar de los huéspedes.

Ella había pasado una noche agitadísima.

Cuando las doncellas de la casa fueron á servirla, la encontraron pálida como una muerta, pero hermosa, de una manera sobrenatural.

Ellas no habían visto nada tan hermoso, como no fuera su joven señora doña Isabel.

La extranjera era más enérgica, más altiva en la apariencia, porque en realidad nada había ni más enérgico ni más altivo que Isabel de Segura.

Pero un candor angelical, una irresistible suavidad de carácter, encubrían toda la energía del alma de Isabel.

Por el contrario, toda la dulzura, todo el encanto que debían suponerse en la extranjera, estaban como velados por la severidad de la expresión, por la altivez de la mirada, por un no sé qué de incontrastable y de dominador que fluía de ella.

En cuanto al negro, á pesar de que vestía como un rey de su país, ó más bien, que vestía de una manera extraña y rica como hubiera podido vestir un rey, imponía espanto.

Había en su mirada una ferocidad indudable, y algo de locura; algo que revelaba un alma gastada por el sufrimiento de dolores horribles.

Como la apariencia de ambos extranjeros era noble; como habían sufrido la tiranía de don Pedro Ahones y de su hermano el obispo de Tarragona, rebeldes al rey; como habían estado á punto de perecer á sus manos, era necesario tratarlos dignamente, aunque con recelo, y á la espectativa de lo que fuesen.

Así es, que apenas las doncellas por una parte y los

domésticos por la otra dijeron que ambos huéspedes estaban levantados y vestidos, y en aptitud de recibir, fueron á visitarlos, doña Margarita, á ella; don Pedro á él.

La extranjera salió al encuentro de doña Margarita, tendiéndole las manos y sonriéndola con la expresión del mayor agradecimiento.

Entonces pudo notarse de cuánta dulzura, de cuánta buena y amable manera, de cuán fácil y noble señorío (que hoy llamaríamos distinción), estaba la extranjera dotada.

Doña Margarita se aficionó de ella al verla.

A los cinco minutos se enamoró.

Cinco minutos después, necesitó que la conociera su hija Isabel.

La extranjera la había dicho que se llamaba Alejandra Kaimaro; que se había criado y había vivido, sin que tuviese recuerdo de otra patria, en la isla de Chipre.

Pero que sabía que era aragonesa; que el hombre cuyo apellido llevaba no era su padre, antes bien, que servidor de su padre había sido: que, en fin, con testimonio que se traía de la villa de Malta de algunos viejos caballeros de la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén, venía á pedir protección al señor rey de Aragón, no para que la reivindicasen en el señorío de su madre, sino para que se la diese el nombre de su familia.

Declaró que era muy rica; que pensaba hacer nueva casa en Aragón y permanecer en ella; y á más (cosa que extrañó sobre manera á doña Margarita), servir en la guerra al rey, ni más ni menos que pudiera haberlo hecho un alentado varón de su familia.

Cuando descendieron á la cámara de honor, doña Margarita llamó á Isabel.

—¡Oh!... ¡y cuán hermosa hija tenéis!... exclamó Alejandra.

Y salió al encuentro de Isabel y la abrazó.

Isabel correspondió candorosamente á aquellas demostraciones de cariño.

Alejandra se había apoderado de su ánimo, en mucho menos tiempo que el que había necesitado para apoderarse del de su madre.

Se encantaba Isabel viendo la extraordinaria, la conmovedora hermosura de la huéspeda.

Sin embargo, sentía una inquietud secreta.

Quien había llevado á la torre de Segura á aquella beldad maravillosa, había sido Marsilla.

El amado de su alma.

Y á pesar de aquella inquietud, Isabel no tenía celos.

No temía verdaderamente.

Sabía cuánto Marsilla la amaba.

¿Pero no podía haberse enamorado aquella admirable mujer, que parecía rica y poderosa, de Marsilla?

Podían sobrevenir sucesos funestos.

—¡Oh! murmuraba Isabel: ¡si al verla don Rodrigo de Azagra se enamorase de ella de tal manera que me olvidase, y ella se enamorase de don Rodrigo!... ¡Ella debe ser una alta dama!... ¡oh, sí!... ¡la nobleza y la grandeza rebosan de ella! ¡ella está aquí á causa de los bandos! ¡sin duda ella tiene, como nosotros, un castillo solar!...

Y sonreía Isabel con la esperanza de que en vez de

hacerla daño la presencia de la hermosísima extranjera en la corte, la favoreciese.

En cuanto á don Pedro de Segura y á Kaimaro, éste había sido explícito con él, aunque disimulando su situación.

No le dijo que había sido esclavo.

Esto hubiera puesto de muy mal talante para con él, á don Pedro de Segura, cuya altivez no reconocía límites, y que de ninguna manera hubiera terciado, mano á mano, con un esclavo, y mucho menos con un esclavo negro.

Le dijo que á su tierra, que era el poniente de África, habían ido sacerdotes cristianos, predicando la palabra del Señor.

Que él, que era hijo del rey de la morería, se había convertido, y con peligro de su vida les había seguido á tierras de cristianos.

Que le habían traído á Aragón, y que habiendo conocido á don Illán de Santurce, esposo de doña Blanca de Aytona, había entrado á su servicio.

Que habían sobrevenido desgracias de familia, de las cuales le era necesario guardar el secreto, y que por ellas, y durante treinta años, que era la edad de doña Alejandra, la había servido de padre.

Que habían venido al fin á Aragón, y para esperar á que el rey volviese de la guerra, con los tesoros que traían habían comprado una casa fuerte á poca distancia de Teruel.

En esto había sobrevenido la rebeldía de algunos ricohombres aragoneses, á pretexto de que el rey don Pedro favorecía á los herejes albigenses.

Don Pedro Ahones había pasado tres días oculto en la casa fuerte de Aytona, que así, en memoria de su madre, había nombrado Alejandra á la que había comprado.

Don Pedro Ahones no había podido ser indiferente á la grande hermosura de doña Alejandra.

Como era audaz y antojadizo, y andaba, además, por la tierra campando por su respeto, y á guisa de salteador, ayudado por su hermano el obispo con quinientos jinetes, toda gente aviesa, advenediza y aparejada á toda fechoría, se había atrevido á solicitarla.

Ella, como no podía ser de otra manera, le había rechazado con indignación.

Don Pedro Ahones había disimulado porque se encontraba con poca gente, y los de la casa fuerte de Aytona eran en más número.

Se fué, pidiendo perdón por su atrevimiento, á doña Alejandra.

Pero al día siguiente volvió con su hermano el obispo, y con los quinientos hombres de éste acometió la casa fuerte, la asaltó, degolló á los defensores á pretexto de que eran albigenses, y se llevó, con el piadoso objeto de que salvasen sus almas, á doña Alejandra y á él á la ermita de Nuestra Señora del Pilar de Teruel, que era el santuario más próximo.

Pero para Kaimaro era indudable qne lo que había pretendido don Pedro Ahones, que tenía mucho de salteador, era aterrarles, á fin de que ella se doblegase á su voluntad, y él le confesase dónde estaba enterrado el dinero que debía suponerse poseería una tan altiva y tan noble señora.

Como lo que Kaimaro contaba no tenía nada de extraño y había, además, los antecedentes de que doña Blanca de Aytona, poco despues de la muerte de su marido, había transferido su señorío, y se había ido de la comarca, diciendo que iba á visitar á unos parientes á París, don Pedro creyó todo lo que Kaimaro dijo; é irritado, además, contra don Pedro Ahones porque se les había escapado, ofreció á Kaimaro en su casa la más completa hospitalidad, hasta que el rey don Pedro, que había ido al Rosellón á entenderse con el conde Simón de Monforte, volviese; y añadió, que mientras estuvieran en la torre de Segura, nada tenían que temer, ni de don Pedro Ahones ni de su hermano el obispo, ni de todos los Pedros y todos los obispos del mundo.

Así, pues, doña Alejandra y Kaimaro quedaron perfectamente instalados en la torre de Segura.

En cuanto á don Pedro Ahones y á su hermano el obispo, no parecían.

Habían tenido miedo á la villa de Teruel, donde el don Pedro había estado á punto de perecer.

Habían pasado de largo.

Don Rodrigo de Azagra y don Juan Diego Marsilla, así como los otros capitanes de las guardas de Teruel, habían vuelto de su reconocimiento, sin ver, y aun sin oler, á un solo enemigo.

CAPITULO XXV

De como un consejo de familia estuvo á punto de convertirse en un campo de Agramante, y fué necesario el temor de la excomunión para que todo acabase en paz.

Pasado el peligro en que á Teruel habían puesto los cristianísimos y catolicísimos señores don Pedro Ahones y su hermano el obispo de Tarragona, era llegada la hora de que don Pedro de Segura pronunciase su fallo respecto á la concesión de la mano de su hija Isabel á uno de sus dos pretendientes.

Las circunstancias, en cuanto á nobleza, eran iguales.

Pero había una gran diferencia en las fortunas y en el valimiento.

Pero Isabel no tenía aún más que veinticinco años.

No corría prisa el casamiento.

A Isabel no se la había consultado.

Su padre no se hubiera rebajado á tanto.

Esto hubiera sido lo mismo que conceder que un hijo, tratándose de su padre, puede tener voluntad propia.

Pero se sabía demasiado que Isabel amaba con toda su alma á Marsilla, y que con toda su alma aborrecía á don Rodrigo.

Doña Margarita, tierna y dulce como toda buena madre, había influído en gran manera en la resolución definitiva de aquel gravísimo asunto.

Sin embargo, don Pedro de Segura había tardado meses y meses, y aun años, en decidirse.

Aquello había sido formidable.

Al fin llegaba la hora ansiada.

Don Pedro de Segura reunió á sus parientes.

Acudió con los suyos don Juan Diego de Marsilla.

Don Rodrigo de Azagra, no, porque sólo tenía parientes remotísimos de que no hacía aprecio.

La cámara de honor de la torre de Segura aparecía imponente.

Sobre un estrado, en la silla señorial, aparecía sentado don Pedro.

En sillas más bajas, á su izquierda, su mujer y su hija, vestidas de gran gala.

El estrado estaba cabalmente debajo del cuadro de la Ascensión de la Virgen María.

Delante de este estrado había un cuadro de escaños.

En el escaño del fondo, del frente, estaban don Martín Garcés de Marsilla y su hijo don Juan Diego, con sus parientes; y á la derecha de todos, en que se le había dejado un escaño, el señor de Albarracín, don Rodrigo de Azagra.

En los de la derecha y de la izquierda se veían parientes y amigos de don Pedro de Segura.

En la mesa, que estaba en el centro, dos notarios de la villa, parientes de don Pedro de Segura hacían de secretarios.

Aquello era ni mas ni ménos, que lo que hoy se llama un consejo de familia.

Antes de venir á la reunión del consejo se había oído misa y se había almorzado.

Para juzgar con acierto, es muy importante que esté el estómago fuerte, para evitar las vaguedades de cabeza.

Empezó don Pedro de Segura manifestando el gran compromiso en que se encontraba, puesto que, siendo dignísimos cada cual de por sí los dos pretendientes á la mano de Isabel, no sabía por cuál decidirse.

Hizo una apología del señor de Albarracín, don Rodrigo de Azagra, y otra no menos encarecida apología de don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, á quien por ser hijo de un amigo á quien amaba como á un hermano, llamaba hijo del corazón.

Dolíase don Pedro de Segura, de no tener otra hija, tan semejante en cuerpo y alma á Isabel, que bastase para sacarle del apuro en que se encontraba.

Pero como esto no era posible, consultaba á sus parientes, á sus deudos y á sus amigos.

Concluyó don Pedro de Segura, y sobrevino una agria disputa sobre cuál debía ser el primero que emitiese su opinión.

Alegaban supremacía un don Ferrán Ortiz de Segura, primo de don Pedro, y un don Tello Menéndez, de Segu-

ra, que se decía tío en un grado más inmediato que el primo.

Este era un incidente que surgía en el consejo de familia.

Se tomó muy por lo serio.

Ninguno de los dos contendientes quería cejar en una cuestión que, mal decidida, podía determinar un mal precedente, cuyas consecuencias podían ser graves.

—Porque supongamos, decía don Ferrán, que, Dios no lo quiera, pero es posible, muere mi noble don Pedro de Segura; que su hija única, Dios no lo quiera, pero es posible, baja á la tumba sin herederos: si yo cedo en esta ocasión, me confieso inferior en derecho á nuestro ilustre tío don Tello.

—Pues por lo mismo, decía don Tello, insisto yo, y me creo pariente en mejor derecho que mi sobrino don Ferrán, y no he de dejar que nadie me vaya delante.

—Yo no estoy muy cierto, dijo don Pedro, de cuál es pariente más próximo mío, si don Ferrán ó don Tello: sólo sé que cuando ha sido menester ir á la guerra con el rey, y yo, por el honor de la familia, les he pedido aumentasen mi mesnada con algunos rocines, los he encontrado á los dos tan sordos como si hubieran sido de piedra, y mucho más cuando se ha tratado de un servicio de dineros al rey.

Don Pedro de Segura hablaba recio y cascarreño, y se comprendía que estaba más que suficientemente airado con sus dos ilustres parientes.

—Cuestión es esa aparte, dijo don Ferrán, porque en esta cuestión de ayudar al rey con hombres ó con servicios de dinero, yo no cedo la primacía á ningún Segura.

—Ni yo, dijo don Tello.

—Yo digo, exclamó don Pedro, sulfurado, que he hecho muy mal en escribiros mis cartas, llamándoos como mis parientes, á esta reunión de familia; porque ambos á dos, que pretendéis tener la primacía de mi nombre, sois Seguras á medias, á cuartas, ó que sé yo de qué modo, porque se puede y se debe decir que entrambos á dos, y entrambos á tres, tenéis bastardía.

¿Quién tal dijo?

Los dos próceres saltaron como dos víboras.

—Miente por la gola como villano, felón y ruín bellaco, exclamó don Tello, quien acusa de bastarda su sangre.

—Judío es, y perro, y renegado, y maldito, dijo al mismo tiempo don Ferrán.

Y entrambos á dos echaron mano á las espadas.

Sobrevino una gran confusión.

Las dos señoras se retiraron.

Fué necesario que don Rodrigo de Azagra asiese por la cintura á don Pedro, que había puesto mano á su espada, y demudado y colérico daba indicios de no satisfacer su ira sino exterminando á sus dos nobles parientes.

Don Juan Diego Marsilla se había puesto delante de los dos y había exclamado:

—Quien tenga algo que contender con don Pedro, contiéndalo conmigo.

Muchas voces decían:

—Que les echen.

Otros clamaban:

—Que cada cual satisfaga en la parte que le toca á

todos nosotros, á quienes se ha ofendido, con primacías que no vienen á cuento.

—Que se traiga el árbol genealógico, decía otro.

—Que se traiga el trono de Adan y Eva, gritaba furioso don Tello, y se verá que desde el principio del mundo no ha habido en mí sangre bastarda.

—¡El bastardo es él, ahullaba don Ferrán que freire fué del temple un su abuelo!

—¡He de cortarte la vil lengua! gritaba don Pedro, forcejando con los que le contenían.

—¡Las entrañas os hemos de hacer echar por la boca! dijo don Tello, á quien sujetaban otros.

—¡He de embriagarme con su sangre! decía don Ferrán, que fatigaba á los que le sujetaban.

Se oyó entonces una voz estentórea á la puerta.

—¡Ténganse todos, y recóbrense en nombre de Dios! dijo aquella voz.

Tan potente era, que dominó el tumulto.

Tan imperativa, que se hizo obedecer.

Se volvieron todos, y vieron de pie, inmóvil, en la puerta de la cámara, calada la capucha, al monje ermitaño de Nuestra Señora del Pilar.

Don Pedro se estremeció.

Don Rodrigo de Azagra se crispó.

Don Juan Diego Marsilla miró con ansiedad al monje.

Todos se contuvieron.

Un silencio profundo, y la cesación de los esfuerzos, fueron la respuesta á las inesperadas palabras del monje.

Las espadas, que estaban á medio salir, volvieron á meterse hasta los puños en sus vainas.

El monje adelantó, grave y sombrío, llegó junto al estrado, subió á él y dijo:

—Yo no pretendo tener primacía sobre nadie; pero Dios me manda llevar, adonde quiera haya hermanos míos exaltados los unos contra los otros, la palabra de paz y de mansedumbre.

Sentaos, mis nobles señores: sentaos y oid.

Todos se sentaron.

—Entre prohombres como vosotros, caballeros, dijo el monje, no hay primero ni segundo, porque todos sois iguales en nobleza: de bastardía no se hable, que no puede haber bastardía en la noble familia de los Seguras: en lo de manifestar la opinión acerca de lo que se trata, ateneos, mis nobles señores, al privilegio de la edad, y hable el primero el que más años tenga.

—Aún así me corresponde la primacía, porque yo cuento ya los setenta, dijo don Ferrán.

—Vos me dijisteis, no há tres semanas, saltó don Tello, que aún no habíais cumplido los sesenta y cuatro, y yo paso ya de los sesenta y seis.

—¡Mentís como un bellaco, don soberbio! aulló don Ferrán; que tratándose de primacía, os cargáis de años que no tenéis.

—¡Vos sois quien mentís como un judío! graznó don Tello.

—¡Que los echen!... ¡que los echen!... gritaron todos.

Volvió el estrépito.

Volvieron á contenerlos.

Sucediéronse nuevos improperios.

En vano el monje quería calmar la agitación.

Por último, don Pedro de Segura, dijo:

—¡Todo el mundo á fuera! ¡esto se ha acabado! La culpa la tengo yo, que he pedido parecer á nadie, cuando yo me basto y me sobro para determinar los negocios de mi familia.

—¡Esto es una ofensa que á todos se nos hace! gritó un joven caballero que era algo pariente de doña Margarita de Centellas, madre de Isabel.

—¡Que satisfaga!... ¡que satisfaga! gritaron todos.

—Yo satisfaré, dijo don Pedro, á pie ó á caballo, en campo cerrado ó abierto; pero todos á fuera: yo no consiento escándalos.

—¡Quédense todos, gritó el monje, so pena de excomunión mayor!

A esta amenaza todos se contuvieron.

Poco después se sentaron.

A no ser por los semblantes pálidos aún de cólera, y por las miradas torvas, nadie que en aquellos momentos hubiese entrado en la cámara, hubiera podido comprender que acababa de tener lugar una tal zalagarda.

Era mucho el furor y la tenacidad con que nuestros ilustres abuelos contendían por la más ligera preeminencia.

Pero era también mucho el terror que sentían por la excomunión.

—Jurad todos, dijo el monje, que no volveréis á revolveros los unos contra los otros.

—¡Lo juramos! dijeron todos con voz sorda y á coro.

—Afirmad de nuevo vuestra amistad, insistió el monje.

—¡La afirmamos! dijeron todos.

—Ténganse por no dichas las palabras ofensivas, añadió el ermitaño.

—¡Así sea! dijeron todos.

—Álcense los dos pretendientes á la nobilísima doncella, hija del ilustre señor don Pedro de Segura, y vengan á jurar en mis manos, añadió el monje.

Alzáronse don Rodrigo de Azagra y don Juan Diego de Marsilla y al monje se acercaron.

—Alzad, nobles señores, las manos ante la Sacratísima Virgen Madre de Dios, en esa tabla representada, dijo el monje señalando á la que había en el retablo.

Alzaron los dos las manos derechas, vueltos hacia la Virgen.

—¿Juráis, caballeros, dijo el monje, que reconoceréis, acataréis y obedeceréis lo que aquí se determine, buena y cumplidamente por los que por paternidad y por parentesco tienen derecho y poder bastante para ello?

—¡Lo juramos! dijeron los dos.

—¿Juráis que entre vosotros no habrá enemistad ni odio por lo que aquí se determine?

—¡Lo juramos! dijeron con voz firme los dos.

—Si así lo hiciereis, dijo el monje, Dios os lo premie, y si no, os lo demande. Bajad las manos, y volved á vuestros escaños.

Azagra y Marsilla se volvieron á sus escaños y se sentaron.

Ambos estaban conmovidos y anhelantes.

Lo que iba á resolverse era de una inmensa gravedad para los dos.

—Yo os ruego, mis nobles y mis buenos señores, dijo

el monje, que me oigáis con calma: próceres tan cristianos y tan buenos caballeros como vosotros, deben corresponder al valor y á la prudencia inherentes á su noble sangre, en toda cuestión que sobrevenga por grave que sea. Veo con satisfacción que os calmáis, y que dais muestras de sentir el arrebato de que os habéis dejado llevar: así, pues, óiganme los más distantes de todos, empezando por el primero del escaño de la derecha, y no se hable de primacías entre los que son tan iguales, que no se encontraría un tomín de diferencia entre la honra y la dignidad del uno y de los otros si se pusiera á peso; y vengan aquí las excelentísimas señoras que este lugar han dejado, arrojadas de él por el escándalo.

Llamóse á doña Margarita y á doña Isabel.

Vinieron, contraída la una; llorosa, pálida y anhelante la otra.

La cuestión se hubiera dirimido en justicia, pidiendo la resolución de ella á doña Isabel.

Pero no se trataba de esto.

No podía ser esto.

Se consideraba á la pobre joven como á un sujeto pasivo.

Sentáronse las tristes en sus sillones.

—Pido que se me oiga, dijo un deudo de don Pedro de Segura, hombre anciano y de gran prudencia.

—¿Volvemos á pretender primacías? dijo con la voz tremenda don Ferrán.

—No, mi buen primo, no, dijo don Guerén de Foces, que así se llamaba aquel anciano caballero: no intento otra cosa que hacer una proposición que, si se acoge, cortará toda ocasión de nuevas desavenencias.

—¡Que hable! ¡que hable! dijeron todos.

—Hablad, pues, dijo don Pedro.

—Pues yo entiendo, dijo don Guerén, que puesto que ha venido aquí tan á tiempo para ponernos en paz el santo ermitaño de Nuestra Señora del Pilar, él debe ser quien nos inspire la resolución más conveniente.

—¡Sea! ¡sea! dijeron todos.

—Dios os lo pague, señores, dijo el ermitaño, alzándose de las gradas del estrado, donde humildemente se había sentado. Permitidme que pida su intercesión á la Santísima Virgen Nuestra Señora para con Dios, á fin de que me ilumine y ponga en mi alma la prudencia y el acierto.

El monje se prosternó.

Unió su semblante con el pavimento.

Todos los demás se arrodillaron.

Oyóse un rumor de rezo.

Aquello era solemne, como todo acto que representa la manifestación de la fe en la omnipotencia y en la justicia de la divinidad.

Pasaron algunos minutos.

Se alzó el hermano Roger, y se alzaron todos.

Subió el monje sobre el estrado.

—Mis nobles señores, dijo: cuando se trata de un desposorio, es necesario tener en cuenta, no sólo el interés de los contrayentes, sino también el de los que pueden sobrevenir, y sobrevienen sin duda á causa del consorcio.

Entre los dos caballeros que la mano de doña Isabel de Segura solicitan, no hay diferencia alguna, ni en nobleza, ni en su buena y cumplida reputación como valientes y leales, pero hay una gran diferencia en la hacienda.

El uno es rico como un rey.

Pobre el otro.

Se estremecieron hasta la raíz de sus entrañas Isabel y Marsilla.

Don Rodrigo dejó ver una involuntaria sonrisa de triunfo.

—Pero, continuó el monje, no determinemos de plano en favor de la descendencia de doña Isabel de Segura: no hagamos que su pobreza sea una desventura para don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla. Démosle un plazo para que se haga una fortuna.

—Lo acepto, exclamó valientemente Marsilla.

Don Rodrigo se inmutó.

—Démosle un plazo de un año, y de tres años, y de seis años, y de treinta días, y de nueve días, y de tres días, y de un día y de una hora, para que por el mundo se vaya con su rocín y su escudero á buscar hacienda, haciendo la guerra contra los infieles y contra los herejes, por Dios, y por el rey y por la patria, y no de otra manera: que juzgado ha de ser acerca de los medios que haya empleado para hacerse rico, y no han de valerle, si sus riquezas no ha ganado buena y lealmente, como honrado y bravo, con su espada.

—¡Acepto! exclamó con entereza Marsilla: Isabel será mía.

—¿Qué decís vosotros, señores? dijo el monje.

—Acepto y confirmo, dijo con voz clara y breve don Pedro de Segura.

—Aceptamos y confirmamos, dijeron todos.

—Líbrese el testimonio por los secretarios, dijo don Pedro de Segura.

Los secretarios escribieron.

Entre tanto, los allí asistentes conversaban los unos con los otros.

Todo viso de rencor había pasado.

Se habían retirado las injurias.

Además, todos eran, en el fondo, buena gente.

Una fúlgida alegría resplandecía en el rostro de Isabel de Segura.

Su madre estaba consolada.

Diego Marsilla, á quien se concedía la mano de Isabel, á condición de que se hiciese rico en la guerra, aparecía transfigurado.

Tenía la seguridad, ó de morir, ó de adquirir á montes el oro.

Don Rodrigo de Azagra dejaba ver un semblante de demonio.

Pero estaba sujeto por su juramento.

Se veía obligado á someterse á lo que se había resuelto.

Pero la alevosía, la infamia, se iban apoderando de su alma.

—Seis años, cuarenta y tres días y una hora, murmuraba; en solo una hora pueden acontecer á un hombre tales desdichas, que contarlas no pueda. ¡Seis años, cuarenta y tres días y una hora! ¡Ah! ¡yo juro que no será esposo de Isabel: pero esperar sin amor!... ¡Vivir muriendo seis años! ¡y sujeto por un juramento!

Y el alma de don Rodrigo de Azagra se ennegrecía más y más.

Acabaron de extender los testimonios los notarios.

Todos los allí presentes los confirmaron, añadiendo á sus nombres y á sus títulos su sello de armas.

Dióse el uno de los testimonios á don Juan Diego Marsilla, para que siempre pudiera hacerlo valedero de derecho.

El otro lo guardaron los notarios para depositarle en la escribanía.

Después de esto, hubo un paseo por el parque.

Ni don Rodrigo ni don Juan Diego hablaron con doña Isabel, que iba entre su padre, su madre, y algunos viejos parientes.

Cuando llegó la hora de comer, se fué á la gran mesa que, por ser el tiempo á propósito, estaba servida debajo de los árboles.

El monje asistió á la comida.

Bendijo la mesa.

Pero no comió otra cosa que pan.

Ni bebió otra cosa que agua.

A la mesa habían asistido, como huéspedes, doña Alejandra y Kaimaro.

El monje no perdía de vista un solo momento á doña Alejandra y á Diego Marsilla.

Ella no podía defenderse de mirarle.

Él, como si la mirada de ella le hubiera atraído, la abarcaba de tiempo en tiempo con una mirada involuntaria, pero lúcida, profunda.

Parecía que una fascinación incontrastable se hacía sentir en él, proviniendo de la extranjera, á pesar del intenso, del incontrastable amor que sentía por Isabel.

Terminada la comida se retiraron todos.

Marsilla se despidió de Isabel y de sus padres.

—No me volveréis á ver hasta que haya cumplido mi empeño: pero me habéis dado un plazo demasiado largo: antes de un año habré vuelto, y tan honrado y tan rico, que os contentaréis, vosotros, mis señores, de tenerme por hijo: vos, mi amor, de tenerme por esposo.

Y partió con el corazón ardiente, y lleno de sueños y esperanzas.

El monje llegó á su ermita, y entró en ella murmurando:

—Se ha cumplido mi plazo: debo velar por mi hija: Garcés de Marsilla no se casará con Isabel de Segura.

CAPITULO XXVI

En que Galcerán cuenta una extrañísima historia á propósito de la torre del Valle Maldito

Don Martín Garcés de Marsilla no andaba muy sobrado.

Gracias si podía sostener con apuros, que se encubrían no sabemos con cuánta pena, su representación de noble.

Al día siguiente al del consejo de familia, en que se había pronunciado el fallo que lanzaba á desconocidas aventuras á Juan Diego Marsilla, en cuatro rocines, padre é hijo, y dos escuderos, partieron para Zaragoza, donde habitaba un judío, al que en sus apuros recurría don Martín.

Llegaron.

El judío se mostró duro como una peña.

Se negó rotundamente.

Los empeños de la hacienda de don Martín no podían sufrir ya más carga.

Por fin, á fuerza de ruegos, de instancias y de una grande usura, se obtuvieron quinientas doblas de oro en oro.

Reservóse ciento el padre, dió las cuatrocientas al hijo, le abrazó, le dió su bendición y se apartó llorando de sus brazos para volverse con uno de los escuderos á Teruel.

El pobre viejo llevaba el corazón oprimido.

Le parecía que no iba á volver á ver más á su Juan Diego.

A su hijo único.

El solo que consolaba su viudez.

Su casa solar debía parecerle desde entonces, hasta que su hijo volviese, vacía.

Diego Marsilla vió también partir con el corazón oprimido á su padre.

Le aquejaba un siniestro presentimiento.

Ardía en su alma inextinguible el amor de Isabel, y sin embargo, no se borraba de su memoria el ardiente recuerdo de Alejandra.

Se impacientaba por dar comienzo á sus aventuras.

Pero esto no podía ser en el momento.

Su arnés de guerra, así como el de su escudero, y como las bardas de los caballos, necesitaban recomposiciones para estar decentes, tales como convenía al nombre de Marsilla, cuyo blasón llevaba el joven caballero en el escudo.

Encargóse, pues, al mejor armero de Zaragoza, el poner como nuevas aquellas armas.

El herrero pidió, para desempeñar su cometido, veinte doblas de oro en oro, y veinte días.

Crecía la impaciencia de Marsilla.

Al tercer día no podía tenérsele.

—¿Qué te parece, Galcerán, dijo Marsilla á su escudero, si por caminos extraviados nos acercáramos á Teruel y nos llegáramos de noche á la torre de Segura?

—Paréceme á mí bien todo lo que bien le parezca á su merced, dijo el escudero.

—Pues enjaeza los caballos y ténlos prestos para la noche.

Al oscurecer partieron.

Galcerán conocía bastantemente la tierra.

Por sendas extraviadas, por espesos bosques condujo á su amo hasta cerca de Teruel.

Era la media noche.

Habían llegado á una sombría hondonada.

Estaban á tres leguas de Teruel, en el corazón de una espesa selva.

En el fondo de la hondonada, que formaba un pequeño valle sombrío y siniestro, lanzaba una luz opaca un resplandor lúgubre.

A la luz, apenas sensible de la luna menguante, se veía un edificio chato, de forma irregular, del que no podía juzgarse bien.

Marsilla y su escudero se dirigían hacia aquel edificio.

—¿Sabéis, señor, dijo Galcerán, que me parece que nos hemos metido en el *Valle Maldito?*

—¿Así llaman á este lugar? dijo tranquilamente Marsilla.

—Sí, señor.

—¿Y por qué, si tú sabes?

—Porque allá abajo, en aquella torre arruinada, dicen que se cometió un delito horrendo.

—¿Sabes tú esa historia?

—La sé como se cuenta.

—Cuéntamela, dijo Marsilla: como yo estoy tan triste, las historias tristes me placen, aunque sean historias de maldición.

—Allá antaño, este valle estaba solitario; tan solitario, que nadie pasaba por él.

No tenía árboles ni hierba.

El arroyo que ahora por él cruza estaba seco.

Allá donde ahora está la torre arruinada, había una gran piedra cubierta de moho.

Esta piedra tenía la ruda semejanza de una mujer, tendida boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si hubiera estado muerta.

Decíase que, en efecto, aquella piedra había sido una mujer.

Que esta mujer había venido con unas gentes extrañas que eran hechiceros y magos.

Dicen que la mujer era rubia, y tan soberbia que, conociendo las virtudes de todas las hierbas, de todas las plantas, de todos los árboles, de todas las aguas; entendiendo el lenguaje de los pájaros; el ruido que al arañar y al roer hacen los gusanos; el zumbido de los insectos y el silbido de los reptiles; pudiendo hacer que los vientos obedeciesen á su antojo; siendo, en fin, una maravilla de ciencia y de poder, se creyó diosa superior á Dios, y al pasar por este valle con sus gentes, que eran todos esclavos suyos, y en las hechicerías la servían, se propuso

tornar en hermosura y amenidad frondosa la fealdad de este sitio, convertirle en un paraíso, y hacer en él su palacio.

Se detuvo, hizo sus círculos en la tierra y en el aire, y desencadenó los vientos y la tempestad.

—«Que sea, dijo, tanta la hermosura que aquí aparezca, como es el horror que ahora impera.»

Inmediatamente la tempestad cesó.

Se esclareció la noche.

Brilló un sol dorado y refulgente en un espacio azul de una diafanidad, una frescura y un perfume infinitos.

Por doquiera se veían flores, plantas, arroyuelos, enramadas verdes como la esmeralda.

Gorjeaban los pájaros, arrullaban las tórtolas, dejaban oir su enamorado zumbido las palomas.

El arroyo llevaba su raudal cristalino sobre un lecho de oro y plata.

Las piedrecillas relucían como si hubieran sido diamantes, carbunclos, esmeraldas y zafiros.

Frutos maduros y riquísimos pendían de los árboles.

Las vides dejaban ver sus dorados racimos, tan límpidos y tan transparentes como si hubiesen sido de oro.

Dios había querido que los deseos de la hechicera se cumpliesen para castigar con mayor fuerza su soberbia.

Saltaban en torno de ella, feos y malévolos, los gnomos, los enanos, los sátiros, los vestiglos, todos con rostro y apariencia humana que ella había evocado, que la seguían y la servían como otros tantos demonios.

—«Que todos esos monstrnos feos y ridículos que me siguen y me obedecen, dijo la maga, se transformen en

hermosísimos mancebos que me amen, y en mi amor tengan su infierno. La vida es el amor. El alma es el amor. El amor es Dios.»

Todos aquellos avechuchos se convirtieron de repente en gallardos y hermosísimos mancebos, revestidos de vestiduras deslumbrantes.

—«Este es mi paraíso,» dijo la hechicera.

Pero el amor de sus esclavos no podía satisfacerla.

Sentía un ansia, una sed mayor de amor.

Se enojó de ellos y los convirtió en plantas parásitas.

Se quedó sola vagando por su paraíso.

En él no se ponía jamás el sol.

Permanecía inmóvil en lo alto del cielo, difundiendo desde allí su luz radiante y á la par dulce.

La hechicera, que no había perdido las condiciones humanas, comía de los frutos de los árboles, que eran exquisitos, bebía el agua del arroyo semejante á néctar, y cuando la acometía el sueño, dormía sobre el blando césped, bajo los pabellones de verdura de un hermoso árbol.

Pero la hada agonizaba.

La sed y el hambre del amor la atormentaban.

No había encontrado nada aún sobre la tierra, ni aun entre sus esclavos convertidos en hermosísimos mancebos que hubiese podido inspirarla amor.

Un día, pues, en que de ansias de amor moría, dijo volviéndose al cielo:

—¡Oh, Tú, que estás en la altura: obedéceme: envíame para que mi agonía de amor venza, el arcángel del amor!

En aquel momento, la hechicera cayó por tierra como herida por un rayo.

Había sentido en todo su ser una fuerza tal y tan inmensa, había resplandecido en sus ojos un tal fulgor de hermosura, que había sido aniquilada.

Había querido gozar ella, maldita en cuerpo y alma, lo que sólo en espíritu puede gozar el justo.

En el mismo punto en que la hechicera caía, se nubló el sol, sobrevino la tempestad y desapareció todo lo que de hermoso tenía el valle.

Quedó árido y estéril.

La hechicera se había convertido en roca.

Los años y las tempestades, el polvo y la lluvia, fueron embruteciendo sus formas, y al fin quedó como una tosca piedra revestida de musgo, que tenía las apariencias de una mujer.

Y pasaron miles y miles de años.

En el valle no alentaba ni hombre ni animal ninguno.

Ni brotaba en él hierba ni planta.

Ni aun el viento pasaba sobre él.

En él siempre era noche, y noche sombría.

Las gentes de la comarca rodeaban para no pasar por este lugar maldito.

Un día, el sobrino del vicario de una cercana villa, llegó hasta cerca del valle, corriendo á una liebre.

La liebre se lanzó en el valle.

Era el primer animal que, después de siglos de siglos, entraba en él.

Pero los lebreles, aun que iban encarnizados sobre el rastro, se detuvieron, aullaron con espanto y se volvieron atrás.

El sobrino del vicario, que era un gentil mancebo, no

pudo conseguir que su caballo siguiese adelante, por más que le espoleó.

Irritóse, echó pie á tierra, y abandonando el caballo, y como atraído por un poder irresistible, penetró en el valle.

Entonces, y por la primera vez después de miles de años, brilló sobre el valle la luna.

Una luna llena, dulce, clara.

A su luz se veía completamente el valle, que parecía un inmenso lecho de ceniza.

En la parte baja había algo negro.

Hacia allí, atraído siempre, se fué el mancebo.

Su planta se hundía entre la cenicienta arena del valle.

Se fatigaba.

Tenía los pies abrasados.

Parecía que aquella arena maldita respiraba fuego.

Nuestro mozo llegó rendido á la roca en que se había transformado la hechicera.

Se sentó sobre ella, sin reparar en que lo que le servía de asiento tenía, aun que ruda, la forma de una mujer.

Apenas se sentó se estremeció.

Un fuego dulcísimo, que él nunca había sentido, corrió por sus venas.

Le pareció que la piedra en que se había sentado se estremecía, palpitaba.

Se sobresaltó.

Se levantó.

Miró.

Entonces reparó en la forma humana de la piedra.

Esta forma fué perdiendo su rudeza.

Fué transformándose su color impuro.

Siguió la transformación.

Al fin, con espanto, con asombro, y al mismo tiempo con emociones inefables para el doncel, la transformación fué completándose.

Él no apartaba los ojos de aquella forma, que por último tomó toda la apariencia de una mujer muerta, pero hermosísima.

Rápidamente fué borrándose el desencajamiento del semblante del cadáver.

Sus ojos cerrados aparecían menos hundidos.

Su nariz menos afilada.

Menos deprimidas sus mejillas.

Su palidez iba desapareciendo.

Al fin quedó una mujer dormida.

Sus formas se redondeaban más y más.

Sus labios se sonrosaban.

Se entreabrió su boca y gimió.

Llegó hasta el mancebo una ambrosía deliciosa, que parecía ser el aliento de la dama dormida.

La misma transformación que se había operado en ella se había operado en sus vestidos.

Había ido haciéndose menos tosca.

Había ido aclarando de color.

Al fin, y cuando la dama pareció dormida, su túnica era ya blanquísima, de un finísimo tejido de seda, oro y plata.

A la luz de la luna resplandecía.

Asimismo la arena del valle se había transformado.

Había tomado la apariencia de la tierra.

Mostraba su alfombra de verde hierba.

Corría el arroyo.

Dejaba ver árboles y plantas.

Se sentía el vuelo de las auras.

Un ruiseñor enamorado gorjeaba allá, en una enramada.

Volvía, al fin, la vida y la alegría al yerto, estéril, oscuro y pavoroso valle.

La hechicera abrió los ojos y miró al mancebo.

Éste sintió un deleite indecible.

Ella se incorporó.

Luego se puso sobre sus rodillas y oró con las manos cruzadas y la cabeza abatida sobre el pecho.

La hechicera maldita se había convertido en una dulce criatura que creía en Dios, le reconocía y le adoraba.

Y conservaba su ciencia.

Ella veía lo pasado, lo presente y lo porvenir.

Esto sucedía por los altos juicios de Dios.

—Con bizarro cuento te nos vienes tú, Galcerán, dijo don Juan Diego, que estaba muy distraído.

—Así me lo contó mi abuela, dijo Galcerán, y así lo cuentan todas las buenas comadres de la comarca.

—¿Pero es este el valle donde pasaron estas maravillas? dijo don Juan Diego.

—Yo creo que sí, dijo Galcerán, porque le llaman el Valle Maldito, y hay en él una torrre arruinada como la que se dice al fin del cuento; pero no estoy seguro de si es el mismo valle ú otro que se le parece.

—Sigue tu cuento, sigue, dijo Marsilla, que me parece que ya habremos concluído cuando lleguemos adonde brilla la luz.

—Me parece que sí, dijo Galcerán, porque el cuento ya se va acabando.

La hechicera y el sobrino del vicario se estuvieron vagando toda la noche por el valle, y diciéndose amores, pero amores castos.

La hechicera había sufrido un purgatorio de muchos siglos, convertida en piedra, y se había purificado.

Pero debía purificarse más aún.

Al amanecer salieron del valle.

El mancebo encontró su caballo paciendo libremente.

Los lebreles les salieron al encuentro saltando y ahullando de placer.

No les espantaba la hechicera.

Por el contrario, la acariciaban.

El mancebo recogió su caballo.

Montó en él.

Puso á la grupa á la novia.

Se fué al pueblo.

Se maravillaron de verle llegar con una dama tan hermosa, y tan rica y tan extrañamente vestida.

El mancebo entró en su casa.

Reprendióle agriamente su tío, que era muy avaro.

Entonces él, habiendo aposentado á su amada, siempre con licencia de su tío, le reveló en confesión lo que le había acontecido.

El tío creyó que el demonio se había apoderado de su sobrino.

Él no temía en manera alguna á los demonios.

Era un gran lanzador de ellos.

A treinta leguas que hubiera un endemoniado, le llamaban para que le sacara los malos.

Por si era ó no era el diablo aquella dama, ó por lo menos endemoniada, el vicario dijo á su sobrino:

—«Voy á decir misa: llévate á esa señora á la iglesia.»

Si la dama entraba en la iglesia, esta era una señal convincente de que nada tenía de diablo, (salvo la punta del rabo de él, que todas, hasta la mejor, tienen en el cuerpo), ni aun siquiera de endemoniada.

Ella siguió al sobrino.

El sobrino la llevó á la iglesia.

Entró en ella la dama, no ya sólo sin repugnancia, sino que con avidez.

En entrando se fué en derechura á la pila del agua bendita.

La tomó y se persignó.

No parecía sino que era cristiana vieja, y que se sabía de corrido el catecismo.

Bien es verdad que las almas del purgatorio, por el solo hecho de entrar en el purgatorio, son cristianas.

El vicario observaba desde lejos.

Parecióle muy bien lo que vió.

Y más cuando atisbándole ella, le dijo:

—Venid: poneos en el confesonario; hacedme la merced de oir.

Conmovióse el vicario, y al confesonario se fué.

Arrodillóse ella.

Duró la confesión más de una hora.

A seguida la llevó á la pila del agua bendita.

El ricohombre de la aldea, á quien el vicario informó en pocas palabras, fué con su mujer el padrino.

Se bautizó á la dama, y se la puso por nombre María de la Santa Misericordia.

Se dijo la misa.

En ella el vicario dió la comunión á doña María de la Santa Misericordia.

Luego el vicario pronunció una larga plática, manifestando el milagro que la misericordia de Dios había hecho.

Todo el pueblo estaba en la iglesia.

Todos se maravillaban y asediaban al sobrino del vicario, á quien Dios había buscado una tal novia, y de una manera tan extraña.

Quince días después, la hechicera, perdonada, y el sobrino del vicario, se casaron.

Se vió que doña María de la Misericordia gastaba largamente en obras de caridad, y asimismo que en el valle que antes se había tenido por maldito, construía un fuerte castillo, cuyo interior era un palacio.

El dinero con que se hacía todo esto provenía de un tesoro.

Como doña María, porque Dios lo quería así, conservaba el poder de ver lo pasado, lo presente y lo porvenir, había visto que en el mismo lugar donde ella había sufrido tantos años de purgatorio, había, á poca profundidad, enterrado un tesoro, que allí habían dejado gentes de la antigüedad, arrojadas de sus tierras por sus enemigos.

Se cavó, y se encontraron en siete grandes cofres riquezas inmensas.

Aquella misma excavación fué el principio de los cimientos del *Castillo del Milagro*.

Al fin el castillo se levantó.

A él se fueron á vivir los esposos, con una espléndida servidumbre.

Don Enrich, que así se llamaba, según decía mi abuela, el sobrino del vicario, se hizo ricohombre.

Como tal, se fué con sus escuderos á servir al rey en la guerra.

Al volver una vez, se encontró con que doña María había dado á luz un robusto infante.

Llenósele de alegría y de amor el alma á don Enrich; bendijo á su hijo, y le besó en la boca.

Y creció el niño.

Desde que el niño nació, había acrecentado la belleza y la juventud de doña María.

A medida que el niño crecía, la juventud y la belleza de doña María aumentaban.

Pero cada día estaba más triste.

Cada día miraba con más ansiedad á su hijo, que crecía hermosísimo.

Preguntábale su marido la causa de su tristeza, y ella le decía:

—Es que el tiempo va trayéndome mi último pecado, y mi última expiación.

—¿Y qué expiación es esa?

—Una expiación terrible: si venzo la prueba, iré á reposar eternamente, glorificada, en el seno del Señor; pero si á la prueba sucumbo, la eterna condenación será con mi alma.

No volvieron á tener otro hijo.

Doña María pasaba su vida en la meditación, en la penitencia y en el ejercicio de una caridad de ángel.

Era la madre de los pobres, la salud de los enfermos, el consuelo de los desesperados, el arrimo de los afligidos.

La llamaban la santa.

Cuando el niño cumplió los siete años, desapareció.

Un hijo muerto, es un dolor incomparable.

Un hijo perdido, la desesperación, la locura.

Esto decía mi abuela, señor.

Y lo decía, porque yo, cuando muchacho, estuve perdido quince días.

Don Enrich buscó, rebuscó, revolvió la tierra, gastó tesoros.

Pero no logró dar con su hijo.

—Tú lo sabes todo, decía á su mujer, dime dónde está mi hijo.

—Lo sé todo, respondía doña María: pero Dios no quiere que sepa dónde mi hijo de mi alma está.

Y doña María lloraba desconsolada.

Pero no se desesperaba.

No blasfemaba de Dios.

Empezó á ponerse pálida, muy pálida.

Y á medida que empalidecía, aparecía más hermosa.

Y pasaron años.

Los bastantes para que si el pequeño Enrich vivía, tuviese ya veinticinco años.

Doña María estaba ya tan pálida, tenía los ojos tan lánguidos, que parecía un alma del otro mundo en un hermosísimo cadáver animado.

Su belleza era irresistible.

Y entonces, con más fe que nunca, la llamaban la santa.

Parecía que el tiempo no pasaba por ella.

No pasaba, en la apariencia, de los veinte años.

Decía mi abuela que por entonces vinieron del África los moros.

Una noche de tempestad, sonó la ronca voz de una bocina delante del castillo.

Preguntó el enano.

Le dijeron que un caudillo, que de Toledo iba con su hueste á auxiliar al rey contra los moros, pedía hospitalidad y descanso por algunas horas.

Don Enrich se preparaba también para ir con sus vasallos contra los moros.

Concedióse, pues, graciosamente la hospitalidad al caudillo toledano.

Era éste un mancebo de una hermosura maravillosa.

Tenía la mirada firme, á veces como la del león.

Dulce otras, como la de la paloma.

Llevaba un pesado y fuerte arnés, escamado como una serpiente, y un casco dorado, que mostraba por cimera un horrendo monstruo alado.

Era su manto una piel de león.

Su única arma era una clava de un peso enorme.

Doña María se aterró cuando le vió.

Le reconoció.

Era su hijo perdido.

Quiso hablar y no pudo.

Se cubrió de sudor frío.

La acometió un accidente terrible.

Cayó por tierra como muerta.

El extranjero había encarnizado su mirada en la hermosa doña María.

Un amor violento se apoderó de él.

Miró desde aquel punto con odio al marido de doña María.

A su padre.

Se acudió á doña María.

Ésta recobró al fin el conocimiento.

Pero quedó muda.

Se esforzaba para hablar, y no podía.

Quería hacer señas á su marido.

Decirle por medio de sus señas: «ese es nuestro hijo;» y de la misma manera que se la negaba la voz se la negaban los brazos.

Sin poder contenerse, su mirada buscaba ansiosa al extranjero.

A su hijo.

Un amor impuro por él la devoraba.

Había llegado el momento de la terrible prueba.

El momento de la expiación.

De la salvación ó de la condenación.

Don Enrich vió con cólera que la vista del extranjero había causado una sensación mortal á su esposa.

Que una no menor sensación, á la vista de su esposa, se había apoderado del extranjero.

Le mandó salir de una manera descompuesta.

El extranjero, ofendido, irritado, contestó lleno de soberbia y de desprecio á su padre, á quien no conocía.

Crecieron las palabras.

Las ofensas se hicieron gravísimas.

Se vino á las armas.

Aquello fué una batalla.

Los del castillo embistieron con los del extranjero, pero fueron vencidos.

Don Enrich había muerto de un golpe de clava de su hijo.

El decreto de Dios se cumplía.

Así, á lo menos, lo decía mi abuela.

¿Cómo había llegado á ser tan gran señor el perdido hijo de don Enrich y de doña María?

Voy á deciros, señor, lo que acerca de esto me contó mi abuela.

Doña María, muchos siglos antes de ser doña María, había sido una gran reina de una tierra extraña, que por los amores de una gran caballero ó príncipe, había muerto, aplicándose al seno yo no sé qué víbora venenosa.

—¡Cleopatra! exclamó Marsilla, que, como había sido educado por monjes, era bastante instruído: ¡extraña ocurrencia la de los que contaron ese cuento!

—No es cuento, sino la purísima verdad, dijo con una gran fe Galcerán: en castigo de la culpa por haber adorado á un hombre y matádose por él, olvidada de Dios, Dios quiso castigarla, y tenerla sobre la tierra vagando de acá para allá, hasta que la convirtió en piedra, y la hizo sufrir largos siglos de purgatorio.

Pero como no había purgado bien sus culpas, el Señor quiso que el sobrino del vicario la sacase de la mortaja de piedra en que dormía en paz, y la volviese á la vida, para sujetarla á la última y más terrible prueba.

Así fué que, como ya he dicho, amó á Enrich, y con él se casó, y de él tuvo un hijo.

Hijo que los dos esposos adoraron hasta dar en la idolatría, lo cual fué una nueva culpa.

Y aconteció que, cuando el niño cumplió los siete años, él solo, sin que nadie en ello tuviese parte, se salió del castillo de sus padres, y se metió por el bosque vecino, y por el bosque siguió andando á paso largo, y sin cansancio, como si hubiese sido un hombre fuerte, una legua y otra legua.

Y llegó á la margen de un río muy caudaloso que le atajaba el paso.

A la margen del río, amarrada á un arbusto, había una barca negra.

Y en ella entró el pequeño Enrich.

Apenas estuvo dentro, la barca, como si hubiese tenido vida, se estremeció toda.

Rompió la amarra.

Se lanzó al centro del río.

Avanzó por él con la rapidez del viento.

Y siguió... siguió, yo no sé cuántas horas, cuántos días, cuántas semanas, cuántos meses, ó cuántos años.

Porque mi abuela decía que Enrich entró niño y pequeño en la barca, y salió de ella mancebo y con barbas, y hermoso que no había más que pedir.

Y á más de esto fiero y bravo como un león.

—¡Galcerán! ¡Galcerán! tu abuela debía ser muy vieja.

—Se murió de ciento y diez años.

—En sus chocheces debía soñar esa historia.

—Mi abuela estaba fuerte como un roble cuando murió,

y era tal su prudencia y su experiencia, que hasta el anciano abad la consultaba en los casos graves.

—Sigue con tu cuento, y acaba lo antes posible.

—Señor, las palabras se agarran; de la una viene la otra, y no se puede tomar bien la medida.

—Nos vamos acercando á la torre, y me parece que en ella hay muchos bultos.

—Serán tal vez endriagos ó trasgos, que otras gentes no puede haber en este sitio, dijo Galcerán: si queréis que nos volvamos, yo creo que haremos bien.

—Un hidalgo aragonés, dijo Marsilla, una vez emprendido un camino, no se vuelve atrás de él aunque se lo atajen diablos encendidos: si tú tienes miedo, vuélvete.

—¿Quién dijo miedo á un Galcerán de Ariza? que ya sabéis, señor, que yo soy hidalgo, y muy hidalgo, y de solar, y si tuviera miedo no merecería serlo.

—Sigue con tu cuento, que en verdad, en verdad, á pesar de mis penas me divierte; como que es el más extraño que he oído ni pienso oir en todos los días de mi vida.

—Pues señor, dijo Galcerán continuando: decía mi abuela, que á medida que la barca iba avanzando, el río se hacía más ancho... más ancho, hasta que no se vieron sus riberas convirtiéndose en un mar.

Y la barca seguía... seguía, como el huracán de rápida.

Y aconteció que, cuando ya el pequeño Enrich no era pequeño, sino un mozo que daba gusto verlo, la barca arribó á una playa de una hermosa isla.

Y hay que advertir, señor, que á medida que Enrich crecía, crecían sus vestidos y se iban transformando, y

que cuando la barcó tocó en la ribera, iba revestido de un arnés escamoso, y cubierta la cabeza con el casco dorado, cuya cimera era un monstruo alado: y en el escudo llevaba por empresa una espada de fuego, y de su cinto pendía ya su terible clava, su única arma ofensiva, pero bastante.

Y al chocar la barca en la playa, al saltar en tierra Enrich, vino hacia él, saliendo de una arboleda, un negro corcel, paramentado con bardas escamosas como la armadura de Enrich, y se le humilló, y le hizo acatamiento, y se prestó dócil á que Enrich le montara.

Y apenas Enrich tuvo en las manos las riendas de oro, cuando el caballo partió á la carrera.

Y atravesó selvas y valles y montañas.

Y cada día que el sol salía se encontraba Enrich con un fuerte caballero que con él combatía.

Y vencía Enrich al tal caballero, y le hacía su esclavo, y le obligaba á rendirle pleito homenaje, y á seguirle, sujeto á su voluntad.

Y á cada puesta del sol, se encontraba con un caballero más feroz aún, y le vencía, y consigo le llevaba.

Y así llegó á juntar hasta mil caballeros.

—Lo que quiere decir que corrió durante quinientos días; y si su caballo y sus gentes corrieron como había corrido la barca, debió llegar cuando tuvo los mil caballeros, á los últimos confines del mundo.

—Mi abuela decía que Enrich iba por el gran camino del Catay, que no tiene fin.

—Como no lo tienen los cuentos de tu abuela.

—Mi abuela era tan prudente, que la llamaban la santa.

—No me opongo: pero continúa.

—Llegó al fin Enrich con sus mil caballeros, á una gran ciudad, cuyas altas cúpulas relucían á los rayos del sol como si hubieran sido de oro.

—Vamos, dijo Marsilla: y el valiente Enrich, con sus mil misteriosos caballeros, embistió la ciudad, y la tomó, y mató al emperador de aquel grande imperio, y se hizo emperador; y luego, en una de las cámaras más hermosas del palacio, encontró una hermosísima infanta encantada, y se prendó de ella, y de amor por ella se abrasó; y para librarla de su encanto y casarse con ella, y gozar de sus amores, luchó con lo temporal y lo eterno, y partió por medio gigantes, y hendió rocas, y pasó á nado mares de fuego, y peleó en los aires, cabalgando en un monstruo, con espíritus terribles y malditos, hasta que al fin la infanta salió de su encanto, y se le colgó del cuello, y le glorificó con su amor.

—Nada de eso, señor; nada de eso, aunque bien pudiera haber sido; pero todo es cuando Dios quiere que sea, dijo con una gran fe Galcerán: no era eso lo que contaba mi abuela, sino que los magos de aquella gran ciudad habían dicho al rey de aquel grande imperio, que se acercaba el caballero de la *espada vengadora*, que no se sabía quién fuese ni de dónde viniese; pero que los astros habían dicho, que si una hermosísima hija única, doncella que el rey tenía, y que no había encontrado hombre que de sus ojos fuera grato, aunque la habían solicitado los más grandes emperadores del mundo, y que de amor enlanguidecía y se pasaba, y que se enamoraría del caballero de la *espada vengadora*, cuando de ningún otro se había

enamorado, y que si él de ella se enamoraba, y se casaban, el emperador su padre llegaría á ser tan poderoso como noble, y el único señor de la tierra.

Así fué que el rey de aquella tierra, apenas los magos le dijeron que el caballero de la *espada vengadora*, con sus mil caballeros invencibles, estaba á una jornada de la ciudad, salió á recibirle de paz, llevando consigo su corte, en la que había más de cien mil damas, doncellas, á cual más hermosa, y más de cien mil caballeros, á cual más apuesto y gallardo.

Y decía mi abuela, que no se podía sufrir el resplandor que de las pedrerías de que iban cargados doncellas y mancebos, arrancaba el sol, y que lo que más deslumbraba era la hermosísima doncella hija del rey, á la que otras veinticuatro doncellas, también hermosas como luceros, llevaban en unas andas, todas de oro y diamantes, y esmeraldas, y zafiros, y carbunclos.

—Adelante, adelante, Galcerán, que si te entretienes en pintarlo todo como lo pintaba tu abuela, no acabarás en un año.

—Pues señor, dijo Galcerán; para abreviar: sucedió que, al ver á Enrich, la hermosa hija del rey empezó á hacer exclamaciones de alegría, y tales, que creyeron que se volvía loca, y sin pararse en miramientos y en cortesías, de las andas abajo echóse, y saltó al cuello de Enrich; y aun decía mi abuela, que de enamorada y loca, le mordió en una mejilla, de lo cual, en la tal mejilla, le quedó á Enrich una rosa, que le hacía mucha gracia.

Pero Enrich dijo con enfado arrojando de sí á la infanta:

—¡Quítenme allá esta loca!

Y decía mi abuela que, tan desgraciadamente cayó al suelo la infanta, que, dando con la cabeza en una piedra, se desnucó.

—Castigo digno de su incontinencia y de su desvergüenza, dijo Marsilla.

—¿Y qué quiere vuesa merced, señor, que fuese una idólatra? dijo sencillamente Galcerán. Y aconteció que, cuando aquel rey pagano vió muerta á su hermosa hija, sintió un tal dolor y una tal desesperación que, gritando á sus caballeros que hiciesen lo que él hacía, á Enrich se avalanzó, rugiente como un león herido.

Enrich dejó caer sobre él la clava.

Todo acabó para el idólatra.

Y luego Enrich, con sus mil caballeros, lo llevó todo á sangre, y puso fuego á la ciudad, y las llamas la devoraron, y por la tarde sólo había un montón de cenizas humeantes, donde la poderosa corte del imperio del Catay había sido.

Y luego...

—Tente, Galcerán, dijo Marsilla, que no me siento con valor para sufrirte el cuento de cuántas gentes exterminó, cuántas ciudades abrasó, y cuántas mujeres deshonró el hijo maldito de la reina Cleopatra y del sobrino del vicario de la aldea cuyo nombre no sabía tu abuela, pero que debía ser alguna de las de los alrededores, ó no es este el sitio de la historia. Véte al fin, á la llegada del caballero de la *espada vengadora* á la casa donde había nacido, y que no conocía.

—Pues habéis de saber, señor, que el caballero Enrich,

el de la *vengadora espada,* peregrinó por extrañas y maravillosas regiones, sin encontrar una hermosa doncella que calmase la sed de amor que le devoraba, ni un lugar donde detenerse y vivir tranquilo, yendo siempre para adelante, destruyendo cuanto se oponía á su paso, por lo que le sobrenombraron *Fuego de Dios.*

Y una noche en que á cielo abierto dormía sobre su piel de león, *Espada vengadora* ó *Fuego de Dios*, sintió que un arcángel terrible descendía á él, y le decía:

—«Levántate y cabalga: parte á una tierra distante que se llama España: Dios castiga á esta región, y arroja sobre ella terribles enemigos: vé, preséntate á su rey, y díle que tú vas en su ayuda: antes de llegar á la imperial Toledo, hallarás tu amor, y tu destino.»

Y por esta revelación que tuvo Enrich, se levantó, cabalgó, y con sus caballeros tomó la vuelta de España, y llegó á Barcelona, y andando el camino, llegó cerca de Teruel, y dió en este valle, y sucedió lo que ya os he dicho: que se presentó en su casa, y que su madre, por permisión de Dios, le reconoció, pero no pudo decirlo, porque Dios la enmudeció.

Y mató á su padre.

Y á las gentes de su padre.

Y loco de amor por su madre, la solicitó.

Y era el caso que doña María, ó doña Cleopatra, como vuesa merced dice, ardía en amores incestuosos por su hijo.

Y de tal manera, que ella no se acordaba de haber amado nunca de igual suerte, ni aun sospechado que tal y tan poderoso pudiera ser el amor.

Y Dios la dejaba voz para que con el encanto de su acento enamorase á Enrich.

Pero cuando iba á decirle que era su madre, enmudecía de nuevo, y Enrich, dulce y tímido, y esclavo del amor de su madre, ante ella se arrastraba llorando, gimiendo, desesperado, anhelante.

Crecía la locura de la infelice.

Más y más el fuego del amor infernal que la devoraba, crecía.

Más y más era un martirio.

Y á medida que su martirio crecía, crecía su firmeza, y se proponía morir antes que dar en el horrendo pecado del incesto, y á Dios tendía los brazos desesperada, y sus oraciones se elevaban hasta el trono del Señor.

Y Enrich, feroz para todos, para todos terrible, era blando y dulce, y suplicante para la única mujer á quien había amado; y con su dulzura, y su dolor, y su desesperación, se hacía para la madre más peligroso.

Ella había olvidado que aquel por quien de amor moría había matado, sin conocerle, á su padre.

Ella se había olvidado de todo por su amor.

Sólo sabía que aquel amor era maldito, porque el ser que se lo inspiraba era su hijo.

Y ella no sabía porqué aquél que era su hijo la inspiraba un tal amor.

Ella no sabía más que amar, sufrir un tormento sin igual en el mundo, y temer á Dios.

Satanás volaba en torno de ella, y le decía:

—«Un momento de vida incomparable por su amor, y después... ¿qué importa?

Ella gemía, se retorcía los brazos, sentía que se la arrancaban las entrañas, y se volvía á Dios.

¿Sabéis, señor, lo que más á prueba de ofender á Dios pone á una madre? añadió Galcerán: pues mi abuela decía que aquello por lo que la más piadosa de las madres es capaz de vender su alma al diablo, es la vida de su hijo.

—Créolo bien, dijo Marsilla suspirando; porque el amor no repara en sacrificios, y yo tengo para mí, que no hay amor que al amor que por sus hijos sienten las madres se iguale.

—Enrich acabó de enlanguidecer, continuó Galcerán: le sobrevino la calentura, y con la calentura el delirio.

Llamaba desesperado á doña María.

La pedía su amor, llorando, atormentado por cruelísimos dolores.

Se extinguía con espantosa rapidez.

Se moría.

A un paroxismo sucedía otro paroxismo mayor.

Los médicos no acertaban con la enfermedad.

Todo era inútil.

Y Satanás zumbaba en los oídos de doña María:

—«Un solo beso de amor tuyo, y se levantará de su lecho de dolor.»

Doña María gemía, se deshacía en lágrimas, sentía un dolor insoportable en las entrañas, pero no besaba á Enrich.

Murió éste al fin entre horribles convulsiones.

Doña María sintió lo que sólo sienten las madres cuando ven muertos á sus hijos.

Una agonía sin nombre.

Entonces besó en los labios lívidos al cadáver.

Pero no con el amor del amante, sino con el amor de las entrañas.

El cadáver se estremeció.

—«¡Bésale como á tu amor... como á tu deseo, dijo Satanás, y resucitará!»

Doña María se arrojó de boca sobre el suelo.

Lloró desconsolada.

Invocó á Dios.

Rezó.

Pero no besó á Enrich.

Amortajaron el cadáver.

Le pusieron en el ataúd.

Cuatro escuderos cargaron con él, y le bajaron á la capilla.

Allí le pusieron en un ostentoso túmulo, rodeado de cirios, que iluminaban fuertemente su pálido y aún hermoso semblante.

Doña María se quedó velando al muerto en la capilla, sin permitir que nadie la acompañase.

Y aún allí, en aquel lugar sagrado, sin duda por permisión de Dios, el diablo acometió á doña María.

—«Con el solo pensamiento tuyo de anegarte en sus amores, de ser suya, ese lúgubre catafalco se convertirá en un tálamo de amores.

Tu hijo vivirá.»

Doña María lloró más desconsoladamente que nunca, y rechazó de nuevo á Satanás.

Al día siguiente bajaron á Enrich á la cripta.

Le pusieron en la sepultura.

Dieron á doña María una pala de tierra.

Doña María arrojó aquella tierra sobre el ataúd.

Los sepultureros empezaron á llenar la hoya.

—«Ámale y vive,» dijo Satanás que no se rendía.

—No, dijo doña María: mi alma con el Señor: yo en lo eterno rogaré al Señor por él.

Los sepultureros acabaron de llenar la hoya.

Pusieron sobre ella una gran losa de mármol.

Se fueron todos.

Todos, menos doña María.

Se tendió boca abajo sobre la losa.

La besó; pero con el amor de la madre.

La tierra tembló.

Parecía que causaba su temblor el cadáver que se agitaba dentro de su tumba.

—«Un solo pensamiento de amor dichoso, dijo Satanás, y este lúgubre sitio se convertirá en un lugar de delicias.»

—¡Creo en Dios! exclamó llorando doña María.

En aquel momento se la rompió el corazón.

Dejó de ser sobre la tierra.

No podía ya pecar.

Satanás escapó aullando.

Entonces un ángel descendió.

Recogió los espíritus de la madre y del hijo, y se elevó con ellos al cielo.

Ella había sido salvada por su fe en Dios.

Él, por el amor de su madre.

—Pues si todo acabó tan bien, dijo Marsilla, ¿por qué llaman á este valle el *Valle Maldito?*

—Porque quedó en el castillo un espíritu condenado.

—¿Cuál?

—El del sobrino del vicario, que, por la idolatría á su mujer, había olvidado al Señor.

Para él no había nada en la tierra ni en el cielo, más que su esposa.

A más: por celos exagerados, había pretendido matar á su huésped.

Dios le había condenado.

En fin: así era como sabía el cuento mi abuela, y como lo relataba.

—De veras, Galcerán, que me has entrenido, dijo Marsilla. Pero mira, ya que estamos cerca; creo que hay muchos hombres en las ruinas, á no ser que los duendes que deben de habitar en ella hayan tomado la apariencia de hombres armados.

—No, señor, no, dijo Galcerán; que hombres armados; y muy armados son, y á lo que me parece, de los del obispo de Tarragona.

—Pues con ellos debe de estar don Pedro Ahones, dijo Marsilla.

—Si no se ahogó en el río.

—Don Pedro Ahones tiene, á lo que parece, siete vidas, como los gatos, dijo Marsilla. ¡Oh! ¡si yo hubiese sabido que estaban podridos los hierros de la reja del sótano! ¡otra vez que le coja, le aseguraré mejor!

—¿Y qué os parece que hagamos, señor? dijo con algún cuidado Galcerán: nosotros dos solos nada podemos contra tanta gente.

—Pero podemos observarlos, dijo Marsilla: saber lo que intentan: ellos no pueden estar para nada bueno tan cerca de la torre de Segura.

—Entonces, señor, echemos pie á tierra en esta hondonada.

Se apearon.

Galcerán trabó los caballos.

—Dejad, señor, dijo, que yo adelante solo, y busque la ocasión: quedaos aquí: yo me escurro como una culebra. Pasaré de noche entre dos hombres que no estén muy juntos, sin que ninguno de ellos me sienta.

—¿Y si te sucede un fracaso?

—Siempre tendré tiempo para hacer sonar mi bocina. Si la oís, poneos en acecho: si no, esperad aquí á que yo vuelva.

Y sin decir más, el valiente y leal Galcerán se alejó.

CAPITULO XXVII

En que Marsilla, merced á Galcerán, se pone en situación de observar á personas que creían no ser observadas

Pasó tiempo bastante para que Galcerán hubiera podido llegar á la torre sin que sonase su bocina.

Oía Marsilla, desde el lugar en que se encontraba, un rumor sordo.

Algunas veces sonaba de una manera estridente el relincho de un caballo.

Cerca de él había, indudablemente, gente armada.

¿Era aquella gente la del obispo de Tarragona y de su hermano, el ricohombre don Pedro Ahones?

Era probable.

¿Qué hacían allí? ¿qué esperaban allí, cuando la noche iba ya de vencida, y á poca distancia de la torre de Segura?

Tal vez se preparaba una acometida á la torre.

Marsilla bendecía la hora en que había pensado en acercarse á su amada para buscar una ocasión de hablarla.

Envuelto en su turbión de ideas, de esperanzas y de temores estaba Marsilla, cuando volvió Galcerán.

Venía arrastrándose como un reptil.

Tan sin producir ruido, que Marsilla no le sintió.

Enderezóse de improviso Galcerán, causando un pequeño sobresalto á su amo, que estaba desprevenido.

—Son más de mil, dijo el escudero.

—¿Gentes de armas? preguntó Marsilla.

—Sí; gentes de armas, y buenas; yo he encontrado un pasaje por donde se puede llegar sin ser sentido á la torre.

—Lleguémonos, pues, dijo Marsilla.

—Seguidme, señor, respondió Galcerán; pero tened mucha cuenta con no hacer ruido.

Alzóse Marsilla de la piedra donde estaba sentado.

Galcerán le guió.

Salieron de la hondonada.

En lo más alto de su borde se detuvieron.

En medio de una pequeña planicie inmediata se alzaba el bulto confuso de un grande edificio.

Parecía una antigua torre, á la cual estaban adheridas por aportillados lienzos de muralla, otras torres más pequeñas.

Aquel, en su tiempo, debió ser un gran castillo.

Marsilla no le conocía.

Bien es verdad que por la fama de maldito que el valle tenía, nunca había pasado por él.

No pasaba tampoco nadie de la comarca.

La luz que desde lo alto del valle habían visto Marsilla y su escudero, lucía entonces cerca de ellos, á través de un arco ruinoso.

Era una antorcha de tea.

Estaba puesto en una grieta del muro.

Dejaba ver confusamente á causa de la distancia, cuatro personas.

No podía reconocérselas.

Pero en dos de ellas la antorcha arrancaba destellos de los arneses.

El otro individuo vestía una larga hopalanda parda, y en la cabeza tenía un gorro cónico amarillo.

Era indudablemente, á juzgar por el corte de la hopalanda y por el color de su gorro, un judío.

Sentada sobre una piedra había una tercera persona.

Era una mujer.

La vestía una túnica roja, y envolvía su cabeza de una manera elegante una toca amarilla, cuyos caídos descendían sobre su seno, al par que sus gruesas trenzas negras.

Era también, indisputablemente, judía.

No se podía juzgar de los semblantes de estas personas.

La luz era turbia y escasa.

La distancia bastante para indeterminar los detalles.

Más cerca, fuera de la torre, en lo oscuro, se veían muchos bultos confusos que iban y venían.

Seguía escuchándose un rumor vago, compuesto, en parte, de crugir de armas y de murmullo de voces.

Estos bultos que acusaban, aunque no distintamente, hombres y caballos, estaban como á un tiro largo de

ballesta, del lugar en que se encontraban don Juan Diego y su escudero.

—Descendiendo por este lado, señor, dijo Galcerán, se llega á un muro viejo, siguiendo por detrás del cual se encuentra una mina: yo la he seguido á tientas, y he dado en una galería, desde la cual, por una claraboya, se ve la cámara donde están aquellos bultos.

—¿Y quiénes son? dijo Marsilla.

—Yo no los conozco, señor: dos de ellos son dos principalísimos caballeros, á lo que parece por sus armas y preseas: los otros dos son un judío muy viejo y una judía muy joven, casi una niña: ¡pero qué hermosura, señor! un buen arreglo para un cristiano viejo: de los dos caballeros, el uno me ha parecido el que prendimos anoche en la ermita de Nuestra Señora del Pilar, y que se escapó del sótano de la torre del puente.

—¡Don Pedro Ahones! exclamó Marsilla.

—Sí; ese debe ser; y el otro parece por el ropón que sobre las armas lleva, y por la cruz que pende sobre su pecho, hombre de iglesia.

—Sí; don Gastón, el obispo de Tarragona, hermano de don Pedro Ahones, dijo Marsilla: ¿y de qué hablaban?

—No pude entenderlos, porque hablaban muy bajo, temerosos sin duda de ser escuchados: los tres señores y el judío estaban muy cerca, tocándose casi sus cabezas: la judía, la hermosa, estaba á alguna distancia, sentada sobre una piedra, como la vemos desde aquí, y como ahora con los codos en las rodillas y la cabeza sobre sus manos, triste y pensativa.

—Acerquémonos, Galcerán.

El escudero se volvió hacia la izquierda.

Descendió por una pequeña pendiente.

Llegaron á uno de esos dentellones de muro que aparecen en las ruinas.

Galcerán, y Marsilla siguiéndole, dieron la vuelta al dentellón.

Allí seguía ya el muro, aunque mellado, hasta unirse con el edificio.

Al pie de este muro corría un antiguo foso cegado, cubierto de ortigas, jaramagos y espinos.

Este foso descendía.

Continuaron por él un buen espacio.

Se encontraron al fin delante de un boquerón densamente tenebroso.

—Dadme la mano, señor, dijo Galcerán: yo he tanteado ya esto.

Marsilla, siguiendo á su escudero, se entró por el boquerón.

A poco dijo Galcerán:

—Tened cuidado, señor, que aquí empieza una escalera.

La subieron.

Los peldaños estaban delabrados y eran difíciles.

A los treinta peldaños, Galcerán dijo:

—Ya no hay escaleras: entremos en la galería: cuidad mucho, señor, de no hacer ruido, y seguidme.

Avanzaron sobre un suelo cubierto de escombros.

Aquellos escombros, al ser pisados, crugían sordamente.

Allá, al fondo de las densas tinieblas, se veía una claridad débil, confusa, vaga.

Era un reflejo de otro reflejo.

Doblaron un ángulo.

Vieron en un muro, señalado por el batiente de una luz opaca, el vano de un arco románico.

Al fin entraron en aquel arco.

En otro tiempo había sido una puerta.

Pero el hundimiento de la bóveda la había convertido en ventana.

En la cámara inferior quedaban restos de ornamentaciones y girones del cuero que había entapizado en parte los muros.

Quedaba casi intacta, en uno de los testeros, una gran chimenea románica, recargada de adornos que tenían mucho de rudo.

Aquel castillo debía ser muy antiguo.

De los tiempos de la invasión de los bárbaros.

La antorcha flameaba lúgubre en una hendidura del muro.

A su luz temblorosa, se distinguían perfectamente detallados ya los objetos.

CAPITULO XXVIII

En que se dan á conocer algunos interesantes personajes, y se ve que Marsilla puede hacer un gran servicio á don Pedro de Segura

Aquellas cuatro personas estaban sentadas en grandes piedras.

Tres de ellas, esto es: don Pedro Ahones, su hermano y el judío, muy cerca; la hermosa judía, más lejos, en la de la chimenea.

Estaban también más cerca de la antorcha.

Naturalmente, la atención de Marsilla se fijó con preferencia en ella.

Era de una hermosura singular.

Tenía el rostro oval, prolongado.

La frente despejada y serena, bajo dos blondas de negrísimos cabellos ondulados, que venían á unirse en

dos gruesas trenzas que, por estar sentada la joven, tocaban al suelo.

En la parte superior de la cabeza tenía una toca de finísima tela de lana amarilla.

Esta toca descendía hasta su hombro izquierdo, seguía en una ondulación bajo su seno, y subiendo por su hombro derecho, dirigíase por su espalda.

La tez era de un moreno denso, oscuro, tostado, fuerte, pero suave, límpido, sonrosado, revelando una extraordinaria fuerza de vida.

Las cejas eran finas, negrísimas, de una delicada curvatura.

Bajo ellas fulguraban dos lucientes y enormes ojos negros, de expresión profunda, en que aparecía á la par lo dulce y lo bravío.

Estos ojos tenían una belleza, una sublimidad de pureza incomparables.

La nariz era recta, prominente, de una gran belleza, de una gran nobleza.

La boca de una pureza infinita.

Un poco grande.

De labios un tanto gruesos.

Del tono rojo del rubí.

Una boca de todo punto voluptuosa.

Se comprendía que la más leve variación en aquella boca, en la forma, en la inflexión, en el tamaño, en el grueso de los labios, hubiera perjudicado á su belleza.

El labio inferior era un tanto elevado y saliente; señal de instinto de dominio y de fuerza de voluntad.

La garganta larga, mórbida, ensanchada en la base,

rica de inapreciables accidentes de modelación, estaba casi por completo cubierta por cadenas, por collares que caían sobre su seno, casi descubierto por el gran descote de la túnica roja que, con un manto rojo también, eran el traje de la judía.

De estas cadenas, de estos collares pendían algunas alhajas.

Entre ellas aparecía una cruz de diamantes.

Señal clara de que tanto ella como su padre eran judíos conversos.

A no serlo, el viejo no hubiera consentido que su hija, ó parienta próxima, como parecía serlo, hubiera llevado sobre sí aquel signo de la redención, y junto á él, en su cubierta de oro, un librito de los Santos Evangelios.

Y decimos hija ó parienta próxima, porque entre el viejo y la joven había un parecido singular, en que no se encontraba otra diferencia que la de la edad y el sexo.

Tenía, además, esta joven, en los brazos desnudos, de una belleza extremada, grandes brazaletes de oro macizo, guarnecidos de pedrería.

Su túnica tenía en los bordes ligeras y elegantes bordaduras de oro, así como la toca las mostraba de plata.

Ceñía su reducido talle una riquísima faja de Persia, y de ella sobresalía la empuñadura de oro de un puñal.

Un pie admirable por su pequeñez y su forma, que asomaba como por descuido bajo la túnica, dejaba ver una riquísima sandalia.

—Isabel es más hermosa, decía para sí Marsilla, después de haber examinado durante un breve espacio á la judía.

Y en verdad que no tenía razón Marsilla.

La mujer que acababa de contemplar, y apenas si llegaba á los quince años, dentro de lo humano no podía ser más hermosa.

Importaba poco el color de los cabellos, de la tez y de los ojos.

Con aquella misma forma hubiera sido igualmente hermosísima blanca y rubia, de este tono ó el otro, ó completamente negra.

Sus ojos hubieran tenido siempre el mismo encanto, la misma fuerza, azules ó verdes, ó pardos ó rojos.

En ella el todo lo era la forma, la pureza, el encanto de su figura.

Además fluía de ella un espíritu de alta y penetrante inteligencia y de sublime grandeza.

Parecía que lo infame, ó lo vergonzoso, ó lo cruel, no podía ocultarse bajo aquella tersa y dulce frente.

El sello de la virtud, y de la virtud ingénita, aparecía en la melancólica expresión de su semblante.

Galcerán estaba agitado por un temblor misterioso, y no apartaba los ojos de la judía.

En la expresión de los ojos de Galcerán se comprendía que cuanto más devoraban la hermosura de la joven, más y más absorbían la influencia que se desprendía de ella.

El viejo judío se parecía á la joven en la forma, pero no en la expresión.

Se comprendía á primera vista que eran desemejantes, perfectamente desemejantes en el alma.

En él era sordidez lo que en ella magnanimidad.

Bajeza y ruindad en él, lo que en ella grandeza.

Mezquinas pasiones, lo que en ella pasiones extraordinarias.

Se comprendía que de aquel hombre, ó de una parienta ó pariente próximo suyo, había recibido la forma.

De su madre, ó tal vez de su padre, el alma.

El viejo vestía con una gran sencillez.

Más bien con desaliño y ruindad.

Llevaba bajo la hopalanda un arnés, y al cinto una espada.

Calzaba espuelas doradas.

Era, pues, caballero.

Tal vez prócer.

Se daban judíos de esta especie en la Edad Media.

Su conversión, y sobre todo sus riquezas, les abrían todos los caminos.

Digamos quiénes eran estos dos personajes.

Él se llamaba don Ezequías Ruben de Moratilla, y era señor de la inmediata villa de Mora, ricohombre, y hombre bueno de Aragón, como si hubiera sido un Luna, un Azagra, un Lizán ó un Lauria.

Su padre había sido tesorero del rey don Alfonso el Casto, padre del entonces reinante don Pedro el Católico.

Para hacer mejor su negocio se había cristianado.

Una doña Leonor de Cabrera se había enamorado, no sabemos si de su belleza (fué muy hermoso aquel judío) ó de sus tesoros.

El altivo don Martín de Cabrera, señor de Mora, había venido gustoso en la boda, no sabemos si por complacer á su hija única, ó por los miles de miles de doblas de su yerno.

Nació de este consorcio don Ezequías.

Muerta su madre heredó el señorío de Mora, y con él los privilegios de pendón y de caldera, con todos los fueros y preeminencias que á los buenos barones, prohombres de Aragón, les correspondían y les debían ser guardadas.

Fruncían los otros prohombres, cristianos viejos y de rancia sangre solariega, el entrecejo, cuando don Ezequías, desaliñado más de lo justo, con su expresión sórdida y su toca de judío como por ostentación de su casta, se presentaba en las Cortes y ocupaba, como los ricohombres, el lugar que en ellas le correspondía.

Pero llevaba don Ezequías á sus espaldas sus inmensos tesoros, y esto hacía que todo se le perdonase.

Además de esto, don Ezequías Ruben de Moratilla había servido cumplidamente al rey en la guerra.

Su mesnada había sido siempre la más numerosa, la más fuerte, la mejor armada.

Él, por sí mismo, se había mostrado siempre buen caballero.

Su lanza no había sido nunca la última en romperse contra las corazas de los enemigos.

Y cosa extraña.

Cuando entraba en batalla el siempre desaliñado y aún asqueroso judío, ostentaba un lujo y una riqueza en sus preseas superiores á la del mismo rey.

Y otra cosa más extraña aún.

Siendo de origen judío, era tan cristiano y tan devoto, que se decía generalmente de él que era más católico que el Papa.

En la guerra contra los albigenses había hecho tales cosas, que había merecido que el mismo Papa le escribiese directamente una larga carta en latín haciéndole *dilectísimo filio,* y autorizándole para que su blasón fuese aumentado en una cruz de Jerusalén.

No se comprendía, pues, porqué don Ezequías y su hija, la hermosísima Agar, usaban el traje judío, y á más la toca amarilla, signo de infamia que se obligaba á llevar á los judíos en la Edad Media.

Hoy no se les obliga á llevar nada.

¿Y para qué?

¿Qué importa á nadie que un banquero judío millonario, sea tal vez descendiente de los que azotaron á Cristo?

Pero todos llevan el sello en la cara, y en su ruín y avara condición.

Todos tienen algo de característico.

Como los gitanos, aunque de una manera menos marcada, corresponden á su raza.

¿Será verdad lo de la maldición?

¿Por qué hay un estigma funesto, indeleble, á través de los tiempos, de las modificaciones, de las mezclas, en los gitanos y en los judíos?

Todas las razas se refunden en los cruzamientos de las generaciones.

La raza judía, la raza gitana no se refunde jamás.

Predominan.

Habrá mucho judío que ha perdido la memoria de su origen.

No importa.

Lleva el sello.

Un buen fisiólogo le conoce en cuanto le ve.

Como se conoce á un perro que, aunque proveniente de una generación distante, tiene sangre de lobo.

Pero volvamos á nuestro relato.

A don Ezequías le daban grandes sumas, no sólo la casa real, sino también, sin excepción, todos los prohombres y hombres buenos de Aragón.

Era preciso, pues, no sólo tolerarle, sino adularle.

No ya en consideración á lo que se le debía, sino para estar en posición de deberle más.

Siempre el dios oro.

Don Pedro Ahones era uno de los prohombres de Aragón que más dinero debían, y más consideraciones, y más amistad á don Ezequías Ruben.

Estaban unidos, además, por una gran paridad de sentimientos religiosos.

Don Pedro Ahones, ya por propia profesión, ya porque fuese hermano de un obispo, ya porque se había criado entre monjes, era católico hasta perderse de vista, y servidor del Papa, más allá de lo que permitían las regalías de la corona de Aragón.

Se había rebelado contra el rey don Pedro sobrenombrado *el Católico,* no sólo por su carácter inquieto, quisquilloso y soberbio, sino porque don Pedro Ahones le encontraba, no sólo tolerante con los albigenses, sino inclinado á su partido.

El obispo de Tarragona, que no veía más que con los ojos del Papa, había levantado de cascos á su hermano don Pedro Ahones, que necesitaba muy poco, y ambos habían iniciado una especie de cruzada contra el rey, po-

niéndose en buena inteligencia con el conde Simón de Monforte, que hacía en el Rosellón la parte, no sólo del Papa, sino también de Felipe Augusto, rey de Francia.

Se mezclaban, como sucede casi siempre, la religión y la política.

La causa de Dios y la causa de los hombres.

Aprovechando el viaje del rey don Pedro al Rosellón, para contender con Simón de Monforte, campeón del Papa, el obispo de Tarragona, su hermano don Pedro Ahones y otros prohombres por ellos agitados y movidos, se habían lanzado al campo, cada cual con los rocines que había podido, no ya contra el rey, sino contra los albigenses que en Aragón había, ó se decía haber.

Habían cometido toda clase de vejaciones.

Se había dado ancha satisfacción á los odios.

Se había encontrado pretexto para el pillaje.

Sin embargo, no había rebeldía contra el rey.

Pero se le revolvía el reino.

Así sucede y ha sucedido tantas veces.

Don Ezequías no había salido todavía á lo que se llamaba la empresa de Dios, pero estaba disponiéndose cuando tuvieron lugar los acontecimientos de la noche anterior.

Ya sabemos cómo don Pedro Ahones fué preso.

Pero don Pedro Ahones era temible.

Su valor no se amenguaba.

Reconoció la mazmorra en que le habían puesto.

Notó que los hierros de la estrecha claraboya estaban podridos.

Probó en ellos sus fuerzas.

Los hierros resistieron al primer esfuerzo.

Pero no era hombre don Pedro Ahones que cediera á una primera dificultad.

Su situación, además, era muy difícil.

Tenía empeñado su amor propio.

Había sido vencido.

La vergüenza del vencimiento le irritaba.

Le enfurecía la sola idea de ser llevado, al día siguiente, en medio de la befa del pueblo, cautivo de Marsilla, por las calles de Teruel.

Tenía empeñado el corazón.

Ardía en él el recuerdo de Alejandra.

Era necesario que él la obtuviese.

Para esto, que fuese libre.

Una vez en su poder Alejandra, podía obtener sus tesoros, imponiéndola condiciones.

Esto hablaba muy alto á su avaricia.

Tenía, además, en peligro la cabeza.

Sabe Dios lo que el rey don Pedro sería capaz de hacer con un vasallo rebelde, que ya le había dado más de un disgusto.

Un mundo, en fin, se revolvía en el corazón y en la cabeza de don Pedro Ahones.

Redobló sus esfuerzos.

Cedió un tanto un hierro.

Don Pedro Ahones tenía las manos ensangrentadas.

¿Pero qué importaba esto?

La situación era suprema.

Insistió.

Al fin rompió un hierro.

Pero no cabía por el hueco que había hecho.

Era necesario romper otro hierro.

Y tenía las manos doloridas, destrozadas.

No se rindió, sin embargo.

Hizo desesperados esfuerzos, dominando de una manera heroica el dolor que le causaba, y al fin vió que había espacio bastante para que pudiese pasar por él.

Entonces se despojó de su arnés.

Avanzó el cuerpo por la claraboya.

Escuchó.

Oyó el leve rumor del agua, que se rompía contra un estribo del puente.

De la superficie del río á la claraboya había muy poca altura.

Se dejó caer al agua.

Nadó luego vigorosamente.

Ganó la ribera, casi al frente de la torre de Segura.

Partió á la carrera, á campo atraviesa.

Encontró, por fortuna suya, uno de los caballos de la buena-gente, que andaba errante, sin jinete; montó en él, y á rienda suelta dió la vuelta á Castro, donde estaba con quinientos rocines su hermano el obispo de Tarragona.

Refirióle lo que le había acontecido.

Don Gastón se irritó.

Quería á todo trance ir sobre Teruel.

Acometerla.

Entrarla á sangre y fuego.

Pero don Pedro Ahones era prudente, y no quería aventurar su venganza.

Había oído el toque de rebato de Teruel.

Las gentes de la villa, que eran muy bravas, debían estar armadas en gran número.

No lejos de allí estaba la villa de Mora y su castillo.

Su ricohombre, don Ezequías Ruben de Moratilla, era bastantemente católico para estar predispuesto contra el rey, por la protección que éste parecía conceder á los herejes albigenses.

Debía ser muy fácil arrastrarle á la rebelión en nombre de Dios.

El obispo comprendió al fin lo prudente de la objeción de su hermano.

Sin pérdida de tiempo mandó que las trompas tocasen á cabalgar.

Media hora después, los dos hermanos, provisto de nuevas armas don Pedro Ahones, partían, dando un gran rodeo, para evitar un encuentro probable y desventajoso con las gentes de Teruel, partían, decimos, con los jinetes de Castro, que juntos llegaban á quinientos, á la inmediata villa de Mora, á la que llegaron al amanecer.

Una hora antes habían pasado por allí los de Teruel, reconociendo.

Don Ezequías Ruben los recibió admirablemente.

Se indignó cuando le dijeron lo que había acontecido.

Envió escuchas sagaces que fuesen á averiguar lo que en Teruel había acontecido.

Volvieron los escuchas, diciendo que Teruel estaba en armas.

Que en armas estaba también la torre de Segura.

Que en ella estaban amparados doña Alejandra y Kaimaro.

Que en la torre de Segura no había más de cincuenta hombres, ni pasaban de ochocientos los guardas de la villa.

En fin: que por un audaz golpe de mano, se podía ganar la torre antes de que pudiese ser socorrida por los de Teruel.

En vista de esto, don Ezequías Ruben pactó firme amistad y alianza con los dos hermanos Ahones, no contra el rey don Pedro, del cual los tres, en el documento que se extendió, se confesaban lealísimos vasallos, sino contra los herejes albigenses y todos los que los amparasen.

A seguida, don Ezequías sacó de la villa quinientos buenos jinetes, que con los de los dos hermanos hacían mil, y no queriendo dejar con poca defensa en Mora á su hermosa Agar, en la cual podían hacerse rehenes los enemigos, la llevó consigo.

Llevó, además, una acémila cargada de dinero, por si era necesario seguir aquella guerra que con los Ahones se emprendía, en servicio de Dios y en defensa de Roma.

Caminaron todo el día, dando un gran rodeo, y ya muy entrada la noche fueron á dar en el *Valle maldito*.

No tenían por qué temerle yendo con ellos un obispo.

A su presencia debían huir los espíritus malignos del valle.

Los de Teruel, aunque hiciesen un reconocimiento, debían respetar el *Valle maldito,* por el terror que causaba.

Por la misma razón había entrado Marsilla en el valle con su escudero.

Allí podía estar con seguridad, oculto mientras Galcerán reconocía la torre y seducía á alguno de los servido-

res de don Pedro de Segura, procurándose de este modo Marsilla una entrevista con su adorada Isabel.

Había llegado Marsilla muy á tiempo.

Los tres ricohombres trataban en el mismo punto en que Marsilla se puso en acecho, de la manera de apoderarse por sorpresa de la torre de Segura.

Don Ezequías Ruben estaba bienquisto con don Pedro de Segura.

Cierto es que éste, en una ocasión en que disputaban, se irritó, y llamó á don Ezequías *hijo de la mala sangre;* esto es: *judío.*

Hubo, á consecuencia de esto, graves contestaciones, y aun estuvieron á punto de venir á las manos los de Mora y los de Segura.

Pero mediaron buenos amigos, terció en ello el obispo de Teruel, que era un santo varón, y sobrevino un avenimiento, quedando, al parecer, los dos ricohombres, el de la buena y rancia sangre, y el de la mala, más amigos que nunca.

El noble don Pedro de Segura era un hombre de muy buena fe, por cuanto satisfizo á don Ezequías, y juró eterna amistad.

Pero el ruín don Ezequías guardó en su corazón un odio de muerte contra don Pedro.

Se alegró, pues, de tener un tan buen pretexto como la causa de Dios, para hacerle la guerra.

Pero no se trataba de una guerra leal.

¿Ni cuándo los fanáticos han sido leales?

Creen que, contra los enemigos de Dios, es lícita toda infamia, y llegan hasta el horror.

Por esto las guerras de religión son tan sangrientas y tan terribles.

Se determinó que en el instante se partiese para la torre de Segura, adonde, por estar cerca, debía llegarse una hora antes del día.

Que el grueso de la gente se quedaría á alguna distancia.

Que don Ezequías, con cincuenta escuderos, adelantaría hacia la torre y pediría hospedaje.

Que una vez dentro, y sin vacilación de ningún género, acometería á la guardia, y se apoderaría de la torre.

Inmediatamente se haría una señal con una antorcha desde los muros, y los dos hermanos Ahones acudirían con el resto de la gente, se apoderarían de los dos herejes doña Alejandra y Kaimaro, y se los llevarían para hacer en ellos justicia, vengando de este modo la causa de Dios.

Apenas oyó estas maquinaciones Marsilla, cuando se retiró con Galcerán de su acechadero.

Deshicieron el camino que habían andado.

Llegaron sin ser sentidos al lugar donde habían dejado trabados los caballos.

Los destrabaron.

Montaron en ellos.

Partieron á escape.

Media hora después llegaban á Teruel; se daba á conocer Marsilla, en la torre del puente, y él y su escudero entraban en la villa.

CAPÍTULO XXIX

En que da una magnífica cuenta de sí mismo Marsilla

Marsilla despertó al bailío, á los síndicos, á los hombres buenos, á todos los que tenían algún predominio ó autoridad en Teruel, y les previno que estuviesen prontos á socorrer al ricohombre de Teruel don Pedro de Segura, en cuanto la campana de la torre diese la señal de rebato.

Después de esto, con Galcerán y con cien hombres ballesteros que pudo juntar de pronto, se fué sin perder un momento á la torre de Segura.

Aparecía ésta silenciosa.

Todo parecía reposar dentro de ella.

Marsilla hizo sonar su bocina.

Desperezóse el enano que estaba en el adarve, y gritó con voz terrible:

—¿Quién llega, y qué quiere?

—Soy yo, respondió Marsilla; don Juan Diego Martínez

Garcés de Marsilla, que necesito ver urgentísimamente á tu señor, para un asunto en que le van la vida y la honra.

A tan apretadas razones el enano no tuvo otras con que contestar que las siguientes, que pronunció ya con voz respetuosa, pero siempre ostentórea:

—Dios guarde á vuesa merced, señor don Juan Diego: tenga vuesa merced la dignación de esperar á que yo avise á su merced, mi señor.

—Pues anda vivo, que el tiempo aprieta.

A los diez minutos volvió á oirse en el adarve de la poterna la voz del enano.

—Señor don Juan Diego, dijo: su merced, mi señor, manda se dé entrada á vuesa merced; pero á vuesa merced solo.

A seguida se levantó con estruendo el rastrillo, y cayó con no menos estruendo el puente.

La guarda estaba formada en dos alas á los lados de la poterna.

Entró solo don Juan Diego.

Echó pie á tierra en la plaza de las armas.

Pasó el segundo rastrillo de la segunda poterna, y subió por las anchas escaleras.

Encontró en el salón de honor, mal envuelto en una túnica, soñoliento y de muy mal humor, á don Pedro de Segura.

Le recibió de pie.

No había más luz que la que alumbraba la imagen de la Virgen.

—¿Qué viene á ser esto? le dijo con la voz severa: ¿qué sucede? Yo os hacía camino de la Tierra Santa.

—No hay un solo momento que perder, don Pedro, dijo Marsilla: estáis amenazado de una traición.

—¿De una traición? exclamó con despecho Segura: explicaos.

—¿Si llegara á vuestra casa dentro de un momento don Ezequías Ruben de Moratilla, y os pidiese hospedaje, se le daríais?

—Sin duda alguna, dijo con extrañeza don Pedro.

—Pues bien inmediatamente vuestra casa sería allanada.

—¡Allanada mi casa!

—Sí; don Ezequías os hace traición, y os acometería antes de que pudierais poneros en defensa: viene con él don Pedro Ahones y su hermano el obispo de Tarragona.

—¡Ah! ¡por lo de anoche!...

—Por lo de anoche, sí, dijo Marsilla; y ya no deben tardar, porque los he dejado en camino. Ya os explicaré después: por el momento dad entrada á un mi escudero y á cien ballesteros de la villa, que traigo conmigo: la villa está prevenida, y sus gentes acudirán en cuanto bata á rebato vuestra campana. Armemos una ratonera á esos tres traidores, y esto sin perder un solo momento.

Don Pedro de Segura no podía dudar de la lealtad y y del honor de don Juan Diego.

Se dió entrada á Galcerán y á los cien ballesteros.

Don Pedro se armó á toda prisa.

Se guarnecieron de ballesteros las almenas que por la parte interior daban á la plaza de armas.

Se repartieron en los demás pisos de la torre y en las escaleras, los otros hombres que quedaron.

Se dió orden de que el enano respondiese buenamente á don Ezequías cuando llegase.

Se ordenó el más profundo silencio.

Apenas se había prevenido esto, cuando sonó delante de la poterna una bocina.

Era don Ezequías que pedía hospitalidad para sí, para su hija y para su séquito.

El enano avisó á don Pedro.

Éste mandó se diese entrada á don Ezequías con su gente.

Bajó el mismo don Pedro, junto con Marsilla, á recibirles.

Entró don Ezequías con su hermosa Agar.

Echóse del caballo abajo don Ezequías al mismo tiempo que, servida por un escudero, bajaba Agar de su hacanea.

—Dadme los brazos, amigo don Pedro, dijo el traidor don Ezequías.

—Tan os los doy, dijo don Pedro abrazándole, que no pienso soltaros de ellos.

A seguida gritó:

—¡Ola! ¡los míos! ¡á esos traidores!

Salieron de todas las puertas del piso bajo, que daban á la plaza de armas, hombres armados.

Arremetieron á los de don Ezequías, que se rindieron asombrados y sin combate.

Marsilla, por galantería, había acudido á Agar.

Estaba ésta junto á la ancha y profunda arcada de la poterna, ya cerca de la salida de la plaza de armas.

Agar tembló y se sobrecogió al ver á Marsilla.

No le conocía.

Su padre la había tenido siempre muy retirada.

No la había llevado nunca á Teruel, ni aun cuando en Teruel había habido grandes fiestas.

Confió Agar, sólo con verle, en la nobleza y el gran corazón de Marsilla, y le dijo con voz entrecortada, pero dulce y sonora como el murmurio de una fuente:

—Caballero, haced, si podéis que se respete á mi padre.

—Yo os juro, señora, dijo Marsilla, que ni vos ni vuestro padre corréis peligro alguno: no hacemos otra cosa que defendernos.

Entretanto las gentes de la torre se habían apoderado de las de don Ezequías, excepto de uno que huyó, ganó el puente levadizo antes de que le alzasen, se lanzó en el campo y se perdió en la sombra.

Siguió á la carrera sin tomar aliento, y llegó al lugar donde con el grueso de la gente esperaba el obispo de Tarragona y su hermano don Pedro.

Les contó lo que acontecía.

El obispo y don Pedro Ahones cogieron miedo, y lanzándose á la carrera con su gente, se alejaron en derechura al camino de Zaragoza.

Por segunda vez Marsilla salvaba á doña Alejandra y á Kaimaro.

Así es que cuando ya seguros y encerrados don Ezequías Ruben y su gente, y entregada Agar á doña Margarita y á Isabel, se hizo señal en la torre con la antorcha; pero por más que pasó tiempo no apareció nadie.

Llegó el día sin que nadie apareciese.

Era evidente que el obispo y su hermano habían olido la trampa y no habían venido á caer en ella.

Don Pedro de Segura mandó á Marsilla saliese á hacer un reconocimiento.

Marsilla se llevó consigo á Galcerán y á diez escuderos.

Como al medio día, al bajar á un otero, vieron un hombre tendido á la sombra, bajo un roble y durmiendo.

No lejos de él pacía una acémila.

Fuéronse Marsilla y sus once hombres sobre el que dormía, y le despertaron.

Púsose el hombre de pie sobresaltado.

Traía traje de servidor de gran casa, y sobre el pecho un escudo de armas.

Aquel escudo era el de los Moratilla.

—¿Qué hacéis aquí? le preguntó Marsilla.

—He huído anoche, señor, dijo de la torre de Segura, en el momento en que prendían á los otros, dijo el esclavo con voz cobarde.

—¿Qué acémila es esa que aquí está? preguntó Marsilla.

El esclavó tembló y no contestó.

—Señor, dijo Galcerán con una alegría indescriptible; esta acémila está cargada de dinero.

—Yo he querido salvar la hacienda de mi señor, dijo ya completamente aterrado el criado.

—Vos sois un ladrón, dijo Marsilla: este lugar es completamente contrario á Mora, y es de todo punto extraviado: vos os habéis escondido aquí para esperar la noche y seguir vuestro camino para fuera del reino.

—A este hombre se le debe ahorcar, dijo Galcerán que

no quitaba los ojos de los fardos que pesaban sobre la acémila.

—No, no, dijo Marsilla; á este hombre debe juzgarle su señor, puesto que tiene jurisdicción para ello, y es su esclavo; y si él su señor no pudiese, por estar preso y juzgado, la justicia lo hará; yo no tengo poder, ni quiero tenerle, para tanto: á caballo, y llevémosle con la acémila á la torre.

Galcerán puso cara de vinagre.

Le hacía muy mala gracia aquello de llevar á la torre de Segura la acémila cargada de dinero.

Pero lo mandaba su señor, y era necesario obedecer.

No se rindió, sin embargo.

—Señor, dijo poniendo su caballo á nivel del de Marsilla; mirad que esta acémila que acabamos de coger, es como si dijéramos botín de guerra.

—¿Con quién hemos combatido? contestó brevemente Marsilla.

—Tanto da, porque ha huído el enemigo, insistió el tenaz Galcerán, que llevaba bien asido el ronzal de la acémila. Mirad, señor, que van aquí lo menos cuatrocientos ducados, dijo Galcerán; que yo he sopesado uno de los dos sacos, y pesa á oro; ya sabéis que el ricohombre de *mala sangre* de Moratilla puede medir las doblas de oro á herradas.

El mismo silencio de parte de Marsilla.

—Mirad, señor, insistió aún Galcerán, que con este dinero podéis conseguir que don Pedro de Segura os dé su hija.

—Si hablas una palabra más, malsín y bellaco que tú

eres, dijo volviéndose airado Marsilla, me detengo, y aunque sin jurisdicción para ello, te cuelgo de un árbol; yo no quiero riquezas que no he ganado. Adelante, y silencio.

—Este amo mío, murmuró para sí Galcerán, irá á la gloria, si es que Dios quiere en su gloria á los simples.

Y no dijo una palabra más.

Ni aún se quejó del retortijón de tripas que le entró.

Pero de tiempo en tiempo y sin ser poderoso para evitarlo, suspiraba de una manera tal, que no parecía sino que el suspiro le salía de lo más hondo de las entrañas.

Siguieron caminando á buen paso.

A la caída de la tarde entraron en la torre de Segura.

Encontróse Marsilla con que don Pedro de Segura y don Ezequías Ruben estaban en la mejor conversación del mundo.

CAPITULO XXX

En que se ratifica una antigua amistad, y se delinea el corazón de una mujer

Don Pedro de Segura y don Ezequías se habían entendido, no con mucha dificultad.

—Ciertamente no esperaba yo esto de vos, había dicho don Pedro de Segura á su prisionero, á quien, á pesar de serlo, trataba con una gran consideración. ¿Cuándo os hice mal, ni contra vos tramé nada que en daño vuestro redundase?

—Habéis hecho y hacéis daño á Dios, exclamó don Ezequías, mirando hoscamente á don Pedro.

—Mirad lo que decís, exclamó don Pedro de Segura, y no me injuriéis, que la mayor injuria que podéis hacerme es llamarme, no ya hereje, sino tibio en la fe.

—Si no sois hereje, exclamó acreciendo en acrimonía

don Ezequías, estáis en camino de serlo, porque favorecéis á herejes.

—Os repito que pongáis tiento en vuestra lengua, don Ezequías, exclamó don Pedro, ó de no, mando embardar dos caballos, me armo, os armo, y en el rollo de mi torre me combato con vos á muerte; que yo no soy del linaje de los que sufren injurias sin vengarlas.

—Injuria no fué nunca la verdad, dijo el tenaz é irritado don Ezequías; y aquel á quien la verdad injuria, su propia vergüenza ha hecho con sus obras.

—¡Vive Dios! exclamó don Pedro levantándose irritado de su sillón señorial, que con vuestra sangre me habéis de dar cuenta de vuestras palabras.

—Sea como vos queráis, dijo don Ezequías, que yo también necesito desagraviarme á sangre, de lo que conmigo habéis hecho.

—Vos habéis pretendido meteros alevosamente en mi casa.

—No hay alevosía posible contra los enemigos de Dios, exclamó ya descompuesto don Ezequías: todo lo que contra ellos se haga estará bien hecho, y será acepto á los ojos de Dios: dígalo sino Judith, que introduciéndose con engaños en la tienda de Holofernes, y mintiéndole amor, le adurmió y le cortó la cabeza.

—Es que yo no soy Holofernes, ni vos sois Judith, ni en esto tiene nada que ver Dios, gritó don Pedro: es que vos tenéis celos de mí, y os acordáis del día en que os dije que erais de la *mala sangre*.

—No avivemos fuegos pasados, dijo don Ezequías, que estaba pálido y trémulo de cólera, que basta y sobra con los que se han encendido hoy.

—Yo no he encendido fuego alguno, dijo don Pedro de Segura: vos inventáis mentiras para agarraros á ellas, y disculpar vuestros malos hechos.

—Vos dais hospedaje en vuestra casa, y los honráis, á dos malditos albigenses, exclamó don Ezequías.

—¡Ah! exclamó don Pedro de Segura: ¿que yo favorezco á los albigenses? perdonad, porque si vos aborrecéis á esos herejes, yo estoy decidido á perder la última gota de mi sangre ayudando á destruirlos: pero os engañáis: esa es una infame mentira del ambicioso y traidor don Pedro Ahones, y de su hermano el inquieto obispo de Tarragona, que á pretexto de celo religioso, andan revolviendo el reino, para poner en espanto al rey, nuestro señor natural, y arrancarle concesiones y mercedes. Pues qué, ¿no conocéis á esos dos turbulentos hermanos? ¿Cuándo se han estado quietos? ¿Cuándo no han buscado un pretexto para rebelarse contra el rey? Ellos acabarán mal, yo os lo aseguro, que no es el rey don Pedro persona con la cual se pueda jugar en balde.

—Hacedme cierto que no son herejes esa dama y ese negro que tenéis amparados en vuestra casa.

—¿Tenéis fe en la fe cristiana del anacoreta del Santuario de Nuestra Señora del Pilar de Teruel?

—¿Y cómo no tenerla? dijo con un profundo respeto don Ezequías: el padre Roger es un santo.

—Pues bien; ese santo ha venido esta mañana, y me ha dicho:

—«Sé que estáis gravemente disgustado, porque tenéis dentro de vuestros muros á doña Alejandra de Aytona, señora de Castro, y á un su esclavo: sospecháis de ellos,

y aun los creéis herejes; estad tranquilo, y si mi dicho no os basta, tened esta carta de nuestro santo prelado, el obispo de Teruel.»

—Y el padre Roger me dió esta carta, añadió don Pedro, sacando de su escarcela un pergamino enrollado, del que pendía, de dos hilos de seda, el sello episcopal de Teruel.

Don Ezequías tomó el pergamino y besó el sello.

Después desenrolló el pergamino, y leyó en él lo siguiente:

—«Nuestro muy querido hijo en Cristo, don Pedro de Segura, ricohombre de Teruel.

»El Señor sea con vos, y nuestra bendición; sabed que podéis amparar, contra las tiranías del rebelde obispo de Tarragona, don Gastón Ahones, nuestro extraviado hermano, y contra su hermano el traidor don Pedro Ahones, á los cuales, Dios, en su misericordia ilumine, á doña Alejandra de Aytona, señora de Castro, y á su siervo Kaimaro, que lejos de haber caído en la pestilencia de la herejía de los albigenses, son buenos católicos, y tales como sería de desear lo fuesen todos los hombres, aún en los apartados climas adonde no ha llegado la palabra del Señor.

»Esto os decimos, nuestro muy querido hijo, para que no podáis ser sorprendido por la mentira y la traición.

»Jesucristo Nuestro Señor os guarde y os proteja.—Recibid nuestra bendición.—Ubaldo, obispo de Teruel.»

Leyó y releyó esta carta don Ezequías; la besó, la volvió á besar, y dijo á don Pedro devolviéndosela:

—Os envidio esta carta: el obispo don Ubaldo es un santo, y esa bendición es inapreciable: y perdonad, mi buen amigo, si yo, creyendo á esos dos traidores he pre-

tendido meterme en vuestra casa por sorpresa, y llevarlo todo á sangre y fuego, como si se hubiese tratado de un condenado favorecedor de herejes.

—Quiero perdonaros, dijo don Pedro de Segura, por más que vos nunca debisteis haber pensado, ni creído, ni aun sospechado tal cosa de mí: ¿de herejes me creéis vos capaz de ser el favorecedor? Ciego habéis andado, y muy someramente habéis creído las mentiras de don Pedro Ahones y de su hermano.

—Pues, juro á Dios, dijo don Ezequías, que de tal manera he de tomar desagravio de la torpeza en que esos dos traidores han dado engañándome, que quede á las gentes memoria: y no he de descalzarme las espuelas, hasta que sobre ellos dé, y los mate, ó los arroje del reino: tanta gente he de asoldar bajo mi estandarte, que cause espanto.

—Contad con mi alianza, buena y bastante, don Ezequías, dijo don Pedro de Segura.

—No, ¡vive Dios! dijo don Ezequías: que yo solo he de ir contra ellos dos: que diríase que, injuriado, no atreviéndome solo á tomar desagravio, busco ayuda.

—Sea como vos queráis, don Ezequías; pero yo, por mi parte, no renuncio á la injuria que en cierto modo me han hecho incitándoos contra mí; ahora yo os levanto la prisión en que os puse, y os vuelvo vuestra espada.

Y don Pedro se levantó, fué á una de las panoplias de armas que en la cámara había, y donde había puesto la espada de don Ezequías, y se la ciñó, diciéndole:

—Todas las armas que en esta cámara veis, y todos los estandartes, han sido cogidos en batalla por mis ascen-

dientes y por mí, á los enemigos de Dios, del rey, ó de la patria.

—Nobilísima cámara de honor tenéis, don Pedro, dijo don Ezequías: en cuanto á mi espada, yo la estimaré como una prenda inapreciable, porque ha pasado por vuestras manos, y con ella me habéis vuelto vuestra buena opinión y vuestra amistad.

—Pues voy á volveros, mi buen amigo, dijo don Pedro de Segura, una prenda muy más preciosa.

Y entrando en el cuarto de su hija, salió de él, llevando de la mano á la hermosísima Agar.

Isabel de Segura y su madre doña Margarita venían detrás.

Isabel aparecía muy triste.

Agar, sencillamente, sin saber el daño que hacía en el corazón á Isabel, la había preguntado con un interés en manera alguna dudoso, quién era el joven y hermoso caballero que acompañaba á don Pedro cuando ellos, al entrar en la torre, habían sido presos.

Isabel la respondió con la voz trémula:

—Ese caballero es don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, descendiente de una ilustrísima familia que tiene su altivo, pero pobre solar, en Teruel.

—¡Ah! ¡ese caballero es pobre! exclamó con un vivísimo interés Agar, que no sabía disimular lo que sentía.

—Sí, pobre, por su desdicha, dijo Isabel; que si pobre no fuera, sería venturoso, y no se vería obligado á ir en busca de guerras y aventuras para hacerse rico.

Y tras estas palabras se la arrancó á Isabel de las entrañas un profundísimo suspiro.

Comprendió Agar que entre Isabel y Marsilla había amores, y ardió en celos.

Su sangre hebrea se había inflamado.

Vió una rival en Isabel de Segura.

El temor de los celos la hicieron ver incomparable la belleza de Isabel.

Nació en su corazón, contra ella, un odio á muerte.

No volvió á hablar de Marsilla.

De la misma manera los celos hicieron que Isabel viese divina la hermosura de Agar.

Pero no odió á Agar Isabel.

En la pura, noble y poética alma de Isabel no cabía el odio.

Pero se volvió á Dios, buscando su protección.

Sus celos no la impedían medir noblemente á Agar.

Esto obligaba á Agar, que era también de alma nobilísima, y la hacía sufrir imponderablemente, por el odio inevitable que en su corazón había brotado contra aquella sencilla, buena y purísima Isabel.

—Libre sois, señora, dijo á Agar don Pedro, llevándola hasta don Ezequías, y en los brazos de mi noble amigo os pongo.

—Como justo obráis, dijo con una mal encubierta altivez Agar, y Dios os lo premiará.

—No por el premio de Dios lo hago, dijo don Pedro, sino porque así con mi obligación cumplo.

De la misma manera puso don Pedro en libertad á todos los escuderos, hombres de armas y servidores de don Ezequías Ruben.

Se les dieron sus armas y sus caballos.

Entonces se echó de menos la acémila del dinero.

Don Ezequías que, aunque cristianado, conservaba de judío la avaricia: don Ezequías, que si aparecía espléndido era por la influencia de Agar, á la que adoraba, no pudo dominar su terrible contrariedad, su espanto.

El espanto mortal del oro perdido.

—¡Dos cuentos de escudos de oro, en oro! exclamó: yo me había propuesto hacer la guerra á los albigenses, y me había prevenido bien.

Agar, que temió que su padre, por avaricia, diese en una inconveniencia, exclamó:

—¿Y qué nos importan dos cuentos de oro, en oro? Sin duda habrán venido muy bien á esos ilustres señores don Pedro Ahones y su hermano el obispo.

—¡Cuerpo de tal, exclamó don Ezequías, que ellos fueron! Necesariamente los que se valen de pretextos para ser traidores, también de pretextos se valen para ser ladrones: ya comprendo por qué no acudieron á socorrerme: habían dado el golpe y huían con mi dinero.

—Dejemos, esto, dijo noblemente Agar, y buen provecho les haga ese oro á esos caballeros.

—No, no ha de dejarse, dijo don Pedro de Segura que estaba todo sulfurado, hasta que quede tan claro como la luz del sol quién ha sido el ladrón de ese dinero.

—Esa acémila no vino con nosotros, dijo Agar interponiendo una mentira que cortaba una situación enojosa: yo, para mayor seguridad, mandé se quedase con las gentes de don Pedro Ahones.

—Imprudencia que les ha venido muy bien, dijo sin poder disimular su despecho don Ezequías.

—Con ese dinero, y sin ese dinero, dijo Agar con una noble grandeza de espíritu, no seremos ni más ni menos, padre mío.

Se cortó la disputa.

Don Pedro quedó satisfecho y contento.

Don Ezequías, por complacer como siempre á su hija, dominó su ansiedad, ó mejor dicho, su dolor.

Quería partir inmediatamente.

Volver á su castillo de Moratilla.

Proveerse de nuevo de dinero.

Multiplicar los hombres de armas.

Lanzarse en persecución de los traidores y de los ladrones, como él llamaba á don Pedro Ahones y á su hermano.

Pero Agar manifestó que estaba cansada.

Que necesitaba reposo.

Que, puesto que tan noblemente les daba hospitalidad don Pedro de Segura, quería aprovecharla.

Agar esperaba volver á ver en la torre de Segura á Marsilla.

Se había propuesto permanecer allí hasta que le viese.

Don Ezequías cedió, como cedía siempre que se trataba de su hija.

Fueron acomodados en el segundo piso de la torre, en una de las habitaciones de huéspedes, al lado de la que ocupaba Alejandra de Aytona.

Agar parecía triste y pensativa.

Su padre desesperado.

Los dos millones de doblas no se apartaban de su memoria.

Su rabia buscaba á don Pedro Ahones y al obispo de Tarragona.

CAPITULO XXXI

En que Marsilla acaba de acentuar su carácter

Llegó la hora de *yantar,* como se decía entonces, ó de comer, como se dice hoy.

Alrededor de la enorme mesa de roble tallado del comedor, cubierta con un magnífico mantel cordobés, y por una vajilla completa de plata repujada, mostrando los blasones de los Segura, y una multitud de caprichosos relieves grotescos de bichas, gargolas, endriagos, y en alguna gran fuente algún pasaje de las Sagradas Escrituras, como la toma de Jericó, por Josué, el paso del mar Rojo, ó el heroísmo de Judith, se sentaron á la una cabecera don Pedro de Segura, teniendo á su derecha á Agar, á su izquierda á su hija; en la otra cabecera, doña Margarita, teniendo á su derecha á Alejandra, á su izquierda á don Ezequías; en el centro de la derecha el capellán: en el de la izquierda á don Roldán de Jaca,

escudero mayor de don Pedro, su alférez, su mayordomo mayor, alcaide de la torre, todo á un tiempo.

Era cruzado de la Orden de San Bernardo, que más tarde se convirtió en la Orden de caballeros de Santiago.

Era de pobre casa, aunque ilustre, y no se desdeñaba de servir, como otros caballeros, á un ricohombre, prohombre y hombre bueno de Aragón, y de los más calificados, aunque nunca había brillado en la corte sino en Cortes, y en batalla como don Pedro de Segura.

Al verse Agar y Alejandra, que estaban frente por frente, se lanzaron una larga y profunda mirada.

Los celos de Agar se multiplicaron.

Los de Alejandra crecieron.

Pasó la comida, triste y muda.

Apenas si se cruzaron durante ella algunas palabras.

Todos estaban preocupados y pensativos.

Se nos olvidaba decir, que á Kaimaro, por ser siervo, y sobre todo por su color, se le había colocado con la que podía llamarse alta servidumbre.

Esto es: con las dueñas, las doncellas, los primeros y segundos escuderos, los pajes y los maestresalas; que de todo esto tenía el riquísimo y casi egregio don Pedro de Segura.

Tantas viandas se sirvieron de caza mayor y menor, y pesca de río, de legumbres y lo que podía llamarse repostería en aquellos tiempos, y se sirvieron tantos y tales vinos aragoneses y de allende, se comió tan noblemente y con tal exceso, que se invirtieron no menos que tres horas en la comida.

Se estaba ya en las mermeladas y en la fruta del sartén,

y en los vinos gordos ó generosos, como decimos hoy, cuando se oyó el estridente son de una bocina.

Isabel se estremeció.

Conocía demasiado aquella bocina.

Era la de Marsilla.

Vino á poco á confirmarlo el escudero que aquel día comandaba la guarda, anunciando que acababa de llegar don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, con toda la gente que había llevado, y con una acémila cargada de dinero.

—¡Ah! ¡por San Jaime que me alegro! dijo don Pedro de Segura; que ese dinero me estaba escarabajeando en el corazón.

—¡Mis dos cuentos de doblas! exclamó sin poderse contener don Ezequías poniéndose súbitamente en pie.

—Botín de guerra que pertenece á quien le ha hecho, dijo la hermosa Agar.

Los ojos de Isabel de Segura dejaron ver un relámpago de esperanza.

Considerando aquel dinero como botín de guerra, su adorado Marsilla era ya rico.

Más rico que muchos soberbios ricohombres.

Don Ezequías, aplanado por aquella observación de su hija, que no tenía réplica, atendidas las leyes de la guerra de aquel tiempo, se dejó caer de nuevo aniquilado en su sillón.

No podía disputar en manera alguna la posesión de aquel dinero á Marsilla.

Don Pedro mandó que al momento se le diese entrada, y se le introdujese.

Apareció Marsilla.

Pero se detuvo á la puerta, al ver juntas á Isabel, á Agar y á Alejandra.

—Venid, venid, mi joven amigo, dijo don Pedro, avanzando hacia Marsilla y estrechándole con efusión la mano: sois un héroe.

Para don Pedro, Marsilla había crecido hasta convertirse en un gigante.

Había batido con un puñado de hombres, y sin pérdida de uno solo, á los mil hombres próximamente que comandaban don Pedro Ahones y el obispo de Tarragona.

Sino, ¿cómo podía haberse apoderado de aquellos dos cuentos de doblas de oro, en oro?

Estos dos cuentos de doblas, que como botín de guerra nadie podía disputar á Marsilla, le hacían mucho más rico que su competidor don Rodrigo de Azagra.

Don Pedro de Segura estaba contentísimo.

Casaba de una manera brillante á su hija.

Satisfacía, casándola, el corazón de ésta.

¿Qué había que pedir á Marsilla?

Honor, lealtad al rey, valor heroico, gran riqueza, adquirida noblemente en batalla.

—Para llamarme héroe, dijo sencillamente Marsilla, esperad, señor, á que gane por mis hechos ese altísimo renombre.

—¡Qué! ¿no habéis dado una vuelta como para ellos solos á esos dos pícaros y á toda su gente? dijo don Pedro de Segura.

—No se dan vueltas á los que no vuelven por su honra, y huyen de quien los busca como liebres de galgos. Lle-

vaban mucha delantera, y no he podido alcanzarlos.

—Y entonces ¿cómo tenéis en vuestro poder esa acémila que se había perdido, y que se creía robada por esos dos nobles señores? dijo maravillado don Pedro.

—El ladrón es mucho más humilde, señor, dijo con su constante y noble sencillez Marsilla; es el mismo acemilero, que aprovechándose de la confusión, huyó con la acémila: le he encontrado cuando volvía, en un lugar solitario, en que se creía seguro.

—De lo que resulta que ese dinero vuelve á mí, saltó sin poderse contener don Ezequías.

—No, padre, no, dijo con un vivísimo interés Agar: ese dinero es, y debe considerarse, botín de guerra.

—Botín de guerra es, dijo don Pedro.

—Sí, es botín de guerra, dijo don Roldán de Jaca.

—Por botín de guerra lo tengo yo, observó el capellán.

Don Ezequías volvió á desplomarse sobre su sillón.

En los resplandecientes ojos de Agar, posados en Marsilla, había algo extraño, algo inmenso, algo divino.

Isabel aparecía confusa, y su mirada vagaba espantada de Marsilla á Agar de Agar á Marsilla.

Alejandra prestaba á lo que sucedía una atención profunda.

—Falta, señores, dijo Marsilla, que yo considere como botín de guerra lo que en batalla no se ha ganado: yo sé bien que dinero del enemigo que huye, y que se encuentra, botín es de guerra, porque enemigo que huye, por vencido se da; pero, ¿huían de mí don Pedro Ahones y el obispo, ó de miedo á todos los hombres de armas de don Pedro, y á todos los guardas de la villa?

—Botín de guerra es, exclamó con acento doctoral don Roldán de Jaca, que se tenía por muy entendido en estas materias.

—Indudable botín de guerra, dijo con calor don Pedro de Segura.

—Sí, botín de guerra, dijo Agar.

Esta disputa apretaba el corazón de don Ezequías.

—Ha sido el hallazgo de lo perdido, dijo acreciendo en nobleza y en altivez Marsilla, y lo perdido llama á su dueño.

—Juro á Dios y á la Santísima Virgen María, dijo Agar, que mi padre no recibirá ese dinero.

—Sí, lo juro, dijo, como si hubiese agonizado don Ezequías, que no podía ni siquiera oponerse á la voluntad de su hija.

—Y yo juro por mi honor, exclamó Marsilla, que aun cuando me viese á punto de ser atenaceado y descuartizado por cuatro potros, no aceptaría ese dinero.

—Vos haréis de él lo que queráis, puesto que vuestro es, dijo Agar; que no podéis exigirnos, caballero, que mi padre y yo aceptemos de nadie ninguna limosna.

—Yo, á esto sólo tengo que decir, contestó Marsilla mirando profundamente á Agar, que mantenía posada en él su candente mirada, que no puedo hacer ni dón ni limosna á nadie con lo que no es mío; con lo que por mío no acepto; y más de esto no se hable, que sobre ello yo no he de decir ni una palabra menos, ni una palabra más que las que ya he dicho.

—Pues bien, dijo Agar, comprendiendo que la resolución de Marsilla era irrevocable, y acabando de enamo-

rarse de él; que se dé ese dinero al santo obispo de Teruel, para que lo reparta entre los pobres.

Miró Marsilla de una manera singular, por lo amable, á Agar.

A ésta se la llenó el alma de esperanza.

A Isabel, de celos.

Alejandra sonrió de una manera imperceptible.

—Eso sea, dijo don Ezequías con la voz desfallecida; pero que se ahorque al ladrón.

—No, dijo Agar; échesele, y vaya donde no parezca más.

Sucedió un silencio profundo.

—En resolución, dijo Marsilla: la tierra está asegurada: don Pedro Ahones y su hermano el obispo, huyen hacia los montes.

—Nunca vuelvan, dijo don Pedro de Segura, ó más bien, vuelvan cuanto antes, á fin de que los escarmentemos; que el mejor medio de escarmentar á los rebeldes y á los ambiciosos es degollándolos: así se curan de todo punto de sus malas artes y de sus rebeldías; pero sentaos á la mesa: sentaos, mi buen amigo don Juan Diego: descansad, refrigeraos: gracias á Dios, siempre nos queda de qué dar de *yantar*, y bien, á nuestros buenos amigos.

—El llamarme vos vuestro buen amigo, don Pedro, dijo Marsilla, es para mí el mejor descanso y el mejor refrigerio que podéis darme: yo os lo agradezco en el alma; pero en cuanto al comer y al beber no lo necesito, que ya en la última venta por donde pasé, bien lo hice; por lo que toca al descanso, bien lo he menester, que desde que salí de vuestra casa no he dejado los arzones; y

á casa de mi padre me voy donde permaneceré hasta mañana, que me partiré para Zaragoza, y de allí me iré á Barcelona, y de Barcelona á Malta, donde me embarcaré para Palestina. Ya sabéis, don Pedro, que yo necesito, de toda necesidad, ser rico.

Y Marsilla miró de una manera ansiosa á Isabel de Segura.

A la noble doncella se le encendió el semblante.

Bajó los ojos.

Se la inundó el semblante de una alegría divina, que fluía de su alma.

Su Marsilla se había sublimado para ella.

Se había transfigurado.

Se había convertido en un Dios.

Había podido ser rico.

Pero había rechazado con una noble altivez una riqueza de casualidad, que no había ganado por su espada, y que bien mirado, á pesar de todas las leyes de la guerra, hubiera sido un robo.

Dolíala á vueltas de esto á Isabel que su padre no fuese tan grande y tan generoso como Marsilla.

¿Qué más riquezas podía ni debía pedir á éste que la riqueza del alma?

Don Pedro de Segura, aunque propenso al entusiasmo y á la admiración de los grandes hechos, no llevaba su entusiasmo ni su admiración hasta superponerlos á lo positivo.

Él no comprendía, y aun por la parte del decoro lo miraba, que un hombre pobre pudiese, sin rebajarse, unirse á una mujer rica.

Comprendía, sí, que un hombre rico se enlazase con una mujer pobre.

Por aquello que se decía en el reino vecino:

En Castilla, el caballo lleva la silla

Lo que en los reinos de don Pedro *el Católico* pudiera haberse transportado de la manera siguiente:

En Aragón, el hombre lleva el guión

Se mantenía, pues, en sus trece, el positivista y aun avaro don Pedro de Segura.

Amaba á Marsilla, porque, como quien dice, le había criado, y le tenía en lugar de hijo.

Se gozaba con su gentileza, con su bravura.

Estaba contento de que Marsilla amase á Isabel.

De que Isabel amase á Marsilla.

Si hubiera sido de otra manera, se hubiera disgustado.

Pero tratándose de un enlace, era necesario que don Juan Diego fuese rico.

Es más: estaba seguro don Pedro de Segura de que Marsilla se haría rico, riquísimo, al poco tiempo de salir por el mundo á aventuras.

Isabel debía ser su numen, su empeño, su valor, la causa de grandes hazañas que serían la admiración de todo el mundo.

Don Pedro de Segura acabaría por dar su hija á un héroe, aunque este héroe volviese de la guerra acuchillado,

estropeado, faltándole un ojo, ó tal vez la nariz, ó un brazo, ó una pierna, ó aunque no fuese más que con la cicatriz de un terrible fendiente en el rostro.

Esto no importaba.

La belleza podía ser alterada.

Pero esta alteración determinaría una noble divisa personal.

El mejor cuartel del blasón de los Marsilla.

Si en seis años y treinta días, y nueve días y tres días, y un día, don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla no se hacía á fuerza de linternazos un prohombre, cuando tantas guerras había por el mundo, esto sería señal de que no servía para nada.

A un hombre tal, no podía dar su hija única, en la posesión de sus cinco sentidos, don Pedro de Segura.

Así pensaba aquel buen señor, y no había medio de hacerle pensar de otra manera.

—Vos, don Juan Diego, dijo don Pedro, no reposaréis en otra casa más que en la mía, á no ser que desdeñéis mi hospitalidad.

—Yo no puedo desdeñar nada que de vos venga, dijo Marsilla alegrándose, porque permaneciendo en la casa de don Pedro de Segura, tenía esperanzas de lograr una última entrevista con Isabel.

Agar prestaba una gran atención á todo esto.

Alejandra se mostraba inquieta.

A Isabel se la nublaba la alegría por los celos que la causaban aquellas dos hermosísimas doncellas.

Comprendía Isabel que ambas estaban perdidamente enamoradas de Marsilla.

Ambas eran maravillosamente hermosas.

Grandemente ricas.

Altamente nobles.

Las dos gozaban de una libertad de acción de que Isabel, sometida á su padre, no podía disponer.

Isabel tenía, pues, miedo.

Temía que cualquiera de aquellas dos tentadoras beldades la quitase su amor.

Ambas se irían tras él.

Podían hacerlo.

Isabel tenía la seguridad de ello.

Ella debía permanecer desconsolada, y esperando con la agonía de la ansiedad en el hogar paterno.

La situación de Isabel no podía ser más angustiosa ni más terrible, dado el amor que por Marsilla la llenaba el alma, ó que, por mejor decir, era su alma entera.

Retiróse Marsilla á descansar.

Se le dió una habitación de huésped, entre las que ocupaban Agar con su padre, y la que ocupaba Alejandra sola.

Kaimaro, su siervo, había sido aposentado con los escuderos de la casa, aunque de una manera independiente.

Don Pedro Segura cuidó, sin pérdida de tiempo, de que se entregase su acémila cargada de dinero á don Ezequías Ruben.

En cuanto al traidor siervo de éste, que se había esquivado con la acémila, se le dieron cincuenta azotes, y se le soltó.

Don Ezequías se llevó los dos fardos henchidos de oro á su aposento.

Poco después todo estaba en silencio en la torre.

Se dormía la siesta, ó parecía como que se dormía.

Esta costumbre de dormir la siesta después de comer, es inmemorial en España.

CAPITULO XXXII

En que se ve lo que puede hacer pensar y sentir el delirio del amor

Pero no todos dormían en la torre.

Mejor dicho: apenas si dormía alguna persona.

Estas eran las de las servidumbre de don Pedro.

En cuanto á los principales personajes de nuestra oración todos estaban desvelados.

Todos tenían mucho en qué pensar.

Don Ezequías Ruben, apenas le llevaron á su cámara los dos fardos llenos de oro (habían sido necesarios para transportar cada uno de ellos, dos hombres), sobre ellos se había lanzado con la intención manifiesta de abrirlos y contarlos.

—¿Qué vais á hacer, padre? exclamó Agar: ¿pues no sabéis que ese dinero no es nuestro? ¿que hay que entregarlo al señor obispo, para que lo distribuya entre los pobres?

—¡Ah! ¡es verdad! exclamó suspirando y dejando caer desalentado los brazos el judío. ¡Tú estás dejada de la mano de Dios, hija mía! ¿pues hay mayor pecado que renunciar á las riquezas?

—Acordaos de Jesucristo, padre mío, dijo Agar: el desinterés y la caridad son la llave de oro de la puerta de los cielos.

—¡Pero tú lo has dicho! ¡la llave de oro!... exclamó con un acento inexplicable don Ezequías.

—Lo he dicho por figura, dijo Agar; porque siendo el oro del metal más puro y más hermoso que se conoce, de este metal hay que suponer que sea la llave de las puertas de los cielos.

—Tú para todo encuentras salida, respondió de muy mal talante don Ezequías; pero á pocas salidas tuyas como esta, nos vamos á quedar más pobres y más desesperados que Job en el muladar.

—Dios proveerá, padre mío, dijo Agar; y en cuanto á lo de encontrar salida, os afirmo que hay alguna cosa para la cual no encuentro ni aún entrada.

—Tú te has enamorado como una loca de ese gentil mancebo, Agar.

—Vos lo habéis dicho, respondió Agar, suspirando: yo no he visto un hombre tan hermoso, tan noble, tan valiente y tan generoso como él en todos los días de mi vida.

—En verdad, en verdad, dijo don Ezequías, que ese joven vale más que lo que parece.

—Por lo menos, dijo profundamente Agar, vale más que todo el oro que hay en esos fardos.

—Eso es indudable, dijo don Ezequías; pero lo que es

indudable también, es que ese mozo nunca será rico. Esto, te lo concedo, no previene en contra suya. Pero un tal desprecio de las riquezas es un pecado: el poeta latino dijo: *auri sacra fames:* ¿lo entiendes bien? Sagrado hambre del oro.

—Ese romano era un miserable, ó más bien, y lo creo mejor, un satirizador terrible de la miseria humana.

—Sea como fuere; el que desprecia el oro, está loco: el oro es la vida.

—La vida de la materia, padre mío, y yo amo la vida del espíritu.

Don Ezequías se movió inquieto.

No comprendía á Agar.

—Padre mío, dijo ésta, sólo hace algunas horas que conozco á ese noble y hermoso mancebo, y ya le adoro: no vivo, desde hace algunas horas, sino por él y para él.

—Y te han solicitado grandes príncipes, y los has despreciado.

—Buscaban, los unos, nuestros tesoros; los otros, la posesión de lo que llaman mi hermosura.

—Tú eres un arcángel de Dios, que Dios ha permitido baje á maravillar la tierra, dijo con los ojos saturados de un disculpable orgullo paternal don Ezequías.

—Yo soy una pobre criatura, sentenciada á sufrir el hambre y la sed del corazón sobre la tierra, dijo tristemente Agar.

—¡El hambre y la sed del corazón! exclamó don Ezequías mirando con espanto á su hija, que aparecía desfallecida y pálida: ¿pues qué puedes tú desear sobre la tierra que tu amante padre no te procure?

—La sed y el hambre del corazón, dijo acreciendo en su temblor y en su desaliento Agar, no se satisface con oro.

—Ese mancebo se tendrá por el más feliz de la tierra, en el punto en que tus hermosos ojos contesten con una mirada de amor á su mirada enamorada.

—Ese hombre ama con toda su alma, dijo con una expresión de desaliento y despecho Agar: ese hombre ama á un arcángel, y de él es amado.

—¡Un arcángel! ¡un arcángel! pues qué, ¿hay otro arcángel que tú sobre la tierra?

—Sí, Isabel de Segura, arcángel de luz, y otro arcángel de tinieblas: qué, ¿no habéis reparado en esa terrible doña Alejandra?

—Tú estás celosa, hija mía, y los celos te hacen ver como fuertes alcázares torreados las que no son más que humildes cabañas, ó lo que la luna comparada con el sol.

—Y sin embargo, la luna es la antorcha solitaria de los dulces amores, de los amores inextinguibles, dijo con un acento dulcísimo y elocuentemente sentido Agar.

—Tú has nacido para vencer.

—No vencen los esclavos: los esclavos no tienen voluntad; yo soy esclava del amor de ese hombre.

—Me espantas, Agar: ¿qué ha hecho tu pobre padre para que así le martirices? ¿no sabes que tu contento es mi contento, tu pena mi llanto, tu vida mi existencia?

—¡Oh, padre mío! ¡yo desfallezco! ¡yo muero! ¡ese hombre me mata! Yo no sabía lo que eran celos, porque no sabía lo que era amor!... ¡oh! ¡los celos son horribles!

—¡Agar! ¡Agar! Dios se ha airado contra nosotros, y te ha sentenciado á un amor cruel.

—¡Padre!... ¡nosotros tenemos tesoros!

—Sí, tesoros inagotables.

—Padre, yo seguiré á ese hombre, le seguiré como su sombra.

—¡Hija... hija mía!... ¿por qué seguirle? ¡yo le hablaré, le rogaré, me arrojaré á sus pies! ¡le uniré á tí!

—¡Oh! la humillación... ¡jamás! yo no quiero tenerle, ni porque se venda, ni porque me compadezca; quiero hacerme amar de él: hacerme amar de tal manera, que por él olvide sus amores; que crea, que sienta que no ha conocido, que no ha sabido qué cosa es amor, hasta que ha sabido, ha conocido el amor mío: padre, que se siga por todas partes á ese hombre, que no se le pierda de vista: nosotros tenemos servidores astutos y leales: á donde él vaya iremos nosotros, pero siempre encubiertos: que de tiempo en tiempo, y como una aparición, me encuentre delante de sí.

—Tu padre hará todo lo que quieras, con tal de saciar tu hambre, de calmar la sed de tu alma; pero ¿por qué perder la esperanza, hija mía?

—¡Oh! ¡sí... la esperanza!... la esperanza es muy hermosa, pero muy cruel, porque siempre la acompaña la duda: así debe ser, porque yo, que hasta ahora nada he tenido que esperar, cuando he amado y he esperado, la sombra de la duda se ha levantado horrible detrás de mi esperanza. ¡Oh! ¡cuánto sufro! ¡dejadme, padre mío; dejadme á solas con mi corazón!

Don Ezequías se doblegó, como siempre, á la voluntad de su hija, y salió.

Agar se arrojó de rostro sobre el lecho, y rompió á llorar silenciosamente.

Amaba y temía.

El temor de su amor era para ella infinitamente más apenador, más doloroso que la agonía de la muerte.

Al mismo tiempo, otra mujer, sentada en un diván, con la cabeza entre las manos, meditaba de una manera profunda, en la habitación situada al otro lado de la que ocupaba Marsilla.

Aquella mujer no hablaba con nadie.

Estaba sola.

Por la intensa mirada de sus negros ojos pasaba de tiempo en tiempo una expresión siniestra.

En aquella expresión se revelaba á veces el alma de un ángel; á veces el alma de un demonio.

Aquella mujer era Alejandra.

En la habitación intermedia, arrojado sobre un lecho, amodorrado bajo la influencia de una poderosa excitación, había un hombre.

Le dominaba una especie de delirio.

Estaba sujeto á uno de esos sueños siniestros, que parecen inspirados por un espíritu maléfico.

Uno de esos sueños en que parece nos habla de una manera misteriosa la eternidad, anunciándonos vagamente desgracias que no podemos comprender.

En medio de este sueño flotaba Isabel.

Aquel hombre era Marsilla.

CAPITULO XXXIII

De cuantas cosas pueden decirse, sentirse y calcularse durante un paseo

Llegó la puesta del sol.

Los despertados de la siesta se fueron reuniendo en la cámara de honor, previa invitación de don Pedro.

Se conversó un breve espacio sobre los asuntos del día, que se sucedían, inspirando, como era natural, un gran interés.

Don Pedro propuso un paseo por el parque.

Se aceptó la proposición.

Las tres doncellas iban juntas delante, y, al parecer, unidas por la mejor amistad del mundo.

Sin embargo, sólo Dios sabe lo que aquellas tres doncellas sufrían juntas, viéndose obligadas á ser afables y cariñosas respectivamente.

Detrás iban los dos esposos Segura, llevando en medio, por honrarle, al santo obispo, que había acudido.

Se le había notificado que don Ezequías Ruben de Moratilla, ricohombre y señor de Mora, que estaba en la torre de Segura, donaba al obispo de Teruel dos cuentos de oro en oro, para que los emplease en obras caritativas y piadosas.

Una caridad tal merecía bien una visita del señor obispo.

En efecto: no se había hecho esperar.

Le acompañaba, siempre con su capuz calado, don Enguerrando de Azagra, ó lo que es lo mismo, el ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel.

Su mirada ansiosa se posaba, á través de su capuz, ya en Isabel de Segura, ya en Alejandra, ya en Agar, ya en Marsilla.

Meditaba.

Se esforzaba por disimular su agitación.

Le latía el corazón con una fuerza insoportable.

Se perdía en proyectos.

En desesperaciones.

En esperanzas.

Para él aquella hija encontrada, perdida y llorada desde hacía treinta años, representaba un universo.

Le recordaba todas sus desgracias.

Sobre todo ponía ante él la imagen viviente de aquella hermosísima doña Blanca de Aytona, á la que tanto había amado.

Detrás iban don Ezequías Ruben y Marsilla.

El primero fatigaba con su eterna charla al segundo.

Quería á todo trance captarse su amistad.

Le esperanzaba.

Le prometía toda su ayuda para que pudiese hacer su expedición á la Tierra Santa.

Marsilla contestaba con medias palabras.

Se impacientaba, porque don Ezequías le distraía de sus pensamientos.

Pero su cortesanía le obligaba á dominar su impaciencia.

Al lado de Marsilla, triste, meditabundo, pensativo, iba su padre, don Martín Garcés de Marsilla.

Había sabido que su hijo había vuelto á la torre de Segura.

Había acudido para despedir por segunda vez á su hijo.

Marsilla debía partir para ir á buscar la fortuna que debía hacerle dueño de la mano de Isabel, el día siguiente al amanecer.

El mundo se le venía encima al pobre don Martín.

Temía no volver á ver á su hijo.

Maldecía la avaricia de don Pedro de Segura, que atormentaba á su hijo, y le obligaba á que se separase de él.

Tenía celos de Isabel.

Pero se acordaba de lo que había amado á su esposa.

De que por ella hubiera abandonado á su padre y á su madre.

Y el pobre don Martín se conformaba.

Pero con el corazón anegado en amargas lágrimas.

El capellán del castillo y don Roldán de Jaca, grande escudero, y *fac-totum* de don Pedro de Segura, cerraban

la marcha, hablando plácidamente de las bellezas de la Naturaleza, y bendiciendo por ellas á Dios.

En efecto: el parque estaba hermosísimo.

No podía pedirse más á la frondosidad de sus árboles, á la variedad de sus flores. á la claridad de sus arroyos, á la diafanidad del ambiente.

Por todas estas cosas, el capellán bendecía á Dios.

Don Roldán decía *amén*.

Cayó la noche.

Salió la luna.

Los paseantes se volvieron á la torre.

Los esperaba la cena.

CAPITULO XXXIV

De cómo pueden despedirse dos almas

Pasó la cena, que fué suculenta.

Una verdadera cena de Estado.

Como que asistía á la misma, no menos que el santo obispo de Teruel.

Asistió también el padre Roger.

Pero no comió más que pan y huevos, y aun así de una manera sobria, ni bebió más que agua.

El obispo pronunció una oración, medio en latín, medio en castellano, endilgada á don Ezequías sobre la caridad.

Todos los Santos Padres fueron partes á contribuir.

Este discurso duró, por lo menos, la mitad de la cena.

Don Ezequías contestó á él como pudo.

Agar, en muy pocas palabras, dijo más que todo lo que había dicho el obispo, y aun su padre.

«El dinero, dijo, no es el pan de la caridad: el pan de la caridad es el amor: el que da su amor da su alma: el que da su alma da todo lo que tiene.»

—Si esta doncella continúa así, dijo el obispo, llegará á ser una santa.

Y bendijo á la joven.

Bajó ella graciosamente la cabeza bajo la bendición, y se levantó, se acercó al obispo y le besó el anillo episcopal.

El obispo, á pesar de que era viejo y santo, sintió en el beso de Agar una impresión extraña y á la par dulcísima.

¡Flaquezas de la materia, de que ni aun los santos se libran!

El resto de la cena se empleó en hablar largamente de don Pedro Ahones, de su hermano el obispo de Tarragona, de los albigenses, del rey don Pedro y del conde Simón de Monforte.

Aquella era la política de actualidad.

Concluída la cena y el ofertorio, se retiró todo el mundo.

Como es de suponer, el santo obispo Ubaldo no se fué solo á Teruel, á lo que podía llamarse su palacio episcopal, que era un antiguo caserón románico, lleno de preciosidades, y que hoy podría pasar por un magnífico palacio.

Aquellos tiempos eran ostentosos.

Los presidía la fe.

Y en la fe hay mucho de magnífico porque se refiere á la divinidad.

La fe es la poesía.

La poesía busca lo bello, lo ideal.

Las gentes de aquellos tiempos se hubieran ahogado en los pequeños espacios de nuestros días.

Les hubieran parecido insoportables los grandes espacios que necesitaban para moverse en ellos y respirar, si no hubieran estado ornamentados de tal manera, que representasen su manera de ser, sus creencias.

La fe es misteriosa.

Tiene mucho de simbólicamente sombrío.

Nuestros viejos abuelos buscaban lo sombrío del símbolo.

De aquí esas maravillosas catedrales que aún existen.

De aquí el gusto de las construcciones que determinan grandes penumbras.

Espacios en que se siente la vaguedad de lo infinito.

La aproximación del espíritu de Dios á la tierra.

Esto en aquellos tiempos era vulgar, porque, por decirlo así, eran vulgares la fe y la grandeza que de la fe emanaba.

Hoy, uno de aquellos edificios sería rarísimo, como lo son los pocos que aún existen.

Por eso la morada de Ubaldo, obispo de Teruel, no se llamaba palacio.

Se llamaba pura y simplemente la casa del obispo.

Como la morada de don Pedro, aunque lo parecía, no se llamaba alcázar, sino llanamente la torre de Segura.

Formaron la comitiva del obispo, primeramente, don Pedro, don Martín Garcés de Marsilla, su hijo don Juan Diego, el jefe de la casa de don Pedro, don Roldán de Jaca, y el ricohombre de Moratilla, don Ezequías Ruben.

Entre ellos iba el padre Roger, y el capitán de don Pedro.

Seguían veinte escuderos armados como en escolta, y diez pajes vestidos de gala alumbraban con antorchas el camino.

Entre la escolta iba la acémila cargada de oro.

Como si dijéramos la mitad del corazón, por lo menos, del ricohombre don Ezequías Ruben.

Dejado el obispo en su casa, retirado á su ermita el padre Roger, como si dijéramos don Enguerrando de Azagra, vuelto á su casa don Martín de Marsilla, todos los demás se recogieron á la torre de Segura.

Inmediatamente la gran campana batió el toque de cubrefuego, ó de queda.

Un momento después reinaba el más profundo silencio en la torre.

Un guarda velaba en la poterna.

El enano Rui-Patiño dormitaba en el adarve.

Pero no dormían todos.

Llegó la media noche.

Marsilla, que hacía largo tiempo esperaba impaciente, que vacilaba, se decidió al fin.

Anudó las sábanas de su lecho.

Ató el extremo de una de ellas á la columna del bello ajimez de su cámara.

Se descolgó hasta un ajimez colocado perpendicularmente debajo de aquel de donde se había descolgado.

A pesar del gran calor que hacía, las vidrieras de colores estaban cerradas.

Marsilla, que se había afianzado en los resaltos del ajimez á que había descendido, miró á través de uno de sus vidrios.

Vió á la hermosísima Isabel.

Estaba vestida de blanco.

Tendidas las opulentas trenzas de la rubia cabellera.

Cruzadas las manos semejantes al marfil sobre las redondas rodillas.

Los celestes ojos fijos en un Cristo crucificado, que alumbrado blandamente por una lámpara, se veía sobre un rico reclinatorio.

Estaba sentada sobre un cojín.

Su túnica se plegaba de una bellísima manera.

Se la veía de perfil.

Se sentía el movimiento de compresión y de dilatación de su bellísimo seno.

Lentas lágrimas corrían por sus mejillas.

Su boca, entreabierta, parecía lanzar perennemente el aliento de su amor, de su esperanza, de su desesperación.

Había algo de glorioso en el hechicero, en el incomparable conjunto de Isabel.

Se comprendía que para ella no había más que una idea, y una idea fija y principal.

Su amor.

Marsilla.

Con esta idea se correlacionaban todas las emociones, todas las aspiraciones de Isabel.

Como en el universo se correlacionan todas sus partes componentes.

Marsilla permaneció algún tiempo mirando extasiado á Isabel.

No existía para él más que ella.

Necesitaba hablarla.

Jurarla y rejurarla su amor.

Oir una vez y otra vez el juramento de lealtad, de abnegación, de martirio del amor de Isabel.

Pero no se atrevía á tocar las vidrieras.

A llamar la atención de Isabel

Temía espantarla.

Sobre todo, que Isabel interpretara de una manera que ofendiera á su pudor, á su dignidad, aquella acción suya.

Sufría á la par un placer inmenso, y un tormento infinito, Marsilla.

Veía que Isabel oraba, sufría y lloraba por él.

Y no podía llegar hasta ella.

Rodearla con sus amantes brazos.

Devorar su amor.

Llegar con ella al *summum* de la gloria sobre la tierra, tal como Dios ha querido sea la gloria por el amor para los mortales.

Llegó un momento en que Isabel lanzó un ligero grito ahogado y se llevó ambas manos á la cabeza, como si en ella hubiese sentido un dolor agudo.

Marsilla experimentó aquel mismo dolor.

Sintió una vaguedad horrible.

Un poderoso zumbido en los oídos.

Una extraña opresión del corazón y del cerebro.

Produjo un suspiro comprimido.

Un poco más, y del resalto en que se mantenía, hubiera caído al foso.

Se rehizo.

Volvió á mirar á través de un vidrio.

Isabel se había levantado.

Adelantaba hacia el ajimez.

Sin duda necesitaba respirar el aire libre.

Llegó.

Tendió la mano á la vidriera.

Marsilla sintió de nuevo el vértigo.

De nuevo estuvo á punto de caer.

Isabel abrió.

Al ver el bulto de un hombre en el ajimez, permaneció inmóvil.

Sorprendida, pero no espantada.

Miró.

Reconoció á Marsilla.

Lanzó un grito ahogado de inmensa alegría.

Se rehizo.

Su semblante se nubló.

No podía pensar mal de Marsilla.

Sin embargo, pensó mal.

Creyó que en el delirio de su desesperación se había olvidado de lo que á ella debía.

De lo que se debía á sí mismo.

—¿Qué haces aquí? le preguntó con la voz severa.

Era la primera vez que Isabel aparecía severa para con Marsilla.

—No lo sé, dijo éste; pero yo agonizo: yo tenía la necesidad de verte, de hablarte, de decirte... ¡oh, Dios mío! yo no sé lo qué siento... lo que sufro es horrible... tengo miedo.

—¿Miedo de qué? dijo Isabel: ¿á qué puede tener miedo nuestro amor?

La observación de Isabel no podía ser más profunda ni más enamorada.

—La desgracia va conmigo por donde quiera que voy.

—¿Y qué desgracia puede haber que detenga nuestro

amor? dijo Isabel: ¡la muerte! ¡la misma muerte no podría desunir nuestras almas! ¡nuestro amor es inmortal! ¡cuando nuestros cuerpos hayan fenecido, nuestras almas, unidas, se amarán al pie del trono de Dios!

—¡Oh! ¡tú sientes como yo siento! exclamó Marsilla: ¡tú me amas como yo te amo! ¡nuestras almas son una sola alma!

—¡Ah! dijo Isabel: y si tú encontraras otra alma que se pareciera á las nuestras...

Los celos acometían al fin á Isabel.

—¡Oh! ¡tú tambien temes como temo yo! ¡la ausencia!

—¿Y qué es la ausencia para el amor? entre dos que se aman como Dios ha querido que sea el amor, para ser tenido verdaderamente por amor, no hay distancia: ¿quién puede apartar las almas? ni aun la muerte puede desunirlas. Pero, ¡oh, Dios mío! todo esto que digo me parece un sueño hijo de mi deseo: creo tener la seguridad de tu amor, y sonrío; viene la horrible duda, y lloro y agonizo.

—¡Oh alma mía, vida de mi vida! cuando te veo, cuando se fijan en mí anhelantes tus hermosos ojos, para mí se abren los cielos: yo los veo á través de ellos; gozo y muero; me abraso en un fuego irresistible. Me falta el valor; las leyes humanas me parecen terribles, tiránicas: el honor, un fantasma horrendo.

—¡Oh, qué dices! exclamó Isabel retirándose de una manera instintiva del ajimez.

—¡Ah! yo maldigo todo lo que se opone al amor.

—¡La locura, la locura horrible! exclamó Isabel incli-

nando su hermosa cabeza sobre el pecho: la desesperación del alma triste: el ansia del corazón.

Y volvió hasta tocar el alféizar del ajimez.

Lloraba.

Una vaguedad extraña se iba apoderando de ella.

Todo para ella se transfiguraba.

Todo cambiaba de ser.

Todo se idealizaba en un encanto infinito.

Continuaba con la cabeza abatida.

Fluía de ella un no sé qué irresistible.

Una fascinación semejante se iba apoderando de Marsilla.

Todo se iba transfigurando rápidamente para él.

Le atormentaba, le enlanguidecía, le transformaba un incomprensible exceso de vida.

De una vida fácil, fresca, fragante, por decirlo así, deliciosa, y á la par apenadora, insoportable.

La terrible diosa Naturaleza lo dominaba todo en ambos.

Leyes, costumbres, conveniencias sociales, todo se desvanecía en el paroxismo, en el idealismo, en la inmensidad de su amor.

De improviso Isabel levantó la cabeza.

Sus ojos se fijaron hambrientos en Marsilla.

Aparecía transfigurada, pálida, descompuesta, en una expresión divina.

Sus ojos eran profundos como la inmensidad.

Temblaban sus mejillas.

Su boca entreabierta tenía algo de hambriento y de inefable.

Provocaba la locura.

Era el momento supremo de una invencible explosión de amor.

Por la primera vez en su vida Isabel y Marsilla se encontraban solos.

No tenían más testigos que Dios, la noche y el silencio.

Sus almas se refundían fatalmente.

La voluntad del uno se anegaba en la voluntad del otro.

Eran un solo y único deseo.

Marsilla hablaba en el alma de Isabel.

Isabel hablaba en la de Marsilla.

Una sola aspiración, una sola vida alentaba á aquellos dos seres, constituyendo un solo ser completo.

Un ser único.

Marsilla, involuntariamente, olvidado de todo, impulsado únicamente, por su amor, y ella, en una situación idéntica á la de Marsilla, se aproximaron.

Sus brazos se enlazaron.

Se estrecharon de una manera inenarrable.

Sus bocas se unieron en un largo beso.

En un beso como debió ser el primero de Adán y Eva.

A este beso sucedió un gemido.

Un gemido mutuo.

Entre ellos se puso el espíritu del deber, de la virtud, del honor.

Aquel horrendo espíritu mostraba en su descarnada mano la palma del martirio.

—¡Ah, desventurados de nosotros! exclamó Isabel.

Y se soltó su llanto, un llanto desgarrador, histérico.

—Véte, véte, le dijo: no manchemos ante Dios y ante los hombres este amor de los cielos, que Dios ha puesto

Vió á Isabel arrojada sobre el reclinatorio, y llorando, sujeta á una convulsión terrible

en nuestras almas: tuya, tuya hasta la eternidad: ¡tuya, ó de la tumba!

Y haciendo un poderoso esfuerzo, Isabel se separó del ajimez, cerró las vidrieras, se volvió hacia el interior de la cámara, dió algunos pasos vacilantes como si la hubiera faltado la cabeza, y fué á caer de rodillas ante el reclinatorio.

Por Marsilla había pasado la eternidad.

Milagrosamente se había sostenido en la cornisa.

Cuando volvió en sí, cuando despertó de aquel sueño de amor, miró á través de las vidrieras.

Vió á Isabel arrojada sobre el reclinatorio y llorando, sujeta á una convulsión terrible.

—¡Oh!... sí; suyo, suyo ó de la muerte, exclamó: ¡no hay poder bastante á desunir nuestras almas!

Luego, haciendo un poderoso esfuerzo contra sí mismo, trepó de nuevo al ajimez de su cámara y entró en ella.

CAPITULO XXXV

De cómo puede apelarse al fuego del incendio, para borrar los vestigios del fuego del amor

En el momento en que Marsilla ascendía, se apartaba rápidamente del ajimez de su cámara, para no ser sorprendida en él, Agar.

Agar había observado á Marsilla por el hueco de la cerradura de la puerta que ponía en comunicación la cámara destinada al joven, con aquella en que había sido aposentada Agar.

Le vió asomarse al ajimez.

Inclinarse sobre él como midiendo su profundidad.

Tomar luego las sábanas, retorcerlas, anudarlas.

Hacer de ellas una especie de escala.

Atar luego aquella escala y descender.

Era indudable que Marsilla intentaba aproximarse á Isabel de Segura.

Tal vez tenían cita.

Tal vez ella le esperaba.

Los celos, la ira, el despecho rompían el corazón de Agar.

Necesitaba saber más.

La ventana de su cámara no la servía.

Correspondía á otro lado de la torre.

Agar echó mano de su puñal, pretendiendo forzar la cerradura.

No era esto fácil.

Sin embargo, los celos y la desesperación la ayudaron.

El puñal, que era fuerte, forzó la plancha de hierro que cubría la cerradura.

El fiador cedió.

Se abrió la puerta.

Agar corrió al ajimez.

Aún no se había abierto éste.

Marsilla estaba aún engargolado sobre la cornisa.

Agar se fué á la luz y la apagó.

Necesitaba avanzar el cuerpo para ver mejor, y temblaba el que, mirando por acaso á lo alto, Marsilla, la viese.

Volvió al ajimez.

Miró.

Aún estaba solo Marsilla.

—¡Ah! ¡pobre y cobarde enamorado! exclamó Agar, sintiendo no sabemos qué horrible amargura celosa; ¡eres esclavo del amor... esclavo sin voluntad! ¡Oh! ¡si tú me amaras como amas á esa mujer!...

Entonces sintió Agar el crujimiento de las vidrieras que se abrían descuidadamente.

Como si quien las abría no hubiese pensado en ocultar nada.

Agar comprendió que no había cita.

Que Marsilla había bajado hasta el ajimez sólo por contemplar á Isabel.

—¡Ah! ¡no! ¡no es cobarde! exclamó muriendo de ansiedad Agar: ¡bien audaz, sí!

Oyó un grito ahogado de sorpresa.

Luego, avanzando más el cuerpo, hasta ponerse en peligro de caer, lanzó toda su atención, toda su alma á los oídos.

La servía de conducto de las voces de los dos amantes el viento.

Oyó toda su encendida conversación.

Oyó aquel beso supremo.

Creyó morir.

Un amor violento por Marsilla se había apoderado de ella.

Y no era ella sola la que observaba.

La ventana de la cámara inmediata, que ocupaba Alejandra, correspondía al mismo lado que las de las cámaras de Isabel y de Marsilla.

Alejandra había espiado también por el hueco de la cerradura de una puerta de comunicación, la cámara de Marsilla.

Le había visto anudar las sábanas y descender.

Había acudido á su ventana.

Había escuchado como Agar.

—¡Oh! había dicho, cuando vió que, después de aquel único y supremo beso los dos amantes recordaban su deber y se retiraba Isabel, cerrando la vidriera: ¡jurad, jurad en buen hora! ¿Quién sabe lo qué es de los juramentos, tras el tiempo y la distancia?

Alejandra amaba á Marsilla, y estaba empeñada por él, y celosa de Isabel, no menos que Agar.

En cuanto á ésta, exclamó cuando vió que Marsilla ascendía:

—¡Ah! ¡yo te juro á mi vez que todos tus recuerdos de amor se han de reducir á ese beso! No será tu mujer Isabel de Segura. ¡No! ¡por el cielo y por el infierno!

Y se retiró vivamente del ajimez.

Dejó su puñal sobre una mesa redonda que había en el centro de la cámara.

En el extremo del pomo del puñal puso una sortija.

En aquella sortija había una grande esmeralda y grabado en ella, en caracteres hebreos, el santo nombre de Dios: *Jehová*.

Luego salió por la puerta de comunicación.

Tomó rápidamente la lámpara.

Volvió á entrar en la cámara de Marsilla.

Encendió la lámpara que estaba sobre la mesa.

Un momento más, y Marsilla la hubiera sorprendido.

Encajó la puerta.

Por la parte de la cámara de Marsilla no podía notarse que aquella puerta había sido forzada.

La afianzó por la otra parte, acercando á ella un pesado sillón.

Marsilla nada sintió.

Saltó dentro de la cámara.

Desató las sábanas.

Las desarrolló.

Se puso á hacer desaparecer de ellas, cuanto le fué posible, las arrugas causadas por el retorcimiento y los nudos.

Pero no pudo conseguirlo.

Comprendió entonces que había cometido una imprudencia.

Que había producido un vestigio.

¿Cómo dejar allí aquellas acusadoras sábanas?

¿Ni cómo hacerlas desaparecer?

Su desaparición hubiera sido otro vestigio.

Se le ocurrió entonces que el fuego todo lo borra.

¿Qué importaba?

Al acercarse descuidadamente á un lecho con una lámpara en la mano, puede muy bien ponerse fuego á las colgaduras.

Marsilla se decidió.

Echó las sábanas sobre el lecho.

Fué á la mesa.

Al tomar la lámpara, vió el riquísimo puñal que sobre la mesa había dejado Agar.

Vió la sortija puesta en el pomo del puñal.

Se inquietó.

Reconoció el puñal.

Había visto su riquísimo pomo de oro y pedrería sobresaliendo de la faja que rodeaba la esbelta cintura de Agar.

Aquel puñal, junto á aquella sortija, era un símbolo.

El puñal representaba *muerte*.

La esmeralda de la sortija, *esperanza*.

¡Muerte ó esperanza!

Nadie más que Agar había podido poner allí aquella arma, aquella alhaja.

No podía haberse valido de un servidor.

Era la hora demasiado avanzada.

Además, Marsilla había cerrado con llave la puerta de su cámara.

Pero había dos puertas de comunicación.

Correspondían á dos cámaras contiguas.

En la de la izquierda se aposentaba Alejandra.

En la de la derecha, Agar.

Agar debía haber penetrado en la cámara.

De otro modo no se comprendía la presencia del puñal y de la sortija sobre la mesa.

Aquella era una muda y simbólica declaración de amor.

Y no esto sólo, sino también una amenaza.

Marsilla supuso, y no sin razón, que por el ojo de la cerradura debía estar observando Agar.

Y no se engañaba.

Tomó, pues, el puñal y la sortija.

Se fué al ajimez.

Los arrojó al foso.

—¡Oh! exclamó Agar: ¡guerra á muerte! ¡sí! ¡muerte ó esperanza y amor!

Luego Marsilla tomó la lámpara, y puso fuego á un tiempo á las colgaduras y á las ropas del lecho.

Se alzó una grande humareda.

Marsilla, en tanto, se despojaba de las ropas exteriores.

Era necesario que, cuando gritasen para avisar el

incendio, le encontraran como si hubiese acabado de salir del lecho.

La llama crecía.

Acometía el revestimiento de roble.

El incendio amenazaba á la bella torre de Segura.

Marsilla salió al descanso de las escaleras y gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Acudid! ¡Aquí! ¡La torre se incendía!

CAPITULO XXXVI

Lo que pueden hacer unas funestas apariencias

En un momento estuvieron de pie todos los habitantes de la torre.

Don Pedro de Segura no fué de los últimos.

Don Ezequías Ruben y Kaimaro acudieron también.

El incendio, al que se había acudido en los principios, fué sofocado en pocos minutos.

Sin embargo, el lecho se había quemado por completo.

Nadie podía reparar ya en que las sábanas habían sido retorcidas y anudadas como para servir de escala.

Marsilla explicaba de la manera siguiente el incendio:

Había despertado de improviso.

Había visto junto al lecho una sombra vaga, de cuya forma no había podido apercibirse.

Aquella sombra tenía una lámpara en la mano.

La luz de aquella lámpara había prendido en las colgaduras del lecho.

El incendio se había propagado á las ropas.

La sombra había desaparecido.

Marsilla había saltado del lecho y había gritado.

El fuego no se había comunicado al sillón donde estaban las ropas de Marsilla.

Éste se había vestido.

Todo el mundo estaba de pie.

Como las noches de verano son cortas, mientras se apagó el incendio, mientras todo volvió al estado normal, llegó el amanecer.

El padre Roger había acudido también al incendio.

Había visto las llamaradas que salían por la ventana de la cámara que ocupaba Marsilla.

Como aquella ventana no podía verse desde la ermita de Nuestra Señora del Pilar, porque estaba en una posición contraria, claro era que el ermitaño no había podido ver el incendio sino estando fuera de la ermita y vagando junto á la torre por la parte á que correspondían los aposentos de las cámaras de Isabel, de sus padres, de Marsilla y de Alejandra.

Don Enguerrando había acudido.

Habían acudido también muchos de los labriegos, vasallos de don Pedro de Segura, que tenían sus habitaciones rurales alrededor de la torre.

Habían acudido también los habitantes de unos molinos que don Pedro tenía en la margen del Guadalaviar.

La torre, pues, durante algún tiempo, había sido una confusión.

Confuso andaba también don Pedro de Segura.

¿Qué sombra era aquella que en la alta noche se había acercado al lecho de Marsilla, de tal manera indeterminada, que Marsilla no había podido apreciar si representaba á un hombre ó á una mujer, y que con la lámpara que llevaba en la mano había puesto fuego á las colgaduras del lecho?

Isabel se perdía también en confusiones y ardía en celos.

Al lado de Marsilla, en las habitaciones contiguas, se aposentaban dos hermosísimas mujeres.

Agar y Alejandra.

Aquellas dos habitaciones tenían puertas interiores de comunicación.

¿Cuál de ellas, Alejandra ó Agar, había sido la sombra que Marsilla había visto?

Don Pedro de Segura pensaba como su hija y se irritaba.

Pero don Pedro no sabía como Isabel, que Marsilla no podía estar dormido cuando apareció la sombra que él decía.

Las confusiones de Isabel eran infinitamente mayores que las de su padre.

A Isabel no se le ocurría que el mismo Marsilla había causado el incendio para hacer desaparecer las sábanas que le habían servido de escala para llegar á aquel mortal beso de amores.

Lo que creía Isabel era que una de las dos beldades que en la torre se hospedaban, Agar ó Alejandra, había sido la sombra incendiaria.

Que una de aquellas dos mujeres, olvidaba de todo decoro, dejada de la mano de Dios, enamorada de Marsilla, se había introducido en su aposento.

Y tal vez con el beneplácito.

Con el amor de Marsilla.

Porque ¿cómo suponer que una mujer que en alguna manera se estima, se arroje á actos en los cuales puede ser sorprendida y mancillada?

Esto no se comprendía.

A lo menos Isabel, que era el pudor, la dignidad más altas que podían suponerse, no lo comprendía.

Pero comprendía sí que una mujer enamorada, correspondida en su amor, podía llegar por su amor á un punto en que se olvidase de todo.

Ella se había encontrado en una situación semejante.

La ira, el despecho, el orgullo, los celos, cuanto hay de terrible en el alma de una mujer, la devoraba.

Necesitaba saber cuál de aquellas dos mujeres partía con ella el amor de Marsilla.

Aún llegó á creer que Marsilla no la amaba.

Que mentía.

Que si la fingía aquel amor delirante era pensando en su dote.

En la pingüe herencia, que á ella podía ir un día, de don Pedro de Segura.

Y aún pensaba y creía que Alejandra y Agar eran mucho más hermosas que ella.

Más incitantes.

Y eran riquísimas.

Y ambas tenían señorío.

Señora de Aytona era Alejandra.

Señora de Moratilla, Agar.

Sus nombres estaban inscritos entre los de los ricohombres barones de Aragón.

Las dos eran libres.

Completamente libres.

Alejandra no tenía padre.

Agar disponía de su padre como de un esclavo.

En tanto ella estaba completamente sujeta á la voluntad paterna.

Privada absolutamente de toda acción propia.

Ellas podían seguir adonde quiera á Marsilla.

Hacerse acompañar de una mesnada.

Partir con él los peligros de la guerra.

Ella se veía obligada á esperar durante seis años y un mes, y diez días, y tres días, y un día, á que volviese Marsilla.

¿Y volvería?

Isabel, pues, agonizaba.

Devoraba, sin embargo, su dolor.

Aparecía serena.

Tenía una gran fuerza de espíritu.

Pero estaba pálida como un cadáver.

Había acudido con su madre á los aposentos de Alejandra y Agar.

En el primero nada había notado.

Únicamente que Alejandra mostraba una expresión terriblemente sombría.

No menos sombría, no menos siniestra aparecía Agar.

La acción de Marsilla, de arrojar al foso su puñal y su sortija, había sido para ella un golpe terrible que había sublevado sus celos contra su altivez.

No hay nada que como los celos avive la vista, especialmente en la mujer.

Al entrar en el aposento de Agar, Isabel reparó que junto á la puerta de comunicación de la cámara de Marsilla había un sillón volcado.

Reparó aún más.

Vió que por la parte interior de la puerta estaba levantada, forzada, la chapa de la cerradura.

Allí estaba la denuncia.

La denuncia terrible.

No había duda.

La sombra que con la lámpara había incendiado las colgaduras del lecho de Marsilla, había sido Agar.

Así á lo menos lo creía Isabel.

Y de tal manera, que no tenía duda de ello.

Marsilla y Agar se amaban.

Él era un miserable, un perjuro, un infame.

Suponiendo todos los tormentos del infierno, eran poca suposición para llegar á la apreciación de uno solo de los tormentos que sufría Isabel.

Y no se resignaba.

No podía resignarse.

Sentía como si su alma hubiese sido mutilada, permítasenos la frase.

Como si en ella, por la mutilación, hubiera una herida que jamás podía cicatrizarse.

De la que la sangre debía brotar siempre.

El amor es infinito.

Está en relación con las causas que lo producen y que lo exacerban.

El amor de Isabel por Marsilla, como todo amor, había tenido su desesperación.

Acabó de hacerse su destino.

Su universo.

Su eternidad.

Devoró, sin embargo, su dolor.

Apareció tranquila ante Marsilla.

Más aun, enamorada á despecho suyo.

No podía mirar á Marsilla sin que en sus admirables ojos fulgurase el amor.

Y este amor era siempre un amor intenso.

Un amor del alma.

Una predestinación.

Una fatalidad.

Marsilla no pudo conocer el roedor tormento que devoraba á Isabel.

De igual manera ni Agar ni Alejandra pudieron conocer el odio inextinguible, horrible, que hervía contra ellas en el corazón y en la cabeza de Isabel.

La valiente joven se sonreía.

Si hubieran podido ver lo que tras aquella sonrisa se ocultaba, se hubieran espantado.

Nunca ha existido un odio más letal, más sangriento, más cruel, en el corazón de una mujer contra otra.

Y es que por las leyes del corazón humano, hay situaciones en que una mujer con alma de ángel, en armonía con la hermosura, se convierte en un demonio.

Imperfecciones del alma.

Sentimientos contradictorios, cuya unión parece ab-

surda, y que sin embargo existen, coinciden, alimentan en un mismo ser.

Isabel dominó, concentró su desesperación.

Impuso silencio á sus celos.

Cortó el vuelo á sus esperanzas.

Miró al porvenir, y se espantó.

Sólo vió en él sombra.

Una sombra densa, horrible.

A nadie, ni aun á su madre, hizo reparar en la plancha de la cerradura levantada.

Pero había reparado en ella don Pedro de Segura.

No había pasado esto desapercibido para Alejandra.

La misma sencilla y bondadosa doña Margarita, que era la mujer menos recelosa del mundo, había mirado con extrañeza aquella cerradura violentada de la puerta de un aposento ocupado por una hermosa joven, que ponía aquel aposento en comunicación con el que ocupaba un joven y hermoso caballero.

Nadie había dado la menor señal de haberse apercibido de que la sombra que había incendiado con su lámpara las colgaduras del lecho de Marsilla, había pasado sin duda por aquella puerta violentada.

No había necesidad, sin embargo, de que lo manifestaran.

Agar comprendía perfectamente la situación en que se encontraba colocada, y la afrontaba.

Sin descaro, sí, pero con gran valentía.

Con una grande audacia.

Todo lo que en esperanza había amenguado Isabel, lo había ganado Agar.

Ella miraba tranquila al porvenir.

Empezaba á amanecer.

El oriente se esmaltaba en las primeras ráfagas rosadas, precursoras del sol.

—Yo creo que somos libres; que nada hay que nos detenga aquí, padre mío, dijo Agar á don Ezequías Ruben.

—No, hija mía, dijo éste; pero hemos pagado bien caras las pocas horas que hemos permanecido en la torre de Segura.

—¡El oro!... ¡y qué es el oro! respondió con despecho Agar: cuando se le posee es cuando se comprende lo poco que vale: con él no se obtiene una sola lágrima, un solo latido del corazón.

—Tú eres muy extraña, Agar: tú hablas así, porque eres rica: el oro es Dios: él se sobrepone á todas las alegrías, á todos los dolores.

—¡En el menguado corazón de los mezquinos! contestó con indiferencia Agar: no hablemos más de esto: tenemos algo más importante de que ocuparnos: yo adoro á don Juan Diego Marsilla.

—¡Ah, desdichada hija mía! exclamó don Ezequías: ese hombre tiene infiltrada su alma en el alma de la hija de nuestro ilustre amigo y huésped.

—Ella se quedará aquí, y yo me iré tras Marsilla, dijo resueltamente Agar.

Don Ezequías se estremeció, no por sus talegas, sino por sus bolsas de cuero, como se decía entonces, porque en estas bolsas, y en cantidades pequeñas, se guardaba el dinero.

Con suma frecuencia, para marcar el precio de una

cosa, se decía en tantas ó cuántas miles de doblas, ó de escudos, ó de maravedises, con tantas bolsas.

Las bolsas, pues, de don Ezequías, se veían amenazadas de una gran disminución.

Agar era capaz de arruinarse por Marsilla, en un camino de costosísimas aventuras.

Pero don Ezequías Ruben no encontraba recurso ni medio para oponerse á la voluntad de su hija.

Agar era su debilidad.

—Puesto que somos libres, dijo la hermosísima morena, despidámonos galantemente de estos buenos señores, nuestros amigos: volvámonos á Moratilla: necesitamos levantar una hueste, por lo menos de quinientos caballeros, (se entendía por caballero un jinete armado de todas armas, con guadaña, ó bien una lanza gruesa), con ella nos iremos á Zaragoza, donde hemos de estar irremisiblemente pasado mañana, y después iremos donde Dios quiera.

—O más bien, adonde quiera don Juan Diego.

—Lo mismo da, porque don Juan Diego es mi Dios.

Doblegóse don Ezequías.

Se despidió con su hija, de don Pedro de Segura, de su esposa y de Isabel.

Aún no había salido el sol, y ya habían salido de la torre de Segura don Ezequías y Agar, escoltados por ocho escuderos de don Pedro, que no podía consentir en manera alguna que el padre y la hija se volvieran con sólo su escolta á su castillo de Moratilla.

Don Pedro Ahones y su hermano el obispo, de los cuales no se sabía dónde estuviesen, se habían llevado el grueso de la mesnada de don Ezequías Ruben.

Éste lo había sentido grandemente; no por los hombres, que entonces había gente sobrada que tomar á sueldo, y buena, sino por los caballos y por las armas, que le habían costado mucho dinero.

Doña Alejandra se había despedido también de don Pedro, de su esposa y de su hija.

Había partido con Kaimaro y con ocho servidores de resguardo, á su castillo de Aytona y con las mismas intenciones que Agar.

A la salida del sol partió Marsilla con su escudero Galcerán para tomar la vuelta de Zaragoza.

Don Pedro le había escuchado la despedida de una manera grave y severa.

Isabel, á despecho suyo, no había podido menos de mirarle con amor.

La buena doña Margarita le deseó muy buenas aventuras y un pronto regreso.

Se quedó la torre de Segura como en los tiempos normales.

Pero quedaban en ella, el lecho y la parte de la amuebladura de la cámara que había ocupado Marsilla, quemados.

La plancha de la cerradura de la puerta de comunicación con las dos cámaras, rota.

Don Pedro, indignado.

Doña Margarita, harto triste y cuidadosa por su hija.

Isabel, anulada, desventurada, desesperada.

Dominada por un tormento insoportable.

Temía no volver á ver á Marsilla.

Este temor la aniquilaba.

Y al mismo tiempo, la fe de su amor la decía de una manera consoladora, elocuentísima:

—Sí, sí; él volverá: á pesar de todo, su alma es mi alma, mi alma la suya: él no puede vivir sin mí: yo no puedo vivir sin él.

CAPITULO XXXVII

De cómo don Enguerrando salió á aventuras, con un tesoro y un ejército, cambiado de traje pero siempre de incógnito

Aquel mismo día, apenas salió el sol, y cuando don Juan Diego Marsilla atravesaba con su escudero Galcerán la villa de Teruel para ir á su casa solar para despedirse por última vez de su buen padre, don Enguerrando de Azagra, esto es, el padre Roger, salió de su ermita.

Había estado gran tiempo ante el altar de la Virgen, tendido boca abajo en el suelo, y con los brazos abiertos en cruz.

Se había levantado al fin.

Había salido.

Atravesó el puente y parte de la villa, en dirección á la casa del obispo.

Don Ubaldo, que se acostaba muy tarde y se levantaba muy temprano, ocupado siempre en sus devociones y en

el gobierno de su iglesia, se encontraba á punto para recibir á don Enguerrando.

Le recibió con una marcada distinción.

Se encerró con él en su cámara.

Entonces don Enguerrando se despojó del capuz.

Dejó descubierta su noble y hermosa cabeza, más noble aún por su larga y profusa cabellera blanca, y por su blanca y larga barba.

Era una admirable figura.

En sus negros ojos resplandecía la fuerza de la vida.

Se revelaba la sangre de las pasiones.

Se arrodilló ante el obispo y le besó la mano.

El obispo le bendijo y le alzó.

Le hizo sentar.

—Mi buen padre, dijo don Enguerrando: ha llegado la hora.

—¿La hora de qué, mi noble amigo? contestó el obispo.

—Treinta años, señor, dijo don Enguerrando, he pasado en las más duras penitencias: yo no podía pedir á Dios un milagro: esto es, la resurrección de la noble mujer que me satisfizo con un amor que no era de la tierra, de la traición y de la injuria que me había hecho sufrir una esposa culpable á la que por ante Dios y con toda la lealtal de mi corazón he perdonado: pero le he pedido sí me volviese la perdida hija de mi amor. Dios me ha oído: Dios ha visto que pudiendo haber recobrado mi baronía, mis estados, el alto lugar que en estos reinos de Aragón la Providencia me ha concedido, repitiendo mi herencia y la de mi esposa, y el lustre del nombre de mis abuelos, he dejado en posesión de todo lo que era

mío al hijo del adulterio; al altivo, al soberbio don Rodrigo, no de Azagra, sino bastardo de Segura.

—Habéis cumplido como debíais, como buen caballero y como buen cristiano, dijo el obispo, y yo por eso os he protegido.

—Yo os lo agradezco con toda mi alma, y cuento con que seguiréis protegiéndome.

—Contad con mi protección entera, don Enguerrando.

—Dios me ha oído y me ha enviado mi hija, señor: sí, mi hija, que es la hermosa doncella á quien, de ella prendado don Pedro Ahones, pretendía aterrar para hacerla suya. Yo tengo por mi sangre y por Dios el deber de velar por mi hija. Yo no puedo continuar sirviendo en su santuario de Teruel á la Santísima Virgen María Nuestra Señora del Pilar. Pero yo seguiré en mi penitencia donde quiera que me encuentre. Haced, señor, que un monje que vos elijáis, sirva durante mi ausencia á Nuestra Señora: yo, Dios mediante, volveré un día: yo quiero reposar en la tumba que con mis manos he abierto á la sombra y bajo el amparo de Nuestra Señora, cuando Dios sea servido de llamarme á juicio. Yo volveré, sí; el corazón me dice que cuando cumpla mi misión sobre la tierra volveré al santo asilo del que hoy, por la voluntad de Dios, me veo obligado á apartarme.

—Las razones que me dais, dijo el obispo, son poderosas, y por ellas debo complaceros y os complaceré; pero mirad lo que hacéis, don Enguerrando: pensad siempre que el amor de padre puede perderos, esterilizar los largos años de vuestra penitencia.

—Será siempre la voluntad del Señor, mi buen amigo.

—Sólo Dios sabe los caminos por los cuales lleva á sus criaturas para probarlas, dijo el obispo.

—Esta noche, señor, abandonaré la ermita, dijo don Enguerrando.

—Mañana un nuevo ermitaño servirá temporalmente á la Virgen.

Don Enguerrando se arrodilló de nuevo.

De nuevo el obispo le bendijo.

Don Enguerrando salió de la casa episcopal.

Se volvió á su ermita.

Pasó todo el día en oración.

Apenas oscureció, don Enguerrando bajó al subterráneo que ya conocemos.

Llegó á un oscuro ángulo de él.

Allí había una estrecha y baja puerta de hierro.

Sacó una llave don Enguerrando y abrió la puerta.

Entró en un reducido espacio.

En él, colgado de una escarpia, había un arnés dorado.

En el escudo campeaba una cruz verde.

Signo de fe.

Signo de esperanza.

Junto al arnés, al que acompañaban una espada, un puñal de misericordia y un hacha de armas montada en oro, de gran mérito y gran riqueza, había un ropón de tela finísima de lana roja, bordada en sus orlas, en sus bordes y sus descotes de oro.

Debajo de estas armas, de estas prendas, había un arca.

Aquella arca contenía una fuerte cantidad.

Casi un tesoro.

Este tesoro procedía de las limosnas de treinta años.

De las preciosas recompensas que se habían dado al milagroso ermitaño por sus maravillosas curaciones.

De donativos del rey á aquella santa ermita.

Don Enguerrando había gastado largamente en la Virgen.

Había gastado largamente en obras de caridad.

Sin embargo, le había quedado oro bastante para poder mantener noblemente, por diez años, una poderosa mesnada.

Don Enguerrando había esperado siempre encontrar á su hija.

Había necesitado, pues, tener hecha para su hija, una gran fortuna.

¿Sabía él acaso en qué situación tristísima podía su hija presentársele?

El oro es la gran fuerza; la fuerza irresistible entre los hombres.

Don Enguerrando, pues, había acumulado riquezas.

El oro, en dinero, para determinar una gran fortuna, abulta mucho.

Hoy tenemos los valores en papel.

Una simple obligación de un Banco puede representar una fortuna inmensa.

Entonces, para reducir el volumen de la riqueza, no había más que un medio.

La pedrería.

Don Enguerrando, pues, se había procurado toda la más rica pedrería que había podido, para disminuir el volumen de su oro.

Había, pues, en aquel cofre, gruesos diamantes, car-

bunclos de un valor incalculable, perlas por las cuales, á impulsos de la vanidad, hubiera dado una poderosa reina su alma.

Había allí mucha fuerza en muy poco espacio.

Don Enguerrando sacó de aquel mismo cofre unas alforjas de cuero.

Las dos bolsas de aquellas alforjas estaban cerradas por varillas de acero, que pasando por anillos, se sujetaban á un extremo por un candado.

Esperando siempre á su hija, don Enguerrando lo había preparado todo para estar dispuesto á la partida, en el momento en que ésta fuese necesaria.

Trasladó á aquellas alforjas todo el oro y todas las alhajas que el cofre contenía.

Se vistió luego un fuerte traje de ante, bordado de plata.

De los que usaban los altivos y poderosos ricohombres para debajo del arnés.

Luego, pieza por pieza, armó el arnés sobre su cuerpo.

Se echó encima el ropón rojo.

Plegó este ropón sobre la cintura, con un talabarte chapeado de oro sobre acero.

Colgó de aquel talabarte su espada, su puñal, su hacha de armas.

Cubrió su cabeza con un amplio capuz rojo, por bajo del cual apenas si se veía la extremidad de la luenga barba blanca.

Sobre este capuz se puso un fuerte y pesado casco con un horrible dragón alado por cimera.

Se cargó sobre el hombro izquierdo las pesadas alforjas.

Embrazó el dorado escudo.

Dejó el subterráneo cerrando las puertas.

Dejó junto á la última, por la parte de adentro y apagada, la lámpara de que se había servido, diciendo mudamente con esta acción:

—Yo volveré.

Tocó un resorte de aquella puerta, que era secreta.

La puerta se abrió silenciosamente.

La pasó don Enguerrando y volvió á cerrarla.

Nadie podía conocer que allí había una entrada.

Don Enguerrando subió una escalera de pocos peldaños.

Se encontró en la ermita, junto al altar, alzando una gran losa, que era también una puerta secreta.

Una vez en el santuario, don Enguerrando se arrodilló ante la Virgen, y oró.

Se alzó al fin y abandonó la ermita.

Se alejó sin volver la vista atrás.

Tomó hacia lo más intrincado del bosque, que bordeaba por aquella parte la margen del Guadalaviar.

No obstante, el peso de su arnés y el de las alforjas, don Enguerrando marchaba desembarazadamente.

Cuando llegó á lo más cerrado del bosque hizo sonar su bocina.

Repitió tres veces el toque que repitieron, retronando, los ecos.

Como por encanto, se presentaron, viniendo de acá y de allá, de todas las direcciones, muchos hombres.

Parecían labriegos de las inmediaciones.

Habían oído un toque de llamada de guerra, y habían acudido, ignorando la causa de aquel llamamiento.

Pero ya hemos visto que la tierra no estaba muy segura.

Muchos nobles, como don Pedro Ahones, andaban inquietos y aparecían por todas partes.

Y esto cuando menos se les esperaba.

Trataban la comarca en que se encontraban, como país conquistado.

Así es que á cualquier son de guerra, á la primera señal de invasión, los habitantes acudían armados al lugar donde se hacía sentir el peligro.

La mayor parte de los que habían acudido, al son de la bocina de don Enguerrando, venían armados.

Se maravillaron de ver un caballero solo y á pie.

Ellos temían encontrar una poderosa falanje.

Estaba aún muy próxima la invasión de don Pedro Ahones y de su hermano, el obispo de Tarragona.

—Amigos, dijo don Enguerrando, cuando á él se acercaron una cincuentena de hombres, confiados al verle solo y en actitud pacífica: ¿me reconocéis?

—Vos sois, señor, el venerable padre Roger, dijo uno de los de más edad.

—Sí, yo soy, dijo don Enguerrando; y no os extrañe el ver convertido al monje en caballero: tal ha sido la voluntad de Dios, que me ha hecho conocer en una aparición inefable su Santísima Madre Nuestra Señora del Pilar: Dios quiere que yo peregrine por la fe, defendiéndola de herejes, y ayudando á libertar del dominio de los infieles el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. Es necesario que os arméis los que podáis dejar vuestros hogares. Yo tomaré á sueldo, á un sueldo

honrado como el que pudiera dar un rey, á los que me siguieren. Yo seré su caudillo. Yo los llevaré á la victoria por la fe, ó al goce de la eterna bienaventuranza por el martirio sufrido por Dios. ¿Qué decís?

—Que tras vos, santo ermitaño, irán todos los que no tienen una familia por la que mirar: todos los que puedan cabalgar, enristrar una lanza, disparar una ballesta, dijo el anciano que antes había hablado: todos los mozos y todos los viudos sin hijos.

—Pues que esto sea cuanto antes, dijo don Enguerrando.

—Antes de dos horas, señor, dijo el mismo, tendréis una hueste de seiscientos á ochocientos hombres: que á más de que la guerra por Dios es una obligación de todo cristiano, como los tiempos son recios y el dinero anda por las nubes, se busca un sueldo como se busca la vida: pero muchos de ellos, señor, no tendrán ni armas ni caballos. En cambio todos os traerán un corazón leal y adicto á vos, y que no se espante por ningún peligro.

—Así me place, dijo don Enguerrando: armas y caballos las tendréis sobradamente en Zaragoza. Ahora ¡vive nuestro rey don Pedro y mueran los albigenses!

Contestaron todos con entusiasmo al viva y al muera de don Enguerrando.

—No hay que perder tiempo, dijo éste: dentro de dos horas quiero partir con el mayor número de gente que se pueda para Zaragoza. Es necesario limpiar la tierra, no sólo de herejes sino de malhechores: así me lo ha ordenado la Santísima Virgen. Muchos señores, como don Pedro Ahones y su hermano, á pretexto de perseguir á

los herejes, se han lanzado al campo con sus escuderos; han caído sobre lugares débiles ó mal defendidos, y á pretexto de religión, los han entrado á saco, y han cometido todo género de injurias contra doncellas, casadas, viudas, enfermos y ancianos. Es preciso purgar la tierra de estos nobles malhechores, sirviendo de este modo á Dios, al rey, á Aragón y á nuestro prójimo. Esta es la voluntad del Señor, que me ha sido revelada por la Virgen Santísima.

No se necesitaba tanto para interesar á aquellos buenos y sencillos campesinos.

Tenían fe en Dios.

Creían un santo al padre Roger.

Habían sentido, además, la tiranía de los nobles descontentos, que á pretexto de servir á Dios y al rey, corrían la tierra, la devastaban, y después de una sangrienta excursión, se volvían á sus castillos solariegos, cargados con la presa ni más ni menos que como el águila vuela á su nido.

Don Enguerrando siguió á aquellos hombres que le vitoreaban, ebrios de entusiasmo, y estableció lo que podía llamarse su cuartel general, en un molino á una legua de Teruel, junto á un sendero que conducía al camino real de Zaragoza.

Dos horas después, jinete en un poderoso caballo que se había procurado, caminaba por aquella vía, llevando consigo una tropa, no ya de seiscientos ú ochocientos hombres, sino de más de mil quinientos.

Todos habían recibido un mes de soldada adelantado.

Algunos iban á caballo, y armados como habían podido.

La mayor parte á pie, y una gran parte de éstos, sin armas de ninguna especie.

Pero todos llevaban ración de pan, de abadejo y de vino para tres días, que era lo que se debía tardar en llegar á Zaragoza.

Al arrancar para la jornada, don Enguerrando se volvió hacia la torre de Segura, que se veía allá á lo lejos, en la vertiente del cerro en que se asienta Teruel, y exclamó:

—¡Ah, torre maldita! ¡Yo volveré un día, mediante Dios, y en tí, sobre las señales de mi sangre que en tí quedan ha de resplandecer la justicia del Señor!

LIBRO SEGUNDO

EN BARCELONA

CAPITULO PRIMERO

En que aparece un misterio en una hermosísima mujer

La hostería de *Los Tres caballeros negros* estaba en Barcelona, en la Plaza Real.

Era un lugar de reunión, en su piso bajo, compuesto de algunos grandes salones dispuestos para el despacho general, de todo lo que había de noble, de aventurero, de diabólico en la ciudad condal.

Su proximidad al palacio real, donde moraban los reyes de Aragón cuando iban (y esto era con mucha frecuencia) á la cabeza, á la corte, por decirlo así, de su condado de Barcelona, hacía muy considerada esta hostería.

En el piso superior había gran número de habitaciones, mayores ó menores, pero todas honorablemente amue-

bladas y ornamentadas, y con todas las comodidades que se conocían en aquellos tiempos.

Era dueño de esta hostería un italiano que había llegado seis años antes á Barcelona, sin saberse de dónde venía, acompañado de una *ragazza* como de diez y seis á diez y ocho años que se llamaba Angiolina.

Venía vendiendo un filtro que, según él decía, servía para curar todas las enfermedades.

Este filtro producía en muchos casos maravillosos efectos, porque además de ser un purgante poderoso, tenía enérgicas cualidades depurativas, limpiaba admirablemente el estómago, y como á estómago sano no hay enfermedad grave posible, adquirió muy pronto una gran reputación el *filtro de la vida*, que así llamaba pomposamente á su medicamento el señor Piccolomini.

Era, además, muy barato este brebaje.

Con seis sueldos barceloneses se obtenía una cantidad sobrada para limpiar diez estómagos.

Tenía, además de esto, una gran verbosidad el señor Piccolomini.

Contaba historias de terribles enfermedades curadas con su filtro, y á vueltas de esto salían pedazos de enmarañadas historias de las gentes que habían recobrado la salud perdida por medio de la medicina maravillosa.

La *turbamulta* se agrupaba delante del soportal donde establecía su despacho sobre la vía pública, con licencia del señor Conceller encargado de la policía menuda, y oían con placer sus relatos, y se reían con sus bigarderías italianas, que eran de todo punto epigramáticas y punzantes.

Vendía, pues, muy bien el señor Piccolomini.

Pero lo que más le favorecía para sus ventas, era la maravillosa hermosura de Angiolina, que no se sabía lo que de él fuese; si hija, sobrina, hermana muy menor, esposa, concubina ó criada.

Ella era alta, esbelta, admirable.

Aparecía más grave que lo que era de suponer en su juventud.

Sus grandes ojos pardos, de una hermosura perfecta, y melancólicos y dulces, parecían indiferentes á todo.

En su boca, de una forma preciosa, y de un color vivo y fresquísimo, había un no sé qué de triste desdén, de indiferencia á todo.

Vestía tres túnicas sobrepuestas, la una más larga que la otra, de seda, de colores vivos, y con profusión de bordaduras doradas.

Un traje de punto de relumbrón.

Ceñía su cabeza una toca de seda blanca, con bordaduras de plata, elegantemente plegada.

Sus largas y pesadas trenzas castañas caían por delante de su seno, y producían muy buen efecto, entrelazadas con hilos de oro y cuentas doradas.

Su garganta aunque larga y mórbida, estaba casi encubierta, así como el nacimiento de su ya turgente seno, por una multitud de cadenas y de collares dorados y plateados, y de pedrería falsa.

De todos estos collares pendían medallas y amuletos.

Toda esta bizarría de colores, de borlas de oro, de plata y de pedrería, por más que todo fuese falso, ó de alquimia, como se decía entonces, contrastaban de una ma-

nera admirable con la gallarda colocación de la cabeza sobre la garganta, larga y voluptuosa; con su semblante, dulcemente ovalado; con su frente serena y pura; con sus brazos, de una forma y de una pureza y de una morbidez de todo punto bellos é incitantes, y con la nitidez, la tersura y la transparencia de la piel.

Angiolina era la que despachaba los botecillos de vidrio azul oscuro, que contenían el filtro milagroso.

Ella la que cobraba y daba los cambios.

Ella la que con una voz dulce, sonora, cadenciosa, explicaba las virtudes del específico y la manera de usarlo.

Muchos caballeros, muchos apasionados de lo bello, muchos libertinos, compraban la pócima, no porque hubiesen necesidad de ella, sino por cruzar la palabra con la hermosa vendedora, por apretarle las extremidades de los rosados dedos cuando les entregaba el pomo.

Muchos no tomaban la vuelta de la moneda de oro ó de plata con que pagaban.

Angiolina les daba lánguidamente las gracias, los miraba con una expresión indiferente, iba á sentarse en los cojines que estaban sobre una alfombrilla, tomaba un rico y reluciente laúd, y se ponía á pregonar en una bella canción, y en hermosos versos provenzales, las excelencias de su medicamento.

Era, además, curandera, con permiso y patente de sanidad del señor Conceller encargado.

Pero curandera solamente de mujeres.

Si hubiera curado á los hombres no sabemos hasta qué número inverosímil hubieran llegado los enfermos.

Angiolina era la que despachaba los botecillos de vidrio azul oscuro, que contenían el filtro milagroso

De los hombres se encargaba el señor Piccolomini.

Para estas curaciones tenían armada una pequeña tienda de cuero dentro del soportal.

Allí se entraban él ó ella, con el ó con la pacienta.

Con suma frecuencia se entablaban, una vez dentro de la tienda, estos diálogos.

Uno que parecía un poderoso señor joven, ó ya talludo y aún viejo decía al señor Piccolomini esta ú otra cosa semejante:

—La enfermedad que yo padezco es un enamoramiento que me está acabando, por esa hechicera que os acompaña, y yo puedo haceros á vos rico y á ella princesa.

—Siento mucho, señor caballero, decía el señor Piccolomini sonriendo, verme obligado á deciros que no tengo yo remedio para esa enfermedad.

—Poned precio.

—Lo que no existe no tiene precio alguno.

—Significad, por lo menos, á esa señora, la estimación en que la tengo, presentándola de parte mía este collar.

—Dios os lo premie, caballero, decía el señor Piccolomini, guardando la joya: esta pobre criatura os lo agradecerá mucho.

El pretendiente salía soñando en que sus liberalidades le proporcionarían, aunque fuera á un precio exhorbitante, el remedio de su dolencia.

En cuanto á ella, á cada paso, una vieja ó una joven, una vez dentro de la tienda, la hacían deslumbrantes proposiciones de parte de este ó del otro caballero enamorado.

Ella respondía que su amor era una medicina que ella no tenía en venta, ni la tendría nunca.

Encontraba siempre á las pocas palabras una concluyente que cortaba la cuestión, y aceptaba el regalo que se la hacía dando dulcemente las gracias.

De esta manera, con las grandes ventas, con las numerosas curaciones y con los ricos regalos, en menos de un año el señor Piccolomini y su compañera se encontraron ricos y en posesión de emprender una industria más cómoda, más levantada y más lucrativa.

Había en la Plaza Real, teniendo cabalmente la entrada por el soportal donde Piccolomini y Angiolina ejercían su industria, un bajo y enorme caserón de piedra, al cual podía llamarse muy bien palacio, que hacia años y años estaba deshabitado.

Se decía que lo poblaban espíritus malignos y que al que se atrevía á pasar la noche le acontecía dentro de los siete días una horrible desgracia.

Una de dos: ó Piccolomini no temía al diablo ó tenía parte con él.

Un día, cuando se sintió bien fuerte de dinero se fué al mayordomo del ricohombre de Aragón, y hombre bueno, y síndico de la ciudad de Barcelona, á quien pertenecía la casa maldita, el señor Piccolomini, y le dijo:

—Vuestro noble señor tiene en su pingüe hacienda un padrastro. Ese padrastro es su casa de la Plaza Real.

—¿Y á qué eso? le dijo con suma amabilidad el tieso mayordomo del señor de Cruilles.

—¿A qué? Vuestro señor nada aprovecha de esa casa:

ni se atreve á vivir en ella, ni hay quien en ella se atreva á vivir: ¿me vendería vuestro señor esa casa?

—No tenéis vos pelo para adquirir un tan gran palacio, dijo el mayordomo.

—Aunque fuese calvo importaría poco, porque muy poco es lo que esa casa vale: ni aun para echarla abajo sirve: nadie compraría los materiales, de miedo de que en ellos fuesen amasados los diablos.

En fin: tira y afloja, y habiendo ido Angiolina en persona á solicitar la venta del mismo señor de Cruilles, que era más de un tanto aficionado á las buenas mozas, se obtuvo la casa.

Pero en Simón de Cruilles, que era tan altivo como podía serlo, y aun con exageración, y á más de esto espléndido, por no perder de todo punto el dominio sobre su inmueble, le vendió á censo perpetuo, pero su magnificencia hizo casi donación el censo, que se redujo á veinticinco sueldos barceloneses de plata por cada un año.

Mediante escritura pública, el señor Piccolomini se encontró en pleno dominio del palacio, con facultades para derribar, trastrocar, cambiar, hacer y deshacer en la casa, salva una restricción: la de mantener en ella, y de una manera que fuese visible á todo el mundo, el escudo de armas de los Cruilles.

—¿Y pretendéis vivir en esta casa?

—¿Estáis dejado de la mano de Dios?

—¿Queréis permanecer con vuestra Angiolina?

—No teméis que el diablo os lleve á los dos?

—¿Tan desesperado estáis que queréis morir de mala muerte?

Estas y otras cosas decían, interesándose por él, al señor Piccolomini, sus buenos conocimientos.

Pero Piccolomini se reía.

Empezó por irse al monasterio de San Pablo.

Sacó de él cuatro monjes que tenían una gran fama de lanzadores de demonios.

Se metió con ellos, que iban precedidos por una cruz, y con Angiolina, en la casa maldita, en presencia de una estupefacta muchedumbre.

La casa fué regada convenientemente con agua bendita.

Se pronunciaron en ella deprecaciones espirituales.

Se incitó á los demonios.

Se les conminó con terribles castigos si no dejaban aquella morada.

Se hizo, en fin, todo lo que en tales casos hacen los que saben hacerlo, y tienen carácter y facultades para ello; y los cuatro monjes salieron diciendo que la casa había quedado tan limpia de demonios, como si nunca los demonios hubiesen en ella estado.

En resumen: el señor Piccolomini y la encantadora niña Angiolina metieron en la casa su pequeño menaje, que hasta entonces habían tenido en un miserable casuco, contra el muro de la Puerta de la Mar, y habitaron en el caserón, no sin espanto de los que los estimaban, que creían de buena fe, á pesar de la garantía dada por los cuatro monjes exorcisadores, que apenas transcurrida una semana, el señor Piccolomini y la hermosísima señora Angiolina habrían perecido de una manera miserable y espantosa.

Pero no sucedió así.

Pasó una semana.

Dos, tres, cinco.

Pasaron meses.

Pasó un año.

Ninguna desgracia había sucedido al señor Piccolomini ni á la señora Angiolina.

Se creyó, por último, de todo punto purificada la casa.

Además, parecía que habían prosperado Piccolomini y Angiolina.

Se mostraban frescos y lucios.

Había quien creía que él se había rejuvenecido, y que ella había ganado por lo menos otro tanto en hermosura.

El señor Piccolomini tenía sus motivos para estar contentísimo.

Se había encontrado con un edificio enorme, en el cual abundaban salones y cámaras verdaderamente regias.

El ascendiente del poderoso barón ricohombre de Aragón y hombre bueno y síndico de la nobilísima ciudad de Barcelona, Simón de Cruilles, debía de haberse gastado tesoros en la construcción de aquella casa.

Las ornamentaciones en piedra aparecían intactas.

Pero las de madera y las de estuco estaban apolilladas ó pulverizadas.

De las tapicerías sólo quedaban las de cuero marroquí, y aún así en muy mal estado.

El señor Piccolomini suspiraba cuando veía tanta grandeza y tanta magnificencia lastimadas, para restaurar las cuales, aunque se había puesto riquillo, no bastaba su dinero.

Remendar, era un disparate.

Los remiendos hubieran producido un malísimo efecto.

Había necesidad de restaurar seriamente.

Esta era demasiada empresa para las fuerzas de Piccolomini.

Acabó por arrepentirse de haber comprado aquella casa, aunque podía decirse muy bien que á causa de lo exiguo, de lo insignificante del censo, se la habían regalado.

Pero de nada le servía.

Él la había comprado con la intención de desendemoniarla y hacer de ella un magnífico hotel; una casa de hospedaje que fuese la mejor de Europa, y donde fueran á parar todas las personas ilustres que pasasen por Barcelona.

Angiolina veía, sonriendo, la desesperación de su padre.

El padre se irritaba cuanto podía irritarse con su hija; es decir: se impacientaba momentáneamente y exclamaba:

—No parece sino que tú te gozas en mi desesperación.

—Es que yo tengo gran confianza en mis sueños, le respondió un día Angiolina.

—¿Y qué has soñado? le dijo con ansiedad su padre.

—Si yo os dijera lo que he soñado, mi sueño no se cumpliría, padre mío, respondió Angiolina.

El padre se rendía á esta prudente observación, y sufría ya con paciencia la sonrisa de su hija: cuando no pudiendo contenerse se quejaba por la millonésima vez del disparate que había cometido adquiriendo el viejo y magnífico caserón de Simón de Cruilles.

Angiolina tenía fundados motivos para sonreir.

No había soñado.

Había visto.

Mejor dicho, había encontrado.

En el centro de la casa había un magnífico patio.

Este patio estaba ornamentado con toda la variedad, con toda la profusión, con toda la originalidad del género románico que se admira hoy en los restos del claustro del monasterio de Poblet.

Angiolina había elegido para dormitorio suyo un pequeño retrete, bastante bien conservado, que ocupaba toda la planta de un pabellón que sobre el patio avanzaba.

El patio, que era enorme, estaba poblado de grandes árboles centenarios, que extendían libremente su follaje sobre un terreno espesamente cubierto de hierbas espontáneamente nacidas.

El aspecto selvático de estos árboles, de este terreno, comunicaban una cierta melancolía al alma de Angiolina.

En las noches serenas, cuando la luna, en lo más alto del cielo, inundaba con su luz pálida los espesos follajes, determinando en ellos y en las ornamentaciones del patio fantásticas penumbras, Angiolina, asomada á uno de los arcos de su retrete, que sobre este patio-jardín daba, perdía su espíritu en lo infinito, en lo soñado, en lo poético.

Se abismaba en la idea de Dios.

Levantaba su espíritu.

Se explicaba porqué siendo tan pretendida por tantos enamorados, muchos de los cuales hubieran obtenido favores de cualquiera otra mujer, no había amado, á pesar de que sentía desde hacía tiempo, desde que había entrado en la adolescencia, el hambre del amor del alma, que cada día crecía.

Y era que todo parecía pequeño á la ardiente, á la poética fantasía de Angiolina.

Por eso perdía su espíritu en la inmensidad.

Veía en las nubes que pasaban por el espacio, iluminadas por la luna, con un fuerte claro-oscuro, fantasmas que para ella tomaban formas reales, ya bellísimas, ya monstruosas.

De la misma manera los claros, los rompientes del follaje, las proyecciones de luz que en el terreno se marcaban, tomaban para ella prodigiosas formas; formas de seres sobrenaturales, que bullían, que iban, que venían, que pasaban, que volvían á aparecer, que la miraban, que la hacían muecas, que la sonreían.

Era verdaderamente extraño lo que la encendida imaginación de Angiolina se fingía en la luz de la luna, en el espacio, sobre las nubes, á través de los follajes, en el terreno tapizado de hierbas parásitas, sembrado de espinos, de adormideras, de ortigas.

Y en medio de aquellos espectros que se fingía su fantasía, se destacaba un semblante bellísimo, embriagador; un arcángel de una suprema belleza, de un encanto infinito.

Aquel arcángel era hijo del deseo de Angiolina.

Como ella hacía brotar con su poderosa imaginación, con su maravillosa fuerza de voluntad aquel arcángel en la sombra, así necesitaba la relación de aquel sueño, salido para ella de entre el misterio de la vida.

Así es que todos los amores que la habían buscado la habían encontrado muda é insensible.

Y agonizaba.

Se sentía huérfana.

Nada la contentaba.

Sufría en silencio los tormentos que la producían la sed y el hambre de su alma.

Por eso perdía su espíritu en lo infinito.

Porque en lo infinito estaba para ella su sombra dorada.

El deseo de su amor.

Una noche (la luna llena brillaba con una luz dulcísima en lo más alto del cielo) le pareció ver cruzar una sombra por delante de la gran fuente del patio, de cuyo borbollón de agua la luna arrancaba fúlgidos destellos.

Pero aquella sombra era negra, indeterminada.

Detrás pasó otra sombra, con el intervalo de algunos segundos.

Pasado un intervalo semejante pasó una tercera sombra.

Eran tres bultos reales.

Indudablemente tres hombres.

No eran un sueño, un aborto de la imaginación de Angiolina.

Cada uno de aquellos tres bultos había dado un rodeo y había pasado por debajo del mirador en que Angiolina estaba, iluminada de lleno por la luna.

Cada uno de estos tres bultos se había detenido, había alzado la cabeza, y había mirado durante un breve espacio á Angiolina.

Esto no había podido delatar sus semblantes.

Sólo había podido darse cuenta de que, á juzgar por su traje, los tres eran, al parecer, tres grandes caballeros.

Pero de una apariencia más altiva, más rica, el primero.

Inferior un tanto en aspecto al segundo.

Inferior á este segundo el tercero.

Pasaron.

Se perdieron en la sombra.

Angiolina los había visto aparecer, rodear, detenerse, mirarla, pasar, perderse, sin empalidecer y sin temblar.

Amaba lo extraordinario.

Lo fantástico la atraía.

Esperó en su mirador, por ver si se repetía la aparición.

Pero llegó el día sin que la aparición se repitiese.

Esto había sucedido á los quince días de morar en la casa el señor Piccolomini y Angiolina.

Angiolina cerró el mirador y se recogió.

Cuando se levantó, cuando el señor Piccolomini la vió, encontró en ella algo de extraño.

Una expresión fantástica, por decirlo así, que aumentaba su hermosura.

Parecía más joven, más poderosa.

—Me parece que te prueba muy bien la estancia en esta casa maldita, dijo Piccolomini.

—Ya sabéis que los cadáveres me atraen, respondió Angiolina, porque en ellos se revela el misterio de la vida, y empieza lo incomprensible, el misterio de la eternidad. Esta casa es misteriosa. Representa para mí un panteón de cosas pasadas y perdidas en el gran universo. Yo me siento aquí muy bien. Esto habla al misterio de mí misma, porque yo soy para mí misma un misterio hasta que vos habléis.

—Hablar no puedo, dijo Piccolomini: un juramento sella mis labios.

Y calló, y se alejó.

Llegó la siguiente noche.

Subió la luna.

Penetró en el patio.

Le inundó con luz melancólica.

Era la media noche.

Angiolina, que no había olvidado á los tres caballeros negros, no esperó en el mirador.

Bajo al patio.

Diríamos mejor, al jardín.

Se sentó al lado de la fuente y esperó.

CAPITULO II

En que se aclara en gran manera el misterio que envolvía á Angiolina

No transcurrió mucho tiempo hasta que Angiolina sintió un leve rozamiento entre las altas hierbas.

Volvió la cabeza hacia el lugar de donde aquel leve ruido había provenido.

Vió á poca distancia el bulto negro del primer caballero de la noche anterior.

Angiolina permaneció inmóvil.

No sentía absolutamente miedo.

La aparición avanzó.

Dejó ver á cada momento más que era un ser viviente.

Llegó á Angiolina.

A alguna distancia estaban, el uno tras el otro, los otros dos caballeros.

El que se había acercado á Angiolina hincó en tierra una rodilla.

Tomó á Angiolina una mano que tenía abandonada y se la besó.

Angiolina, que miraba profundamente al caballero negro, completamente negro, porque tenía un antifaz negro sobre el rostro, retiró su mano y se puso de pie.

Aparecía perfectamente tranquila.

De pie se puso también el caballero.

—¿Quién sois? le preguntó con la voz serena, sonora y dulce Angiolina.

El caballero se quitó la toca negra, que era voluminosa.

Una especie de turbante.

Dejó ver su rica cabellera rubia.

Luego se despojó del antifaz.

Le daba en el semblante la luz de la luna.

Era muy blanco.

O por efecto de la luz de la luna lo parecía.

Muy pálido.

Era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años.

No era bello.

Pero lo parecía.

Tal era la simetría de sus formas.

El espíritu de su expresión.

—¿Me conocéis? la dijo con acento dulce y conmovido.

—Sí, señor, respondió Angiolina con respeto, pero sin preocupación de ningún género: vuestra señoría es el señor rey de Aragón, don Pedro *el Católico*.

Sonrió dulcemente el rey, y posó una mirada avara en Angiolina.

Una mirada saturada de amor, pero de un amor purísimo.

—Abrazadme, pues, la dijo el rey, como si yo fuese vuestro padre.

La voz del rey sonaba á lágrimas.

Angiolina se estremeció.

Se dejó caer en los brazos del rey.

Le besó en la boca, y entre su largo y suspirante beso, murmuró:

—¡Ah, padre mío!

Y así permanecieron el rey y Angiolina un largo espacio enlazados en un largo abrazo.

Al fin se separaron.

—¡Cruilles! dijo el rey.

Avanzó el caballero número dos, por decirlo así.

Al ver al rey descubierto, se descubrió.

Angiolina reconoció al noble Simón de Cruilles.

—Hé aquí la señora infanta, doña María de los Ángeles de Aragón, llamada Angiolina, dijo el rey, que por la misericordia de Dios hemos encontrado.

—Yo saludo con todo mi amor y todo mi respeto á la señora infanta, doña María de los Ángeles, dijo el señor de Cruilles inclinándose.

Luego se acercó á Angiolina, hincó en tierra una rodilla, la besó la mano, y se alzó.

—Guardad un profundo secreto acerca de lo que sabéis, En (1) Simón.

—Estad tranquilo, señor, dijo Cruilles.

—Haced que ese hombre no pueda interrumpirnos, ni aun saber que con la señora infanta hay nadie.

—Muy bien, señor, dijo Cruilles.

(1) *En*, equivalía en Cataluña al *don* de Castilla.

Y abarcando con un solo saludo al rey y á Angiolina, fué adonde el tercer caballero esperaba inmóvil.

—Serrallonga, le dijo, ponéos en el pasadizo, y si ese hombre sobreviene...

—¿Le mato? dijo Serrallonga con acento breve.

—No; no se os ocurre nunca otra cosa más expeditiva que matar.

—Lo que menos estorba, señor, dijo Serrallonga, y lo que más calla, es un muerto.

—Pues no matéis: espantadle únicamente si sobreviene.

—Muy bien, señor.

Y Cruilles y Serrallonga se perdieron entre los árboles.

El rey se sentó en el borde de la fuente.

Angiolina se sentó á su lado.

Tenían enlazadas las manos.

—Escuchadme, hija mía, la dijo el rey.

CAPITULO III

En que se aclara completamente el misterio de la historia de Angiolina

—Hace diez y siete años, dijo el rey, vino á Zaragoza, donde yo me encontraba, el cardenal Moro, legado del Papa.

Traía una carta de Su Santidad, referente á mis diferencias con el rey de Francia.

La historia que os voy á referir es muy breve, hija mía, porque no tiene nada de singular.

Voy á hablaros de vuestra madre.

Miraos en el terso cristal de esa fuente, que harto clara es la luna, y habréis conocido á vuestra madre.

Sois su perfecta semejanza.

Por eso sólo he podido reconoceros.

Vuestra madre era sobrina del cardenal Moro, romana, y, como vos, se llamaba Angiolina.

Había oído hablar de España como de una tierra

de maravillas, y había querido acompañar á su tío.

Éste se apresuró á complacerla.

La llevó á Zaragoza, y la presentó con la magnificencia y la ostentación de una princesa.

La ví, y la amé.

Mediaron hábiles servidores, y vuestra madre, enamorada de mí, fué mía.

Pero la amarga felicidad de nuestros amores duró muy poco.

Se apercibió de la falta de su sobrina el cardenal.

Se la llevó.

Estaba ya en cinta de vos.

Yo no pude impedir que vuestra madre me fuese arrebatada.

La alta dignidad del cardenal Moro, el alto encargo que junto á mí había traído, la representación del Papa de que estaba investido, todo esto hacía imposible un golpe de mano.

A más de esto, caballeros de mi corte y ballesteros de mi guarda, escoltaban al cardenal.

Hubiera sido un escándalo.

Yo contaba con entenderme con vuestra madre, cuando llegase á Roma, por medio de hábiles emisarios.

Yo no conocía al cardenal Moro.

Era terrible, implacable.

Dios haya tenido misericordia de su alma.

Lo que hizo con vuestra madre fué terrible.

Yo lo supe por los emisarios que envié.

Apenas llegó á Roma, encerró á su sobrina en el convento de la Anunciata.

Yo ordené á mis emisarios averiguasen lo que en el convento acontecía á vuestra madre, y que viesen el medio de sacarla de él, aunque fuese valiéndose de la fuerza.

Esto era imposible.

Mis emisarios averiguaron que vuestra madre había sido emparedada.

—¡Oh! ¡qué horror! exclamó Angiolina.

—Vos, formándoos, creciendo en las entrañas de vuestra madre, habéis estado con ella en una tumba de vivos.

—¡Y vos!... ¡vos!... ¿el poderoso rey de Aragón, no pudisteis hacer nada por mi infeliz madre, señor? exclamó con una gran vehemencia Angiolina.

—La violencia era inútil, dijo el rey: apelé á la compasión del cardenal Moro.

Pero nada conseguí.

Contestó con un silencio amenazador á mis cartas.

Después he sabido la razón de esto.

No era una razón de amor.

Era una razón de celos.

El cardenal Moro, que aún era joven, estaba ciegamente enamorado de su sobrina.

Ella había condenado al martirio aquel amor.

El cardenal no pudo resistir á la rabia, á la desesperación que le causó el saber que su sobrina había amado á un hombre, había sido suya, estaba en cinta de él.

Un servidor traidor había vendido nuestro secreto.

El cardenal llegó hasta el punto, después de haber ejercitado toda su crueldad en vuestra madre, de buscar contra mí una venganza aleve.

Sin la lealtad de mi cocinero, que resistió á las deslumbrantes ofertas de un enviado del cardenal, yo hubiera muerto envenenado.

Aquel italiano traidor, enviado del cardenal, apareció una mañana pendiente de una almena del castillo de la Aljafería.

Su cabeza, canforada, fué enviada, dentro de una caja, al cardenal Moro.

Éste tomó precauciones creyéndose en peligro, como si yo hubiera podido seguirle por la senda del asesinato.

Se rodeó de servidores fieles.

Durante mucho tiempo no comió en su casa.

Pasó, entretanto, tiempo suficiente para juzgar que la desdichada Angiolina había dado á luz un hijo mío.

Volví á escribir al cardenal.

Le insté, le ofrecí más que lo que hubiera podido soñar su ambición.

Sé mantuvo inflexible.

No me contestó.

Poco después murió.

Había muerto como todos los cardenales que por su grande influencia se hacen temibles á los otros.

Fué envenenado en la casa de un cardenal, aparentemente su grande amigo.

Me valí de aquel mismo cardenal.

De Fieramossa.

Me fué muy fácil ponerle á mi devoción.

Fieramossa penetró en la Anunciata.

Pero los informes que le dieron fueron terribles.

La sobrina del cardenal Moro había sido sacada de su

tumba en el punto en que se manifestó su próximo alumbramiento.

Había dado á luz una niña.

El cardenal se la había llevado.

Después vuestra madre había sido completamente emparedada.

Es decir: se la había dejado morir privada de aire y de alimento.

Angiolina escuchaba la cavernosa palabra del bravo rey don Pedro *el Católico*, estremecida, anhelante, apurando un tormento que hasta entonces no había sufrido; experimentando sentimientos que hasta entonces no la habían agitado; absorbiendo por sorpresa un dolor que no esperaba; aspirando un amor muerto.

Y todo por su madre.

Por aquella madre, en la cual tanto había pensado; por la cual tanto había preguntado sin obtener una contestación del señor Piccolomini.

Pero había pensado en su madre de una manera tranquila.

Como que la desdichada no había sentido el calor del seno maternal.

Como que había crecido sola, sin gozar de esos inefables cuidados de las madres, que son para los niños lo que el aire y el rocío para las nacientes flores.

Una agonía horrible se había apoderado de ella al conocer las horrendas desventuras de su madre.

Había brotado en su corazón una especie de odio hacia el rey; hacia su padre.

Ella se decía con una lógica aterradora:

—¿Por qué este hombre no dejó tranquila á mi madre? Sin su amor, tal vez mi madre hubiera sido feliz, ó por lo menos su suerte no hubiera sido tan espantosa!

Y á vueltas de un odio, agitaba su corazón por el rey un amor infinito.

Extraña dualidad del sentimiento.

De una parte, la luz.

De otra, la sombra.

Lo amargo y lo dulce.

Lo consolador y lo desesperante.

La ira luchando con la compasión.

Un alma partida en dos.

Y además, ese principio de egoísmo inherente al ser humano.

Ella era hija de un rey.

El rey la reconocía.

Por modesta, por desinteresada que fuese Angiolina, la nueva faz que tomaba su vida la halagaba.

El rey no podía menos de prohijarla.

En lo conmovido, en lo triste, en lo melancólico, en lo dulce de la palabra y del semblante de don Pedro, se comprendía que amaba á su hija.

Angiolina se sentía agitada por una multitud de pasiones contradictorias.

—Y decidme, señor, preguntó Angiolina, después de algunos instantes de silencio que habían sucedido á la pausa que el rey había hecho en su relato: ¿ese hombre que me ha criado, conoce las desgracias de mi madre?

—No, respondió el rey; Genaro Piccolomini era uno de

de los sacristanes inferiores de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma.

Era muy devoto y muy circunspecto.

Además de esto, muy honrado y muy casto.

Se hacía reparable por su grande piedad.

Se daba continuamente á las prácticas de una ardiente devoción.

Era de los apasionados más apasionados de la Virgen.

Con sólo ver á una Santa Madonna, se extasiaba, se le llenaban los ojos de lágrimas, se transportaba, caía en el éxtasis.

Faltó muy poco para que se le declarase santo en vida.

Pero como todos los hombres tenía su flaco.

Su lado negro.

Genaro Piccolomini era dado á las ciencas ocultas.

Tenía siempre entre las manos á Zoroastro y á Pitágoras.

Se decía de él que conocía el lenguaje de los demonios.

Que los evocaba, que los interrogaba.

Que había aprendido de ellos la astrología judiciaria, la nigromancia, la cabalística, y una multitud de ciencias negras.

La Inquisición romana le había examinado con una minuciosidad propia de su celo por la salvación de las almas y por la extirpación de los errores y de las malas prácticas.

Nada encontró de reprensible en Genaro Piccolomini.

Su fe era sólida.

Sus costumbres irreprochables.

Su piedad notoria.

Hacía un uso constante de su gran ciencia en medici-

na, y profundos conocimientos de las hierbas salutíferas, en beneficio de los pobres.

Pedía limosna para ellos.

Estimulaba en su favor á los poderosos.

Si evocaba á los demonios y les compelía á que compareciesen delante de él, no era ciertamente para usos abominables, sino para obligarlos, por medio de su incontrastable ciencia, á que le sirviesen.

Ante la Inquisición se sirvió de ellos.

Hizo comparecer á una legión entera.

Los inquisidores los vieron perfectamente.

Pudieron dar señas de cada uno de por sí.

Se decía de él que en aquella ocasión había hecho un milagro.

Había cerca de Roma, en un solitario y sombrío lugar de la campiña, junto á una de las revueltas del Tíber, una construcción que hacía muchos años no había podido pasar de los cimientos.

Aquella construcción debía ser un monasterio para los capuchinos penitenciales de *Gratia Dei*.

Pero habían querido hacer un tan grande, un tan magnífico convento en honra y gloria de Dios los humildes capuchinos, penitentes, que por más que para su obra contaban con la protección del Papa, y con continuas y largas limosnas, de los cimientos no había podido pasar en cuarenta años su proyectado monasterio.

Piccolomini ordenó á aquella invisible legión diabólica, que para que le sirvieran había arrancado, con un conjuro, del infierno, construyesen en sola una hora, que debía de ser la siguiente de la media noche inmediata, el pro-

yectado convento de los frailes capuchinos de *Gratia Dei*, y tal como ellos lo habían imaginado.

Que lo amueblasen como ellos querían.

Que enriquecieran el templo con cuadros, con imágenes de los mejores pintores y escultores.

Que enriquecieran su tesoro con vasos y objetos sagrados de un valor inestimable.

Que, en fin, trasladasen dormidos á su nueva habitación, hecha como por encanto, á los buenos religiosos, y que cuando éstos despertaran, se encontrasen con su obra concluída, y sin que faltase nada de lo que ellos habían deseado.

La legión se lanzó por la ventana de la sala donde estaba el tribunal de la Inquisición que examinaba á Genaro Piccolomini, y al día siguiente llegó á Roma la noticia de que, el apenas comenzado convento, estaba de todo punto concluído sin que le faltase una teja ni un baldón, y que los padres capuchinos se habían encontrado, al despertar, dentro de sus nuevas celdas.

Ellos atribuían este milagro á su Seráfico Padre San Francisco.

La Inquisición se asombró, y se dió á pensar en si era prudente quemar á aquel brujo, que tenía un tan maravilloso poder.

Pero atendiendo á que él no había usado de este poder sino en honra y gloria de Dios, haciendo sufrir á los demonios el horrendo martirio de emplearse en servicio de Dios, se fueron á la mano.

Dejaron correr la especie de que San Francisco había hecho el milagro.

Pero enviaron á ciertos frailes graves, poderosísimos en esto de deshacer los maleficios y lanzar á los demonios, no sólo de los hombres y de las bestias, sino también de la tierra y del aire, y para destruir sus obras, á fin de que viesen si la del nuevo convento era firme y validosa.

En efecto: los exorcisadores fueron, y por más que pronunciaron tremendas deprecaciones, y rociaron de agua bendita el edificio de alto abajo, ni un solo desconchado se hizo en él, ni se sintió el más leve olor á azufre, ni sobrevino, en fin, ninguna demostración de que allí había endemoniamiento alguno.

En fin, los inquisidores se aturdieron, y acabaron por creer que lo que había evocado Genaro Piccolomini, no había sido una legión de diablos, sino de arcángeles, á lo que no se comprendía con cuál objeto Piccolomini les había hecho tomar formas extrañas, como evocando á los malditos.

En una palabra: la Inquisición cobró miedo á Piccolomini.

—Yo creo muy bien, dijo el rey con un acento burlón y venal, que olía á una legua á excepticismo, que todo esto es una patraña inventada por el vulgo. Yo no creo fácilmente en los milagros: creo, más bien, que se han interpretado muy mal ciertas parábolas y figuras del Evangelio, y que hace falta que los lugares misteriosos de las Sagradas Escrituras se interpreten teniendo en cuenta las leyes naturales, y que no se declare hecho lo que es sólo una figura.

Al hablar así, el rey don Pedro II, á pesar de ser nombrado *el Católico*, producía un fuerte olor á herejía albigense.

Se comprendía como podía estar tan contrapuntado con Felipe Augusto, y con su lugarteniente, por decirlo así, en el Rosellón, el conde Simón de Monforte, poderosos y ciegos paladines de Roma.

Si milagros podía hacer y hacía Genaro Piccolomini, ¿cómo no se había hecho rico, cuando al fin viese que su piedad y sus prácticas, y sus obras de caridad no eran otra cosa que un denso y dorado velo con que encubría su sórdida avaricia?

La Inquisición, que le seguía á pesar de sus milagros, y que le temía por su inmenso poder sobre los malos, empezó á ver en él materia bastante para juzgarle con rigór, y le encarceló.

Genaro Piccolomini hubiera perecido sin duda á manos de la Inquisición, que habiéndole perdido el miedo se le echaba encima, si el implacable cardenal Moro no hubiese necesitado, para haceros desaparecer, un hombre que se viese obligado á alejarse para siempre de los Estados Romanos.

Logró Moro, por la grande influencia que con el Papa tenía, le entregase la persona de Piccolomini.

Una noche, en alta hora, entró un hombre enmascarado en la mazmorra en que, sepultado en vida y cargado de hierros, gemía el señor Piccolomini, muy pesaroso, completamente arrepentido y devorado del remordimiento por sí mismo, de haberse chanceado con la tremenda Inquisición de Roma, que no podía perdonarle sus burlas.

Aquel enmascarado, completamente vestido de negro, era el mismo cardenal Moro.

Le acompañaba uno de los sayones de la Inquisición,

disfrazado también, que quitó los hierros á Piccolomini.

Se le dieron vestidos nuevos y cómodos, porque los suyos se habían puesto inservibles durante su larga prisión.

Se le sacó de la cárcel, y se le metió en una oscura carroza, en la cual entró con él, encubierto siempre, el cardenal Moro.

En la carroza había, además, otra persona, á la cual Piccolomini no podía distinguir á causa de la oscuridad del interior de la carroza.

Pero se oía el llanto de una criatura recién nacida, y esta criatura debía estar en los brazos de alguien.

Tal vez en los de una nodriza.

No se habló ni una sola palabra durante el trayecto de la carroza, que fué largo.

Piccolomini no se atrevía á romper el silencio.

No sabía á qué se le destinaba.

Sólo se oía el llanto de la criatura, que por intervalos crecía.

Como á las tres horas de haberse puesto la carroza en movimiento se detuvo.

Se abrió la portezuela.

Salió la persona que tenía á la criatura recién nacida.

Se cerró la portezuela.

La carroza se puso de nuevo en movimiento.

Piccolomini se había quedado solo con el encubierto.

Continuaban las tinieblas en el interior de la carroza, aunque ya había amanecido.

—Vais á salir con seguridad de los Estados Pontificios,

dijo con voz ronca el encubierto. Vuestra será la culpa de las desgracias que os sobrevengan si volvéis á ellos.

—Yo juro á vuestra grandeza, dijo temblando Piccolomini, que ni con el pensamiento he de volver á ellos.

—Así obráis prudentemente, dijo con acento amenazador el encubierto, pero no es esto todo.

—Mandadme, señor, que yo obedeceré ciegamente á vuestra grandeza.

—Vais á salir dentro de poco de esta carroza, continuó el encubierto; gente brava y leal os conducirá hasta los límites de los Estados Pontificios. Allí encontraréis un carro cubierto. En el carro una aldeana, nodriza de una niña recién nacida. Decid á esta aldeana, que esa niña es hija vuestra.

—Muy bien, señor, dijo rendidamente Piccolomini.

—En el carro, además, prosiguió el otro, encontraréis dos cofres. El uno contiene buenas ropas interiores y exteriores para la criatura. El otro, buenas ropas interiores y exteriores para vos, y además una razonable cantidad en oro, con la que podréis vivir cómodamente durante algunos años.

—¡Ah, señor! ¡cuántos beneficios! exclamó Piccolomini, cogiendo una mano al cardenal y besándosela con efusión.

—Agradecido y prudente os quiero, contestó monseñor Moro retirando su mano. La nodriza de la niña es una hermosísima aldeana de la campiña de Roma. Aun no cuenta diez y ocho años. Está sola en el mundo: ha perdido á su marido, y al único hijo que de su matrimonio ha tenido. Es discreta. No amaba á su marido con el

cual se casó por conveniencia, encontrándose huérfana y miserable. Vos sois joven aún, dulce y bello. Conocéis demasiado á las mujeres. Podréis haceros amar de Marieta, y ser feliz con ella.

—¡Ah! ¡protector y salvador mío! exclamó Piccolomini.

Y se echó á llorar.

—Juradme, le dijo monseñor Moro, que jamás revelaréis nada á la niña, que pueda hacerla pensar en el misterio de su nacimiento.

—Lo juro, señor, dijo con vehemencia Piccolomini.

—Pues bien, dijo el cardenal; no os olvidéis jamás de vuestro juramento, y confiad en mí.

Después de esto, tiró del cordón, y la carroza se detuvo.

Se abrió la portezuela.

Era ya de día claro.

Hizo bajar á Piccolomini.

Una tropa, como hasta de veinte jinetes, todos ellos enmascarados, rodeó á Piccolomini.

La portezuela de la carroza se cerró.

Púsose en marcha el carruaje, y se perdió entre los árboles de una revuelta del camino.

Uno de los jinetes mandó á Piccolomini montase en una mula.

Se emprendió la marcha.

Ninguno de aquellos hombres hablaba.

Parecían espectros que se atrevían á afrontar la luz del sol.

Piccolomini no se atrevía á decir una sola palabra por miedo.

Durante la jornada, que duró veinte horas, no pasaron por ningún lugar habitado.

Se detuvieron dos veces en sitios fragosos para tomar algún alimento, y dar pienso y descanso á los caballos.

Al fin, en las primeras horas del día siguiente, llegaron á la frontera.

Esperaron ocultos en la maleza.

Dos horas después, y cuando faltaba una para el amanecer, llegó un carro cubierto, tirado por dos mulas, y resguardado por otros veinte hombres, encubiertos también. Piccolomini entró en el carro.

Se le mandó pasar la frontera.

Desde entonces no se volvió á saber de él.

Yo he conocido estos sucesos, porque cuando murió algunos años después monseñor Moro, envié algunos hombres hábiles para que procurasen averiguar si monseñor Moro había dejado alguna noticia de su sobrina.

Desempeñaron de tal manera su comisión aquellos servidores míos, que lograron se les entregase una relación acerca de su sobrina, inspirada sin duda por el remordimiento.

Mis emisarios la copiaron y me enviaron la copia.

He aquí cómo he podido saber lo que os he relatado, hija mía.

Yo hice buscar durante mucho tiempo, y sin descanso, al señor Piccolomini.

Tres años han durado las investigaciones en todos los reinos de España y aun en tierra de infieles.

Al fin fué necesario abandonarlas por inútiles.

Desde entonces han pasado cuatro años.

Hace algún tiempo, estando yo en Barcelona de paso para Perpiñán, tuve noticias de que un juglar, un curandero, un astrólogo, andaba por Barcelona ganándose la vida, acompañado de una hermosísima joven, de la cual no se sabía lo que el juglar fuese.

Este hechicero, este astrólogo, este médico, este brujo, se llamaba Piccolomini.

Se decía de vos, que apenas si llegabais á los quince años.

Atendiendo á las fechas, esta era la edad que debía tener la niña entregada por monseñor Moro á Piccolomini.

¿Pero era éste el mismo Piccolomini?

Había necesidad de averiguarlo.

Un día me disfracé completamente.

Tomé la apariencia de un mercader viejo y enfermo, y me fuí, acompañado de algunos de los de mi casa, disfrazados también, á la Plaza Real, al soportal mismo de esta casa, donde el señor Piccolomini hacía sus juegos y sus anuncios, y adivinaba lo que le había de suceder á todo el mundo.

Al veros me estremecí.

Me ardió en el corazón un amor violento.

No se podía dudar.

Erais vos.

Él, Piccolomini, el antiguo sacristán de San Juan de Letrán en Roma.

No se podía dudar acerca de vos.

Sois, ya os lo he dicho, un retrato viviente de vuestra madre.

Pero nada me atreví á hacer.

Yo no quería revelar mi secreto á nadie más que á vos.

Se os buscó por medio de mujeres hábiles.

Muchas veces habréis creído que os solicitaba un señor rico y libertino, y quien os buscaba era vuestro padre.

Vos rechazabais las más tentadoras ofertas.

Yo me desesperaba porque no podía hablaros, revelarme á vos, y al mismo tiempo me enorgullecía.

Erais altiva y honrada.

Respondíais al fin á mi sangre.

Muchas veces habéis recibido, con este pretexto ó el otro, pingües regalos.

Esos regalos eran míos.

Yo hacía que á Piccolomini se pagasen espléndidamente muchas curaciones.

Que vendiese en gran cantidad, y muy caros, sus filtros amatorios.

Yo quería que fueseis rica.

Que os quitarais de sobre la calle.

Que dejarais de estar al tope de todo el mundo.

Al fin supe con alegría que, creyendo Piccolomini que por estar endemoniada la casa del conde Simón de Cruilles se la venderían muy barata, había solicitado del mayordomo de Cruilles que éste se la vendiese.

Cruilles, que es uno de mis más leales servidores, de mis más grandes amigos, se apresuró á servirme.

Yo le compré la casa para vos, aunque él quería donármela.

A Piccolomini sólo le ha costado un pequeño censo.

Ahora bien: este palacio tiene una comunicación secreta

con otras casas que son también de la propiedad de Cruilles.

Por esa comunicación hemos llegado hasta vos, que habéis sido bastante valiente para atreveros á salir al encuentro de los fantasmas que de improsivo se aparecieron en vuestra casa.

En vuestro valor he vuelto á reconocer mi sangre.

No he aparecido antes, porque mis negocios me han retenido en el Rosellón.

Al fin he tenido la incomparable ventura de veros.

De oiros.

De poderos decir:

—Vos sois mi hija.

Ahora hablad vos.

Decidme lo que sepáis de vuestra historia.

—En verdad, en verdad, señor y padre mío, contestó Angiolina, acerca de mi historia yo no puedo deciros gran cosa.

Únicamente que yo, hasta hace dos años, me he creído hija de Piccolomini y de la pobre Marieta, su mujer.

—¡Ah, madre mía!

Siempre la recordaré como si hubiese sido mi madre, señor.

Y en efecto, lo era, porque me había criado, y como madre me amaba.

Murió hace cuatro años, devorada por la miseria y por la tristeza de verme á mí sufriendo la miseria.

Porque hemos sufrido grandes penalidades, señor.

Yo era entonces una niña, y no incitaba á los hombres.

Marieta había empalidecido.

Había enflaquecido.

No pasábamos de ser unos pobres mendigos.

Esto mató á mi pobre madre, que murió en el hospital de Zaragoza.

Allí murió sin vernos.

Debió morir desesperada.

Yo no pude cerrarla los ojos.

Piccolomini, que la amaba de una manera extraordinaria, estuvo á punto de seguirla.

Pero el tiempo consuela todos los dolores.

Piccolomini puso en mí todo su amor.

Como ya no teníamos que cuidar de mi madre enferma, nuestra miseria no era tan grande.

Yo iba creciendo.

Los hombres, particularmente los señores ricos y viejos, empezaron á reparar en mí.

Llovían sobre nosotros, regalos.

Sobre mí, tentaciones.

Yo hubiera podido ser muy rica.

Pero yo tomaba los regalos y echaba fuera de mí las tentaciones.

Llegué á cumplir los catorce años.

Como comíamos bien, como nos tratábamos bien, yo crecía robusta y saludable.

Era ya lo que soy ahora.

Empecé á notar que Piccolomini se entristecía.

Que su tristeza crecía de día en día.

Que evitaba el quedarse mucho tiempo solo conmigo.

Cuando volvíamos de nuestro trabajo, después de cenar, me besaba en la frente.

Me daba las buenas noches.

Se iba á su aposento.

Yo notaba lo que no había notado hasta entonces.

Que cuando yo, creyéndole mi padre, le besaba en la boca, se estremecía, gemía, se apartaba de mí violentamente.

Yo no podía explicarme la causa de esto.

Un día, al fin, Piccolomini, pálido, demudado, tembloroso, devorándome con los ojos, me dijo:

—Yo no puedo callar por más tiempo: yo muero.

Yo no contesté.

Lo que veía, lo que oía me asombraba.

—Tú no eres mi hija, exclamó como quien agoniza, y mirándome con un anhelo que me espantaba: no eres mi hija; te amo, y muero por tí.

Estas palabras, y la manera como las había pronunciado Piccolomini, me helaron la sangre.

Creí que el que yo creía mi padre se había vuelto loco.

Durante un largo espacio me fué imposible pronunciar una sola palabra.

—¡Habla! ¡habla! me dijo Piccolomini, cuyo delirio crecía.

—Pues si no sois vos mi padre, le dije haciendo un esfuerzo, ¿mi padre quién fué?

—No lo sé, me respondió Piccolomini.

—¿Que no lo sabéis? ¿y cómo puede ser eso?

—No puedo decírtelo: me sujeta un juramento: un juramento terrible.

Sentí miedo.

Creí que Satanás se había apoderado de mi padre.

Su mirada se extraviaba.

Lucía en ella un fuego impuro.

Una espuma leve, amarillenta orlaba su boca.

Temblaba de los pies á la cabeza.

Se arrojó á mis pies, y me dijo juntando las manos:

—¡Yo te juro por la salvación del alma de mi buena esposa, que crees tu madre, por el alma de mis propios hijos muertos, á quienes crees tus hermanos, que no soy tu padre; que mi buena Marieta no era tu madre!

Hay que creer á un padre cuando jura por el alma de sus hijos muertos.

A más de esto, un padre no puede amar á su hija como Piccolomini manifestaba en su delirio amarme á mí.

El amor de los padres por los hijos, no le conozco, pero le adivino; es otro.

Un amor sublime.

Inmaterial.

Divino.

Un sentimiento supremo.

Un reflejo del amor de los cielos.

El *no más allá* de la vida.

Para llegar á comprender el amor paternal, es necesario subir á la comparación del amor de Dios por sus criaturas.

Piccolomini no me amaba de esta manera.

Se abrasaba por mí en un bastardo amor del infierno.

No, no: Piccolomini no era mi padre.

Yo no le podía amar como él me amaba.

Yo continuaba amándole, yo le amo aún, yo le amaré siempre como hija.

Yo no puedo olvidarme de lo que él ha sufrido, temido y esperado por mí.

Yo le alcé de mis pies.

Le hablé con la voz del corazón.

Con la voz de la verdad.

¡Y cosa extraña!

Mis palabras iban infiltrándose en su alma.

Al delirio sucedía la atonía.

Me escuchaba de una manera vaga.

Se estremecía, gemía.

Y así y rápidamente, á fuerza de dulzura y de amor... de amor filial, purísimo, fuí curándole de su delirio.

Llegó un día en que me dijo:

—Tú me has salvado; tú me has contenido: por tí la verdad, hija de Dios, ha resplandecido en mis ojos. Yo te debo la paz de mi alma en la tierra, y la salvación en la eternidad. Yo he vuelto á ser tu padre, y ahora comprendo la supremacía del amor purísimo que por tí siento, sobre el amor inmundo, sobre aquel amor de Satanás en que me había hecho caer una tentacion impura.

Desde entonces, señor, Piccolomini es feliz.

Yo le amo ni más ni menos que como le amaba.

Ni podía ni puedo amarle más.

Yo he adquirido, sin pretenderlo, un imperio absoluto sobre él, del cual no uso ni quiero usar.

Sin embargo, este poder tiene su límite.

Le tiene en mí.

Yo no he podido recabar me diga nada acerca de mi historia.

Cuando insisto, me dice siempre:

—Lo que yo sé es muy poco, y no puedo revelártelo: estoy sujeto por un juramento; yo temo te acontezca, para castigo mío, una horrible desgracia, si á mi juramento falto, y el amor que te tengo sella mis labios.

Y de aquí no hay poder que le saque: pero todo ha concluído; Piccolomini hablará, porque verá que yo sé lo que él no sabe.

—Importa ya muy poco que Piccolomini hable ó no hable, dijo el rey: lo que necesitábamos saber, lo sabemos ya: sin embargo, procurad que os revele todo lo que sepa.

Y el rey se levantó.

—¿Os vais ya, señor? dijo Angiolina.

—¡Oh, sí, hija mía! exclamó el rey. Estoy muy fatigado, muy conmovido. Necesito quedarme á solas conmigo mismo.

El rey se encontraba en la misma situación en que se había encontrado Piccolomini.

Sentía un amor del infierno por Angiolina.

Tenía la terrible sangre que había transmitido ya á su hijo el infante don Jaime, que más tarde debía ser el gran don Jaime *el Conquistador,* y sabido es que don Jaime no tuvo jamás más ley divina ni humana que su voluntad.

Angiolina comprendía la situación.

Había la única diferencia de que el rey era más poderoso y más valiente que lo que en una situación semejante lo había sido Piccolomini.

—Quedaos aquí, hija mía, dijo el rey: yo voy á des-

aparecer como he aparecido: no me sigáis: no pretendáis averiguar por dónde entro ó por dónde salgo; yo os lo suplico; y sobre todo, guardad un profundísimo secreto acerca de lo que ha pasado.

—¡Oh! ¡confiad en mí, señor! respondió Angiolina.

—Adiós, pues, hija mía, dijo el rey, y hasta mañana en este mismo sitio.

Y el rey asió de las manos á su hija.

La atrajo á sí.

La besó suspirando en la frente.

Angiolina no se atrevió á contestar á aquel beso.

El rey se apartó de ella, y á poco se perdió entre los árboles.

Angiolina permaneció durante algún tiempo inmóvil.

Estaba poderosamente agitada.

El rey la había causado una impresión terrible.

La Naturaleza ejercitaba su imperio fatal é incontrastable.

El amor que se había revelado en Angiolina por el rey, no era todavía el purísimo amor filial.

Y era necesario que lo fuese.

Angiolina levantó los hermosos ojos al cielo, se arrodilló, y oró.

Se alzó luego, y en paso lento se volvió á su cámara.

Allí se arrodilló de nuevo.

De nuevo oró, pidiendo á Dios fortaleza.

Se levantó al fin más serena.

Era necesario vencer una maldita tentación.

Purificar su alma.

Se recogió.

La fatiga de su espíritu la sumió en un insomnio doloroso.

En medio de aquel insomnio aparecía, de una manera extraña, terrible, la figura del rey.

CAPITULO IV

De como Angiolina encontró verdaderamente un tesoro

Angiolina estuvo dos ó tres horas en el lecho.

Le dejó al amanecer.

Esta era la costumbre de toda su vida.

La ardía la cabeza.

Se fué al mirador.

El ambiente, demasiado fresco ya de la mañana, influyó sobre ella de una manera prodigiosa.

Parecía como que aquel purísimo aliento de la Naturaleza, impregnado de la fragancia de las flores, refrescaba su cerebro, le limpiaba, pór decirlo así, de las alucinaciones en que había caído.

El canto matutino de los pájaros, que parecía un dulce homenaje rendido al Creador, la impresionó más que otras veces.

Ella oró también, elevándole á Dios un himno partido de su alma atribulada.

La pareció sentir un acrecimiento de consuelo.

Un nuevo y poderoso desarrollo de su fuerza de voluntad.

Recurrió con más fe que nunca al sentimiento de la virtud.

Oyó con un respeto profundo la voz de su deber.

Buscó con una fe inmensa el amparo de Dios.

Tómó, al fin, un partido irrevocable.

Era necesario poner entre el rey y ella una contrariedad.

Temía Angiolina que el rey arrostrase por todo.

Que la reconociese.

Que la llevase á su corte.

La audacia de Pedro II *el Católico* era conocida de todo el mundo.

Pero había que tener en cuenta su altivez, su soberbia.

Herirlas, irritarlas.

Si no era bastante para impedir su reconocimiento al rey la posición de juglaresa en que todos en Barcelona, y en Zaragoza, y en el Rosellón la habían conocido, era necesario forzar la dosis.

Aumentar impedimentos al rey.

Sobrevino, como todas las mañanas sobrevenía, Piccolomini.

Abrazó á Angiolina y la besó en la frente.

Pero de una manera casta, purísima.

Luego la contempló con un amor infinito.

En sus ojos aparecía una expresión de asombro.

—Yo encuentro en tí, dijo, algo misterioso. Algo que no he visto hasta ahora.

—Sí, padre mío, respondió Angiolina: he caído en un sueño extraño; en un delirio. Ha sido un sueño de amor.

—¡De amor! exclamó con un solícito cuidado Piccolomini. El amor es generalmente la desgracia, cuando se trata de las mujeres. ¿Y por quién es tu amor, hija mía?

—No lo sé: es un misterio: por uno que vendrá.

—¡Ah! ¡es que sientes ya la necesidad de amar y de ser amada!

—Yo creo que sí, padre mío.

—Yo lo esperaba: él vendrá... sí... él vendrá.

—Pero ni yo puedo conocerle á él, ni él puede conocerme á mí, si yo vivo oculta en el interior de esta casa.

—Saldremos todos los días; iremos á todas partes: yo te engalanaré de tal manera que parezcas una reina.

—No; por el contrario, respondió Angiolina; yo no quiero ir á buscar al mundo sino que el mundo venga á buscarme á mí.

—No te entiendo.

—Sí; haremos en nuestra casa todas las obras necesarias; la alhajaremos de tal manera que parezca un palacio: haremos de ella una hospedería como no haya otra en el mundo, de tal manera, que se haga famosa y á ella vengan á parar todos los caballeros, gentiles hombres y príncipes que arriben á Barcelona. Yo tengo para mí que ha de ser un gran caballero el hombre de mi amor.

—¿Has pensado bien lo que me has dicho, hija mía?

—Sí, padre mío: profundamente: además, vos habíais pensado antes en ello.

—Es verdad; por eso sólo quise comprar esta casa: pero había echado mal mis cuentas: en primer lugar esta casa tiene muy mala fama.

—Nosotros se la hemos quitado: todo el mundo ha visto que en ella no nos ha sucedido nada.

—Sí, pero todo el mundo murmura: todo el mundo dice que si no nos ha acontecido nada, es porque somos brujos y hechiceros, y hemos hecho pacto con el diablo.

—Pues mejor: eso dará confianza á nuestros huéspedes, porque claro les parecerá que, siendo amigo nuestro el diablo, no querrá hacernos daño alejándonos la parroquia. Y creedme, padre mío; los hombres buscan más al diablo que á Dios.

—Bien puede ser verdad lo que dices: pero no somos bastante ricos para emprender la obra que tú deseas.

—Os engañáis, padre mío, nosotros somos riquísimos.

—No tanto, no tanto como tú dices.

—Yo os aseguro, padre mío, que somos tan ricos, por lo menos, como el rey de Aragón.

—Te aseguro que no.

—Es que yo no cuento con vuestro dinero.

—¡Ah! exclamó dando un grito Piccolomini: ¿Tú en esta casa te has encontrado un tesoro?

—Yo no os diré lo que en esta casa he encontrado como vos no me digáis quién soy ni de dónde vengo.

—Me lo impide un juramento.

—En buen hora: yo también por un juramento estoy obligada.

—¡Un juramento!... ¿con quién?

—Si os lo dijera faltaría á mi juramento. Yo he respe-

tado el vuestro: respetad vos el mío. Desde mañana llamaréis gentes que empiecen á trabajar para convertir este viejo palacio en una hospedería maravillosa.

—Y bien: sea lo que tú quieras, dijo Piccolomini. De todas maneras es necesario ocuparse en algo.

El señor Piccolomini, que en último resultado se alegraba de utilizar su inmueble, se puso á estudiar desde el momento la manera de hacerle la primera hostería, no sólo de Barcelona, que en aquellos tiempos, y por su grande importancia en la corona de Aragón, era un emporio y el paso obligado de todas las gentes que venían de Levante, sino que en todo el mundo conocido no hubiese otra que pudiera ponerse en comparación con ella.

Para Piccolomini era seguro que en aquella casa había encontrado Angiolina un tesoro.

Y no se engañaba.

Angiolina había encontrado allí á su padre, el rico y espléndido y magnífico rey de Aragón.

Aquella noche, al mediar, Angiolina bajó al jardin, y se sentó en el borde de la fuente.

Brillaba la luna llena.

Estaba despejado el ambiente.

La luz era bastante fuerte.

No tardó en aparecer una sombra negra.

Otras dos negras sombras la seguían.

Eran el rey, el barón de Cruilles y Diego de Serrallonga, primer escudero y confidente del rey.

Don Pedro adelantó hacia el lugar donde le esperaba Angiolina.

Cruilles y Serrallonga se perdieron entre los árboles, y

fueron á colocarse en un lugar, donde pudiesen impedir que Piccolomini sorprendiese la entrevista del rey con Angiolina.

Ésta, cuando el rey se acercó, y se descubrió el semblante, notó que en la expresión de su mirada había algo de insensatez.

Pero de una insensatez dominada por una maravillosa fuerza de voluntad.

Ni tomó las manos á Angiolina, ni la besó en la frente.

Se sentó junto á ella.

Pero á una cierta distancia.

—Dios os guarde, hija mía, la dijo; desde ayer no he pensado en otra cosa que en vos.

—Yo tampoco en otra cosa que en vos he pensado, señor, dijo Angiolina.

Vagaron los ojos del rey.

Crecía la expresión de insensatez.

—La verdad es, dijo, que á pesar de todo, no tenemos la seguridad de si sois ó no sois mi hija. Es necesario, de todo punto necesario que ese hombre hable.

—Yo no tengo necesidad, señor, de que hable nadie, dijo profundamente Angiolina: me basta con que mi corazón me diga que sois mi padre.

Se calmó un tanto la exaltación del rey.

—También mi corazón me dice, contestó, que sois mi hija. Sin embargo...

—No sin embargo, dijo Angiolina corrigiendo al rey; por lo mismo es necesario que os mostréis buen padre.

—¿Qué queréis? ¿Qué deseáis? dijo con arranque el rey.

—Mi herencia.

—Os declararé mañana infanta de Aragón.

—No, señor, no: vos no podríais probar mi derecho; impondríais vuestra voluntad; pero imponerse no es convencer: yo no aceptaré mi reconocimiento como hija vuestra, y por lo tanto como infanta: yo no quiero dar lugar á gravísimas murmuraciones, á suposiciones infames: me basta con tener la seguridad de que sois mi padre, y con saber que vos la tenéis de que soy vuestra hija: debemos guardar los dos este dulce secreto, y cuantas menos sean las personas que le conozcan será mejor; pero yo, señor, añadió sonriendo, no quiero renunciar á mi herencia, y tengo la seguridad de que vos no querréis que yo renuncie: dadme mi hijuela como hija vuestra que soy, y las rentas de mi infantazgo, aunque el reconocimiento de este infantazgo se quede entre vos y yo.

El rey sonrió.

—Lo que me pedís, hija mía, estaba ya en justicia y en amor concedido por mí, dijo, y lo vais á ver inmediatamente.

Y el rey dió tres palmadas.

Acudió á seguida Simón de Cruilles.

—Llevadnos, le dijo el rey, á aquella cámara secreta donde se ha depositado lo que sabéis.

Y el rey se puso de pie.

Tomó de la mano á Angiolina que se levantó.

Ambos siguieron al barón de Cruilles.

Éste entró bajo las galerías del jardín.

Se encaminó á uno de sus ángulos.

Se metió por un pasadizo.

En la primera revuelta de él tomó una linterna encendida que había en el suelo, y que poco antes había dejado ver su reflejo.

Siguió adelante siempre, yendo tras él el rey y Angiolina, á quien éste llevaba de la mano.

Llegaron á una escalera.

Descendieron por ella.

A los pocos peldaños, en un estrecho descanso, Cruilles se detuvo.

Allí no había la más leve señal de puerta.

Sin embargo, apenas puso la mano en el muro Cruilles, cuando se hundieron con un áspero y sordo ruido algunos sillares, y quedó practicable una oscura entrada, por la que podía pasar una persona.

Se encontraron en un espacio, irregular, pequeño, húmedo.

En él había la entrada de otro pasadizo.

A un lado se veía uno de aquellos antiguos arcones de hierro de tapa semicilíndrica, ornamentado, cincelado y con relieves; verdaderas joyas artísticas de la herencia de la Edad Media.

Don Pedro sacó de su escarcela una llave corta, pero robusta; una de esas llaves de guardas caladas que hacen pensar en un secreto en el interior de la cerradura, y que no se comprende cómo en la cerradura pueden obrar.

Abrió el rey.

Levantó la pesada tapa.

Aparecieron multitud de estuches de todos tamaños, forrados de terciopelo rojo, ó como se llamaba entonces,

velloríi; fuerte y espléndido tejido de seda, inventado por los árabes.

Había, además, gran número de bolsas de cuero.

Los estuches debían contener ricas alhajas.

En cada bolsa debían contenerse mil doblas de oro, en oro.

Había, además, un rollo de pergaminos.

El rey tomó este rollo, le deshizo y mostró algunos de ellos á Angiolina.

—Esto son obligaciones sobre las rentas reales, señora, la dijo; estas obligaciones montan á una renta de seis cuentos de maravedises en cada un año, perpetuamente, para vos y para vuestros herederos si los tuviereis. Lo que se guarda en esas cajas de velloríi, son vuestras alhajas: en estas bolsas, en buenas doblas acuñadas de las viejas de la Banda, hay veinte cuentos de maravedises: esa es vuestra hijuela.

El rey volvió á enrollar los pergaminos.

Los puso dentro del arca.

La cerró.

Dió la llave á Angiolina.

Ésta la guardó.

—Volvámonos al lugar de donde hemos venido, dijo el rey.

Cuando hubieron pasado por la puerta secreta, Cruilles mostró á Angiolina cómo había de hacer para abrirla y cerrarla.

Volvieron al jardín.

El rey y Angiolina se sentaron de nuevo en el borde de la fuente.

El barón de Cruilles desapareció.

El rey permaneció al lado de Angiolina conversando con ella hasta poco antes de amanecer.

Se despidió al fin.

No debía volver sino pasados dos ó tres meses que debía invertir en el Rosellón.

—Cuando volváis, señor, le dijo Angiolina, lo encontraréis todo esto transformado.

—¿Qué pensáis hacer? dijo el rey.

—Ese es mi secreto, respondió Angiolina; yo sé que aprobaréis todo lo que yo haya hecho.

—Yo no puedo desaprobar nada de lo que vos hagáis, respondió el rey.

—Yo no haré nada que pueda heriros en el corazón.

—Lo sé, hija mía, lo sé, dijo el rey. Adiós, y hasta la ansiada vista, y que Dios os guarde. Idos. Quiero veros desaparecer como un dulce sueño.

—Adiós, señor, dijo Angiolina; que Él os guarde.

Y se alejó y se perdió entre los árboles.

CAPITULO V

En que se ve lo que hizo Angiolina del palacio y del dinero que le había dado su padre

Al día siguiente trabajaban en el palacio todo género de obreros.

Se trabajaba de prisa.

Se transformaba todo.

El edificio iba ganando en luz, en alegría.

El jardín se desbrozaba.

Se podaban, se recortaban los ramajes de los árboles.

La fachada, que daba sobre la Plaza Real, se restauraba completamente.

Todos, al ver esta obra, se preguntaban:

—¿Qué es lo que pretende hacer el señor Piccolomini, el brujo, el hechicero, el soberbio? Ahí le tenéis que ha encontrado la piedra filosofal; convierte en oro todo lo que toca, y no puede ni quiere disimular su dinero.

La envidia hincaba el diente en el pobre señor Piccolomini.

Se había enriquecido.

Hacía ostentación de su riqueza.

Hé aquí el gran delito que el mundo no podía perdonarle.

La envidia le había cogido entre los colmillos y le masticaba.

Si hubieran podido penetrar en el fondo de su alma, se hubieran sonreído.

Se hubieran encontrado vengados de su ostentación.

Consolados de su envidia.

Hubieran visto que aquel señor Piccolomini, al que creían dueño de la facultad de hacer oro, tenía ensangrentada el alma, si se nos permite la frase.

Pero el mundo no ve, ni en los hombres ni en las cosas, más que lo que está en la superficie.

No descubre las agonías que se ocultan bajo las más lucientes apariencias.

Continuaba la obra.

El jardín bravío se había transformado.

Era un lugar delicioso.

Su grande extensión permitía accidentes de espesura, dentro de los cuales podía creerse en la inmensidad de una selva.

Los apartamentos, al ser restaurados, ganaban en luz, en belleza.

Se reconstruía un verdadero palacio.

Al cabo de seis meses, durante los cuales el rey estuvo en el Rosellón, se terminó la obra.

En el enorme caserón, y sólo en el primer piso, había más de cuarenta aposentos, de un lujo y de unas comodidades extraordinarias.

En el piso bajo estaban los grandes salones destinados al público.

A los parroquianos que entran y salen.

Allí había un magnífico despacho.

En él habían aparecido, encargadas de la administración, cuatro de las más hermosas jóvenes de Barcelona.

Los garzones que debían servir las otras dependencias, eran también escogidos.

Sobre todo, inteligentes y bien criados.

La cocina estaba servida de una manera tal, que bien podía comer, no ya un rey, sino el mismísimo Papa, lo que en ella se preparaba.

Había aposentos para los criados de los señores que allá fuesen á hospedarse, y grandes caballerizas.

Nada faltaba de cuanto podía desearse en aquellos tiempos, en la hostería de *Los Tres caballeros negros*.

Angiolina había querido se llamase así la hostería por los tres bultos negros que, como sabemos, se la habían aparecido una noche, uno de cuyos bultos era el rey.

Estos tres caballeros negros estaban pintados en una muestra de hierro tendida bajo un pescante, bajo el ostentoso escudo de armas de los barones de Cruilles, que también se había restaurado.

Pero aquel escudo no estaba allí como en señal de nobleza, sino como signo de dominio de los señores de Cruilles sobre la hostería.

Significaba lo que significaba entonces el ostentoso

blasón de un señor, sobre el pecho de un esclavo.

Al caer una hermosa tarde de otoño, cuando empezaba á oscurecer, se abrió la hostería.

Habían aparecido sus salones magníficamente iluminados.

Todos los músicos de Barcelona habían sido llamados.

Se había reunido hasta una treintena de trovadores, de juglares, de saltimbanquis.

Raudales de armonía en que se mezclaban las voces humanas con los instrumentos, salían de la resplandeciente hostería.

A los caballeros, á las damas y á la gente rica de todas clases, á los que se habían convidado para lo que hoy se llama una inauguración, se les servían suculentas y delicadas viandas, y riquísimos vinos.

Se les mostraban los apartamentos.

Se les obligaba á admirarse á cada paso.

Angiolina, vestida con una gran sencillez, lo que hacía resaltar su extraordinaria hermosura, hacía los honores de la casa.

Ella era lo que más los admiraba á ellos.

Lo que más envidia causaba á ellas.

El pueblo se agrupaba en la Plaza Real.

El señor Piccolomini le enviaba uno tras otro barril de hipocrás, uno tras otro barril de vino.

La salsicha y el pan blanquecino circulaba por todas partes.

Para abrir su hostería, se gastaba maese Piccolomini todo un caudal.

Esto no podía ser sin un objeto.

La murmuración volvió á hincar el diente.

Lo que pretendía maese Piccolomini era atraer á su hostería á los mayores príncipes del mundo, á los más ricos y poderosos caballeros, y una vez estos dentro de su casa, hechizarlos y hacerles sudar su oro.

Tal vez por este medio había encontrado Piccolomini el aprovechamiento de su ciencia.

Tal vez era esta su piedra filosofal.

Al día siguiente se ocuparon todos los aposentos de la hospedería.

A su mesa de huéspedes, es decir, á su mesa redonda, concurrieron los más ricos, los más altos caballeros, los más á la moda.

Se esperaba ver á la hermosa hostelera.

A Angiolina.

Pero á ésta no volvió á vérsela en el hotel, entre los concurrentes, desde la noche de la inauguración.

Había desaparecido.

Sólo se veía á su padre, ó al que pasaba por su padre, á maese Piccolomini, acudiendo á todo, procurando que fuese todo bueno, y todo servido de una manera inmejorable.

Para ver á Angiolina era necesario ir por las mañanas, muy temprano, á misa de alba, á la inmediata iglesia de San Juan.

Allí se estaba hasta la salida del sol.

Nunca salía ni entraba por la puerta principal de la hostería.

Para su servicio particular tenía un postigo que correspondía á una parte del jardín, reservada para ella, y á la cual daban las ventanas de su habitación.

Al departamento que Angiolina se había reservado, que había hecho independiente del resto del edificio, correspondía aquel pasaje secreto por donde, sin duda, había penetrado el rey, seguido por el barón Simón de Cruilles, y por su grande escudero Diego de Serrallonga, ó de *Sierra Larga,* como diríamos en castellano.

Angiolina había estado muchas veces á la entrada de aquel pasaje, y había sentido tentaciones de recorrerle.

Pero se había contenido.

Había respetado lo que su padre no había querido descubrirla.

Pero volvió el rey.

No le esperaba Angiolina.

Dormía, pues, descuidada, cuando en altas horas de la noche la despertó el sonido de un laúd, que provenía de la parte del jardín reservada para ella.

Se incorporó.

Escuchó.

No había duda.

En el jardín resonaba un laúd.

Se vistió de prisa y se asomó al mirador.

En el jardin, delante de la fuente, cuyas aguas lanzaban pálidos destellos heridas por la luna, había tres hombres.

Uno de ellos tañía el laúd.

Al aparecer en el mirador Angiolina, el laúd cesó.

Cuando Angiolina descendió al jardín, sólo había en él uno de los bultos negros.

Aquel bulto era el rey.

CAPITULO VI

De cómo llegó á hacerse célebre por su hermosura y por su corazón Angiolina.

El rey aparecía hosco.

Venía de muy mal humor del Rosellón.

No había podido entenderse con su poderoso contrincante, el conde Simón de Monforte.

La cuestión entre los católicos y los albigenses se emponzoñaba.

Los albigenses, más que otra cosa, eran disidentes políticos de Roma.

Haciendo aceptar la interpretación de los textos sagrados, herían de muerte al Pontificado.

Se relegaba la misión de la creencia á la razón y á la conciencia.

Roma estaba de todo punto desamparada.

Hasta el poder espiritual se la negaba en gran manera,

puesto que la arrancaban la facultad exclusiva de la interpretación de las Sagradas Escrituras.

Si como católico rechazaba don Pedro de Aragón á los albigenses, y los consideraba herejes, como rey, como hombre de Estado, no podían menos de hacérsele simpáticos aquellos descontentos que contendían brazo á brazo con Roma, cuyo poder, cuyas inmiscusiones en los asuntos temporales de todas las naciones católicas, se hacían sentir de una manera demasiado pesada, y de todo punto abusiva.

Roma pretendía dominarlo todo.

Los Papas sentían la ambición del dominio.

Usaban con suma facilidad de su terrible arma, que era la excomunión.

Se sentía ya la necesidad de contener á Roma.

Por esto don Pedro *el Católico,* á quien repugnaban extraordinariamente los herejes, á pesar de su repugnancia, como hombre político protegía, aunque no fuese sino de una manera embozada, á los albigenses.

Felipe Augusto y su representante en el Rosellón, el conde de Tolosa Simón de Monforte, rugían y esperaban.

Todos los que pensaban con tino, veían avanzar una terrible guerra religiosa.

Una guerra que podía hacerse universal.

Que daría por resultado, ó Roma, ó no Roma.

Los ánimos estaban excitados, irritados.

Don Pedro no veía claro.

Se iban agotando los medios de conciliación.

Por eso volvía de un humor infernal de sus repetidas entrevistas con Simón de Monforte.

Y es de advertir, que Simón de Monforte sentía fanatismo por su señor natural el rey de Aragón, y si no le llamaba *el Católico,* le llamaba á boca llena *el Caballero,* y se dolía, y aún lloraba, porque en materias de fe le veía algo tibio, y que el rey don Pedro estimaba en gran manera á su feudatario el conde de Tolosa, y le llamaba con toda la verdad de su alma, el más leal, el más valiente, y el más cumplido de sus vasallos.

Desgraciadamente una cuestión religiosa se había cruzado entre aquel gran rey y aquel gran vasallo, y estaban á punto de venir á las manos como dos terribles enemigos.

Razón, pues, tenía el rey don Pedro, para venir con el humor negro del Rosellón.

Se mostró vivamente irritado con Angiolina por lo que había hecho.

—¿Para esto os he dado yo, la dijo, vuestra hijuela, y vuestra renta de infanta de Aragón?

— Porque no podáis reconocerme como tal infanta lo he hecho yo, señor, respondió Angiolina; que no quiero que se vean manchas en vuestra vida; que cuantas menos manchas ven los vasallos en el rey, mejor.

—Habéis contrariado mi orgullo.

—No, señor, porque nadie sabe que soy vuestra hija.

—Lo sé yo, aunque bien quisiera no saberlo.

—No os pese de haberlo sabido, señor, que así se han ahorrado gravísimos inconvenientes.

—En fin: siempre será lo que vos queráis que sea.

—Yo no querré nunca sino lo que sea justo.

Parecía como que el rey se había curado de aquella locura amorosa por su hija.

Como si el padre hubiese vencido al amante.

Pero manifestaba un amor paternal exagerado por Angiolina.

Ésta hizo lo que hasta entonces no había hecho.

Se dió completamente á luz.

Concurrió á todas las fiestas populares de Barcelona.

Paseaba y se dejaba ver por todas partes con un lujo extraordinario, sin llegar nunca á la usanza y á los modos de las grandes damas.

Ella no podía entrar en los altos salones.

Pero para ella estaban abiertas todas las casas de los burgueses.

Esto es: de la clase media.

Y como la clase media, por los libres fueros de Cataluña, tenía muchos de sus individuos como concelleres y síndicos en el Municipio, ó lo que era lo mismo, en el Gobierno, podía decirse que Angiolina estaba recibida por una especie de aristocracia, tan respetable, por lo menos, como la aristocracia de la sangre, y puede ser que más poderosa, y más influyente que ella.

¿Qué era la prepotente Barcelona sino un Municipio?

¿Quién podía, ni aún se atrevía á pensar siquiera, en domeñar aquellos plebeyos que tenían por el pueblo el poder municipal?

¿En quién más que en los Municipios de Cataluña encontraban una ayuda real y poderosa, y siempre pronta y desinteresada, los reyes de Aragón?

Más de una vez, cuando sus próceres, sus jueces, sus ricohombres pactaban con el rey para ayudarle en la guerra y exigían, de lo que se conquistara, tanta ó cuanta cantidad de territorio por cada lanza que aportaban, los heroicos y desinteresados Municipios catalanes enviaban sus mesnadas y aguerridas milicias al rey, manteniéndolas de las arcas del Común y sin exigir por ello parte ni recompensa alguna.

Los altivos plebeyos catalanes se hombreaban así con los nobles barones, y aun los sobrepujaban en dignidad, en desinterés, en patriotismo, en grandeza.

Así, pues, si la ignorada infanta doña Angiolina de Aragón no entraba en las doradas cámaras de la alta nobleza, entraba en las honradas casas del pueblo, entorpecidas por fardos y por manufacturas, y representando la gran vitalidad del país.

En fin: se acabó por sobrenombrarla algo más que infanta de Aragón.

Se la llamó *la Reina burguesa*.

Y decimos mal cuando decimos que Angiolina no entraba en cámaras doradas.

Entraba en la más dorada de todas, aunque secretamente.

En la cámara del rey.

Había llegado á ella, por la comunicación secreta, cuya entrada ya conocemos, guiada por el barón Simón de Cruilles.

El rey había enfermado de unas fiebres malignas.

Se había temido por su vida.

Simón de Cruilles había recibido el encargo de llevar, en la alta noche, á Angiolina hasta el lecho de su padre.

Aquel pasaje secreto, que ponía en comunicación aquel palacio de los Cruilles con la cámara del rey, en el no distante palacio real, se debía, desde hacía ya remotos tiempos, al lealísimo servicialismo de los Cruilles.

En las mujeres de los lugares circunvecinos de Barcelona, en las mismas barcelonesas, ha sido siempre, y es muy común, la grande hermosura, la belleza grandilocuente y conmovedora de la forma.

Las Níobes y las Aspasias abundan.

El rey es hombre.

Pero el rey es esclavo de su alta investidura.

Es de todo punto necesario que oculte sus debilidades, por no decir sus vicios.

Debe parecer mejor que sus súbditos, porque debe darles ejemplo.

Se enamoró el rey don Alfonso *el Casto,* padre del rey don Pedro *el Católico,* de una magnífica payesa que vendía flores en la Plaza Real.

Esta payesa acabó por gastar collares de oro y perlas, y sayas de seda, y por entrar con mucho poder y mucho fuero en el palacio de los Cruilles.

Todos la creyeron manceba del barón de Cruilles.

Nadie sabía que en el palacio de éste se había practicado una mina que iba á parar á la casa del rey, y que por esta mina pasaba, no la querida del altivo barón catalán, sino la manceba del rey.

Antonieta guardó toda su vida el secreto, y le guardó también el barón de Cruilles.

Sólo lo supo su hijo primogénito, y esto por un papel muy cerrado y muy sellado que leyó después de la muerte de su padre.

Hay que guardar como un depósito sagrado los secretos de los reyes.

Pretendía el rey que Angiolina se casara con uno de los grandes señores que, rendidos por su gran belleza, cerraban los ojos á todo, y á trueque de la felicidad de su corazón hacían callar sus preocupaciones nobilísimas.

Todo se reducía á que el rey, cuando llegase el momento de las nupcias, ennobleciese debidamente á Angiolina.

Pero ésta se negaba redondamente.

El ser ideal á quien ella amaba con idolatría dentro de su alma, al que esperaba, como los judíos esperan aún al Mesías, aún no había aparecido.

Si no aparecía mientras viviese ella, estaba resuelta á que la enterrasen con palma.

Había pasado el tiempo, y el esperado aún no había aparecido.

La hermosura de Angiolina había crecido de una manera maravillosa.

Dejaba sentir la expresión y el amor de su alma.

Era un espíritu poético, sublime, de una belleza suprema, que aparecía en sus ojos.

Había cumplido ya veinte años.

Los doctores de la *Gaya scientia*, esto es, del arte de

trovar, la habían elegido más de una vez reina de la hermosura, en los Juegos Florales que se celebraban, ya en Tolosa, ya en Narbona, ya en Montpeller, ya en la misma Barcelona.

Una vez Angiolina tuvo el placer de dar á su padre la *rosa de oro,* alto premio que había ganado por una trova en lenguaje lemosín, en elogio de la hermosura y de las dotes morales que deben acompañarla.

El rey don Pedro era muy poeta.

Los reyes no se desdeñaban de concurrir á los certámenes de las academias provensales.

Angiolina había acrecido en prestigio.

Los burgueses de Barcelona se enorgullecían con su reina.

Los prohombres aragoneses se sentían honrados con tratarla.

Fenecían por una sola de sus sonrisas.

Agonizaban cuando ella les miraba leda.

El rey sentía grandes impulsos de descorrer el velo.

De decir á todo el mundo:

«Ese prodigio es mi hija.»

Porque Angiolina era un prodigio.

Ella, de conocer trovadores, había entrado en la codicia de trovar.

Tenía llena de la poesía del sentimiento su alma, y cuando probó á cantar, cantó.

Y de tal manera, que los doctores de la *Gaya scientia,* doctora la declararon de la Academia de Tolosa, y trovadora, y con ella se honraron, y Angiolina siguió cantando su amor soñado y su anhelante esperanza, y ha-

ciéndose nombrar la reina de los trovadores de Barcino.

Pero el ansiado no llegaba.

La desesperación roía el corazón de más de un enamorado.

Don Pedro *el Católico* había acabado por adorar á su hija.

CAPITULO VII

De cómo en un solo momento puede nacer y crecer hasta hacerse incontrastable el amor

Una tarde estaba en la Plaza Real, á la puerta de la hostería, con alguna de sus amigas, Angiolina, cuando he aquí que, jinetes en dos rocines no muy allá, y bien armados, aunque modestamente, se presentaron un caballero y su escudero.

Se conocía que no les sobraba el dinero.

Este caballero y su escudero eran Marsilla y Galcerán.

Al entrar en la ciudad, (iban por la primera vez á ella), habían preguntado dónde encontrarían una honrada hostería donde se les aposentase y se les tratase bien.

Como la mejor hostería de Barcelona era la de *Los Tres caballeros negros,* les dieron las señas de ella.

No se pararon á considerar que el pelaje del caballero y del escudero no eran de los que revelaban un estado tal

de bolsa que les permitiese el hospedaje en *Los Tres caballeros negros*.

Llegaron.

La muestra les dijo que aquella era la hostería.

Echó Galcerán pie á tierra, y tuvo el estribo á su señor.

Éste desmontó muy cerca de Angiolina.

Angiolina le vió y se puso pálida.

Se levantó, y precediendo á Marsilla, entró por la primera vez en el despacho.

Al entrar en el despacho Marsilla salió á su encuentro Angiolina y le dijo sonriendo:

—¿Qué es lo que desea el buen caballero?

Marsilla, á pesar de que tenía el alma llena por el amor, por el recuerdo, por el dulce retrato de Isabel de Segura, encarnizaba su mirada en Angiolina.

Permaneció algunos momentos en silencio, absorto en la contemplación de la hermosísima joven.

Ella le miraba de una manera profunda.

En sus ojos había no sabemos qué expresión de plácido asombro.

Nunca una mujer ha acogido mejor á primera vista á un hombre.

—Deseo hospedaje para mí y para mi escudero, dijo al fin Marsilla.

—Nuestra hostería está á vuestra disposición, señor mío, respondió Angiolina con acento dulce, indolente, impregnado de una expresión halagadora.

Y sus ojos resplandecían más y más.

Un vivo color sonrosaba sus mejillas.

Su alentar se había hecho poderoso.

No podía dejar de repararse en la agitación de su seno.

—Me basta con muy poco, dijo Marsilla: no tengo por qué ocultaros que soy pobre: voy de viaje para la Tierra Santa: el viaje es largo; la bolsa corta: yo no quiero gastar más que cuarenta sueldos barceloneses por mí, y veinte por mi escudero.

—Convenido y estaréis muy á vuestro placer, caballero. ¡Ola! ¡uno!

Acudió uno de los garzones.

—Conducid á este caballero á la cámara de los provenzales; poned buen fuego en la chimenea; arregladlo todo; poned la comida al caballero cuando lo desee: el escudero tiene en la misma cámara lugar en que aposentarse: cuidad de los caballos: yo espero, señor mío, añadió dirigiéndose á Marsilla, que saldréis contento de nuestra casa.

—Lo estoy ya apenas entrado en ella, contestó Marsilla aturdido, porque de momento en momento crecía la buena, la dulce, la expresiva manera de Angiolina para con él.

Marsilla se sentía inquieto.

Sentía una especie de remordimiento.

Le parecía que la encantadora hostelera había causado en él un efecto del cual él mismo debía estar celoso en nombre de su Isabel.

Y sentía, además, Marsilla, que se complacía en el tormento que Angiolina le causaba, y que había algo en ella que á ella le impelía.

Marsilla era inocente.

No le había aún enseñado la experiencia hasta qué punto llegaba la multiplicidad del sentimiento.

La prodigiosa, la exuberante actividad del espíritu humano.

El alma que propende á lo bello, á lo candente, á lo embriagador, ¿cómo no ha de sentirse atraída por lo embriagador, por lo candente, por lo bello?

Una causa dada produce siempre efectos dados.

Otra cosa sería reconocer la inarmonía.

La inarmonía en absoluto no existe.

El sentimiento que determina la actividad humana, es siempre absoluto, siempre infinito.

De aquí la lucha de la conciencia poco experimentada, cuando se siente impresionada por dos influencias que cree contradictorias, cuando en realidad no son más que una sola influencia.

—Id, id, caballero, dijo Angiolina, que sentía que se vendía demasiado: id, y mandad cuanto queráis.

Y se volvió y desapareció por una puerta inmediata.

Quedó Marsilla como aquel de cuyos ojos se aparta la luz resplandeciente que le ha deslumbrado.

Siguió al camarero.

Galcerán lo había visto y lo había sentido todo desde la puerta del despacho.

Se había relamido en nombre de su amo, al ver el recibimiento que se le había hecho, y también en nombre suyo.

Ya habría por allí algo que él pudiera aprovecharlo.

Por ejemplo, la doncella que sirviera de intermediaria para aquellos amores; que Galcerán no tenía duda de que

habían empezado, á lo menos por parte de la hermosa hostelera.

En cuanto á su amo, él se proponía convencerle.

Galcerán miraba las cosas mucho más desde el punto de lo positivo que Marsilla.

Pues qué, ¿se ha de estar un hombre joven, hermoso, valiente, gentil y bien criado, seis años, un mes, nueve días, tres días y un día, solo como un hongo en la umbría, sin galantear á una sola mujer, sin brindar en la copa de Baco y Venus? ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Cómo confundir los amores que vuelan con las alas de la indiferencia, con los amores del alma, con aquellos que hacen parte de la vida?

Galcerán era hombre de mundo.

Un soldado que había corrido mucho, y que se había redomado, por no decir apicarado.

Llevólos el garzón á la cámara de los provenzales, cuya gran puerta ornamentada estaba frente por frente del desemboque de las amplias y magníficas escaleras de mármol.

Al llegar allí, Marsilla creyó que el garzón seguiría hasta llegar á alguna humilde habitación interior.

Pero el garzón se fué en derechura á la gran puerta, abrió la mampara, y con la más perfecta forma y el más profundo respeto, dijo:

—Pase su merced, si gusta, señor caballero.

Pasó un tanto asombrado Marsilla.

Siguióle Galcerán, contento.

Tenía la seguridad de que tanto lujo le había de costar muy poco á su amo.

De un ancho salón, ricamente ornamentada y alfombrado, con grande escaño y grandes sillones, y una gran mesa en el centro, todo de roble tallado y fileteado de oro, pasaron á una gran cámara, cuyo excesivo lujo maravilló á Marsilla.

En el techo estaba pintada la Academia de la *Gaya scientia* de Tolosa, con su tribunal de amor, con sus doctores ó trovadores, jóvenes los unos, encanecidos los otros, en el acto de entregar la rosa de oro al señor rey de Aragón, don Pedro II *el Católico*.

Quien le daba el premio era la hermosísima hostelera.

Marsilla no pudo menos de reparar en esto.

Estaba Angiolina retratada de mano maestra, así como el rey.

Los demás, trovadores, damas y caballeros representados en la pintura, debían ser también retratados.

Marsilla, que había estado algunas veces en la córte, conocía á algunos de ellos.

Allí estaba don Miguel de Lauria, don Pedro Coronel, don Simón de Cruilles y muchos otros barones, gentiles hombres y caballeros de la corte de don Pedro.

En cuanto á las damas que formaban, bajo la presidencia de la bella hostelera, el tribunal de amor, ninguna á su presidenta podía ser comparada, ni por la hermosura, ni por la riqueza de su atavío.

En el friso de muros se veían por todas partes atributos de la poesía, de la gloria, del amor.

La mitología había sido puesta á feudo y contribución.

El resultado era bellísimo.

Más aún: magnífico.

—O vos os habéis equivocado, dijo Marsilla, ó habéis querido que yo vea de paso esta hermosa cámara.

—Esta cámara, dijo el garzón, es la que debe ocupar vuesamerced, señor caballero y aún no la ha visto toda.

Galcerán tiró de la sobrevesta á su amo.

—Sin embargo, dijo Marsilla, yo creo que esta cámara no se alquila por cincuenta sueldos, debiendo darme, además, la comida.

Galcerán tiró con más fuerza de la sobrevesta de su amo.

—Cincuenta sueldos por cada instante, puede ser, dijo el garzón; aquí no se hospedan sino grandísimos caballeros que valen tanto como reyes.

—Así, pues, dijo Marsilla volviéndose hacia la puerta, yo no debo permanecer aquí.

Sucedió un tercer tirón de Galcerán, más fuerte que los anteriores.

En aquel momento, por una de las puertas que conducían al interior, apareció el señor Piccolomini en persona.

Le enviaba Angiolina.

Venía vestido de verde y encarnado, y con sus crespas canas, que dejaban completamente limpia la parte superior de la cabeza, y con su manera dulce y cáustica á un tiempo, y con su sonrisa untosa é inteligente, y con la móvil y traviesa mirada de sus ojillos grises, hacía la figura más original del mundo, pero al mismo tiempo extraordinariamente simpática.

—Idos, dijo al garzón.

Éste salió.

—Señor, dijo Piccolomini, acercándose todo encorvado, y con acento melifluo: me complazco en la grande honra que me cabe al saludaros.

—Vos os equivocáis sin duda, amigo mío, dijo Marsilla.

—¡Ah! no, no; yo no me equivoco, dijo Piccolomini: vos sois blanco, blanco como la nieve; tenéis los ojos negros, negros como la noche; la cabellera rubia y ondeada como la melena del león... ¡oh! ¡sí! ¡sois vos!... ¡vos sois, vos, el que aquí se esperaba!

—¿Qué se me esperaba?

—Sí, por cierto; vos os llamáis... no recuerdo bien...

—Mi señor, dijo Galcerán, que se había puesto al cabo de todo, se llama don Juan Diego Martinez Garcés de Marsilla.

—¡Ah!... ¡sí!... ¡un ilustre nombre!... un nombre más noble que largo, aunque es tan largo que yo no lo recordaba bien: los viejos sentimos la cabeza débil, esto es... sí: don Juan Pablo Pérez de... de... ¿lo veis? me equivoco... pero, en fin, sí, vos sois el caballero de la tez blanca, de los ojos negros, de la cabellera de oro... el del largo nombre ilustre... sí, vos sois el esperado.

—¿El esperado por quién?

—¿Por quién? ¡por la fortuna!... ¡por una gran fortuna!

—No os comprendo.

—Esta tarde llegó á mi casa un señor camarlengo del rey, dijo Piccolomini: ¿entendéis, eh? un señor camarlengo del rey; me llamó aparte, y me dijo:

—«A puestas del sol llegará con un escudero, un caballero como de veinticuatro años, blanco, rubio, con los

ojos negros... se llama...» dispensad, señor, pero yo no retengo bien vuestro largo nombre.

—Llamadme don Diego Marsilla, como para abreviar me llaman todos los que me conocen.

—¡Ah!... ¡sí!... ¡bien!... dijo Piccolomini: ¡don Diego Marsilla! esto es la misma cosa, pero más breve: pues bien: el camarlengo de su señoría nos mandó que cuando llegarais, á la caída de la tarde, debiéndoos reconocer por las señas, os aposentásemos ni más ni menos que si hubiéramos de aposentar á su señoría: es más: nos dijo que su señoría el rey se haría cargo de todo lo que gastarais.

—¡Cuando decía yo que aquí debía de haber algo! exclamó Galcerán.

—Los escuderos no hablan cuando su señor calla, dijo Piccolomini con acento severo, pero guiñándole un ojo, de tal manera, que Marsilla no pudo apercibirse de ello.

—¡Cuando yo decía!... exclamó Galcerán, pero de una manera ininteligible.

—¿Decís que el señor rey os ha mandado que me aposentéis? dijo Marsilla con asombro, pero demostrando un gran contento: ¿y quién ha podido decir á su señoría que yo debía llegar á puestas del sol á Barcelona?

—En el camino, dijo Galcerán, habéis encontrado, señor, á algunos poderosos caballeros, con los cuales habéis hablado, á los que habéis manifestado que pensabais ir á la Tierra Santa, y que os han adelantado.

—Yo no esperaba ciertamente esto: yo no lo comprendo, dijo Marsilla: he servido algunas veces bien al rey bajo su estandarte, pero nunca he hablado con su señoría, ni aun he estado cerca de él.

—Se me antoja, dijo Piccolomini, que el mismo rey os explicará lo que no entendéis.

—Pues esto no lo entiendo yo, dijo para sí Galcerán.

—En fin, dijo Marsilla; si es la voluntad de su señoría el rey que aquí me aposente, á su señoría obedezco.

—Mucho debe estimaros su señoría, dijo Piccolomini, porque se me ha mandado que os trate como un gran personaje: por lo tanto, señor, toda mi casa, y todo lo que soy, tengo y valgo, está á vuestra disposición, y con mucho honor y mucho contento mío.

Marsilla se sentía consolado.

Se le llenaba el alma de una dulce, rosada y risueña esperanza.

La fortuna le protegía decididamente.

En aquel momento ni aun recordaba á Angiolina.

Tenía el alma llena de Isabel de Segura.

Si el rey le estimaba tanto como parecía, aunque él no atinara con la causa, claro era que tenía su fortuna hecha.

Antes, mucho antes de que transcurriera el plazo que se le había concedido, podía ser esposo de Isabel.

Galcerán se perdía en confusiones.

Aquello había salido por donde él no esperaba.

Pero era malicioso.

Se le representó que, siendo tan hermosa la hostelera, podía ser muy bien prenda del rey.

Galcerán había adivinado.

Pero su adivinación había tomado muy mal camino.

El camino de la vergüenza.

Supuso á Angiolina manceba del rey.

No tenía duda Galcerán de que la bella hostelera se

había enamorado, y de una manera mortal, de su amo, en el momento en que le había visto.

—Pues adelante, dijo para sí Galcerán: veremos por dónde esto sale: por lo pronto, no puede ir mejor: ¿y cuál será la parte que á mí me toque?

Piccolomini llevó á otra habitación á Marsilla.

Era una extensa cámara.

En medio de ella había una gran mesa, sobre la cual colocaban una espléndida vajilla de plata algunos criados.

La gran chimenea en forma de arel, estaba encendida.

Por la parte superior de un grande ajimez, que á un mirador calado daba paso, penetraba un último rayo de sol.

Marsilla empezaba á embriagarse con la fortuna que se le presentaba.

Isabel persistía siendo completamente su alma.

Se había olvidado de todo punto, como si no la hubiese visto, de Angiolina.

Por el contrario, Galcerán no pensaba en otra cosa.

La hostelera era un medio seguro de fortuna, si se manejaba bien el negocio.

Además, aquella hermosa joven debía tener, para que la sirviesen, hermosas doncellas.

Piccolimini mostró, por último, á Marsilla, el dormitorio, el retrete de vestir, el oratorio, y algunas otras habitaciones que eran tan ricas y tan ostentosas como la cámara y como el tocador.

Aquel departamento ocupaba el centro de la fachada principal de la hostería, que daba sobre la Plaza Real.

Por su ángulo derecho, se comunicaba, por medio de

un largo corredor, con las habitaciones de Angiolina.

Después de haber mostrado el aposento á Marsilla, y de haber apurado los cumplimientos, más aún, los rendimientos, el señor Piccolomini se retiró por el corredor que correspondía con la habitación de Angiolina.

—Permanece en la cámara de los provenzales, dijo Piccolomini á Angiolina: ha creído lo del rey: veremos cómo sales de esto.

—El rey le favorecerá, dijo Angiolina: ¿y por qué no? Ese caballero merece todo cuanto por él pueda hacer el rey.

—Quiera Dios que no te equivoques, dijo suspirando Piccolomini, y que esto no sea una lamentable locura.

—¡Ah!... ¡no, no, padre mío!... dijo Angiolina, que como á padre seguía tratando á Piccolomini: si ese caballero no merece ser amado, yo no le amaré: pero el corazón me dice que es generoso, bravo, bueno y leal.

—¡Amor!... ¡amor!... dijo Piccolomini: ¡un amor inspirado en un momento!...

—Así debe ser el amor de buena ley, dijo suspirando Angiolina: ver y amar; y si esto no es amor, me lo parece: yo esperaba hacía mucho tiempo mi amor, y al verle, mi esperanza satisfecha, me ha dicho: «¡Él es!»

—Dios quiera que con tu amor no dés en la desgracia de las desgracias, hija mía.

—Sea como quiera, padre mío, dijo Angiolina: nosotros no hacemos los sucesos de nuestra vida, los hace Dios.

Una languidez hechicera apareció en la mirada, en la expresión, en el ser entero de Angiolina.

Había acrecido en hermosura.

Como la flor se entreabre al primer beso del aura, y exhala su más delicioso y fresco perfume, así al primer beso del amor, el alma de Angiolina había exhalado todas sus dulces emociones.

—Es necesario avisar al rey, dijo Angiolina, que venga esta misma noche.

—Se le avisará, dijo Piccolomini.

Y salió murmurando:

—¡Dios nos saque en paz de esta locura!

CAPITULO VIII

En que se ve hasta dónde llegaba el amor de Isabel, y aparece un nuevo y misterioso personaje

Marsilla sentía una ansiedad que le devoraba.

Hacía frio y sin embargo le abrasaba un fuego voraz, irresistible.

Se paseaba como un insensato por la cámara.

Galcerán no se atrevía á hablarle.

Era aquel muy mal momento.

El fantasma de la ambición, con todas sus irresistibles tentaciones, se levantaba resplandeciente ante él.

Marsilla nunca había sido ambicioso.

Pero lo ambicionaba entonces todo por Isabel.

Continuaba en el olvido aquella hechicera hermosura que por un momento le había asombrado.

Angiolina no podía esperar esto.

Por el contrario, esperaba la felicidad.

Había visto aturdido de emoción ante ella, á aquel hermoso caballero que de improviso se la había presentado, trayéndola la satisfacción de la sed de su alma.

La impacientaba lo que tardaba en oscurecer.

La parecía una eternidad el tiempo que debía pasar hasta que creciese la noche; hasta que el rey despidiese á su servidumbre y pudiese ir á verla.

Se ahogaba.

Agonizaba no menos que Marsilla.

Tanto como había tardado en amar era la violencia de su amor, en el punto en que había encontrado su soñado ideal.

Se asomó á un ajimez.

A un mirador.

En un mirador inmediato estaba Marsilla.

Como Angiolina, había necesitado del aire libre.

Marsilla se estremeció.

Volvió á dar de una manera extraña en la turbación que le había causado Angiolina al verla por vez primera.

Pero era demasiado cortés para no saludarla.

Angiolina le contestó de una manera de todo punto expresiva.

Permanecieron ambos en sus respectivos miradores.

La tarde caía.

La luz del crepúsculo era blanda, suave, vaga, poética.

Se oyeron pisadas de cabalgaduras en la plaza.

Marsilla y Angiolina vieron una tropa de jinetes que se encaminaban en derechura al hotel.

Cuando estuvieron cerca, á la misma puerta, vieron

que delante de aquella tropa venían tres personas.

Dos caballeros y una dama.

Los dos caballeros montaban magníficos corceles de batalla.

La dama, una brava hacanea.

Ella aparecía completamente envuelta en un gran ropón blanco de finísima lana, con adornos y bordaduras arabescas.

La cubría completamente la cabeza, hasta caerla sobre los hombros, un capuz blanco, en el cual sólo había dos aberturas para los ojos.

El uno de los caballeros llevaba un riquísimo arnés dorado, á lo que podía juzgarse por sus piernas y sus brazos, únicas partes que dejaba descubiertas un gran ropón rojo.

Cubría completamente su cabeza un capuz rojo también.

Por el enorme bulto se adivinaba debajo del capuz un casco.

El arnés del corcel era también dorado, y sobre el frontal llevaba un gran penacho rojo.

El otro caballero aparecía completamente encubierto y del mismo modo, con la diferencia de que todo en él era negro; el arnés, el ropón, el capuz y el penacho del caballo.

Venían en pos cuatro pajes de lanza, ricamente vestidos y armados.

Por último, como una treintena de escuderos, armados de todas armas, en fuertes caballos y con largas lanzas.

Los pajes y los escuderos llevaban los semblantes descubiertos.

Todos se entraron por el portalón de la hostería.

Desaparecieron bajo él.

¿Quiénes eran?

Ni Marsilla ni Angiolina les dieron importancia alguna.

Eran sin duda grandes personas, que tal vez en cumplimiento de un voto iban encubiertos.

A poco entró en la plaza otra tropa de jinetes y se dirigió á la hostería.

Delante venían un caballero y una dama.

No llevaban capuces.

Pero sí cumplidos antifaces.

Una rica toca cubría la cabeza de la dama.

Un gran ropón amarillo con bordaduras de plata que producían muy buen efecto, la envolvía.

El caballero, armado de todas armas, resplandecientes y lisas, llevaba una sobrevesta amarilla con guarniciones y bordaduras negras.

Iban en pos, sobre cuatro hacaneas, cuatro doncellas ricamente vestidas de víaje.

Luego dos pajes de lanza.

Por último, como hasta cincuenta escuderos perfectamente montados y armados.

Tampoco fijaron su atención en estos jinetes Marsilla y Angiolina.

Estaban demasiadamente ocupados en sus propios asuntos.

No habían reparado en que, tanto los que parecían señores de la primera tropa, como los de la segunda, habían fijado con gran atención sus miradas en Marsilla.

Aquellas gentes habían tomado los mejores aposentos del hotel, de los que se encontraban disponibles.

El caballero rojo, con la dama blanca y roja, y con el otro caballero negro, había tomado el grande y magnífico aposento que estaba á la derecha é inmediatamente del que ocupaba Marsilla.

El otro caballero y la otra dama, en otro aposento más á la izquierda.

Nuestros lectorés han comprendido sin duda, que el caballero rojo era don Enguerrando de Azagra; la dama blanca y roja, Alejandra; el caballero negro Kaimaro.

Que el otro caballero y la otra dama que habían llegado poco después, eran don Ezequías Ruben, señor de Mora, y su hermosísima hija Agar.

Ellas, enamoradas de Marsilla, le seguían, y estaban dispuestas á ir tras él hasta el fin del mundo.

En tanto, Isabel de Segura se había quedado en la torre, al lado de sus padres, devorada por el amor, por el dolor de la ausencia, por el temor y por los celos.

Para ella, (tanto amaba á Marsilla y tan inapreciable le creía), era indudable que el amor había de salirle al encuentro por donde quiera que fuese.

Enamorada de él hasta la locura, sintiendo su deseo en el deseo de Marsilla, el alma de Marsilla en la suya, creyendo que no podía existir una mujer que, al verle, por él no enloqueciese, Isabel gemía, se desesperaba, creía para ella perdido su Marsilla.

¿Quién sabía si alguna hermosísima reina, alguna poderosa emperatriz, prendada de él, no le embriagaría,

satisfaciendo su ambición, ó no se valdría de hechizos ó de malas artes para ser de él amada?

No había en la Edad Media, tiempo casi exclusivamente de fe y de creencia, superstición en que no se diese, despropósito en que no se creyese, cuando se trataba del alma humana en sus relaciones con lo visible y con lo oculto. Isabel llegaba hasta creer posible, que su bien amado cayese en algún encantamiento producido por el amor de alguna poderosa hechicera.

Marsilla había dicho que iba á Barcelona para embarcarse allí para la Tierra Santa.

Las barcelonesas tenían fama de hermosas, de atrayentes, de seductoras.

Abundaban en la ciudad de los condes las altivas nobles, las grandes damas.

Isabel veía rivales por todas partes.

Aún temía que el rey, asombrado del valor y de las buenas prendas de Marsilla, le diese por esposa una infanta.

Isabel, en fin, se fingía todos los temores, todos los peligros en que puede pensar, á causa del hombre de su amor, una mujer de una imaginación ardiente, impresionable, por el hombre cuyo amor llena exclusivamente su existencia.

Estaba, además, particularmente encelada por Agar y por Alejandra.

Ellas podían seguirle.

Alejandra era libre y riquísima.

Riquísima Agar, y completamente apoderada de la voluntad de su padre.

Las dos eran maravillosamente hermosas.

Las dos nobilísimas.

Señora, la una, de la villa de Mora.

De la de Aytona, la otra.

¿Y por qué ella no había de seguirle también?

Ella, en verdad, estaba sometida á la voluntad paterna.

Don Pedro de Segura estaba muy lejos de ser tan débil como don Ezequías Ruben.

Isabel no podía olvidarse de su decoro, ni deshonrar á su padre huyendo de su hogar.

Además de esto no tenía dinero.

Sus alhajas, aunque muy ricas, estaban en el guarda-joyas de la familia, bajo las llaves de su madre.

Isabel estaba, pues, desarmada.

Se veía obligada á esperar pacientemente ó desesperada, á que se cumpliese aquello que fuese la voluntad de Dios.

Con la partida de Marsilla se la había despedazado el corazón.

Su pensamiento había buscado furioso, por decirlo así, un medio para obtener, por lo menos, una esperanza.

De improviso lanzó un grito ahogado de alegría.

Una esperanza se la había presentado.

Vamos á presentar en escena un personaje de todo punto desconocido á nuestros lectores, y que no ha salido á luz, porque su salida hasta ahora no ha venido á cuento.

Este hombre era un ser singular.

Isabel tenía una especie de libertad relativa, alrededor de la torre de Segura.

Con mucha frecuencia salía de la torre sola, cruzaba el parque, se metía en el monte y se iba á visitar ó consolar

á los vasallos de su casa que vivían en las inmediaciones, y que eran pobres ó estaban enfermos.

Isabel era la Providencia de estas buenas gentes, que la adoraban.

Hacía ya mucho tiempo que estando sola Isabel, ya en el parque, ya en el monte, se la presentaba siempre una aparición.

Aquella aparición era un hombre.

Un hombre muy hermoso, pero muy pálido.

Sombrío, lúgubre, como si hubiese sido un cadáver viviente.

O más bien un alma en pena con apariencia corpórea.

Este hombre se presentaba en el fondo de una espesura, ó en el lindero de la senda por donde marchaba Isabel.

Ella le miraba y pasaba.

¿Quién era aquel hombre?

La importaba muy poco.

Ella estaba segura de que ningún mal podía hacerla aquel hombre.

¿Por qué esta seguridad?

Por instinto.

Aquel hombre fijaba en ella una mirada lúcida, poderosa, pero apenada y dulce.

En aquella mirada había amor.

Un amor devorado, sufrido.

Una especie de tortura.

Su aparición duraba un solo momento.

Aquel hombre, cuya edad no podía precisarse, que

tanto podía ser joven como viejo, se perdía en la espesura apenas le miraba Isabel.

¿Quién era?

En la comarca no se le conocía.

Nadie le había visto más que Isabel.

A juzgar por su traje y por sus armas debía ser un montero libre.

Vestía un sayo de piel curtida, unas calzas de lana y unas abarcas.

Un casquete de cuero ceñía sus largos y sedosos cabellos negros, que caían en pesadas guedejas onduladas sobre sus hombros y sobre su espalda.

De un ancho cinto de cuero hervido pendían, del un lado, un cuchillo de monte que podía servir de espada, y del otro una hacha de cuchilla anchísima y de mango muy corto.

Un arma terrible.

Llevaba, además, una gran ballesta, y un venablero lleno de fuertes jaras.

Era de elevada estatura, robusto, gallardo.

Llevaba consigo un gran perro negro, cruzado de lebrel y alano; un verdadero perro de montería.

¿Qué la importaba á Isabel de que aquel hombres fuese montero libre, como si dijéramos cazador furtivo, una especie de bandido?

Su instinto había dicho á Isabel, desde la primera vez que le vió, que aquel hombre no podía hacerla daño.

Ella tampoco quería dañarle, y no le había denunciado.

Muy pronto se acostumbró á verle, como ya hemos

dicho, por un solo momento, cuando atravesaba sola por el parque ó por la selva.

Muy pronto Isabel pensó en que no debía negarle, cuando encontrase á aquel hombre, la palabra de Dios.

Así es que cuando se le aparecía, decía:

—Dios os guarde.

A lo que respondíala:

—Guárdeos Dios.

Y desaparecía.

Que aquel hombre la amaba era indudable.

No siendo así, ¿por qué aquel hombre se la presentaba indefectiblemente cuando atravesaba sola el parque ó la selva, y la miraba con ansia?

Si Isabel no hubiese amado á Marsilla, tal vez con el tiempo hubiera causado en ella una poderosa impresión el amor abnegado, profundo, respetuoso de aquel hombre.

Verdad era que se trataba, juzgando por las apariencias, de un villano, y que la vanidad jerárquica, las preocupaciones nobilísimas entraban por mucho, de una manera determinante, en la composición del espíritu de los nobles de aquel tiempo.

Si alguna vez los fueros de la Naturaleza se sobreponían á todo, si una dama altiva daba en los amores de un plebeyo, de un siervo, por decirlo así, era necesario considerar este hecho como una excepción, como un fenómeno.

Inquieta Isabel, celosa, desesperada, se acordó de su misterioso enamorado.

Ella sabía bien hasta dónde llegaba el poder del amor.

Como que lo sentía en sí misma.

Su egoísmo, además, la impulsaba.

Estamos siempre dispuestos á pedir á nuestros semejantes, y aun á exigir de ellos lo que por ellos no seríamos capaces de hacer nosotros.

Apenas habían partido de la torre de Segura don Enguerrando, don Ezequías, Agar, Alejandra y Kaimaro, siendo ya cerca del medio día, Isabel, que aparecía tranquila, por más que en su alma se revolvía un cúmulo de sentimientos y de dolores, se fué al parque.

Adelantó por él.

Otras veces le había atravesado descuidada.

Entonces iba atenta.

Registraba con los ojos cada tupida enramada, cada accidentación del terreno, cada abertura entre los árboles.

Y no encontraba lo que buscaba.

El misterioso montero libre, el hombre pálido y hermoso, de una edad incalculable, era llamado en vano por el deseo de Isabel.

Llegó á un portillo del parque.

Atravesó un barranco.

Empezó á trepar por una vertiente.

Muy pronto se perdió entre los gigantescos robles.

Iba vestida de blanco.

Tendidos los rubios cabellos.

El viento, que era frío é impetuoso, agitaba sus ropas.

Tendía aquella dorada cabellera.

Parecía Isabel el puro y hermosísimo genio de la belleza.

Había tomado por los senderos extraviados, que no conducían á ninguna habitación.

Revolvía por ellos, mirando con un afán siempre cre-

ciente, los fondos oscuros de la espesura, las grietas de las rocas, lo profundo de los precipicios.

El misterioso personaje que buscaba no aparecía.

Isabel se desesperaba.

Iba á gran paso.

Aunque era fuerte, el cansancio no tardó en sobrevenir.

Se sentó sobre el tronco de un árbol que algunos años antes había descuajado la tempestad.

Los leñadores no habían pasado por allí.

El esqueleto aparecía cubierto de musgo, y en él arraigaban algunas modestas florecillas.

La lúgubre idea del no ser estaba representada en aquel árbol caído.

Isabel inclinó la cabeza sobre el pecho.

Se abismó en su pensamiento.

Gimió.

Pretendía que su espíritu siguiese á Marsilla.

Que le descubriese.

Que la dijese dónde en aquel momento estaba; que la dijese con quién hablaba; qué pensaba.

Interrogaba á la eternidad muda y misteriosa, como la interrogan todos los tristes.

Todos los que tienen anegado su espíritu en el mar de la desesperación.

Una especie de parálisis del sentimiento, si se nos permite la frase, (¿y por qué no se nos ha de permitir?) se había apoderado de Isabel.

Ni veía, ni oía, ni sentía.

No había en ella más que una vida puramente inmaterial.

Un súbito temblor la agitaba.

Se cubrió de sudor frío.

Experimentó una angustia desconocida.

Se alzó como luchando con el no ser.

Entonces, delante de ella, entre los nudosos troncos de dos árboles, vió al cazador misterioso.

Tendió hacia él los brazos.

Vaciló y cayó por tierra.

La agonía de su espíritu se había transmitido á su cuerpo y la había acometido un síncope.

Cuando volvió en sí se encontró en una cabaña.

En una de esas pequeñas cabañas de los monteros, que más que otra cosa parecía un cubil.

Estaba tendida sobre un leche de pieles.

Cerca de ella, en un ángulo, en un hogar formado con piedras y tierra, ardía de una manera vivísima, levantando una gran llama, un montón de leña.

El montero aparecía de pie junto al lecho.

CAPITULO IX

De cómo un amor violento puede revestir las formas de la abnegación

En el semblante del montero había una conmoción profunda, un amor infinito, un sufrimiento inmenso.

Un padre no hubiera podido contemplar con más ansiedad á un hijo moribundo.

Tenía en las manos una calabacilla muy pequeña.

Aquella calabacilla contenía, sin duda, el bálsamo, el medicamento con que había hecho volver en sí á Isabel.

Ella se incorporó.

Miró de hito en hito á aquel hombre.

Él la dió paz, con su mirada, en el alma.

Aparecía dulce.

Como impresionado por un amor purísimo.

—¡Bebed! la dijo, dándola la calabacilla que tenía en la mano.

Ella no hubiera bebido nada que la hubiera dado una persona que no hubiese conocido perfectamente.

Hubiera temido se la diese un filtro nocivo, que tal vez la hechizase.

Bebió, sin embargo, con confianza.

Sintió al momento el poder vivificante del licor que había bebido.

Se encontró reaccionada de su postración.

—Gracias, muchas gracias, dijo devolviendo la calabacilla al montero.

—Yo no vivo más que para serviros, para amaros, dijo con voz profundamente conmovida aquel hombre.

—Lo creo, y os lo agradezco, dijo Isabel bajando los ojos.

—Vos sufrís, la dijo con ternura el montero.

—¡Sí, sufro; sufro mucho! dijo Isabel: ¿y sabéis por que sufro?

—Por el más cruel de los sufrimientos, contestó él con acento tristísimo: con el sufrimiento del amor.

Encendiósele el rostro á Isabel, y contestó:

—¡Sí, por amor sufro; por amor agonizo; por amor muero! habíamos nacido para amarnos, y la desventura nos separa.

—¿Y teméis no volverle á ver?

—Sí.

—¿Teméis que andando por el mundo ame á otra?

Y había una amargura inmensa en el acento con que el montero pronunció estas palabras.

—¡Oh! ¡sí, sí! ¡lo temo... y fallezco!... ¡es mi esposo del alma! dijo con vehemencia Isabel.

—¡Vos quisierais seguirle por todas partes; ver todas sus acciones; oir todas sus palabras, y aun conocer sus pensamientos.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó creciendo en vehemencia Isabel.

—¡Ah! pues lo sabréis todo, todo; hasta lo que piense, porque yo lo adivinaré.

—¡Ah! ¡vos! exclamó anhelante Isabel.

—Sí; vos no podéis seguirle, pero puedo seguirle yo.

—¡Vos!

—Sí, porque yo os amo.

Los ojos de Isabel vagaron.

No supo qué contestar.

—Sí, os amo como si fuerais una parte de mi alma ó mi alma entera, dijo el montero: pero sé que vos no podéis amarme: no importa: porque os amo sufro lo que vos sufrís; lloro lo que vos lloráis; amo lo que vos amáis: os conozco y le conozco á él.

—¡Oh! ¿quién sois? dijo profundamente conmovida Isabel.

—Yo soy el hijo de un pobre: mi padre murió de miseria: yo pasé mi infancia mendigando; pero un día me hice fuerte; desde que soy fuerte no mendigo.

—¡Ah! dijo Isabel.

—Desde que soy fuerte tomo de los otros lo que los otros no me darían si en nombre de la caridad se lo pidiese: cuando para tomar lo que necesito me veo obligado á matar, mato.

—¡Ah! ¡no, no me digáis eso! exclamó Isabel: vos no tenéis cara de asesino.

—¿Y quién os ha dicho que yo asesine? No. Peleo, hiero, destruyo; cuando sea vencido seré destruído: ¿no habéis oído hablar de los Compañeros de la Cruz de fuego?

—¡Los Compañeros de la Cruz de fuego! exclamó Isabel: pero esos son aventureros francos.

—Sí, que caen sobre esta ó la otra casa fuerte, la asaltan y saquean, tomando siempre un pretexto, que siempre se encuentra en estos tiempos de turbulencias: ya peleamos por el rey, ya por los bandos: muchas veces servimos á sueldo: no se nos puede llamar salteadores: nosotros llevamos siempre un estandarte que responde á algo: somos fuertes, y no nos sujetamos como los débiles á la servidumbre.

—¿Y vos entre esas gentes qué sois?

—El rey: ellos van y ellos vienen adonde yo les envío: ellos sirven á sueldo al señor á quien yo les mando que sirvan: yo permanezco siempre aquí, alrededor de vos: conmigo vienen siempre cien buenos compadres: yo no puedo vivir sino donde vos estéis: yo no puedo dejar de veros. Pero deseáis saber del hombre á quien amáis y voy á apartarme de vos. Vos tendréis frecuentes noticias de don Juan Diego: siempre que os aventuréis en el monte, por poco que en él hayáis penetrado, encontraréis uno de mis compañeros que os dará una carta mía y las de Marsilla, ó recibirá una carta vuestra para don Juan Diego ó para mí.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! exclamó Isabel tendiendo su blanca mano al bandido: yo os doy todo el amor que os puedo dar: un amor de hermano.

—Y con él, doña Isabel, me hacéis el más feliz de los

hombres. Ahora partid: habéis recobrado vuestras fuerzas: cuanto más pronto quede yo libre más pronto podré seguir al hombre á quien amáis,

—Pues adiós, dijo Isabel: adiós, y que Él os bendiga: siempre tendréis en mí una hermana.

—Adiós, doña Isabel, adiós: yo llegaré por vos hasta lo imposible.

Isabel salió de la cabaña.

Muy pronto llegó al lindero de los árboles.

Se volvió y saludó al bandido.

Poco después se perdió entre la espesura.

El bandido había quedado inmóvil y profundamente pensativo.

Apenas desapareció Isabel, una violenta agitación se apoderó de él.

—¡Hermano! ¡Hermano! exclamó: ¡pero yo necesito que me ames como le amas á él! ¡más aún! ¡mi amor por tí es inconcebible! ¡El amor que yo en tí para mí quiero no se puede obtener por la violencia! ¡Oh! ¡quién sabe! ¡quién sabe! ¡Ella tiene el alma noble y grande! ¡él, él no conoce el mundo: él no ha visto todavía una mujer tan hermosa como ella! ¡Ella no podrá sufrir una traición! ¡Oh! ¡esperemos! ¡esperemos!

Y después de haber murmurado de una manera conmovida estas palabras, el rey de los Compadres de la Cruz de fuego salió de la cabaña y se lanzó á la carrera hacia la parte opuesta, á través del bosque.

Durante media hora no cesó en su carrera formidable.

Al fin llegó á un lugar mucho más intrincado de la selva.

En él había, en un pequeño hundimiento, otra cabaña mayor que la que ya conocemos.

En ella había un hombre rudo, vestido exactamente como el montero.

—Ármame, Gomecillos.

—Muy bien, señor, contestó Gomecillos.

Y de debajo de un montón de hojarasca sacó un arnés completo.

Armó á su capitán.

—Ármate tú también, le dijo éste, y dispón los caballos.

Un momento después, el capitán y Gomecillos, completamente armados y jinetes en dos poderosos caballos, adelantaban al galope por una ancha avenida de la selva.

CAPÍTULO X

En que Gutier de Malespina averigua sin preguntar más de lo que averiguar quería

A una legua de allí, en un lugar completamente solitario, contenido en un rodeo del Guadalaviar, se detuvieron el capitán de los compadres y el compadre que le acompañaba.

El primero hizo sonar su bocina.

Inmediatamente fueron apareciendo hombres fornidos, bravos, completamente armados y á caballo.

Al cuarto de hora había reunido ciento.

El capitán, á su frente, se puso en marcha.

Siguieron la margen izquierda del río, corriente arriba.

Le vadearon.

Se lanzaron al galope.

En un ventorrillo, el capitán preguntó por Marsilla, dando sus señas.

Le dijeron que por allí había pasado con un escudero por la mañana.

El capitán picó.

Siguió.

Preguntó en todas partes.

Al fin llegó á Barcelona y al hotel de *Los Tres caballeros negros* una hora después que Marsilla, cuando ya había cerrado la noche.

Al solo nombre de los Compadres de la Cruz de fuego, fueron honrosamente admitidos.

Estos aventureros tenían una gran celebridad.

Nadie los llamaba bandidos, á pesar de que allí donde caían caía la ira de Dios.

Encubrían siempre sus depredaciones bajo un estandarte cualquiera.

No era la primera vez que el capitán de aquella gente se aposentaba en la hospedería de *Los Tres caballeros negros*.

Era rico.

Se trataba bien.

Se le acomodó en el mejor aposento del segundo piso.

Correspondía cabalmente encima del que ocupaba don Juan Diego Marsilla.

Era también de mucho lujo.

Los cien Compadres de la Cruz de fuego, fueron también, á pesar de su número, bien aposentados.

El hotel era inmenso.

Acudió inmediatamente el señor Piccolomini.

—Dios os guarde y os prospere, señor Gutier de Malespina; ¿adónde bueno? le dijo con su eterno servicialismo.

—Guárdeos Dios, mi buen hostelero, dijo Gutier de Malespina; aquí me tenéis resignado á que me tratéis mal.

Esto era esquivar la pregunta de Piccolomini.

—¡Que vos digáis eso, señor Gutier! dijo como escandalizado Piccolomini: ¿pues cuándo en mi casa no habéis encontrado, servido al punto y bueno, todo aquello que habéis deseado?

—Muriéndome estoy por vuestra hermosa hija, dijo Malespina, y me habéis dejado en las ansias.

—Es que mi hija no entra en el número de las cosas que se sirven en mi casa, dijo con una gran paciencia y aun sonriendo Piccolomini.

—Ella se servirá, y sin pediros licencia, al hombre que al fin la enamore, dijo siempre audaz Malespina.

—Pero honestamente, y siempre mediante matrimonio, dijo ya con alguna viveza Piccolomini.

—A no ser que se enamore de un hombre casado, ó con voto, ó que aunque no tenga voto, ni esté casado, obligado á casarse esté por juramento, insistió Malespina.

—Dejemos en paz á mi hija, que vos sois el de siempre, que no respetáis nada: Dios os bendiga el buen humor. Y decidme, ¿qué se os va á servir de comer?

—El corazón de la señora Angiolina.

—Eso es cuenta suya, dijo Piccolomini, aguantando aún: solicitad, y si conseguís, contad con mi bendición.

—Según eso, dijo Malespina, vuestra hija no ha encontrado á quien querer.

—Si le ha encontrado, dijo Piccolomini, á nadie se lo ha dicho, ni se ven señales.

—Pues, según tengo entendido, replicó Malespina, aquí pára, aunque desde hace únicamente una hora, el señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—Así es, dijo Piccolomini.

—Pues, según dicen, ese señor es tal de hermoso y atrayente, que no hay mujer que le vea que de él no se enamore.

—Lo mismo se dice de vos, exclamó Piccolomini, ya un poco picado á pesar de su dulzura, y sin embargo, mi hija os ha visto más de una vez, os ha conocido, os ha hablado y no se ha enamorado de vos.

—Eso ha sido pórque yo no he querido que de mí se enamore, contestó de la manera más lisa y llana, y sin vanidad de ningún género Malespina.

—Siempre vos el mismo, dijo ya un tanto amostazado el señor Piccolomini.

—No sabemos, dijo Malespina, si el señor Diego Marsilla perdonará á vuestra hermosa Angiolina como la he perdonado yo.

—¡Pero estáis dejado de la mano de Dios! exclamó el señor Piccolomini, que no se atrevía á hablar recio al tremendo capitán de los Compadres de la Cruz de fuego. ¿Tales cosas me decís á mí que soy su padre?

—Es que yo hablo liso y llano, señor Piccolomini, y os tengo tan por padre de la hermosa Angiolina, como mi abuelo.

Sobresaltóse Piccolomini.

—Vos sólo decís eso, exclamó: todo el mundo la conoce como hija mía.

—Menos yo.

—¿Pero á qué viene esa conversación?

—A nada, es verdad, dijo Malespina, ó á mucho: en fin, á mí no me importa nada que la hermosa señora Angiolina ame ó no ame al buen caballero don Juan Diego Marsilla, puesto que yo por ella no tengo empeño ni aún deseo: pero puede importarle mucho á alguna otra persona á quien yo he servido, sirvo y serviré lealísimamente.

Sofocóse más aún el señor Piccolomini.

Gutier de Malespina, con sus compadres, había servido muchas veces al rey.

Tal vez era el rey la persona á quién Malespina se refería.

Esto era ya grave.

—Y esa persona, añadió Malespina, impedirá de todo punto, yo os lo juro, que el señor Diego Marsilla se case, ni aun se entienda en amores, con la señora Angiolina.

Inquietóse más y más Piccolomini.

Se le fueron los pies.

—Eso es lo que no sabéis, dijo; tal vez esa persona favorezca y haga posibles los amores y el casamiento de ese caballero con mi hija.

—¡Bah! señor Piccolomini: vos no veis claro: esa persona verá al diablo en cuanto sepa que la señora Angiolina y don Juan Diego Martínez se aman.

—¿Pero quién os ha dicho que se amen? exclamó Piccolomini.

—Vos lo habéis confesado sin que nadie os lo pregunte.

—Sólo hace una hora que se conocen ese caballero y mi hija.

—Pues así y todo.

—Os repito que estáis dejado de la mano de Dios, exclamó Piccolomini ya de todo punto aturdido: perdonadme que os contradiga.

Piccolomini sabía que Malespina no aguantaba réplica.

—Vos sois un pobre hombre, dijo Malespina con su inacabable audacia, ó un pícaro redomado: en fin, esto nada me importa, ó como os he dicho, me importa demasiado: que me traigan comida para mí y para mi escudero Gomecillos; que haya javalí: ya sabéis que tengo la costumbre y que no puedo pasarme sin él: á los compadres mucha carne, mucho pan y mucho vino: que no se me pongan magros los caballos, que tienen que servir, y yo creo que muy pronto.

—En mi casa nadie enmagrece, dijo picado Piccolomini, ni aun yo mismo que debía estar seco como una espina, según que me gastan la paciencia: en fin, se os servirá como siempre y como es justo; pero moderad vuestros juicios temerarios, señor Gutier de Malespina.

Y se fué taciturno y pensativo.

Sin preguntar, Malespina había averiguado más de lo que había querido.

Era indudable que á Marsilla se le favorecía en el *hostal* de *Los Tres caballeros negros*.

¿Quién favorecía á Marsilla?

No podía ser otra que Angiolina.

Angiolina era sobremanera hermosa, y extraordinariamente rica.

Gutier de Malespina empezaba á sentir celos en nombre de Isabel de Segura.

CAPITULO XI

De cómo por el amor, la mujer más digna puede dar en algo, si no enteramente pecaminoso, á lo menos reprensible

El señor Piccolomini se metió preocupado en el aposento de su hija.

Angiolina estaba sentada junto á la chimenea, y profundamente abstraída.

Al sentir á su padre levantó la cabeza.

—¿Se ha servido ya la comida á don Juan Diego Marsilla? preguntó con interés.

—Aún no: no he podido ocuparme de ella, contestó con intención Piccolomini, que quería entrar en materia con Angiolina y ponerla en aviso.

—¿Y qué estáis pensando? dijo con alguna viveza Angiolina.

—Ha llegado el señor Gutier de Malespina, dijo Piccolomini.

—Ya le he sentido, respondió Angiolina.

—Ya sabes quién es el señor Malespina.

Angiolina hizo un gesto de desdén.

—No importa que tú le desprecies, dijo Piccolomini: el capitán de los Compadres de la Cruz de fuego, es siempre un personaje terrible.

—Ese hombre para mí no es nada, dijo Angiolina marcando más su gesto de desdén.

—A tí te parecerá así, dijo Piccolomini; á mí me parece que es necesario guardarle el aire. Ese hombre no viene ahora á Barcelona á humo de pajas.

—Ese hombre acude, como aventurero, adonde puede encontrar un buen sueldo, y ya sabéis que el rey ha apellidado gente de guerra: el Emir-Al-Muneim, Mohamet *el Verde,* ha pasado las Angosturas (1) y está con un innumerable ejército en el reino de Granada.

Angiolina, por su proximidad al rey y por su frecuente trato con él, estaba al corriente de los sucesos políticos.

El príncipe de los creyentes, Mohamet *el Verde,* intentaba una formidable invasión sobre los dominios cristianos de España.

—Ese hombre, á lo que yo creo, dijo Piccolomini, no viene en esta ocasión á Barcelona á buscar un sueldo: viene por tí.

—¡Cómo!... ¿ha hablado de mí el señor Malespina? contestó con asombro y con un tanto de vanidad satisfecha, aunque desdeñara á Malespina, que así son las mujeres.

(1) Estrecho de Gibraltar.

—Sí; asegura que te has enamorado de don Juan Diego Marsilla.

—No sé cómo puede haberlo sabido, dijo Angiolina; pero asegura la verdad.

—Y añade, que, aunque á él le importa muy poco por una parte y mucho por otra, que tú ames ó no ames á ese caballero, ese caballero no puede ser tu esposo.

—¿Y por qué? saltó con una violenta amargura Angiolina.

—Porque dice que hay una persona á quien él se ve obligado á servir lealmente, que no consentirá en que te cases, ni aun acojas en tus amores á ese caballero.

—¿Y no ha dicho quién sea esa persona? dijo con un interés creciente Angiolina.

—No: él no dice más que lo que quiere decir; pero yo presumo que esa persona sea el rey.

—Y bien: vos no debierais meteros en mis asuntos, dijo Angiolina cambiando de tono: vos, que habéis llevado por tanto tiempo una vida de pícaro, no sólo no habéis aprendido todavía picardía alguna, sino que un inocente os engaña: ese hombre no sabe nada; yo os lo aseguro; estad tranquilo: miente, y supone para averiguar, y es muy posible que hayáis sido imprudente; pero no importa: si conviene que así sea, el señor capitán de los Compadres de la Cruz de fuego saldrá de Barcelona más que á paso: id, id, padre mío; que se sirva la cena al señor Diego Marsilla: que sea digna de un rey.

—No te entiendo, Angiolina: ¡qué celeridad para tu primer amor!

—Dejadme hacer, padre mío: pero id, id, no tardéis.

Piccolomini salió dominado por la voluntad de Angiolina.

No sabía contrariarla.

Angiolina se quedó abismada en gravísimas cavilaciones.

¿Quién era la persona que tenía un grandísimo interés en que no se lograsen sus amores por don Juan Diego Marsilla, y se valía para impedirlos del capitán de los Compadres de la Cruz de fuego?

Sin duda una mujer.

El señor Malespina debía haber llegado á Barcelona siguiendo á Marsilla.

Al ver que paraba en la hostería de *Los Tres caballeros negros,* debía haber temido que Marsilla se prendase de la hostelera.

Había tanteado á Piccolomini.

Piccolomini debía haber cometido alguna imprudencia.

Como se ve, Angiolina había dado en la verdad.

No tenía duda de que una mujer andaba en aquello.

Había, pues, necesidad de saber quién fuese aquella mujer.

Malespina había logrado su objeto.

Angiolina estaba advertida.

Necesitaba una explicación.

Esto era lo que convenía á los proyectos de Malespina.

Había, además, dos mujeres con las cuales Malespina contaba, y que irritaban ya los celos de Angiolina.

Dos mujeres encubiertas, ricas, al parecer nobles y espléndidamente servidas.

Angiolina ignoraba quiénes fuesen.

En cuanto á Malespina las conocía.

Estas contrariedades, estas provocaciones que se rebelaban contra el amor de Angiolina apenas nacido, le acrecían de una manera imponderable.

Su enérgica voluntad y la viveza de su entendimiento estaba ya en fermentación.

Gozaba de una manera hasta entonces por ella no conocida, y sufría y se espantaba como jamás había sufrido, como jamás se había espantado.

Un vago y lúgubre presentimiento la aquejaba.

Y á seguida la halagaba, la embriagaba una rosada y espléndida esperanza.

En esta terrible alternativa del sentimiento sufría un insoportable martirio.

Alternativamente las lágrimas asomaban á sus ojos, ó una sonrisa de delicia, de alegría, de amor, de felicidad, de confianza, vagaba en sus labios.

Hubo un momento en que necesitó ver, observar á aquel hombre que tan de improviso se había apoderado de su voluntad, de su alma, de su ser entero.

Ya hemos dicho que había un pasadizo que ponía en comunicación el aposento de Angiolina con el que Marsilla ocupaba.

Aquella comunicación se inutilizaba con cerrar tres fuertes puertas que en el pasadizo había.

Angiolina buscó las llaves.

Entró en el pasadizo.

Abrió silenciosamente las tres puertas.

Penetró sin hacer el más leve ruido en una cámara que estaba sin luz.

La alfombra de Persia, aunque no hubiesen sido tan leves las pisadas de Angiolina, las hubiera apagado.

Aquella cámara era el dormitorio.

La de más allá, que también sin luz estaba, era la cámara de vestir.

El guardarropa.

Por la puerta de esta cámara, que cubría un hermoso tapiz tunecino, se pasaba al comedor.

Este estaba fuertemente iluminado.

Se veía su luz por la leve abertura del tapiz y por bajo de él.

Angiolina se acercó á la abertura y miró.

Marsilla estaba sentado en un cojín, junto á la chimenea.

Cuatro garzones cubrían la mesa.

Lucía en ella un espléndido lujo.

Marsilla no prestaba atención á nada de esto.

Aparecía profundamente preocupado.

—Cuando seáis servido, señor, dijo uno de los garzones á Marsilla, podéis cenar.

Marsilla se levantó, se sentó junto á la mesa, y comió de muy mala gana y como haciendo un esfuerzo, algunas cucharadas de un potaje que se le había servido.

Después, y haciendo esfuerzos mayores aún, comió algo de un pastel de caza.

Bebió una copa de vino mezclado con agua.

Se levantó de la mesa, y mandó que retirasen la cena.

Los garzones desempeñaron muy pronto esta faena.

Marsilla se quedó solo.

Había mandado que cuando su escudero viniese, le dijesen que le esperaba.

Angiolina, por su parte, esperó á que sobreviniera el escudero.

Generalmete los escuderos conocían todos los secretos de sus amos y hablaban con ellos con una gran confianza.

Tal vez Angiolina podría descubrir mucho.

Ella había contado siempre con esto.

A la media hora de espera apareció Galcerán.

Su amo le mandó se sentara frente á él.

Galcerán no aparecía muy sereno.

Se comprendía bien que no había sido tan sobrio como su amo.

Se sentó sin encogimiento.

Extendió sus piernas y sus manos hacia el fuego.

Trató, pues, á su amo de igual á igual.

El vino le daba valor, ó por mejor decir, le hacía olvidarse de todo miramiento.

Marsilla le dejaba hacer, ó por mejor decir, no le veía, ni aun le había sentido.

Continuaba dominado por su profunda preocupación.

CAPITULO XII

De cómo por escuchar, oyó Angiolina lo que no hubiera querido saber

Después de haberse colocado perfectamente á su gusto Galcerán, comprendió, á pesar de la perturbación de sus sentidos, que no le había sentido su amo.

—Tanto caéis y aun dais en vuestras cavilaciones, le dijo, que al fin acabaréis por volveros loco, señor mío.

—¡Ah, que eres tú, Galcerán! dijo Marsilla.

—En cuerpo y alma, señor, dijo Galcerán, y aun creo que conmigo hay alguien más: dan muy bien de comer y de beber en esta hostería: me han tratado á cuerpo de rey.

—¡Dichoso tú que eres feliz con tales cosas! dijo suspirando Marsilla.

—Señor, contestó Galcerán, en este mundo no tenemos más que lo que comemos y lo que bebemos; cuando

hay buena salud y buen diente todo lo demás viene bien.

—¡Ay que no sabes tú las penas que me acaban, Galcerán! dijo soltando un suspiro mucho más profundo Marsilla.

—Siempre doña Isabel, exclamó Galcerán, sobresaltando á Angiolina que escuchaba con toda su alma: ¿y que más os da si sabéis que la señora ha nacido sólo para quereros, y que á nadie ha de querer, y que antes de dejar de quereros se dejaría matar?

—¡Mi ruín pobreza! exclamó con acento de despecho Marsilla.

—Tanto apremiarais á doña Isabel, dijo Galcerán, que atropellara por todo, y á vos se vendría con los brazos abiertos, y por componer la honra con vos hubiera de casarse.

—Dios no querrá que á tal extremo se llegue, pues yo no quiero ni la más leve sombra en el honor de mi esposa: yo tengo grandes esperanzas, Galcerán: ¿no ves cómo el rey me trata?

—¿El rey, decís? exclamó Galcerán; pues si yo tengo para mí que el rey no os conoce ni aun os ha oído nombrar en todos los días de su vida.

—Pues te engañas, Galcerán; esta grandeza con que se nos sirve la paga el rey.

—¿El rey ó la reina? dijo socarronamente Galcerán.

—¿Qué reina, Galcerán? pues si no hay reina: ¿no sabes que doña María de Montpeller está en Roma, pleiteando contra su marido, por lo del repudio del rey?

—Hay muchas reinas, señor.

—Yo no creo que el rey don Pedro dé escándalos poniendo mancebas en el lugar de su esposa.

—Yo no diré tal, insistió Galcerán; pero si no la hay, reina puede llamarse la que domina la voluntad de su rey.

—¿Y quién es esa señora?

—Una señora que os ama.

—¡Que me ama, Galcerán!

—Pues sí, ciertamente.

—No conozco una mujer de quien yo sea amado más que de doña Isabel de Segura.

—En Teruel había más de una que se moría por vos.

—Figuraciones tuyas.

—Lo conocía todo el mundo: vos sois tan bueno, señor, que no parece sino que habéis nacido para amar y para que os amen.

—Deja á un lado las lisonjas, Galcerán, que ya sabes que no las puedo sufrir.

—No es lisonja, es lo que sé. Apenas habéis salido de Teruel, y ya os han seguido dos damas enamoradas: apenas habéis llegado á Barcelona, y ya se ha prendado de vos una prenda de rey.

—¿Dices que me han seguido dos damas desde Teruel?

—Sí por cierto, señor.

—Tú ves visiones, Galcerán.

—Visiones parecen ellas según lo encubiertas que vienen; pero no han encubierto de la misma manera sus escuderos y yo los he conocido. Las dos estaban en la torre de Segura cuando vos os partisteis de ella.

Angiolina escuchaba acreciendo en intensidad su pasión.

La revelación era completa.

El locuaz Galcerán la hizo, sin saberlo, mucho mejor que si le hubiesen pagado á precio de oro sus servicios.

Al mismo tiempo contemplaba extasiada á Marsilla.

La llama de la chimenea enrojecía su hermoso semblante.

Le hacía parecer más bello.

Más enérgico.

Angiolina se enamoraba más y más.

Su empeño crecía.

La mordían ya en el corazón los celos.

El hablador Galcerán continuó:

—Yo no he podido menos de conocer, dijo, á doña Agar de Moratilla, que con su padre ha llegado poco después que nosotros á la hostería, ni á doña Alejandra de Aytona, que casi al mismo tiempo han llegado, y se han aposentado aquí con sus escuderos y sus acompañantes.

—¡Ah! exclamó Marsilla; puedes haberlo imaginado.

—Muy encubiertas vienen, y los que las acompañan, dijo Galcerán, grandes capuces traen en las cabezas, que les caen hasta los hombros; pero son ellas, señor: mucho será que pronto no tengáis una visita, y tal vez más de una.

Y Galcerán sonrió de una manera picaresca.

—Tus malicias son imperdonables, Galcerán, dijo Marsilla: así atropellas por el honor de las damas como si fuesen tierra realenga, franca al paso de todo el mundo.

—Yo sé lo que ellas son, señor: cuando una mujer se impacienta, atropella por todo, y no hay obstáculos que la detengan; saltará por encima; en el cuarto de al lado

tenéis á doña Agar de Moratilla, con su padre que también está encapuchado: en el cuarto de más allá habita doña Alejandra de Aytona, á la que acompaña, no ya un encapuchado, sino dos; y finalmente, acá y allá, en todas partes, puesto que tiene por suya toda la casa, como dueña que es de ella, esa hermosísima doncella que nos recibió, á quien presumo que el rey favorece, y que también está enamorada de vos hasta las entrañas.

—Tú no te ocupas de otra cosa que de husmear y oir, Galcerán, dijo don Juan Diego, y eso me desagrada en gran manera, porque yo no quiero tener por escudero una dueña.

—Señor, dijo Galcerán, yo, por serviros bien, soy capaz, no digo ya de serviros de dueña, sino de diablo; aunque, bien mirado, diablo, y dueña, y bruja, son una misma cosa. Y si esto así no fuese, ¿cómo hubiereis estado tan bien servido en vuestros amores con doña Isabel de Segura?

—Háblame solamente de ella, Galcerán, que á ella sola amo, y á otra no puedo amar, aunque sea un ángel descendido para mí del cielo.

—Pues dígoos, señor, y perdonadme el que esto os diga, que no estáis en vuestro cabal juicio.

—Te lo perdono porque la verdad dices: loco me tienen los amores de doña Isabel.

—Pues loco estáis porque queréis; y no os casáis dentro de muy poco con doña Isabel... porque en plata; no os da la gana.

—¡Que no quiero yo unirme en cuerpo y en alma con mi doña Isabel! dijo con un acento de amargo asombro

Marsilla: ¿pues por quién espero desesperado?... ¿por quién vivo sin vida?

—Si tuvierais siquiera dos cuentos de maravedises, doña Isabel sería vuestra.

—¡Juro á Dios, exclamó Marsilla, que he de tener ciento ó he de perder la vida!

—De balde y sin pasar trabajos, antes gozando glorias, podéis llegar á ser rico. Dejaos querer por esas tres buenas hembras, que por vos se mueren, y que son muy ricas, y todo lo suyo es vuestro.

—Levántate, Galcerán, le dijo Marsilla.

Galcerán se levantó, y miró con extrañeza á su amo.

—Tráeme la espada, dijo Marsilla.

—¿Y para qué, señor? dijo Galcerán receloso.

—¡Para darte la traidora muerte que mereces, infame! Bien se conoce que has bebido demasiado al cenar, y que sería mejor no tuvieras tan buen aposento como este. Nunca te he conocido tan desvergonzado como ahora. Pues díme, infame: ¿lo que me aconsejas puede aconsejarse sin injuria á un fino y rendido amante, ni aunque á nadie más que á Dios ame, á un buen caballero? Ea, quítate de mi vista, no sea que haga contigo un despropósito.

—¡Pero, Señor!...

—¡Que te vayas, digo!

De tal manera estaba Marsilla, que Galcerán no se atrevió á insistir y salió murmurando:

—Ya no hay duda: mi amo ha perdido de todo punto la cabeza: si yo estuviera en su lugar sería otra cosa.

CAPÍTULO XIII

En que se ve que Angiolina usaba, y aun abusaba del rey, y en el fin del cual ella ve lo que no esperaba ver

Nació un empeño formidable en el corazón de Angiolina.

Era necesario que aquel gentil y hermoso caballero, que tan favorecido era por las damas, la amase á ella sola.

Era necesario fascinarle.

Hacer tanto, que se deslumbrara.

Vencer á aquella no conocida, apenas sabida y ya aborrecida Isabel de Segura.

Angiolina se sentía con grandes medios para llevar adelante una intriga terrible, que diese por resultado el desencanto de Marsilla de aquellos acendrados amores que lo tenían loco.

Las dificultades, las inmensas dificultades que había encontrado Angiolina en el principio de su amor, habían llevado ya á aquel amor hasta la exageración.

Después de la salida de Galcerán, Marsilla se había quedado profundamente meditabundo.

Digería, por decirlo así, la conversación que con él habían tenido Galcerán, y que no había sido de todo punto en vano.

Pensaba, sin querer pensar en ello, y sin olvidar por ello á Isabel, en Angiolina.

Sentía un interés misterioso que ni quería ni podía explicarse, y de que ni aún se daba cuenta, por la hermosísima joven, asimismo de una manera inconsciente le mortificaban vagos y misteriosos los celos.

Lo que sí sentía claramente era la mortificación que le causaba el pensar que tal vez al amparo de una mujer debía la regia manera con que se le trataba en el *hostal* de *Los Tres caballeros negros*.

Sin duda habían mentido cuando le habían hablado de la protección del rey.

De tal manera le aguijó este pensamiento, y le sublevó la altivez, que llamó.

Acudió un criado.

—Decid á vuestro señor, le dijo Marsilla, que necesito hablar con él al momento; que si no puede venir yo iré á verle.

Apenas oyó esto Angiolina, cuando se quitó de su acechadero, pasó á su aposento, salió de él y se fué á buscar á su padre, que estaba en el despacho dormitando al lado de la chimenea.

Las doncellas que el despacho administraban, estaban haciendo la cuenta del día.

Era ya cerca el toque de cubrefuego; hora en que se cerraban las hosterías y las tabernas.

Angiolina tocó en el hombro á su padre.

El señor Piccolomini, que hacía la digestión de la cena tan beatíficamente como si hubiera sido un prior de Jerónimos, despertó sobresaltado al llamamiento de su hija.

—Seguidme, padre mío, le dijo Angiolina.

Piccolomini bostezó, se alzó, se puso de pie, y medio dormido aún siguió á la joven.

Angiolina le llevó á su aposento.

—Veamos qué es lo que te se ocurre, dijo Piccolomini.

—Vais á verlo, respondió Angiolina.

Y de uno de aquellos bellísimos muebles de roble tallado que servían de escritorio en la Edad Media, sacó un pergamino avitelado y perfumado, y escribió en él lo siguiente:

«El Rey:

»A su muy amado vasallo, el caballero don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

»Porque así es mi voluntad, y porque os conviene, os mando que al momento en que esta mi carta leyereis, vengáis á mi palacio, en cuya guarda daréis vuestro nombre, que con esto os conducirán junto á mí.

»Guárdeos Dios.

»Don Pedro.»

Tomó luego otro pergamino Angiolina, y escribió en él lo siguiente:

«Muy ilustre señor Rey y padre mío:

»Importa que de vuestro puño y letra trasladéis la carta que va con ésta. Es necesario que hagáis creer á don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, que le estimáis, que le protegéis, que pagáis su gasto en mi casa; que contáis con él en gran manera. Nada perderéis en ello, porque es un incomparable caballero, y tal, que yo le quiero para esposo mío, y estoy resuelta á vencer cuantas dificultades se me opongan.

»Yo iré á veros esta misma noche, yo os hablaré.

»Guárdeos Dios, amado padre mío.

»ANGIOLINA.»

Angiolina enrolló en uno los dos pergaminos, los ató con un hilo de seda azul y plata, y los dió al señor Piccolomini.

—Al momento, padre mío, por la mina á palacio; haced seña, ved al rey, y entregadle estas cartas. No os detengáis un solo momento.

—¡Dios nos saque en paz de tus aventuras! dijo Piccolomini, que en tanto que Angiolina escribía puesto detrás de ella, había leído lo que había escrito.

Y se fué.

Angiolina volvió rápidamente á su acechadero.

Marsilla continuaba sentado junto á la chimenea.

Aparecía mucho más pensativo que cuando Angiolina dejó de observarle.

Contemplándole la latía el corazón con una fuerza irresistible.

Le parecía Marsilla el hombre más hermoso y de mejor alma que había visto en todos los días de su vida.

Se la acrecía el amor y con el amor el empeño.

Dominaba en torno un silencio profundo.

Pasaba el tiempo.

Marsilla permanecía inmóvil.

Su mirada, abstraída, aparecía como fija en un punto, fuera de la estancia en que se encontraba.

Tal vez aquella mirada inmóvil, buscaba en la inmensidad la imagen de Isabel de Segura.

Marsilla, transfigurado por el sentimiento de su amor, aparecía hermosísimo.

Angiolina se sentía atraída

Por un acaso, la mirada de Marsilla venía á dar en su mirada.

Angiolina se sentía atraída por una fuerza incontrastable.

Se veía obligada á hacer poderosos esfuerzos para no presentarse á Marsilla, acercarse á él, revelarle su amor.

Y se enamoraba más y más.

Sonó al fin el toque de cubrefuego.

Había pasado tiempo bastante para que Piccolomini hubiese desempeñado su comisión.

Al resonar el toque de cubrefuego, Marsilla hizo un movimiento como si hubiese despertado de un profundo sueño.

Llamó de nuevo.

Apareció un criado.

—¿No ha aparecido, en fin, vuestro señor? dijo con impaciencia; ya es el cubrefuego y debe de haber vuelto.

—Si hubiese vuelto, señor, ya hubiera avisado á vuesa merced, dijo el criado.

En aquel momento apareció otro criado á la puerta.

—Señor, dijo; un camarero de su señoría el rey, pide veros al momento.

—¡Del rey! dijo Marsilla alterándose: hacedle pasar al punto.

Los dos criados se retiraron.

A seguida entró un joven caballero ricamente vestido.

Saludó profundamente, y se quedó á una respetuosa distancia.

—¿Tengo la honra, preguntó, de hablar al señor don Juan Diego Garcés de Marsilla?

—El honrado soy yo, dijo Marsilla: el que decís soy.

—Yo os saludo con todo mi respeto, y tengo la satisfacción de poner en vuestras manos esta carta del rey nuestro señor.

Y dió un pergamino enrollado á Marsilla.

Estaba sujeto con una rica sortija de oro en que había una hermosa piedra.

El camarero había besado la carta antes de darla á Marsilla.

Marsilla la besó al recibirla.

Quitó la sortija y se la puso en el dedo del corazón de la mano izquierda.

Desenrolló el pergamino.

Ya conocemos su contenido.

Le temblaba la mano.

Apenas si podía leer.

Estaba sobrecogido.

No comprendía tanta honra.

¿Habría tenido razón en lo que le había dicho el sagaz, el malicioso Galcerán?

¿Se habría enamorado de él la hermosa hostelera?

¿Influiría ella sobre el rey?

Si esto era verdad influía en gran manera.

¿Y por qué influía?

A este pensamiento se le apretó el corazón á Marsilla.

Sintió celos.

¿Y por qué?

Él no podía explicarse un tal misterio.

Él no amaba, él no podía amar más que á su Isabel de Segura.

Se avergonzaba al sentirse interesado en alguna manera por la bella Angiolina.

Marsilla no comprendía aún el vértigo del amor.

Fuese como fuese, era de todo punto necesario obedecer la orden del rey.

Enrolló de nuevo el pergamino, le besó, le guardó en su pecho, bajo el sayo, y dijo al enviado del rey:

—Esperad un momento, caballero. Obedezco en el mismo punto en que la recibo la orden del rey: vos me llevaréis hasta su señoría.

—Con mucho contentamiento mío, dijo el caballero.

Marsilla salió por una puerta opuesta á aquella donde acechaba Angiolina.

Volvió á poco, ceñida la espada y puestos el manto y la toca.

El traje de Marsilla era muy modesto.

Revelaba su pobreza.

Contrastaba enérgicamente con el riquísimo y deslumbrante traje del camarero del rey.

—Cuando fuereis servido, dijo cortésmente Marsilla.

—Os obedezco, señor.

Ambos salieron.

Marsilla no debía tardar en volver.

Su conversación con el rey debía ser muy corta.

Los reyes se entretienen muy poco con sus vasallos, por lo mismo que tienen muchos vasallos á quienes oir.

Angiolina esperó.

Se sentó en un sillón que había junto al lecho.

Allí permaneció algún tiempo abismada en sus enamorados pensamientos.

El silencio era profundísimo.

Así es que permitió á Angiolina oir el ruido de unos levísimos pasos.

Pasos indudablemente de mujer, que provenían de la habitación inmediata.

Angiolina volvió á su acechadero, y vió á una mujer envuelta en un ropón amarillo con adornos negros, y encubierta completamente la cabeza con un amplio capuz.

CAPITULO XIV

Que es tan corto como la audiencia de un rey

Sigamos á Marsilla.

El palacio real estaba muy cerca de la hospedería de *Los Tres caballeros negros*.

En la misma plaza.

La hospedería estaba situada en el lado derecho, que formaba ángulo recto con el en que se alzaba el palacio.

Atravesando el bello vestíbulo, atravesando las galerías del patio, salvando las anchas escaleras, y avanzando por algunas ricas cámaras llenas de una noble servidumbre, llegaron á la cámara del rey.

Marsilla fué anunciado en alta voz y ceremoniosamente.

El rey salió á recibirle hasta la puerta de la cámara, le dió la mano, y le llevó, asido siempre, á unos ricos almohadones moriscos.

—Sentémonos, dijo el rey.

—¡Tanta honra, señor!... exclamó Marsilla aturdido por la altísima, por la inusitada distinción que debía al rey.

Verdad es que estaba en Barcelona, y que allá los reyes de Aragón, respetando el carácter independiente y altivo de los catalanes, eran menos soberbios que en sus estados aragoneses.

En Cataluña se sentía mucho menos el rey.

—Sentémonos, repitió afablemente el rey.

—Obedezco, señor, repitió Marsilla.

Y se sentó, pero conservando una actitud profundamente respetuosa.

Esperó á que el rey le hablase.

—¿Por qué estáis en Barcelona?... ¿adónde vais? le preguntó con el acento del más cariñoso interés.

Y entretanto le observaba profundamente.

—Me dispongo á pasar á la Tierra Santa, señor, dijo Marsilla, á ayudar con mi sangre al rescate del Santo Sepulcro.

—¿Y no creéis que tenemos aquí hartos infieles á quienes combatir, dijo el rey, sin que tengamos necesidad de ir á buscarlos á los Santos Lugares?

—En efecto, señor, contestó Marsilla: los alárabes imperan todavía en una gran parte de España.

—Por lo mismo yo me opongo á que ninguno de mis buenos caballeros salga de mis reinos, donde harta falta hacen.

—Yo había hecho un voto, señor, contestó respetuosamente Marsilla.

—Yo, en nombre mío y en nombre de la patria, me

opongo á ese voto, dijo el rey: en todo caso, si fuese necesario, pediremos la absolución de vuestro voto al Papa. Permaneced en Barcelona, y donde estáis, caballero, y venid á verme con frecuencia.

Y el rey, que se había contrariado, dominado por el ruego de Marsilla, se levantó y le dió la mano.

Esto quería decir que se había terminado la audiencia.

—No olvidéis que quiero veros á menudo, dijo el rey llevando de la mano á Marsilla hasta la puerta de la cámara.

—No olvidaré nunca las bondades de vuestra señoría, dijo Marsilla que estaba profundamente conmovido.

—Id con Dios, y que Él os guarde, dijo el rey cuando hubieron llegado á la puerta de la cámara.

Marsilla dobló la rodilla, besó la mano al rey, y diciendo:

—¡Dios os guarde, señor, y os prospere!

Salió de la cámara real.

CAPITULO XV

De como no es prudente aventurarse en lugares no conocidos

Entretanto Angiolina había continuado observando, oculta en el dormitorio de Marsilla.

La mujer que en la cámara inmediata había entrado, envuelta en el ropón amarillo y negro, y encubierta por el capuz, se había acercado á la mesa.

Había dejado en ella un pergamino.

Luego, como si un poder incontrastable la hubiera arrastrado, como si la hubiera atraído la poderosa mirada de Angiolina, fija en ella, avanzó hacia el dormitorio.

Angiolina retrocedió.

Si no hubiera retrocedido, al abrir los tapices que cubrían la puerta, aquella mujer hubiera tropezado con ella.

La encubierta siguió avanzando.

Angiolina había retrocedido hasta el lecho.

Se abrieron los tapices.

Se recortó en la puerta la sombra de la incógnita.

Angiolina se cubrió con las colgaduras del lecho.

Penetraba hasta ella un débil reflejo.

El que provenía de la cámara inmediata, y que en el dormitorio penetraba por la abertura de los tapices.

Manteniendo esta abertura con las dos manos permanecía en la puerta del dormitorio la encubierta.

Pasó al fin.

Los tapices cayeron y se cruzaron.

El dormitorio volvió á quedar lóbrego.

La encubierta avanzó.

Tocó el lecho.

Gimió.

Angiolina la sintió llorar.

Aquel llanto era de amor, y de amor desesperado.

Angiolina salió rápidamente de detrás del lecho.

Llevaba la mano puesta en su puñal.

Unos celos horribles se habían apoderado de ella.

La sublevaban el corazón y la cabeza.

Eran unos celos extraños.

No celos del amor de Angiolina hacia aquella mujer, el poder de cuya beldad ignoraba aún Angiolina, sino celos por el amor de aquella mujer hacia Marsilla.

Angiolina era violenta.

Un horrible pensamiento de exterminio había pasado por su alma.

Había nublado su corazón.

Había enmudecido su conciencia.

Pero el bien dominaba en el corazón de Angiolina al mal.

En el momento en que, silenciosamente se acercaba á aquella mujer, cuyo bulto distinguía confusamente, arrodillada junto al lecho, el horror del crimen se apoderó de ella.

Su mano abandonó el puñal.

Permaneció inmóvil durante un breve espacio.

De improviso se lanzó sobre aquella mujer.

La arrancó el capuz.

La mujer dió un grito y se puso de pie.

Angiolina sintió una extraña idea.

Abrazó á aquella mujer y la besó de una manera candente, terrible, en la boca.

Aquella mujer exhaló un grito agudo y se desplomó en los brazos de Angiolina.

Se había desmayado.

Había creído, con la rapidez de la imaginación, que Marsilla había vuelto, que había penetrado en el dormitorio, que la había sentido, que impulsado por el amor la había abrazado, la había acariciado.

Aquello había sido un sueño de la imaginación.

Del deseo.

Una insoportable enajenación se había hecho sentir de ella, y se había desmayado.

Angiolina la dejó sobre el suelo.

Salió á la cámara.

Tomó el pergamino que la encubierta había dejado sobre la mesa.

Le desenrolló y le leyó.

Aquel papel decía:

«Don Juan Diego: yo sé cuánta es la desesperación que sentís por el amor de Isabel de Segura, como sé cuánta y cuán dolorosa es la desesperación que por vuestro amor ella siente: yo tengo compasión de vos, como vos la tendríais de mí si supierais cuán desesperadamente os amo: yo sé bien que jamás renunciaréis á Isabel de Segura; que si no puede ser vuestra, moriréis de dolor y desesperación: ¡os amo! ¡os amo, como jamás ha amado una mujer; de tal manera, que vuestros dolores me acaban y vuestra desventura es mi desventura! Yo seré menos desdichada cuando os vea dichoso. Por haceros rico, para que el orgulloso y avaro don Pedro de Segura os dé su hija, habéis salido á buscar las aventuras y los peligros; pero rico tornaréis: id mañana á la noche, á las cuevas de Monjuich: allí encontraréis un tesoro: cuando seáis feliz, si queréis, aceptadme por esclava; yo seré muy dichosa.»

Angiolina quedó por algunos instantes meditabunda.

Lo que sucedía era de todo punto extraño.

Angiolina tenía en la mano el capuz amarillo y negro de la encubierta.

Su mirada candente devoraba el contenido del pergamino.

¿Era leal aquel contenido, ó era una asechanza á Marsilla?

¿Se le quería atraer á las cuevas de Monjuich, á aquellas terribles cuevas donde se habían cometido tantos crímenes, con algún pérfido intento?

¿Iría Marsilla, engañado, á buscar el tesoro que se le ofrecía?

Angiolina necesitaba saber si á Marsilla le deslumbraba el oro.

Enrolló de nuevo el pergamino, puso en él de nuevo la rica sortija que sujetaba su enrollamiento, tomó una luz y entró en el dormitorio.

En él, y densamente desmayada, había una mujer.

Aquella mujer era Alejandra.

Estaba de espaldas, con los ojos espantados y abiertos, entreabierta la boca, dejando ver su fresca y admirable dentadura y profundamente desmayada.

Su extraordinaria hermosura sobrecogió á Angiolina.

Aquella mujer era peligrosa.

Por grande que fuese la belleza de Isabel de Segura no podía ser mayor.

Era necesario libertarse de ella.

—¿Cómo había penetrado allí aquella mujer?

Para ello la había sido necesario franquearse dos puertas que estaban aseguradas por llaves y cerrojos.

Las llaves estaban en el despacho.

Los cerrojos corridos por dentro.

¿Algún servidor venal la había servido, ya fuese que hubiese podido franquear aquella puerta, ya que hubiese venido por la puerta que daba al recibimiento, y á las escaleras principales?

Esto no era creible.

En el recibimiento había la servidumbre destinada al que ocupaba aquel carísimo aposento, fuese quien fuese.

Había, pues, llegado por el pasaje de comunicación entre aquel aposento y el que estaba situado á su izquierda.

Había, pues, criados infieles en el hotel, ó que por lo menos servían de una manera abusiva, y que les estaba terminantemente prohibida, á los huéspedes.

Las puertas no podían haber sido violentadas sin ruido.

Eran muy fuertes.

Había, pues, alguien que sabía que aquella dama había penetrado en el aposento de Marsilla.

Era, pues, necesario, que nadie pudiese testificar una violencia contra ella.

Los proyectos que habían asaltado súbitamente á Angiolina respecto á aquella mujer, se modificaron.

Se aplazaron.

Volvió á poner su capúz á Alejandra.

Llevó la luz á la cámara.

Volvió á entrar en el dormitorio.

Se puso de nuevo en acecho.

Pasó algún tiempo.

Sonó al fin un gemido.

Angiolina sintió que Alejandra se movía.

Que se ponía al fin de pie.

Que salía del dormitorio.

Angiolina volvió á colocarse detrás de los tapices de la puerta.

Alejandra se había acercado vacilante á la mesa.

Miraba espantada á la puerta del dormitorio.

No podía explicarse lo que dentro de él la había acontecido.

Si era Marsilla el que había sobrevenido, el que la había abrazado, el que la había arrancado el capuz, el que la había besado, el que la había abrazado, el que

había causado, por una aparición inesperada y demasiado violenta, su desmayo, ¿cómo era que Marsilla no aparecía?

¿Por qué Marsilla había repuesto en su cabeza el capuz?

¿Cómo era que, al recobrarse de su desmayo, se había encontrado sola y abandonada?

¿La había despreciado Marsilla al reconocerla?

¿O era que no había sido Marsilla la persona que con ella se había puesto en contacto de una tan extraña manera?

Alejandra sintió á la par, miedo, despecho y cólera.

Tomó de sobre la mesa, y de una manera violenta y despechada, el pergamino.

Luego salió en paso rápido, violento, por una puerta de enfrente.

Angiolina se quedó observando.

A poco apareció Marsilla.

Venía más triste, más meditabundo que se había ido.

Se quitó el manto y la toca, y los arrojó sobre un sillón.

Puso junto á aquel sillón, con el talabarte, la espada y el puñal.

Luego se encaminó lentamente al dormitorio.

Angiolina retrocedió, y salió del dormitorio antes que Marsilla entrase en él.

Se quedó observando aún tras la puerta de servicio que daba á un pequeño camarín.

Marsilla se recogió.

Angiolina le oyó gemir.

El nombre de Isabel salió de su alma, envuelto en un suspiro.

Poco después Angiolina sintió que Marsilla dormía.

Soñaba sin duda en su Isabel, porque de tiempo en tiempo dejaba oir profundos suspiros.

Angiolina se retiró, afianzando silenciosamente la puerta del camarín que correspondía á su aposento.

CAPITULO XVI

En que se ve que bien podía llamarse reina de Aragón á Angiolina

Arrepentíase Angiolina de haber empeñado una cita con el rey su padre, para aquella misma noche.

Hubiera querido disponer de todo su tiempo.

Para ir á ver al rey, necesitaba que llegase la media noche.

Entretanto, no podía empezar á llevar á cabo el proyecto que había concebido.

Faltaban aún tres horas para la media noche, ó por lo menos, un tiempo equivalente á tres horas de hoy.

Entonces las horas del día, conservadas aún por la iglesia, eran de día, prima, tercia, sexta y nona.

De noche, prima, segunda, tercera y cuarta vigilia.

Cada uno de estos períodos de tiempo equivalía á tres horas de las nuestras, como acabamos de decir.

Había terminado la prima vigilia y empezaba la segunda.

Transcurrido ésta, habría llegado la media noche.

De la misma manera no se contaba la duración de los meses por días sino por idus y kalendas.

Se conservaba aún la antigua división del tiempo según los romanos.

Desde la caída del bajo imperio por la invasión de los bárbaros, no habían pasado más de cinco siglos.

Las antiguas costumbres existían así como las antiguas leyes.

El Fuero-juzgo de los godos, derivado del Derecho romano, impregnaba, saturaba todas las leyes.

Por la eterna ley del progreso, lo viejo se iba transfigurando lentamente en lo nuevo.

Angiolina tomó un pergamino y escribió:

«Hermosa señora mía:

»Yo no sé cómo agradeceros la grande prueba que de vuestro amor me habéis dado: ¿vuestra felicidad es la mía? ¿esclava mía ser queréis, viéndome con otra casado, y teniéndola por señora? Os juro que yo nunca hubiera creído pudiera existir una mujer que de tal manera amase. Vuestra carta leí, y turbéme, que ser tan amado no creía, ni esperaba de una beldad tal y tan incomparable como vos. Si conocido no os hubiera, no hubiera caído nunca en que vos fueseis la que la carta había escrito; pero al entrar en mi dormitorio, una mujer ví, por la de la carta la tuve, os abracé, os desmayasteis; caballero no fuera yo, ni digno de ser por vos amado, si respetado

no os hubiera. Conoceros, sin embargo quise, y cuando os despojé del capuz y os ví, espantéme al reconoceros; que yo, señora, desde que os conocí, olvidaros no he podido. Conociéndoos, más obligado sentíme de respetaros, y el capuz de nueve os puse. Volvisteis en vos entre tinieblas, salisteis, recogisteis vuestra carta, creyendo tal vez, al encontrarla enrollada, y con la sortija puesta, que yo no la había leído. Os alejasteis, desaparecisteis, y yo me quedé por vos muriendo. Vos diréis: —«¿Qué ha sido del amor de este hombre por Isabel de Segura?... ¿Es traidor á ella ó engañarme pretende?» —Para explicaros esto, no para recibir el tesoro que tan magnánimamente me ofrecéis, iré mañana á las cuevas de Montjuich. Id también vos, señora mía; allí encontraréis al que se confiesa vuestro esclavo.

Don Juan Diego Marsilla.»

Enrolló esta carta Angiolina.

Pasó por ella una sortija.

La guardó entre sus ropas.

Esperó luego, agonizando de impaciencia, á que llegase la media noche.

Cuando la anunciaron dos graves campanadas que partieron del palacio real, Angiolina se envolvió en una preciosa y rica toca la parte superior de la cabeza, se echó sobre los hombros un espléndido manto azul con ribetes y adornos de oro, y tomando una lámpara de plata, se fué por la comunicación secreta al palacio.

El rey don Pedro velaba.

Esperaba la llegada de su hija.

Estaba en una cámara á que correspondía, por una puerta secreta, la entrada á la comunicación con la hostería, por la parte de palacio.

Aquella comunicación no la conocían más que el barón Simón de Cruilles y el primer camarero del rey.

Poco después de haber sonado la segunda vigilia, oyó el rey dos leves golpes dados por la parte de adentro de la puerta.

Se levantó y abrió.

Apareció hermosísima, y más hermosa por la apenada avidez que en su semblante se veía, Angiolina.

—¿Sabéis, hija mía, la dijo el rey llevándola de la mano á los cojines de un rico diván, que además de los grandes disgustos que me habéis dado, empeñándoos en cosas en que yo no quisiera hubieseis dado, me habéis salido con un nuevo empeño que me lastima más que los anteriores? ¿En qué amor habéis dado? Hermoso es, y gentil, y bravo y leal parece el caballero de quien os habéis prendado. ¿Pero, sabéis vos si llegaréis al logro de vuestros amores?

—¿Conocéis acaso á don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla?

—Aunque no fuese más que por lo largo de su nombre, no podía dejar de acordarme, no de él, pues aunque ha peleado muchas veces bravamente bajo mi estandarte, no le conocía, sino de su nombre, que me ha sido repetido muchas veces por uno de mis más altivos barones.

—¿Y quién es ese altivo barón, señor? preguntó Angiolina.

—El señor de Albarracín, don Rodrigo de Azagra.

Hizo Angiolina un leve gesto de desdén.

—Ya sé que vos no queréis bien á don Rodrigo de Azagra, dijo el rey, y lo siento: hubiera sido para vos un buen marido.

—¿Marido, el necio, el presuntuoso don Rodrigo, de una posadera á quien ha creído honrar y enloquecer de vanidad eligiéndola por manceba? ¿No sabéis, señor, que me he visto obligada á tratarle como si hubiera sido un ruin villano?

—Don Rodrigo no os conocía: no sabía, no sabe que sois mi hija: vos le habíais enamorado hasta las entrañas. Sólo sabía muy bien, cuando en mis momentos de buen humor preguntaba yo á don Rodrigo cómo andaba de amores, suspirar, y hablarme de vos con un encarecimiento que mostraba hasta qué punto, sin vos quererlo, os habíais entrado en su alma.

—«Lástima, me decía don Rodrigo, que haya sido juglaresa, y que ahora sea hostelera.

—»Doctora de la *Gaya scientia* la ha proclamado la Academia provenzal de Tolosa, decía yo, y con esto ha ennoblecido. Yo mismo he tenido á mucha honra, que ella, por su mano, me haya dado la rosa de oro ganada por mí en los *Juegos florales* de hace tres años.

—»Eso no implica, me decía suspirando don Rodrigo: la nobleza que la ha dado la Academia de Tolosa no quita que se recuerden los bajos oficios en que ha vivido, y en que aún vive. Si á lo menos fuese dama, aunque pobre, yo me creería dichoso, el más dichoso de la tierra, haciéndola mi esposa.»

Yo había alentado proyectos que me halagaban.

Yo tenía la seguridad de que, reconociéndoos yo como infanta de Aragón, don Rodrigo se apresuraría á ser feliz.

—Ya os he dicho, señor, una y mil veces, que yo no quería, que no quiero ser reconocida públicamente como hija vuestra. Además, yo nunca hubiera tomado por esposo, aunque me hubieran amenazado con hacerme despedazar por cuatro potros, á don Rodrigo.

—Ahora sería muy difícil, dijo el rey, que don Rodrigo os quisiese por esposa, aunque vinierais á ser emperatriz de la Gran Tartaria. Don Rodrigo está enamorado hasta la locura de una mujer, de una noble dama, á propósito de la cual me ha hablado repetidas veces de ese don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—¿Y por qué os ha hablado de ese caballero don Rodrigo?

—Porque ambos aman á esa noble y hermosa señora; con la diferencia de que don Juan Diego es el favorecido, y don Rodrigo el desdeñado.

—Favoreced vos, pues, todo cuanto podáis á don Rodrigo, padre mío, exclamó Angiolina: mirad que don Juan Diego es para mí la vida ó la muerte.

—Mejor fuera que os curarais de ese amor que tan de improviso se ha apoderado de vos, dijo el rey enarcando el entrecejo: yo creo mucho más fácil que vos os olvidéis de ese caballero, que el que él se olvide de una mujer á quien ama desde la infancia.

—Pues ved ahí, señor, dijo Angiolina; yo que no he amado en toda mi vida, siento por él un tal amor, que creo que no fué anoche la primera vez que le ví.

—Eso consiste, hija mía, dijo el rey, que visiblemente

estaba de muy mal humor, en que ese caballero tiene en la apariencia todas las prendas que vos habíais anhelado en el hombre que veíais en vuestros ensueños de amor aún no satisfechos.

—Sea como fuere, dijo Angiolina, don Juan Diego es mi vida y mi alma; yo os lo aseguro, señor: ahora, por amor á vuestra hija, ayudadla, salvadla: mirad que yo no sé hasta dónde me puede llevar este amor.

—En mal hora ha venido ese caballero á Barcelona, dijo el rey.

—No, sino en muy buena.

—Pero, en fin, ¿qué queréis que por él haga, hija mía?

—Honradle.

—Ya le he honrado en demasía.

—Llevadle con vos á la guerra que se va á emprender contra los infieles.

—Siempre será lo que vos queráis que sea.

—Decidle, además, que habéis tenido en tanto sus servicios, que vos pagáis sus gastos.

—Esto es ya demasiado.

—Debe ser.

—Sea pues; pero daréisme lugar á que me enoje con vos.

—Vos, señor, no podéis enojaros conmigo; soy vuestra hija: la hija de vuestro único amor: sabéis, además, que soy hechicera.

Se estremeció levemente el rey.

En efecto: á más del vehementísimo amor que sentía por su hija, amor que no había estado siempre exento de impureza, sentía por ella un respeto supersticioso.

Creía dotada á Angiolina de un poder sobrehumano.

—Ya sabéis, señor, dijo, que si el Papa Inocencio III no ha sentenciado ya en favor de vuestra esposa, María de Montpeller, consiste en que yo he hechizado á todos los legados que han enviado, y que han dicho al Papa lo que convenía que se le dijese.

—Ya sé, ya sé, dijo el rey, que además de estaros obligado porque soy vuestro padre, lo estoy también por los buenos oficios que os debo.

—Entonces no me neguéis lo que os pido: ya que no he querido ser la esposa del noble, rico y soberbio señor de Albarracín, don Rodrigo de Azagra, quiero serlo de ese pobre hidalgo.

—Pues á Roma por todo, dijo el rey; quiera Dios que de ese caballero lleguéis á ser esposa.

—Yo no puedo amaros más de lo que os amo, señor, dijo Angiolina; pero si hacéis que yo me case con don Juan Diego Marsilla, os estaré mucho más agradecida. Ahora os dejo; justo es que vos, que tanto trabajáis durante el día en el gobierno de vuestros reinos, reposéis.

Y saliendo de la cámara, se volvió por la comunicación secreta á su aposento.

CAPITULO XVII

De cómo se atreve á todo una mujer enamorada

Continuaba dominando el más profundo silencio en la hospedería.

Angiolina llamó al aposento de su padre.

Despertóse éste sobresaltado.

Al ver á Angiolina, dijo:

—¡Al diablo el amor!... nunca te he visto ni tan desvelada ni tan pálida.

—Dadme uno de los filtros, dijo Angiolina, que sólo con olerlos causan un sueño profundo.

—¿Y para qué quieres ese filtro?

—Necesito que alguna persona duerma de tal manera, que no pueda despertarle el terremoto del juicio final.

El señor Piccolomini se fué á un gran cofre que en la estancia había, y le abrió.

Registró en él.

Sacó un botecillo de vidrio.

Le miró al trasluz de la lámpara de noche.

Le destapó.

Le olió ligeramente.

Hizo un gesto.

—Toma, dijo: ahí tienes lo que quieres.

Angiolina guardó aquel pomo.

—Dadme ahora, dijo, el filtro que sirve para desvanecer el sueño que debe causar el filtro que ya me habéis dado.

Nuevo registro.

Nuevo examen al trasluz.

Nueva prueba á la nariz.

Angiolina tomó otro pomo.

—Ahora dormid en paz, padre mío, dijo Angiolina saliendo del aposento del señor Piccolomini.

—Debía darte yo, dijo éste cerrando la puerta, otro filtro para que olvidaras: sabe Dios adónde puede llevarnos este diablo de amor por ese caballero: verdaderamente que es muy hermoso, y las mujeres...

Y Piccolomini suspiró.

Ya sabemos que había sentido por Angiolina, (como que no era su hija), una pasión, que Angiolina no había podido alentar.

Sin duda Piccolomini no había querido dar á Angiolina un filtro amatorio.

Ó más bien sabía que, si bien había muchos y buenos filtros para emponzoñar, para aletargar, para hacer volver de letargos y de desmayos, y aun para enloquecer, no había ni uno solo para dominar la voluntad.

Piccolomini era un hechicero no común en aquellos tiempos.

Un hechicero ilustrado.

Sabía bien hasta dónde llegaba el poder de la hechicería.

Angiolina volvió á su aposento.

Pasó por él silenciosamente al aposento de Marsilla.

Entró en el dormitorio.

La lámpara de noche alumbraba apenas; relampagueaba; se extinguía.

Su reflejo apenas si llegaba al lecho de Marsilla.

Dormía éste, aunque inquietamente.

Se conocía claro que le agitaba un insomnio.

Angiolina le aplicó á la nariz el pomo que contenía el filtro que debía aletargarle.

Le hizo aspirar el olor del filtro durante algunos segundos.

Marsilla se estremeció.

A poco se notó de una manera indudable que había caído en un profundo letargo.

Angiolina le contempló transfigurada.

Temblaba.

Sus ojos se fijaban de una manera inquieta en Marsilla.

En su hermosa boca entreabierta había algo de la ferocidad de la pantera.

Se agitaba su seno.

Se inclinó al fin, y besó en la frente á Marsilla.

El joven se estremeció bajo aquel beso.

Angiolina continuó contemplándole por algún tiempo.

Luego se separó de él.

Atravesó la cámara.

Llegó á la puerta por donde al principio de la noche había entrado en el aposento, Alejandra.

Llegó al pasadizo de comunicación entre este aposento y el que Alejandra con su padre ocupaban.

Notó Angiolina que el cerrojo estaba corrido por dentro.

Señal clara de que por allí no había pasado Alejandra.

Angiolina llevaba las llaves.

Franqueó aquella puerta.

Llegó á otra.

Aquella otra estaba también asegurada por dentro con el cerrojo.

Se afirmó Angiolina en la seguridad de que por allí no había pasado nadie.

La servidumbre, pues, destinada á servir y guardar el aposento de Marsilla, debía haber facilitado el paso á Alejandra.

Pero se le hacía fuerte á Angiolina el creer esto.

Había visto perfectamente á Alejandra.

Había comprendido, por la expresión de su semblante, que era altiva.

Una mujer altiva no podía haber descendido hasta el punto de entenderse con un criado de hospedería, para entrar subrepticiamente en el aposento de un hombre.

Alejandra debía haber entrado por otra parte.

Tal vez por la fachada.

Había una cornisa que corría por debajo de las ventanas.

Una cornisa estrecha.

Peligrosa de vencer.

¿Pero en qué peligros se para el amor?

Al toque de cubrefuego, y aún mucho antes, la Plaza Real estaba de todo punto solitaria.

Por la cornisa, pues, debía haber penetrado Alejandra en el aposento de Marsilla.

Esta era una gran prueba de amor.

Angiolina abrió la segunda puerta.

Llegó á una tercera.

Estaba también asegurada por un cerrojo.

La abrió.

Antes dejó, sobre un adorno saliente del muro, la lámpara que llevaba.

Pasó.

Se encontró en un espacio oscuro.

Escuchó atentamente.

No se oía nada.

Adelantó.

Llegó al que parecía ser dormitorio de Alejandra.

Entonces oyó un recio alentar.

Aquel alentar no era el de una mujer delicada que duerme.

Allí dormía un hombre.

La lámpara de noche no agonizaba como la que había en el aposento de Marsilla.

Su reflejo, mucho más fuerte, penetraba en el dormitorio.

Angiolina se acercó en silencio.

En el lecho había un hombre.

Un hombre horrible.

Un negro.

Era Kaimaro.

Su sueño aparecía agitado é inquieto.

Angiolina aplicó el pomo que debía aletargarle, á su nariz.

Poco después el negro cayó en un sopor profundo.

Angiolina siguió adelante.

Llegó á una puerta.

Aquella puerta estaba cerrada por dentro.

Angiolina no se había provisto de la llave de aquella puerta.

No podía pasar.

Sin embargo, no se detuvo.

Se fué á la ventana del aposento y la abrió.

Salió por la ventana á la pequeña cornisa.

Entonces vió que, marchando por ella y afianzándose las labores del muro, se podía avanzar con seguridad.

Avanzó Angiolina.

Llegó hasta una ventana, cuya vidriera estaba cerrada.

Pero la iluminaba la luz del interior.

Miró por uno de los vidrios.

Aquel vidrio era verde.

Por consecuencia los objetos, vistos á través de él, tomaban un color horrible.

Angiolina vió á Alejandra.

Estaba sentada junto á una mesa, y lloraba.

Su semblante tenía, á causa del color con que la presentaba para Angiolina el vidrio verde por el cual miraba, una horrenda palidez lívida de cadáver.

Pero de un cadáver hermosísimo.

Angiolina no sabía qué hacer.

¿Cómo penetrar?

Necesitaba romper la vidriera.

Hacerse sentir de Alejandra.

Podía desemplomar un vidrio.

Abrir la falleba que aseguraba la vidriera.

Pero el rechinar de ésta sobresaltaría á Alejandra.

Era necesario esperar á que ésta se acostase.

La noche era muy fría.

Se hacía insoportable permanecer mucho tiempo en el alféizar de la ventana.

Además, aunque la noche era muy oscura, lo claro del color de su traje podía descubrirla á alguna ronda de guardas de noche que pasase.

Era necesario concluir.

Angiolina probó á ver si podía, sin causar ruido, desemplomar un vidrio.

Al cabo de algunos minutos lo consiguió.

Quedó en la vidriera un agujero como de tres pulgadas en cuadro.

Angiolina no había causado ruido alguno.

Cuando el agujero hubo estado practicado, Angiolina probó si podía retirarse rápidamente por la cornisa, y ganar la ventana por la que á la cornisa había salido.

Encontróse con que sin peligro alguno podía desaparecer antes de que Alejandra tuviese tiempo para abrir la vidriera.

Volvió á ella.

Sacó el pergamino que, como sabemos, había escrito de

manera que Alejandra pudiese creer que era una carta de Marsilla.

Puso su extremo en el agujero hecho en la vidriera.

Luego golpeó en ella.

Alejandra alzó la cabeza.

Miró de una manera extraña á la vidriera.

En vez de aturdirse, se puso de pie y avanzó.

Antes de que llegase á la vidriera, Angiolina lanzó dentro el pergamino enrollado.

Cayó á los pies de Alejandra.

Se inclinó para recogerlo.

Entretanto Angiolina escapó.

Ganó la ventana por donde había salido.

La cerró, y asimismo las maderas.

Volvió al aposento de Marsilla.

Reconoció la primera ventana.

Las maderas y las vidrieras estaban abiertas.

En la hoja de la derecha de la vidriera faltaba uno de los cristales más grandes.

Por el claro que había dejado, podía pasar un brazo, no ya de mujer, sino también de hombre membrudo.

No había duda; por allí había entrado Alejandra en el aposento de Marsilla.

Angiolina cerró las vidrieras y las maderas.

Entró en el dormitorio de Marsilla.

Se acercó á él.

Estaba sumido en el letargo.

Debía halagarle un sueño delicioso, porque sonreía de una manera enamorada.

A Angiolina se la oprimió el corazón.

Sintió unos celos horribles.

Sin duda Marsilla soñaba en Isabel de Segura.

—¡Oh!... ¡no la lograrás!... exclamó con acento ronco: ¡no!... ¡aunque tuviera que cometer yo algo horrible!... ¡tú serás mío, ó de ninguna!

Y transportada de celos, de amor, besó de una manera hambrienta en la boca al dormido mancebo.

Marsilla se estremeció poderosamente.

—¡Oh!... ¡duerme!... dijo Angiolina; ¡duerme!... ¡no despiertes hasta que pase por sí misma la virtud del filtro!

Pero inmediatamente añadió:

—¡Pero no!... ¡no!... ¡este maldito filtro produce hermosos sueños!... ¡sueños enamorados!... ¡por eso sonríes al que sientes! ¡ah!... ¡no!... ¡no!... ¡no quiero que ni aun en sueños seas feliz con tu amor!...

Y aplicó el otro pomo á las narices de Marsilla.

Sucedió un nuevo y más poderoso estremecimiento.

Entonces Angiolina huyó.

Evitaba que al despertar la viese Marsilla.

Llegó á su aposento.

Dejó la lámpara sobre la mesa.

Se arrojó sobre el lecho y rompió á llorar.

No podía darse más amor.

Marsilla había despertado.

—¡Oh! ¡qué hermoso sueño!... exclamó. ¡Pero los hermosos sueños no duran: me parecía que la veía, que me desposaba con ella!... ¡Oh, Isabel!... ¡Isabel de mi alma!...

Y procuró volver á dormirse.

Pero el sueño había huído de sus ojos.

Sentía un fuertísimo dolor de cabeza.

Alejandra, entretanto, había recogido el pergamino, y antes de desenrollarle se había lanzado á la vidriera.

Había visto que por el hueco, causado por un vidrio quitado, había entrado en la cámara el pergamino.

Ella había hecho, al principio de la noche, poco después del cubrefuego, una operación parecida.

Abrió la vidriera por ver si veía al que hasta allí había llegado.

Al que había llevado el pergamino.

Nada vió; nada sintió.

Cerró la vidriera.

Se fué á la mesa y desenrolló el pergamino.

—¡Oh! exclamó: ¡él! ¡era él! ¡me ama!... ¡sí, me ama!... ¡es mío!...

Y leyó y releyó cien veces el pergamino.

Al fin, alentada y transpuesta por la esperanza y la alegría, se recogió.

CAPITULO XVIII

En que, á causa de una opinión de Galcerán, se habla algo largamente del casamiento del rey don Pedro II de Aragón

En aquellos tiempos, la gente se levantaba muy temprano.

El sol nunca encontraba en el lecho á Marsilla.

Se levantó poco después del amanecer.

Apenas se había vestido, cuando se le presentó Galcerán, diciéndole que el mismo señor que la noche anterior le había buscado de parte del rey, acababa de llegar también de parte del rey, buscándole.

Y concluyó Galcerán diciéndole:

—Por mí santiguada, que cuando salimos de Teruel no creí yo que tuviéramos tan buena fortuna.

Galcerán hacía causa común con su amo.

—¿Y en qué te paras, pícaro, exclamó Marsilla, que no vas é introduces inmediatamente á ese caballero?

Escapó Galcerán.

A poco entraba el camarero del rey, é invitaba de parte del rey á Marsilla, á que formara parte de la montería que iba á salir dentro de una hora de palacio.

Una invitación para una montería real era ya un nuevo y alto honor.

Pero Marsilla creyó que debía negarse.

—Decid á su señoría, dijo al camarero, que yo estimo en el alma la gran merced que me hace convidándome á la montería; pero ni yo vestido de montero tengo, ni caballo á propósito, ni jaras para la caza.

—Por eso no quede, dijo el camarero, que ya ha pensado en eso su señoría, y me ha mandado que os provea; veníos, pues conmigo, don Juan Diego, si así os place, y que vuestro escudero os siga.

Alegróse Marsilla.

Debía aceptar, y aceptó el gran favor del rey.

Siguió con Galcerán al camarero.

Éste los llevó á palacio.

Se entró con Marsilla en el mismo guardarropas del rey.

Esto era ya un exceso de favor.

Marsilla no sabía qué pensar de lo que le acontecía.

En cuanto á Galcerán, fué entregado á la baja servidumbre para que le proveyese.

No hay que decir que el traje que el mismo camarero del rey vistió á Marsilla era de una gran riqueza.

Como que era un traje hecho para el rey.

Ningún caballero de la corte podía reconocerle porque el rey aún no le había estrenado.

A Galcerán le pusieron tan bien engalanado, y gentil

de tal manera, que no se conocía, y reventaba de orgullo.

Para él, la fortuna de su amo y la suya estaban ya hechas.

Por lo menos, según pensaba Galcerán, el rey pretendía casar á su amo con una infanta de su familia.

Y en esto no se engañaba.

Si Angiolina no era ostensiblemente una infanta de Aragón, por tal la tenía el rey su padre, y le afligía mucho el que ella no hubiese consentido en ser reconocida como tal.

Esto demostraba hasta qué punto el rey había amado á la madre de Angiolina, y cuánto por ella y por la misma Angiolina amaba á ésta.

Porque el rey don Pedro el II de Aragón era presuntuoso y dado á lo grande, de una manera exagerada.

Ya en su coronación había dado muestras de una gran soberbia.

No había querido menos que ser coronado por el Papa.

Antes los reyes de Aragón habían sido coronados con una gran simplicidad.

Les bastaba para esto ser armados caballeros.

Con esto sólo era bastante para que pudiesen regir las leyes y fueros del reino, y gobernarle aunque con la asistencia y consejo de los ricohombres y de los prelados, y aun del estado llano

A Pedro II no le bastó esta sencillez.

A más de ser presuntuoso, le impulsaban á hacerse coronar por el Papa, dos decentales de Inocencio III, cuyo espíritu venía ya practicándose desde los tiempos del papa

Gregorio VII, y del rey Alfonso II de Aragón, padre de don Pedro.

Por la una de esas decentales, establecía el Papa que al Sumo Pontífice romano competía únicamente el examen y el castigo de las ofensas que se inferían los príncipes entre sí, y por la otra, que no podía considerarse rey ó emperador legítimo aquel á quien no coronase el Papa.

Estas decentales, que obligaron á Pedro II á ir á coronarse á Roma, le pusieron más tarde de parte de los albigenses; esto es, de los herejes que disputaban á los sucesores de Pedro, el omnímodo poder de que lentamente, pero con una lentitud incontrastable, había ido revistiendo á la Sede Apostólica.

Se veía claro que los Papas, en nombre de Dios, querían dominarlo todo; así lo temporal como lo eterno.

No estaba muy rico entonces Aragón, y el rey don Pedro hubo de tomar dineros prestados, que tardó mucho en pagar, para ir á su coronación en Roma, no sólo con el decoro que correspondía á un monarca aragonés, sino también como lo exigía su inclinación natural á la ostentación.

Se partió de Provenza con una grande armada y gran séquito de magnates y caballeros, tanto de sus estados de Aragón y de Cataluña como del Rosellón.

Entró en Roma con una pompa tal como si hubiera sido el emperador del universo.

Hasta en la ceremonia de la coronación dejó conocer su soberbia por medio de un rasgo ingenioso.

En las coronaciones de los reyes, los Papas no les

ceñían la corona tomándola con las manos, sino con los pies, y estando postrado el rey.

Don Pedro permaneció de pie, y el Papa se vió obligado á ponerle con las manos la corona, por respeto á la materia de que la corona estaba hecha: era de pan tierno, enriquecida con perlas y pedrería.

El Papa no pudo tomar con los pies una corona hecha con aquella materia que Jesucristo había elegido para decir á sus discípulos:—«Comed: este es mi cuerpo.»

El mismo Papa le puso las insignias reales, y aun le ciñó la espada con que debía ser armado caballero.

Después los procuradores y ricohombres de Aragón debían tirarse de las orejas con el rey, sobre si había de ser el rey quien pagase aquellos enormes gastos ó el reino.

Para cubrirlos, había establecido el rey, al volver de Roma, un impuesto que llamó *Monedaje,* y del que no exceptuó á nadie, ni á los ricohombres, ni aun siquiera á las iglesias.

Este tributo consistía en un tanto sobre cada moneda; cosa jamás conocida ni aún pensada en Aragón.

Cedió, además, el rey don Pedro al Papa, el patronato que tenía sobre todas las iglesias del reino, á cambio del título de *Confalonier,* ó alférez mayor de la Iglesia, autorizando á don Pedro para que en su estandarte real usase los colores del estandarte de la Iglesia, que eran el amarillo y el rojo.

Los altivos é irrascibles aragoneses se irritaron en gran manera cuando se encontraron con estas nuevas conce-

siones del rey al Papa, y del Papa al rey, y con aquella nueva gabela.

Su espíritu de independencia se sublevó y subió á las nubes, al ver que el rey había hecho sus reinos tributarios de Roma. Y alegando que el rey no *era quién* para poner bajo la férula de nadie aquellos nobles reinos, se coligaron, formando aquel terrible privilegio de la *Unión*, que más tarde había de rasgar con su puñal, enrojecer con su sangre y reducir á cenizas Pedro IV, el nieto de Pedro III, llamado por esta anulación terrible del fuero de la *Unión*, el del *Punyalet*.

Alegaba el rey don Pedro II, que él no había reconocido señor feudatario al Papa respecto á Aragón, sino á su propia persona.

Pero la resistencia era tenaz.

No se pagó tributo alguno á la Santa Sede, ni se la reconoció derecho alguno sobre Aragón, ni se satisfizo el nuevo servicio sobre el *Monedaje*.

Sólo se obtuvo que se declarase el derecho que el rey tendría, de que se pagaran los gastos de la coronación, y aun así, éste debía pesar únicamente sobre ciertas villas y lugares y sobre los pecheros.

Don Pedro II lo había hecho todo en grande: todo... hasta su casamiento.

Primeramente, y como condición de la paz ajustada entre el rey de Aragón y el de Navarra, don Sancho, se trató el casamiento de éste á la par del de aquél.

Se opuso el Papa por el impedimento dirimente de consanguinidad, y hubo recias contestaciones.

Aquel enlace se hizo imposible.

Se trató después del matrimonio de don Pedro con la princesa María, hija de la reina de Jerusalén, Isabel, y del marqués Conrado.

La fama de gran caballero del rey de Aragón había llegado á Palestina, y se le brindaba con la soberanía de la Tierra Santa, por medio de su matrimonio con la princesa soberana de aquellos Estados, conquistados por los cruzados, libertadores del Santo Sepulcro.

Se llegó hasta el límite de que la princesa María jurase, ante los prelados y grandes, ser esposa del rey de Aragón.

A pesar de todo, y mientras esto en Jerusalén se trataba, el rey don Pedro, por razones, no de amor, sino de política y de aumento de territorio bajo su corona, se casó con la princesa María de Montpeller, hija única de Guillermo conde de Montpeller, y de Euxodia, hija de Manuel, emperador de Constantinopla.

Si los casamientos intentados por el rey don Pedro, causaron ruidos y querellas, causólos más aún su efectuado casamiento con María de Montpeller.

Este casamiento se había hecho simplemente, como ya se ha dicho, por razón de Estado y de engrandecimiento.

Para nada había entrado en él el amor.

Ni aun siquiera la simpatía.

Era doña María, indudablemente en su tiempo, una gran persona, como descendiente de los Paleólogos, emperadores de Constantinopla.

Pero era de mucha más edad que el rey.

Fea, además.

Además de esto, había estado casada con el conde de Comminges.

Tenía de él dos hijos.

Este matrimonio había sido aprobado por el Papa, á pesar de las razones de consanguinidad.

Todo en doña María repugnaba al arrogante, voluntarioso, enérgico y aventurero don Pedro II.

Así es que su casamiento con María de Montpeller se redujo á una simple ceremonia.

Sin hacer ni por un solo momento vida común con doña María, se apartó de ella, y se entregó allí mismo, en Montpeller, y desenfrenadamente, al goce de otros amores.

Irritóse la reina.

Don Pedro era hermoso y magnífico.

Se le llamaba por excelencia *el Caballero*.

Su carácter vehemente le daba el prestigio de lo romancesco.

Doña María, olvidada de su primer marido, con quien la habían casado, se enamoró ciegamente.

Se puso en lucha.

Se les picó, además, el amor propio á los cónsules y prohombres de Montpeller, por el desprecio ostensible que el rey de Aragón hacía de la hija de su señora.

Por otra parte, no sólo los ricohombres, barones y hombres buenos, sino todos los estados de Aragón, vieron con una grande y dolorosa sorpresa que un rey, casado únicamente en la forma, suplía el fondo, de donde había de resultar la carencia de un príncipe legítimo, para que en su día rigiese con gloria, siguiendo el ejemplo de sus nobles progenitores, los altos destinos de la gran monarquía aragonesa.

Se cruzaron las intrigas.

Hubo juntas de magnates y de prelados, encaminadas á buscar la manera de que el rey se juntase con la reina, y sus reinos pudiesen tener un heredero varón legítimo.

No se podía pasar sin esto.

Hubo mensajes, y súplicas, y ruegos, y aun imposiciones y amenazas al rey.

Los del privilegio de la *Unión* alborotaron.

Los de Montpeller, escandalizaron.

Y sin embargo, el rey don Pedro, valiéndonos de una frase vulgar, se mantenía en sus trece.

Entonces los coligados por el bien del rey se propusieron obtener por el engaño lo que no habían podido obtener ni por las súplicas ni por las amenazas.

Esto es: un heredero.

La cuestión era juntar al rey con la reina, aunque el rey no quisiese.

Se necesitaba entrar en tercería de amores.

No importaba.

No se podía suponer que, ni aun por pienso, el más estirado y altivo de los ricohombres se negase á desempeñar los oficios de dueño, tratándose como se trataba del bien de la patria.

Por la patria todo.

Hasta la acción más ruín y cicatera.

La cuestión era la descendencia de don Pedro.

Nombróse un grande que, auxiliado por otro, entendiese en estos negocios.

Se observó al rey.

Se le espió.

Se corrompió á su servidumbre inmediata.

Se supo que andaba enamorado de cierta beldad, que por rareza, á pesar de ser joven, hermoso, valiente, rico y rey, desdeñaba á don Pedro.

Consistía esto en que estaba enamorada hasta las entrañas, de otro.

Se apeló á aquella dama.

Fué á tratar con ella una diputación de la alta nobleza mixta de Aragón y de Montpeller.

Se la puso en autos.

No se trataba de que ella sucumbiese á los amores del rey, sino simplemente de que se prestase á un engaño.

Después de muchas idas y venidas, se convenció por fin la dama.

La diputación se retiró triunfante.

El magnate encargado de la parte media del negocio, fué á poner en conocimiento del rey, que al fin la hermosa, por él codiciada, cedía á sus ruegos.

Pero añadía, atragantándose el barón aragonés, que á pesar de la patria tascaba de mala gana su posición problemática, que era tal el pudor de la dama en cuestión, que no consentía en recibir al rey sino entre tinieblas.

A todo se avino el rey.

¿Y qué importaba?

Tras las tinieblas vendría la luz.

Y vino, en efecto.

En el lugar en que debía estar la dama, por el rey anhelada, se puso á la reina.

La oscuridad ayudó al engaño.

En todas las iglesias y capillas de Montpeller, en las

de Aragón y Cataluña, se empezó á rogar por los fieles y patriotas vasallos de Pedro II, que Dios les concediese un príncipe varón.

A la media noche en punto, hora en que el rey, transportado de amor, se sumergió en las tinieblas, entre las cuales creía encontrar á su apetecida hermosura, las torres de atalaya lanzaron de monte en monte las llamaradas.

Avisaron que era llegado el momento supremo.

El reino entero debía rogar á Dios que le concediese un príncipe.

En la habitación inmediata á aquella en que el rey se sentía llegado á la suprema felicidad de su disputado amor, velaban y oraban de rodillas, representantes del alto clero, de la alta nobleza, de las comunidades sin excepción, así como las principales damas de la corte.

Asistían allí los altos dignatarios de la corona.

Se rogaba á Dios por una altísima representación de los divinos rayos de don Pedro, y al mismo tiempo estaban preparados para el momento oportuno.

Al primer claror dudoso del alba se levantó el obispo de Zaragoza.

—Ya es hora, dijo.

Se abrió entonces la puerta de la cámara nupcial, y en ella entraron procesionalmente con cirios encendidos en las manos, y cantando la clerecía el *Te Deum laudamus,* todos los allí congregados para aquella importantísima solemnidad.

Despertóse sobresaltado el rey, y no viendo por el momento muy claro, á causa del enturbiamiento de los ojos por el recién roto sueño, no atinando en lo que

aquello era, echó mano á la espada que á la cabecera de la cama tenía.

Entonces el obispo de Zaragoza le dijo:

—No os alteréis, señor, ni temáis, que vuestros fieles y amantes vasallos somos: mirad sólo á quién tenéis á vuestro lado.

Miró el rey á su compañera.

Ésta, rebujada en las ricas coberturas del lecho, le miraba ruborosa y enamorada.

El rey reconoció á doña María.

Se irritó.

Dijéronle entonces que, por el bien de sus reinos, le habían engañado; que por el engaño hiciese con ellos lo que mejor quisiera su *buen placer,* pero que ellos habían cumplido como buenos y leales, con Dios y con la patria.

Hubo de conformarse el rey, y les dijo con la voz no muy sosegada ni blanda:

—No quiero deciros que con Dios, y con mis reinos, y aun conmigo mismo no hayáis cumplido; pero en mi gran desplacer ha sido, por lo de este momento en que engañado me veo: sin embargo, verdad es para el hombre lo que el hombre cree, y yo me conformo con lo hecho: así Dios quiera que se cumplan vuestros votos; pero con lo que aparece no puedo conformarme.

Y saltando del lecho en ropas menores, se vistió, y poco después se salió de Montpeller, á caballo, con algunos de sus íntimos.

Quedóse la reina desconsolada y corrida, pero embarazada, como después se vió.

El rey fué inflexible.

Entabló su demanda de divorcio por ante el papa Inocencio III, que nombró jueces de este litigio á un obispo y dos monjes.

Muertos éstos, fueron nombrados el arzobispo de Narbona y dos obispos, legados apostólicos.

Llegó el año de 1207, y cumplido el plazo del embarazo de la reina, ésta dió á luz, con grande alegría de aragoneses, catalanes y roselloneses, un príncipe.

La reina quiso se pusiera á su hijo el nombre de un apóstol.

Pero siendo todos iguales en preeminencias y santidad, como discípulos de Jesucristo en el reino de los cielos, no se podía elegir al uno sin ofensa de los otros.

Confióse, pues, la elección á Dios.

En la catedral se encendió un cirio al pie de la capilla de cada apóstol.

Encendidos los cirios al mismo tiempo, al infante debía ponerse el nombre de aquel apóstol cuyo cirio fuese el último en consumirse.

Fueron consumiéndose todos.

Entre tanto se pasó la noche en la oración.

Quedó, por último, ardiendo, y con un buen trozo todavía, el cirio de Santiago apóstol.

Desde la remota batalla de Clavijo, era patrón de España, y se le veneraba en su basílica de Compostela. Sant-Yago (Diego) *Matamoros*.

Yago, en catalán y en lemosín, es *Jaume*.

De aquí *Jaime,* que decimos los castellanos.

Túvose á muy buen agüero que el guerreador apóstol fuese el patrono del infante recién nacido, y venido al

mundo por tan extrañas circunstancias, que parecían providenciales.

No mintió el agüero.

Aquel niño fué más tarde el gran don Jaime *el Conquistador*.

La satisfacción que debió tener el rey, por el nacimiento de un heredero, que bien mirado, más bien que hijo suyo, por las extrañas circunstancias de su nacimiento, era hijo de Aragón, no fué bastante para que el rey desistiese de su pleito de divorcio, que duró hasta 1213.

La reina fué personalmente á pleitear á Roma, y al fin el Papa sentenció en su favor.

El rey desobedeció la sentencia.

Por tanto, el Papa delegó á los obispos de Aviñón y de Carcasona, para que obligaran y compelieran al rey á someterse á la sentencia, sin que se admitiese apelación.

Al fin, esperando en Roma la despreciada reina, murió el rey, dejando con su amor inconsolable á la desdichada doña María de Montpeller, que sólo durante un momento había sido halagado por una peregrina felicidad y por una mentida esperanza.

Hemos hablado de la muerte del rey, para terminar la historia de su matrimonio con doña María, y para demostrar hasta qué punto llegaba su tenacidad y su voluntariedad.

No hacía don Pedro otra cosa que lo que quería.

Ni recibía consejos, ni se doblegaba á las contrariedades.

De la misma manera que con ánimo sereno hacía

frente á los peligros, soportaba las amarguras de la vida.

Nunca se le vió ni palidecer, ni temblar.

Cuanto más duro era el empeño que sobre sí tomaba con más esfuerzo le proseguía hasta vencerle.

Su orgullo no sufría ni aun la duda de nada que le ofendiese.

Su voluntad resistía á todas las contradicciones, hasta á aquellas que no podía vencer.

Los aragoneses y los catalanes estaban locos con su rey *caballero,* que parecía representar todo el espíritu testarudo, audaz é indomable de sus reinos.

Pues bien; de tal manera amaba el rey á Angiolina, que si ella no se hubiese opuesto, á pesar de su hostería, la hubiera reconocido como infanta de Aragón; y que, más aún, sometiéndose á la voluntad de ella, era un milagro de sí mismo, aun á sus propios ojos.

Por ella había honrado á Marsilla.

Por ella estaba resuelto á vencer todos los obstáculos que se opusieran al casamiento de Angiolina con Marsilla, puesto que ella le amaba.

Y es que no hay carácter, por firme, por indomable, por terrible, por predominante que sea, que no pueda ser vulnerado por alguno de sus flacos.

Y uno de los flacos, y de los más débiles del rey, era aquello que se refería á Angiolina.

No se engañaba, pues, Galcerán, cuando al ver de tal manera favorecido á su amo por el rey, creía que éste pensaba casar á aquél con alguna infanta parienta suya, ó por lo menos, una gran señora.

CAPITULO XIX

En que se ve que Marsilla era testarudo y sin miedo, y que tenía, además, una fe ciega en la protección de Dios

La ostentosa montería real tomó hacia la montaña.

Nada tan magnífico.

¿Ni en qué podía tomar parte don Pedro II *el Caballero* ni que podía provenir de él que no fuese magnífico, deslumbrante?

Los batidores, los ojeadores que abrían la marcha iban magníficamente ataviados.

Los lebreles, los perros de muestra, braques, que se llamaban entonces, y que aún siguen llamándose así en Francia, los terciados de presa, atraillados, impacientes, iban todos con sus corpetillos de mallas para resistir al colmillo del javalí, y sus collares de cascabeles de plata para aumentar el alegre ruido, y llevados de las traillas

por los robustos perreros, que corrían tanto por lo menos como los perros corrían.

Ahullaban, latían, ladraban los ardientes animales.

Sonaban vibrantes, roncas, poderosas, las trompetas de los ojeadores.

Detrás seguían los monteros con las ballestas preparadas, y se iban situando en los puestos que se habían prevenido.

Seguían después, el rey, espléndidamente vestido, sobre un fogoso corcel blanco, rodeado de los altos dignatarios de su casa, de los ricohombres que en la corte se hallaban, de sus caballeros, de sus escuderos, formando un escuadrón deslumbrante.

Iba allí tanto valor y tanta gloria, tanto nombre histórico, tanto audaz y valiente capitán, tanto señor soberbio, que no podía dudarse, sólo con verlos, nombrarlos y recordar sus hazañas, que los reinos que representaban constituían la monarquía más poderosa de aquellos tiempos.

Junto al rey, y á la cincha de su caballo, como si dijéramos, iba un hermosísimo y alentado mancebo, engalanado como el que más, y sobre un magnífico caballo overo con jaeces amarillos y rojos y guarniciones de oro y plata.

Con él conversaba familiarmente, causando el asombro y la envidia de todos, el rey.

Aquel mancebo era Diego Marsilla.

Seguíale, porque nadie le echaba cuando se hallaba colocado por fuero propio fuera de su lugar, el nunca bien como se debe ponderado Galcerán, también muy

engalanado, y también sobre un soberbio caballo, y tan ardiente, que á Galcerán obligaba á cada punto á refrenarle, á pesar de que era un gran jinete, entendido y práctico.

Tras la cabalgata real iba un escuadroncillo de bravíos almogávares, con sus cascos y sus sayos de cuero, desnudos brazos y muslos, defendidos pies y piernas por abarcas, sin picas y sin escudos, que no se trataba de pelear, mas si con las ballestas prevenidas como los monteros, y ceñidas las cortas y anchas espadas.

Venían después, en cabalgaduras blancas, bocineros que atronaban la montaña, formando un numeroso escuadrón.

Luego, con sus doncellas y sus pajes, todos en hacaneas, y en hacaneas también hermosas y principalísimas doncellas, á las que servían los pajes y los meninos del rey, no sin placer y contentamiento de muchos de ellos.

Las acompañaban los cetreros ó cazadores de volatería.

Cada uno de ellos llevaba sobre su mano, enguantada á propósito y encapirotado, un halcón coronado, ó un torzuelo, ó un azor, ó un neblí, ó un alcotán.

Todos estos bichos, apesar de sus capirotes, graznaban como diablos, y aunque presos por el jinete, batían impacientes sus alas.

Seguían las servidumbres particulares de todas aquellas altas señoras, cuyos maridos, ó padres, ó hijos, ó hermanos, ó deudos iban delante con el rey.

Seguían en una larga manga otros mil almogávares, y por último, las acémilas conduciendo las ricas y necesarias viandas del festín campestre, y las ostentosas tiendas

en que debía reposarse de la fatiga que la caza ocasionara.

Con estas acémilas iban cocineros, y marmitones, y servidores en gran número.

Una vez en la periferia, donde debía tener lugar la montería, se encontraban de trecho en trecho, en las encrucijadas de los senderos por donde debían pasar las reses empujadas por el ojeo, apoyados en los añosos árboles, rústicos tablados cubiertos de verdura, donde se iban quedando servidas por un personal numeroso, las damas que por su edad, ó por su timidez, ó por su debilidad no querían tomar una parte activa en la caza.

Delante de cada uno de estos tinglados había un número dado de monteros, que allí delante de las damas, y para divertirlas, debían traer la pieza, acorralada y obligada.

Pronto los venados, los gamos, los javalíes y aun los lobos que en aquella extensa periferia se encontraban, habían sido levantados, acosados, echados sobre los perros.

El estruendo que los ecos de la montaña multiplicaban, era formidable.

Ya habían empezado los lances.

Más de un paleto, más de un corzo, más de un javalí habían sido inmolados delante de las damas.

Los monteros se habían excedido á sí mismos.

Delante de Marsilla, y estando en el puesto real, se había cruzado un ciervo enorme.

El hermoso animal, al saltar, encontrándose en peligro, había retrocedido, y al hacerlo, había mirado á Marsilla de una manera singular.

Se había vuelto, y se había lanzado por una larga y ancha avenida, entre gigantescos castaños, que mostraban la opulencia de su follaje siempre verde.

La mirada casual del hermoso ciervo había sido una incitación para Marsilla.

Lanzó tras el ciervo su caballo.

El rey y otros muchos caballeros se lanzaron también tras la pieza.

Los monteros corrían disparados para cuartearla al mismo tiempo.

—¡Detenéos, señor, detenéos! exclamaron algunos, que el bicho va al *Valle de la Endemoniada*, que está á la revuelta, y el animal le salvará, pero no hay caballo que le salve.

Y los cabos de los monteros se arrojaban al freno del caballo del rey, y á los de los principales acompañantes, y los detenían, y ponderaban el peligro de seguir al ciervo.

—Dejad, señor, decían; que un ciervo que huye, no vale la vida de vuestra señoría.

Pero como Marsilla era nuevo en la corte, nadie se había atrevido á detener su caballo.

Marsilla se había empeñado en la persecución del animal.

Los ardientes perros insistían.

Los bravos monteros continuaban.

Las jaras volaban sobre el ciervo.

Le habían alcanzado algunas.

Pero no le habían amenguado la fuerza.

Por el contrario, habían aumentado su carrera, hasta hacerla vertiginosa.

Como que para disparar los monteros tenían necesidad de detenerse para hacer pie firme, se fueron quedando atrás.

Disminuían rápidamente.

El caballo que Marsilla montaba era magnífico.

Marsilla era, además, un jinete consumado.

Sabía pesar lo menos posible sobre el caballo.

Le impulsaba, le estimulaba.

El generoso animal corría, sin que se disminuyese la distancia que del ciervo le separaba.

Pero no ganaba tampoco ni una pulgada de ventaja.

Los perros no lograban hacer presa en el ciervo, que era viejo y malicioso.

Cuando se sentía alcanzado por los perros, saltaba.

Coceaba, lastimaba á algún can, y á muchos los recogía con sus manos delanteras.

Los perros, fatigados los unos, heridos ó lastimados los otros, se iban disminuyendo.

La avenida se iba estrechando, y haciéndose pendiente.

Marsilla, sin embargo, no desistía.

Continuaba impulsando su caballo.

Se mantenía firme en la silla.

Blandía la fuerte jabalina de dos hierros.

Pretendía hacer la presa á todo trance.

Se le había empeñado el amor propio y no reparaba en nada.

¿Qué le importaba el peligro?

Jamás en el peligro había reparado Marsilla.

¿Qué importaban las quebraduras del terreno?

Por donde el ciervo saltara, por allí había de saltar su caballo.

Y sucediera lo que sucediera.

Marsilla era de aquellos á quienes avergonzaba la sola idea de esquivar el peligro.

Y luego, ¿qué había que temer?

¿Acaso no está sobre todo la voluntad de Dios?

Así se creía en aquellos tiempos.

Así se cree aún en el presente.

La *fatalidad* proviniendo de Dios para los católicos.

El *destino* de los gentiles.

El *estaba escrito* de los musulmanes.

El *si Dios quiere* de los cristianos.

Los días del hombre están contados.

Sus sucesos previstos.

No sucederá á ningún mortal, ni más ni menos de lo que en la eternidad está escrito en el libro de su vida.

Si este libro es corto, nadie podrá hacerlo más largo.

Si es largo, nada podrá disminuirlo.

Y luego, la omnipotencia de Dios.

La intercesión de los santos.

Los votos.

Las ofrendas.

El milagro.

La fe lo salva todo.

La fe lo explica todo sin explicar nada.

Aquellos eran tiempos de creencia.

Por lo tanto, de fe.

Marsilla estaba dotado de una gran sensibilidad.

Tenía el alma poética.

No podía sentir, sin transportar inmediatamente al idealismo, todo lo que sentía.

Su espíritu era superabundante.

Apasionado.

Exagerado.

Vivía, pues, en un mundo falso.

Su manera de ser le apartaba de la realidad de las cosas.

Así es que confiaba en lo que más se acercaba al idealismo.

Lo divino.

Lo eterno.

Tenía una gran tranquilidad de conciencia.

Una fe ciega en Dios.

Una confianza absoluta de su omnipotente protección.

No podía, pues, sentir el miedo.

Se hubiera metido sin vacilar en el tremendo horno de Datham y Abirón, confiando siempre en un milagro.

Continuaba, pues, descendiendo, sin pensar siquiera en el peligro, tras el ciervo que huía con una rapidez creciente, excitado por el miedo, irritado por el dolor de las heridas.

De improviso el ciervo torció.

Se lanzó por un estrechísimo sendero.

Los brazos de los árboles se cruzaban á muy poca altura.

El animal bajó la cabeza.

Tendía más su carrera.

Evitó el ser detenido por la altura de sus astas.

Marsilla se echó sobre el caballo.

Ni el ciervo disminuía en velocidad, ni el caballo tampoco.

Aquello era magnífico.

Y nadie podía admirarlo.

Nadie lo veía.

Nadie más que el ciervo, y Marsilla á caballo, iban por aquel dificilísimo sendero.

Los últimos perros se habían quedado atrás.

Había sobrevenido un gran silencio que sólo turbaba levemente el rumor del viento en la frondosidad de los castaños, el ruido de la carrera de los dos animales, y allá á lo lejos, el zumbido casi imperceptible de la montería.

Un brazo de árbol, más bajo que los otros, detuvo por un momento al ciervo.

Marsilla ganó terreno.

Se puso á tiro de javalina.

Lanzó la suya.

El arma fué á clavarse, silbando, en el costado del ciervo, que lanzó un horrible bramido de dolor.

Aquello fué instantáneo.

La carrera del ciervo continuó.

Y más veloz, más terrible.

Marsilla perdió el terreno que había ganado.

El ciervo se le escapaba.

Espoleó su caballo de una manera terrible.

El valiente bruto relinchó de dolor.

Forzó su carrera maravillosa.

No se hubiera creído posible un caballo de un tal aliento.

Salió al fin el ciervo al descubierto.

Volaba, que no corría, tendido, con el vientre rozando la tierra, montando el ascenso de una colina.

Marsilla aguijaba y aguijaba á su caballo.

El ciervo llegó á la punta superior de la colina.

Marsilla le vió recogerse, y dar á seguida un inmenso salto.

Allí debía estar el salto de la *Endemoniada*.

Marsilla se preparó.

En efecto; al llegar á la cumbre, vió que la colina estaba partida por una ancha y profunda cortadura.

Los negros muros de una antigua casa, se veían á la derecha.

El ciervo había desaparecido.

Excitado Marsilla, á pesar de que el salto era prodigioso, recogió su caballo y le espoleó.

El bruto, extenuado casi por la veloz carrera, saltó.

Puso los cascos de sus manos en el borde contrario, pero no pudo poner los de sus pies.

Cayó por consecuencia, y con él Marsilla.

El caballo llegó rebotando al profundo fondo de la cortadura.

Marsilla, no.

A la mitad de la caída, un espino había cogido una falda de su sayo.

Le había retenido.

Marsilla, al caer, se había encomendado á Nuestra Señora del Pilar.

CAPITULO XX

De como fué secuestrado Marsilla

La situación era terrible.

Como era necesario, el espino se doblegaba.

A la par se rasgaba la falda del sayo.

Nadie aparecía en derredor.

El abismo formidable se abría bajo Marsilla.

Sus voces no se hubieran oído.

Además, ni aun se le ocurría á Marsilla pedir socorro.

Rezaba.

Se encomendaba á Dios.

Llamaba á la Santísima Virgen del Pilar.

Se resignaba valientemente á la muerte, si era que había llegado la hora.

Que Dios en sus altos juicios le llamaba á la eternidad.

Apretábasele el corazón en una angustia horrible á Marsilla.

Pensaba en Isabel de Segura.

Isabel moriría cuando supiese su muerte.

Marsilla tenía, por instinto, la seguridad de que Isabel no podía sobrevivirle.

Por esto, por ella sola rogaba á Dios y á su Santa Madre le conservase la vida.

Y el espino crugía, y continuaba doblegándose.

El sayo se rasgaba lentamente.

Marsilla, no por sí, sino por su Isabel, comenzaba á aterrarse.

Empezaba á sentir el vértigo.

Al fin el vértigo se apoderó de él.

Marsilla perdió el conocimiento.

Y el espino cedía... cedía...

El sayo se desgarraba más y más.

En el fondo de la cortadura, por donde corría un ruidoso y violento arroyo, se veía, parte en el agua, parte en seco, el caballo, inmóvil, muerto.

Un gran charco de sangre que había corrido hasta el arroyo, y que el caballo había vomitado, enrojecía la tierra bajo su cabeza.

A una inmensa altura, pendía del espino Marsilla.

Y nadie aparecía.

El peligro era inminente.

Había aparecido en el espacio una bandada de cuervos.

Se oían sus hambrientos graznidos.

Se les veía abatiendo su vuelo en anchos círculos.

De improviso sonó un ronco ladrido.

A poco apareció en el borde de la cortadura, sobre la línea perpendicular en que Marsilla se encontraba suspen-

Y el espino cedía... cedía...

dido un enorme lebrel negro, en que un inteligente hubiera encontrado el cruzamiento del alano.

Conocemos ligeramente á este animal.

Era el compañero inseparable del caudillo de los Compadres de la Cruz de fuego, Gutier de Malespina.

Reflegor (así se llamaba el perro), se agitaba de una manera terrible en el borde de la cortadura.

Ladraba, aullaba, se apartaba de ella, volvía á aparecer.

Poco después asomaron en el borde del tajo algunos hombres.

Uno de ellos era Gutier de Malespina.

Este, y todos sus hombres, que pasaban de cuarenta, vestían como monteros libres.

—¡Ah!... ¡por los huesos de mi abuela!... exclamó Gutier: ¡el hermoso caballero!... ¡el amante de Isabel de Segura!

Y meditó un momento.

Aquel momento fué supremo.

¿Socorrer á Marsilla ó abandonarle?

¿Vida ó muerte?

Pasó algo incomprensible, algo formidable por los ojos del bandido.

—¡Ah!... ¡no!... dijo: ¡sería matarla á ella!... ¡El enamoramiento es mejor; el abandono! ¡la separación!... ¿quién sabe?

Estaba Gutier pálido como un desenterrado.

—¡A hacer al momento la cadena! dijo con imperiosa voz de mando, designando á Marsilla á sus hombres.

En el momento aquellos cuarenta hombres se enlazaron

fuertemente por las manos; además, habían cruzado los unos á los otros sus talabartes de cuero.

—A bajar, y á subir con ese caballero, dijo Gutier.

Aquella cadena humana, ganó con su primer eslabón, es decir, con su primer hombre, el borde de la cortadura.

Descendió.

Los que descendían se apoyaban con los pies en las salientes de la cortadura.

Cuando veinte hombres hubieron descendido, el último, ó el primero, tocó á Marsilla.

Le enlazó por su propio talabarte á la cintura.

Le abrazó luego.

—Ya está, gritó.

—¡Pues arriba! dijo Gutier.

Tiraron los que sobre la cortadura habían quedado.

Se apoyaron los otros con los pies en las salientes del tajo.

Al fin Marsilla fué puesto en lo alto.

—Desenlazaos, dijo Gutier.

Se soltaron todos de los talabartes.

—Ahora, dijo Gutier, cargad con él cuatro, y á la carrera á nuestra guarida de la montaña.

Al llegar al fin del declive de la colina, á una estrecha rambla, encontraron el ciervo, que se agitaba en sus últimas convulsiones.

Gutier le degolló.

Luego dijo:

—Cargad con él, y adelante.

Algunos hombres cargaron con el ciervo.

Poco después, todos, remontando otra colina, y llegando á unas sombrías cortaduras, se perdieron por ellas.

CAPITULO XXI

En que se dan más explicaciones acerca de los Compadres de la Cruz de fuego

Gutier de Malespina era uno de aquellos aventureros, de los cuales ha dejado ejemplo la Edad Media, que influían en gran manera en los sucesos de su tiempo.

Podía considerarse como un magnate, como un gran señor, como un ricohombre, y á veces como un rey, aunque para ninguna de estas representaciones contase otro título legítimo que el valor y la astucia.

Así empezaron el Cid y otros grandes capitanes de la Edad Media.

Se imponían por su valor, y se hacían respetar por su inteligencia.

Gutier de Malespina, sin embargo, no era uno de estos hombres culminantísimos, que como el Cid se han hecho

reconocer como los representantes de un partido, y abultados, y realzados, y sublimados, primero por la admiración popular, después por la tradición, y finalmente por la poesía han llegado al rango de los héroes, representando, más que un hombre, la personificación de una época.

Pero aunque Gutier de Malespina no hubiese llegado á una tal altura, no dejaba de ser un personaje muy influyente en todos los dominios de la corona de Aragón, singularmente en el condado de Barcelona.

Él había empezado, con cuatro ó seis pícaros huídos de la justicia, y que en ninguna parte cabían, una serie de hazañas que debían darle á conocer y tratarle; espíritus inquietos y rebeldes, poco á propósito para sufrir los duros y múltiples vasallajes de su tiempo.

Malespina, como todos los hombres nacidos para mandar, era organizador.

Sólo por medio de la organización puede llegarse á la unidad fecunda del mando.

Tenía ya bajo su mano, bajo su voluntad, algunos centenares de foragidos.

Era necesario dar una organización y una disciplina al conjunto.

Hacer de salteadores, un cuerpo.

Ponerle á este cuerpo un traje ingenioso, que disfrazase hasta cierto punto las deformidades de su desnudez.

Andaban ya haciéndose sentir los albigenses, y Malespina, que necesitaba un pretexto, se declaró compadre de la Iglesia, y aun, andando el tiempo, llegó á conseguir

que el Papa le llamase *espada de la fe,* é hijo predilecto de la Iglesia.

A Roma llegaban las noticias de las proezas de Malespina y de los de su banda, muy desfiguradas.

No se decía que habían acometido, robado é incendiado, como verdaderos bandidos, él y su gente, esta ó la otra pequeña población; este ó el otro castillo ó casa fuerte mal defendidos, y habían violentado mujeres, degollado viejos y niños, y cometido todo género de horrendos crímenes.

Nada de esto.

Se decía que el tres veces católico Malespina, con sus no menos católicos soldados, había destruído un inmundo nido de herejes.

Esto era otra cosa.

Esto merecía bien las bendiciones de Roma.

Un tal defensor, debía ser honrado y presentado como modelo.

No le bastaba á Malespina que el Papa le llamase particularmente compadre de la Iglesia; *espada de la fe.*

Necesitaba dar un apellido, como hemos dicho, á su numerosa banda; organizarla.

Es más: hacerse sentir de ella, como predestinado á empresas atrevidas, por medio de un prodigio

Para esto eligió en un punto de la montaña de Montserrate, un antiguo castillo, habitado por un hombre soberbio, rebelde, y en materias de fe no muy ortodoxo.

Se puso en marcha con trescientos de sus bandoleros hacia el castillo.

Le acometió.

Le entró con facilidad.

Pasó á cuchillo á los defensores, entregó las mujeres á los suyos, cargó con el botín y abandonó el castillo, dejándole incendiado.

Todo esto se había hecho en nombre de Dios.

Con anticipación había enviado un hombre de confianza á la encrucijada de dos caminos, en la misma cima de la montaña, y cerca del santuario de Nuestra Señora de Montserrate.

En aquella encrucijada había una vieja y gigantesca cruz de piedra.

El enviado de Malespina cubrió perfectamente la cruz con resina, y esperó á que llegase la noche.

A alguna distancia de la encrucijada que pasaba por la cumbre deprimida de una colina, había un valle.

Malespina llegó muy entrada ya la noche al valle, y á la vista de la cruz.

Era la noche oscura y amenazaba tempestad.

Al entrar en el valle la tempestad estalló.

Malespina hizo que su gente se recogiese en las cuevas de las inmediatas cortaduras.

A causa del frío, se encendieron en estas cuevas, hogueras.

La tempestad, entretanto, se había desencadenado.

De improviso, uno de los que estaban en la cueva, en que, con algunos de los principales de su banda se había guarecido Malespina, exclamó:

—¿Qué es aquello que aparece en lo oscuro, entre el cielo y la tierra?

Había aparecido en el fondo oscuro de la noche, y de una manera poderosa y brillante, una cruz de fuego.

La lluvia, que caía á torrentes, no podía matar la llama producida por la resina.

Se manifestó asombrado Malespina.

Reunió á su gente, y la dijo:

—Hé ahí, hermanos, que Dios nos manifiesta por medio de un prodigio, cuánto le placen nuestros hechos contra los herejes enemigos de Dios y del rey. Esto debe alentarnos para continuar en nuestra religiosa empresa, y el corazón me dice que esa santa y maravillosa cruz de fuego que el Señor nos deja ver en medio de la tempestad, como dejó ver á Moisés la zarza ardiente en el Sinaí entre relámpagos y truenos, esa santa cruz nos la muestra el Señor para que de ella tomemos nombre. Por lo tanto, desde hoy tendremos nombre y estandarte. Nos llamaremos los Compadres de la Cruz de fuego: lo de compadres manifestará que todos somos buenos amigos y compañeros, y la Cruz de fuego, que á sangre y fuego exterminaremos, no sólo á los enemigos de Dios, sino también á los del rey: nuestro estandarte será dorado y azul, en muestra de generosidad y lealtad, y en el centro irá una cruz roja flamígera. Mañana enviaremos nuestras cartas á todos los reyes y potestades de la tierra, y les daremos á conocer que por el mundo andamos, y cuál es nuestro propósito.

Apenas acabó de decir Gutier de Malespina estas palabras, que fueron aplaudidas por los bandoleros, la tempestad empezó á declinar.

Terminó muy pronto.

Se restableció la calma en el espacio.

Y la cruz continuó destacándose luminosa entre las tinieblas.

Hay que advertir que ninguno de aquellos horribles criminales dejó de creer, ni aun dudó, de que el cielo, por medio de un prodigio, había aprobado sus crímenes.

Malespina marchó con su gente en el mismo punto.

Los llevó por breñas y por peñascales, bordeando la cuesta, y durante un largo espacio continuaron viendo la cruz de fuego.

Al fin se internaron más y más en la montaña, llegando al amanecer al santuario de Montserrate; relataron á los monjes el prodigio, y los monjes los bautizaron, por decirlo así, con el nombre de Compadres de la Cruz de fuego; se hizo un estandarte con tela de castorcillo, se le sobrepuso una cruz roja flamígera, se bendijo la enseña, y después de una solemne función de iglesia, los Compadres de la Cruz de fuego se fueron á llevar su nombre y su audacia á Barcelona, donde el rey los recibió muy honradamente, y donde el obispo les confirmó en su título, y les regaló, bendecido por él, un mejor estandarte, quedándose como á una gran honra con el que ya habían llevado á Barcelona los Compadres.

Con los dineros que había acumulado de las rapiñas, acabó de armar y de montar convenientemente á su gente, Malespina.

La dividió en cinco escuadrones de á cien jinetes, y cada escuadrón en diez escuadrillas de á diez.

Nombró cabos para esta gente.

Entonces empezó el verdadero esplendor de los Compadres de la Cruz de fuego.

La verdadera significación de su maestre, Gutier de Malespina.

No sabemos cómo de esto no salió, como de los caballeros de San Bernardo, la caballería de Santiago, otra Orden de caballería que se hubiese llamado de la Cruz de fuego.

Algunas de las llamadas milicias de Cristo habían tenido principios muy humildes, y aun historias no muy disculpables.

Después, al engrandecerse, se habían depurado.

Habían llegado á un grande esplendor.

Malespina no se satisfacía con ser el Gran Maestre de una, que si se atendía á su título y á sus propósitos aparentes, podía llamarse caballería de Cristo; milicia de la Iglesia.

Necesitó tener una especie de señorío.

Casas fuertes ó castillos, y cuando no, cuevas fortalecidas aquí y allá, por todas partes, para tener adónde refugiarse, y hacerse fuertes en los casos de adversa fortuna, y donde tener en seguridad las rapiñas, las mujeres robadas, las personas secuestradas.

En la montaña, cerca de Barcelona, tenía Malespina una de sus guaridas.

Aquella guarida era una grande y profunda cueva, que ocupaba casi toda la extensión de una peña tajada.

En esta peña se habían labrado almenas.

Por delante se había abierto un foso.

Se había armado este foso con un puente.

Se había defendido la poterna con un rastrillo.

En fin, en muy poco tiempo, y con muy poco gasto, Malespina se había encontrado con un buen castillo roqueño en la montaña, muy cerca de Barcelona.

A este castillo ó cueva fué conducido, y llegó desmayado aún, Marsilla.

CAPITULO XXII

En que Angiolina se encuentra con que tiene algo más que lo que esperaba

Habíase echado de menos á Marsilla.

El rey, que sabía bien hasta qué punto su hija Angiolina estaba por Marsilla enamorada, dió las más apremiantes órdenes para que se le buscase.

Se encontró su caballo, pero de Marsilla, ni aun el rastro se halló.

No se comprendía que se hubiese despeñado el caballo, y el jinete no, sino suponiendo que el jinete hubiese saltado á tierra antes de que el caballo se despeñara.

Pero si nadie había impulsado al caballo, ¿cómo se había lanzado á aquel tremendo salto que no había podido completar?

Nadie se explicaba este fenómeno.

Se buscó y se rebuscó á Marsilla, pero sin resultado.

Por la pérdida de Marsilla no se había detenido la montería.

¿Qué importaba un caballero despeñado ó no?

¿Un caballero perdido?

¿Qué se hubiera dicho?

No había montería en que no aconteciese alguna desgracia.

Cuantas más desgracias acontecían, tanto mejor la montería había sido.

Había tenido más lances.

A Marsilla no le conocía nadie en la corte.

Por consecuencia, nadie se inquietó.

Únicamente Galcerán, que iba fuera de sí con los que de orden del rey buscaban á su amo.

Alguna dama dijo también:

—¡Lástima de buen mozo, si ha perecido!

Pero el que más inquieto se sentía, aunque no lo manifestase, era el rey.

¿Qué diría su hija?

¿No podía pensar que él había hecho que Marsilla desapareciese, con las apariencias de casualmente perdido?

El rey, que como se ha dicho, estaba sujeto por más de una razón á la influencia de Angiolina, se daba á los diablos.

Iba buscando excusas para disculparse de lo que no era culpado.

A la caída de la tarde se tocó á recoger.

Los que habían ido en busca de Marsilla, y con ellos Galcerán, volvieron.

Marsilla no parecía por el mundo ni muerto ni vivo.

El rey continuaba apareciendo sereno, pero le devoraba interiormente una ansiedad mortal.

Temía volver á su palacio de Barcelona.

Tenía por segura la aparición de su hija.

Pero volvieron.

Habían llegado ya muy cerrada la noche.

Habían entrado en Barcelona alumbrados por antorchas.

Un gran populacho había ido á recibir al rey.

Se aplaudió cuando se vió el considerable número de reses que se habían monteado.

Los pobres estaban de enhorabuena.

El rey repartía siempre entre ellos la caza que hacía.

Metióse don Pedro en su cámara, cuando le hubieron cambiado de traje sus camareros.

En aquella cámara, donde, sin ser sentida de nadie, podía penetrar Angiolina á cualquier hora.

Cualquier ruido vago alarmaba al rey.

Creía sentir los pasos de Angiolina.

No había encontrado aún disculpa.

Había mandado que se continuase en la busca de Marsilla.

Llegó la hora en que solía aparecer Angiolina.

El rey don Pedro II, que nunca había conocido el miedo, veía con miedo que se acercaba aquella hora.

La del toque de cubre-fuego.

Sonó al fin.

Pasó tiempo bastante para que Ángiolina se presentase.

Avanzó el tiempo.

Llegó la media noche sin que tuviera lugar la presentación de Angiolina.

El rey se recogió.

Angiolina no tenía para qué presentarse.

No sabía que Marsilla se había perdido.

Galcerán no había vuelto.

Se había quedado con los que buscaban á su señor.

A más de esto, Angiolina había salido de su casa, y de Barcelona al principio de la noche, cuando no había vuelto aún la montería real.

Hacia la parte occidental de la ciudad, al otro lado de la montaña de Montjuich, la esperaban algunos hombres.

Aquellos hombres, puestos por Malespina á las órdenes de Angiolina, eran Compadres de la Cruz de fuego.

Angiolina avanzó por la falda del monte, por la parte de Levante.

En aquel tiempo, en el lugar en que hoy se ven las canteras, había una profunda gruta.

Esta gruta solía servir de albergue también á Malespina.

Allí se había cometido más de un crimen horrible y misterioso, acusado por algún despedazado cadáver.

Esto había dado una fama lúgubre, y hacía terrible la cueva de Montjuich.

Sin embargo, Angiolina entró en ella tranquila.

Iba á apoderarse de una rival terrible.

Ya sabemos que por la carta supuesta por Angiolina á Marsilla, y que había recibido Alejandra, ésta debía ir á

la cueva de Montjuich á tener una entrevista con Marsilla.

Acababa de sonar muy á lo lejos, en la ciudad, el toque de cubre-fuego, cuando cerca de la cueva se oyeron pisadas de cabalgaduras.

Eran en bastante número.

Se comprendía que el que llegaba recelaba.

¿Pero qué importaba el peligro de un extraño á los Compadres de la Cruz de fuego?

Salieron de golpe con ímpetu de la cueva y se arrojaron sobre los que acababan de llegar, cogiéndoles de sorpresa.

La noche era tan oscura, que no se percibían bien los bultos.

Se veía el de una mujer.

Los Compadres tenían orden de apoderarse de esta mujer.

La rodearon.

Antes de que los que la resguardaban hubiesen podido defenderla, ya parte de los Compadres se habían apoderado de aquella mujer y se la habían llevado.

Otros compadres contenían, hiriendo y matando en ella, á los que habían ido protegiendo á la mujer robada.

El combate duró muy poco tiempo.

Los Compadres eran superiores en número.

Aventajaban, además, extraordinariamente á los otros en calidad.

Peleaban como fieras los que pretendían salvar á la mujer robada.

Pero los que ayudaban á los robadores peleaban como demonios.

Al fin los Compadres de la Compañía de la Cruz de fuego pusieron á los otros en fuga.

Quedaron sobre el campo algunos muertos y algunos heridos.

Los vencedores los desbalijaron, rematando á los heridos, como era su costumbre, y se fueron tras sus compañeros, que habían tomado el camino de la montaña.

Angiolina se había ido desde los primeros momentos tras los que habían arrebatado á la mujer, que no era otra que Alejandra.

Había gritado ésta al ser arrebatada.

Pero sus gritos habían sido inútiles.

Uno de aquellos malhechores la llevaba sobre su caballo, y sujeta con un brazo de hierro.

Alejandra, desesperada, se había reducido al silencio.

A Angiolina se la había dado un caballo.

Siguieron andando gran parte de la noche.

Antes que llegase el día entraban en la pendiente de Montserrate.

A poco llegaban á la roca castillo que, como sabemos ya, tenían en aquella parte los Compadres de la Cruz de fuego.

Cuando uno de los que iban con Angiolina se dió á reconocer, se bajó el puente y se alzó el rastrillo.

Malespina salió en persona á recibir á su amiga Angiolina.

Ésta penetró antes de que entrase el que conducía á Alejandra.

—Ya veis que os sirvo bien, dijo Malespina: os estoy esperando, y mis gentes, á lo que veo, han cumplido

bien su encargo: pero yo tengo que daros algo que os contentará mucho más.

—¿Qué es ello? preguntó con interés Angiolina.

—Tengo en mi poder, contestó Gutier, á don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

CAPITULO XXIII

Lo que era el castillo de la Cueva, del Jorobado ó de Malespina

El castillo de la Cueva, que así se llamaba la guarida que los Compadres de la Cruz de fuego tenían cerca de Barcelona, en la montaña de Montjuich, era una obra de la Naturaleza, que el arte había completado.

Delante de la gran tajadura, cortada como á pico, se había levantado un fuerte muro semicircular, apoyado en cuatro robustas torres.

Entre las dos del centro se abría la poterna.

Estas dos torres se comunicaban entre sí, por una galería, que corría sobre el robusto cerco de la poterna.

Esta galería venía á ser una habitación con tres compartimientos.

El del centro servía de seguro.

El de la derecha y el de la izquierda, eran dos cámaras de bastante extensión, y cada una de ellas daba paso

á la gran cámara circular que en cada torre ocupaba toda la extensión de su plano.

En esta habitación, que ocupaba el primer piso de las dos torres, entre ellas y la galería, sobre la poterna, moraba Gutier de Malespina, cuando iba por el castillo de la Cueva.

Por cima corrían los almenares, y los nidos de golondrina.

En el piso bajo estaban la grande arcada de la poterna y dos grandes espacios circulares, que ocupaba la guarda.

Las otras dos torres de los extremos del semicírculo eran cuadradas.

En el piso superior de cada una de ellas, había tres piezas habitables.

En la una de estas torres, en el piso superior, moraba Juan Gomecillos, lugarteniente, escudero, portaestandarte, mayordomo, confidente, *factotum,* en fin, de Malespina.

Las habitaciones de la otra torre de la derecha, se ocupaban, ó por alguna alta persona, amiga de Malespina, ó secuestrada; y cuando no, estaba vacía.

Todas estas torres se comunicaban por una estrecha galería que por la parte interior daba á lo que podía llamarse plaza de Armas, que era extensa.

En el piso bajo, en toda la extensión del semicírculo, estaban los cuarteles de la gente, las caballerizas, el depósito de víveres y la armería.

En un extremo de la plaza de Armas, había un pozo inagotable, y de agua riquísima.

En el exterior, este semicírculo estaba defendido por

un ancho foso, por una barbacana y por una estacadura.

Los extremos del semicírculo se apoyaban en la alta roca.

Era ésta cónica, y de tal manera tajada, que se hacía imposible su acceso, ni aun por medio de escalas, á causa de su altura.

Por la parte opuesta á aquella en que se había construído el semicírculo, un riachuelo había formado, á causa de las accidentaciones del terreno, un ancho y profundo lago, que venía á cruzarse al pie de la roca, hasta unirse con el foso.

Esta roca era gigantesca, y desde la mitad de su altura afectaba la forma de un jorobado que hubiese tenido los brazos cruzados; y de la cabeza, casi dominada por la curvatura de la cueva, una caperuza puntiaguda.

Esta roca estaba hueca.

Cuevas irregulares, mayores ó menores, altas ó bajas, que se comunicaban entre sí por un gran número de galerías, de rampas y de espirales, formaban un laberinto tenebroso, donde no se hubiera atrevido á penetrar el enemigo más fuerte, y que por muy pocos hombres podía ser defendido.

Los huecos que existían en la cabeza y en la corcoba de aquel gigante de granito, habían sido modificados por el arte.

Eran dos bellas cámaras ornamentadas con un cierto gusto, y amuebladas con una cierta riqueza.

Se comunicaban.

Desde sus ventanas, y á causa de la grande elevación, se veían magníficos panoramas.

En la parte alta, en la caperuza del gigante, había una pequeña habitación.

En aquella habitación había siempre dos guardas que observaban los alrededores.

En lo alto de la caperuza había una espadaña.

En esta espadaña una campana.

Cuando el amo, esto es, cuando el Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego estaba en el castillo de la Cueva, ó del Jorobado, ó de Malespina, que así se llamaba indistintamente aquella fortaleza, la campana sonaba dos veces cada día: una al amanecer, con el toque de leva; otra después de oscurecido, con el de queda ó cubrefuego.

Cuando oían la campana los habitantes de los alrededores decían:

—El cascabel del Jorobado suena: Malespina está en su nido.

Y los pobres de los contornos se alegraban, porque en oyendo la campana, se iban á saludar á Malespina, y á llorarle sus cuitas, y nunca se tornaban con las manos vacías.

Las habitaciones que formaban los huecos de la cabeza y de la joroba del gigante se ocupaban muy rara vez.

Allí no se albergaban más que los grandes personajes que Malespina secuestraba ó hacía prisioneros.

Para llegar á estas habitaciones había que recorrer pasajes tenebrosos, negros, horribles y difíciles, ascendiendo y aun descendiendo á veces para volver á ascender por aquellas caprichosas ramificaciones naturales.

La entrada de la inmensa caverna, en gran parte sub-

terránea, estaba defendida por la parte que correspondía á la plaza de Armas, por un fuertísimo puente de hierro.

Pasado este puente se encontraban tres rastrillos.

En el interior, los pasajes estaban, de grandes en grandes trechos, defendidos por fuertes puertas.

El castillo de la Cueva, pues, que por la parte exterior era inaccesible é inexpugnable, era, si cabe, más fuerte en su interior.

Teniendo víveres, una docena de hombres podían defender el castillo de todo un ejército numeroso.

Aunque el gran Maestre de los Compadres no hubiese tenido más fortaleza que aquella, hubiera sido considerado como un muy alto, muy temido y muy poderoso señor.

CAPITULO XXIV

En que se ve que Malespina era admirable y lealmente servido

—Conducid á esa dama á lo alto, dijo Malespina en cuanto los suyos, que conducían á Alejandra, entraron con ella en la plaza de Armas.

Lo alto era la cabeza del Jorobado.

Alejandra, que no podía comprender la situación en que se encontraba como una traición de Marsilla, porque no creía á Marsilla capaz de una traición; y como no había visto ni sentido á Angiolina; como no tenía antecedente alguno, y como era á la par valiente y serena, había creído únicamente que la cueva de Montjuich no era un lugar peligroso, puesto que sólo se trataba de bandidos que se habían apoderado de ella para exigir un gran rescate.

Pero cuando se vió dentro de un castillo fuerte y de apariencias aristocráticas, en un castillo de gran señor,

mucho más rico y considerable que el suyo de Aytona, no supo qué pensar ni qué temer.

Confiaba, sin embargo, en que Kaimaro haría todo lo que fuera necesario hacer para libertarla, y mucho más confiaba aún en aquel misterioso personaje que la acompañaba, al que había conocido como ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel, y que para acompañarla se había convertido en un poderoso señor.

Alejandra fué conducida por las lóbregas sinuosidades de las rocas, á la cámara que debía habitar por algún tiempo, y desde cuyo mirador debía ver, cuando viniese el día, magníficos, imponentes y agrestes paisajes.

Los que la conducían la trataban con toda la galantería de que eran capaces.

La ofrecieron alimentos que ella aceptó.

La aseguraron que nada tenía que temer.

Ella pidió hablar con el señor de aquella fortaleza.

Se la dijo que su petición sería transmitida.

Se la aseguró que muy pronto tendría á su lado dos jóvenes de la comarca, para que la sirvieran.

La dejaron, al fin, sola y encerrada, pero con la mesa servida.

Las viandas eran fiambres.

Un trozo de pernil, una lonja de jamón, un ave asada, queso y frutas secas, pan candeal, y un jarro de plata lleno de excelente vino.

Estas provisiones, y la vajilla en que se habían servido, se habían tomado del repuesto que siempre llevaba consigo Malespina.

Alejandra cenó con apetito.

Se conoce el fenómeno del gran apetito, durante gravísimas situaciones morales.

Parece como si la depresión de las facultades del alma permitiese una mayor fuerza á la actividad material.

Volvieron pronto los que allí la habían conducido, acompañados de dos jóvenes aldeanas, que habían ido á buscar á los alrededores.

La dijeron que el señor de la fortaleza no podía verla, porque un asunto importantísimo le había obligado á partir.

Esto era una excusa de Malespina.

Alejandra pretendió entonces hablar con la persona á quien el señor hubiese dejado el gobierno de la fortaleza durante su ausencia.

—Esa persona soy yo, señora, contestó Juan Gomecillos, que era el que hasta entonces se había entendido con Alejandra

Y Gomecillos se relamía.

Le parecía Alejandra, no ya una prenda de rey, ni de emperador, sino de santo, favorecido por Dios.

La encontraba superior á todo lo que hasta entonces, en forma de mujer, había visto.

Y había que admirar la fuerza de espíritu y la lealtad de Gomecillos.

Alejandra, con su extraordinaria belleza, era impotente para obligarle á hacer traición á Malespina.

Así fué que por más que Alejandra empleó toda su astucia, todos sus medios de seducción, no pudo lograr que Gomecillos la dijese quién se había apoderado de ella, por qué había sido esto, ni para qué se la retenía.

Con un *no sé,* ó con un *no puedo,* escapaba de todas las acometidas Gomecillos.

Al fin, después de dos horas de conversación inútil, Alejandra despidió á Gomecillos, y se recogió despechada.

CAPITULO XXV

Lo que pasó en la hospedería de Los Tres Caballeros negros

Marsilla había sido colocado en un buen lecho, en la cámara circular perteneciente á la torre de la derecha de la poterna.

Tal había sido la fuerza del paroxismo, tal la paralización de sus facultades mentales, que cuando Angiolina llegó al castillo, apenas si había vuelto en sí.

Pero no había recobrado el esclarecimiento de su razón.

Deliraba.

Estaba en un peligro.

Gracias á que Malespina tenía entre los suyos un famoso curandero que poseía el secreto de no sabemos cuántos bálsamos salutíferos.

Este sabio se había encargado de Marsilla.

Le había tratado de una manera enérgica.

Había logrado impedir la congestión, pero la perturbación del cerebro continuaba.

No reconoció á Angiolina.

Hablaba con ella como si ella hubiera sido Isabel de Segura.

La miraba con ansiedad.

La seguía inquieto con los ojos, cuando momentáneamente se levantaba de junto al lecho, como si hubiese temido que no volviese.

Cuando volvía á sentarse junto á él, sonreía como un niño.

Angiolina se enamoraba más y más, y sentía unos horribles celos.

Veía que el aturdido Marsilla continuaba viendo en ella á Isabel de Segura.

El alma entera de Marsilla, aun en estado de atonía, de desorden, pertenecía á Isabel de Segura.

Una sola chispa de sentimiento que en Marsilla existía, de Isabel de Segura era.

Aquella noche Angiolina escribió dos cartas.

Una para su padre, es decir, para el señor Piccolomini que decía únicamente:

«Padre mío: llevad la carta que acompaño al rey: no sintáis por mí cuidado alguno; estoy en completa seguridad, y dueña de mis acciones.

»Vuestra ANGIOLINA.»

La carta para el rey estaba concebida en los siguientes términos:

«Padre y señor:

»No hagáis buscar á don Juan Diego Marsilla: está en mi poder, y seguro, pero muy enfermo: no os inquietéis porque no me veáis en algún tiempo: yo no me apartaré del lado del hombre que, mediante Dios, ha de ser mi esposo, sino cuando haya recobrado completamente la salud: señor, vuestra amantísima hija,

»ANGIOLINA.»

Enrolló estas dos cartas, la una dentro de la otra.

Malespina se encargó de que llegasen á manos del señor Piccolomini.

En efecto: poco después de haberse abierto las puertas de Barcelona, un camarero llamó á las puertas de la hospedería del señor Piccolomini, que estaba en siete sueños.

Saltó de mala gana del lecho Piccolomini, se fué á la puerta, la abrió, y se encontró con el camarero, que le dijo:

—Un hombre encubierto acaba de traer esta carta para vos.

Piccolomini vió en el sobrescrito la letra de su hija.

—¿Y dónde está ese hombre? dijo.

—Se ha ido en cuanto ha entregado la carta, dijo el camarero.

—Pues bien; idos vos, dijo Piccolomini.

Y volvió á encerrarse.

Leyó la carta de su hija.

Se vistió.

Se fué por la comunicación secreta al palacio real.

El rey recibió la carta de su hija.

La leyó, y la contestó de la manera siguiente:

«Hija mía: no me basta con lo que me decís: necesito saber algo más, y sobre todo veros.»

El rey no firmó esta carta.

La había escrito, además, con la mano izquierda, para desfigurar completamente la letra.

—Haced, dijo á Piccolomini, que vuestra hija reciba cuanto antes esta carta.

—Yo no sé dónde mi hija está, señor; será necesario que alguno vuelva por la contestación.

—De seguro volverá alguno, dijo el rey.

Y despidió á Piccolomini.

Se volvió á su habitación.

Avanzó el día.

Entonces se notó que de las personas que el día anterior habitaban en la hospedería de *Los Tres Caballeros negros*, faltaban, además de Angiolina, la dama encubierta del capuz rojo y negro, y uno de los dos encubiertos que con ella habían llegado.

El otro encubierto permanecía allí, y preguntaba con un gran interés.

Muy pronto corrió por la ciudad la noticia de que en la cueva de Montjuich se habían encontrado algunos cadáveres.

Entre los cadáveres había uno que tenía sobre la cabeza un gran capuz rojo y negro.

Cuando se le quitó el capuz, se vió que este hombre era un negro viejo y repugnante.

Pero no era esclavo.

Vestía con suma riqueza.

Los otros cadáveres eran de gente maleante, de la que andaba buscando sueldo ó aventuras por Barcelona.

Supieron los merinos del rey que á la corte acompañaban, que aquel encapuchado que se había encontrado muerto, con la cabeza partida por un golpe de hacha, había llegado dos días antes á Barcelona con un caballero, también encapuchado, con una dama asimismo encubierta, y que habían parado en la hospedería de *Los Tres Caballeros negros*.

Allá se fué el merino que había empezado el proceso.

Se interrogó á don Enguerrando.

Don Enguerrando se negó rotundamente á descubrirse.

Sacó á luz cartas y bulas, tanto del rey como del Papa, que le autorizaban para conservar su incógnito.

Pero el merino alegó que en aquellas cédulas y breves no constaba nombre de persona, y que por lo tanto eran insuficientes.

Insistió don Enguerrando.

Mantúvose firme el merino.

Alegó entonces don Enguerrando que si se atropellaba su incógnito, él haría de manera que le pesase al merino.

El merino, que era soberbio, dijo que lo que á él únicamente podía pesarle, era el no hacer por cobardía ó por cohecho, justicia.

Replicó más agrio don Enguerrando.

Sublimóse la cólera del magistrado.

Mandó terminantemente á sus alguaciles descubriesen por fuerza á aquel rebelde á la justicia.

Don Enguerrando echó al aire su espada.

Clamó favor á la justicia el merino.

Se alborotó la hospedería.

Acudió Gutier de Malespina.

¡Cosa extraña!

No se había notado la ausencia de Malespina en el hotel.

Malespina se puso de parte de don Enguerrando.

Crecieron las voces.

No sabemos por dónde aquello hubiera salido.

Pero llegó muy á tiempo un camarero del rey, á quien había avisado el señor Piccolomini.

El camarero mandó, de orden del rey al merino, que se retirase.

Este se fué.

Pero no sin leer y releer la real cédula que autorizaba al camarero del rey para proceder en su nombre.

Se retiró de mala gana, y se alejó murmurando:

—¡Así anda la justicia en estos reinos!

Pero como el rey mandaba, era necesario obedecer.

El camarero mandó á don Enguerrando, también en nombre del rey, que le siguiese.

—Al rey iré yo á verle, y le serviré siempre que me lo mande, dijo don Enguerrando; pero permitidme, caballero, que me atavíe como debo para presentarme al rey.

Poco después, don Enguerrando apareció magníficamente vestido.

Pero siempre de rojo y negro.

Siempre con su capuz calado.

Siguió al camarero.

Poco después don Enguerrando estaba frente á frente de don Pedro II de Aragón, en la cámara de éste, y á solas con él.

CAPITULO XXVI

De como allá van leyes, do quieren reyes

—Se me ha avisado, caballero, dijo el rey, de que os habéis agarrado con la justicia, y que habéis alegado que para manteneros encubierto tenéis reales cédulas mías y breves del Papa. Yo he alejado á la justicia, y os he llamado: ¿sois mi vasallo?

—Desde que nací, señor, y pienso serlo hasta que muera.

—¿Y si sois mi vasallo, dijo el rey, os opondréis á que yo sepa quién sois?

—No, rey y señor, dijo don Enguerrando quitándose el capuz: yo soy don Enguerrando de Azagra, señor que fué de Albarracín.

El rey conocía la historia de sus reinos, y aun la de los de allende.

¿Y cómo no había de saberla, si él era un personaje histórico?

Conocía mucho mejor aún la historia contemporánea.

Sabía que hacía treinta años, don Enguerrando de Azagra, señor de Albarracín, padre de don Rodrigo de Azagra, había muerto, siguiendo el estandarte real del rey don Alfonso *el Casto,* en el Rosellón.

Que su cadáver había sido conducido á su tierra natal.

Que se le habían hecho unas ostentosas exequias.

Que se le había puesto en un magnífico sepulcro en la iglesia mayor de Albarracín.

Que sobre aquel sepulcro aparecía la estatua yacente de aquel ricohombre, tan ricohombre que como á príncipe se le había distinguido y respetado.

Abrió, pues, tamaños ojos el rey, y miró con algo de espanto supersticioso á su interlocutor.

Porque si bien el bravo don Alfonso el *Católico* no les temía á los vivos, le espantaban los muertos.

—O mentís, dijo el rey, que había dado instintivamente dos pasos atrás, y habéis sido muy audaz y muy temerario pretendiendo engañarme, ó sois un resucitado.

El rey estaba densamente pálido.

Un cierto temblor se dejaba ver en él.

Sus ojos se fijaban entre absortos y torvos, entre amenazadores y cobardes, en don Enguerrando.

—Jesucristo Nuestro Señor lo ha dicho, respondió don Enguerrando: el hombre no es cuerpo: es alma: cuando el alma muere, es decir, cuando el alma siente de tal manera que la vida para ella no existe, tal como entre los hombres se comprende la vida, puede decirse no que el

alma ha muerto, porque el alma es inmortal, pero sí que el alma no es de este mundo: mi alma, señor, murió hace treinta años para el mundo, y yo me dí por muerto.

—Sin embargo, dijo el rey, yo creo que vuestra alma resucita: tendremos siempre un resucitado.

—Sí, señor, dijo don Enguerrando; mi alma renace y vuelve á sentir las pasiones de la vida de acá abajo por el amor.

—Por el amor de padre sin duda.

—Sí, señor.

—¡Ah! vos creéis que vuestro hijo don Rodrigo necesita de vuestra protección.

—Don Rodrigro de Azagra, dijo don Enguerrando, ó más bien, el que ilegítimamente don Rodrigo de Azagra se llama, no es mi hijo.

—¡Cómo! exclamó con asombro el rey: ¿qué no es vuestro hijo, y lleva vuestro nombre?

—Yo no he querido que el mundo sepa mi deshonra, señor; he preferido pasar por muerto: yo no he querido que hubiera una mancha en el linaje de los Azagra.

—¡La sangre lava el honor! exclamó el imperioso don Alfonso.

—No, no, señor; la sangre puede ser, y lo es, la venganza, pero no el desagravio: la afrenta no se borra con nada: con nada se cura la herida del corazón: cuando el corazón ha sido desgarrado, forzoso es morir.

—¿Y vos moristeis?

—Ya lo veis, señor; desde hace treinta años, desde la cuna, el fruto maldito del adulterio lleva mi nombre,

posee mis dominios: todos lo creen mi hijo legítimo: en cuanto á la adúltera...

—¡La matasteis! dijo con voz ronca el rey.

—No, dijo con acento breve y sombrío don Enguerrando: los moribundos conocen á Dios: Dios manda perdonar: yo la perdoné; perdoné á su cómplice: la mató su pecado: la mató Dios: en cuanto á su cómplice, vive: pero Dios conoce su alma; su alma es un infierno.

—Contadme, don Enguerrando, contadme, dijo el rey.

—¿Y para qué, señor? replicó don Enguerrando: la historia de mis desdichas está sepultada en la tumba.

—¿Es que al morir para el mundo, don Enguerrando, habéis muerto también para vuestro rey?

—Para mi rey, jamás, dijo don Enguerrando.

—Creo, además, que habéis resucitado.

—Después de muerto encontré una nueva vida; una vida misteriosa: la del amor: un amor desventurado: el fruto de ese amor me ha llamado á la vida: y perdonadme, señor, yo agonizo del cuerpo y del alma; mi hija, la hija de mi amor, ha desaparecido: por esa desaparecida hija me ha buscado vuestra justicia; por ella estoy ante vos.

—Pues ahora, don Enguerrando, tengo más empeño que antes en conocer vuestra historia, dijo el rey.

—Permitidme, señor, que busque primero á mi hija.

—El rey la buscará: decidme su nombre.

—Es la dama misteriosa y encubierta, que acompañada de dos encubiertos, vino á parar antes de ayer á la hostería

de los *Tres caballeros negros:* el uno de los encubiertos soy yo: el otro, un negro que ha criado á esa dama, que la ha acompañado siempre: ese negro ha sido encontrado muerto de un golpe de hacha en la cueva de Montjuich esta mañana: yo he sido buscado: yo me he visto obligado á venir ante vuestra señoría, á resucitar para vuestra señoría: en cuanto á la dama encubierta que se ha perdido, que nadie sabe si es muerta ó viva, es mi hija: dadme cartas vuestras, señor, tales, que nadie en vuestros reinos pueda obligarme á descubrirme, y dejadme que á mi hija busque.

El rey adivinaba.

Tenía la seguridad de que quien había matado á aquel negro, quien había hecho desaparecer á la dama encubierta, había sido Angiolina, tal vez por amor á Marsilla.

—Os aseguro, don Enguerrando, le dijo, que ó vuestra hija ha sido tragada por la tierra, ó yo he de encontrarla, sin que vos os mováis para ello: pero puesto que habéis resucitado durante un momento para vuestro rey, no quiero que volváis á morir para él. Yo sé cuánto vale el noble, el bravo señor de Albarracín: yo quiero que encubierto, desconocido para todo el mundo, sigáis mi estandarte.

—Bien, señor: yo pensaba en ir á la Tierra Santa.

—¿Tal vez porque á la Tierra Santa iba un hombre á quien vuestra hija ama? preguntó el rey.

Don Enguerrando hizo un gesto de sorpresa.

—¿Y quién os ha dicho, señor?... exclamó.

—Yo sé algo de todo, don Enguerrando, dijo el rey:

así, pues, os digo, que ese hombre á quien vuestra hija ama, es decir, don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla no irá á la Tierra Santa. Yo haré que se le absuelva de su voto. Si á la Tierra Santa iba movido de su fe para rescatar de los infieles el sepulcro de Nuestro Señor, aquí tenemos también algo sagrado que rescatar y que defender de los infieles; la patria: el Emir de los moros nos amenaza desde las riberas de Andalucía, con un ejército tal, como no se ha visto otro desde los remotos tiempos de Alejandro el Macedón: antes es combatir á los que en casa nos amenazan que á los que en lejanas tierras se encuentran ya combatidos por la flor de los príncipes y de los caballeros de la cristiandad: una vez vencido Mohammed *el Verde* en nuestra tierra, yo os juro ir con mis caballeros de Aragón á la conquista del Santo Sepulcro.

Don Enguerrando se sentía vivamente interesado.

¿Cómo sabía el rey que su hija Alejandra amaba á Marsilla?

¿Que sin duda á causa del amor de Marsilla, ó tal vez por los celos de alguna poderosa mujer había desaparecido?

¿No había desaparecido Marsilla también?

Aquí había un misterio que don Enguerrando no podía aclarar por el momento.

No se puede preguntar á los reyes.

No se les puede compeler.

Es necesario tomar lo que ellos quieren dar.

Pedir más, exigir más, es incurrir en la rebeldía.

Dar en delito de traición.

Así á lo menos se entendía entonces.

Así lo entienden aún los reyes.

Así lo entenderán mientras haya reyes en el mundo.

Don Enguerrando no podía preguntar.

Pero metido en conversación con el rey, podía observar; podía deducir; podía tal vez adivinar.

Y como el rey insistiese en conocer la historia de don Enguerrando, éste al fin se prestó á complacer al rey, y empezó su relato.

Le concretó, le abrevió, le redujo á los menores términos posibles.

Así es que al medio día, á la hora de la comida del rey, la historia de don Enguerrando estuvo concluída, sin que la faltase nada esencial.

El rey lo había sabido todo.

Hasta la historia de los amores de Alejandra por Marsilla.

Entonces comprendió don Pedro que Alejandra se hubiese perdido.

Vió en esto la mano de su hija Angiolina.

Mandó dar á don Enguerrando, bajo el título de Caballero Rojo, cartas reales que le autorizaban para estar siempre encubierto, y le exceptuaban de toda jurisdicción, no pudiendo ser sino juzgado por el mismo rey, y secretamente.

Después, prometiéndole que su hija sería buscada, y asegurándole que se la encontraría, le despidió, pero autorizándole para ir á verle cuando quisiera.

Don Enguerrando salió de la cámara real, encubierto

como había entrado en ella, y se restituyó á la hospedería.

El rey le había hecho prestar pleito homenaje, y prometídole que nada haría por sí mismo.

En cuanto á la justicia, se la mandó que enterrase al muerto, es decir, á Kaimaro.

Que cesase en el proceso que el rey reservaba especialmente para sí.

Que se dejase en completa libertad al Caballero Rojo.

Que no hiciese embargo alguno de nada que al caballero perteneciese.

Se echó, en fin, completamente tierra al negocio.

En una palabra, se le sepultó para *in æternum*.

La justicia se quedó completamente satisfecha.

Ella había cumplido con su deber.

El rey hacía como podía.

Nada debía que alegar.

En cuanto al rey, que continuaba siendo libertino, y con disculpa por la separación absoluta de doña María de Montpeller su esposa, se había excitado con el relato de don Enguerrando.

Los padres nunca hablan desapasionadamente de sus hijos.

Don Enguerrando, sin pretenderlo, había hecho concebir una grande idea de la hermosura de Alejandra á don Pedro.

Éste había contraído un deseo misterioso.

Un amor vago.

Se propuso seguir aquella aventura.

Encontraba algo nuevo en que entretenerse.

Esperaba que la ocasión se le viniese á las manos.

Esta ocasión debía presentársela, sin sospecharlo, su queridísima hija Angiolina.

Pero el rey esperaba como había esperado siempre.

Con impaciencia.

CAPITULO XXVII

De cómo el delirio del amor puede ser un tormento horrible para la mujer que le escucha

Angiolina continuaba, en tanto, al lado del lecho de Marsilla.

Podía decirse bien que éste había vuelto á la vida material.

Pero no podía decirse lo mismo de la vida intelectual.

Deliraba.

Continuaba viendo en Angiolina á Isabel de Segura.

Esto atormentaba de una manera horrible á Angiolina.

La enamoraba más y más.

Oía á Marsilla enamorado.

A Marsilla que creía tener á su lado á su Isabel.

Los ojos de Marsilla resplandecían de hermosura.

Como que exhalaba todo el volcán de su alma enamo-

rada, y el amor es siempre la hermosura de las hermosuras.

Lo que hay de divino en lo humano.

El amor viene de Dios.

Es el fuego sacro.

El fuego creador.

No hay ojos que cuando expresan verdaderamente el amor del alma, no representen una expresión divina.

Una expresión sobrenatural.

De más allá de la vida.

Parece que por medio del amor el ser finito se pone en relación inmediata y casi tangible con el ser infinito.

Angiolina agonizaba.

Sentía todo el amor de la impresionable alma de Marsilla.

Pero aquel amor era por otra.

Por otra que Marsilla delirante veía en ella.

El estado de Marsilla, aquel tenaz estado de perturbación nerviosa provenía, no de su cobardía, que él jamás había conocido el miedo, sino de la desesperación al ver tan de cerca la muerte, que la había creído segura, por morir sin haber gozado el amor de su Isabel.

Y no era esto sólo.

La actividad, la potencia del alma es incalculable.

En un solo instante, en una millonésima, en una incalculable parte de él, el alma humana puede ver un universo.

Marsilla en aquel supremo momento había visto no sabemos cuántas cosas.

Las había visto perfectamente.

De una manera completa.

Isabel sabía su muerte.

Se la decían sin piedad.

Se desesperaba.

Se ponía á punto de muerte.

Pero se salvaba.

Pasaba el tiempo.

El tiempo que todo lo gasta.

Aun el dolor.

Esto es, cuando el dolor no mata.

Pero Marsilla (el amor es siempre desconfiado y celoso, ó no es amor) no se atrevía á esperar, ni lo deseaba, y por esto tal vez no lo creía, que el dolor por su muerte matara á Isabel.

El tiempo corría para Marsilla con una velocidad magnética.

Había visto á Isabel menos desesperada de día en día.

Tranquila, al fin, aunque triste.

Menos triste después.

Por último, sensible á la vida.

A un nuevo amor.

Porque sin amor no se puede vivir.

Así á lo menos lo creía Marsilla, que había nacido para amar.

Se exageraban sus temores por la misma violencia de su amor.

Por su egoísmo.

Vió á Isabel olvidada de él.

En los brazos de otro.

Enloquecida de amor.

Esto bastó para causar en Marsilla una tal angustia del espíritu, que fué milagroso no sucumbiera á causa de una congestión cerebral.

Pero había dado en buenas manos.

En manos prácticas.

Se había combatido el desorden nervioso de una manera enérgica.

Se habían buscado equilibrios.

Se había retenido la vida.

El curandero de los Compadres de la Cruz de fuego era un sabio.

Se había dejado de paliativos.

Había acometido la enfermedad, como suele decirse, hacha en mano.

A muerte ó á vida.

Pero duraba el estado de desorden en el espíritu.

El delirio.

A causa de este delirio, Marsilla veía en Angiolina, que no se separaba de él, á Isabel de Segura.

La hacía oir cuantas inefables ternezas le inspiraba su amor.

La hacía sentir cuantas dulzuras de amor había en su alma enamorada.

La fascinaba.

La enloquecía.

La ponía en un estado de delirio semejante al suyo.

Entrambos estaban bajo la influencia de un ensueño delicioso.

De un ensueño divino.

El alma humana es un misterio insondable.

Hay algo en ella que no se puede razonar.

Que se escapa á toda observación.

A todo estudio.

Una mezcla maravillosa, en la que no se sabe dónde están los límites de lo humano.

Dónde los de lo divino.

¿Pensamos con nuestro cuerpo?

¿Tiene personalidad nuestra alma?

¿Es el alma el resultado de una organización dada?

¿Pero dónde está el origen de nuestra razón?

¿Dónde la fuente de nuestro sentimiento?

¿Cómo podemos sentir lo que no existe?

¿Cómo podemos decir lo que no podemos conseguir?

¿Cómo, siendo eterna la materia, no ha de ser eterno el espíritu?

¿Cómo puede descomponerse lo que es al mismo tiempo un punto y la totalidad de lo infinito?

La sustancia es imperecedera.

Si nuestro espíritu perece, no es sustancia.

Si no es sustancia, no es vida.

Siendo vida es sustancia, es inmortal, viviente, pensante, omnisciente.

No puede ni recordar, porque no necesita el recuerdo, ni olvidar, porque no puede caer en el olvido.

La materia crasa, la materia compuesta en que vive la organización que se llama ser humano, la entorpece.

Esto se comprende.

Por eso, mientras vivimos la vida animal, nuestro espíritu es para nosotros mismos un misterio.

Pero un misterio que produce fenómenos que se perciben, aunque no pueden explicarse

Con nosotros existe indudablemente, en una parte mayor ó menor, algo divino que resiste la anulación de nuestra razón.

Esto no quiere decir otra cosa sino que nuestra existencia, bajo su forma corpórea y material, no es más que una situación más ó menos larga, pero siempre de transición.

¿De dónde venimos?

No lo sabemos.

No nos acordamos.

Del misterio.

¿Adónde vamos?

No podemos comprenderlo.

No podemos ni aún llegar á la sola hipótesis de lo que será nuestro espíritu, una vez desaparecida nuestra materia y acabada la vida.

¿Qué es la nada?

Una negación incomprensible.

La negación no puede concederse.

La nada, si existe, es algo.

Una vida.

Un misterio.

Si la negación existe, nos vemos obligados á afirmar que es eternidad lo que ha sido y no ha podido dejar de ser.

Lo increado.

Lo que por sí mismo vive.

Siempre el misterio.

Lo incomprensible.

Lo absoluto.

Si el hombre pudiera explicarse lo absoluto, dejaría de ser hombre para ser Dios.

El hombre depende de su organización.

La acción de su voluntad es vaga, limitada.

Casi nula.

Cuando el hombre se ve frente á frente de la naturaleza, se ve obligado á confesar su impotencia.

El más ligero desequilibrio en la actividad de la organización, anula al hombre.

Esto pasaba por Marsilla.

Un terrible desequilibrio se había efectuado en él.

Sentíase mal.

Le faltaba de todo punto la lucidez.

Creía, dominado por un sentimiento más potente, más fuerte que los otros, que la mujer que tenía al lado, que velaba solícita junto á su lecho, era Isabel de Segura.

Y esto determinaba un tormento horrible para Angiolina.

Al mismo tiempo le hacía apreciar cuánto valía el sentimiento del amor de Marsilla.

Cuanta poesía, cuanta sublimidad había en su alma.

Pero todo aquel amor sublime, poético, era para una sola mujer.

Angiolina no podía alentar la más leve esperanza.

Todo el amor que en Marsilla había era de Isabel de Segura.

Angiolina contrajo un empeño terrible.

Era necesario que Marsilla dejase de amar á Isabel.

Que se desencantase.

Que se viese huérfano de amor.

Que en su sed de amor se volviese buscando adonde hubiese amor para él.

El amor, como todos los sentimientos sublimes del alma humana, es un sueño.

Nace de una fascinación.

Cuando la fascinación desaparece, el amor muere.

Angiolina lo comprendía esto demasiado.

¿Y cómo matar en Marsilla el amor predominante que sentía por Isabel?

Por una traición de Isabel.

¿Y cómo obtener esa traición, si era la misma la ceguera de Isabel para Marsilla que la de Marsilla para Isabel?

Angiolina había comprendido que Gutier de Malespina no la servía desinteresadamente.

Si el interés de Malespina no era el dinero, que ciertamente no le hacía falta, ¿cuál podía ser este motivo?

¿Amaría por acaso Gutier de Malespina á Isabel de Segura como ella amaba á Marsilla?

Esto era muy posible.

Era necesario averiguar esto.

CAPITULO XXVIII

De cómo lo que hace más temible á un buen capitán, es saber retirarse á tiempo

Habían pasado algunos días.

El rey entretenía, respecto á su hija, á don Enguerrando de Azagra.

Le aseguraba que nada tenía que temer por ella.

Que él sabía dónde su hija se encontraba; que por altas y poderosas razones no podía revelárselo.

Don Enguerrando, que siempre había sido leal á sus reyes, que sentía una especie de veneración por el noble y bravo don Pedro II *el Católico,* se resignaba confiando en la palabra del rey.

Alejandra se veía obligada á sufrir la prisión en que se la tenía, en que la servían las dos aldeanas que se la habían puesto al lado y que nada sabían, y nada podía recabar de Gomecillos, que todos los días subía á ver á la

joven en su prisión, para saludarla y preguntarla si necesitaba algo.

Alejandra respondía siempre que lo que necesitaba era saber porqué se la tenía prisionera, qué era lo que se esperaba de su prisión, y que si se quería dinero, que se pidiera.

Gomecillos se encogía de hombros, y respondía siempre que él no sabía nada.

Y cuando Alejandra le preguntaba qué castillo era aquél, y quién su señor, Gomecillos respondía:

—No lo puedo decir á vuesamerced.

Alejandra se desesperaba.

Probó la seducción contra Gomecillos.

Pero Gomecillos era á prueba de todo.

Sufría porque Alejandra tenía un poder de tentación mayor que lo que Gomecillos hubiera querido.

Pero no se atrevía á ponerse frente á frente del terrible Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Además, sentía Gomecillos por su señor un amor de lealtad, mucho mayor que el amor que podía inspirarle la más hermosa, la más tentadora mujer.

Gomecillos era un buen cancerbero.

Se conmovía.

Pero no se rendía.

Ni aun miraba con interés á Angiolina.

Pero cuando salía de hacerle la visita cuotidiana, al recorrer los sombríos, los pendientes, los ásperos, los tortuosos pasadizos del interior de la roca, empezaba una serie de suspiros, que no terminaban hasta que llegaba delante de su señor, ante el cual aparecía también impasible.

Evitaba que Malespina se apercibiese de que Angiolina le conmovía.

Malespina veía con un placer siniestro que aún equivocándose, á causa del terrible estado de excitación de su cerebro, Marsilla, aunque creyendo ver en Angiolina á Isabel de Segura, Angiolina causaba en él un efecto terrible.

Algunas veces parecía como que Marsilla veía de una manera precisa.

Que reconocía que la mujer que al lado tenía no era Isabel.

Creía sin duda que una amiga de Isabel había quedado á su lado, porque por Isabel la preguntaba.

Entonces se veía cierta expresión de delirio en la mirada profunda que Diego de Marsilla fijaba en Angiolina.

Al fin, á los ocho días de su llegada al castillo de la Cueva, terminó el desorden cerebral de Marsilla.

El peligro había cesado de todo punto.

La razón había vuelto.

El médico, ó como hemos dicho, el curandero de los Compadres, declaró que el enfermo podía dejar el lecho.

Era por la mañana.

Por el abierto ajimez asomaba la clara luz de un día hermosísimo.

Angiolina no había ido todavía aquel día á ver á Marsilla.

En el mismo punto en que el sol, asomando por uno de los picos del Monserrate, penetraba en la cámara, entró en ella, vestida de blanco y resplandeciente de hermosura, Angiolina.

Marsilla, al verla acercarse, la reconoció.

Sonrió y la tendió la mano.

—¡Ah! exclamó: me parece haber salido de un sueño: me siento bien: yo os reconozco, señora; ¿cómo es que estáis aquí, y que yo estoy aquí también? esta no es la hospedería de *Los Tres caballeros negros:* desde ella no se veían esas rocas: mucho me engaño si esas rocas no son las de Monserrate.

Marsilla había ido varias veces en peregrinación á Nuestra Señora de Monserrate.

—Sí, en Monserrate estamos, señor mío, dijo Angiolina.

—¿Y cómo ha podido ser esto? preguntó Marsilla: no recuerdo bien.

—Recordad, dijo Angiolina.

Se había sentado á la cabecera del lecho, y retenía en su mano una mano de Marsilla.

—Tengo la cabeza firme, dijo éste mirando con asombro y con una franca complacencia á Angiolina, y sin embargo, sólo como en un sueño recuerdo que he estado en una gran montería.

—Eso es, dijo Angiolina; vos salisteis hace ocho días de Barcelona con el rey y con una multitud de damas y caballeros: al medio día se os encontró solo y en peligro de muerte, sin sentido, retenido por un espino en el profundo tajo del salto de la *Endemoniada*.

—¡Ah! sí, dijo Marsilla, en el cual parecía se esclarecían sus recuerdos: me obstiné en seguir un ciervo huído, corrí... corrí tras él: el ciervo llegó á una cortadura: la saltó, yo obligué á mi caballo...

—El caballo estaba muerto en el fondo del tajo, respondió Angiolina.

—¿Y quién me salvó?

—Un poderoso personaje.

—¿Cómo se llama?

—Es el Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

—No le conozco.

—Es extraño, porque él ha ido á muchas empresas con el rey.

—He oído hablar de él como de un bravo capitán de aventuras.

—Capitán de aventuras es; pero tiene una gran loa, y priva mucho en la corte.

—¿Y este castillo en que me encuentro es suyo?

—Sí: es el castillo de Malespina.

—He pasado junto á él algunas veces, dijo Marsilla; este castillo se llama también el castillo del Jorobado.

—Sí, y el de la Cueva.

—Se cuentan de él maravillas.

—Sí, dicen que en el fondo del abismo que tiene dentro de su roca, hay una mora encantada: que en él se ven apariciones.

—¡Apariciones! dijo Marsilla, que recordaba á Isabel de Segura, y que creía haberla visto á su lado en aquella misma cámara: pues debe ser verdad, porque yo he creído ver aquí á cierta dama que no podía venir aquí sino como aparición.

—Aquí, don Juan Diego, no ha habido más dama que yo, y esto por una casualidad: porque habéis de saber,

que el señor Gutier de Malespina, Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego, moraba en mi hospedería cuando os encontraron algunos de los suyos que de este castillo se volvían á Barcelona, y os salvaron de una muerte cierta: ellos os trajeron aquí, os socorrieron y luego llevaron la noticia á su Maestre; por éste la supe yo: pedí licencia á mi padre, y me vine aquí á vuestro lado para cuidaros.

—Dios os lo pague, exclamó Marsilla un tanto aturdido y mirando de una manera tierna, á pesar de su amor, á Angiolina: no olvidaré nunca lo que habéis hecho por mí.

Y Marsilla guardó silencio.

Apareció confuso.

Le pareció que en la manera de expresar su agradecimiento á Angiolina, había salido de su alma demasiada ternura.

Él no podía mostrarse interesado por ninguna mujer.

Le parecía que pertenecía completamente á Isabel de Segura su amor.

Que el más leve interés que sintiera por otra mujer era un crimen.

Pero Marsilla estaba muy lejos de ser uno de esos seres mezquinos, en los cuales parece existe una gran fuerza de carácter porque concentran su interés en un solo objeto.

Marsilla no podía, es verdad, sentir por otra mujer el amor que por Isabel sentía.

¿Pero hay un solo amor en el corazón humano?

Ó más bien, ¿puede reducirse á una sola causa, por

grande que ésta sea, la impresionabilidad del espíritu?

Del espíritu era principalmente el amor que Diego Marsilla sentía por Isabel de Segura.

Este amor jamás había hecho sentir á Marsilla un efecto sensual.

Era puro, purísimo, como el de los ángeles.

Tenía mucho de divino.

Por esto era inmenso, inmortal, terrible.

La grandeza de este amor había defendido hasta entónces á Marsilla del otro amor completamente distinto: de la materia.

De la forma.

De la hermosura.

Ya le hemos visto agradarse hasta cierto punto en la torre de Segura, de Alejandra y de Agar, causando unos celos mortales á Isabel de Segura.

Angiolina era mucho más bella, mucho más atractiva, y también más joven que Alejandra y que Agar.

Sus magníficos ojos abarcaban á Marsilla y le embriagaban.

Sentía Marsilla, bajo la mirada tierna y llena de encanto de Angiolina, lo que nunca había sentido por Isabel de Segura.

Y al mismo tiempo que gozaba de un placer desconocido para él, sufría un anticipado remordimiento á la sola idea de que hacía una traición á Isabel.

—¡Ah! si ella supiera, dijo Marsilla, como hablando consigo mismo: pero no, no; ella no podía estar aquí: á no ser que su padre... pero no, no es posible; su padre no hubiera consentido jamás...

—No, dijo tristemente Angiolina: Isabel de Segura no ha estado aquí.

—¿Quién os ha dicho su nombre? exclamó con aturdimiento Marsilla.

—Vos.

—¡Yo!

—Sí, durante vuestro delirio: ¡oh, y cuánto la amáis! Si esa señora os ama de igual manera, seréis un día las criaturas más dichosas de la tierra.

Y Angiolina dijo estas palabras de una manera fácil y segura.

Y por otra parte, sin ser poderosa á evitarlo, miraba de una manera avara y candente á Marsilla.

Él se aturdía más y más.

—Mi esposa ha de ser, según se ha convenido, dijo Marsilla; pero para esto será necesario que yo gane riquezas que no tengo.

—¿Ella os ha puesto esa condición? exclamó con acento seco y breve Angiolina.

—No, respondió vivamente Marsilla: ella no; su padre.

—¡Oh! ¡el avaro viejo! exclamó Angiolina haciendo un gracioso mohín, que no por ser gracioso, dejaba de ser enérgicamente despreciativo.

—Los viejos tienen experiencia, dijo Marsilla.

—Sí, y se les endurece el alma con los años: no ven nada fuera del dinero. ¿Pero vos amáis con toda vuestra alma á esa señora?

—¡Oh, sí, con toda mi alma! respondió con alguna confusión Marsilla.

—¿Y ella os ama del mismo modo?

—Ella me ha jurado ser de Dios si no puede ser mía.

—Pues mirad, dijo Angiolina, volved rico á buscar á esa señora.

—¿Que vuelva rico á buscarla? exclamó sonriendo con amargura Marsilla: ¿y dónde están mis riquezas?

—Os las dará el rey.

—¡El rey!

—Sí; el rey.

—¿Y por qué ha de darme riquezas el rey?

—Porque yo lo quiero, respondió Angiolina.

Y miró de una manera profunda á Marsilla.

Éste se puso pálido como un muerto.

Durante algunos segundos guardó silencio, mirando con ansiedad á la joven.

—¿Y por qué, dijo, el rey me dará riquezas porque vos lo queráis?

—Porque el rey no puede negarme nada.

Y su mirada abarcaba de una manera más profunda, más candente, la mirada de Marsilla.

—¡Que el rey no puede negaros nada!

—No.

—Y bien, dijo con vehemencia Marsilla; yo quiero saber por qué el rey no puede negaros nada.

—¿Y qué os importa? dijo sonriendo de una manera melancólica y amarga Angiolina.

—¡Oh, sí, sí! porque yo os debo mucho: porque yo no quisiera ver en vos...

—Concluid, caballero.

—¡Oh! dejadme... yo no sé lo que digo ni lo que pienso.

—Concluid, os digo, repitió con acento enérgico Angiolina.

—Yo no puedo concluir... vos no sois mi hermana, ni aun siquiera mi parienta.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces, yo, dijo acreciendo en vehemencia Marsilla, os pediría la razón de por qué el rey hace todo lo que vos queréis.

—Y yo os respondería como os respondo:—Porque el rey me ama y de tal manera que mi voluntad es para él una una ley.

Marsilla acreció en palidez y pasó algo terrible por su mirada.

Angiolina observaba con placer todos estos ardimientos, por decirlo así, del alma de Marsilla.

—¿Y vos amáis al rey? dijo al fin Marsilla no pudiendo contenerse.

—Sí, sí, le amo, le amo no sabéis cuánto.

—¿Le amáis?

—Sí; y ya veis, os lo digo tranquila, sin que el rubor encienda mi frente; lo que quiere decir que el amor que el rey me tiene, y el que yo tengo al rey es más puro que el que vos sentís por vuestra Isabel.

—Yo no dudo de vuestra inmaculada pureza, dijo Marsilla: resplandece en vuestros ojos, señora: emana de todo vuestro sér como un perfume embriagador.

Acreció lo intenso de la mirada de Angiolina.

Marsilla se aturdió.

Nunca en los ojos de ninguna mujer, ni aun en los de Isabel, había visto un tal volcán de amor.

Marsilla sentía una fascinación poderosa.

Casi incontrastable.

Se aturdía.

Sentía remordimientos.

Sin embargo, no pudo contenerse.

La terrible, la implacable naturaleza, que no ha establecido en vano sus terribles leyes, sus leyes ineludibles, ejercía sobre él un predominio poderoso por medio de Angiolina.

Ésta alentaba más y más una ardiente esperanza, y esta esperanza más y más la embellecía, más y más la transfiguraba, hasta darle una belleza ideal.

—¿Vos, la hija de un hostelero, exclamó ya sin meditar sus palabras Marsilla, conocéis al rey, el rey os ama, vos le amáis?

—Mirad, dijo sonriendo Angiolina, que no aparezca vuestra Isabel, y os vea, y os oiga, y tenga celos del interés que parecéis tomaros en mis amores con el rey.

Marsilla se aturdió más y más.

Bajó los ojos.

Los alzó luego.

Miró con angustia á Angiolina.

Estaba completamente y á su despecho, y sin que él pudiera darse razón de ello, bajo la influencia de una fascinación irresistible.

—Perdonad, señora, la dijo: tenéis razón: yo no he debido haceros tales preguntas.

—¿Y por qué no? respondió Angiolina: ello es que me

las habéis hecho, y yo quiero responderos: el amor que el rey y yo nos tenemos, no puede ser más puro ni más santo, porque...

—¿Por qué? exclamó con ansia Marsilla.

—No me importa revelaros un gravísimo secreto, respondió Angiolina, porque sois un buen caballero y le guardaréis. El rey es mi padre... yo soy su hija de *ganancia* (1).

—¡Su hija! exclamó Marsilla.

Y se quedó mirando absorto á Angiolina.

Entonces creyó reconocer ciertos rasgos de semejanza entre Angiolina y don Pedro II.

—Señora, dijo, yo no sé qué contestaros, ni qué deciros: perdonadme mis importunidades.

—Yo no veo que tenga nada que perdonaros: yo para el mundo no soy más que la hija del romano Piccolomini, dueño de la hostería de *Los Tres caballeros negros*. Vos, hospedado en mi casa, habéis sido encontrado por gentes de otro de nuestros compadres, en peligro de muerte: yo, que os veía protegido por el rey mi padre; yo, que os estimaba y os estimo por vuestras buenas prendas, he querido venir y he venido á ser vuestra enfermera. Cuidándoos, he conocido por vuestros delirios el amor que sentís por doña Isabel de Segura. Después, vos me habéis dicho que vuestros amores no pueden llegar á ser venturosos sino cuando seáis rico; y yo, porque os estimo y quiero vuestra felicidad, os he dicho: volved rico á Teruel: casaos con vuestra prometida: el rey don Pedro II de Aragón os hará rico.

---

(1) Bastarda.

—¡Ah! ¡no, jamás! exclamó Marsilla: yo os agradezco con toda mi alma vuestra buena voluntad; pero yo no acepto otra riqueza que la que gane con mi espada.

—Por vuestra espada la ganaréis, dijo Angiolina. Pero vos lo habéis ganado ya todo, todo: ¿por qué rehusáis lo que es vuestro? Creedme, id á Teruel: casaos con vuestra Isabel.

Sintió Marsilla no sabemos qué despecho.

¿Por qué aquella soberana beldad, que parecía haber enloquecido por él de amor, le hablaba de una manera tal del amor de otra mujer?

Había en esto algo que Marsilla no comprendía.

Joven, impresionable, ardiente, á pesar de su amor á Isabel de Segura, le enamoraba, de una manera que nosotros no podemos explicar, la hermosura, la frescura, la pasión, el alma, que se revelaban tentadoras, irresistibles para él, y enteramente para él en Angiolina.

Y luego... ¡la hija del rey!

¡Una infanta!

Por más que fuese una infanta bastarda, era al fin infanta.

El hombre vive de la imaginación.

Esto es, de las ilusiones.

Marsilla se asombraba al sentirse por la primera vez enamorado de una mujer, además del amor que prepotente y terrible se alentaba en él por Isabel de Segura.

Angiolina se le brindaba.

Era hermosa, hermosísima.

En cuanto á hermosura, en nada cedía á Isabel.

Era de un tipo diferente.

Pero aquel tipo no podía ser más tentador, más emprendedor, más ardiente.

Había en ella, además, una pureza de todo punto incitante.

A par de esta pureza Angiolina miraba á Marsilla, le sonreía, le hablaba de la misma manera que si Marsilla hubiera sido una parte de su alma.

Como si ella, á solas consigo misma, con su propio espíritu hubiese hablado.

Había, pues, abandono.

Percibía Marsilla bellezas incomparables.

Bellezas que no se le encubrían.

Que no se le disputaban.

Y todo esto á vueltas de un candor admirable, de una dulzura poética y de un amor inmenso.

Se confundía casi el aliento de los dos jóvenes.

Sus miradas se refundían, se mezclaban la una en la otra.

Eran el medio de comunicación de dos almas que se confundían.

Que ardían en un mismo deseo.

Pero aquel deseo no se había contaminado aún con las groseras propensiones de la materia.

El amor en sus principios, cuando es verdaderamente amor, es de todo punto espiritual.

Este amor espiritual tiene, sin embargo, una caricia purísima.

Una caricia universal á todos los amores.

Que lo mismo expresa el amor de los padres y de los hijos, que el de los hermanos, de los amigos, de los amantes.

Esta caricia es el beso.

El beso se produce por sí mismo.

Es una caricia espontánea.

Es el pacto de alianza entre dos almas.

No hay amor, no puede haberlo, cualquiera que sea su género, que no engendre el beso.

En un beso se mezclan dos almas.

Se unen.

Es lo que se concede con más dificultad cuando no se ama.

Los semblantes, las bocas de Angiolina y de Marsilla se unieron.

Se tocaron sus labios.

Se oprimieron mutuamente.

Los alientos se mezclaron, y el espíritu con ellos.

Y así con los ojos cerrados, los labios unidos y alentando el uno en el otro, permanecieron un largo espacio.

Marsilla gemía, sufría y gozaba, como no había gemido, sufrido ni gozado nunca.

Al sentir los húmedos, los trémulos, los ardientes labios de Angiolina, una súbita corriente de fuego había penetrado por su boca y le había abrasado el corazón.

Ella había experimentado una sensación semejante.

Ella había gemido en el gemido de Marsilla.

El pacto estaba hecho.

Aquellas dos almas se habían desposado.

¿Excluía aquel desposorio de amor todo otro desposorio de amor?

En Angiolina sí.

En Marsilla no.

Marsilla no lo sabía esto.

No podía saberlo aún.

Los sucesos enseñan al hombre.

A medida que los sucesos vienen, el hombre comprende que no se comprendía á sí mismo.

La mujer es más impresionable, más consecuente, por lo mismo que la Naturaleza ha dotado á su alma de una sensibilidad mayor y más exquisita que la de la del hombre.

La Naturaleza ha hecho en la mujer á la madre.

En todos los afectos de la mujer hay la vehemencia del amor maternal.

El exclusivismo del amor maternal.

Por eso vemos que en tanto que la mujer ha nacido para un solo amor, si se la debe considerar verdaderamente como mujer, el hombre pasa por un sin número de amores.

¿Es esto porque ellas han sido favorecidas ó perjudicadas por la Naturaleza con la maternidad?

¿Es que por un augusto misterio les ha sido confiada la dignidad y la paz de la familia, y la guía de sus hijos?

¿Ha sido porque la mujer haya nacido predestinada al martirio y al sacrificio?

Pero detengámonos, porque iríamos á dar en consideraciones que pudieran parecer deshonestas, y en consecuencias inmorales.

No se puede hablar de nada libremente y en absoluto, sin combatir ó atacar costumbres y leyes que son de todo punto relativas.

Sin ultrajar lo que llamamos moral pública.

Nos basta con saber que los hechos abonan nuestro aserto; con saber que en tanto que hay innumerables mujeres que viven y mueren para un amor solo, hay muy pocos hombres, que para una sola mujer, que por un solo amor vivan.

¡Y es de tal manera el amor!

¡Tan múltiple en sus manifestaciones!

¡Es, además, tan déspota, tan tirano el hombre!

¡Abusa de tal manera de la fuerza y de las ventajas!

Por eso la mujer buena, la mujer justa, la mujer amante, es inapreciable.

Un tesoro.

El que la encuentra, debe adorarla.

Posponerla á todo, aunque sólo sea por egoísmo.

Porque nadie ni nada ha de ser para él, lo que la mujer que ha nacido para amarle.

¡Pero hay tantos amores!

¡De tanto género!

Podemos asegurar que Isabel de Segura, á pesar de conocer á Marsilla toda su vida, de amarle durante toda su vida, no le amaba más que Angiolina.

Marsilla era muy afortunado.

O por mejor decir, muy desgraciado.

La amaban con una misma intensidad dos mujeres que valían un mundo, un universo.

Ambas tenían para él, aunque por distinta manera, un gran poder de fascinación.

Marsilla se había sentido arrebatado á sensaciones para él desconocidas, por el amor de Angiolina.

Había gozado un cielo, y había sufrido un infierno.

Ni aun en el momento del delirio, de aquel beso terrible, había olvidado á Isabel.

Recordarla, la avergonzaba.

¿Por qué él se agradaba de otra mujer?

¿Por qué la veía aún, la oía, la aspiraba con delicia?

Esto, para Marsilla, era una traición.

Una traición de la que, en su conciencia, se había creído hasta entonces incapaz, y á la cual, sin embargo, sucumbía sin poder defenderse.

Aquel beso había sido la última parte de la entrevista de Angiolina y Marsilla.

Cuando sus bocas se separaron, Angiolina se mostró encendida de un rubor hechicero.

Se levantó de los cojines en que estaba sentada y huyó.

Salió de la cámara.

Esto era más elocuente, más precioso que todo lo que después de aquel beso fatal, inevitable, hubieran podido hablar los dos amantes.

Angiolina, al huir, había obrado como por instinto.

Había infundido un amor terrible en el alma de Marsilla.

Pero á la par ella le había aspirado.

Cuando se encontró sola en su cámara, rompió á llorar.

CAPITULO XXIX

De cómo Marsilla, traído y llevado, iba de sorpresa en sorpresa

Angiolina había concebido grandes esperanzas.

Marsilla había vacilado delante de ella.

Le había fascinado.

Ella hubiera podido triunfar.

Arrastrar á Marsilla á una situación tal, que obligado por su honor, se hubiera visto obligado á unirse á ella.

Pero Angiolina no se satisfacía con esto.

Quería tener el amor entero de Marsilla.

No ser desesperada por los celos.

Era necesario que Marsilla olvidase á Isabel de Segura.

Que no viviese, que no alentase, que no esperase, que no temiese más que por el amor de Angiolina.

Aún no había llegado ese momento, y era necesario procurar que llegase.

Angiolina se valió del Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Le habló aquel mismo día.

—Vos estáis, creo, le dijo, enamorado hasta la locura de esa hermosísima Isabel de Segura.

—No os lo niego, señora, contestó Malespina; pero no aliento esperanza alguna, á no ser que vos enamoraseis de vos, haciéndole olvidar de Isabel de Segura, á Marsilla.

—¡Oh!... exclamó haciendo un gesto de supremo dominio Angiolina: ese hombre es mío: yo puedo hacerle caer á mis pies, enloquecerle, doblegarle á mi voluntad: pero no me basta esto: es necesario que olvide, porque hasta de sus recuerdos tendría yo celos, ó más bien que celos, indignación. Ayudadme, y yo os ayudaré.

—Ya sabéis que podéis disponer de mí hasta de mi vida, dijo Malespina.

—¿Vos podéis llegar cuando queráis hasta Isabel de Segura?

—Sí, señora.

—¿Tenéis algún lugar en que yo pueda vivir oculta cerca de la torre de Segura?

—Sí, señora: no uno, varios.

—Pues bien, señor Gutier de Malespina, estad dispuesto.

—Siempre estoy yo dispuesto á serviros, señora.

—Sabed que sirviéndome lealmente, aventajaréis lo que no os podéis figurar.

—Una inmensa ventaja es para mí la dulce satisfacción de complaceros.

Angiolina, escoltada por algunos de los compadres, se volvió á Barcelona.

Se procuró un traje de trovador.

Se recogió los cabellos y se los cubrió con una peluca.

Se llevó algunos filtros y algunos untos, de los que su padre, que como sabemos era un tanto brujo, poseía.

Se volvió al castillo de Malespina.

Sólo había estado fuera de él algunas horas.

No vió á Marsilla.

El no verle entraba en sus proyectos.

Cuando se envió á Marsilla la comida, Angiolina puso en el vino algunas gotas de uno de los filtros que había llevado consigo.

La misma pócima se dió á Alejandra cuando se la sirvió de comer en su altísimo encierro.

Poco después de haber comido, tanto Marsilla como Alejandra, se adormecieron.

Muy pronto quedaron inmóviles como si hubiesen sido cadáveres.

Malespina había sido advertido.

Todo estaba preparado para la marcha.

Malespina debía acompañar á Angiolina.

Pero disfrazado de juglar.

Muy pocos hombres debían acompañarlos.

Los ballesteros únicamente para guiar las dos literas en que debían ir los aletargados Marsilla y Alejandra.

Los demás compadres debían ir separadamente y llegar cuanto antes á la selva de Segura.

Extenderse por ella y estar á las órdenes de Malespina.

En el camino, que fué por senderos extraviados y caminando de día y de noche, se invirtieron seis días.

Durante el trayecto, Malespina se había visto obligado

alguna vez, para disimular, á dar espectáculos al air elibre en los lugares por donde pasaban, con sus cubiletes y sus trampas, y Angiolina á cantar como trovador, oficio que, como sabemos, no era enteramente nuevo para ella.

Llegaron al fin, de noche, junto á la selva de Segura, á aquel Valle Maldito, á las mismas ruinas en donde en otra ocasión hemos hallado al obispo de Tarragona, á su hermano, don Pedro Ahones, á don Ezequías Ruben y á su hermosa hija Agar.

Aquel valle y aquellas ruinas estaban situados á media legua de la torre de Segura.

Muchas veces Isabel, vagando sola por la selva, había llegado hasta aquel valle.

Había penetrado en aquellas ruinas.

Ignoraba completamente la tradición, que decía que aquel valle, que aquellas ruinas estaban malditas.

En los subterráneos de estas ruinas se había arreglado Malespina una habitación extensa y cómoda.

Le convenía tener guaridas en todas partes.

Muchas veces sus gentes, dejadas sus divisas de Compadres de la Cruz de fuego, y completamente encubiertos, cometían crímenes odiosos, que era necesario ocultar.

De aquí la necesidad de estas guaridas.

Marsilla y Alejandra fueron conducidos á los subterráneos de las ruinas y acomodados en dos lugares distintos.

Aquellos lugares eran cómodos.

Estaban bien amueblados.

Nadie hubiera dicho que formaban parte de los subterráneos de unas antiquísimas ruinas.

No faltaba en ellas más que la luz del día.

En cuanto llegaron, Angiolina hizo volver de su letargo á Alejandra y á Marsilla.

Las cámaras, ó mejor dicho, los lugares en que ambos se encontraban, se comunicaban interiormente.

Marsilla, al volver en sí, se encontró vestido, como lo estaba cuando comió por la última vez en el castillo de Malespina.

Con el vino que se le había servido en aquella comida, se le había aletargado.

Se sentía fuerte.

Pero lleno de una vida terrible.

Examinó el lugar en que se encontraba.

No le reconoció.

¿Cómo estaba allí?

¿Por qué?

Para él era como un vago sueño todo lo que por él había pasado anteriormente.

Sus recuerdos se confundían.

No recordaba perfectamente más que lo que había sentido, antes de caer por el tajo de la *Endemoniada*.

Desde este punto, todo era vago para él.

El nuevo filtro había exacerbado sus nervios y dificultaba sus recuerdos.

No se acordaba de la conversación que había tenido con Angiolina, ni de aquel beso supremo ni aún de haberla visto.

Pero sentía en el alma la inmensa necesidad, la inmensa hambre de una mujer soñada.

Y esto sin haber amenguado ni de la manera más leve su amor á Isabel.

Podía decirse que en aquellos momentos Marsilla experimentaba los resultados de una especie de locura.

Lo mismo acontecía á Alejandra.

No sabía darse razón de lo que la acontecía.

Pero ardía viva en su corazón, en su imaginación, en su voluntad violenta, la adorada imagen de Marsilla.

Éste se levantó del lecho en que se le había puesto.

Sentía una vaga ansiedad de reconocer el lugar en que se encontraba.

Al llegar á la puerta de aquella cámara que estaba completamente entapizada, retrocedió y lanzó un grito de sorpresa.

Había visto de repente ante sí á Alejandra.

La había reconocido.

CAPITULO XXX

En que suceden cosas de difícil explicación

Nada comparable á la sorpresa que se apoderó de ambos jovenes.

Marsilla sólo conservaba un vago recuerdo de Alejandra.

Recuerdo que no tenía bastante fuerza para que la reconociese en el estado de postración en que se encontraba.

Pero ella le reconoció perfectamente.

Alejandra era hermosísima.

A más de esto, para ir á encontrar á Marsilla á la cueva de Montjuich, se había ataviado de una manera espléndida.

Con una riqueza infinita.

Con un gusto exquisito.

Sobre su atavío se había puesto su ropón y su capuz rojos y negros.

De aquel ropón y de aquel capuz había sido despojada.

Pero la quedaban todas sus galas.

Todas sus joyas.

Las aldeanas que se la habían puesto al lado como doncellas, la habían servido bien.

Marsilla, al ver de improviso ante sí una tal y tan grande hermosura, había retrocedido.

Ella había experimentado una delicia inefable.

Una sorpresa incomprensible.

¿Cómo era que se le había conducido allí?

¿Que allí se le permitía encontrarse con el hombre de sus sueños?

Alejandra y Marsilla, aunque habían estado durante algunas horas juntos en la torre de Segura, no habían hablado ni una sola palabra.

Se habían mirado á hurtadillas.

Ya dijimos que, tanto las miradas de Alejandra como las de Agar, habían encantado un tanto á Marsilla, á pesar de ser esclavo de Isabel de Segura.

Hemos explicado ya este fenómeno.

La inconmensurabilidad del sentimiento del hombre, sino para el amor, para el deseo.

Y hay que añadir que siempre, ó casi siempre, el deseo, tanto para el hombre como para la mujer, toma la forma del amor.

Por algún tiempo ambos jóvenes permanecieron el uno frente al otro, y mirándose sorprendidos.

Ella se comía con los ojos, esta es la expresión, á Marsilla, ni más ni menos que como durante toda su vida se le había comido Isabel, y como se le había comido Angiolina.

Al fin, ella la primera, porque siempre la mujer es la primera en rehacerse, dijo:

—¿Cómo es que os encuentro aquí, señor don Juan Diego Garcés de Marsilla? ¿Así tratáis á vuestros buenos amigos? ¿Creéis que no hay más medios que arrebatarlos, que aislarlos, que traerles de acá para allá para tratarles? ¿qué os hice yo? ¿en qué os ofendí? ¿qué os quité, ó que os concedí? Pues ni en nada os he ofendido, ni podido ofenderos, ni nada he podido concederos ó negaros, ¿por qué me hacéis vuestra cautiva?

Alejandra había llegado á creer, al ver de improviso ante sí á Marsilla, que él era quien la había arrebatado de la cueva de Montjuich y la había conducido á la prisión en que se había encontrado: que él, en fin, la tenía en aquel nuevo lugar.

—A fe que no os comprendo, señora, ni sé lo que queréis decirme, respondió asombrado Marsilla: si á vos os traen y os llevan, yo también soy traído y llevado.

—¡Cómo! exclamó Alejandra: pues qué, ¿no estáis aquí por vuestra voluntad?

—Por nada menos que por eso, respondió Marsilla; pero vos, señora, me habéis llamado por mi nombre, señal clara de que me conocéis, y yo no os conozco, aunque tengo el recuerdo confuso, así, como un sueño, de haberos visto en otra parte.

—Muy olvidadizo sois, dijo con un despecho mal encubierto Alejandra. Nos hemos visto, y por cierto no hace mucho tiempo, en el noble solar de don Pedro de Segura, ricohombre de Teruel: yo soy doña Alejandra de Aytona, señora de Aytona.

Angiolina escuchaba oculta toda esta conversación.

Vió que Marsilla se fascinaba ante Alejandra, de la misma manera que se había fascinado ante ella.

Aquella fascinación no podía ser amor.

Amor no podía, pues, haber sido lo que Marsilla había mostrado por ella.

Tal vez tampoco era amor lo que sentía por Isabel de Segura.

Angiolina era toda esperanzas, dudas, celos, amor.

Experimentaba de cuantas maneras la era posible, á Marsilla, y al mismo tiempo conspiraba contra él.

Las conspiraciones han sido de todos los tiempos, y se han puesto en juego para satisfacer todas las ambiciones.

El halago de la belleza candente y conmovedora acumulada en Alejandra, perturbaba á Marsilla, como le había perturbado y desvanecido la de Angiolina.

Marsilla se iba deslumbrando.

¿Qué importaba esto?

¿Qué tenía esto que ver con aquel intenso, con aquel profundísimo amor del alma que sentía por su Isabel?

¿Por qué rechazar el amor y la hermosura cuando aún no tenía deberes que cumplir?

Y sobre todo, ¿qué importaba esto, en aquellos tiempos en que las mancebas y aún las barraganas eran recibidas por doquier, y por todas partes se encontraban nobles bastardos reconocidos por padres ilustrísimos, y aún por prepotísimos reyes?

—Perdonadme, señora, dijo Marsilla tomando de la mano á Alejandra, y llevándola hasta unos almohadones en los cuales la sentó, si en el primer momento no os he

reconocido. En efecto, juntos hemos estado en la torre de Segura.

—Pero jamás hemos hablado.

—Yo creo que sí, dijo Marsilla, que como hemos dicho ya iba reconcentrándose: yo creo que hemos hablado con los ojos.

Se enrojeció Alejandra.

Bajó los ojos.

Permaneció por algunos momentos pudorosa y confusa.

Pero al fin haciendo un esfuerzo, dijo:

—Yo creía, y creo aún, que en la torre de Segura, don Juan Diego, vos no tuvisteis ni ojos, ni palabras, ni alma, más que para una mujer.

—Es verdad, señora, dijo Marsilla; para mi prometida, si es que llego antes del plazo prefijado, y con oro bastante para que en posesión me la concedan; pero por más que ya sólo tenía ojos y corazón para Isabel, había algo en vos que me atraía, que me hacía penar.

—Yo creo que eso mismo experimentabais por doña Agar de Moratilla, señora de Mora.

Recapacitó un momento Marsilla y luego dijo:

—En verdad, señora, que sí; que doña Agar tenía para mí algo que yo no podía ni aún puedo explicarme.

—Es decir, exclamó con despecho Alejandra, é hiriendo de una manera nerviosa con el pequeño pie en el pavimento, que para vos todas las mujeres tienen algo por lo que merecen que vos las améis, aunque no sea más que con el cariño de hermano.

—Yo no sé por qué me miráis de una manera tan airada, señora, dijo Marsilla, que aunque no era simple, se

encontraba en los principios de la campaña de amor, y no conocía aún bien á las mujeres.

—Digo esto, respondió poniéndose mucho más encendida Alejandra, y haciendo un nuevo y poderoso esfuerzo, porque ya tiene todo lo que podía desear para desesperarse la mujer que os ame, porque siempre encontraréis en todas razones para amarlas. ¿Pero por qué os digo yo esto? ¿á qué viene esto, si vos no me amáis ni yo os amo? ¿si ambos no podemos ser otra cosa que dos buenos amigos? Pero es necesario que me expliquéis por qué estoy aquí, á la merced yo no sé de quién?

—Eso sería lo mismo que pedirme que yo me explique también por qué en este lugar me encuentro, y junto á vos, y qué es lo que de mí se quiere.

—¿No lo sabéis?

—No.

—¿Por vuestro honor?

—¡Por mi honor y por mi alma!

—¿Creéis que se haya podido tener un interés en reunirnos?

—No sé quién pueda tener ese interés.

—¿Cómo no? ¿pues no sabe todo el mundo que don Rodrigo de Azagra ama á Isabel de Segura; que si vos, dentro de un cierto tiempo, no volvéis con una cierta fortuna, don Rodrigo se casará con doña Isabel? ¿Y no creéis vos que don Rodrigo tiene sin duda un gran interés en que vos, apartado de doña Isabel, busquéis á otra, y á otras, y que enamorado grandemente de alguna, de doña Isabel os olvidéis?

—¡Ah! ¡triste de mí! exclamó Marsilla exhalando una

gran exclamación, que bien puede ser eso que vos decís.

Angiolina, que escuchaba, sintió un movimiento de despecho.

No esperaba que la conversación de Alejandra y de Marsilla pudiera tomar un tal rumbo.

La observación de Alejandra podía hacer creer á Marsilla que ella era una agente de don Rodrigo de Azagra.

Que no amaba á Marsilla.

Que todo lo que le había contado, respecto á ser hija del rey, aunque por bastardía, era una farsa.

Esto era lo mismo que poner con ella en hostilidad á Marsilla.

Que empeñarle más por Isabel de Segura, si era hombre que pudiese empeñarse más.

Angiolina siguió escuchando.

—Bien puede ser, dijo Marsilla, y preciso es convenir en que el plan está bien urdido: se me han arrojado, se me arrojan enemigos terribles.

—¿Es decir que á mí me consideráis una terrible enemiga?

—Hay en vos, señora, dijo Marsilla, algo que no puedo explicarme: algo que atrae: pero sí; esto es vuestra hermosura y el alma que por los ojos se os sale.

—Ved lo que decís, don Juan Diego, dijo Alejandra, porque un tan gran caballero como vos no debe dar en indignidades.

—¿Y en qué indignidad creéis que doy yo, señora? dijo Marsilla.

—Cuando un hombre honrado no puede hacer su esposa á una noble doncella, no la debe enamorar.

Alejandra, que estaba locamente enamorada de Marsilla, aprovechaba la ocasión y estrechaba la distancia.

Angiolina temblaba, presa de no sabemos qué emoción, desde su acechadero.

¿Se habría ella enamorado de un hombre indigno de ser amado?

¿O era que aquel hombre era como todos, no el bello ideal que ella se había figurado, y tenía dos amores, el del alma y el de los sentidos?

—Y bien, dijo Angiolina; si eso es así, no importa: él me amará con toda su voluntad; él olvidará por mí á la mujer de su alma, y á las mujeres de su deseo: ¡oh! ¡sí! ¡yo lo quiero, y será, porque yo lo quiero!

Esto da la norma de la fe que tenía en su fuerza de voluntad Angiolina.

Sin embargo, la fuerza de voluntad sirve de muy poco.

Engaña á los que la tienen.

Se triunfa de lo fácil.

Pero no se triunfa de lo imposible.

Querer no es poder.

La humanidad ha aceptado sin conciencia una multitud de viejos errores vulgares, sólo porque están representados por una frase halagadora.

El vulgo, que es de todos los tiempos y de todas las clases, se apasiona de lo que miente y de lo que duda.

—Así, señora mía, dijo Marsilla, yo no sé lo que por mí pasa: yo no me comprendo, no puedo comprenderme.

Y era que Marsilla tenía ante sí á Alejandra tal cual era, tal como en aquel momento sentía y pensaba, tal

como aparecía ataviada, con todas las seducciones del amor de la juventud, de la hermosura, de la pureza y de la riqueza.

En aquel momento se abrió una puerta y entró un enmascarado.

Marsilla se puso violentamente de pie.

—¿Qué queréis? dijo.

—Vengo, noble señora, noble señor, respondió el enmascarado, á preguntaros si queréis que se os sirva la comida.

—Verdaderamente que se nos trata muy bien, dijo Alejandra: y que tengo apetito: ¿le tenéis vos, don Juan Diego?

—Sí, en verdad, dijo éste.

—Pues bien, servidnos, dijo Alejandra.

El encubierto se retiró.

—Pues mirad, dijo Alejandra, si don Rodrigo de Azagra es quien en su poder nos tiene, hay que confesar que nos trata á cuerpo de rey, salvo que nos ofende, y ejerce contra nosotros tiranía y traición, privándonos de nuestra libertad.

—Yo os juro, señora, dijo Marsilla, que esto no durará mucho tiempo: yo os libertaré y me libertaré de esta tiranía á que se nos sujeta: y si el que á tanto se atreve es don Rodrigo de Azagra, me alegraré, porque me habrá dado causa y razón para romper el pleito homenaje que he pactado, de no combatirme con él por causa de nuestro común empeño por doña Isabel de Segura.

Volvió á entrar en aquel punto el enmascarado.

Le seguían otros cuatro que conducían una grande y

pesada mesa, cubierta por un mantel blanquísimo y por una rica vajilla, y en la que aparecían servidos multitud de manjares.

No faltaba nada á aquel servicio.

Dos candelabros cargados de velas encendidas y que sobre la mesa venían, producían una fuerte luz.

Los encubiertos pusieron la mesa en el centro de aquel espacio.

El que parecía jefe de ellos empezó á hacer su oficio de mayordomo.

Tenía una varita negra con cabos de plata en las manos.

Con aquella varita dió tres golpes en el borde de la mesa.

Acudieron pajes con aguamaniles.

Lavádose que hubieron las manos Alejandra y Marsilla, otros pajes les pusieron, junto á la mesa, cojines.

Los pajes estaban también encubiertos.

CAPÍTULO XXXI

En que se ve hasta qué punto era acertada la conducta de Angiolina respecto á Marsilla

De nada que fuese importante podían hablar delante de aquella servidumbre los dos jóvenes.

Comían, pues, y callaban, y sólo hacían alguna observación acerca de los manjares y de los vinos, que eran exquisitos.

A Marsilla, desde que Alejandra le había hecho pensar en que don Rodrigo de Azagra podía ser el que se había apoderado de ellos, se le iba una tentación y otra se le venía de acometer á aquellos enmascarados, sin otras armas que uno de los cuchillos de la mesa.

Pero esto era una temeridad, y Marsilla se contenía.

Ambos jóvenes necesitaban quedarse en libertad de hablar.

Así es que apenas comieron aquello de que tenían necesidad dieron por terminada la comida.

Se les sirvieron de nuevo los aguamaniles.

Se levantó la mesa.

Se retiraron todos aquellos negros y mudos servidores.

Quedaron de nuevo solos.

—¿Qué se quiere de nosotros? exclamó con despecho Alejandra: se nos ofende de una manera gravísima: á no ser que seáis vos el autor de todo esto y yo la sola ofendida... pero no, no; vos sois pobre, muy pobre: se nos ha servido con una grande ostentación; si vos tuvierais tanto como para esto se necesita, os hubierais casado con vuestra Isabel.

Alejandra aparecía extraordinariamente excitada.

La temblaban las mejillas.

La lanzaban llamas los ojos.

Se agitaba su seno.

Miraba con un amor inmenso á Marsilla, que se creía presa de un sueño.

Y Angiolina seguía observando.

—¡Oh, sí, sí! decía en su exaltación Angiolina: veremos; yo romperé vuestro amor; pero es necesario que la hermosa Isabel, sepa, y no sólo sepa, sino que vea lo que puede fiar en el amor de su Marsilla.

—Yo no he podido haceros traición, dijo Marsilla, porque no puedo hacer traición á nadie, y mucho menos podría, tratándose de una dama tal como vos.

—Sin embargo, vos contestasteis á una carta mía, dijo Alejandra poniéndose vivamente encendida.

—¡A una carta vuestra!

—Sí; á una carta mía que yo misma dejé en vuestro aposento de la hospedería: si por esto habéis pensado mal de mí, no sigáis pensándolo: era que yo os amaba... es que yo os amo, es que vos sois mi primero y mi único amor, el solo amor que tendré, porque no es posible que yo ame á otro.

Indudablemente Alejandra había llegado á algo semejante á la locura.

Marsilla se sorprendió.

Respondió, sin embargo, como debía responder.

—¡Oh! gracias, señora mía, gracias: yo también os amo.

No podía ser de otra manera la contestación.

Y en fin, que nada perdía por esto su Isabel.

Era necesario aceptar la vida tal como la vida se presentaba.

¡Y Angiolina!...

Marsilla estaba aturdido.

Sentía por Angiolina, á quien había recordado súbitamente, algo intenso.

Algo que iba más allá del amor de los sentidos.

Y empezaba á sentir por Alejandra algo que le perdía en un delirio casi divino.

El buen mozo se veía disputado, querido, metido en aventuras candentes.

Era joven.

Apasionado.

El amor empezaba á darle lecciones.

Y aquellas lecciones fructificaban en él.

No podía ser de otro modo.

La tentación le rodeaba por todas partes.

Pero siempre resplandecía en su memoria, pura y hermosísima, con la apariencia de un ángel, de un ser divino, Isabel.

Marsilla se dejaba arrastrar por la tentación.

Pero Isabel se ponía entre la tentación y entre él como un ángel guardián.

Cuando más distraído, cuando más preocupado se encontraba con aquellos amores que le acometían, le sobrevenía un estremecimiento.

Sentía no sabemos qué dolor en su corazón.

Se acordaba de Isabel de Segura.

Entonces la fascinación que le causaba la beldad que ante sí tenía parecía como que se desvanecía.

Venía á reducirse á un hermoso sueño, cuyas imágenes se indeterminan y se borran al despertar.

Y se recrudecía su amor por Isabel.

Era esto una alternativa dolorosa.

La materia estaba en lucha con el espíritu en Marsilla.

El hombre es un conjunto terrible, mitad luz, mitad sombra.

Una pequeñísima parte de divino en una gran cantidad de humano.

Una servidumbre formada, por decirlo así, á todas las influencias.

Una masa sensible.

Una organización sujeta á leyes invariables.

Y sobre todo esto lo absoluto de la conciencia del espíritu, si es que puede haber algo de absoluto en la criatura.

La conciencia, que es el misterio.

La conciencia, que es el eterno tormento.

La memoria, auxiliar de la conciencia, que es la expiación de culpas que hemos cometido, obligados por influencias superiores en su fuerza de acción á nuestra fuerza de resistencia.

La conciencia que nos dice: No hagas esto: la razón fría que responde: No puedes dejar de hacerlo.

El conocimiento de nuestra debilidad, de nuestra imperfección, de nuestra esclavitud.

La duda siempre aturdiéndonos.

La verdad que entrevemos espantándonos.

La enfermedad del cuerpo y la del alma suspendidas siempre sobre nuestro ser.

Una existencia de afán, de dolores, de desesperación.

Un átomo de placer diluído en un océano de amargura.

La locura por único consuelo.

La vaguedad por única esperanza.

Hé aquí la existencia de ese ser privilegiado hecho á imagen y semejanza de su Dios.

Angiolina había sido terrible.

Había reunido aquellos dos seres.

Los había obligado á la locura, al olvido de todo.

Angiolina contaba con la irresistible tentación del pensamiento, de la voluntad, del amor y de la hermosura de Alejandra.

Era necesario que Isabel de Segura se viese no sólo olvidada sino injuriada.

Que lo creyese á lo menos.

Angiolina había desaparecido completamente.

Marsilla y Alejandra estaban de todo punto en una situación fantástica.

No podían salir del lugar donde se les había encerrado.

Fuertes puertas lo impedían.

Nada faltaba en el retrete que los contenía de lo que exigían el lujo y la comodidad en aquellos tiempos.

Al más leve llamamiento, á la menor indicación, se presentaban sumisos y hábiles servidores, aunque todos encubiertos y mudos.

No había medio de hacerles hablar.

No se les podía obligar.

Hubiera sido una insensatez.

Marsilla hubiera sido abrumado por el número.

Sujeto.

Reducido á la impotencia.

Toda tentativa de evasión hubiera sido inútil.

Por lo tanto. Marsilla se sometía.

Había momentos en que se creía sujeto á un encantamiento.

Estas ideas eran muy de aquellos tiempos.

En medio de esto, incesantemente sentía junto á sí los no menos poderosos encantos de la hechicera, de la enamorada Alejandra.

Angiolina había buscado, buscaba la provocación del sentimiento de Marsilla.

Angiolina le había adivinado.

Marsilla, á sus veinticuatro años, era en amor tan inocente como un niño.

Aquel amor del espíritu, que sentía por Isabel de Segura, había absorbido su existencia.

Había creado en él una especie de culto.

Desde muy joven había ido á la guerra, primero con

su padre, cuando el buen don Martín podía sufrir aún el peso de las armas y regir un corcel de batalla.

Había educado á su hijo para que fuese un caballero sin miedo y sin tacha, y lo había conseguido.

Cuando don Martín de Marsilla no pudo ya por sus achaques acompañar á la guerra á su hijo, pidió para él al Concejo de la villa de Teruel, á su obispo, á su ricohombre, el orden de la caballería.

Marsilla fué armado caballero cuando aún no contaba veinte años.

Ofició en la ceremonia religiosa el obispo.

Le apadrinó el Concejo de la villa.

El ricohombre de Teruel, don Pedro de Segura, le dió el espaldarazo y el ósculo.

Doña Margarita, esposa de don Pedro, le ciñó la espada.

Isabel, su adorada Isabel, le calzó las espuelas y fué la reina de la justa que tuvo lugar en honor del nuevo caballero, y en la que éste, por su fuerza y su destreza tanto en la equitación como en el manejo de las armas, demostró que merecía la alta orden de la caballería de que acababa de ser investido.

Desde aquel punto, en dos veces que salió á campaña Marsilla, fué solo, acompañado únicamente de su escudero Galcerán.

Aunque no era rico, sino que más bien debía considerársele pobre, mediante las economías y las privaciones de su padre, y con sus propias economías, podía sostener dignamente su estado y vestir galas que, aunque sencillas, sentaban muy bien á su natural belleza.

Podía considerarse á Marsilla como á uno de los caba-

lleros más galanes, más entendidos, más bizarros y más elegantes de su tiempo.

Más de una espléndida beldad había suspirado por él.

Más de un amor obstinado le había acechado.

Más de una incitante aventura le había acometido.

Sin embargo, Marsilla, dueño de sus acciones, en completa libertad, lleno el pensamiento y el corazón por su Isabel, había resistido todas las tentaciones con notable facilidad.

Lo repetimos.

Se había hecho una religión del amor de Isabel de Segura.

Pero se encontraba en circunstancias completamente distintas.

Una mujer poderosa, para la protección omnímoda que la dispensaba el rey, Angiolina, se había enamorado de él y con la fuerza incontrastable de un amor ardiente que yacía mucho tiempo oculto y poderoso en el fondo de su alma sin encontrar un ser en que refundirse con un amor semejante al suyo.

Al ver á Marsilla, el amor de Angiolina, como si sólo hubiera esperado aquel momento, se había desbordado.

Pero había encontrado insensible al hombre de su amor por el amor de otra.

De aquí el terrible empeño de Angiolina.

Ella era pura de cuerpo y de alma.

Pero lo sabía todo.

Su supuesto padre se había visto reducido por su miseria, á andar de acá para allá, halagando en todas partes á la multitud para ganar un pedazo de pan.

Angiolina, pues, sin haber tomado verdaderamente parte en la vida, conocía la vida.

Había comprendido á Marsilla.

Marsilla, como ella, y tal vez como Isabel de Segura, era todo espíritu.

Pero era también materia.

Por consecuencia, Angiolina había encendido á todo trance una guerra con Marsilla, en que debían ser acometidos á la par, y con una igual fuerza, su materia y su espíritu.

Y si se tiene en cuenta las perturbaciones por las cuales el espíritu de Marsilla había pasado, la sobrexcitación que aún en él duraba, y su secuestro al lado de una criatura tan bella, tan enamorada, tan incentiva, tan voluptuosa, tan espiritual y tan sensual á un tiempo como Alejandra, se comprenderá cuán acertada había estado en la elección de sus medios para combatir el alma y el cuerpo, el ser entero de Marsilla, Angiolina.

Ella no hubiera podido ser un instrumento de prueba tan eficaz como Alejandra.

En Angiolina había aparecido siempre la mujer enamorada, rica y voluntariosa, que ejercía la tiranía sobre un hombre enérgico, que por más que vacilase debía resistir contra la tiranía de que era víctima.

Pero Alejandra era otro ser violentado, secuestrado, anulado, colocado á merced de un poder superior, en unas circunstancias de todo punto insuperables.

CAPÍTULO XXXII

De como los proyectos de Angiolina iban dando un resultado preciso

Isabel de Segura, que no vivía sino para su amor, que ya en él había probado la amargura de los celos, lo cual la había sublimado, no dejaba un solo día de salir de la torre de Segura, para ir á visitar á los pobres de las cercanías, según su costumbre, sino cuando el mal estado de la atmósfera lo impedía.

Generalmente iba acompañada de alguna vieja criada.

Pero esta criada se cansaba.

Se quedaba en alguna de las primeras cabañas que visitaba su señora, y ésta seguía sola la visita de las otras cabañas, paseando luego algún tiempo por alguno de los costados de la selva.

Siempre encontraba algún montero libre.

O lo que era lo mismo, algún compadre de la Cruz de fuego, que la daba noticias de Marsilla.

Gutier de Malespina había establecido una comunicación diaria.

Las noticias pasaban de una parte á otra sin interrupción.

Isabel sabía lo que era de Marsilla.

Recibía estas noticias en cartas que la enviaba Gutier de Malespina.

Después de leer estas cartas Isabel las quemaba.

Algunas de ellas se libraban del fuego.

Estas cartas, para Isabel, eran de Marsilla.

Marsilla no las había escrito.

Pero Malespina había hecho falsificar de tal manera la escritura de Marsilla, que por de éste tenía las cartas que recibía como suyas, Isabel.

Estas cartas eran más trascendentales que lo que parecía.

Se la encogía el alma, cuando las leía, á Isabel.

No encontraba en ellas el espíritu de Marsilla.

Eran demasiado lacónicas.

Parecía que no se habían escrito más que para cumplir con un deber.

Que grandes distracciones impedían á Marsilla ser más largo, más tierno, más enamorado.

La mujer tiene una sensibilidad exquisita.

Y cuando la mujer ama, su sensibilidad, la delicadeza de su percepción, acrecen por el amor.

Esta sensibilidad de la mujer enamorada llega á veces hasta la adivinación.

Es maravillosa.

Isabel, lo repetimos, no reconocía á su Diego en

las cartas falsas que recibía, y que ella creía suyas.

Tan perfecta era la falsificación.

Aquellas cartas la llenaban de temores, la hablaban de esperanzas, de desesperaciones, de amor eterno.

Pero estas frases enamoradas no persuadían á Isabel.

No tenían la elocuencia indudable del espíritu del amor.

Resaltaba su afectación.

Isabel, aunque celosa, temerosa y resentida, contestaba á estas cartas.

Pero también de una manera lacónica y violenta.

Si Marsilla hubiera recibido estas cartas, habría juzgado de ellas como juzgaba Isabel de las que creía suyas.

Se pretendía, por dos amores desesperados é irritados que se habían aliado para ayudarse mutuamente, el de Angiolina por Marsilla, y el de Malespina por Isabel, que los amores de éstos fuesen perturbados, puestos á prueba, y á una prueba decisiva.

Era necesario que Isabel y Marsilla rompiesen un día de una manera definitiva.

Se había usado de todos los medios.

Aún de los más terribles.

Marsilla estaba en batalla y sin fuerzas bastantes para resistir al enemigo que se le había puesto enfrente.

La fascinación inevitable que le causaban el amor y la hermosura de Alejandra, su encuentro con ella, y la continua permanencia á su lado, habían causado en Marsilla una especie de hechizo.

Luchaba en él el amor de Isabel.

Le defendía.

Pero Isabel estaba muy lejos.

Nada sabía de ella.

Temía, dudaba, vacilaba.

Una larga ausencia...

¿Quién sabía lo que podía sobrevenir?

Él se estremecía ante el encanto de otra mujer.

Ella podía vacilar también por el amor de otro hombre...

Don Rodrigo de Azagra era bello, altivo, poderoso, riquísimo, enamorado.

Cuando vacilamos en nuestra fe, creemos á aquellos á quienes amamos susceptibles y aun capaces de vacilar en la suya.

No podemos conceder á otros virtudes que nosotros no tenemos.

El egoísmo, el amor propio, nos engañan.

Marsilla carecía completamente de experiencia.

No hacía las distinciones del amor.

No podía hacerlas.

Alejandra, á pesar de Isabel y del profundo amor que por ella sentía Marsilla, fascinaba á éste más y más.

Marsilla era un modelo de caballeros.

No comprendía que él pudiese tener nada de común en el amor, con una mujer que no fuese su esposa.

La teoría del honor vivía en él virgen.

El honor no era para él una vana frase.

Y aumentaba la fascinación por Alejandra.

Ella, muy diferente de él, enamorada hasta el delirio, capaz de arrostrarlo todo, de sufrirlo todo por su amor,

la embriagaba con cuantas ternezas el amor tiene en sí mismo y por sí mismo produce.

La mirada, la sonrisa, el acento, la solicitud, el desvarío perpetuo de Alejandra por Marsilla, se infiltraban en el alma y en el ser entero de éste, le enlanguidecían, le hacían gozar y sentir lo que no había gozado ni sentido nunca.

Alejandra se llamaba su hermana.

Pero era aquella una hermana demasiado peligrosa.

Una hermana demasiado insinuante, demasiado candente.

Demasiado rica de cuantas seducciones puede tener una mujer respecto á un hombre.

Y pasaban los días sin medida.

Allí no podía contarse el tiempo.

El sol no aparecía ni se ocultaba para aquellos dos seres colocados en una situación tan excepcional.

Se les servía, sin que nada, ni aun lo más delicado, faltase al servicio.

Marsilla había comenzado á rebelarse contra la tiranía que le privaba de su libertad.

Sobre ser temeraria la lucha, porque no podía traer á Marsilla más que el vencimiento, de instante en instante iba pareciéndole más grata su soledad al lado de Alejandra.

La embriaguez había llegado y no podía cesar.

Porque no cesaba la corriente del licor embriagador.

Aquello era un dulcísimo infierno.

La razón de ambos jóvenes se perturbaba más y más.

La obra de Angiolina había producido al fin sus precisos, sus necesarios resultados.

San Antonio, el de las tentaciones, no había sido combatido de una manera tan poderosa.

Apenas por su delirio, que podía considerarse como una enfermedad que se había hecho contraer á Marsilla, éste se encontró por su honor, por su conciencia, y aun por cierto amor harto diferente del que sentía por Isabel de Segura, esposo de Alejandra, cayó en una postración terrible.

No había medio.

No se pertenecía.

Había contraído unos sagrados esponsales con Alejandra ante Dios, ante su honor, ante su conciencia.

Isabel de Segura era ya para él imposible.

Él no podía faltar á las obligaciones que había contraído por Alejandra.

La terrible Angiolina veía al fin un resultado positivo de su obra.

Era necesario seguir el camino.

Esperar.

La esperanza se presentaba muy remota.

Angiolina contaba con las vicisitudes de la vida.

Era necesario que como Isabel se había hecho imposible para Marsilla, Marsilla se hiciese imposible para Isabel.

Marsilla se había unido á una mujer.

Era necesario que Isabel se uniese á un hombe.

Para esto, que se desesperase.

Que renunciase á su amor.

Que despreciase á Marsilla.

Que por su desprecio le olvidase.

Angiolina se preparó para la segunda jornada de su tragicomedia de intriga.

CAPITULO XXXIII

En que el autor se pierde en un maremagnum de pensamientos, que ni son filosofía ni dejan de serlo, ni conducen á otra cosa que á decir que es bueno tener fe en Dios.

Angiolina conocía demasiado el corazón humano.

Su vida de miseria, de afán, de trabajo, de vagancia durante los años en que se había formado su razón, había sido para ella, que era extraordinariamente inteligente y precoz, una enseñanza que, joven aún, porque apenas si contaba los veinte años, la había llevado á una gran madurez de juicio.

La criatura humana no es el cuerpo; es el alma.

El alma es la vida.

Cuando el sentimiento se entorpece, le sucede el idiotismo.

Cuando cesa el sentimiento, se hace la muerte.

Esto es: el no ser.

La cesación de la actividad del espíritu es la muerte.

La vida es el alma.

La materia no es otra cosa que el *medium* del espíritu.

El alma no tiene edad.

Así es que encontráis, espiritualmente hablando, el niño en el viejo.

El viejo en el joven.

La virilidad en la mujer.

La afeminación en el hombre.

Todas cuantas combinaciones del sentimiento, de la reflexión y de la acción son dables en el ser humano.

Tal hay que recorre toda la escala del sentimiento en muy pocos años.

Tal que muere viejo, sin haber vivido más que de una manera incompleta.

Lo repetimos.

Jesús lo dijo:

El hombre no es el cuerpo.

Es el alma.

Y nosotros decimos, y lo han dicho muchos antes que nosotros, y lo dice y lo dirá todo el que piense:

El alma no tiene edad.

El alma no tiene sexo.

El alma es infinita en sus manifestaciones.

Está en relación con lo perecedero y con lo inmortal.

Es la mortalidad en la inmortalidad.

Lo relativo en lo absoluto.

Lo finito en lo infinito.

Por eso no se puede reducir á límites la actividad del espíritu.

No puede desconocerse que si la materia influye sobre él, él influye sobre la materia.

Que de estas influencias contrarias nacen todos los fenómenos de la actividad humana.

Todo, en ese conjunto que se llama ser humano, tiene un oficio, por decirlo así.

Un objeto á que llegar.

Un destino que cumplir.

Y todo dentro de la materia.

Esto es: de lo terreno.

De lo inevitable.

De lo fatal.

Y de aquí la idea, ó mejor dicho, la manifestación de la divinidad omnisciente y omnipotente, viviente y activa por las leyes de su propia naturaleza.

De aquí lo divino en lo humano, y lo humano en lo divino.

De aquí eso que los filósofos antiguos llaman ideas innatas, ó lo que es lo mismo, actividad en sí mismos y por sí mismos; y los modernos, sentimiento inconsciente en el ser.

El sentimiento intuitivo.

Una parte de lo absoluto del sentimiento en el ser finito, dominado por la ley de relaciones.

Cuando hay que presentar la manifestación verdadera de la actividad humana, es de todo punto necesario apelar á la filosofía para explicar fenómenos que están fuera y muy lejos de las concepciones vulgares.

Se habla de la sublimidad del amor, y no se sabe lo que se entiende por amor.

En vano se pretende definirle.

En nuestras numerosas obras hemos pretendido demostrar la acción y la reacción del amor, y nunca hemos quedado satisfechos.

Es una idea de tal manera compleja la del amor; son tan diversas, tan múltiples, tan variadas, tan imprevistas sus manifestaciones, que se escapa á todo estudio; que resiste á todo análisis.

Podría decirse que el amor es el resultado de una influencia determinada por una asimilación y concluída por una atracción.

Vendremos á parar á lo inexplicable.

A las relaciones, á las influencias, á las absorciones, á las refundiciones, ó mejor dicho, á las fusiones de uno, dos, tres, ó múltiples espíritus ó actividades.

Hablando en lenguaje vulgar: persiguiendo la idea del amor, buscando su razón de ser, sus causas y sus efectos, iremos á dar siempre en un *maremagnum* intrincado é infinito; de tal manera, que respecto á él toda idea de concretación, de limitación es absurda.

Nosotros no tenemos la facultad de dirigir, de conducir, de regular nuestros sentimientos: de hacerlos, por decirlo así; de servirnos de ellos.

No: los sentimientos vienen á nosotros.

Ejercen su influencia de una manera precisa sobre nuestra organización.

Hacen de una manera absoluta que no podamos apercibirnos sino muy relativamente, muy imperfectamente en nuestra actividad.

Es decir: en nuestra vida.

Las necesidades nos dominan.

Y de tal manera, que no hay necesidad, por muy del espíritu que sea, que no interese en alguna parte á nuestra materia y no determine una acción: como no hay necesidad, por material, por grosera que sea, que no llegue en algún modo á nuestro espíritu, y le obligue á una acción.

En nosotros influyen de una manera precisa, cierta é indudable, todas las actividades que vivifican el espíritu.

Necesitaríamos la sensibilidad suprema, la sabiduría absoluta, la omnipotencia perfecta para explicarnos solamente, sin que nos quedase la más leve parte sin comprender, para explicarnos el menor de los fenómenos que nuestra actividad produce.

Así es que dijo una gran verdad el que dijo: *Scio qui nescio:* es decir, *sé que no sé.*

Hemos necesitado decir que los efectos del amor son desconocidos, como lo es el amor universal; porque tratándose de Píramo y Tisbe, de Safo y Faón, de Julieta y Romeo, de Abelardo y de Eloísa, de Isabel y de Marsilla, etcétera, existe la idea vulgar de que tal era el amor que relacionaba, que unía estos seres predestinados á amarse, á refundirse, que su predestinación hacía imposible que sintiesen otra cosa que aquel amor soñado que los enlazaba tan fuertemente, que no les permitía otra actividad que la de su amor recíproco.

Esto es completamente absurdo.

Esto es suponer seres de todo punto incompletos.

Actividades de todo punto limitadas.

Imposible.

Admitamos el predominio de una pasión sobre el alma humana.

Pero no la despojemos de las otras pasiones que son inherentes á ella, y mucho menos de las correlaciones de su actividad.

Y luego, que cuando los órganos y las sustancias que son necesarias para el funcionamiento del espíritu en la vida material se alteran se desordenan, se enlanguidecen, se modifican, de cualquier manera que sea, el sentimiento se modifica á la par, y en relación precisa con las modificaciones de la materia que le sirve de medio.

Vemos saltar á un intransigente que dice: «¡Que os vais á la fatalidad, á la negación de la libertad!»

Y nosotros decimos:

«Hace inalterable nuestro cerebro, y todas las partes de nuestro organismo que influyen sobre nuestro meollo; buscad la relación primera de la razón perfecta, ó de la verdad de nuestro sentimiento en relación con lo absoluto, con lo que fué, es y será, y si lo conseguís habréis encontrado la inmortalidad del ser humano, la sabiduría; pero no la omnipotencia, no la libertad; porque siempre será una parte de lo infinito, que necesariamente debe estar sujeto á las divinas leyes de la armonía universal.»

Así es: que el hombre en perfecto estado de libertad, ó lo que es lo mismo, en perfecto estado de pureza y de salud, es una abstracción, y por medio de la abstracción no se llega en filosofía al ser, sino á la hipótesis del ser, es decir, á lo vago, á lo nebuloso, á lo inexplicable.

¿Qué es la vida?

El equilibrio mayor ó menor entre la actividad de la parte orgánica de nuestro ser y la otra parte vital; existencia incomprensible, que para funcionar tiene la necesidad imprescindible de una situación física dada, de un uso moderado de los órganos de nuestra materia; que depende de su configuración, de no sabemos cuántas cosas que la ciencia no se ha explicado todavía y que no se explicará nunca.

¿Dónde está el principio de vida?

Responded.

¿Dónde está el aniquilamiento del principio vida, del ser vida, del espíritu vida?

Responded.

¿Qué es lo que existe; por qué existe, para qué existe?

¿Qué es la razón humana?

¿Qué es el sentimiento humano?

¿Qué es el placer?

¿Qué es el dolor?

¿En qué puede apreciarse un elemento orgánico tan eventual, tan feble, que la inflamación de un órgano, de una víscera, de una membrana le aniquila?

¿Qué es, insistimos, una organización que se hiere mortalmente, si se nos permite la frase, por una afección del espíritu, ó por una sensación venida de la atmósfera, ó por la absorción de un insecto, ó por una caída, por un accidente cualquiera de todo punto fortuito?

¿Qué son, pues, la libertad, ó, como se dice, el libre albedrío en el corazón humano, y la exacta apreciación de las cosas, qué es lo que debe entenderse por razón,

si no son precisos, absolutos, invariables, dado que la verdad es invariable y absoluta?

¿Cómo buscar nada inalterable en un ser compuesto, sujeto á todas las consecuencias de su composición?

Los teólogos de todos los cultos han dicho:

«La verdad ha sido revelada; viene de Dios; creed: la revelación os ha dado el precepto divino; seguidle: no necesitáis de vuestra razón para aplicar vuestras acciones á lo justo, á lo verdadero y á lo santo, porque la Sabiduría divina os ha dicho todo lo que debéis hacer: no discutáis, porque ofendéis á Dios: no os neguéis al cumplimiento del precepto, porque perderéis vuestra alma.»

En buen hora.

¿Pero dónde encontramos aquí la libertad humana?

Lo único que encontramos es la Providencia Divina que ha revelado al hombre, ó más bien, que ha puesto en las facultades del sentimiento del hombre el conocimiento de las verdades relativas, que constituyen la moral natural y universal.

Convenido.

El precepto, ó más bien la dulce advertencia que nos ha dicho: «Reconoce en todo ser humano un hermano tuyo: ama á tu hermano como á tí mismo;» reune, y de una manera elocuente, dulce, sentida y sencilla, cuanto puede decir la filosofía moral.

Y sin embargo, la humanidad rebelde... no; más bien la humanidad esclava, la humanidad siempre influída por potencias incontrastables, no ha podido llevar á la realización esa poética, esa caritativa, esa santa, esa divina súplica, nacida á impulsos del amor de los amo-

res, del amor divino, y sellada con la sangre de un mártir.

La vida del hombre va por dónde puede ir.

La misericordia divina lo sabe, y tiene un consuelo para todos los dolores, una expiación para todas las culpas, y esto completamente dentro de las leyes de la naturaleza, de la armonía, ó lo que es lo mismo, de la divinidad.

No tenemos, no podemos tener libertad, porque no debemos tenerla.

La Providencia á priori se encargó de nosotros: nos dió el sentimiento y la conciencia y nos arrojó á la expiación por el martirio, si hemos de creer á la intuición de nuestro dolor: y hemos de consolarnos con la fe en la eterna bondad, en la eterna justicia, en la amante misericordia, en la suprema omnipotencia, en el amor infinito, en lo inmutable, en lo divino, en Dios.

Y no argüimos: nos basta con nuestra fe, á la que nos ha llevado el sentimiento de fenómenos de nuestro espíritu; á sensaciones cuya relación no encontramos en nada de lo naturalmente sensible: á aspiraciones que no pertenecen á la vida tal cual la conocemos; á situaciones de sentimiento inexplicables: y sin la herejía de los impíos, nosotros hemos dicho más de una vez: en el espíritu humano hay algo de supremo, algo de inexplicable, algo que para ser no necesita en manera alguna de la materia grosera, algo que existe por sí mismo, que existe, y que no puede dejar de existir.

Dios sólo sabe porqué hemos llegado á estas deducciones cuando escribimos el drama de los amores de los amantes de Teruel.

Y bien, ¿no nos ocupamos del amor?

¿Y cómo ocuparnos del amor sin lanzarse en alguna manera en lo misterioso, en lo desconocido, en lo infinito?

La meditación sobre el amor excita poderosamente la materia y el espíritu.

El humor de la sangre, el acerbamiento del espíritu cumplen su obra.

La perpetua aspiración de la vida es un misterio.

Se efectúan al par una concentración y una dilatación.

La parte más pura del sentimiento se eleva.

Llega á lo desconocido, á lo inmenso.

Lo siente, pero no lo explica.

Se experimenta un renacimiento de vida.

Se cree, por vaga que la creencia sea, en la inmortalidad y una mejor situación.

Se experimenta un grande consuelo.

Se siente el espíritu de Dios que ensalza y beatifica la leve parte de nuestro espíritu que ha llegado hasta Él.

Nos parece que las prendas de nuestro amor que nos han dejado en lágrimas inextinguibles sobre la tierra, se unen allí con nosotros en el reino de Dios; y por esta creencia, por este sentimiento, por este sueño divino llegamos á la eternidad por el amor, cobramos nuevo aliento para seguir en nuestra prueba á través de los dolores de la vida y del egoísmo de nuestros semejantes.

De dónde, que la creencia en un Ser Supremo, hacedor de cuando existe, espíritu del espíritu del ser humano, y en la inmortalidad de esta parte superior que cada cual en nuestro espíritu tenemos, podrá ser muy bien un

sueño, pero que tiene una verdad inefable en el tormento y en la esperanza que produce, aunque sólo sea por un instinto sobrenatural.

Los muertos nos llaman como si fuesen vivos, y como los vivos, por medio del amor.

Si no hubiera un medio de relación entre lo finito y lo infinito, entre lo perecedero y lo inalterable, no podríamos experimentar las misteriosas sensaciones que nos conmueven, por los seres queridos que hemos perdido.

No importa.

Todo argumento filosófico en contrario, se queda fluctuando en lo vago, sin llegar á una demostración.

Si la fe no explica, tampoco explica el escepticismo.

Si pudiéramos llegar por algo á un principio y á un fin, sabríamos la causa, la razón de todo.

Tal vez conoceríamos que la idea de lo que necesita principio para ser, es un absurdo, una idea falsa que se refiere á lo único que vemos: á lo que impera en el momento dado de la actividad de un organismo, y perece en la descomposición de un organismo.

Que no estamos, pues, organizados, sino para conocer los resultados más tangibles de la actividad de la materia en sus varias acepciones en el planeta que habitamos, y que respecto á las causas y á las consecuencias nada podemos saber, sino en una esfera limitadísima que no se agrandará jamás.

Pero nosotros no tenemos duda.

Lo que anima la múltiple composición, en lo cual cada uno de nosotros somos un átomo, es superior á esta organización; hace de ella un átomo de otras organizaciones,

y continuamente determina que cada grupo de composiciones sea un átomo de un grupo mayor, que á su vez, con todo lo que contiene es otro átomo.

Lo infinito es una idea que no podemos comprender, porque no la podemos concretar.

Una idea de correlación que se pierde inmediatamente en lo inexplicable.

¿Y por qué el hombre se obstina en ser siempre feliz sobre lo desconocido?

Porque los abismos atraen.

¡No! ¡no! ¡no!

Los muertos no mueren.

El alma es inmortal.

¿Y dónde estaría, cómo podría comprenderse la inmortalidad del alma, ni la vida del alma, libre de la materia, ni cómo puede llamarse vida, lo que no tiene actividad material, espiritual, lúcida, conocedora de la verdad?

¿Cómo yo, criatura sujeta á una virtualidad constante, afirmo lo que está al alcance de los sentidos, en cuanto á lo que materialmente se siente, y cómo mi espíritu puede lanzarse á lo infinito en busca de lo que no puedo explicarme, y por la ley de una atracción constante, si el espíritu no tiene actividad sino dentro de la materia?

¿Cómo puede atraerme la nada?

¿Qué es lo que no es?

Lo que es os da la idea del ser.

¿Por qué obstinarse en creer que no se puede ser sino á la manera que se es, mediante á la materia compuesta de nuestro ser humano?

¿Por qué suponer que el espíritu pierde su personalidad, en el momento en que cesa por descomposición en el cuerpo humano?

Es decir, que lo inferior resultará superior á lo superior.

Que la materia podrá decir á la vida que la ha compuesto:

«Para esta actividad tendrás que descender á mí.»

¿Y todo por qué?

Porque la materia á la cual baja el espíritu, le entorpece.

Meditad, amigos filósofos, y veréis que estáis completamente dentro de la aberración de la soberbia.

Que para no confesar que sois ignorantes, afirmáis que no existe nada fuera de aquello que es tangiblemente demostrable.

Pero lo repetimos:

Lo que es grande en estado de esclavitud, es sublime, es supremo, lo tiene todo, lo alcanza todo en estado de libertad.

Nosotros tenemos en embrión, indeterminado, vago, inexplicable, inapreciable, intangible, algo en algo que no puede tampoco explicarse, en algo que podemos llamar hipotéticamente el espíritu del espíritu.

Por continuación, podemos deducir que este espíritu número dos, (expliquémonos de alguna manera), tiene en sí otro espíritu superior, número tres, y así sucesivamente; y que todas estas almas de almas de almas, más y más puras á medida que se separan de la materia paciente ruda y grosera, (expliquémonos de algún modo), llegan con su influencia necesaria y precisa, hasta esta

organización ruda que se llama ser humano, y hasta la más ruda aún, que se llama ser irracional, y hasta el cuerpo ya sedimento, digámoslo así, que no puede sentir, y cuya actividad se encuentra solamente por la influencia de efectos puramente físicos; es decir, casi necesariamente materiales.

No sabemos si nos hemos expresado en alguna manera.

Pero protestamos que por una parte estamos muy lejos del fanatismo de escuela, y completamente fuera, por otra, de los delirios espiritistas.

Si no fuese por esos misterios desconocidos que llegan á cada momento á nuestro espíritu, para los cuales sentimos una compasión de todo punto inexplicable; más claro: esos misterios en nosotros mismos producirían eso que llamamos fuego sacro, divino; que en su manera de influir en nosotros, nada tiene de común con nuestras facultades sensitivas ordinarias, algo que nos hace decir, ó más bien sentir, que nuestro organismo es para nosotros en aquel momento un calabozo lóbrego, en que yacemos encadenados, si no fuese algo prepotentísimo, que nos anima misteriosamente, que nos lanza con su deseo voraz á lo infinito, á un desconocido anhelado, y que siendo anhelado existe.

Sin esta creencia, en nosotros tan firme, seríamos de todo punto materialistas, y á macha martillo, por decirlo así, y echaríamos á paseo la conciencia, alma de nuestro sentimiento, y nos haríamos saltar la tapa de los sesos para no vivir una vida miserable, y vergonzosa, y asquerosa.

Y hemos dicho la conciencia.

Un excéptico dirá:

«La conciencia es el sentido de la impresionabilidad.»

«Y bien, diremos nosotros: pues por eso.»

Hay gradaciones de sensibilidad.

Luego hay gradaciones de la materia y del espíritu, que vienen de camino.

Luego existe la depuración ascendente del espíritu y de la materia.

Luego vamos á lo supremo.

De una libertad limitada á otra menos limitada y así sucesivamente, y viceversa.

No hay materia que puesta en las condiciones necesarias para ello, no se volatilice en gases.

No hay gas que no se sutilice hasta convertirse en otros.

Lo mismo debe ser respecto al eterno.

Lo que no principia no acaba.

La progresión es constante y siempre dentro de sus leyes propias.

Pero el espíritu humano no es el gas, ni el fluido, ni el éter.

Es algo que vive con una vida inmaterial.

Es algo superior á todo.

Algo que está en todo.

Algo que es prolífico y necesario á toda materia.

Algo que ninguno conoce.

Algo que piensa, ó mejor dicho, que siente por el instinto de sentimiento.

En fin, después de contraer un dolor de cabeza con una grande excitación del pensamiento.

Después de perderse en aspiraciones de continuidad de la vida del espíritu, después de la descomposición del organismo, y considerando nuestra personalidad en lo eterno.

Después de los desengaños del amor que nos llevan al delirio.

Después de habernos perdido en vaguedades diversas.

Después de haber llevado nuestro espíritu á espacios infinitos.

Después de haber sentido consuelos sobrehumanos y á seguida sobrehumanas desesperaciones.

Después de haber sido atraídos por el pro y por el contra.

Después de habernos refundido de una manera indisoluble en algo inmaterial, y sin embargo para nosotros sensible.

Cuando queremos llegar á una demostración incontestable, nos vemos obligados á descender de las alturas de la idealidad y á decir con el malogrado Sanz Pérez en *Los celos del tío Macaco:*

> Yo concibio lo que é,
> pero no lo pueo esir.

CAPITULO XXXIV

En que se amplía el anterior

Lo que hemos escrito á vuela pluma en el capítulo anterior, ha sido un encadenamiento de ideas que hemos fijado en el papel como han salido de nuestro cerebro.

No sabemos cómo nuestro cerebro estaba cuando pensaba lo anteriormente escrito.

Lo que sabemos es que de muy antiguo tenemos confianza con nuestros lectores, que les tenemos por nuestros amigos y que conversamos lisa y llanamente con ellos, según que se nos ocurren los pensamientos.

En lo escrito en el capítulo anterior hay que ordenar mucho, hay que depurar mucho; pero tal como lo hemos pensado hay en él materia para un extensísimo estudio sobre el alma humana tal como el hombre puede conocer su alma.

El escritor de novelas se ve obligado con frecuencia á aventurarse en las vagas regiones de la filosofía, para explicar lo que, mirado desde el punto de vista de lo vulgar, podría parecer violento ó falso ó absurdo.

Es necesario definir.

Explicar.

Razonar.

Investigar.

Marsilla, cayendo en los amores de otra mujer que Isabel de Segura, puede parecer falso y aun perder la estimación de nuestros lectores, ó más bien de nuestras lectoras.

Aunque verdad es que muchas de nuestras lectoras conocen de seguro la multiplicidad de los sentimientos del corazón humano, y muchas otras se habrán preguntado indudablemente:

«¿En qué consiste que amando yo con toda mi alma á éste, me inquieto, sufro y me afano por el otro?»

He aquí ya la necesidad de la observación, del estudio, del análisis, de la inducción.

He aquí á la filosofía que se pone delante de nosotros.

He aquí que los hechos vienen á demostrarnos que las versiones sociales están basadas sobre el error ó sobre el frío egoísmo de la colectividad, ó sobre la falsa hipótesis del hombre *razón pura*, que no existe ni puede existir, ni aun como ser ideal puede servir de norma.

Los filósofos de todos los tiempos se han empeñado en encontrar un hombre abstracto; han llevado su empeño á las leyes y á las teogonías, y han sacrificado á la humanidad, la han violentado, la han obligado á ser lo que no

puede ser sin perturbaciones y delitos, y siempre adelante con su empeño, han empeorado cuanto han podido la condición humana.

Se han hecho los códigos y los dogmas sobre lo absoluto, y de aquí la perturbación entre lo posible y lo imposible, entre la verdad y la mentira, entre lo necesario y lo contingente.

Tal ha sido la soberbia del hombre, que pretendiendo levantarse de sus miserias naturales, ha hecho su vida social, esto es, su vida moral, poco menos que imposible, y en vez de disminuir sus miserias las ha aumentado.

La naturaleza, la gran maestra, no ha sido escuchada, por más que ella habla siempre de una manera concluyente.

Pero no volvamos á engolfarnos en la filosofía.

Concretémonos.

Marsilla sentía por Isabel de Segura los amores siguientes:

Primero, el de la costumbre.

Se conocían desde niños.

Segundo, y desde el principio, la simpatía.

Tercero, y apenas salidos ambos de la adolescencia, la voluptuosidad.

Los unía, ó mejor dicho, los impulsaba á unirse, una grande homogeneidad de sentimientos.

Ambos eran, además, hermosos.

Se amaban de cuantas maneras pueden amarse un hombre y una mujer.

Se ha dicho, se dice, y es verdad, que la educación determina una segunda naturaleza.

Y he aquí que se educa al hombre de muy diferente manera que á la mujer.

A la mujer, que la maternidad la permite adulterar la familia, la han esclavizado las leyes y las costumbres; mientras que leyes y costumbres han dado una amplia libertad al hombre que no puede adulterar la familia.

Se ha enervado el alma de la mujer, en tanto que se ha robustecido la del hombre.

Se le ha dicho al uno:

«Tú mandarás.»

A la otra:

«Tú obedecerás.»

Verdad es que muchas, muchísimas se rebelan contra el precepto social, y de esclavas se convierten en señoras.

Nosotros no diremos que las que esto hacen obren bien, porque no obra bien, en el sentido de su propio interés, el que se opone á las leyes y se sobrepone á las costumbres.

La sociedad es más fuerte que el individuo, y castiga dura y fatalmente al individuo que contra ella se rebela.

Pero los impulsos naturales predominan.

La violencia irrita.

La conciencia transige.

Sobreviene la falta.

Sigue el delito.

Llega el crimen.

La sociedad, cuya existencia es necesaria, fatal, no ha podido ponerse en armonía con la naturaleza, cuya acción es incontrastable.

Las leyes se han hecho por los fuertes.

Esto es, por los hombres.

Ellos se han apropiado la parte del bien.

Ellos han dificultado la práctica de la virtud en la mujer.

Han hecho á la mujer esclava.

No han reconocido la buena fórmula social.

Las consecuencias necesarias han sobrevenido y se han hecho patentes desde Eva hasta nosotros.

Y el hombre ha continuado falsificando la educación de la mujer.

Desnaturalizando á la mujer.

Haciendo de ella un ser falso, empequeñecido, mártir ó demonio, víctima dulce y silenciosa, ó la serpiente astuta de quien, según los Sagrados Libros, recibió Eva los primeros consejos, que oídos y perpetuados nos trajeron la muerte y todas las miserias que sufrimos los desventurados descendientes de aquella señora y del diablo.

Porque Adán fué siempre Adán, y continúa siendo en nosotros lo que él fué en sí mismo.

Dicen que hay setenta y dos mil maneras de ser esposo de Eva, ó si se quiere de Adán; y que la menos nociva es aquella en que más se repara vulgarmente.

Nosotros vamos á ellas.

Ellas vienen á nosotros.

Se ponen en lucha la tiranía y la astucia.

Dos potencias se combaten.

Estas dos potencias no están de acuerdo cuando más sino en un solo punto.

En cuanto á los demás, que son infinitos, no pueden menos de ser enemigos.

El hombre propende á romper.

La mujer á atar.

Suponiendo entre los dos amor, la conformidad, la felidad, los sueños rosados, la luna de miel, en una palabra, encarnados en el primer yo te amo, no puede durar sino lo que dura en ambos la fascinación.

La paz del hogar se debe generalmente á la virtud, al martirio de la mujer.

El hombre, con sus hábitos de libertad, sin olvidar el amor que se ha infiltrado en su alma, no se defiende de otros amores.

Secundarios si se quiere.

Accidentales.

Pasajeros.

Pero que rompen un pacto.

Su costumbre de ser libre le impulsa.

Su moralidad es de todo punto acomodaticia.

Aplica á su compañera legítima la ley del embudo.

Y esto es mejor.

«Yo no puedo destruir mi familia, dice.

Yo no puedo deshonrar á mi mujer.»

Cuando aún no es marido, se deja llevar por sus propensiones.

«¿Qué importa, se dice, que yo aproveche los amores de otra, si mi alma es de la que he elegido para unirme á ella, de la que verdaderamente amo?»

Debemos decir que Marsilla no estaba en este caso cuando conoció á Alejandra.

Hasta entonces su alma entera había sido de Isabel.

Ninguna belleza había perjudicado en Marsilla á la influencia que sobre él ejercía la belleza completa, esto es, la belleza física y moral de Isabel de Segura.

Pero al volver de un largo y terrible accidente había visto junto á sí una mujer.

En su delirio, á causa de la perturbación de su cerebro, había visto en aquella mujer á Isabel.

Había encontrado en ella, en medio de la soledad de sus recuerdos, lo que indudablemente hubiera encontrado su Isabel en iguales circunstancias.

Angiolina había desaparecido de la cabecera del lecho de Marsilla.

Se había trasladado á éste.

Débil aún, mal segura la cabeza, había encontrado junto á sí á Alejandra.

La perturbación continuaba.

Marsilla se encontraba en una situación de espíritu de todo punto excepcional.

La fascinación le envolvía.

La hermosura de Alejandra era maravillosa.

Su amor y su empeño por Marsilla, inmensos.

Sucedió lo que debía suceder.

Marsilla tuvo un torpe amor.

¿Qué importaba que el que sentía por Angiolina fuese superior al que por Alejandra experimentaba, y ni que fuese menor el que sentía por Angiolina, que el que tan poderosamente tenía arraigado en su alma por Isabel?

No existe nada en que no se encuentre una grandeza, ni se puede suponer lo exclusivo del sentimiento.

Angiolina, que quería para sí y de una manera legítima á Marsilla; Angiolina, que no había salido de la fascinación del hombre á quien adoraba mientras había

estado á su lado, se servía de Alejandra para envolver en una trama horrenda á Isabel de Segura.

Era necesario que ésta se creyera olvidada, cuando menos lo pensara, por su amante.

Era necesario que Isabel probase la rabia de los celos y el dolor de la humillación.

Era necesario que pensara en la venganza.

El momento había llegado.

Unos amores gravísimos se habían desarrollado entre Alejandra y Marsilla.

CAPITULO XXIV

En que empiezan á ponerse en ejecución los proyectos de Angiolina

Marsilla se había restablecido físicamente.

Pero moralmente seguía gravemente enfermo.

Su cabeza se había resentido.

Lo que acontecía le aturdía.

El recuerdo de Isabel de Segura le atormentaba.

Y este tormento llegaba hasta lo infinito.

Hasta el delirio.

Por fatalidad, por debilidad, por un momento de exacerbación y de olvido, por la influencia de una fuerza incontrastable, Marsilla había caído en un empeño irresoluble.

Si abandonaba a Alejandra se deshonraba á sus propios ojos.

Alejandra, ó por su debilidad ó por su delirio, ó por-

que le hubiese inspirado un amor bastante para dar en una fascinación, había adquirido innegables y sagrados derechos.

Si no satisfacía estos derechos, Marsilla era un miserable.

Él no quería aparecer miserable á sus propios ojos.

Si cumplía como debía con Alejandra, se veía obligado á renunciar á Isabel.

Esta sola idea hacía agonizar á Marsilla.

Isabel era más que su vida y su alma.

Isabel era para él lo inconcebible, lo indefinible.

Pensar en que Isabel no sería suya era dar en un tormento sin nombre.

Pero pensar en que no siendo suya podía ser de otro, iba más allá de los límites de todo cuanto se puede pensar

Y sin embargo, Marsilla se sentía atraído por Alejandra.

Cuando ella le miraba con los ojos saturados de amor, volvía aquella embriaguez que había hecho se olvidase de todo.

Así es que Angiolina, que estaba celosa hasta el delirio de Alejandra, creyó llegado el caso de acabar con aquellos amores.

Habían poducido ya sus resultados.

Una vez aprovechados sus resultados, Angiolina debía librarse de aquellos celos que ella misma se había creado.

Llamó á Gutier de Malespina.

Éste se la presentó.

—¿Habéis visto á Isabel de Segura? le preguntó.

—Sí, dijo Malespina; esta mañana la ví en los senderos de la selva.

—¿Y bien?

—Nuestra correspondencia produce su efecto; está irritada contra Marsilla.

—¿Os ha manifestado su irritación?

—No; es altiva y la encubre: pero rebosa de su semblante, de su mirada, de su expresión: Isabel sufre, Isabel lucha. Mucho será que no nos engañemos, y que los medios de que nos hemos valido no contribuyan á hacer mayor el amor y el empeño de Isabel. Es brava, y yo la creo capaz de todo por su amor.

—Y bien, respondió Angiolina; pero para ello, si es necesario, usaremos de otros medios. Probemos, sin embargo.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Hablad con Isabel; reveladla que Marsilla ama á otra; que ha huído con otra.

—¡Ah!

—Sí: es necesario que Isabel de Segura vea á Marsilla á los pies de Alejandra.

—¿Y cómo?

Llevando á Isabel á las ruinas; haciendo que vea y oiga á Marsilla y á Alejandra.

—Pero esto es terrible: no sabemos cuáles pueden ser las consecuencias.

—Sean cuales fueren, dijo Angiolina, es necesario que Isabel vea que no es amada como ella cree serlo.

—Será lo que vos queráis, señora.

—Siempre tendremos lugar de usar de nuestra fuerza: ¿podéis ver hoy todavía á Isabel?

—Sí; cuando vuelva esta tarde del cercano pueblo adonde ha ido á visitar unos enfermos.

—Pues bien, esperadla; reveládselo todo: inventad una

historia: ya sabéis que ella conoce á Alejandra de Aytona, que la teme, y tiene celos de ella.

—Sí; el camino hasta el corazón de Isabel es fácil, dijo Malespina: pero os repito que no respondo...

—Y yo os digo que estoy resuelta á todo, contestó con imperio Angiolina.

El Maestre de los Compadres se doblegó.

Se separó de Angiolina.

Salió de las ruinas.

Era el medio día.

Salió del *Valle Maldito*.

Venció la cumbre de una colina próxima.

Se metió entre la selva.

Continuó por ella durante una hora, y andando hacia el Levante.

Llevaba el traje de montero libre.

Le acompañaba su enorme perro.

Se detuvo en el cruce de dos senderos.

En el ensanchamiento descubierto que este cruce determinaba, entre los árboles, se alzaba, sobre tres gradas, una bella cruz románica.

Desde allí se veían, entre un rompimiento de la selva, y muy al lejos, los muros de la torre de Segura.

El Maestre de los Compadres se sentó en las gradas de la cruz, y esperó.

El perro se echó á sus pies.

Poco después el animal se alzó.

Gruñó de una manera expresiva, y movió la cola.

Esto era una señal de que Isabel de Segura se aproximaba.

Reflegor la conocía.

Había estado con su amo muchas veces que éste había hablado en la selva con Isabel.

Isabel se había hecho conocer del inteligente y noble Reflegor.

Malespina se puso de pie y en marcha para abreviar el camino.

Poco después, al volver el recodo de un sendero, vió á lo lejos á Isabel que marchaba en paso rápido.

Al ver á Reflegor, había supuesto que allí estaba Malespina.

Tenía sin duda algo que decirle.

Alguna carta que entregarle.

Por lo mismo Isabel adelantaba cuanto de prisa podía.

Reflegor saltaba á su lado, y se deshacía en caricias.

CAPITULO XXXVI

De la extraña escena que tuvo lugar entre Isabel de Segura y Gutier de Malespina

Isabel llegó al fin.

Malespina palideció levemente.

Pasó por él un ligero temblor.

En sus ojos brilló un fuego extraño.

Pero esto pasó rápido, imperceptible.

Malespina recobró su sangre fría.

Isabel venía cubierta por un amplio manto azul oscuro con descote y filetes de oro en los bordes, y ceñía su cabeza con una lista azul y oro.

Por la abertura del manto se veía una túnica color de escarlata con bordaduras negras.

Rodeaba su cintura una rica faja tunecina.

Llevaba las anchas y luengas trenzas caídas sobre el seno, y prendidas sus puntas en el herrete de oro que cerraba su manto sobre su garganta.

No llevaba joya alguna.

Únicamente unas grandes arracadas de oro, de forma árabe.

No era Isabel de Segura una mujer delicada, feble.

Por el contrario, todo mostraba prematuramente en ella el desarrollo de la matrona.

Su estatura era alta.

Su talante más que gentil y esbelto.

Era majestuosa.

Su cabeza altiva.

Su garganta larga, musculosa, con una tal voluptuosidad de modelación, que recordaba las mejores estatuas del arte griego.

Los hombros amplios y redondos.

El talle elegante, pero fuerte.

Las manos de una perfección extraordinaria.

Era tal su fuerza de hermosura por la regularidad y la energía de las formas, y por la armonía del conjunto, que parecía más bien que una criatura mortal, una aparición celeste.

Uno de aquellos ángeles á quienes la Escritura llama varones de Dios, y cuya hermosura es tal, que mata de placer al que la ve.

Isabel se asemejaba á uno de estos ángeles cuanto pueda asemejarse lo humano á lo divino.

Sin ser varonil, sin dejar de ser hembra, sin dejar de tener todos los dulces atractivos, todos los ideales encan-

tos de la mujer, se exhalaba de ella un alma fuerte, brava, de todo punto varonil.

Una firmeza infinita aparecía en el fondo azul de sus ojos.

Su palidez, que acrecía su blancura, era la incitante palidez de la pasión, y sus labios frescos y puramente rosados, parecían como entreabiertos por un suspiro incitante.

Era una beldad de la Edad Media.

Una ricahembra aragonesa.

Había en ella algo de primitivo.

A todo esto se unía una gran fuerza de vida y de juventud.

Tenía veinticuatro años, y apenas si representaba diez y ocho.

Sufría, pero con una extrema resignación, con una ficción suprema encubría su sufrimiento.

Miró profundamente á Malespina.

Éste palideció.

Nunca Isabel de Segura le había mirado de aquella manera.

Su mirada había profundizado hasta el fondo del alma del Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Era una mirada severa y sombría.

Había en ella algo de cólera contenida.

Malespina, que no había bajado jamás su mirada al choque de la mirada de ningún hombre, por bravo, por terrible que hubiese sido, la bajó ante la severa, la irresistible mirada de Isabel.

—¿Por qué os habéis atrevido á engañarme? le dijo;

yo os creía mi amigo, y ahora tengo que miraros con enojo y con recelo.

—Valiera más, señora, contestó Malespina levantando los ojos y poniéndolos con una expresión ansiosa en los ojos de Isabel, que me hubieseis arrancado del cinto el puñal y me lo hubieseis clavado en el corazón: me hubierais hecho menos mal.

—Sois audaz, más que audaz, temerario, y sobre todo cobarde, dijo con acento frío y tranquilo, y á la par profundamente despreciativo Isabel.

—¡Cobarde! exclamó Malespina.

—Dejadme pasar, dijo Isabel, y de hoy en adelante no volváis á poneros donde yo os encuentre.

—Al malvado más cargado de crímenes, dijo Malespina, se le escucha antes de sentenciarle, señora.

Isabel respondió continuando su marcha:

—Yo no os sentencio; os prohibo únicamente que volváis á aparecer ante mí.

—Yo no tengo la culpa de amaros y de estar desesperado por vuestro amor, dijo Malespina, no pudiendo ya contener la explosión de los sentimientos de su alma.

—¡Al fin sois valiente! dijo Isabel que continuaba su marcha, pero valiente temerario: pues qué ¿créeis vos (y para decir estas palabras se detuvo y se volvió á Malespina que la seguía) que yo, Isabel de Segura, proveniente de un linaje de caballeros, podría ni aun sufrir el que me amase un hombre tal como vos?

—Cuando esta mañana os separasteis de mí, no estabais de tal manera contra mí irritada, señora: me tratabais como á un buen amigo.

—Desde esta mañana ved que han pasado algunas horas.

—Vos habéis encontrado algún traidor enemigo mío, que sin duda me ha calumniado, señora.

—No, dijo Isabel; lo que yo he encontrado ha sido la desventura y la agonía.

Se estremeció Malespina.

—Sí: dos pobres, dos miserables mendigos, continuó Isabel.

Se estremeció de una manera mucho más visible Malespina.

—Una pobre y hermosa joven, miserable y enferma, y un desdichado niño de tres años, tan hermoso como su madre.

Se puso lívido Malespina.

Sus ojos se extraviaron.

El feroz bandolero se sentía mal ante Isabel de Segura.

Ella le dominaba.

—¿Os acordáis de Berta de Santoyo, capitán Malespina, Maestre de los malvados Compadres de la Cruz de fuego? dijo con voz opaca, vibrante y nerviosa, por decirlo así, Isabel.

—¡Berta de Santoyo! exclamó Malespina: ¿conocéis á Berta de Santoyo!

Y apareció confundido, avergonzado.

—Dios ha puesto en el alma del hombre la conciencia, para que sea su castigo, exclamó Isabel; pero aún no me habéis preguntado dónde está Berta. ¡Oh! ¡esto es horrible!

—Vuestra es la culpa ó del infierno, exclamó desesperado Malespina; yo me he olvidado de todo hasta de mi alma, en el momento en que os he conocido.

—¡Y este es el amor de los hombres! exclamó profundamente y con una expresión de desprecio Isabel.

—Esa es la voluntad de Dios, dijo Malespina: nada tiene medida... yo soy inocente... yo no he sido poderoso á hacer otra cosa... yo soy esclavo.

—Id, id á ver á Berta de Santoyo, dijo Isabel; la encontrareis en el molino de la Morisca.

—Y vos, señora, exclamó Malespina, si quereis ver á don Juan Diego Marsilla, le encontraréis en las ruinas del *Valle Maldito*.

Malespina se había repuesto.

Su cabeza aparecía erguida.

Su mirada flameante.

Parecía como que al fin, desesperado, irritado por el dolor, aceptaba la batalla.

—¡Qué decís! exclamó Isabel; ¡Marsilla!...

—Sí; Marsilla al lado de otra mujer.

—¡Oh! ¡no! ¡mentís! exclamó Isabel.

—Podéis verlo antes de una hora.

—¡Oh, sí! quiero verlo, exclamó con vehemencia Isabel.

—No direis que no estoy siempre dispuesto á serviros, dijo Malespina.

Y lanzó un fuerte silbido.

Inmediatamente de detrás de una peña inmediata saltó un hombre como hubiera podido saltar un lobo.

Aquel hombre, que vestía también como montero libre

era Gomecilos, el escudero, el fac-totum de Malespina.

—Conduce á la señora doña Isabel, le dijo Malespina á las ruinas del *Valle Maldito:* haz que, oculta, pueda ver y oir á don Juan Diego Garcés de Marsilla y á doña Alejandra.

—¡Alejandra! exclamó Isabel: ¿Alejandra de Aytona?

—Sí, señora: Alejandra de Aytona, respondió Malespina. No soy yo solo el que olvida.

Y tras estas palabras partió, y á poco se perdió por entre la espesura.

Durante un breve espacio Isabel permaneció atónita, estremecida, helada, muda.

Gomecillos estaba junto á ella en una actitud indiferente.

—Guiad, le dijo al fin Isabel.

Gomecillos se puso en marcha por un sendero.

Isabel le siguió.

Anduvieron á gran paso durante una hora.

Al cabo de ella subieron un colina.

Cuando llegaron á su cumbre, apareció ante ellos con su terreno áspero, ceniciento é inculto, el *Valle Maldito.*

A un extremo de él se alzaban las negras ruinas.

Gomecillos, seguido siempre de Isabel, se encaminó á ellas.

Llegaron.

Isabel no vió á nadie.

Bajaron á las bóvedas, á los subterráneos.

A su puerta, Gomecillos se detuvo y silbó.

Apareció otro montero libre.

—Una antorcha, dijo Gomecillos.

El montero desapareció y volvió á poco con una antorcha encendida.

La tomó Gomecillos, y precediendo á Isabel, se entró con ella en los lóbregos subterráneos.

CAPITULO XXXVII

En que se ve cuán caritativa y cuán buena era Isabel de Segura

Expliquemos la singular escena que había tenido lugar entre Isabel de Segura y Gutier de Malespina.

Aquella mañana, después de haberse separado Isabel de Segura de Malespina, á quien había encontrado en los linderos del monte, Isabel siguió hacia la margen del Guadalaviar.

Iba al molino de la Morisca.

Una joven, hija de los molineros, estaba enferma.

Desde que la enfermedad se había hecho grave, Isabel no había dejado de ir ni un solo día.

La gravedad había ido cediendo.

La bella María estaba ya fuera de peligro.

Si embargo, continuaban las visitas diarias de la *Señora joven*, como se llamaba por los vasallos de don Pedro de Segura á Isabel, para diferenciarla de su madre.

A algunos tiros de ballesta del molino, Isabel se detuvo.

Iba por un estrecho sendero.

Gigantescas encinas le sombreaban.

De entre unos zarzales, á la izquierda, había salido un gemido.

Un gemido dolorosísimo.

Gemido de mujer.

Al mismo tiempo resonó el desesperado llanto de una criatura.

Se oyó una voz infantil que entre su llanto dijo con angustia:

—¡Ay, madre! ¡madre mía!

Isabel se crispó toda.

Sintió un dolor en el corazón.

Se lanzó al lugar donde habían resonado aquellos gemidos de mujer, aquel llanto y aquella exclamación del niño.

Se abrió paso entre la espesura.

Llegó.

Vió á una mujer harapienta.

Estaba tendida y desmayada.

Junto á ella, arrojado sobre ella, llorando y pretendiendo reanimarla con sus besos, había un niño pequeño como de tres años, pobre, ligerísimamente vestido, casi desnudo.

Temblaba de dolor, de hambre, de frío, todo á un tiempo.

A la nobilísima, á la extraordinariamente sensible Isabel, se la oprimió el corazón al ver tanta miseria.

La mendiga estaba sin sentido.

El niño próximo á desmayarse.

Isabel no podía darles socorros inmediatos.

Su voz no podía llegar al molino de la Morisca.

Sacó entonces de debajo de su manto una preciosa bocina de marfil.

Se la llevó á los labios.

—¡Ah de la selva! resonó inmediatamente, y fué repetido por los ecos.

Apenas resonaron estas palabras, cuando se oyó, pronunciado en otra bocina:

—¡Esperad!

Poco después saltaba junto á Isabel un montero libre.

Uno de los Compadres de la Cruz de fuego.

Isabel había incorporado á la mendiga, y la sostenía entre sus brazos, procurando reanimarla.

Al calor de Isabel, la mendiga abrió los ojos.

Sucedía esto en el momento en que junto á Isabel saltaba el compadre.

—¡Ah!... ¡los malditos!... exclamó con acento débil, pero perfectamente comprensible la mendiga.

—¡Ellos!... ¡los malos hombres! exclamó el niño, que estaba replegado contra Isabel.

—¡Doña Berta! exclamó el compadre.

Estas tres exclamaciones habían sido casi simultáneas.

—Id, id, dijo Isabel; avisad al molino.

—No; yo la socorreré antes, dijo el compadre.

Y sacó de su morral un pomo de estaño.

—Yo soy uno de los médicos de la banda, dijo: es forzoso ir siempre prevenidos: esto es un bálsamo maravilloso: corta los accidentes, y cura las heridas.

Y echando en la palma de la mano algunas gotas del líquido rojizo que contenía el pomo, frotó las sienes de la enferma.

El efecto fué rápido y maravilloso.

La mendiga se incorporó por sí misma, y pudo ponerse de pie, aunque vacilante.

El compadre frotó también las sienes del niño, que se reanimó.

Luego el compadre sacó de su morral un pedazo de pan y un tasajo.

Los partió, y los dió á la madre y al hijo.

Ambos desdichados se pusieron á comer con cuanta voracidad hubieran comido dos lobos.

El compadre dió su calabaza á la madre, que bebió con ansia, y luego dió de beber al niño.

—Idos, pues, ya, dijo Isabel al compadre; para que estos dos desgraciados puedan llegar hasta el molino, no hay necesidad de que nadie os vea.

El compadre saludó respetuosamente á Isabel y se fué, desapareciendo entre los árboles.

—¡Vos sois un ángel de Dios! dijo la mendiga mirando de una manera vaga, á causa de su debilidad, á Isabel: me habéis salvado, señora; y lo que es más precioso para mí, habéis salvado á mi pobre hijo: ¿pero cómo es que siendo vos tan buena, señora, os tratáis con tan mala gente?

—¡Monteros libres! dijo Isabel.

—Algo más... y algo menos que eso, señora: malhechores, á quienes no se ahorca porque son muchos y fuertes, y porque se llaman los Compadres de la Cruz de fuego.

—¡Los Compadres de la Cruz de fuego! dijo Isabel, que conocía el nombre de esta tropa como le conocía todo el mundo en Aragón y en Cataluña.

—Sí, dijo la mendiga: los sayones, los miserables esclavos de Gutier de Malespina.

También era muy conocido este nombre.

—¿Gutier de Malespina es el Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego? dijo Isabel sobresaltada por el descubrimiento que acababa de hacer.

—Sí, dijo la mendiga: el capitán de una taifa de asesinos, incendiarios y ladrones, á los que, sin embargo, tienen á sueldo para sus guerras, reyes que se llaman católicos.

—Es necesario que me habléis de eso, dijo Isabel, y para ello que vayamos á ese molino inmediato, donde seréis socorridos vos y vuestro hijo.

Isabel, sin escrúpulo alguno por la miseria del niño, le tomó en brazos.

El pobre pequeño, agradecido y lloroso, rodeó sus bracitos enflaquecidos al cuello de Isabel, y la besó en la boca suspirando.

Isabel contestó con un beso ardiente y sonoro al beso del niño.

—¡Ah, señora! ¡y cuán buena sois! dijo llorando la mendiga.

—Asíos de mi brazo, dijo Isabel.

—¡Ah! exclamó la mendiga asiéndose: ¡mi vida por vos, señora!...

Y se pusieron en marcha.

—¿Queréis decirme quién sois? dijo la mendiga.

—¡Ah! exclamó la mendiga asiéndose; ¡mi vida por vos, señora!

—Sí: yo soy doña Isabel, la hija única del castellano de Segura, ricohombre de Teruel.

—¿Y por qué... por qué, señora, dijo la mendiga, siendo tan noble y tan buena, conocéis á esos hombres y los tratáis? ¿Los tiene acaso á sueldo vuestro padre? Ellos sirven á todo el mundo, y ahora los señoríos de Aragón andan revueltos.

—No, dijo Isabel: esos hombres no están á nuestro sueldo: mi padre no los conoce, ni creo que haya visto á ninguno de ellos: yo los creía monteros libres: necesito que de ellos me déis noticias.

—Puedo daros hartas, por mi desdicha, dijo la mendiga.

En esto habían llegado al molino, que estaba en una situación muy pintoresca, en la orilla izquierda del Guadalaviar.

En la puerta se veía sentada al sol, en un gran sillón forrado de pieles y envuelta en una gruesa capa, á María, la joven enferma, que estaba muy mejorada.

CAPITULO XXXVIII

En que se explica el anterior

La enferma se estremeció de alegría al ver á Isabel, y extendió hacia ella los brazos.

Isabel, sin dejar al pequeño mendigo, se acercó á María y la besó.

—¿Conque ya estáis buena? dijo á la bella enferma, que era una niña de quince años.

—¡Ah, sí, señora! dijo María: ¡gracias á Dios, á la Santísima Virgen del Pilar, y á vos, señora!

—Nosotros no entramos en cuenta para nada, dijo alegremente un buen hombre que estaba á la puerta del molino: y tiene razón: en fin... dice bien: que Dios y la Santa Madre, son quienes son, y vos un ángel suyo, señora.

—Callaos Mínguez, dijo Isabel, y no deis en simple-

zas; y ya que vuestra hija está tan mejorada, en acción de gracias á Dios socorramos á estos pobres.

—Entren en buen hora, que en la casa donde un pobre entra, entra Dios, dijo con una fe sencilla el buen Pedro Mínguez; además, que esta pobre choza, y nosotros con ella, somos vuestros, señora. ¡Eh!... ¡Catalina! ¡Catalina!... acude, que la *señora joven* está aquí, y con buena compañía.

Acudió del interior una mujer sonrosada, fresca, y bien parecida, y como de cuarenta y cinco años, vestida, aunque á lo villano, con grande aseo.

Esta era la esposa del molinero.

La madre de la enferma.

Ambos esposos estaban contentísimos, porque la Santa Virgen del Pilar había salvado de una peligrosa enfermedad á su hija.

Era aquel un bello cuadro.

Un mozo picaba una piedra á poca distancia.

Una moza aechaba trigo.

Estos dos individuos se miraban de tiempo en tiempo, y se sonreían.

Se adivinaba su amor, y por aquel amor, su felicidad.

Se oía ya muy cerca la zambra de una recua que se acercaba al molino, y que á causa de los árboles no se veía aún.

Detrás del molino se sentía el Guadalaviar que caía en un sonoro murmullo por la aceña, y el agua, precipitándose por los canalones, y el ruido de las piedras de moler en rotación.

En la orilla opuesta se levantaba un pantanoso y accidentado suelo de verdura

La luz del sol era alegre, y el ambiente templado.

Todo allí era alegría, paz, felicidad.

Catalina condujo á una habitación del piso bajo á la noble señora y á sus dos protegidos.

En aquella habitación había un hogar.

En él ardía un buen fuego.

La misma Catalina puso en un lecho que allí se encontraba, en el mismo lecho de su hija María, á la mendiga y á su hijo.

Isabel se sentó al hogar.

Tenía frío.

Un frío aumentado por la ligera fiebre que la habían causado las fuertes emociones que había recibido.

Isabel era extraordinariamente sensible.

La molinera sacó ropa blanca.

No sólo para la madre, sino también para el hijo.

Les quitó los andrajos y los vistió de nuevo.

Al vestir á la madre, exhaló un grito de sorpresa.

—¿Qué os sucede? la preguntó Isabel.

—¡Oh, Dios mío! dijo la molinera: con una joya así no se mendiga.

Había visto en la garganta de la pobre, ó que por lo menos pobre se creía, un grueso collar de perlas.

De este collar pendía un medallón.

Este medallón, de oro y piedras preciosas, tenía un retrato de mujer.

Uno de aquellos riquísimos esmaltes que se hacían en la Edad Media.

Isabel se había levantado y había visto, en efecto, en la garganta de la mendiga, que á pesar de su flaqueza era bellísima, aquel collar que era de un gran valor.

—¿Y quién os ha dicho que yo mendigue? contestó triste y lánguidamente la joven, que lo era en gran manera.

Apenas si contaba veintidós años.

La molinera miraba con recelo á la mendigante.

Temía tener entre sus manos á una ladrona.

Isabel de Segura no era de la misma opinión.

Veía en aquella pobre una gran desgracia, y nada más.

Un misterio.

Una historia solamente.

Necesitaba quedarse á solas con ella.

—Salid, mi buena Catalina, dijo, y cerrad la puerta; que no entre nadie hasta que yo llame.

La molinera salió inmensamente preocupada.

—Vos habéis comprendido, dijo la pobre, tendiendo una mano á Isabel.

—Sí, dijo ésta: he comprendido que sois muy desventurada.

—¿Habéis reparado en el retrato que hay en este medallón?

—Sí, dijo Isabel: un retrato, y de dama noble y rica.

—Esa era mi madre, dijo la incógnita.

El niño, calmada su hambre, cambiados sus andrajosos é insuficientes vestidos por otros limpios y abrigados, se había dormido profundamente.

—En efecto, dijo Isabel, hay un gran parecido entre esta dama y vos.

—Volved el medallón si os place, señora, dijo la incógnita.

Le volvió Isabel.

Vió un escudo de armas.

En él un grifo volante, rojo, en campo de oro.

—Esas son las armas de mi familia, dijo ella, de los Santoyo de Molina: yo me llamo Berta; mi hijo, Pedro; su padre... mi esposo... que aunque él lo niegue, esposo mío es ante Dios, se llama Gutier de Malespina, y es un miserable, un malvado: el capitán, el Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Y Berta miraba de una manera intensa á Isabel.

—¡Ah! no temáis, dijo Isabel, comprendiendo la expresión de la mirada de Berta; yo no amo á ese hombre: yo no puedo amarle.

—¿Y qué importa que vos no le améis si él os ama? respondió Berta: ¡Ah! perdonad, pero sois muy hermosa, señora.

—Si ese hombre es el que yo creo, me sirve; ya habéis visto aparecer uno de los suyos en el momento en que yo he llamado.

—Él no os serviría si no os amara, dijo Berta: él es más poderoso que todos los señores de Aragón.

Aunque estas palabras hubieran exaltado el orgullo de otra cualquiera que se hubiese conocido hija del poderoso ricohombre de Aragón, don Pedro de Segura, Isabel ni aun se conmovió.

Su piedad, su caridad, eran mayores que su soberbia.

Mejor dicho: Isabel no conocía la soberbia.

—Abrid el medallón, señora, y veréis lo que contiene.

Abrió el medallón Isabel, y dentro, entre dos cristales sujetos por un aro de oro, vió algunos filamentos amarillentos.

—Esa es una preciosa reliquia, dijo Berta; es una parte del sudario en que envolvieron, para sepultarle, el divino cuerpo de Nuestro Redentor.

Isabel, dando una grande muestra de la fuerza de sus creencias, se arrodilló, se persignó, adoró la reliquia y la besó.

Después cerró el relicario y se alzó.

—Comprendo ahora por qué habéis conservado esa joya á pesar de vuestra pobreza.

—¡Ah, señora! yo temía que esa joya encontrada en mí, hubiese traído sobre mí sospechas, y hubiera sido causa de que me prendieran como ladrona. Para probar que no lo era, me hubiera visto obligada á revelar el nombre de mi anciano padre ante la justicia. Vois sois otra cosa: vos, señora, guardaréis mi secreto.

—¡Oh, sí! ¡le guardaré y os protegeré, yo lo juro!... Si sois digna de ello, en mí tendréis una hermana: de todos modos yo adopto á vuestro hijo... y... ¿quién sabe? Puede ser que yo os dé vuestro esposo y vuestra honra.

—¡Yo le desprecio y le aborrezco, señora, tanto como le he estimado y tanto como le he amado!... ¡Y él juraba amarme tanto!

—¿Y por qué no se unió á vos?

—¡Porque es un miserable!... ¿Qué le importaban á él nuestra honra ni el nombre de mi hijo?

Y Berta se echó á llorar.

—¡Aún le amáis! dijo Isabel.

—Amo á mi pobre hijo y estoy desesperada.

—Estáis muy fatigada, muy enferma, dijo Isabel, y es necesario que reposéis.

—¡Oh, sí!... Me faltan las fuerzas; se me va la cabeza... dijo Berta.

—Una sola palabra: ¿decís que vuestro enemigo, á quien debéis vuestras desgracias, es Gutier de Malespina, Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego?

—Sí.

—¿Sabéis si Gutier de Malespina viste alguna vez como los monteros libres?

—¿Pues por qué he reconocido yo como á uno de los suyos al que acudió cuando vos llamasteis con vuestra bocina?

—¿Es un hombre hermoso, pero lúgubre y frío, y pálido como un muerto?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Un hombre cuya edad no puede determinarse por su apariencia?

—¡Sí... él es! ni podía ser otro: si no hubiese sido él no os hubieran obedecido los suyos.

—¿Va siempre acompañado de un enorme lebrel cruzado de alano?

—¡Oh! ¡sí! ¡Reflegor!

—Reposad... reposad, dijo Isabel: yo me aparto de vos, pero quedaréis aquí completamente asistida: yo volveré mañana: es muy posible que mañana pueda traeros buenas noticias.

—Adiós, señora, adiós, exclamó Berta, y que Él os premie la grande obra de caridad que hacéis por mí y por mi hijo.

Y asió una mano de Isabel y se la besó.

Isabel retiró vivamente la mano y salió.

Recomendó eficazmente Berta y su hijo á los molineros y partió.

Poco después encontró en la selva á Malespina.

Nuestros lectores conocen ya lo que pasó entre los dos.

CAPITULO XXXIX

En que se conoce el buen temple del alma de Isabel de Segura

Gomecillos condujo á Isabel á través de los subterráneos.

Isabel iba sobrexcitada, terrible.

Zumbaban aún en sus oídos las últimas palabras de Malespina.

No podía creer sin desesperación, sin sentir una especie de tormento, en la traición de Marsilla.

Esto la parecía imposible.

Ella se sentía incapaz de hacerle traición.

Ni aun de dejar de pensar en él un solo momento.

No podía creer en lo que la explicaban.

Sin embargo, se la ofrecía la prueba.

Estaba camino de ella.

Gomecillos llegó á un espacio alfombrado y entapizado, en el que había ricos muebles.

Se la oprimió más el corazón.

Gomecillos extendió el brazo y la mostró una puerta.

—Allí... en la habitación inmediata, dijo.

—Bien, contestó Isabel, con un acento apenas perceptible.

Y permaneció inmóvil.

Llegaba hasta ella el rumor de dos voces.

La una era de hombre.

La otra de mujer.

Isabel creyó reconocer en la voz del hombre á Marsilla.

Escuchó con más atención.

No pudo tener duda.

Marsilla era el que hablaba de una manera apasionada con una mujer.

Isabel se detuvo, y se llevó la mano sobre el corazón.

Palideció.

Tembló.

Pasó por ella algo indescriptible; algo supremo; algo espantoso.

La parecía imposible que Marsilla hubiera podido olvidarse de un amor tal, como el que ella, conociendo su propio amor, había creído en él.

Aquello era un desencanto horrible, una traición inaudita.

Una vida de gloria convertida en los tormentos de un infierno, mucho más terrible que el que pintan las Sagradas Leyendas.

Aquello era la muerte de la esperanza.

La agonía insoportable de la vida.

Aquello era lo que no puede explicarse.

Lo que cuando se siente no se comprende.

Lo que no se podría creer se resistiese.

Lo que, cuando sobreviene, espanta.

Lo que desespera, lo que hace pensar como en una felicidad en el descanso de la tumba.

Y sin embargo, una vez segura de que era Marsilla el que hablaba, Isabel no dió ni un paso más hacia aquella puerta.

No escuchó ni un momento más.

Isabel podía perderlo todo.

La esperanza, la vida, el alma.

Todo, menos su dignidad.

Todo, menos su altivez.

¿Qué tenía ella ya que ver con un traidor que de tal manera la olvidaba y la posponía á otra mujer?

Todo estaba terminado.

Que era él, no podía dudarlo.

Él, que enamoraba á otra mujer.

Gomecillos observaba desde el fondo de un oscuro pasadizo.

Admiraba á la noble joven.

Comprendía que, si no escuchaba, era porque se lo impedía su pudor, su virtud, su amor, su altivez.

Isabel se retiró.

Buscó una puerta para salir de allí.

La encontró.

Estaba en un largo pasadizo húmedo.

Al fin de él se veía el reflejo de una luz.

Marchó hacia aquel reflejo.

Cuando torció, vió que la antorcha estaba en la mano de Gomecillos.

—¡Sacadme de aquí!... le dijo.

Isabel aparecía serena.

Había hecho un poderoso esfuerzo sobre sí misma.

Gomecillos se puso en marcha.

Muy pronto salieron de las ruinas.

El sol descendía.

Isabel despidió á Gomecillos.

—Idos, le dijo; desde aquí me volveré sola á mi casa.

—¿Y qué diré á mi señor? respondió respetuosamente Gomecillos.

—Decidle lo que habéis visto: añadid, además, que tiene algo que hacer, si no quiere que yo le desprecie, en el molino de la Morisca.

—Muy bien, señora, dijo Gomecillos: que Dios vaya con vuesamerced.

—Quede con vos.

É Isabel, transmontando una colina cercana, se dirigió á gran paso á la torre de Segura, que desde allí se desubría á lo lejos, descollando sobre una tupida masa de castaños.

Llegó á punto que el sol se ponía.

Se presentó á sus padres tranquila.

Como si nada hubiese pasado por ella.

Sus padres nada sospecharon.

No podían creer otra cosa, sino que Isabel volvía de practicar una de sus obras de caridad.

CAPITULO XL

En que se pone á Marsilla y Alejandra en camino de creer que la vida es sueño

Poco después de haber vuelto á su casa Isabel de Segura, cerrada ya la noche, y mientras la noble y desesperada doncella gemía encerrada en su aposento, arrojada sobre su lecho, se servía la cena en los subterráneos de las ruinas del *Valle Maldito* á los dos amantes.

Marsilla se encontraba bajo el múltiple imperio de las fascinaciones y de las debilidades á que le sujetaba su situación.

Ya hemos explicado esta situación bastantemente, y á la manera que nos ha sido posible.

No debemos, pues, insistir.

Marsilla estaba sujeto á una embriaguez que nunca cesaba completamente.

Ella deliraba de felicidad, dominada por influencias extrañas.

Cuanto comían, cuanto bebían tenía en su composición un filtro poderoso.

Un filtro que entorpecía las facúltades del alma.

Que las cerraba.

Que las hacía sentir y pensar lo que no hubieran sentido ni pensado fuera de aquella estancia.

Angiolina había logrado su objeto.

O por lo menos creía haberlo logrado.

Isabel de Segura sabía que su hermoso, su noble, su leal, su enamorado Marsilla, al que había creído incapaz de una traición, la engañaba, se olvidaba de ella, delirando unos amores infames entre los brazos de otra mujer.

Esto era lo que había pretendido Angiolina y lo que había logrado.

Una vez llegada á su objeto, tenía necesidad de libertarse de los celos que la causaba la unión de Marsilla y de Alejandra.

Había llegado la hora de que aquellos amores que podían llamarse, tratándose de Marsilla, el resultado de una múltiple embriaguez, terminasen.

Se había puesto un narcótico en la cena de los dos amantes.

Un narcótico que debía someterlos á un sopor profundo, á una inmovilidad de cadáver durante muchas horas.

Después se les conduciría.

No volverían á verse más.

Angiolina, impulsada por el incontrastable, por el terrible amor que había causado en ella Marsilla, no se detenía ante nada.

Removía cuantos obstáculos se oponían á su paso.

Continuaba su camino resuelta á todo.

Su aliado Gutier de Malespina la servía bien.

Estaba tan interesado como ella.

Como ella necesitaba hacer imposible la unión de Isabel y de Marsilla.

Dos horas después de haber anochecido, un escuadrón como de cien jinetes estaba cerca de las ruinas, en el *Valle Maldito*.

Estaban pie á tierra.

Conversaban en grupo.

Los hombres que componían este escuadrón eran compadres de la Cruz de fuego.

Entre ellos se veían dos anchas literas.

Aquellas literas estaban destinadas, la una á Alejandra.

La otra á Marsilla.

Cada una de las literas estaba sostenida por dos fuertes mulas.

Para conducir cada una de estas mulas se había destinado á un hombre.

El viento trajo desde muy lejos el sonido de una campana.

Era la de la torre de Segura.

Hacía oir el toque de cubre-fuego.

Hacía luna.

Una luna pálida y triste, cuyo mate reflejo aparecía horrible sobre el *Valle Maldito*.

Aún vibraba en el espacio el eco de las campanadas que partían de la torre de Segura, cuando apareció un hombre acompañado de una mujer en el negro boquerón de las ruinas.

Aquel hombre vestía el traje de los monteros libres.

Junto á él se veía un gran perro.

Ella, la mujer, vestía un traje extraordinariamente pintoresco.

El de los trovadores provenzales.

Eran Malespina y Angiolina.

—¡A caballo! dijo con voz breve, enérgica y gutural Malespina.

Se oyó el ruido que al montar producían los compadres á causa del choqne de las piezas de los arneses.

Inmediatamente se dividieron en dos escuadrones.

Entre cada uno de estos escuadrones quedó una litera.

Poco después aparecieron cuatro hombres por el oscuro boqueron,

Aquellos hombres traían un cuerpo humano inerte.

Aquel cuerpo era Marsilla.

Adelantaron con él hacia una de las literas.

La litera se abrió, y Marsilla fué colocado dentro de ella.

Se cerró en seguida.

—¡En marcha! dijo Malespina.

Uno de los dos escuadrones, llevando entre sí la litera en que Marsilla había sido puesto, partió.

Poco después aparecieron otros cuatro hombres, conduciendo otro cuerpo humano.

Era el de Alejandra.

Como Marsilla, estaba completamente aletargada.

Insensible.

La colocaron en la otra litera.

Cuando se cerró, Malespina repitió:

—¡En marcha!

El segundo escuadrón, llevando en medio la litera que conducía á Alejandra, partió.

Las dos tropas habían tomado distintas direcciones.

La primera hacia el Norte.

La segunda hacia el Mediodía.

Quedaron solos, sobre el *Valle Maldito*, y al pie de las ruinas, bajo la luz fatídica de la luna, Angiolina y el Maestre de los Compadres.

—Hé aquí que hemos hecho nuestra primera jugada, dijo Angiolina: la hermosa hija del castellano de Segura, sabe ya que su adorado Marsilla la ha hecho traición: que se ha olvidado de su amor por el de otra.

—¿Y creéis vos, señora, dijo Gutier de Malespina, que estamos mucho mejor que al principio?

—Hemos hecho cuanto nos ha sido posible hacer por el momento, y después haremos cuanto sea necesario: todo... todo... hasta el horror.

—Yo no sé si como va la aventura, será ó no será para vos favorable: en cuanto á mí, he perdido más que he ganado; Dios ó el diablo han hecho que venga delante de esa noble señora, una mujer de la cual yo no me acordaba.

—Estamos en los primeros pasos, respondió, y necesitamos mucha fe y mucha fuerza de voluntad para continuar hasta el fin: yo lo espero todo de mi fuerza y del

tiempo. Ahora, adiós, señor Gutier: yo voy á continuar en mi tarea.

—Y yo á vagar en torno del molino de la Morisca.

—¿Nos veremos mañana?

—Sí.

—¿Dónde?

—Donde vos queráis, señora.

—Pues bien: en este mismo sitio, al oscurecer.

Después de esto, se separaron.

CAPITULO XLI

De como á Angiolina le vino muy bien el dejarse prender

Angiolina se encaminó á la torre de Segura.

Llegó á su inmediación.

Se ocultó entre los árboles que por aquella parte orlaban la margen del Guadalaviar, y como á un tiro de ballesta de la torre.

Luego fué avanzando, cubriéndose con las peñas y con las accidentaciones del terreno, hasta llegar muy cerca de la torre, á unos negros paredones, muros antes de una casilla que había mucho tiempo había sido abandonada.

El lugar donde se había colocado Angiolina, caía á la parte adonde correspondía la cámara de Isabel de Segura.

En el momento en que estuvo oculta Angiolina, dejó oir un sonoro preludio de su laúd.

La deliciosa armonía se extendió por el espacio, y reso-

nó en la cámara de Isabel, á pesar de las vidrieras y de las maderas, que estaban cerradas.

El sueño huía de Isabel.

La ahogaban el dolor, el despecho y la desesperación.

Marsilla se había hecho imposible para ella.

Sentía un dolor más agudo que si Marsilla hubiese muerto.

No hubiera podido tener celos de la tumba.

Y Marsilla viviente, se representaba de una manera incesante á Isabel, rendido y enamorado, á los pies de una mujer.

Esto era para Isabel mucho más espantoso, mucho más terrible que la muerte de Marsilla, y que la suya propia.

Sólo entonces había comprendido Isabel cuánto amaba á Marsilla.

Cuando le creía perdido.

Sus cuidados, pues, la desvelaban.

La hacían sufrir un tormento infinito.

Un tormento insoportable.

Un tormento, para dar á conocer el cual no hay palabras.

Era ya cerca de la media noche, cuando llegó á ella la poderosa, la sonora, la al par dulce y sentida vibración del laúd de Angiolina.

Isabel se arropó.

Aquella melodía, en la situación terrible en que se encontraba, la irritaba.

La recordaba, á la par, un joven trovador que había encontrado desde hacía algún tiempo con frecuencia en sus excursiones caritativas á las aldehuelas, á los caseríos y á los apriscos de que era señor su padre.

Aquel trovador, que era hermosísimo, la había mirado con un gran interés.

Isabel había pasado altiva junto á aquel audaz mancebo, que de una manera tan insistente se ponía á su paso.

Inútil es decir á nuestros lectores que aquel joven y hermoso trovador era Angiolina.

Angiolina, que tan pronto aparecía como trovador, y como trovadora.

Cuando usaba el traje masculino, esto es, cuando su objeto era dejarse ver de Isabel, la encubría un distraz tan perfecto, que nadie podía creerla sino un mancebo hermosísimo de diez y ocho á veinte años.

Las aldeanas que encontraban al fingido trovador, palidecían de emoción.

Se enamoraban visiblemente.

Angiolina veía que producía el efecto deseado sobre ellas.

Quiso probar su poder de fascinación sobre las damas, y con su traje masculino hizo algunas excursiones á la villa de Teruel.

Más de una dama hermosísima, tan altiva como Isabel de Segura, había enviado á su dueña con un tierno mensaje para el hermoso provenzal.

Angiolina se había convencido de que, con su traje de hombre, y pareciendo un hombre, era irresistible, tanto para las de humilde cuna y toscas almadreñas, como para las damas de gran solar y alto coturno.

Sin embargo, había sido impotente para con Isabel de Segura.

Cuando Angiolina, cubriendo su sexo, convertida en

un hermosísimo mancebo, se había puesto á su paso y la había mirado con un ansia que no había tenido que fingir, porque sus celos junto á Isabel de Segura la ponían ansiosa, sólo había provocado una altiva mirada de desprecio.

Esto, que representaba la firmeza del amor de Isabel por Marsilla, obstinaba más y más á Angiolina.

Pero Isabel entonces tenía la seguridad del amor de Marsilla.

Nada tenía de extraño, pues, que resistiera á todo otro amor.

Después de conocer la traición de Marsilla, Isabel debía estar en otra situación de espíritu.

Debía sentir rabia y sed de venganza.

Por esto Angiolina había creído oportuno ir á cantar trovas de amores al pie de los muros de la torre de Segura.

Angiolina no estaba sola, aunque nadie apareciese á su lado.

Acá y allá, cerca de ella, pero ocultos por los árboles, por las malezas, por las peñas y por las accidentaciones del terreno, había una cincuentena de Compadres de la Cruz de fuego, en traje de monteros libres, con el encargo de proteger á Angiolina, y aun de obedecerla, fuese lo que fuese lo que les mandase.

Gomecillos mandaba aquellos cincuenta hombres, y andaba siempre al lado de Angiolina y á sus órdenes.

Pero había una orden secreta de Gutier de Malespina á Gomecillos, y particularmente á cada uno de los cincuenta, que podían llamarse la escolta, ó como se decía entonces, la guarda de Angiolina.

No debían obedecer, en manera alguna, una orden de ésta, que fuese contraria á la seguridad, á la dignidad de Isabel de Segura.

De lo que resulta que el Maestre de los Compadres no obraba completamente de buena fe respecto á Angiolina.

Sus servicios en favor de ella tenían un límite.

Este límite era todo lo que personalmente podía ofender, ó perjudicar, ó violentar á Isabel.

Angiolina lo comprendía esto.

Por lo mismo, aunque lo hubiera pensado, no se hubiera valido de los Compadres de la Cruz de fuego para apoderarse de Isabel.

¿Ni qué la importaba apoderarse de ella?

La bastaba con separarla moralmente de Marsilla.

Con hacerla sentir una herida en su dignidad.

Con irritarla contra él.

Si después de esto lograba ser *escuchado* por ella, enamorarla, someterla á su voluntad, su objeto se hubiera cumplido completamente.

Por eso Angiolina, creyendo el momento oportuno, se había ido á la media noche á dar música á Isabel de Segura.

Después de un largo y magnífico preludio, Angiolina, dando á su voz un tono varonil, cantó una amorosa trova.

Isabel, en vez de conmoverse, se irritó.

Y no fué esto sólo.

La trova llegó á los oídos del soberbio don Pedro de Segura, que por el momento no pudo comprender que hubiera quien se atreviese á enamorar de una manera tan

ruidosa á su hija, que hubiesen de apercibirse de ello sus escuderos y sus criados.

Sintió un impulso don Pedro de dejar el lecho y mandar á los de la guarda salieran y la emprendieran á golpes de cuerda con el audaz trovador trashumante.

Pero estaba en lo mejor de su sueño, y su cólera se ahogó en un bostezo.

Sin embargo, no pudo volver á dormirse.

Continuaba irritándole el largo ritornelo que punteaba de una manera admirable el músico.

Angiolina cantó la segunda estancia de su amorosa trova.

Entonces don Pedro de Segura no pudo más.

Su mujer, que tenía el sueño muy pesado, no había despertado.

La dejó dormir.

Echó mano á sus calzas y se las encajó.

Luego se metió por la cabeza un túnico.

Salió de su cámara.

Despertó á uno de sus escuderos, que dormía en una habitación inmediata.

—¿No oyes? le dijo.

—¿Yo? no, señor, contestó el escudero adormilado.

—Aplica bien el oído: ¿no oyes fuera un laúd?

—¡Ah!... ¡sí, señor!...

—Pues bien; vété á la guarda, y dí á Romualdo que salga con algunos y se apodere de ese pájaro nocturno. Veremos si hay quien se atreva impunemente á dar música á la unigénita del señor de Segura.

El escudero se levantó, se vistió, y fué á ejecutar las órdenes de su señor.

Poco después, el llamado Romualdo, con diez de la guarda, salió y se encaminó al sitio donde sonaba el laúd, donde Angiolina cantaba otra trova.

Angiolina, desde el lugar en donde estaba oculta, vió el movimiento de los que habían salido de la torre, yendo hacia donde ella estaba.

Iban en derechura y con marcada intención de prenderla.

—¡Pues mejor! murmuró Angiolina; me dejo prender: así entro de una manera magnífica en la torre de Segura. Me interrogará don Pedro... ¡pues mejor... mucho mejor!

Así es que, aunque tenía una pequeña bocina, con la cual podía apellidar socorro, no lo apellidó.

Llegó Romualdo con los diez escuderos.

Rodeó el paredón.

Angiolina le salió al encuentro.

—Sé á lo que venís, hidalgo, dijo á Romualdo, y á vos me entrego sin resistencia; pero ved lo que hacéis y cómo me tratáis, porque os advierto que soy yo el príncipe Miletto di Castellobianco, y os excomulgará el Santo Padre se me hacéis sufrir la menor violencia ó el menor atrevimiento.

Angiolina había dado á estas palabras un acento de todo punto romano.

Romualdo, que avanzaba decidido y descaradamente hacia ella, moderó su paso y sus maneras.

—Yo ruego á vuesamerced que me perdone este principio, dijo Romualdo, que encontró algo de grande en Angiolina; pero mi señor, que es su merced don Pedro

de Segura, ricohombre de Teruel, y castellano de la torre de Segura, me ha mandado prenderos.

—No os pido yo la razón de porque se me prende, dijo con altivez Angiolina, y con más marcado acento romano; vos sois muy poca cosa para mí; necesito que vuestro señor, por su propia boca, me satisfaga y os sigo.

—Vuelvo á suplicar á vuesamerced que me perdone, señor, dijo cortés y aun humildemente Romualdo: yo soy mandado por quien puede mandarme, y por mi lealtad me veo obligado á obedecer...

—¡Basta ya!... dijo Angiolina preso me doy. Guiad.

Romualdo no se atrevió á responder.

A cada momento le parecía más grande el príncipe Miletto.

Se puso en marcha.

Angiolina, con su laúd debajo del brazo izquierdo, y terciado el manto sobre el hombro derecho, le siguió.

Detrás iban los diez escuderos.

Los compadres de la Cruz de fuego que resguardaban á Angiolina, y que veían aquello desde los lugares en que estaban ocultos no sabían que hacer.

Se veía claro que la señora quería que la prendieran, cuando no había apellidado socorro.

Permanecieron, pues, inmóviles.

Pero atentos y preparados á todo.

Para ellos hubiera sido cosa de poca importancia embestir la torre.

Eran fieras.

Estaban á las órdenes de Gomecillos.

Gomecillos era punto menos de terrible, que el mismo Gutier de Malespina.

Este no había hecho sonar la bocina, dando la señal de acometer á los que estaban ocultos.

Por todas estas razones permanecieron inmóviles.

Angiolina, prendida por Romualdo, y seguida por los diez escuderos, llegó á la torre de Segura y entró en ella.

CAPITULO XLII

En que se ve de qué manera urdía la trama Angiolina

Se preparaba una escena de un término serio.

Romualdo hizo esperar á Angiolina en el negro aposento de la guarda, que ocupaba el hueco de la torre de la derecha de la entrada de la poterna.

—Despachad pronto, para que yo salga cuanto antes de esta zorrera indigna de mí, dijo á Romualdo Angiolina.

Romualdo la dejó oir otra respetuosísima excusa, y subió á buscar á su señor.

Pero don Pedro, que tenía por seguro que los suyos se apoderarían del nocturno músico, le darían un rapapelo y le encerrarían hasta nueva orden, dominado por el sueño, había vuelto á acostarse.

Romualdo llegó á la puerta de la cámara de don Pedro, y llamó.

Bostezó don Pedro.

Contestó de muy mal humor, enviando á los diablos á Romualdo.

Éste insistió, y manifestó desde la parte de afuera, y pegando la boca al quicio de la puerta, para ser oído mejor, que tenía que manifestar cosas gravísimas.

Vino en ropas menores al otro lado de la puerta don Pedro.

—¿A qué esta temeridad? exclamó: ¿ha muerto del expulso que le habéis dado el maleante, ó está muy malo?... Sea como fuere, no había para que incomodarme.

—Ese señor... dijo Romualdo.

Don Pedro no le dejó continuar.

—¿Cómo, señor?... exclamó: ¿señor te atreves á llamar á ese vagabundo?... ¿qué viene á ser esto?

—Ese señor... dijo Romualdo, temblando todo, porque conocía el genio de su amo, es un señor príncipe romano.

—¡Cómo!... ¡un príncipe romano!... exclamó con extrañeza don Pedro.

—Sí, señor; y debe estar muy bien con el Santo Padre, porque nos ha amenazado con la excomunión si le faltábamos en lo más mínimo al respeto.

—¡Sois unos simples!... exclamó don Pedro: creéis todo lo que os dicen.

—¡Ah, señor, que hay mucho señorío y mucho poderío en ese señor príncipe!...

—¿Te huele á tí á príncipe, Romualdo?

—Sí, señor; con un olor que trasciende.

—Pues entonces, súbelo á la cámara de honor: pero ten en cuenta que como no sea príncipe te desuello.

—Si príncipe parece ó no, vuesamerced lo verá, dijo Romualdo.

—Pues vé, vé, y no te detengas, dijo don Pedro.

Y se fué para adentro, y empezó á vestirse.

Angiolina, fué conducida á la cámara de honor.

Don Pedro tardó en aparecer, media hora larga.

Y esto que había procurado vestirse de prisa.

Salió gravemente.

Se dirigió á Angiolina.

—Guárdeos Dios, señor don Pedro de Segura, dijo Angiolina, saliéndole al encuentro y tendiéndole la mano.

—Ignoro á quién hablo, dijo con extrañeza don Pedro: me han dicho que se trataba de un príncipe; pero á la verdad, yo no veo más que un trovador.

—Doctor de la *Gaya scientia* de la Academia de Tolosa, dijo Angiolina.

—No entiendo bien eso.

—Los reyes y los príncipes se honran con el título de trovadores, dijo Angiolina.

—¡Pero vos... vos... esto es lo importante! dijo ya de mal humor don Pedro.

—Yo soy, para serviros, el príncipe romano Miletto de Castellobianco, dijo Angiolina.

—Yo me guardaré de dudar de vos, dijo don Pedro; pero sin embargo, os encuentro de una tal manera, que necesito una prueba.

—Yo os daré una carta para mi amigo el rey de Aragón.

—¡Ah! exclamó don Pedro: ¿es vuestro amigo el rey de Aragón?

—Amiguísimo: mientras que el mismo rey os dice quién soy yo, tenedme en vuestra torre á buen recaudo.

Don Pedro de Segura, miraba con un franco recelo á Angiolina.

Pero no descubría que fuese una mujer, ni aún lo sospechaba.

Parecióle Angiolina un garzón hermosísimo, y nada más.

Veía en ella una gran delicadeza en la forma, y una gran crianza.

Pero no comprendía que siendo príncipe, y de luengas tierras, no menos que de Roma, hubiese venido á tañer el laúd, y á cantar como un trovador cualquiera, como los que iban por el mundo buscándose la vida, al pie de los muros de su torre.

Verdad era que en aquellos tiempos, no ya sólo ilustrísimos caballeros, sino también altísimos príncipes, y aún venerables prelados se honraban con el nombre de trovadores.

Verdad era que algún egregio trovador, si se había de creer á su dicho, había ido á la torre de Segura á decir amores á Isabel, por lo cual don Pedro le había creído merecedor de una paliza.

Suponiendo que, en efecto, aquel buen mozo fuese lo que decía, se sentía halagado, y muy halagado don Pedro, por aquel amor que á una tal y tan nobilísima persona, había llevado hasta el punto de ser preso, y puesto á la contingencia de un mal tratamiento.

Y si era príncipe, ¿cómo era que no había llevado servidores?

Si los había llevado, ¿cómo no le habían defendido?

Si, en efecto, el rey le conocía, ¿cómo era que no traía alguna carta ó papel del rey que le asegurase?

Todo esto metía en confusiones á don Pedro.

—Yo quiero creer todo lo que me decís, exclamó al fin don Pedro, ¿pero cómo me probaréis la verdad de vuestro dicho?

—¿Me permitiréis que escriba, mi respetable señor? dijo Angiolina.

—Escribid todo cuanto queráis, dijo don Pedro: voy á llamar para que os traigan con qué.

—Muchas gracias, respondió Angiolina; pero no hay necesidad: yo siempre llevo conmigo recado.

Y quitándose una especie de zurroncito de seda que llevaba á la espalda, se fué á la mesa, que en el centro de la cámara había, y donde había dejado al entrar su laúd y su caperuza, y poniendo, sobre ella el zurrón, sacó de él un tintero de plata atornillado, y de un tubo de plata también, un pergamino.

Se puso á escribir de pie.

Mientras escribía, don Pedro se estuvo paseando por la cámara.

Aparecía profundamente abismado en sus pensamientos.

Angiolina estuvo escribiendo durante algunos minutos.

Al fin acabó, y dijo:

—¿Queréis oir, señor don Pedro?

—Con toda mi voluntad, dijo el ricohombre deteniéndose y yendo junto á la mesa.

«Señor rey don Pedro II de Aragón *el Católico* y *el Caballero,* mi real primo...»

—¡Cómo!... ¡qué!... ¡vos! dijo don Pedro con asombro. ¿Primo sois vos de su señoría?

—¿No sois vos par y primo en estos reinos, señor don Pedro? dijo Angiolina.

—Yo soy ricohombre de Aragón.

—Y yo infante.

—Pero de extraños reinos.

—Aún no sabeis vos lo que yo puedo tener en Aragón, dijo con un acento imperioso; con un cierto acento de autoridad Angiolina: hacedme la merced de seguir oyendo.

Don Pedro se sentía hasta cierto punto dominado.

Era mucho el aplomo con que hablaba Angiolina.

Ella continuó la lectura:

«Habéis de saber, señor y pariente mío, que á aquellas mis tierras de Roma, donde vos, al lado de mis padres tan sabrosos momentos pasasteis, cuando allá fuisteis á que mi muy santo, también pariente, el Papa, os coronase...»

—¡Cómo!... ¿qué?... dijo don Pedro: ¿pariente sois también de Su Santidad?

—Pues ¿y con quién creéis que estáis hablando mi señor don Pedro de Segura? dijo sonriendo y con un grande afecto Angiolina.

Don Pedro empezaba á aturdirse.

Angiolina crecía delante de él á palmos.

Era ya casi un gigante.

—Permitidme que continúe, dijo Angiolina; y yo os suplico que no me interrumpáis; que si sobre lo que he

escrito habéis de hablar á cada paso palabra, no acabaremos en un año.

—Mi palabra os doy de no interrumpiros, y de esperar hasta el fin, sea cual fuere la gravedad de lo que leyereis.

Angiolina siguió:

«Llegó no há mucho la fama de la gran hermosura, de la gran virtud y de la gran nobleza de una doncella, que es tal, mi amado primo, que yo os juro que no tenéis en vuestros reinos mayor ornamento ni cosa que más valga.

»Los encarecimientos de su hermosura y sus buenas prendas, han volado por todos los ámbitos de la tierra, y cuando yo los oí, en aquel punto y sin conocerla, de ella prendéme, y conocerla me propuse, y para ello, á estas vuestras tierras de la jurisdicción de Teruel me he venido, y con tales ansias é impaciencia por conocer á esa bellísima y portentosa doncella, que ni á veros he ido, ni de mi llegada á vuestros reinos en que yo también una buena parte tengo, os he avisado.»

A punto estuvo don Pedro de interrumpir á Angiolina, pero se acordó de que había dado su palabra de guardar silencio hasta el fin, y se contuvo.

Angiolina prosiguió:

«Esta maravillosa doncella, por la cual moriré ó mataré, y sabe Dios lo que me sucederá ó sucederá á otros, que ya sabéis, señor, que cuando yo me propongo una cosa, en nada me detengo hasta conseguirla, es doña Isabel de Segura, en la cual Dios ha extremado sus maravillas.»

Otra vez estuvo á punto don Pedro de interrumpir á Angiolina.

Pero se acordó de su palabra, y como buen noble aragonés la respetó, y se contuvo, aunque á duras penas, y haciendo un violento y meritorio esfuerzo.

Pero por la agitación é inquietud con que se agitaba sobre su sillón, se conocía que peleaba con algo que le tenía muy á punto de cualquier cosa.

Continuó su lectura Angiolina:

«He llegado, señor primo; he visto su portentosa hermosura, y si enamorado de oídas estaba, de vista tan apasionado de ella he quedado, que os aseguro que toda dificultad que por delante se me ponga he de romperla; y mi esposa he de hacerla aunque no lo quiera ella, ni lo queráis vos, ni lo quiera el Papa, ni lo quiera su padre.»

—¿Qué padre es ese: el padre del Papa ó yo? exclamó don Pedro de Segura, aunque no sabía ni una palabra de gramática.

—Vos, respondió tranquilamente Angiolina; pero habéis faltado á vuestra palabra: me habéis interrumpido.

—Es que, en llegando á ciertas partes, exclamó don Pedro de Segura levantándose con energía, al mismo Padre Eterno con todas sus barbas interrumpo yo.

—Ni un cristiano debe tomar en balde el Santo nombre de Dios, dijo con un grande aplomo Angiolina, ni un aragonés puede ni debe faltar á su palabra por nada del mundo. Me habéis prometido guardar silencio hasta el fin. Oid, pues:

«Capaz soy de congregar mis ejércitos y de hacer guerra, no sólo á los hombres, sino también al infierno si necesario fuese.

»Mía ha de ser doña Isabel, ó yo de la muerte y de la condenación; que si yo sin lograrla muero, moriré desesperado y me condenaré.»

Se agitó de nuevo, inquieto en su sillón, don Pedro de Segura.

Pero obligado por la palabra, no despegó los labios sino para resollar fuerte.

Sudaba el hombre, aunque la estación no era para sudar.

«A buscarla he venido á su propia casa, á la fortaleza de su padre, que es uno de los más grandes caballeros que espada ciñen y espuela calzan; digno de tener una tal hija y de que vos le favorezcáis y le honréis por cuantas maneras os fuese posible.»

Esto no le pareció del todo mal á don Pedro de Segura, y se le calmó un tanto la irritación.

«De noche me he venido á dar música á la señora de mi alma, continuó Angiolina: sabía yo bien que el señor don Pedro de Segura no podría sufrirlo, y cazaría al músico.

»Así ha sucedido.

»Yo me he dejado cazar.

»Necesitaba hablar con el padre de mi esposa.

»Ante él estoy, leyéndole esta carta.

»El señor don Pedro, cuando yo le he dicho que soy vuestro primo, y ahijado del Papa, creerme no ha querido; y para que lo crea os escribo.

»Enviad, leído que hubiereis esta carta, con uno de los más grandes oficiales de vuestra casa, una vuestra real carta, por la que se averigüe quién es el príncipe Miletto de Castellobianco, y en la que se conceda una gracia por su consentimiento al señor don Pedro de Segura; y aseguradle, y en ello me haréis una gran merced, lo placenteramente que vos veréis el verme casado con su hermosa hija: y pues que ya en su casa he entrado, y con él he hablado, concededle por solo esto, y para memoria de que en su casa me tuvo, y conmigo habló, las tierras de Teruel; y venga la respuesta en seguida, y salga yo de penas; que seguro es que, si vos le pedís al señor don Pedro la mano de su hija para mí, que me la conceda.

»Y sin más por hoy, y hasta la vista, que será cuando mis bodas; que rogando á Dios quedo, para que os conceda cuantas grandezas y venturas deseareis.

»Vuestro amantísimo primo,

»El príncipe Miletto de Castellobianco.»

Angiolina enrolló este pergamino.

Le selló con un sello de plomo, que colgó de unos hilos de seda que del pergamino pendían, lo dió á don Pedro de Segura, y le dijo:

—Enviadlo ahora mismo con un escudero que sea muy

jinete, y que sepa reventar caballos, á Barcelona, donde el rey se encuentra.

—Sí que lo enviaré, dijo don Pedro: y os aseguro que si el rey no responde de la manera que es menester, que yo haré con vos lo que hacer debo.

—Ya lo creo: me daréis vuestra hija.

—Aunque seais más príncipe que todos los príncipes de la tierra juntos, dijo don Pedro, yo os prohibo que me volváis á hablar ni una sola palabra de esto; y os aviso que haréis muy bien en olvidaros de mi hija, y tal, como si no la hubieseis conocido.

—Eso no puede ser, señor don Pedro, dijo Angiolina, que antes perderé yo la vida que de mi señora doña Isabel me olvide; y dígoos que si cuando el rey mi primo os contestare, y por lo que veáis no pudiereis dudar de quién soy, y de cuán digna y grandemente podéis casar á vuestra hija casándola conmigo, tomarélo á injuria, y os haré la guerra de poder á poder; y si os venciere, como á vencido os trataré, y sin misericordia, porque vos para mí no la habéis tenido.

—Aunque sea cierta vuestra grandeza, dijo don Pedro, no seréis esposo de mi hija.

—Muy de prisa habláis, señor don Pedro.

—No, sino muy despacio, como quien anda cargado con el peso de su palabra.

—Ya sé que estáis empeñado con dos que á la par pretenden á vuestra hija: y no os pido yo que á vuestra palabra faltéis, ni lo necesito, que vos no habéis prometido casar á vuestra hija con un muerto.

—¡Eh!... ¿qué decís?

—Dígoos que por lo mismo que vos os habéis empeñado, y con ciertas condiciones, con don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín, y con don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, señor de nada, yo los tengo á los dos por mis enemigos irreconciliables, y de ellos os libraré y libraréme, matándolos al uno después del otro en combate singular. Y no hablemos más de esto, y porque vuestro prisionero soy, y prisionero noble, guardadme en buen hora, pero aposentadme como ser aposentado debo... y durmamos, que el sueño os turba, y yo, que por nada pierdo mi calma, de sueño me caigo, y reposar quiero, y tanto más, cuanto que estoy seguro de soñar con vuestra hija.

Mordióse los labios don Pedro.

Pero se contuvo como cumplía á su hidalguía.

Y á más que se había sublevado su ambición y su codicia; y le pesaba, cuando un tan buen partido se le presentaba para su Isabel, haberse comprometido con don Rodrigo y con Marsilla.

Trató, pues, con gran mesura y respeto á Angiolina.

Llamó á cuatro de sus más hidalgos escuderos, y les mandó que guardasen, pero que á la par sirviesen como si fuese un gran personaje, al trovador.

Después de esto se despidió de Angiolina.

Ésta fué conducida á la misma habitación en que algún tiempo antes había estado aposentado Marsilla.

Angiolina pidió de cenar.

Se la sirvió convenientemente, porque la cocina de don Pedro estaba bien provista.

Después de esto, se recogió.

Estaba contenta.

Para ella era indudable que el resultado de su intriga sería el rompimiento definitivo de Isabel con Marsilla.

Estaba resuelta á todo.

Su imaginación buscaba nuevos resortes para la intriga.

Era necesario que quedase de todo punto libre Marsilla.

Entretanto, don Pedro de Segura consultaba con su mujer.

El caso era grave.

Doña Margarita oía á su marido, y callaba.

Era madre, y lo que la importaba más era la felicidad de su hija.

Sabía demasiado doña Margarita que, sobreviniera lo que sobreviniera, Isabel no podría olvidar á Marsilla, sin morir.

Al amanecer partió un jinete para Barcelona, con la carta de Angiolina para el rey.

CAPITULO XLIII

De la conversación que tuvieron don Pedro de Segura y su mujer doña Margarita de Centellas

Don Pedro de Segura no pudo volver á dormirse.

Doña Margarita, que se había despertado, le había preguntado lo que sucedía.

—Sucede, dijo don Pedro, que en mal hora he comprometido yo mi palabra, tanto con Don Rodrigo de Azagra, como con don Juan Diego Marsilla. Y una vez comprometida la palabra, fuerza es cumplirla: pero, en fin: en seis años y días que faltan, puede esperarse todo.

—¿Y qué es lo que hay que esperar? dijo doña Margarita.

—Que Dios cambie las cosas.

—¿Y qué hay que cambiar?

—Supongamos que don Rodrigo va á la guerra...

—Pues por supuesto.

—Que va á la guerra Marsilla...

—Pues no hay que dudar de ello.

—Que los matan.

—¡Válgame Dios!... ¡y qué cosas decís, señor mío!... y después de la media noche... á la hora que dicen andan sueltas las almas en pena.

—Si en almas en pena se quedaran los dos, dijo tranquilamente don Pedro de Segura, seríamos muy felices.

—Pero ¿por qué, señor, por qué?

—¡Ahí es nada!... dijo don Pedro: ¡un gran príncipe que se nos entra por las puertas, y enamorado como un loco de nuestra Isabel!

—¿Qué habláis de un gran príncipe?

—¡No menos que primo carnal del rey don Pedro, y ahijado del Papa... y qué sé yo que más!... Si yo no hubiera empeñado solemnemente mi palabra con esos dos, nuestra Isabel sería una gran princesa... ¡quién sabe si una reina!...

—¡Pluguiera á Dios, dijo doña Margarita, que sin ser reina, ni aun siquiera princesa, nuestra Isabel no fuera desgraciada!

—¡Bah!... ¡Reíos vos, esposa mía, de las desgracias por el amor!... Los amores de los jóvenes son sueños que, cuando no se logran, pasan: una mujer honrada, no puede ni debe amar á otro que á su marido, ni puede ni debe tener por marido otro que aquel que la da su padre: así se casan todas... así os habéis casado vos, y me habéis amado siempre.

—Ello es cierto, señor, contestó doña Margarita; pero yo no había amado, ni poco ni mucho á nadie, mientras que nuestra Isabel ama, casi desde que nació, al hijo de nuestro buen amigo don Martín Garcés de Marsilla.

—¡Vuelta á vuestro pío de siempre! dijo incómodo don Pedro: sois la madre de más blandas entrañas que hay en el mundo... ¿no me dejaréis acabar?

—Isabel está triste; Isabel está pálida...

—Vos la consentís demasiado: vos tenéis con ella confianzas que no debéis tener.

—Os juro que si nuestra Isabel no se casa con don Juan Diego, se nos muere.

—Vos lo creéis así porque vos lo creéis todo, señora mía.

—Vos no conocéis á nuestra Isabel como yo la conozco: nuestra Isabel ama á don Juan Diego como yo os amo y os he amado, y no digo más porque más no puede amarse, porque es lo cierto que yo no quería á nadie cuando con vos me casé.

—Ya me lo habéis dicho dos veces, señora, dijo don Pedro; y á mí me parece que cuando vos conmigo os casasteis, se fué uno á la guerra, y allí se metió en tales peligros, desesperado, que al fin le mataron, y vos anduvisteis seria lo menos seis meses, que no había quien os hablara.

—Figuraciones vuestras son esas, esposo y señor, dijo doña Margarita, no sin alguna precipitación: vos siempre habéis sido receloso, y esto me ha ofendido en gran manera; porque quien duda de su mujer, la

injuria, y yo no he dado motivos para que vos me injuriéis.

—Si me los dierais, muerto os hubiera, contestó don Pedro; que no habría yo sufrido, ni sufriré nunca, ni la más leve mancha, ni aún sombra de ella en mi honra; pero de esto no hablemos, que sólo la suposición de la afrenta me pone en la cabeza no sé qué cosas negras. Buena habéis sido; yo no tengo por qué negarlo; y como habéis sido, sois y seréis buena, así lo será Isabel, porque es hija mía y vuestra, y en la sangre que la hemos dado no cabe infamia. Ella se casará con quien yo la mande que se case, como vos os casasteis, y se ha casado y se casará toda noble doncella.

—Isabel se casará con quien vos la deis por esposo, sin replicar, y sin quejarse, y aun poniendo buena cara; pero morirá, si aquel con quien se casa no es don Juan Diego: y vos y yo tenemos la culpa del amor que la triste tiene agarrado á las entrañas, y del que don Juan Diego por ella tiene en el corazón; que por más casados no podemos darlos, puesto que sus almas se han unido; como que desde niños, y como quien dice, se han criado juntos.

—Os digo que vos no salís del primer cuento, señora mía, y que por inocente creéis en cosas en que una criatura no creyera. Atormentado me tenéis con estos amores de Isabel y de don Juan Diego; y ya veis que yo no he podido hacer más, porque amando á nuestra hija una tal persona, y tan igual nuestra, y muchísimo más rica que nosotros, como don Rodrigo de Azagra, plazo he dado á don Juan Diego, para que se vaya por esos mundos á buscar fortuna; que por más que él sea de tan buen linaje

como nosotros y como el rey, hombre pobre no sirve, ni puedo yo privar á mis nietos de la herencia de su padre, y sólo á la herencia materna reducirlos, que esto no sería justo.

—Ya sabéis que el desventurado de don Juan Diego, no quería tampoco casarse con nuestra Isabel sino trayendo al matrimoniarse otro tanto que lo que ella aportare. Y esto me parece á mí que podrá venir á una gran desgracia; que si andando por el mundo, apartado de nuestra hija y corriendo aventuras, don Juan Diego, que es muy hermoso y muy *apetescible* para las damas, encuentra alguna, tal vez infanta ó princesa que de él se prenda y que le *apetezca,* y le haga dar en la tentación del poder y de la ambición, y con ella se case, yo no sé lo que podrá ser de nuestra hija; que en verdad os digo, que para la triste, no hay nada en el mundo más que nosotros, que somos sus padres, y don Juan Diego, á quien por mucho tiempo y accediendo á sus infantiles amores hemos dado más logro que el que debiéramos, pues como á su alma le mira.

—Pues yo os digo, señora mía, que si yo no hubiera empeñado mi palabra, de una parte con don Rodrigo de Azagra, y de otra con don Juan Diego, y con los dos condicionalmente, me alegraría mucho: y habéis de saber que si en la guerra los mataran á los dos, (no se lo deseo), no había de entristecerme; y si libre me dejaran los dos de mi palabra, porque de otras damas se prendaran, y con ellas se casasen, me alegraría, y me vestiría de colorado, y haría una solemne función de gracias á Nuestra Señora del Pilar.

—¿Y por qué eso, señor mío? preguntó doña Margarita.

Entonces don Pedro la contó su encuentro con el príncipe romano Miletto de Castellobianco, y cómo éste había escrito al rey para que de él respondiese, y que un escudero partiría al amanecer, con la carta, para Barcelona.

—Pues dígoos, contestó doña Margarita, que había oído su relato con una grande atención, que me da mucho en qué pensar ese príncipe, que sin más ni más, y porque en Roma oye hablar de una hermosa doncella aragonesa, á buscarla se viene, y en vez de darse á conocer con todo el boato y fastuosidad que á un tan gran príncipe corresponde, de trovador se disfraza, y con músicas se viene á la media noche, á la señora de sus pensamientos, dando ocasión para que se le prenda: y dígoos, que á pesar de la carta que al rey ha escrito, no debemos descuidarnos al confiar en él, que no sabemos lo que tras todo eso puede haber oculto; que ya sabéis bien que al señor rey don Pedro no le parece costal de paja nuestra hija, y que más de una vez os ha dado á entender que si saliere bien del pleito que con la reina doña María tiene en Roma, y el Papa le solventa de su matrimonio, ó doña María se muere, daríase por contento con tener por mujer á nuestra hija; que yo no sé lo que nuestra Isabel tiene, que todos de ella se prendan hasta volverse loco; y dígoos que hubiéramos hecho muy bien en casarla con don Juan Diego, á pesar de ser pobre, y así no estaríamos con temor, y quitados de peligros: que segura estoy de que á todos cuantos hombres la ven hace cautivos de amor; yo creo que en peligro la tenemos, y en peligro esta-

mos de empeños y de aventuras que mucho nos den que hacer.

—¡Ay! ¡triste del que venturas busque en mi casa, dijo don Pedro, que no irá por la penitencia á Roma!... ni temáis que nadie á nada se atreva con don Pedro de Segura, que nada le espanta; y que tiene bien probado que sabe castigar al que le ofende.

—Pues dígoos yo, señor mío, que en cuanto amanezca soltéis á ese señor príncipe trovador, y le prohibáis el que ni aún siquiera vuelva á pasar á la vista de nuestra torre, porque yo no sé lo que me temo de esa persona.

—No puedo, dijo don Pedro; porque, una de dos; ó es, como él dice, un gran príncipe, y en ese caso de mi casa no puedo echarle así, como á un pelón cualquiera, ó no lo es, y entonces debo castigarle por la burla que de mí habría pretendido hacer; y como el que ha ido á llevar la carta al rey, no tardará menos de tres días en llegar á Barcelona, y allí, por pronto que el rey le despache, habrá de estarse otros dos, y otros tres en volver tardará, hé aquí que durante ocho días, por lo menos, hemos de tener aposentado á ese señor príncipe, que bien creo yo que lo sea, que la grandeza se le conoce; y si no fuese príncipe, y de los grandes, tan grande no pareciera; y ya sabéis vos que con otros príncipes estoy acostumbrado á tratarme, y no me engaño tan fácilmente: y no se hable más de esto, que sueño tengo y descanso necesito, y mañana será otro día, señora, y veremos lo que se hace, y más no hablemos, que todo será en balde, y ya sabéis que de un propósito mío no me arranca un temblor de tierra.

—Pues reposad, señor mío, cuanto quisiereis, y á placer, dijo doña Margarita, que por el respeto, y el amor, y aún el miedo que á su marido tenía, no se atrevía á seguir en la conversación.

Poco después, los dos esposos dormían como dos bienaventurados.

No tenían todavía nada que les inquietase duramente.

CAPITULO XLIV

De cómo si Galcerán abusaba, sus abusos venían á ser útiles

Entretanto, los dos escuadroncillos de Compadres de la Cruz de fuego, que conducían en distintas direcciones y aletargados á don Juan Diego y Alejandra, seguían su camino á buen paso.

Los unos llegaron tres días después, por la noche, á Barcelona.

Se dirigieron á la cueva.

Allí dejaron á don Juan Diego, á quien habían frotado las sienes con un cierto licor.

A la media hora Marsilla había vuelto en sí, con la cabeza pesada, como aquel sobre quien ha pasado una negra y horrenda pesadilla.

Se incorporó.

Se encontró á oscuras.

Pero allá, al fondo, por una extensa abertura, se veía una opaca claridad.

Era la del reflejo de la luna.

Se levantó, y hacia aquella claridad se fué.

Llegó á ella, y entonces, mirando con más atención, vió que estaba al pie de la montaña de Montjuich, al otro lado de la ciudad.

¿Qué era aquello?

¿Cómo se encontraba allí?

Recordaba imperfectamente todo cuanto le había acontecido en los lugares donde había estado, y que él no podía saber cuáles fuesen.

Pero tan extraño le parecía todo lo que le había sucedido, que empezó á dudar de que todo no hubiese sido más que un sueño.

¿Pero cómo era que se encontraba en la cueva de Montjuich, y con su mismo traje, y sus mismas armas?

Marsilla no podía explicarse esto.

Empezó á creer que durante algún tiempo había estado encantado, y que todo lo que había visto y sentido, no habían sido más que visiones de su encantamiento.

Estas eran ideas muy recibidas en aquellos tiempos.

Nadie dudaba de los encantos.

Al que de ellos hubiera dudado, se le hubiera tenido por descreído.

Le duraba la imaginación de Alejandra, y de una manera poderosa.

Pero volvía á predominar en él, de una manera absoluta, el amor de Isabel de Segura.

Marsilla no podía comprender cómo, por otra mujer,

había podido, ni durante un sueño, olvidarse de su Isabel.

Miró Marsilla las estrellas, y por ellas conoció que aún era prima noche, y que faltaba aún tiempo bastante para volver á la ciudad, antes del toque de cubrefuego, tras el cual se cerraban las puertas.

Púsose en marcha, y se sintió muy fatigado.

Al mismo tiempo se le iba la cabeza y se le abrasaba el corazón.

Se le presentaba el recuerdo inmediato de Angiolina, tras él le acometía el inolvidable de Isabel.

—Sí, sí, dijo: todo esto no debe haber sido otra cosa que un encantamiento: de otro modo yo no hubiera podido ofender á mi Isabel.

Acordábase asimismo Marsilla de su malaventurado salto, cuando perseguía al ciervo, y que por él había pasado algo que le había hecho perder el sentido.

Veíase al volver en sí en una desconocida cámara, de noche, y teniendo junto á sí á una mujer enamorada que él veía confusamente entre su delirio.

Iba pasando de imagen en imagen confusamente.

Sentía que por él pasaba otra sombra.

Otro letargo.

Se encontraba en otro lugar diferente.

Siempre junto á él estaba la enamorada dama.

Marsilla creía que era la misma.

Venía después el recuerdo punzante de sus amores con Alejandra.

Aquellos amores en que le había hecho creer la debilidad de su cabeza.

Todo esto era para Marsilla completamente confuso.

Inexplicable.

Había estado sujeto, desde que había caído en poder de los Compadres, ya por un estado de letargo, ya de embriaguez ó de delirio.

Se afirmó, pues, en que todo lo que había pasado por él, no había sido otra cosa que un encanto.

¿Pero cuánto tiempo había estado encantado?

Esto era lo que él no podía decir.

Había oído decir, y creía, que un encantado puede estarlo durante años, y aun siglos, sin que sienta correr el tiempo, y creyendo al ser desencantado que se encontraba en la misma hora, en el mismo punto en que le cogió el encantamiento.

¿Se encontraría él entre una generación nueva, á la que no conociera?

Pero cuando llegó á las puertas de la ciudad, se convenció de que, aunque mucho tiempo hubiera permanecido de aquel modo, se encontraba aún entre gentes de su generación.

Los almogávares, que estaban de guarda en la puerta, tenían las divisas de don Pedro II *el Católico*.

Pero el maligno encantador podía muy bien haberle tenido sujeto á su encanto seis años, seis meses, nueve días, tres días y un día, y en ese caso habría perdido la mano de Isabel.

Este pensamiento fué para Marsilla igual que si le hubieran echado un dogal al cuello.

Apresuró el paso para llegar á la Plaza Real.

No se le había ocurrido preguntar á los almogávares, en qué día, qué mes y qué año estaban.

Después de haber pasado de la puerta, no había encontrado una sola persona.

Era ya tarde.

No pasaba una sola persona por las estrechas, oscuras y silenciosas calles, y débilmente iluminadas por la luna, que no pasaba de la parte alta de las casas.

Llegó al fin á la Plaza Real, y á la puerta de la hostería de *Los Tres caballeros negros,* á punto que iban á cerrarla, porque ya sonaba el toque de cubrefuego.

Entróse Marsilla y subió á su aposento.

Antes de entrar, le sorprendió el escuchar dentro de él un ruido extraño.

El criado que le acompañaba se sonrió.

—¿Qué es eso? le preguntó Marsilla.

—No sé, dijo el criado; pero me parece que el escudero de vuesa merced se trata bien.

—Y decidme: ¿cuánto tiempo he estado fuera?

Miró con extrañeza el criado á Marsilla, y contestó:

—Yo creo bien que vuesamerced ha estado más de un mes fuera de casa.

—¡Ah, no más que un mes! dijo con alegría Marsilla asombrando más y más al mozo, que no acertaba á explicarse aquella singularidad.

Entróse, acompañando siempre á Marsilla.

Encontró en ésta á Galcerán, sentado á la mesa con otros siete ú ocho de su linaje, copa en mano, y ya todos más que medianamente levantados al paraíso de Baco.

Galcerán ocupaba, sentado en el gran sillón, el lugar de preferencia.

La mesa estaba cubierta de manjares.

Se chocaban las copas.

El estruendo era infernal.

Galcerán se daba una buena vida con los amigos.

Por el momento, ni él ni ellos repararon en Marsilla.

Este adelantó.

Tomó la espalda á Galcerán.

En el momento en que éste iba á apurar la copa que de llenar acababa, cayó entre sus dos hombros un formidable cintarazo.

Cayósele de la mano la copa.

Lanzó un grito de sorpresa y de dolor á un tiempo.

El cintarazo había sido de primer orden.

Como administrado por la poderosa mano de Marsilla, y con una ocasión tal, como la del atrevimiento de Galcerán.

—¡Pícaro! exclamó al sacudir Marsilla: ¿y esta es tu tristeza por no saber lo que durante un largo mes ha sido de tu señor?

En cuanto á los conmilitones de Galcerán, cuando vinieron en conocimiento, que fué en un punto, de que el que aparecía sin que se le esperase, y al aparecer pegaba, era el amo de Galcerán, abandonaron el campo, y desaparecieron.

Quedaron el uno enfrente del otro, Marsilla y su escudero.

Cuando éste vió á su amo, espada en mano, y con inequívocas muestras de continuar midiéndole las espaldas, se arrojó de rodillas ante su amo y con las manos juntas quedó en la actitud más humilde y cicatera del mundo.

Se habían quedado solos.

—¡Yo no sé cómo no te rajo, infame!... exclamó Marsilla.

—¡Señor! contestó Galcerán: yo me consolaba.

—¡Que te consolabas, mal nacido!

—¡Ah! ¡sí, señor! yo no podía vivir sin saber lo que había sido de mi buen señor; me ahogaba y para desahogarme bebía.

—Levántate, le dijo Marsilla.

Galcerán se levantó.

—Adelanta dos pasos, dijo Marsilla.

Galcerán hizo un gesto indescribible, y dió los dos pasos.

—Frente á tu espalda, dijo Marsilla.

Lo que quería decir:

—Te apalearé á mi gusto.

Galcerán obedeció, y tomó resuello.

Y no en vano.

Su amo le propinó una media docena de vigorosos espaldarazos.

Galcerán se mantuvo firme cuanto le fué posible.

No pasó de hacer alguna contorsión, algún gesto de dolor á consecuencia de cada cintarazo.

No dijo esta boca es mía.

Marsilla se dió por satisfecho.

Envainó su espada, y dijo á Galcerán:

—Toma mi birrete, mi manto y mis armas.

Galcerán obedeció.

Marsilla se había quedado en el magnífico traje de caza de que le había provisto el camarero del rey.

Se sentó junto á la chimenea, que estaba suficientemente alimentada.

A pesar de todo, Marsilla tenía apetito.

Le había distraído, además, la licencia de Galcerán, y el correctivo que le había aplicado.

—Que se lleven todo eso, dijo, y que me traigan de cenar.

Galcerán salió, marchando no muy derecho ni muy desembarazado, porque los siete golpes que le había apretado su amo, habían producido su efecto.

A poco, los camareros, quitando la mesa, volvían á cubrirla, y la servían de una manera espléndida.

Marsilla se sentó, y embistió con una suculenta sopa.

Galcerán estaba de pie, á corta distancia, inmóvil y sonriente como si tal cosa.

Había pecado, había sufrido la punición, y nada había qué decir.

Aquello había pasado ya como cosa pagada.

—Yo he estado ausente, dijo Marsilla.

—Permitidme; ausente, señor, no: perdido más bien, y con grande dolor mío, dijo Galcerán.

—Afortunadamente, tú encuentras buenos medios de consolarte.

—Yo debía conservarme, señor, para amaros, para buscaros. ¡Y si supierais cuánto se os ha llorado!

—Pues no sé, no sé quién haya por aquí que pueda llorarme.

—¡Ah, señor!... esto ha sido una desdicha: del rey abajo, se os ha buscado, no sabéis con cuánto empeño. Se había encontrado, el día siguiente á la funesta monte-

ría, vuestro caballo, ó más bien el caballo de las caballerizas del rey, que se os había dado, muerto en el fondo de un tajo; pero vos no parecíais ni muerto ni vivo. Hé aquí, señor, que yo necesitaba consolarme.

—No insistamos en esto, porque me están entrando apetitos de darte otra vuelta.

Galcerán se calló:

—Cuéntame algo.

Galcerán miró con ansiedad á su señor.

Como quien no se atrevía á decir lo que sabía.

—Cuéntame, digo, insistió Marsilla.

—En la misma noche del día en que vos os perdisteis, señor, dijo Galcerán después de haber meditado un momento, se perdió de la hospedería un dama.

—¡Ah!... ¡se perdió una dama!

—Sí, señor: esto era extraño, y dió mucho que decir.

—¿Y qué dama era esa?

—La dama encubierta del capuz y de la túnica roja y negra, que vivía con dos encubiertos en la habitación inmediata; uno de los dos encubiertos desapareció también: el otro encubierto se ha ido con su gente, en busca, según se dice, de los dos desgraciados: pero miente eso: el encubierto no había desaparecido; se le encontró en la cueva de Montjuich, muerto á cuchilladas. Era un negrazo viejo, más feo que el pecado. Pero la dama no pareció ni muerta ni viva, ni ha parecido aún, que se sepa. A la habitación de al lado se han venido el caballero y la dama encubiertos con los ropones y los capuces negros y amarillos. En cuanto á mí, yo he revuelto lo

que me ha sido posible para encontraros, y tenía para mí que habíais de volver.

—¿Y cómo es que has permanecido en la hospedería?

—Porque nadie me ha dicho que me vaya, y yo debía esperaros.

Después de esto, Galcerán se calló.

—Tú tienes algo más que decirme, dijo Marsilla: te lo conozco en la cara.

—Su merced no está de muy buen humor, dijo Galcerán.

Marsilla, que después de haber comido la sopa y un pedazo de empanada de liebre, había dado por terminada su comida, y había vuelto á sentarse junto á la chimenea, dijo:

—Habla.

—La dama del capuz negro y amarillo me ha hablado.

—¿A propósito de qué?

Galcerán vaciló.

—Habla, repitió Marsilla.

—A propósito de vos, dijo Galcerán.

—¿A propósito de mí?

—Sí, por cierto, y con mucho, muchísimo interés, señor.

—Tú has debido excusarte de esas conversaciones.

—No se puede ser descortés con las damas, señor; sobre todo, cuando son tan hermosas como la del capuz negro y amarillo.

—¿Es decir, que para tí se ha descubierto?

—No, señor; pero yo la he descubierto para mí.

—¡Cómo!

—Como vuesamerced no estaba aquí, yo pasaba gran parte de mi tiempo en esta cámara.

—¿Bien... y qué?

La dama del ropón negro, y el hombre que la acompaña, ó mejor dicho, el señor, porque es muy señor, como había quedado desocupada la cámara inmediata, porque se habían ido de ella la dama y los dos encubiertos de los ropones negros y rojos, se habían venido á ella, yo no sé si porque esa cámara es mejor que la que ocupaban, ó porque la señora quiso estar más cerca de vos, para cuando vos volvierais.

En fin, señor, en este aposento hay una cámara que está tabique de por medio con otra cámara del aposento inmediato.

Yo dormía en la cámara que he dicho.

La primera noche oí ruido en la cámara de al lado.

Luego una voz de mujer, y luego otra de hombre.

Apliqué el oído al tabique, y oí perfectamente.

Hablaban de vos.

La dama suspiraba.

Se conocía que estaba enamorada de vos hasta las entrañas.

El hombre á quien la dama llamaba padre, parecía no tener más voluntad que la de su hija.

Esta le excitaba á que os buscase.

Decía que no podía vivir sin vos.

Que si vos no parecíais moriría de tristeza.

Añadía que, si cuando parecierais no la amabais, perdería el alma.

El padre la aseguraba que hacía cuanto podía para encontraros.

Que tenía empleadas en ello muchas personas.

Después de esto, oí que se daban las buenas noches.

La dama se quedó sola.

La sentí llorar.

Yo quería conocer á la dama que tanto os amaba.

Por su voz sonora y dulce, yo había adivinado que era hermosa.

Me había hablado ya aquel día.

Me había preguntado por vos con un grande afán.

Pero se me había mostrado calado su capúz.

Yo, cuando creí que la dama debía estar dormida, porque no la oía gemir, me puse á hacer silenciosamente con mi puñal, un pequeñísimo agujero, miré.

Tardé en ello más de dos horas, porque el tabique es recio.

Cuando estuvo hecho el agujero miré.

¿Queréis vos mirar, señor?

Esto será mucho mejor que seguir yo en mi cuento.

Esta es la hora en que la hermosísima doncella se acuesta.

—Y bien, dijo Marsilla, aprovechemos tu obra: llévame á esa cámara.

Y se levantó.

Galcerán le hizo atravesar dos cámaras, y llegó con él á un aposento oscuro.

Le llevó de la mano hasta tocar á la pared.

Una vez allí, le dijo:

—Ya veis, señor, que vuestro Galcerán os sirve fiel-

mente: vais á gozar de un espectáculo que no esperabais; vais á oir, y sobre todo á ver.

Marsilla veía entre lo oscuro un pequeño punto luminoso.

Era el agujero practicado en la pared, por el cual se veía la luz que iluminaba la cámara inmediata.

CAPITULO XLV

De lo que empezó á ver, á través de un agujero, Marsilla

Aquella cámara era también muy rica.

Al frente del agujero, á través del cual observaba Marsilla, había una mesa, cubierta con un rico tapete.

En ella un candelabro con seis bujías encendidas.

Un tintero.

Algunos libros.

Al otro lado de la mesa, y á una distancia conveniente, había un lecho.

Aquel lecho estaba cerrado por colgaduras de brocatel rojo en oro.

Junto á la mesa estaba sentada una dama muy joven.

Como de quince á diez y seis años.

No necesitamos describirla.

Era la hermosísima Agar.

La hija de don Ezequías Ruben, el judío, señor de la villa de Mora.

Agar estaba riquísimamente vestida, á la usanza de su raza.

Tres túnicas sobrepuestas.

Una que bajaba á sus pies y era negra, con una grande orla de oro.

Otra verde con adornos negros, que no la pasaba de las rodillas.

La tercera, amarilla, con bordados de oro, que venía á ser como un caftán ó túnico, que sobre las otras dos túnicas caía.

Estaba cubierta de joyas.

En su hermosa garganta se veían collares y cadenas.

De ellas pendían amuletos, y una magnífica cruz de oro y diamantes.

Se veía uno de sus pequeños pies, calzado con un borceguí color de escarlata, bordado de oro y aljófar.

Tenía desnudos hasta el codo los brazos, que eran de una morbidez y de una suavidad extraordinarias.
en ellos tenía magníficos brazaletes.

La hermosa garganta, larga y modelada en inflexiones irresistibles por lo voluptuoso de la forma, aparecía más voluptuosa por el oro, los diamantes y las perlas que la cubrían hasta la mitad de la cintura.

En la cabeza tenía una toca blanca.

Sus negras trenzas la caían por delante sobre el seno, y se doblaban sobre sus rodillas.

Don Juan Diego sintió un estremecimiento.

Ya hemos explicado como Marsilla, sin dejar de amar

á su Isabel sobre todo en el mundo, no podía ser indiferente á la belleza de otras mujeres.

Agar estaba sola.

En ella se advertían dos cosas rarísimas.

Primera, que leyese.

Apenas si se encontraba en aquellos tiempos alguna dama que supiese leer.

Después, el grueso libro en que, puesto sobre la mesa, leía.

Los libros eran raros, porque como aún no se había descubierto la imprenta, eran manuscritos en un rico pergamino vitela, se les encuadernaba muy ricamente, y eran muy caros.

Si Marsilla hubiese podido leer en aquel libro, á la distancia en que se encontraba, y hubiese entendido el hebreo, habría visto que se trataba de un ejemplar del *Viejo Testamento*.

Agar leía el libro de Esther.

Estaba como distraída.

Parecía que leía maquinalmente.

De tiempo en tiempo se estremecía.

Levantaba la vista del libro.

Sus ojos aparecían abstraídos.

Por una rareza de posición, cuando Agar levantaba los ojos del libro, su mirada abstraída iba á fijarse en la mirada ó más bien, en la media mirada ansiosa y conmovida de Marsilla.

La mirada de Agar era ardiente, dulcísima, irresistible.

Aparecía en ella un ensueño de su alma.

Un ensueño de amores.

Pasó así algún tiempo.

Marsilla observando.

Agar leyendo, ó abstrayéndose.

Al fin se oyó en la habitación en donde Agar estaba, el ruido de una puerta que se abría.

Entró un hombre.

Era alto y viejo.

Llevaba la hopalanda negra y la toca amarilla de los judíos.

Pero estas prendas eran ricas.

Se acercó á Agar, que al instante había cerrado el libro, y la besó en la frente.

Luego se sentó junto á ella.

Aquel hombre era don Ezequías Ruben.

CAPITULO XLVI

En que se ve cuán extraña manera de amar tenía la hermosísima Agar

—Dame albricias por las buenas nuevas que te traigo, hija mía, dijo á Agar su padre.

—¿Buenas nuevas? exclamó Agar irguiéndose de una manera violenta.

—Sí: don Juan Diego ha parecido.

—¿Y dónde está?

—Aquí; en su aposento; hace poco acaba de llegar, solo y á pie, y en traje de montería, como se fué con el rey.

Agar se puso densamente pálida.

—¿Y ha venido solo?

—Solo.

—¿Y no se sabe dónde ha estado?

—Nada ha dicho á nadie. Ha subido á su aposento y

se ha encontrado á su escudero dándose buena vida con algunos de sus amigos que al ver de improviso á don Juan Diego han escapado. Don Juan Diego la ha emprendido á cintarazos con su escudero.

—¡Pobre hombre!... y es muy servicial y muy bueno. Es necesario que le veáis, padre mío, y si es posible, esta misma noche.

Marsilla, sin dejar de mirar y de escuchar, dijo á Galcerán que estaba junto á él:

—Es necesario que salgas y te pongas donde el padre de esa hermosa doncella pueda verte y hablarte cuando te busque.

—Pues voy á ponerme á pasear por los corredores, delante de la puerta de su aposento, dijo Galcerán.

Y salió.

Entretanto habían continuado hablando Agar y su padre.

—Mucho temo, hija mía, que estos amores sean para tí una desgracia, había dicho don Ezequías á su hija.

—El amor no es jamás una desgracia, padre mío, respondió Agar; por contrariado que sea tiene siempre su recompensa en el placer de amar y sufrir en silencio, padre mío; que ya sabéis cómo amo yo á ese caballero.

—¡Oh!... ¡sí!... exclamó don Ezequías: verdaderamente no hay otra mujer como tú en el mundo: yo no comprendo tu amor.

—Mi amor se contenta con la felicidad del hombre á quien amo.

—Pero la felicidad de ese hombre es otra mujer.

—Yo seré feliz si él lo es: y... mirad; si él por mí olvi-

dase á su prometida, yo no podría amarle; no podría tener confianza en su amor, porque como por mí habría abandonado á una mujer á quien ama desde su infancia, me olvidaría á mí.

—Eso es muy cierto, y ha debido ser mucha parte para que tú no le amases. Tú has debido mirarle como si fuera un hombre casado, porque acabará por casarse con la hija de don Pedro de Segura.

—Para casarse con ella necesita el desgraciado ser rico, y para eso se va á Palestina. Pero no todos los que van á la guerra se enriquecen: muchos, la mayor parte, en vez de encontrar la fortuna que buscaban, pierden la vida. A mí me parece muy desgraciado ese caballero, padre; le amo, quiero que sea feliz y he de ayudarle. Él será rico y creerá que su riqueza la debe á su valor.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Yo lo haré.

—¿Que tú harás que don Juan Diego sea rico? dijo estremeciéndose don Ezequías.

—Sí, sí, señor, y muy rico; como que voy á darle mi herencia.

—¡Tu herencia!

—Sí; yo no la necesito para nada.

—¿Que no la necesitas?

—No, porque cuando don Juan Diego sea rico, cuando se case, yo me desposaré con Dios.

—¡Monja!

—Sí, monja, exclamó Agar.

—¡Y abandonarás á tu pobre padre que tanto te ama!...

—No: vos fundaréis un convento de monjas hospitalarias en Zaragoza.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡tú quieres que yo funde un convento!...

—Sí, padre mío: un convento en que habrá cien camas para otros tantos pobres. Yo, que seré la fundadora, seré la superiora. No nos ha de ser difícil el breve del Papa.

—¡Siempre dinero!... exclamó don Ezequías, á quien se le heló la sangre.

—¿Y para qué se quiere el dinero que sobra?

—¿Para qué se quiere el dinero?... ¡Santo Dios!...

—¿Creéis que podemos gastar en nosotros mismos los tesoros que poseemos?

—El oro en la tierra, es Dios.

—El oro es vil cuando no se emplea bien.

—¡Tú nos perderás!...

—No; yo os salvaré: las riquezas son el mejor medio de la perdición del alma.

—Yo no sé de quién has sacado tú estas ideas.

—Del amor, porque el amor es el mejor bien que podemos poseer...

—¡Oh!... ¡oh!... ¡tú estás loca!...

—Decid, padre mío: ¿me cambiaríais vos por todos los tesoros del mundo?

—¡No!... contestó con vehemencia don Ezequías.

—Pues bien, dijo Agar: eso es preciso.

—¡Ah!... ¡ah!... pero en fin, el oro es siempre el oro.

—Vos, dijo Agar, construiréis un hospital junto á ese convento, y como por ser un hospital no tendrá clausura, me veréis todos los días.

—¡Fundar un hospital!

—Pues por supuesto, padre mío, dijo sonriendo lánguidamente Agar: así ganaremos la gloria.

—Hé aquí que hubiera sido una gran fortuna que tú no hubieses conocido á ese caballero.

—Pues yo creo, padre mío, que ha sido una providencia de Dios que yo le conozca.

—Pero en fin: conque tú fundes un hospital y en él te consagres á Dios, no será más ni menos feliz ese caballero á quien amas con el amor más extraño que yo he conocido en toda mi vida.

—Lo que sobre de lo que cueste ese hospital y lo que haga la renta para mantenerlo, será suyo.

—¡Dios de Sabaoth!... exclamó don Ezequías Ruben. ¿Sabes tú lo que dices?

—Sí lo sé, padre mío.

—¡Lo que sobra de nuestros tesoros, después de edificar un hospital de cien camas, y de deducir una renta para mantenerlo, es incalculable!...

—Pues bien: todo eso será de don Juan Diego.

—Él no lo aceptará: tú sabes que no fué posible hacerle aceptar la acémila que encontró cargada de oro, por más que se podía considerar y se consideró como presa de guerra.

—Os juro, padre mío, que don Juan Diego aceptará lo que le demos. Tengo mis proyectos.

—¡Tus proyectos son horribles!

—Vos no querréis matar á vuestra hija.

—Yo espero que tú encontrarás mucho mejor casarte con ese caballero, que dejarnos pobres para que ese caballero se case con otra.

—Ese caballero no se casará jamás conmigo.

—¡Ah!... ¡el oro!... ¡el oro!...

—Ese caballero no venderá su alma al diablo.

—Indudablemente tú estás enferma, hija, y no sabes lo que dices. ¿Venderse al diablo es casarse con una doncella tan hermosa como tú?

—Isabel de Segura es más hermosa.

—¡Juro á Dios, exclamó don Ezequías, que has de ser su mujer!...

—Yo sufriría mucho, padre mío, si con ese caballero me casara: creería que le había comprado.

—¿Y si él se enamora de tí, á pesar de su Isabel; si él te solicita, si él te busca, si él te cree pobre?

—Siempre seré yo, para él, de la *mala sangre*.

—¡De la *mala sangre!*... ¡Santo Dios de Israel!... exclamó don Ezequías: tú no consideras, hija mía, que desde nuestros abuelos...

—Estoy resuelta, padre mío.

—¡Sí... estás resuelta á matarme!

—Vos no moriréis mientras tengáis el amor de vuestra hija.

—¡Ah!... ¡tu amor es mi vida, Agar; pero me cuesta muy caro!...

—Nunca es caro el amor. Mirad, padre mío: haced por ver esta misma noche al escudero de don Juan Diego: un buen hombre: es necesario que por él sepamos hasta lo que don Juan Diego piensa, si es posible. Por lo demás, yo os juro que he de hacer tanto por él, que llegará á amarme.

—¡Casado con otra!

—Sí; me amará sin que su mujer se ofenda, porque me amará como á una hermana.

—Repito que estás loca, Agar, y que yo espero asimismo que tú seas la esposa de ese hombre.

—Os repito que mi casamiento con don Juan Diego es imposible: que aunque fuese, yo no sería feliz con él. Por lo mismo, con él no me casaré aun cuando él quiera casarse conmigo. Ahora, padre mío, buenas noches. Es ya tarde y quiero recogerme. No dejéis de ver esta misma noche al escudero de don Juan Diego. Se llama Galcerán.

—Será lo que tú quieras, hija mía, dijo don Ezequías.

Y se inclinó sobre su hija y la besó en la frente.

Luego salió.

CAPITULO XLVII

De cómo Galcerán comete, sin saberlo, una grande imprudencia

Agar se quedó sola.

Se levantó del sillón y fué á arrodillarse delante de un reclinatorio.

Permaneció rezando durante algún tiempo.

Después se levantó.

Se quitó la toca.

Se destrenzó los cabellos.

Los recogió en una redecilla de oro.

Se quitó el caftan.

Después los collares y las joyas, una por una.

Apareció entonces su admirable descote.

Marsilla, á fuer de buen cristiano, debía retirarse de su acechadero.

Continuó, sin embargo.

Iba acabando con él un amor voluptuoso, un amor vehemente por Agar.

Se despojó ésta de la primera túnica.

Pero nada más que su descote vió Marsilla.

Una larga túnica blanca había quedado por último cubriendo á Agar.

Pero esta túnica, de finísimo lino, marcaba perfectamente las formas de la hermosa joven.

Marsilla vió también sus pies desnudos.

Sus pies, de una belleza infinita.

Después de esto, Agar se acercó á la mesa.

Conservaba en la garganta, pendiente de su cadena de oro, la cruz de diamantes.

La afición de Marsilla por Agar crecía.

Su primera aventura de amores con Alejandra, había comenzado á hacerle libertino.

¿Qué tenía esto que ver con Isabel de Segura?

Ella era su diosa.

Las otras mujeres, aventuras de un día.

Agar hacía que Marsilla comenzase á olvidarse de Alejandra.

Agar apagó las bujías.

El aposento quedó á oscuras.

Nada tenía ya que hacer en su acechadero Marsilla.

Se quitó de él.

Volvió á la cámara inmediata á su dormitorio.

Se sentó junto á la chimenea.

Esperó á que volviese Galcerán.

Estaba seguro de que don Ezequías Ruben había de procurar hablar aquella misma noche á Galcerán.

Don Ezequías era esclavo de su hija.

Marsilla meditaba.

De los amores del deseo había pasado Marsilla á sus amores del alma.

A los de su Isabel.

Se había abismado en sus pensamientos.

Se había estremecido al impulso de un extraño presentimiento.

Había dejado á Teruel para hacer una fortuna que le permitiese unirse á su Isabel.

Había encontrado oro bastante para que don Pedro de Segura hubiese satisfecho su avaricia, en la acémila de don Ezequías.

No había podido aceptar aquel oro.

Encontraba otra vez la fortuna en el amor de Agar.

Él podía aceptar unos amores de aventura con ella.

Unos amores pasajeros.

Pero no podía aceptar su oro.

¿Sucedería siempre lo mismo?

¿A cada vez que la fortuna se le presentara, se vería obligado á renunciar á ella?

¿Se encontraría pobre cuando terminase el plazo?

¿Vería á su Isabel en los brazos de don Rodrigo de Azagra?

Estos pensamientos afligían á Marsilla.

Le entristecían.

Le espantaban.

En medio de estos pensamientos venía á él el candente recuerdo de la belleza y del amor de Agar, y se impacientaba porque Galcerán no había vuelto.

Éste se había puesto á pasear en los corredores, delante de la puerta del aposento de don Ezequías.

Le había encontrado el señor Piccolomini.

—¿Qué hacéis ahí, buen mozo? le preguntó.

—Tomo el aire, contestó brevemente Galcerán.

—¡Diablo!... pues si hace un aire que hiela.

—Pues mirad; yo sudo.

—Eso es que no estáis bueno. Buscad un médico, señor Galcerán.

—No hay médico que valga: esto es el resultado de una paliza de mi amo.

—Vos os habéis tomado libertades...

—¿Quién había de creer que se había de echar encima de improviso, y sin decir allá va eso?

—¿Os ha dicho vuestro amo dónde ha estado?

—No hemos tenido tiempo de hablar; pero no ha debido pasarlo mal, porque viene de muy buen color.

—Vuestro amo es muy afortunado.

—Créolo bien: se enamoran de él las mujeres, que es una bendición, y á veces una maldición para mí. ¿Sabéis por qué estoy soplándome los dedos en este corredor? Pues es por una dama que de mi señor se ha enamorado.

—¡Ah!... exclamó Piccolomini; ¿una dama que se ha enamorado de vuestro señor?... Decid, amigo, decid.

—Pues, sí señor; la dama encubierta del capuz negro y amarillo.

—¡Ah!... ¡sí!... ya sé, deben ser riquísimos: se tratan como canónigos, y pagan como príncipes: ¿y esa señora se ha enamorado de vuestro señor?

—Hasta las entrañas. ¡Cuando os digo que es mucha suerte la de mi amo!

—Es muy buen mozo... y, ya sabéis... las mujeres...

—Tras los buenos mozos se van como las moscas á la miel. Con el tiempo vendrá á enamorarse de mi amo alguna grandísima emperatriz de lueñas tierras, con ella se casará, y yo vendré á ser mucha cosa; porque, aparte de que de cuando en cuando mi amo me tienta el bulto, me tiene muy buena voluntad.

—¿Y quién sabe si esa grande emperatriz, que vos decís y esperáis se enamore de vuestro amo, y con él se case, será la dama del capuz negro y amarillo que vaya buscando marido por el mundo? y mirad que todo podría ser; porque yo la he visto unas alhajas que ya se contentaría con llevarlas la reina de la Gran Tartaria.

—Pues yo he visto más que eso. La he visto la cara; más aún; los hombros: más aún; los pies, y parte de la pierna; y dígoos, señor Piccolomini, que es un sol.

—¿Y cómo habéis visto vos todo eso, señor escudero? ¿Saldremos ahora con que esa grandísima dama es alguna aventurera?

—Ignora ella que yo he llegado á tales desnudeces con los ojos, valiéndome de un agujero hecho en el tabique.

—¡Ah! pues me llamo á la parte en ese agujero, dijo Piccolomini.

—Yo os complacería si no hubiera vuelto mi amo. Pero ahora no es posible, porque mi amo conoce ya el agujero; y como el agujero no aprovecha más que tarde, de noche, cuando va á recogerse la tal doncella, ved ahí que lo que deseáis, con gran sentimiento mío, no puede ser. Yo os he

cogido mucho cariño, señor Piccolomini, porque en el tiempo que ha estado fuera mi amo, me habéis tratado como si yo hubiese sido su propia persona, y á qué quieres boca.

—Como que el rey paga... Pero volviendo á esa hermosísima señora, á alguna hora saldrá de casa vuestro señor, y entonces...

—Entonces os satisfaré con gran placer mío, dijo Galcerán.

—La palabra os cojo, señor Galcerán, dijo Piccolomini; ahora, quedaos con Dios, que aquí hace mucho frío.

—Id con Dios, señor Piccolomini.

El hostalero se alejó.

Galcerán se quedó paseándose delante de la puerta del aposento de don Ezequías.

Piccolomini se metió en el suyo, y se puso á escribir largamente.

Cuando hubo concluído, enrolló el pergamino y lo selló.

Llamó á uno de los Compadres de la Cruz de fuego, que había quedado en la hostería, y le dijo:

—Mi bravo mancebo; vais á montar al momento á caballo.

—¿Y para qué?

—Para llevar esta carta á vuestro Maestre.

—¿Y por dónde saldré de la ciudad?

—Saldréis por la casa del rey, y por el postigo del muro de Santa Engracia: armaos, y venid á buscarme.

Poco después Piccolomini sobornaba á la guarda del postigo, y el Compadre tomaba el camino de Teruel.

CAPITULO XLVIII

En que se ve que Galcerán era hombre de bien y leal á su amo

A poco de haberse separado de Galcerán Piccolomini, se abrió la puerta del aposento que con su hija ocupaba don Ezequías, y apareció éste.

Tenía una lámpara de plata en la mano

—¡Eh!... ¡hidalgo! dijo dirigiéndose á Galcerán.

Se volvió éste.

Don Ezequías le reconoció.

—Hacedme la merced de entrar, dijo don Ezequías.

—Con mil amores, dijo Galcerán.

Y entró.

Debemos advertir que don Ezequías estaba completamente encubierto con su capuz.

En el recibimiento había cuatro escuderos de don Ezequías, encapuchados también.

Aquellos escuderos no se habían dado á partido con nadie.

Eran sombríos, ó lo parecían, y de todo punto silenciosos.

Apenas si decían, á los que encontraban por las galerías del hotel, buenos días, ó buenas noches, y aun así, de una manera breve y seca.

Los mozos del hotel, cuando les servían la comida, se retiraban á fin de que pudiesen quitarse los capuces.

Lo mismo había acontecido respecto á los encapuchados de don Enguerrando de Azagra ó sea el padre Roger.

Estos se habían ido al fin con su señor, que había partido de Barcelona para buscar á su hija.

Metió don Ezequías en su aposento á Galcerán.

Empezó por invitarle á que se sentara á la chimenea.

Apresuróse á aprovecharse del favor Galcerán.

Estaba aterido.

Llamó á seguida don Ezequías, y pidió vinos y fiambres, que inmediatamente fueron servidos.

Aceptó Galcerán.

Cuando le sorprendió su amo en alegre compañía con sus amigotes, aún no había acabado de comer.

Además, la vuelta que su amo le había dado, le había servido de digestivo, y se encontraba con muy buenas disposiciones.

—Comed y bebed cuanto queráis, señor Galcerán, dijo don Ezequías, y como si estuvierais en vuestra casa.

—No quiero hacer menosprecio á vuestra merced, dijo Galcerán.

Y se aplicó á comer y á beber.

—¿Para qué me habrá llamado este hombre? dijo para sí Galcerán, viendo que después de haberle invitado á que comiese y bebiese, y aunque había pasado un largo espacio, don Ezequías no le decía ni una sola palabra.

Duró el silencio hasta que Galcerán acabó su refrigerio.

Entonces don Ezequías metió la mano bajo su ropón, sacó una bolsa grande y repleta y la arrojó sobre la mesa.

El oro produjo un sonido tentador.

—¿Y por qué esto, señor? dijo Galcerán, al cual se le habían encandilado los ojos.

—Vuestro amo es muy pobre, dijo don Ezequías.

—Yo no sé de dónde habéis sacado vos su pobreza, dijo Galcerán; mi amo gasta aquí como un rey.

—Pues eso es lo que no entiendo, dijo don Ezequías: yo sé, sin que me quede la menor duda, que vuestro amo es pobre como una rata.

—No quiero contradeciros; pero sabed, señor, que esto no es más que una advertencia.

—Esa bolsa es vuestra, guardadla.

—La guardo, dijo Galcerán tomando la bolsa y notando que era muy pesada: en tomar no hay humillación, cuando lo que tomamos se nos da de buena voluntad.

—Eso es porque yo os tomo á mi servicio, dijo don Ezequías.

Galcerán sacó de nuevo la bolsa, la puso sobre la mesa y dijo:

—Yo no dejaré por nada del mundo á mi señor.

—Yo os tomo á mi servicio, si vos queréis, no embargante que sigáis al servicio de vuestro amo: ello ha de ser.

—Pues no lo entiendo.

—Yo necesito saber cuanto vuestro amo haga ó diga delante de vos, ó que vos sepáis, aun si es posible, su pensamiento.

—¿Y eso será en perjuicio de mi amo?

—No, en su favor: vuestro amo va por el mundo en busca de aventuras para hacer fortuna, y yo os digo que la fortuna de vuestro amo está hecha, y que volverá rico á la torre de Segura mucho antes del plazo que se le ha prefijado, y podrá casarse con doña Isabel.

—Pues si es así, la bolsa tomo, y á serviros me obligo.

—Y tanto más cuanto que yo os prometo, dijo don Ezequías, casaros con tal mujer, y con tal dote, que os miréis mejor casado que un príncipe.

—Pues dígoos que habéis acabado de ponerme los grillos, dijo Galcerán.

—Decidme ahora: ¿sabéis de alguna mujer que, además de doña Isabel de Segura, ame á vuestro amo?

—Yo he olido, señor, que á mi amo le ama una grandísima persona.

—¿No más que olido?

—No más.

—¿No sabéis quién sea?

—No, señor, pero debe ser mucha persona, porque el rey paga los gastos de mi amo.

—¡El rey!

—Sí, señor, el rey.

Quedóse profundamente pensativo don Ezequías.

—¿Sabéis dónde ha estado vuestro amo, todo el tiempo que no ha parecido por la hostería?

—Yo creo que debe haber sido, con una gran princesa, pero no os lo aseguro. Mi amo no me cuenta sus aventuras. Pero yo supongo. Mi amo se pierde, y en la noche del día en que se pierde mi amo, se pierde también la dama del capuz negro y rojo que aquí vivía: por la mañana se encuentra á uno de los dos encupuchados que acompañaban á aquella señora asesinado en la cueva de Monjuich, y resulta ser un feo y viejo negrazo. El otro encapuchado se resiste á descubrirse á la justicia se ampara del rey, y el rey le da por absuelto. ¿No os parece que yo ando acertado en decir que una grandísima dama ama á mi señor, y que el rey anda en el negocio?

—Pienso lo mismo que vos. ¿Y no habéis llegado á saber quién sea esa dama?

—Ni poco ni mucho.

—¿Vuestro amo nada os ha dicho al volver?

—Se ha reducido á darme algunos espaldarazos como de su mano, porque me encontró comiendo con algunos amigos míos en su aposento.

—Os encargo que observéis á vuestro amo.

—Le observaré, señor, puesto que lo que queréis es favorecerle.

—Cuento con que me serviréis bien.

—Yo os lo prometo, señor.

—Ahora, idos.

—Dios guarde á vuesamerced, y le dé muy buenas noches.

—Él os guarde.

Galcerán salió.

Se fué al aposento de su amo.

Le encontró junto á la chimenea, meditabundo y triste.

Le mostró la bolsa, y le contó lo que le había pasado con don Ezequías.

—Pues bien, dijo Marsilla: adelante en el enredo: veremos adónde va á parar esto.

CAPITULO XLIX

De la mutación de escena en que se encontró Alejandra

Sigamos á Alejandra.

Los que la conducían se encaminaron á la cercana frontera de Valencia.

Ya había nacido quien debía conquistarla de los moros.

Pero don Jaime *el Conquistador* era muy niño aún.

Apenas si contaba tres años.

Por jornadas rápidas, los Compadres de la Cruz de fuego llegaron á los términos de la fortaleza fronteriza.

Se metieron de noche por la tierra infiel.

Aún no había vuelto del letargo que la había causado el narcótico, Alejandra.

Habían llegado junto á una alquería.

Aquella alquería estaba en la margen de un río.

Los Compadres sacaron de la litera á Alejandra.

La extendieron en la hierba al pie de unos copudos árboles.

El que los acaudillaba, frotó con el líquido que contenía un botecillo que consigo traía, las sienes, las articulaciones de los brazos y los pulsos á Alejandra.

Luego nuestros hombres arrojaron la litera al río, para que no les embarazase, y dejando sueltas las mulas que hasta allí la habían llevado, se lanzaron al galope y repasaron la frontera.

Y no fué esto sino muy á tiempo.

Una numerosa ronda de moros, que, por estarse á punto de un gran rompimiento con los cristianos, vigilaban la frontera, se habían apercibido de ellos, y se habían puesto á la defensiva.

Los Compadres se pusieron muy pronto fuera del alcance de la ronda enemiga.

Apuntó el día.

La ronda se metió un tanto dentro de la tierra cristiana.

Pero se volvió muy pronto.

Los Compadres habían llegado á una aldea, y habían tocado á rebato.

La torre de atalaya que cerca de la aldea se veía, en una prominencia, había hecho la señal con una llamarada.

Inmediatamente habían respondido por otras llamaradas las torres de atalaya, cerca y lejos.

La tierra se ponía en armas.

La ronda volvió bridas y se alejó á la carrera.

Desapareció.

Entretanto, Alejandra volvió en sí.

Hacía un frío intenso.

Alejandra, con la cabeza pesada, dolorida, se incorporó.

Miró en torno suyo.

Se encontró sola, á cielo descubierto.

El día esclarecía.

Delante de sí veía un hermoso palacio.

A la derecha, el río que se encharcaba en un remanso.

Grandes árboles de un verdor perpetuo se agrupaban delante del palacio y en la orilla del río.

Alejandra se puso de pie.

No podía darse cuenta de porque estaba allí.

No se acordaba de nada, como acontece á los borrachos, en los momentos en que empiezan á volver de su embriaguez.

Pero tenía frío.

Un frío insoportable.

Sentía hambre.

La soledad era absoluta.

El silencio profundo.

Alejandra se encontraba vestida, completamente vestida, y de una manera rica, como en los momentos en que se aletargó.

Estaba cubierta de joyas.

Alejandra se engalanaba para parecer más hermosa á Marsilla.

Perturbada aún la cabeza se dirigió al palacio.

No podía juzgar aún bien.

No podía darse cuenta de que la forma de aquel

palacio ó alcázar, porque tenía mucho de fortaleza, era completamente árabe. Unos muros muy bajos y almenados que se apoyaban en torres macizas y chatas, dejaban ver un primer edificio con alas de estuco tallado, galerías sostenidas en caballetes, columnas, ajimeces calados, miradores y torrecillas.

Una grande y fuerte torre se alzaba en un ángulo.

Aquella torre tenía también galerías y ajimeces, y en lo alto una campana.

Un ancho y profundo foso rodeaba el recinto murado.

Un puente levadizo entre las torres, se veía alzado cubriendo el arco de la poterna.

Alejandra acercóse hacia el almenar.

Una voz vibrante la interrogó en árabe.

La mandó hacer alto.

Aquella voz salía de entre las almenas del muro de la poterna.

Alejandra no entendía el árabe.

Pero por lo mismo que no comprendía lo que se la había dicho, y menos sujeta á las consecuencias del narcótico, comprendió que estaba en tierra de infieles.

Se aterró y se detuvo.

Había sonado una ronca bocina.

Poco después cayó con estruendo el puente levadizo.

Alejandra no podía ya dudar.

Habían salido algunos moros que, encantados al ver una dama hermosa y ricamente engalanada, avanzaban á la carrera.

El día había crecido, y permitía ver ya distintamente los objetos.

Al frente de los ocho ó diez moros que habían salido del palacio, venía un negro ricamente vestido.

—¿Eres cristiana? preguntó á Alejandra llegándose á ella, en mal español, pero perfectamente inteligible.

—Sí, cristiana soy, dijo Alejandra con la voz apenas perceptible por el terror: ¡no me hagáis daño, respetadme; soy muy rica, y se os pagará por mí un crecido rescate!...

—Los siervos de nuestro señor, el esclarecido Kaid Aben-Suleiman-el-Coraxi, no insultan ni ofenden á damas tan hermosas como tú, pero las hacen cautivas, y las llevan á su señor, contestó el negro.

Alejandra, rodeada de los moros que habían salido y que parecían buenos y bravos, se encaminó al palacio.

—¿Cómo es que te encuentras aquí, sultana? dijo el negro, que encarnizaba su mirada ávida en la hermosura de Alejandra.

—No lo sé, dijo ésta.

—Tú debes ser muy noble en tu tierra, dijo el moro.

—Sí; yo soy ricahembra de Aragón; señora de Aytona, respondió Alejandra.

—Estamos en paz, por ahora, con los cristianos, dijo el negro; dentro de poco será otra cosa: ¿cómo es que te encuentras una legua dentro de la frontera?

—Yo me adormecí en otro lugar muy diferente del que me he encontrado al despertar; estaba al lado de mi esposo, que me idolatra, y al despertar me he encontrado aterida de frío, sola, en tierra extraña, y á cielo abierto.

—¿Es celoso por ventura tu esposo, cristiana, preguntó el negro, ó le has sido tú infiel?

—Ni él puede sentir celos por mí, dijo Alejandra, porque sabe que le adoro, ni adorándole, yo puedo serle infiel.

—¿Tenéis enemigos tu esposo ó tú, cristiana? dijo el negro.

—¡Oh!... sí... pero si nuestros enemigos han sido, yo no sé cómo comprenderlo, porque han pasado por nosotros cosas muy extrañas. Yo he sido una vez robada, y dos veces aletargada. Me he encontrado trasladada dos veces, sin poder explicarme cómo y por quién.

A este tiempo habían penetrado en el castillo, y atravesaban la plaza de Armas, del fondo de la cual se levantaba un bellísimo frontispicio árabe.

Pasaron por los arcos partidos en columnas de alabastro de este frontispicio, y entraron en un patio admirable.

Debía ser riquísimo el dueño de aquella habitación.

Introdújose á Alejandra en una sala adornada con toda la suntuosidad, con toda la belleza, con toda la riqueza del gusto árabe.

De la puerta de aquella sala no pasaron los esclavos.

Adelantó sólo con Alejandra, y guiándola, el negro.

Pasaron á otra sala más rica aún.

Grandes franjas, al parecer de plata, ornaban el friso.

Pieles de león y de pantera cubrían los pavimentos.

Muchos y magníficos divanes se extendían al pie de los muros, unidos y alineados.

De las ensambladuras de alerce, pintadas y ornamentadas de tal manera, que parecían de oro, de nácar y de

piedras preciosas, pendían magníficas lámparas, que ardían aún, porque la luz del día, que penetraba por entre los espesos calados de los ajimeces de la cúpula, era todavía débil.

—Espera aquí, estrella de la mañana, dijo el negro.

Alejandra se sentó en un diván.

El negro se alejó, desapareciendo por un tapiz que cubría un pequeño arco.

CAPITULO L

En que se ve lo galante que era el señor moro, en cuyo poder había caído Alejandra

El negro atravesó algunas cámaras, y llegó á un pequeño gabinete, en donde, en un diván lecho, dormía un hombre hermoso, como de veintiocho á treinta años.

—¡Señor! dijo desde la puerta el esclavo.

El dormido despertó inmediatamente.

Vió al negro, y le dijo:

—¿Qué sucede, Hadmet, que con tanta prisa me despiertas?

—Hemos hecho un precioso hallazgo, dijo Hadmet.

—¿Y qué es ello?

—Una joven y hermosísima cristiana, que, engalanada y cubierta de joyas, se ha encontrado delante del castillo.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Y cómo ha podido ser esto? dijo Sydi-Mahomet-aben-Suleiman-el-Coraxi, que él era.

—Lo ignoro, señor; lo ignora ella misma: ha sido aletargada, arrancada del lado de su esposo, y conducida aquí durante su letargo.

—¿Y dices que es hermosa?

—Como un arcángel.

—¿Y joven?

—Aún no llegará á los veinte años.

—¿Y dónde está?

—La he dejado en la sala de los Perfumes.

—Vísteme, Hadmet, dijo Sydi-Suleiman.

Vistió el esclavo á su señor un rico traje, y le cubrió con un ropón color de escarlata.

Sydi-Mahomet salió, llegó á la puerta de la cámara que Hadmet había llamado de los Perfumes, y miró á través de la abertura del tapiz.

Se estremeció.

La luz de una lámpara de nácar iluminaba dulcemente á Alejandra, que, sentada en el diván, pensativa y abatida, aparecía hermosísima.

—¡Ah!... ¡una hurí del quinto cielo!... dijo para sí Sydi-Mahomet.

Y continuó contemplando extático, conmovido, á Alejandra.

Ésta permanecía inmóvil, abismada en sus pensamientos.

Sydi-Mahomet permaneció un largo espacio contemplándola y mostrándose á cada momento más extático, más conmovido.

Se retiró al fin silenciosamente.

—Hadmet, dijo al negro, envíala, para que la sirvan, cuatro esclavas de las más bellas, y una de las cristianas: es necesario que esa deidad tenga con quien entenderse. Díla que yo me he visto obligado á partir, y que sólo he tenido tiempo para encargarte que se la trate como á señora de mi casa. Tú harás de manera que esto aparezca verdad, porque yo, en efecto, parto. No quiero que me conozca hasta que, por la manera de servirla, vea que no está en poder de un señor, sino de un caballero que sabe cómo se debe tratar á una tal dama como ella: parto porque de tal manera esa hada se ha apoderado de mi espíritu, que no podría contenerme y me presentaría á ella cuando aún no fuese tiempo. A la par necesito ir á entenderme con el sultán. Los de Valencia habremos de ir bien pronto á aumentar el ejército de Mahomed *el Verde*. Es posible que para ver á este mismo vaya yo á Córdoba. Entretanto cuidaréis de esa hermosísima dama, ni más ni menos que como si fuese mi esposa. Y... ¿quién sabe?...

—¿Dónde hemos de aposentarla, señor?

—En la gran torre. La serviréis en todo. Su voluntad será vuestra ley; únicamente no os prestaréis á llevar ningún mensaje suyo á tierra de cristianos. Cuando hable de rescate, la diréis que la estimo yo en más que todos los tesoros del mundo. Ahora, que vengan á armarme mis escuderos, que se armen cincuenta negros y que se prepare todo para la partida.

Tan gran señor era Sydi-Mahomet-aben-Suleiman-el-Coraxi, y de tal manera sólo con verla se había enamorado de Alejandra.

Hadmed la condujo á la gran torre, cuyas habitaciones era magníficas.

Desde sus miradores se veía una extensa y hermosa vega atravesada por el Guadalaviar, y á lo lejos azules montañas.

El sol naciente penetraba por los miradores y relucía en el oro y en las preciosidades que engalanaban aquella cámara, que parecía dispuesta para que la habitase una reina.

Nada faltaba en aquella habitación de cuanto podía exigir el gusto más exigente de la mujer más caprichosa.

Cuatro hermosas esclavas, valencianas tres y otra aragonesa, se presentaron á Alejandra y se pusieron humilde y placenteramente á su servicio.

Las cuatro estaban ataviadas con un gran lujo.

Más que esclavas, parecían señoras.

Ninguna de ellas pasaba de los veinte años.

Por la aragonesa, por la cristiana, supo Alejandra que ellas no eran concubinas de su señor.

Que servían como doncellas á su anciana madre que estaba paralítica; que el señor no tenía mujer alguna, y que entre los moros estaba tachado de cristiano.

Más confiada con estas noticias, Alejandra pidió hablar con Sydi-Mahomet.

Pero se le dijo que había partido.

Que el término de su viaje era Valencia.

Que no se sabía el tiempo que tardaría en volver.

Que había mandado que durante su ausencia se la sirviese y se la obedeciese como si fuese la dueña de la casa.

Ésta manifestación alivió mucho más de su miedo á Alejandra.

Se veía obligada á esperar la vuelta de aquel noble y rico señor.

Pero esperaría servida, respetada, obedecida.

Manifestó que ella quería escribir á los suyos de Barcelona, para que inmediatamente aprontasen su rescate.

Hadmed la contestó textualmente lo que su señor le había dicho; esto es: que él la estimaba en mucho más que todos los tesoros del mundo.

Esto causó un verdadero espanto á Alejandra, que no podía vivir separada de su don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, á quien ella, y no sin razón, quería y estimaba como si hubiera sido su esposo.

Veía un grande empeño en el que podía llamar su señor.

Conocía ya un gran interés, ó mejor dicho, el principio de un grande amor en el dueño de aquel alcázar.

Se veía obligada á esperarle.

Pero confiada en que la ausencia no sería larga.

En efecto: Sydi-Mahomet había partido para Valencia, sintiendo ya un voraz deseo de volver.

CAPITULO LI

En que se ve que Isabel tuvo un motivo más para afligirse

Dejemos por ahora á Alejandra.

Ya la encontraremos más tarde.

Necesitamos volver á ocuparnos de Angiolina.

Don Pedro de Segura se había preocupado extraordinariamente.

Ya sabemos que, á pesar de toda su nobleza, de toda su generosidad, de todo su alto puesto de honor como ricohombre de Teruel, la avaricia, que no se apercibía en ello, le dominaba.

Era su demonio.

Aquel príncipe italiano de Castellobianco, pariente del Papa, amigo, y tal vez deudo del rey de Aragón, que por la fama de la hermosura de su hija había hecho un larguísimo viaje, y le había emprendido encubierto con el

tosco traje de un doctor de la *Gaya scientia* de la Academia de Tolosa, como si dijéramos trovador, le preocupaba grandemente.

Hubo una larga conversación entre los dos cónyuges, y entre sábanas, y en ella se pasó lo que quedaba de noche, de claro en claro.

Isabel, en tanto, estaba temblorosa.

Pero no porque la preocupase el trovador nocturno, pues ni aun había oído su trova.

Ella ignoraba que aquel pájaro nocturno había sido cazado por las gentes de su casa.

Esto la preocupaba muy poco.

Lo que la importaba sobre todo era su Marsilla.

Su Marsilla, que tal vez la era infiel al lado de otra mujer más afortunada, y sin duda no tan digna como ella de sus amores.

Esto y su aventura con el gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego, y la pobre Berta de Santoya y su hijo, la tenían desvelada.

En cuanto á Angiolina, tampoco dormía.

Se encontraba en lo más intrincado de la intriga.

Estaba ya bajo el mismo techo que Isabel.

Su disfraz era tan perfecto, que á pesar de que las mujeres tienen un grande instinto para conocer á otra mujer, por bien disfrazada que esté, confiaba en que Isabel se engañaría.

Que la tendría por hombre.

Y era tal la hermosura que como hombre en Angiolina aparecía, que había que esperar que á despecho suyo se enamorase.

Y luego... ¡una altísima persona!...

¡Un sobrino del Papa!

¡Un primo del rey de Aragón!

¡Un poderoso príncipe, que podía muy bien un día llegar á ser rey!...

Angiolina necesitaba probar á Isabel.

Isabel era su gran contrariedad.

Amaneció Dios, como vulgarmente se dice, sin que ninguno de nuestros personajes hubiese podido pegar los ojos.

Levantóse el primero don Pedro de Segura.

Se apresuró á dar órdenes.

Ni más ni menos que si en su casa tuviese aposentado al mismísimo rey don Pedro II *el Católico*.

Había que desplegar todo el lujo acostumbrado en aquellos tiempos.

Levantóse doña Margarita, y ayudó en los preparativos á su marido.

Tan preocupados estaban, que no repararon en que Isabel, después de haberse levantado, y de haberles pedido su bendición, y de haberles besado la mano según costumbre, había desaparecido.

Es decir: no se la veía por ninguna parte en la torre.

Se reparó en esto, cuando el huésped... es decir, el trovador... es decir, Angiolina, se levantó, se aliñó, y se fué á saludar á los dueños de la casa.

Preguntó por la hermosa doña Isabel.

Entonces fué cuando sus padres repararon en que no se la veía.

Fué á buscarla su madre.

No la encontró.

Se inquietó y llamó aparte á don Pedro.

Don Pedro se inquietó también.

No se les ocurrió que Isabel podía haber salido como lo hacía frecuentemente para cumplir los deberes de caridad que se imponía.

Estaban aturdidos.

Se volvió á buscar á Isabel.

Tampoco se la encontró.

Se envió gente que fuera á buscarla.

Y como no podía presentarse inmediatamente al nobilísimo huésped, se dijo á éste que doña Isabel había pasado muy mala noche, y que permanecía indispuesta en su aposento.

Nada tenía de extraño que eso fuese cierto.

Angiolina se irritó.

¿De qué podía estar enferma Isabel sino de mal de ausencia?

Esto demostraba hasta qué punto estaba arraigado en su alma el amor por Marsilla.

Lo difícil que era hacerla ser infiel á aquel amor.

Esto contrariaba las esperanzas de Angiolina.

Una traición de Isabel la hubiera ayudado en gran manera para que, irritado Marsilla, rompiese con aquel amor.

Llegó la hora del almuerzo.

Porque Isabel estuviese enferma, no había de desatenderse á un tal y tan egregio huésped.

Isabel no había aparecido.

Los que habían ido á buscarla, habían andado por todas partes menos por el *Molino de la Morisca*.

A él había acudido Isabel llena de cuidado por Berta.

Don Pedro y doña Margarita estaban consternados.

Pero no podían todavía desesperarse.

Los buscadores no habían tenido tiempo de ir á todas las partes donde podía haber ido Isabel.

Aún había que esperar.

Pero el almuerzo, según costumbre á las nueve de la mañana, no podía dilatarse.

Se pusieron á la mesa, que estaba espléndidamente servida.

Como que para ello había trabajado desde el amanecer doña Margarita.

Don Pedro no se había descuidado tampoco.

Había mandado que se pusiese la mesa con una desusada ostentación.

Había sacado de un grande armario la antigua vajilla de la casa.

Una pesada vajilla de plata labrada, repasada y nielada.

En una palabra, admirable.

Tan buena como pudiera tenerla el rey don Pedro, cuyo mayor pecado era la ostentación.

Había sacado también las admirables telas y armas, ganadas á los moros, en no sé qué batalla, por uno de los bravos ascendientes de la familia, y que no se sacaban más que en las grandes solemnidades, y hecho cubrir con ellas las paredes de la cámara de honor.

Todos estos preparativos, dieron por resultado el que Angiolina conociese con cuán profundo respeto se la trataba en la casa del altivo ricohombre.

Esto era de buen augurio.

Era de suponer que los padres de Isabel estaban ya de su parte.

Cuando viesen la contestación del rey á la carta de Angiolina, tan favorable como ella la esperaba, era de suponer que los padres enloquecieran al ver que no menos que el rey de Aragón les pedía la mano de su hermosa hija para su pariente, el príncipe romano Miletto de Castellobianco.

Don Pedro encontraría un medio de romper con su promesa, ya con Marsilla, ya con don Rodrigo de Azagra.

Obligaría á su hija á casarse con el príncipe Miletto.

El príncipe desaparecería.

Pero Isabel quedaría casada en la apariencia.

Apenas había empezado el almuerzo, cuando Isabel, que no estaba prevenida, que había ido únicamente al *Molino de la Morisca* para saber cómo se encontraba la pobre Berta de Santoya y su hijo, se presentó, completamente ajena al pretexto de su enfermedad á sus padres.

Venía exaltada, porque había vuelto de prisa, y esta excitación había coloreado sus mejillas.

Aparecía, pues, hermosísima, y en la mayor salud del mundo.

—¡Ah!... ¡ah!... dijo Angiolina levantándose saludando de una manera galante, y en la apariencia apasionada á Isabel: hé aquí que nuestra querida enferma se ha restablecido.

—¡Enferma!... exclamó con asombro Isabel.

—Sí, sí, dijo con precipitación doña Margarita: ¿no me habías dicho que habías pasado muy mala noche, y que te sentías mal?

Isabel se puso vivamente encendida, y respondió:

—Es verdad, madre mía: pero he dormido algo después de amanecer, y todo ha pasado.

—¿Dónde habrá estado ésta? dijo para sí Angiolina: ¿tendremos ahora que la infidelidad que yo vengo á intentar por mi causa contra Marsilla, está ya consumada? ¿Tendrá esa doncella algún nuevo amor que la ayude á sufrir sin impacientarse la falta de Marsilla?

Isabel conoció que sus padres estaban en una situación falsa, y que había un no sé qué de atracción magnética en aquel hermoso trovador, á quien sus padres honraban de tal manera.

—Lo que más ha contribuído, dijo, á que se pase la pequeña dolencia que me aquejaba, ha sido respirar el aire libre de la mañana.

Y se sentó á la izquierda de su madre.

Angiolina estaba entre los dos esposos.

—¡Cómo!... ¿has salido, Isabel? la preguntó su madre.

—Sí, señora; hace una hora: ayer encontré á una desgraciada, casi moribunda, con un pobre niño enfermo, y los llevé al *Molino de la Morisca:* fuí, pues, á ver cómo se encontraban.

Angiolina sintió un movimiento de despecho.

Había una veracidad indudable en las palabras de Isabel.

Ésta, pues, no había faltado de su casa por una causa reprensible, sino más bien edificante.

Por una obra de caridad.

—¡Oh! ¡has hecho bien, has hecho muy bien: hija mía!

dijo doña Margarita, Dios nos manda mirar por los pobres: Dios te premiará.

Después de esto, don Pedro presentó á Angiolina á su hija.

El capellán bendijo la mesa.

El almuerzo empezó.

Los dos esposos estaban ya perfectamente tranquilos.

Pero no lo estaba del mismo modo Isabel.

¿Por qué se honraba de tal manera por su padre, que era tan quisquilloso en materias de alcurnia, á aquel rico y noble trovador?

¿Por qué aquel hermoso joven la miraba de una manera candente, sin disimular su afición, aunque estaba delante de sus padres?

¿Qué nueva desgracia la amenazaba?

De los ojos de Angiolina fluía fuego.

Era que estaba celosa.

Sus celos tomaban una expresión de amor para Isabel.

CAPITULO LII

De como no tenía muy buen genio don Pedro de Segura

Se terminó el almuerzo.

Isabel se levantó, saludó reservadamente á Angiolina, y se fué á su aposento.

Su madre la siguió.

Don Pedro de Segura se quedó solo y sin saber qué hacerse, con el príncipe Miletto.

Aún no había venido la respuesta del rey y era necesaria una prudente reserva.

Angiolina arremetió al ricohombre.

—Habíais de amenazarme con todos los suplicios de la tierra y con todos los tormentos del infierno, y no renunciaría yo á vuestra hermosa hija, exclamó.

Don Pedro tosió.

Balbuceó algunas palabras ininteligibles.

Mostró, en fin, sin poder disimularlo, la contrariedad que le causaba la conversación que había empezado su huésped.

—Tengo que haceros una proposición, señor don Pedro, dijo Angiolina.

—¿Y cuál, señor príncipe? dijo mostrándose más contrariado don Pedro.

—Creo que no tengo que esforzarme para que comprendáis, respondió Angiolina, que no hay una causa para justificar el que yo permanezca como huésped en vuestra casa.

—¡Ah! pues no había pensado en ello, dijo don Pedro, pero, ¿qué más causa que vuestra voluntad y la mía?

—Sin embargo, yo estoy solo, sin servidumbre, de una manera extraña.

—¿Es decir, que no os bastan los servicios que aquí pueden prestárseos, señor príncipe?

—Permitidme que os responda con otra pregunta: ¿es que queréis entretenerme preso, por si he mentido, llamándome lo que no soy?

—¡Ah! de ninguna manera, se apresuró á decir don Pedro. Harto se conoce que sois una gran persona.

—Pues bien: yo he determinado vivir en la villa de Teruel, en tanto viene la respuesta del rey mi primo: vos podréis visitarme en mi posada: yo no vendré á vuestra torre; tenéis una hija doncella. Cuando no podréis dudar de quien soy yo, entonces me casaréis con vuestra hija.

—Según y cómo, señor príncipe.

—No según y cómo, dijo Angiolina; porque si la mano de vuestra hija me negáis, lo tomaré á ultraje y volveré.

no con el laúd y los cantares como hasta ahora he venido, sino con el arnés á cuestas, seguido por un ejército y en son de guerra, para tomar de vos desagravio.

—Es que yo no agravio á nadie, señor príncipe, dijo algo picado don Pedro: y habéis de saber, que aunque vos seáis uno de los mayores príncipes de la tierra, yo soy aragonés, y de los buenos. No quiero deciros más, porque con esto basta; ahora podéis á vuestro buen placer, quedaros en mi casa, ó vivir en la villa, mientras viene la respuesta á vuestra carta del rey nuestro señor.

—Pues mirad: ya que ásí habláis y que veo que no os contraría el que en vuestra casa permanezca, en ella me quedo.

—Quedaos por diez siglos, si os place.

—Pienso quedarme por toda mi vida.

—Os repito que eso será conforme y según.

—Para mí no hay conforme y según que valga, aunque seáis más aragonés que el Pilar de Nuestra Señora. Lo que yo quiero ha de ser.

—Lo que sea lícito y justo.

—¿Pues qué que no sea lícito y justo puedo querer yo?

—¿Queréis que dejemos esta conversación, señor príncipe?

—Por dejada; pero tenedla por valedera. Ahora hasta la hora de comer me voy á esparcir por el campo, que no creo yo que estoy en vuestra casa preso.

—Podéis esparciros cuanto queráis; pero cuidado, que con mis tierras puede haber algún lobo.

—Mejor: me gusta el peligro.

—Pues dice un proverbio, que quien el peligro ama, en él parece.

—Quedad con Dios, señor don Pedro, que no quiero estorbaros, dijo Angiolina: conque hasta la hora de comer.

Y dió la mano á don Pedro.

Le saludó ceremoniosamente.

Salió.

Don Pedro se quedó inmóvil durante algún tiempo.

Al fin dijo:

—Me parece que podrá suceder muy bien que este señor príncipe y yo nos rompamos la cabeza.

CAPITULO LIII

En que Gutier de Malespina cuenta á Angiolina la primera parte de una peregrina historia

Algún tiempo después Angiolina estaba de apostadero en el bosque, oculta entre el ramaje, sobre un sendero por el cual debía pasar Isabel á la salida del parque.

De improviso sintió una mano que se apoyaba en su hombro.

Se volvió.

Era Gutier de Malespina.

—Esperáis mal, y esperáis tarde, la dijo Gutier.

—¿No debe pasar esa señora por aquí?

—Sí, pero ha pasado ya, y acompañada.

—¡Acompañada, decís!

—Sí, y bien acompañada.

—¿Por quién?

—Por su madre.

—¡Ah! se desconfía.

—Necesariamente: vais muy de prisa: nunca hubiera creído yo que os metieseis en la torre de Segura.

—A mí me gusta estar cerca del enemigo.

—¿Pero no teméis que el enemigo os conozca?

—Pues mirad, señor Malespina, he hecho lo que he podido hacer, y os aseguro que antes de un mes me caso con la hermosa castellana de Segura.

—¡Que os casáis! ¿hasta ese punto lleváis vuestro proyecto?

—Yo no retrocedo ante nada: una vez casada con ella, me la llevo á mis Estados: cuáles son mis Estados... eso importa poco: en la primera noche de bodas, me sustituís. La oscuridad es el mejor disfraz que se puede tomar: Marsilla pensará que doña Isabel se habrá casado verdaderamente, y vos seréis feliz.

—¡Ah! ¿no sabéis lo que me sucede?

—¿Qué?

—Vuestros proyectos no son posibles: doña Isabel se ha encontrado ayer por casualidad con una funesta historia, por la que estoy en su poder. Más aún: cogido por mi conciencia.

—Yo creía, señor Malespina, dijo ella, que la conciencia era para vos una cosa desconocida.

—Os engañáis, dijo Malespina: yo soy hombre de corazón: si no fuera hombre de corazón, no amaría á Isabel de Segura de la manera que la amo.

—Vos os engañáis á vos mismo.

—No: yo encubro lo que siento y lo que soy, porque no se debe parecer débil ante el mundo.

—¿Y qué historia es esa vuestra por la cual os tiene cogido doña Isabel?

—¿Tenéis tiempo?

—Sí; desde ahora hasta la hora de comer.

—Pues bien: entremos en la espesura: lleguemos á una de las cabañas de los míos, y allí al amor del fuego, que el día no está para sufrido por mucho tiempo, yo os contaré algo que os hará conocer si tengo ó no tengo corazón.

Y se puso en marcha.

Angiolina le siguió.

Un cuarto de hora después llegaban á una cabaña oculta por unos copudos árboles.

Se quedaron solos en ella.

Después, sentados al fuego, Malespina empezó de esta manera:

—Hace cuatro años me encontraba yo en casa del barón don Jaime de Centellas, en Barcelona.

Era una velada.

Asistían á ella los hombres más nobles y más ricos, y las damas más hermosas de Barcelona.

Se celebraba al mismo tiempo el día del Santo del dueño de la casa, y las bodas de su hijo menor.

Yo había ayudado recientemente con mis compadres, á Jaime de Centellas, contra su enemigo Ramón de Moncada.

Estaban éstos contrapuntados por celos del favor del rey.

Había empezado á demostrarse la enemistad por un pleito á causa de unos molinos á la orilla del Segre, que ambos barones decían ser suyos.

Llegó el pleito hasta el rey, y éste sentenció en favor de Centellas.

Entonces la cuestión vino á las armas.

Moncada tomó á sueldo gente de á pie y de á caballo, y sin avisar á su enemigo, se fué á un castillo de Centellas, que estaba con muy poca gente, se lo tomó, se lo saqueó y se lo incendió, dejándolo al ras de la tierra.

Cuando llegó la noticia de esto á Jaime de Centellas, alzó su estandarte, y con sus escuderos y mucha y brava gente á sueldo, se fué sobre el castillo de Moncada, donde tenia sus tesoros, se lo tomó como Moncada le había tomado el suyo, le degolló la gente que en él había, le tomó los dineros, que sumaban á muchos cuentos de libras barcelonesas, le arrasó y se volvió con su presa á su castillo de Torre-blanca.

Entre la presa se había llevado Jaime de Centellas á Euda, la hija mayor de Moncada, que era una hermosísima doncella de diez y seis años, que por acaso paraba entonces, con una dueña y algunas doncellas, en el castillo de Moncada.

Ocurriósele á Jaime de Centellas la idea terrible é injusta de deshonrar en su hija á Moncada.

Pero era ya viejo.

Llamó á sus tres hijos.

El mayor contaba treinta años.

El segundo veinticinco.

El tercero veinte.

Les llamó á los tres el vengativo don Jaime de Centellas.

Les mostró una rica cajita con incrustaciones de plata.

Dentro había tres pequeños rollos de pergamino perfectamente iguales.

—Tomad uno cada uno, dijo Jaime de Centellas: en la inteligencia de que el que saque el pergamino que tiene escrito un nombre de mujer, ese será mi *hereu* (mi heredero), pues él me habrá reemplazado en la parte más grave de mi venganza contra Moncada.

Tomó Simón, el mayor, un pergamino.

Juan, el segundo, otro.

El tercero lo tomó Pedro, el menor.

—Desenrollad los pergaminos, dijo el padre.

Los tres jóvenes desenrollaron con ansia sus respectivos pergaminos.

El de Simón y el de Juan estaban en blanco.

En el de Pedro se leía:

«Euda.»

Tú eres mi *hereu*, dijo Jaime de Centellas á Pedro, y tuya es mi esclava.

Esta esclava era, como ya os he dicho, la hija de Moncada.

Y su hija predilecta.

Centellas despidió á sus dos hijos mayores, y tomando de la mano á Pedro, su hijo menor, le llevó á la gran torre de honor, le puso al pie de unas estrechas escaleras abiertas en el grueso del muro y dándole una gran llave le dijo:

—Toma y sube: en el encierro de todo lo alto encontrarás mi esclava. Yo te la cedo: es tuya.

Pedro es un muchaho noble y generoso.

Se estremeció al ver la venganza horrible que, enlo-

queciendo por el odio, tomaba su padre contra Moncada.

Subía, temblando, las escaleras.

Al mismo tiempo le dominaba una gran turbación.

Se conocía de fama la grande hermosura de Euda, la hija mayor de Moncada.

No habiendo tenido más que hijas, Moncada había elegido á Euda por su heredera.

Grandes príncipes habían pretendido su mano, y la hermosísima, la soberbia Euda, los había menospreciado á todos.

Cuando su padre la reconvino al fin por lo difícil que era para elegir marido, le contestó:

—Padre mío; yo he soñado en el que ha de ser mi esposo; le tengo en mi corazón, le amo, y ninguno de los que me han solicitado se le parece.

—¿Y si nunca viene el hombre de tu sueño?... la preguntó su padre.

—Si no parece, padre mío, cuando cumpla los treinta años, me haré monja.

El padre hubo de resignarse.

Por este tiempo la hermosa Euda fué robada por Jaime de Centellas.

Pedro llegó á lo alto de la torre, y abrió con mano trémula una pesada y fuerte puerta forrada de hierro.

Entró en un calabozo de poca extensión.

En él, sentada en el borde de un lecho é iluminada en su semblante, y en la parte superior de su cuerpo por un rayo de sol que penetraba por una saetera, había una joven hermosísima y ricamente vestida.

Su traje estaba ajado.

Como que desde que se la había cautivado, ocho días antes, no se lo había quitado.

Era alta, esbelta, fuerte.

Blanca, con los ojos negros y los cabellos de oro.

La altivez, la indignación y la bravura renacieron en ella al ver á Pedro.

Se puso de pie amenazadora y terrible.

Fijó una mirada incontrastable en Pedro.

Éste, como hechizado, como dominado por tanta hermosura, por tanto valor, cayó de rodillas.

Quedó con los brazos extendidos, la mirada atónita, y la boca entreabierta, y trémulo, ante Euda.

Y ella, al reparar en él, palideció.

Lanzó un grito.

Un grito al par de alegría y de angustia.

Tembló.

Se inclinó hacia Pedro.

Le levantó en sus brazos, y exclamó con acento apasionado y ardiente:

—¡Ah!... ¡sí!... ¡tú eres!... ¡Dios lo ha querido!

Y le alzó, y le besó en la boca.

Luego cayó desvanecida de amor entre sus brazos.

Pedro, como si no hubiera sido otro que el mismo el hermoso mancebo á quien Euda amaba, la sostuvo en sus brazos amorosamente.

Pedro, siempre noble y generoso, mantuvo en sus brazos, como si en ellos hubiese tenido un objeto sagrado, á Euda, y esperó á que volviese de su desmayo.

—¡Oh!... ¡esposo!... ¡esposo mío!... exclamó ella en el momento en que volvió en sí.

Luego cayó desvanecida de amor entre sus brazos

—¡Oh!.. ¡sí!... ¡tu esposo!... exclamó Pedro: ¡tu esposo, y esta misma noche serás restituída á tu padre!

—¡Oh, sí!... exclamó Euda: ahora conozco mejor que tú eres el esposo para quien he nacido: tú no eres rencoroso y vil como tu padre.

—Mi padre está loco de odio, exclamó Pedro: y luego, para dos que se aman, no hay más padre, ni más madre, ni más Dios que su amor.

—Por lo mismo, dijo Euda, ni tú ni yo tenemos padre: que nos deshereden en buen hora: tú ganarás con tu espada un nombre y un estado.

—¡Oh... sí, amada mía!... ¡yo por tu amor soy capaz de todo!...

Pasaron algunas horas en dulces coloquios.

En coloquios tan puros como si hubieran pasado entre dos ángeles.

Pedro, que sabía hasta qué punto llegaba el odio de su padre contra Moncada, se presentó á él y le engañó.

Centellas pudo creer deshonrada á la hija de su enemigo.

Aquella noche, Pedro hizo que cuatro de sus escuderos le esperasen montados y con su caballo, en un bosque cerca del castillo.

Subió al calabozo con los bolsillos bien provistos de oro, y ocultando una escala bajo su tabardo.

Sacó del calabozo á Euda.

Subió con ella á las almenas.

Aseguró á una de ellas la escala.

Luego, abrazada al cuello de Pedro, Euda, y rodeada por su brazo izquierdo su cintura, Pedro se dejó ir abajo

de la escala, hasta hacer pie en las rocas en que se asentaba la torre.

Una tabla á guisa de puente había sido echada sobre el foso por uno de los escuderos.

Pasaron sobre aquella tabla Euda y Pedro.

Llegaron hasta donde los escuderos los esperaban, montaron á caballo, y tomando sobre el suyo á Euda, Pedro, partieron al galope, en la dirección del lugar donde se debía encontrar con su hueste, dispuesto á acometer el castillo de *Las Creus,* donde estaba Centellas, Moncada.

Pedro había dejado sobre el lecho de Euda, en el calabozo, un pergamino que contenía lo siguiente:

«Padre mío: Euda es mi esposa: ni vuestro honor ni el mío consienten que Euda sea deshonrada ni permanezca cautiva; yo, que la deshonra de mi esposa no he causado, de la cautividad la libro. Haced de mí lo que mejor queráis cuando, después de dejar á mi esposa con su padre, venga á buscaros.»

Esta conducta era nobilísima, y honraba á la ilustre descendencia de los Centellas.

Caminaron nuestros jinetes toda la noche.

Al amanecer encontraron sobre su camino un pequeño santuario.

Pedro habló con el monje ermitaño, y le contó lo que acontecía.

El monje, que era uno de tantos varones que adoraban á Dios entre la soledad y la penitencia, elogió su conducta á Pedro, le profetizó que él y Euda serían el lazo de amor que acabaría por unir á las dos familias enemigas, y los desposó.

Los cuatro escuderos de Pedro, y algunos labriegos de los alrededores, fueron los testigos del casamiento.

El monje les dió testimonio de él, el cual firmaron todos los testigos, y el párroco y el bailío de una aldea inmediata.

En aquella aldea, y con una sencillez extremada, pero también con una grande y sincera alegría, se hicieron las bodas.

Al día siguiente, marido y mujer siguieron su camino hacia el campo que tenía ya en la montaña contra Centellas, Moncada.

Por la tarde descubrieron desde lo alto de una roca, en el fondo de un profundo valle, el campo de Moncada, con sus blancas tiendas esparcidas acá y allá.

—No vengas tú, dijo Euda á Pedro: tú no puedes medirte ya con mi padre, que es también, por nuestra unión, padre tuyo, ni para medirte con él por mí, aún que quisieras, tienes fuerzas, y mi padre, en el primer momento de su furor, te mataría. Yo iré sola.

—¿Y si tu padre te mata? exclamó estremeciéndose Pedro.

—Mi padre no puede matarme, exclamó Euda, por mucho que le irrite el saber que yo me he casado con el hijo de su enemigo: me maldecirá, me encerrará, acometerá á tu padre, pero no atentará á mi vida... ni á la tuya pasado el primer momento de furor; véte y déjame adelantar sola hasta el campo de mi padre.

En vano quiso ir con ella Pedro.

La despedida fué tiernísima.

Euda partió.

Pedro, en lo alto de la roca, la vió descender al valle.

La vió perderse al fin entre las primeras malezas.

La noche empezaba.

La luna aparecía.

Pedro, triste y con el corazón oprimido, se volvió con sus escuderos al castillo de su padre.

Calló en su leyenda á este punto Malespina, y doblegó la cabeza sobre el pecho.

Parecía como que daba por concluída la primera parte de su relación.

CAPITULO LIV

En que Malespina continúa su historia

Angiolina había escuchado con un gran interés al Maestre de los Compadres.

Éste permaneció por algún tiempo silencioso; y luego, alzando la cabeza, dijo:

—La misma noche en que Pedro de Centellas había sacado del poder de su padre á su esposa, llegué yo al castillo de Centellas con trescientos de los míos.

Centellas sabía que Moncada había allegado una poderosa hueste.

Me había enviado un mensaje, y me había tomado á sueldo.

En cuanto llegué, rabioso de odio contra Moncada, y ansioso de hacer pública la deshonra de Euda, me llevó á la prisión donde la suponía.

No puedo ponderaros bastante el furor que se apoderó de él, cuando en vez de Euda encontró sobre el lecho el manuscrito que había dejado Pedro.

Le maldijo, y juró descabezarlo en el punto en que se le presentara, como á hijo desobediente y traidor, y violador de los deseos de su padre.

Yo le dejé que desfogase su cólera.

Ella se deshizo al fin en lágrimas.

Centellas amaba con el amor de sus entrañas á su hijo menor.

El nacimiento de éste había costado la vida á su madre, á quien Centellas lloraba aún, á pesar de los veinte años transcurridos, como en el momento en que la vió helada é inmóvil.

Era llegado el momento de mediar.

Apuré cuantas razones me sugirió mi buen deseo.

Logré al fin calmar algún tanto al iracundo Centellas, y que me jurase que perdonaría á su hijo.

Así es que, cuando Pedro se presentó, se redujo á negarse á verle, y á mandarle que se fuese á Barcelona y esperase allí una resolución.

Pedro partió con el corazón oprimido.

Me habló, y me suplicó procurase llevar á buen fin aquel negocio.

Por su parte, Moncada, como se supo después, no se atrevió á otra cosa que á enviar con una buena guarda á su hija á su casa de Barcelona, donde hasta nueva orden debería encerrársela.

Al día siguiente se presentó con su hueste ante el castillo de *Las Creus*, y envió un heraldo al de Centellas,

intimándole que se rindiese á su merced, ó que de no, combatiría á sangre y fuego el castillo.

Jaime de Centellas se irritó, y se dispuso á salir contra su enemigo.

—Sea como quiera, le dije yo, después del casamiento de vuestro hijo más querido, con la hija más querida de Moncada, las cosas han venido á tal punto, que bien puede pensarse en un avenimiento.

Volvióse contra mí, hosco y airado Centellas, y me dijo:

—Si ahora me salís con eso, idos con mi enemigo; aumentad su hueste: Dios, que conoce mi razón y mi derecho, me ayudará.

Me armé de dulzura.

Cuestioné.

Combatí.

Logré por fin que Centellas me dijese:

—¿Y los daños que mutuamente nos hemos causado?

—En la familia, unida por el casamiento de vuestro hijo con Euda, se quedarán, dije yo; vuestro hijo Pedro, si no cambiáis vuestras disposiciones, debe heredaros, y si no ha variado las suyas Moncada, su hija Euda debe heredarle.

—¿Y si Moncada cree que todo esto no ha sido más que un amaño? me dijo; yo no quiero pasar por mentiroso.

—Moncada no puede creer sino que vuestro hijo Pedro ha sido noble y generoso, le respondí: esos dos jóvenes os han dado el ejemplo de lo que debéis hacer; sus manos, al unirse por el amor, cogen las manos de sus padres y las unen por la amistad.

Apuré al fin su paciencia, y ayudado por el amor que Centellas tenía á su hijo, al que tenía ya á Euda, porque era la esposa de Pedro, logré me permitiese hacer mis oficios de intermediario para con Moncada.

—Pero hacedlo como por cuenta vuestra, me dijo; yo consiento, pero no me allano.

Partí al campo de Moncada.

Me encontré con otro tan testarudo como Jaime.

Moncada quería á todo trance medirse con su enemigo, descabezarle, ó ser descabezado por él.

Yo le puse ante los ojos que sin la noble, la leal, la enamorada conducta de Pedro de Centellas, la hija de su amor hubiera sido deshonrada y tal vez muerta por la venganza, y que cuando tan noble y tan generoso se había mostrado Pedro, y Euda había encontrado en él al hombre de su amor, ni él ni Centellas debían continuar en sus odios, contra la voluntad de Dios, que había hecho que sus hijos se uniesen.

Al fin Moncada cedió.

El amor paternal había podido en ellos más que su odio.

Pero no querían cejar.

Se arregló todo por medio de una escritura por poderes, que hicieron de común acuerdo los escribanos y los apoderados de ambas partes.

Se pactaba perpetua paz y alianza entre los Centellas y los Moncadas.

Se daban por no inferidas las injurias, y por nada se tenían los daños que tanto eran ya para los unos como para los otros.

Moncada y Centellas renunciaban sus títulos, herencias

y privilegios como ricohombres y barones, tanto de Aragón como de Cataluña, en Pedro de Centellas y en Euda de Moncada, reservándose la mitad de la renta, cada cual en sus dominios, para mantener su estado.

Se convino, además, en que de allí á quince días se harían las bodas, y la solemne transferencia de dominio en favor de sus hijos en casa de Centellas.

Las tornabodas se harían en casa de Moncada.

Los dos ricohombres firmaron por separado, porque en vano fué pretender reunirlos, las escrituras, y Moncada se retiró con su gente.

Iba yo á retirarme con la mía, ya inútil, pero Centellas me dijo:

—¿Cómo vos, Maestre de los bravos Compadres, que habéis arreglado esta feliz avenencia, en que ni el honor mío ni el de Moncada padecen, habíais de faltar á estas bodas? Conmigo y con los vuestros os habéis de venir á Barcelona; que gracias á Dios, casa tengo allí bastante para que quepáis todos, y cómodamente.

No era posible negarse.

Al día siguiente partimos para Barcelona.

Se prepararon las bodas.

Antes de ellas, logré que al fin se avistasen los dos enemigos.

Ambos, al verse, adelantaron.

Los dos tiraron de las espadas.

Hicieron ademán de acometerse.

Retrocedieron antes de encontrarse.

Rompieron sus espadas en las rodillas.

Arrojaron los pedazos.

Luego se allegaron, y se dieron las manos.

En fin, sobrepujando las esperanzas de los que queríamos una cordial avenencia entre dos tan nobles y generosas personas, se arrojaron el uno en los brazos del otro, y se pidieron mutuamente perdón.

Ambos viejos pensaban entonces en sus hijos.

A seguida entraron Pedro de Centellas y Euda de Moncada, asidos de las manos.

Se arrodillaron delante de sus padres y les demandaron perdón.

Los dos viejos los alzaron en sus brazos y los besaron en la frente.

Se había llegado á una avenencia completa.

A una tregua de la larga guerra que de hijos á padres venían haciéndose, desde tiempo inmemorial, los Centellas y los Moncadas.

Yo había contribuído en gran parte para que aquella avenencia se hiciese.

Así es que me dió un buen lugar en las bodas.

Se me hizo el cabeza, por decirlo así, de los garzones de honor del novio.

La cabeza de las doncellas de honor de la novia, era una hermosísima dama, parte principal de la historia, por la cual la heredera de Segura, y por mi conciencia, me tienen en su poder.

Bajo su protección está ahora esa dama.

Era Berta de Santoya, hija de Illán de Santoya, gran caballero, Contador del rey don Pedro.

Por honrar á las ilustres familias de los esposos, asistió á las bodas y á las tornabodas el rey don Pedro, y

quiso que otro día de bodas se hiciese en su palacio.

Como la primera de las doncellas de honor, Berta, y yo, como el primero de los garzones de honor, estuvimos necesariamente juntos durante muchas horas, en los tres días que duraron las bodas.

Yo estaba considerado en la corte del rey don Pedro como una persona de una gran importancia.

Se sabía que yo era el Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Que como tal llevaba tras de mí, y á mis órdenes, quinientos leones, que nunca bajaban de este número y que solían llegar á mil y quinientos.

Esta gente, tenida por invencible, servía á sueldo á los reyes en sus guerras y aun á los ricohombres, en sus discordias.

Cuando no servíamos á sueldo, nos ocupábamos en hacer la guerra por nuestra propia cuenta y á nombre de Dios y del Papa, á los herejes albigenses, acá y allá, en los reinos de España, en el Rosellón y aun en todo el territorio de Francia.

Pero particularmente en España y muy particularmente en Aragón y Cataluña.

Se decía, además, que ciertos monteros libres y feroces que se encontraban por todas partes, no eran otra cosa que Compadres de la Cruz de fuego disfrazados.

Aquellos monteros eran tan terribles como los Compadres.

Cuando los bailíos y los merinos del rey salían con gente contra esos monteros, que se ocupaban en asaltar las pequeñas poblaciones, las casas fuertes mal defen-

didas, y aun salían en los caminos á los romeros y á los viandantes y robaban los ganados, ó no los encontraban, ó si los encontraban, en cuanto sonaban sus bocinas se reunían en tan gran número que aseguraban siempre la victoria.

No podía probárseme á mí, el Gran Maestre de los Compadres, que eran compadres míos aquellos bandidos sin alma, que eran el azote de la comarca en que caían, y que vestían el traje de los cazadores francos, ó libres, y á veces el de los almogávares.

Nadie se atrevía á decirlo, aunque todo el mundo tenía la seguridad de ello.

El mismo rey don Pedro tenía la pretensión de hacer de nosotros una Orden guerrera religiosa, llamándonos los Caballeros de la Cruz de fuego.

Pero yo decía siempre al rey:

—De tal manera estamos acostumbrados á llamarnos los Compadres, que el día en que se nos llame los Caballeros, dejaremos de ser lo que somos. Además de esto, señor, ahora somos defensores libres de Cristo, del Papa, del rey, de la razón y de la justicia, sin pertenecer á ningún reino, ni tener más señor ni más guía que nuestra conciencia. Dejad, pues, á los halcones del Pirineo que vuelen libremente, que extiendan sus alas por doquiera. Os hemos servido siempre bien y lealmente y á sueldo barato, y bien y lealmente y con poco sueldo os serviremos siempre que nos necesitéis. Por más que vos, señor, seáis un gran rey, muy católico y muy caballero, y el reino de Aragón un gran reino, nosotros no queremos tener señor ni patria.

Esta altivez mía y la indómita fiereza de mi gente, me hacían extraordinariamente respetable.

Se sabía, además, que yo tenía casas fuertes, y castillos, y aún aldeas que me rendían pleito homenaje y tributo, acá y allá; en Aragón, en Cataluña, en el Pirineo, en el Rosellón.

Se hablaba de mis intensos tesoros.

Se ignoraban mi patria y mi familia.

Pero yo llevaba bien mi estado.

No había señor, por magnífico que fuese, que me aventajara en el lujo del traje y de las preseas, ni en la esplendidez de la servidumbre, cuando me presentaba en la corte del rey de Aragón, ó en la del rey de Francia, ó en Roma, adonde he ido alguna vez á besar el pie al Santo Padre.

De la misma manera que me honra el rey don Pedro, me honra el rey Felipe Augusto, y el Papa Inocencio. El altivo conde Simón de Monforte, el irreconciliable enemigo de los albigenses, dice que se honra teniéndome por amigo.

Se me llama por algunos el *rey misterioso*.

Pero todos convienen en que soy un gran católico, un gran caballero, y se murmura de que también soy el capitán de los terribles monteros libres, y de los bravíos almogávares errantes, se pasa por encima de esto, y se hace no sólo como que no se cree, sino también como que no se sospecha.

Yo he podido emparentar con nobilísimas familias, aun con familias reales, casándome con alguna altiva princesa, ó con alguna hermosísima é ilustre dama.

Pero yo tenía el corazón seco y árido.

Yo no me enamoraba.

No había conocido aún á doña Isabel de Segura.

No había conocido á ninguna que se la pareciera.

Cuando ví á Berta, que fué el día en que se celebraron las bodas de Pedro de Centellas y de Euda de Moncada, me estremecí.

Ella se puso pálida como una muerta.

Como os he dicho, á causa de las bodas estuvimos constantemente juntos durante muchas horas en los tres días.

Representaban en aquellas bodas personajes muy principales.

Yo tenía la obligación de servir, en primer lugar, á la novia.

Después á su primera doncella de honor.

Cuando se danzaba, Berta danzaba conmigo.

Cuando se comía, estábamos el uno al lado del otro.

El primer día nuestra conversación llegó muy pronto al amor.

Al segundo día había sobrevenido una entrevista.

Al tercero éramos novios.

No habéis conocido ni podéis conocer, un hombre que fuese más altivo, más terrible, más indomable que el padre de Berta.

Illán de Santoya se había ausentado de su patria, y se había ido al rey de Aragón á rendirle pleito homenaje y vasallaje, únicamente porque su señor el rey de Castilla, habiéndose presentado á él Santoya con otros caballeros, le tuvo en segundo lugar.

Esto no podía tolerarlo Santoya, que se tenía por el

primer caballero del mundo, tal era su soberbia, y con arreglo al fuero de los hijosdalgo, se desnaturalizó de Castilla y se fué á Aragón.

Es más; dijo al rey don Pedro porqué se había desnaturalizado.

Por lo que el rey don Pedro le dijo:

—Cuando os acerquéis á mí, don Illán, hacedlo nombrándoos á voces antes de que yo os vea, á fin de que yo, sabiendo que os acercáis, no pueda olvidaros ni aún por distracción. Estimo yo mucho tener en mis reinos un tan gran caballero como vos.

Don Illán, que es muy corto de alcances, como lo son todos los soberbios, se dió por muy pagado con esta burlona observación del rey.

Se consagró á servirle.

Tan bien le sirvió, que el rey le dió en su casa el alto y honorífico cargo de Contador mayor.

Con esto la soberbia de don Illán subió á las nubes.

Es un hombre joven aún.

Como que no pasa de los cuarenta años.

Es valiente como una fiera.

Rico como un judío.

Adora, ó mejor dicho, adoraba á su hija.

Para marido de su hija no había quien le satisfaciera.

Ni el emperador del gran Mogol.

Bien haya quien á los suyos se parece.

Berta, á pesar de sus pocos años, era grave y seria, y de tal manera, que su seriedad, su gravedad, perjudicaban á su hermosura.

Cuando la ví por la primera vez, me admiró, pero no me conmovió.

A poco fué distinto.

Berta sonrió, y me miró enamorada.

Entonces se iluminó su hermosura con algo que parecía de más allá de la vida.

Con algo de los cielos.

Entonces me enamoré y temblé.

Cuando nos separamos, terminadas las bodas, estábamos ya locos de amor el uno por el otro.

Aquellos tres días de dulces conversaciones, de miradas, de suspiros de amor, habían valido para nosotros tres eternidades.

Habíamos convenido en que yo la pediría por esposa á su padre.

Pero pasado algún tiempo.

Se hubiera ofendido el soberbio don Illán de que de una manera tan súbita yo le hubiese pedido su hija.

Terminadas las bodas, se la llevó á un fuerte castillo que tenía en la montaña de Montserrat.

La torre de Santoya se había hecho célebre.

Estaba siempre en pie de guerra.

Su puente no se alzaba, ni se alzaba su rastrillo, sino por momentos, y mientras salían ó entraban las gentes necesarias.

Los ballesteros estaban siempre de guarda en las almenas.

El enano, siempre con la bocina preparada, sobre la poterna.

El atalaya, en lo más alto de la torre de honor, obser-

vando los vericuetos, para anunciar la presencia de la más pequeña persona que rara vez se acercaba al castillo.

Provenía esto de que un hechicero había dicho á don Illán, que si no guardaba cuidadosamente á su hija, ésta le sería robada.

De tal modo había creído don Illán al hechicero, que no se descuidaba un punto.

Era esclavo de la guarda de su hija.

Con una extremada violencia, y por complacer al rey, que había apadrinado las bodas de Pedro de Centellas y Euda de Moncada, había consentido en que Berta fuese la primera doncella de honor de Euda.

Acabadas las bodas, se llevó á Berta como robada.

Se encerró con ella en la torre de Santoya.

Los Compadres de la Cruz de fuego tenemos una gran cualidad.

Penetramos allí donde queremos, como si fuésemos invisibles.

Yo no podía irme de momento, sino después de dejar pasar algún tiempo, á pedir á don Illán la mano de su hija.

Era necesario antes hacerme estimar de él.

Pero yo no podía pasar sin ver á Berta.

Sabía demasiado que Berta no podía pasar mucho tiempo sin verme á mí.

Envié á los más probados de mis compadres, á que reconociesen los lugares, alrededor de la torre de Santoya.

A los tres días, el principal de ellos vino á Barcelona, y me dijo sonriendo:

—La torre de Santoya es tan fuerte, señor, como cualquiera de vuestros castillos.

—¿Os habéis hecho ya amigos de las gentes de don Illán? le pregunté.

—¡Bah!... no señor, me dijo el *Encogido,* que, á pesar de ser demasiado suelto, así se llama este mozo: los de la torre de Santoya no salen de los muros por nada, ni para nada: es que yo me he entrado dentro.

—¡Cómo!... ¿en un castillo guardado por gentes numerosas, como si tuvieran á la vista los enemigos?

—Así y todo.

—¿Y cómo?

—Perdonadme, señor, pero si queréis, me dijo el *Encogido,* vos mismo podéis juzgar de ello esta noche.

—Vamos, ¿tienes empeño en hacerme desear el descubrimiento del secreto?

—Esta noche, á la media noche, si vuesa merced quiere, me respondió el *Encogido,* podrá estar vuesa merced en la misma cámara de mi señora doña Berta: todo es cuestión de que queráis, señor.

En efecto.

Llegamos al principio de la noche.

En cuanto hice sonar mi bocina, me rodearon los compadres que yo había enviado para que observasen la torre de Santoya.

Según ellos, en la torre no ocurría novedad.

Estaba tan guardada como siempre.

A puestas del sol se había visto, en un mirador de la gran torre, á Berta.

Parecía inquieta.

Estaba pálida y triste.

Había permanecido en el mirador hasta que había cerrado la noche.

El reflejo de una luz se había visto en seguida en las vidrieras de colores del mirador.

—¿Y dónde está ese diablo de torre de Santoya? pregunté yo.

—En lo alto de una pirámide de rocas, en medio del profundo valle que se encuentra en Montserrat, viniendo de Barcelona, me dijo el *Encogido:* con un rodeo, en un cuarto de hora llegaremos.

—Vamos, dije: y vosotros, idos; ponéos á la redonda del castillo.

Los compadres se fueron, llevándose mi caballo y el del *Encogido.*

En aquellos breñosos lugares, los caballos eran inútiles.

El *Encogido* me precedió por un agrio sendero que se torcía y retorcía, descendiendo por entre las rocas.

Al cabo de un cuarto de hora de difícil marcha, llegamos á una especie de balcón, entre dos altas rocas.

De la otra parte, la enorme peña estaba tajada.

Desde aquel balcón se veía un profundo valle, como de un cuarto de legua de extensión.

En medio de él, sobre una pirámide de rocas, como había dicho muy bien el *Encogido,* se levantaba la torre de Santoya.

La iluminaba completamente la luna llena.

En su gran torre, en las vidrieras de una gran ventana, se transparentaba débilmente la luz vagarosa del interior.

Aquella ventana, según me dijo el *Encogido,* pertenecía á la cámara de Berta.

Poco después de habernos puesto en observación, el reflejo de la luz desapareció de la gran vidriera.

Algunas otras luces que se veían en el castillo se apagaron también.

La torre de Santoya se entregaba al reposo.

Pero, según me dijo el *Encogido,* por lo menos diez hombres velaban en los muros, vigilando tan atentos como en tiempo de guerra.

Por el *Encogido* supe también que, tres veces durante la noche, don Illán de Santoya se levantaba y hacía una minuciosa ronda por toda la fortaleza, sin descuidar ni aun los sótanos.

De tal manera tenía presente don Illán la predicción del hechicero, de que su hija le sería robada, y por este robo acontecerían grandes desgracias.

—¿Y tú te has introducido en esa caverna tan bien guardada? le preguntó.

—Yo me introduzco en todas partes, me dijo el *Encogido;* pero tratándose de esa torre, hay que confesar que me ha servido de mucho la casualidad. Pero como os veo tan impaciente por penetrar también en la torre, voy á conduciros. Después os diré de qué extraña manera he encontrado yo el camino.

—Perdonad, señora, dijo á este punto Malespina, pero voy á tomar un momento de reposo.

CAPITULO LV

En que se presenta un nuevo é interesantísimo personaje

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales se había mostrado Malespina conmovido y preocupado, continuó de esta manera su relato:

—El *Encogido* descendió conmigo de aquella especie de balcón natural.

Se metió entre los breñales.

Al poco tiempo empezó á ascender, al pie de unas altísimas rocas, por una dificilísima pendiente.

Llegamos á la entrada de una cueva.

—Esperad aquí, señor: para penetrar en este lugar se necesita luz: de otra manera, tan cortado está el suelo, que no podríais dar un paso sin peligro de despeñaros.

Esperé, y á poco volvió el *Encogido* trayendo una antorcha encendida.

Entonces ví cuán accidentado estaba el terreno:

Se veían anchas cortaduras

Donde no, se veían profundos agujeros.

Verdaderas simas.

El *Encogido* tomó por un estrechísimo sendero que por uno de los agujeros de estos pozos se perdía á manera de escala.

En el fondo se oía un ruido monótono, semejante al de una mediana corriente de agua que se despeñara.

—¡Ah! dije yo; por aquí has debido de encontrar tu pasadizo.

—Sí, sí señor: el manantial que produce esa corriente que más abajo por entre dos altas rocas, va á caer en un valle, está cabalmente debajo de la gran torre de honor del castillo.

Aún no había acabado el *Encogido* de decir estas palabras, cuando oí una especie de sonido gutural.

—¡Ah! dijo el *Encogido*, nos ha sentido y acude.

—¿Quién?

—Ella.

—¿Y quién es ella?

—La salvaje.

—¡La salvaje!

—Sí, sí señor: la salvaje más hermosa que podéis figuraros; yo la domesticaré. Ya dice muy claro *Encogido;* por algo se empieza.

En este momento, una mujer de estatura hombruna, de admirables formas, y con una especie de túnica de pieles de gamo, se presentó á nosotros.

Al verme, retrocedió y produjo un gruñido feroz.

—Vamos, querida mía, dijo el *Encogido:* no te asustes: es un amigo.

Y para que le entendiese, me abrazó, y me besó en la mejilla.

La salvaje vino entonces á mí.

Me miró profundamente.

Sonrió de una manera cándida.

Entonces pude comprender cuán hermosa era, á pesar de su rudeza, pero de una hermosura salvaje.

Parecía muy joven.

Tenía los cabellos peinados en trenzas.

Aparecía hermosísima.

La cabeza magníficamente modelada.

Debía ser naturalmente blanca, porque tenía los ojos azules y los cabellos dorados.

Pero su tez estaba algo curtida por la intemperie.

Pero vais á verla, señora.

Malespina silbó.

Inmediatamente un hombre, un montero libre, apareció en la puerta de la cabaña.

—Que entre Mari-galana.

El montero, esto es, el compadre, desapareció.

—Vais á ver, señora, dijo Malespina, una criatura admirable.

Se llama María de Montserrat, por el lugar en que se la encontró.

Mari-galana, por lo hermosa que es.

La de Hierro y Oro, por lo rubio de sus cabellos, y la fuerza de su brazo.

Por último, la hermosa Loba, por su valor feroz.

Ella no es mujer más que por su sexo y por su hermosura.

Por lo demás, no hay ninguno de mis compadres que la aventaje en batalla.

Ninguno de ellos dominará, como ella, un potro indómito.

Ninguno arrojará una pesada jabalina á más distancia que ella.

Ninguno quebrará mejor que ella una lanza contra un arnés redoblado.

Por último; ninguno la igualará en serenidad, entre el estrago y la carnicería.

Vestía, cuando se la encontró en la caverna, las pieles que arrancaba á las reses que cazaba para mantenerse.

Cuando dejó sus pieles, no tomó los vestidos de mujer.

Quiso ser como los Compadres de la Cruz de fuego, como el *Encogido;* el único que la había enamorado, que se había hecho amar de ella.

Y eso que la había buscado el amor.

Los pastores de Montserrat, enamorados de ella, la habían buscado.

Pero ella los desesperaba á todos.

Habían querido cazarla como á una fiera.

Ella se había defendido entre los peñascales.

Inútilmente se habían valido de sus ballestas.

A una loba la hubieran exterminado.

A la Loba rubia parecían respetarla las jaras.

No la tocaban jamás.

Ella, en cambio, hacía rodar sobre sus acometedores, los peñascos.

Cuando encontró al *Encogido,* le miró con extrañeza.

Pero no le huyó.

Cuando se acercó á ella le sonrió.

Os advierto que el *Encogido* es feroz.

Su ferocidad se hizo sentir de la Loba rubia.

A más, es muy buen mozo.

La Loba rubia se enamoró de él en un punto.

Después le siguió, ó más bien, nos siguió.

Era inteligente, y muy pronto perdió su rudeza.

Se casó con el *Encogido,* y desde entonces, con el mismo traje, con las mismas armas que nosotros, nos siguió.

Nadie, al verla, creerá sino que es un magnífico mancebo, alto, robusto, alentado, valiente.

Y no por esto deja de ser mujer, en cuanto al corazón y á la dulzura.

Ha dado al *Encogido* tres hijos, y cuida de ellos como la más excelente de las madres.

Cuando marchamos, cuando vamos de acá para allá, los lleva sobre un caballo, en una especie de jamugas-cajones.

Esas criaturas han entrado más de una vez en batalla, rodeadas por su padre, por su madre, y por los más bravos de los nuestros.

Cuando crezcan serán unos héroes.

Yo os lo aseguro.

Entre nosotros se ama, se respeta, y aun se venera á Mari-galana.

—¿Si dais permiso?... dijo junto á la puerta una voz firme y respetuosa.

—Entrad, dijo Malespina que conoció aquella voz.

Adelantó el montero que había salido poco antes.

—Señor, doña Isabel de Segura se acerca.

—¿Qué puede ocurrir? dijo vivamente Angiolina.

—Tranquilizaos, señora: doña Isabel, que conoce un tanto la historia de la hermosa salvaje, viene á escucharla de sus propios labios. Retiraos, yo os lo suplico: no conviene que doña Isabel nos encuentre juntos: más tarde conoceréis la historia de Mari-galana.

—¡Oh! sí, sí: me ha interesado extraordinariamente lo poco que de ella me habéis dicho.

Y Angiolina salió del aposento.

—Vé y trae á Mari-galana, dijo al montero Malespina.

El compadre salió.

Malespina llegó hasta la puerta á recibir á Isabel de Segura, á tiempo que ésta llegaba.

Ambos tomaron asiento.

—¿Es propicia la ocasión? preguntó Isabel.

—Oportuna: Mari-galana está avisada y va á llegar.

—¿Se puede entrar, señor Gran Maestre? dijo en aquel momento una voz sonora y fresca, pero firme, aunque femenil.

—Entrad, María, entrad, dijo Malespina; hay aquí una noble y hermosísima dama que desea conoceros.

Apareció entonces en la puerta, y adelantó una hermosa, una hermosísima criatura.

Era alta, esbelta, gallarda y á la par fresca.

Vestía como los monteros libres.

Sus cabellos dorados y abundantísimos la caían en ondas sobre los hombros y la espalda.

Circuían su semblante oval, pálido y blanco, con un tono nacarado y delicadísimo.

Un birretillo de cuero negro, con joyel de oro y en él una pluma de águila, hacía resaltar, por su color negro brillante, una frente tersa y serena, bajo la cual brillaban con una gran fuerza de vida y de juventud, unos ojos celestes y profundos como el cielo de una noche de luna.

En el fondo de estos ojos brillaba como una luz misteriosa.

La nariz recta y al par graciosa; las mejillas mórbidas; la boca pequeña y graciosa, y pequeña la barba partida levemente por un casi imperceptible hoyuelo, y la garganta larga, mórbida, voluptuosamente modelada, constituían un busto admirable, que atraía, que seducía, que daba paz al alma y la subyugaba

Nada quedaba en ella de salvaje.

Llevaba con una gran elegancia, con la mejor de las elegancias, la de la natural distinción de la hermosura, un tabardo verde con adornos negros, y sus calzas delineaban una pierna de contornos finos y á la par enérgicos, en tanto que sus abarcas dejaban admirar un pie pequeño y deliciosamente contorneado.

Llevaba á la espalda una fuerte y grande ballesta.

Pendiente del costado derecho, una venablera, en que se veían una docena de jaras.

A la izquierda, una espada ancha y corta; una especie de machete.

A la cintura, sobre tres fajas sobrepuestas de acero, formando una especie de coracina, se veía un ancho y largo puñal.

Además, y á pesar de las abarcas, calzaba unas fuertes espuelas.

Como todos los compadres, estaba dispuesta á montar á caballo en un momento dado.

Esta especie de amazona llevaba en los brazos un niño de menos de un año, y le amamantaba.

—¡Oh! ¡y qué criatura! exclamó Isabel admirada al ver á Mari-galana.

Mari-galana, al entrar, se había quitado cortesmente con su mano izquierda el birretillo, mientras con la derecha sostenía á la altura de su seno, á su hijo.

Sonreía de una manera cariñosa á Isabel.

—Sentaos, María, sentaos, dijo Malespina.

María arrojó su birrete sobre una mesa que en la cabaña había, y se sentó en un escabel de pino.

—Contadnos cómo conocisteis al *Encogido,* dijo Malespina.

María se puso vivamente encendida, y contestó:

—Dejadme ahora de eso; yo os lo suplico, señor Gran Maestre.

—¡Ah, no, no! dijo Isabel: yo quiero saber, y vos tendréis la bondad de decírmelo, cómo vivíais sola entre las rocas de Montserrat.

—Protegida por la Santa Virgen, cuya imagen llevo siempre sobre mí, dijo Mari-galana.

Y sacó de su seno una medalla de oro.

En aquella medalla estaba groseramente cincelada la imagen de Vuestra Señora de Monserrat.

—Yo quiero saber vuestra historia, dijo lánguidamente Isabel.

—Sí, dijo Malespina; nadie sabe vuestra historia, ni aun vuestro pasado.

—Mi historia no he podido explicármela yo, sino mucho después de dejar de ser salvaje. Entonces he podido ordenar mis recuerdos, y he encontrado tan triste y tan misterioso mi pasado, que yo mismo he procurado olvidarle.

—¿Tan terrible es? dijo Isabel.

—Más terrible aún por lo que se ignora que por lo que se sabe, dijo Mari-galana. Pero yo recuerdo perfectamente el lugar dónde está enterrada mi madre. Con ella debe dormir la historia, si es que la tiene, de la triste noche de mi pasado; un día yo sacaré de entre las rocas de Montserrat aquellos queridos huesos; pero eso será cuando el *mío* y yo hayamos ganado carta de nobleza y oro bastante para tomar una torre almenada y hacernos señores de ella.

—¿Pero nada nos diréis acerca de vos? dijo Isabel.

—Mi noble señora, dijo Mari-galana; por vos sola voy á despertar lo doloroso de mis recuerdos.

María envolvió en su manto á su pequeño hijo, que se había dormido, y le puso sobre sus rodillas.

Luego se cubrió el seno.

Se quitó de la espalda la ballesta.

Del costado la venablera.

Se acomodó junto al fuego.

Miró profundamente á Isabel.

La sonrió, acreciendo en su expresión de cariño hacia ella.

Después de esto, meditó un momento y luego empezó de esta suerte su relato:

CAPITULO LVI

De cómo podía llamarse á Mari-galana la reina de los buitres

—«Hay, al pie de las rocas en que se asienta el Santuario de la milagrosa Señora de Monserrat, y como á media legua de él, en un áspero y sombrío desfiladero, una profunda gruta.

Aquella gruta era otro santuario.

A lo menos en ella había un altar consagrado á la Virgen.

El altar continúa allí en la soledad, y en la sombra, desconocido de todo el mundo, menos de mí.

Aquel lugar silencioso y lúgubre es lo único que yo recuerdo de mi infancia.

En él no había más que un hombre y una mujer.

El hombre era monstruoso.

La mujer bella.

Esto me dicen mis recuerdos.

Aquella mujer me amaba.

Aquella mujer debía ser mi madre.

Cuando yo he sido madre, lo he conocido.

Sólo una madre abraza llorando á una criatura como aquella mujer me abrazaba á mí cubriéndome de lágrimas.

Todo lo que á este tiempo de mi vida corresponde, es para mí confuso.

El hombre que, como ya os he dicho, era monstruoso y feroz, ceñía un hábito como los ermitaños.

Mi madre estaba cubierta de harapos.

Recuerdo que no podíamos salir de la gruta.

Estaba en lo más alto de una roca.

Para llegar á ella, había que subir por una escarpadura terrible, difícil aún para las cabras.

Una vez en lo alto de la roca vecina, el tronco de un árbol servía y sirve de puente para entrar en la gruta.

Entre la roca donde está la caverna, y la otra roca su hermana, hay una tajadura profunda.

El horrible ermitaño pasaba con seguridad sobre el tronco del árbol.

Trepaba, además, y descendía por las asperezas de la otra roca como lo hubiera podido hacerlo un lagarto.

Nos tenía, pues, á mi madre y á mí, recluídas, apartadas del mundo.

Nadie, ni aún los pastores, pasaba por aquella soledad.

Por allí no había camino para ninguna parte.

Era un extremo de la montaña.

Los buitres y las águilas anidaban en lo más alto de las rocas inmediatas.

Yo me he criado y crecido oyendo continuamente sus ásperos, sus vibrantes graznidos.

A esto se unía el continuo zumbar de un pequeño torrente que se despeñaba por el fondo de la cortadura ó más bien de la grieta, que separaba las dos rocas.

Durante el invierno aquello era horrible.

Nos rodeaba la nieve, que llenaba los huecos de la montaña y subía hasta el nivel de la caverna.

En lo más riguroso del invierno la nieve cubría el tronco del árbol que servía de puente.

Los buitres y las águilas hambrientas producían en aquella estación un ruido infernal.

Nosotros no sentíamos hambre.

El ermitaño se proveía de frutas secas y de carne cruda para aquella estación.

Llenaba de agua un profundo hueco de la roca, dentro de la caverna.

Otro seno de ella estaba lleno de leña.

No sentíamos, pues, ni el hambre ni el frío.

Yo estaba acostumbrada á todo esto.

No conocía otra vida.

Estaba cubierta de andrajos como mi madre.

Cuando estos andrajos eran ya de todo punto inservibles, el ermitaño nos traía ropas muy ordinarias, que no se reemplazaban sino cuando ya los andrajos caían por sí mismos.

Mi madre lloraba continuamente.

El ermitaño rugía.

Yo creí que habíamos nacido únicamente para llorar y rugir.

Lloraba como mi madre, y rugía como el ermitaño.

Debía yo tener seis ó siete años, cuando mi madre no pudo levantarse del lecho de pieles y de hojas secas que en la cabaña había.

En cuanto al ermitaño no tenía lecho.

Dormía sobre la roca, y en un hueco inmediato al que nos servía de habitación á mi madre y á mí.

En el fondo del gran hueco anterior estaba el altar de la Virgen.

Ante aquel altar, y revestido con una larga casulla, al levantarse hacía todos los días devociones semejantes, á lo que después he conocido, á las de la misa.

Mi madre no se levantó más de su lecho.

Su enfermedad se fué agravando.

Fué muy larga.

Durante ella, y cuando se sentía con algunas fuerzas, mi madre escribía.

Para escribir se valía del zumo verdinegro de una yerba, de una especie de tomillo que crecia con abundancia entre las rocas, y de una pequeña pluma de las de los aguiluchos de los nidos inmediatos, que traía el viento.

Mi madre escribía en los márgenes y en los blancos del gran libro de plegarias, que estaba sobre el altar.

Yo se lo llevaba mientras el ermitaño estaba fuera, y cuando el monstruo iba á volver, yo volvía á poner sobre el altar el libro.

Era un gran misal.

Después lo he conocido.

El ermitaño no veía lo que mi madre escribía, porque sin duda mi madre tenía cuidado de escribir en hojas en que no debía leer el ermitaño.

Sea como quiera, si el ermitaño se había apercibido de aquella escritura, nada había dicho.

—Pues la escritura puede ser tal, dijo Malespina, que os importe conocerla, María, y tal vez que la conozcan otros.

—Es verdad, dijo María; pero por instinto, yo he tenido miedo al secreto que puede guardar aquella escritura. Ella está enterrada con mi madre.

Llegó un día en que mi desdichada madre no pudo escribir.

La acometían horribles desmayos, en que quedaba inmóvil.

En que no oía, ni veía, ni sentía.

Sus ojos, dilatados y atónitos, se fijaban en mí, y me seguían de una manera torpe.

Yo no tenía idea de la muerte.

No sabía lo que era la muerte.

Sin embargo, me espantaba al ver la inmovilidad, la insensibilidad de mi madre.

El monstruo no se separaba entonces de nosotras.

Cocía hierbas, y las daba á beber á mi madre.

Parecía como que la infeliz se reanimaba.

Pero algunas horas después volvía á caer en un desmayo más terrible, más largo.

Sufría de una manera horrorosa.

Cuando sobrevenía algún alivio, me abrazaba y lloraba más desconsoladamente que nunca.

En uno de estos momentos en que acababa de volver de uno de sus desmayos, se quitó del cuello esta medalla que conmigo llevo, y me la puso.

Me habló, y la hablé.

Pero yo no me acuerdo de lo que mi madre me dijo, ni de lo que yo la dije.

Volvió otro desmayo más terrible.

El último.

Yo estaba junto á mi madre, anhelante.

Estremecida, espantada.

Yo veía que de momento en momento aparecía más pálida, más desencajada.

Al fin se fué poniendo fría, primero de un lado.

Luego del otro.

Sus ojos estaban fijos.

Enormes.

Parecía que habían crecido.

El ermitaño rezaba junto á ella, de rodillas.

De improviso, el monstruoso ermitaño dió un grito horrible, y se llevó las manos á la cabeza, como si hubiera temido volverse loco.

Yo he meditado después en todos estos confusos recuerdos que en mí vivían, y lo he comprendido todo.

Mi madre había muerto.

Yo no me explicaba el ver á mi madre inmóvil, helada.

La llamaba y no me respondía.

La cogía las manos, y sus manos estaban frías, inertes, rígidas.

El ermitaño aparecía abandonado al dolor.

Al furor.

Pasó una horrible noche.

Yo sentía una angustia infinita.

Mi madre estaba extendida sobre su lecho de pieles y hojas secas.

Por la mañana, al despertar de un ligero y fatigoso sueño, sentí un ruido extraño en el espacio de la gruta donde estaba el altar de la Virgen.

Salí.

Ví al ermitaño que cavaba á la derecha del altar.

El hoyo era ya profundo.

De improviso el ermitaño saltó del fondo del hoyo.

Vino á mí y me asió de la mano.

Me llevó junto á mi madre.

Permanecía inmóvil.

Estaba ya lívida.

Tenía los ojos abiertos, y tan dilatados, que apenas si se veía el blanco.

Yo, como he dicho, no comprendía la muerte.

La muerte, al aparecer por la primera vez ante mí, me causaba un horror indecible.

¡Oh!... ¡la muerte!

¡Llamar á la criatura que hablamos y encontrarla insensible á nuestra voz, á nuestro amor, á nuestra desesperación!...

¡Besar una boca adorada y encontrarla fría!...

¡Ver convertida en una masa inerte á la que antes vivía y sentía!...

¡Oh!... ¡la muerte!

¡El horrendo misterio!...

Sufrí más de lo que yo podía buenamente sufrir.

El exceso del dolor me privó del conocimiento.

Cuando volví en mí me encontré sola.

Era ya de noche.

Las tinieblas llenaban la caverna.

Otras veces se veía la luz de la lámpara del altar.

Entonces sólo se veía una débil claridad, allá, en la estrecha y larga entrada de la gruta.

Era la luna.

Sentí medio.

Estaba muy débil.

Sufría lo que no puedo explicarme.

Me arrastré hacia la entrada de la caverna.

Necesitaba aire y luz, aunque sólo fuese la luz de la luna.

Al llegar á la entrada de la caverna me espanté.

Y con un espanto mucho mayor que el que había sentido al ver á mi madre inmóvil y fría.

Pendiente del tronco de un grande espino que estaba sobre el borde de la peña saliente de la entrada de la gruta, estaba el ermitaño.

El viento balanceaba el espino.

El frío del terror me helaba la sangre

El ermitaño parecía mucho más largo.

Su hábito ondulaba al viento.

Sus largos cabellos ondulaban también.

Y el pesado cuerpo se banlanceaba.

Yo me había quedado sola.

Debo advertiros que aquel ermitaño monstruoso, horrible, me había tratado siempre con mucho amor.

Que yo no le había tenido miedo.

El horror, el dolor, la soledad, el espanto, me hicieron volver al interior de la caverna.

Al lugar donde estaba el lecho vacío de mi madre.

Me tendí en él, y me arrebujé entre las pieles.

Aunque mi madre no estaba allí, me parecía que me miraba, que me consolaba.

Yo besaba y estrechaba contra mis labios el medallón que mi madre al morir me había puesto á la garganta.

Rezaba al mismo tiempo el *Credo* y todas las otras oraciones que mi madre me había enseñado.

Rendida al fin por el dolor, me dormí.

Me despertó al amanecer un ruido extraño, y algo que se hacía sentir en mi semblante, así como un aire que por intervalos soplaba.

Al abrir los ojos ví un enorme buitre, que alrededor del lecho andaba, que me miraba, que agitaba de tiempo en tiempo sus alas.

El polvo que del pavimento de la caverna y de sus costados levantaba el poderoso batir de aquellas enormes alas, dándome en el rostro, era lo que me había despertado.

Cuando os lo cuento, harto se ve que aquel terrible buitre no fué mi enemigo.

Nadie podía defenderme de él.

Y el buitre seguía dando vueltas alrededor del lecho.

Dejóme oir de pronto un leve graznido.

Un graznido cariñoso, si es que puede decirse esto.

Continuaba batiendo de tiempo en tiempo, y como en muestra de alegría, sus largas y poderosas alas.

Al fin salió.

Yo permanecí durante algún tiempo en el lecho, estremecida de espanto.

Muy pronto mi espanto llegó á un tal punto, que no pude permanecer allí.

Salí á la parte de la caverna donde estaba el altar.

A la derecha de él se veía un montón de tierra negra removida aún.

Aquella tierra era la tumba de mi madre.

Por la primera vez veía yo apagada la lámpara del altar.

La Virgen aparecía, ó á mí se me figuraba, más afligida, más llorosa que otras veces.

En cuanto á lo que pasaba á la entrada de la caverna, hasta donde había yo llegado, era espantoso.

Los buitres, revoloteando alrededor del cadáver del ermitaño, le hacían balancear con mucha más fuerza que con la que le hacía balancear la fuerza del aire.

Eran cuatro ó cinco.

Embestían á un tiempo al cadáver.

Le habían despojado del hábito.

A cada embestida se agarraban á él con las garras y con los picos.

Y como siempre se agarraban por lo menos dos de ellos, el cadáver oscilaba entre aquellas dos fuerzas.

Los buitres arrancaban un jirón de carne.

La devoraban.

Volvían á acometer.

Alguna vez un buitre llegaba hasta la entrada de la caverna, y se dirigía á mí.

Pero inmediatamente el buitre que yo había visto ya, y que estaba á mi lado, se interponía.

Dejaba oir algunos ásperos graznidos al otro, y le hacía retroceder.

Al recordar esto no puedo menos de sentir un movimiento de gratitud hacia aquella fiera con alas.

El festín de los buitres duró todo el día.

Por la tarde se veían en más de un lugar del cuerpo del ermitaño los huesos.

Sus entrañas pendían en parte de una manera asquerosa.

Al llegar la noche los buitres desaparecieron.

Quedó aún conmigo uno.

El que me había protegido.

Fuí á ponerme sobre la cama de mi madre.

Cuando sentí hambre, comí de las provisiones que habían quedado allí.

Me recogí al lecho de mi madre.

A poco me dormí profundamente.

Desperté al fin á causa de un estridente graznido.

Al abrir los ojos ví junto á mí al gran buitre de la cabeza blanca.

Como el día anterior, daba vueltas en torno del lecho, y agitaba sus alas.

Graznaba dulcemente.

Yo me levanté.

Me acerqué al buitre.

Esta fiera, este indómito animal, se dejó asir por mí.

Cuidaba de suavizar la fuerza de sus movimientos para no lastimarme.

No olvidéis que entonces apenas si tenía yo siete años.

Cuando, después de haber conocido al que hoy es mi

esposo, después de haber recordado la palabra, me han acudido más ó menos confusos los recuerdos de aquel tiempo, no he podido menos de conocer que la protección, la amistad ó más bien el amor de la buitre (era hembra) hacia mí, eran un milagro de la Santísima Virgen.

En fin, y para abreviar: los buitres, yendo y viniendo, y encarnizándose en el cadáver del ermitaño, rompieron al fin la cuerda que le sostenía.

El cadáver, despedazado ya y con la mitad menos de su carne, fué á dar en el fondo del tajo.

El torrente que por allí corría le arrebató.

Los buitres se volvieron á sus nidadas.

No volvieron á aparecer.

Pero quedaron allí dos.

La buitre que me había protegido y su macho.

El macho, la primera vez que me vió, graznó de una manera feroz y batió las alas como para arrojarse sobre mí.

Pero se interpuso la hembra.

Habló con él.

Así puede decirse.

Porque, ¿quién duda que los animales hablan un lenguaje entre sí?

Inmediatamente el macho se amansó para mí.

Desde entonces tuve dos compañeros.

Dos protectores.

Desde entonces no me faltó carne.

Todos los días por la tarde, la buitre, cuando volvía, me dejaba una liebre, un conejo, ó á veces un cordero.

Había en la caverna leña, avíos de arder y algún menaje de cocina.

Yo me arreglaba como podía.

Hacía lo que había visto hacer al ermitaño.

Asaba mi carne.

No me faltaba sal.

La había en abundancia en la parte interior de la caverna, sobre la roca.

En cuanto á agua, había para mucho tiempo.

Estaba lleno el depósito que encontré fuera de la gruta.

Aquel depósito debía renovarse todos los años al aumentar la nieve.

Pero yo no podía salir de allí.

Yo no podía pasar á la otra roca sino por el tronco del árbol.

Esto era entonces para mí imposible.

Pasó y pasó tiempo.

Yo, de día en día, me olvidé de la palabra.

En cambio, aprendí el lenguaje de los buitres.

Es, por lo que ahora puedo comprender, un lenguaje muy limitado.

No expresa más que la necesidad.

No manifiesta más que la cólera ó el amor.

Tiene el grito de llamada.

El grito de amor.

El leve graznido del contento.

¿Queréis juzgar, señora?

—¡Oh! ¡sí! dijo distraída Isabel.

—Salgamos un momento de la cabaña, dijo María.

Salieron.

Malespina se quedó, abismado en sus meditaciones, junto al fuego.

El espectáculo que María iba á dar á Isabel, le era muy conocido.

Él le producía también siempre que quería.

—Mirad al cielo, señora, dijo Mari-galana; en todo lo que alcanzamos con la vista, no se descubre una sola ave de rapiña; pues bien, vais á ver. El buitre no es más que el águila mayor que en nuestra tierra conocemos.

Es la más feroz, por consecuencia.

La que ve más.

La que oye más.

A distancias enormes, el buitre verá un pequeño objeto.

Oirá un leve ruido.

Atended, señora.

Antes de que tengáis tiempo para rezar un Credo, tendréis aquí un magnífico buitre.

Y tal vez más de uno.

Según á la distancia que se encuentren de este lugar.

A seguida, María lanzó un grito agudo, estridente.

Isabel hubiera podido creer que tenía delante de sí un poderoso buitre.

—¡Mirad! dijo inmediatamente María.

Hacia la izquierda, y á una grande altura, había aparecido en el aire un pequeño punto negro, que iba descendiendo rápidamente.

María lanzó un segundo grito.

Acrecía, acrecía el punto negro.

Dejó ver, al fin, indudablemente, un ave.

Pero un ave enorme.

Describió un círculo inmenso, plegó las alas, y vino á caer á alguna distancia de las dos jóvenes.

Se puso á dar vueltas en torno de ellas.

Era un animal magnífico.

Su ojo vivo y feroz, de color rojo dorado, se encarnizaba en ellas.

Aparecía receloso.

María produjo algunos graznidos semiguturales.

Había en ellos mucho de dulzura.

Una dulzura relativa.

El buitre fué estrechando el círculo.

Al fin vino á ponerse junto á las jóvenes, y permaneció en un punto fijo.

Pero moviendo sus enormes alas, como si hubieran sido dos abanicos.

María le presentó su pequeño hijo.

El buitre le miró, inclinando, ya al un lado, ya al otro, su elegante cabeza, ya con el uno ú otro ojo.

Contestaba á los graznidos de María con graznidos semejantes.

María llegó hasta ponerle la mano sobre la cabeza.

El buitre la inclinó.

María se la rascó.

El buitre produjo un dulce quejido.

De improviso María lanzó un graznido terrible, poderoso.

El buitre se separó de las dos jóvenes.

Se lanzó.

Describió un ancho círculo con un vuelo tan bajo, que tocaba con la extremidad de las alas al suelo.

Se elevó un tanto.

Luego se levantó en una inmensa espiral.

Se elevó á una altura incalculable: se empequeñeció.

Desapareció al fin.

Sus poderosos graznidos fueron alejándose, hasta que al fin se perdieron con la distancia.

—Esperad un momento, señora, dijo María; vais á ver.

Apenas había dicho María estas palabras, cuando, por el mismo lugar por donde había desaparecido el buitre, aparecieron una multitud de puntos negros que fueron agrandándose.

Al fin cayeron á poca distancia de María más de cincuenta buitres.

Giraban alrededor de las dos jóvenes.

—¡Esto es admirable! exclamó Isabel.

—Por el contrario: esto es muy sencillo, señora, dijo María; es que yo conozco el lenguaje de los buitres y sus costumbres. Voy á despedirles.

Y lanzó un grito, ó más bien un alarido, extenso, agudo, poderoso.

Contestaron en coro todos los buitres con graznidos semejantes.

Agitaron violentamente sus alas.

Levantaron el vuelo.

A poco, desaparecieron.

—Yo podría reunir en torno mío un innumerable ejército, dijo María. En caso de necesidad, ese ejército pelearía conmigo.

—¿Se os puede, pues, llamar la reina de los buitres? dijo Isabel.

—No sería exagerado, señora; pero volvamos á la

cabaña si gustáis. Allí, al amor de la lumbre, acabaré de referiros mi historia.

Entraron, y se sentaron de nuevo junto al hogar.

Malespina continuaba abstraído.

CAPITULO LVII

En que Mari-galana acaba de contar su historia

Una vez sentadas, María continuó:

—«Pasó mucho tiempo.

Los buitres, mis protectores, habían tenido allí muchos hijos.

Yo amaba á aquellos pequeños avechuchos que, cuando yo comía, alargaban hacia mí sus pequeños, pero corvos picos.

Fuí creciendo fuerte y robusta.

Ensayé á pasar por el árbol.

Le pasé.

Las primeras veces con peligro y con miedo.

Al fin, con la misma seguridad con que le pasaba el ermitaño.

Se ensanchó mi mundo.

Pero muy poco.

—Yo no me alejaba de la caverna.

Cuando me alejaba algo más, y por acaso encontraba á un pastor, huía espantada.

Corría de tal manera, que no había hombre que me siguiera.

No disparaban sobre mí sus ballestas porque yo era al fin una criatura de Dios.

Llegué, á lo que después he podido precisar, á mis diez y seis ó diez y ocho años.

A la época en que conocí á el *Encogido*.

Hacía ya tiempo, algunos años, que los buitres habían desaparecido.

Salieron una mañana, poco después del amanecer, y no volvieron.

Sin duda los mataron.

Yo abandoné entonces aquella caverna.

Vos no extrañaréis, señora, que yo os diga que me retenían en ella aquellos dos amigos alados.

Yo me atrevería á decir más aún.

Aquellos padres míos.

Desde el momento en que ellos desaparecieron la caverna no tenía seguridad ninguna para mí.

Se acercaba el invierno con sus neveras, y los otros buitres, que acudirían de las rocas inmediatas, me hubieran devorado en un día de hambre.

Entonces me bajé á la parte menos accidentada.

Encontré al paso una gruta que tenía profundos senos.

En la cual podía estar segura.

Estaba, además, más cerca de los lugares habitados.

Yo era entonces una fiera, una salvaje.

Me alimentaba, como los lobos, de lo que cazaba, y de las pequeñas reses que robaba.

Los pastores no podían ya perseguirme.

Yo era astuta.

No me dejaba ver.

Yo me acercaba á los rediles como los lobos.

Llevaba siempre una maza de madera, y con ella mataba á los perros de guarda cuando salían á mí.

Los pastores me acechaban, pero yo jamás me acercaba á cometer mis robos sino con grandes precauciones, y en los terrenos muy ásperos, donde, inmediatamente que se ponían en mi persecución, yo podía perderme entre las rocas.

Las superaba por escarpadas que fuesen.

Por los bosques por donde yo andaba, no podía andar nadie.

Además de esto, yo no paraba en ninguna comarca ni un solo momento.

No me detenía para comer ni para dormir más que cuando estaba segura de que no me perseguían.

Todo esto lo hacía yo por instinto.

Había olvidado de todo punto la palabra.

Era una fiera.

El Pirineo es extensísimo.

Se puede vivir en él años y años, errante, sin que sea necesario pasar por un mismo lugar dos veces.

Así es que yo no robaba más que lo que encontraba sobre mi paso.

Así es que cuando acudían á los alaridos que los perros lanzaban cuando yo les hería con mi maza, ya

había yo escapado, llevándome sobre los hombros un cordero ó un cabrito.

En cuanto á los vestidos, se los quitaba á la primera mujer que encontraba cuando tenía necesidad de ellos.

Pero nunca había matado á ninguna persona.

Yo no he matado semejantes míos, sino cuando, después de haber conocido al *Encogido*, de haberme entrado con él en la orden de los Compadres de la Cruz de fuego, he entrado con ellos en batalla.

He matado como matan las gentes de guerra.

Yo no había amado desde la muerte de mi madre.

Yo no había esperado amase á ninguna persona.

Yo he huído á la vista de las gentes.

Yo no me acuerdo más que de esta ó la otra montañesas, á las que retenía para quitarlas, como ya he dicho, su pobre traje de pieles.

Pero cuando el *Encogido* entró en la gruta donde yo me encontraba, donde me refugiaba, sentí algo que no puedo explicaros.

Algo que me subyugaba.

Me atrajo el *Encogido* de una manera irresistible.

Me presenté á él.

Él sintió por mí una emoción terrible.

Yo le ví palidecer.

Me habló, y no entendí sus palabras.

Pero entendí, sí, su ansiedad y su amor.

Yo había reconocido los profundos senos de aquella gruta.

Yo, alumbrándome con una antorcha de pino, había llegado, por un largo camino subterráneo, á otra ancha gruta de piedra, sostenida por anchos pilares.

Eran los sótanos del castillo de Santoya.

Aquellos sótanos me parecieron un magnífico palacio.

Me detuve en aquella gruta.

Hice de ella mi morada.

Para que de ella no pudiera arrojarme una persecución, no hacía mis presas sino á muchas leguas.

Los que me persiguiesen debían quedarse atrás.

Yo me burlaba de los perros que se lanzaban tras de mí.

A los que me alcanzaban, los mataba con mi maza.

En cuanto á los que venían más atrás, en cuanto encontraba una cortadura me entraba por ella y les hacía perder el rastro.

Con una oveja ó un cabrito me proveía yo para ocho días.

Vivía, pues, tranquila en mi seguro retiro.

Tranquila y cómoda.

Tenía un lecho de pieles, semejante al que tenía mi pobre madre.

Yo no me había olvidado de ella.

Pero mis recuerdos eran muy confusos.

No he recordado completamente, sino después que de nuevo he aprendido á hablar.

Esto fué un año después de estar unida con mi buen esposo.

Ya entonces había entrado yo dos veces en batalla con los compadres.

Se me estimaba mucho por ellos.

Se me miraba como una gala.

Mis armas, mis preseas, mi caballo, son regalo de nuestro noble y bravo Maestre.

—Sí, sí, es verdad, dijo Malespina; además de que erais muy hermosa y muy brava; de que habíais aprendido en muy poco tiempo los ejercicios militares, erais esposa de uno de nuestros hombres más queridos, y le hacíais feliz.

—¡Ah! ¡yo le amo! exclamó María: le amo con toda mi alma: á él debo el que se me pueda considerar como una criatura humana. Antes de conocerle, yo no era otra cosa que un fiera.

—Gracias, María, gracias, por vuestra relación, dijo Malespina. Yo no os he llamado sino para que os conozca esta noble y hermosa señora, á quien todos nosotros estamos obligados á servir.

—Ya conocía yo y amaba desde hace algún tiempo, dijo María, á la noble y hermosa hija del castellano de Segura. Ya sabía yo que ella era el ángel de los pobres de la comarca. Muchas veces esta señora ha pasado junto al sitio en que he estado oculta, y muchas yo la he seguido sin que pudiera reparar en mí protegiéndola, porque había algún mal hombre, algún bandido huído ó de paso por los lugares que ella tenía que recorrer y donde podía haberla encontrado.

—Yo os lo agradezco con toda mi alma, dijo Isabel de Segura; y no es muestra de agradecimiento, sino para que tengáis una memoria mía, yo os ruego que aceptéis esta sortija.

Y dió un magnífico anillo, con un rico carbunclo á María.

—Yo guardaré esa joya para que sea emblema de mis hijos, señora, dijo María. Ahora yo os pido licencia para

apartarme de vosotros, señora mía, y vos, mi noble Maestre.

—Id con Dios y que Él os guíe, y hasta la vista, dijo Malespina.

—Esperad, dijo Isabel.

Y se levantó.

—¡Cómo! dijo Malespina: ¿os vais, señora?

—Sí: necesito volver á la torre, dijo Isabel: se acerca la hora de la comida, y como he faltado á la hora del almuerzo, si faltara ahora mis padres lo extrañarían y estarían con cuidado. Vos me acompañaréis, María; ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí, señora! dijo María; pero dejad que vaya á llevar á mi hijo á la cabaña donde está su padre.

María salió y partió á la carrera.

Su actividad era admirable.

—¡Oh! ¡qué bella criatura! exclamó Isabel.

—¡Oh, sí! se hace amar de todo el mundo. Cuando la conocimos su figura era la misma, pero muy distinto su aspecto.

—Decidme, amigo mío, dijo Isabel; ¿si yo os pidiese que dejarais entrar á nuestro servicio á María y á su marido, os opondríais?

—En manera alguna: me alegraría, por el contrario: María tiene ya tres hijos y necesita de una vida reposada. En ninguna parte puede estar mejor que en vuestra casa, y el *Encogido* se alegrará mucho. Como supongo que esta tarde nos veremos para que yo acabe de contaros la historia de mis amores con Berta, desde el punto en que ella la dejó al contárosla esta mañana en el *Molino de la Mo-*

risca, cuando volváis ya habré ya prevenido al *Encogido,* y estará dispuesto á seguiros con su mujer y con sus hijos.

—¡Ah!... ¿sabéis?... dijo Isabel, sorprendida, ignorando que Malespina hubiese oído, oculto, la narración que de aquella historia la había hecho Berta, la cual era en un todo semejante á la hecha por éste á Angiolina algunas horas después.

—Todo lo sé, señora; pero Berta ha omitido algo que yo necesito que sepáis, y lo sabréis al venir esta tarde por Mari-galana, su esposo y sus hijos, dijo Malespina.

—¡Oh, gracias, don Gutier! dijo Isabel de Segura.

—Héme aquí dispuesta á serviros, mi noble señora, dijo María, apareciendo en la puerta de la cabaña.

Isabel se despidió de Malespina, y las dos jóvenes partieron hacia la torre.

CAPITULO LVIII

De cómo María encuentra su suerte en el servicio del castellano de Segura

Apenas estuvieron fuera de la cabaña, Isabel manifestó á María el deseo que tenía de que entrase á su servicio.

—¡Cómo, señora! exclamó María; ¿á vuestro lado queréis tenerme?... ¡Oh! ¡qué felicidad!...

—¿Querrá vuestro marido?

—¡Ah, señora!... por mucho que estimemos al Maestre, es preciso confesar que ganaremos, siendo mi marido escudero del ricohombre de Teruel y yo vuestra criada.

—Yo no os quiero por criada sino por amiga; vos debéis ser ilustre, María. En la historia de vuestra vida, que yo ansiaba conocer, hay un misterio.

—Tal creo yo, y que ese misterio cesará el día en que yo vaya á la sepultura de mi madre y encuentre el misal, en cuyos márgenes y en cuyos blancos escribió mi madre. No hemos tenido ocasión aún de ir á Montserrat.

—Cuando estéis en nuestra casa iréis, dijo Isabel. Pero para que entréis en mi casa, aunque á mí me repugna la mentira, habremos dementir.

—¡Ah!... sí... es verdad... llevamos el traje de los monteros libres: pero si queréis dilatar el momento en que vuestros nobles padres nos conozcan, mi marido y yo vestiremos el traje y llevaremos las armas de los Compadres de la Cruz de fuego.

—Sería mucho peor, dijo sonriendo Isabel; porque... perdonad, y que perdone vuestro Maestre, mi padre no estima gran cosa á los Compadres de la Cruz de fuego: tenéis muy mala fama: es posible que no os recibiera.

—En verdad, en verdad, señora, dijo sonriendo María, que nosotros somos unos aventureros que valemos casi casi tanto como bandidos.

—Por lo mismo, dijo Isabel, yo diré á mi padre que me habéis salido al camino; que me habéis dicho que sois monteros libres, arrepentidos de vuestra vida, que es harto peligrosa; que venís de luengas tierras.

—Sí; de Tolosa ó de Narbona, dijo María: yo hablo bien el Gascón; vuestro padre creerá que venimos aquí á refugiarnos en Aragón y en su casa.

—Se contentará con que le juréis que no habéis cazado en sus terrenos.

—Y no mentiremos; porque nosotros no estamos aquí para cazar furtivamente, ni cazamos en ninguna parte. El traje de monteros libres no es en nosotros más que un disfraz para encubrirnos.

—Pensad bien si tendréis gusto en ser de nuestra servidumbre.

—¡Oh, señora! exclamó María; yo os repito que esto es para nosotros una felicidad.

—Además, ¿cómo podéis ir de acá para allá con tres hijos pequeños?

—Mis hijos os agradecerán mucho la caridad que les hacéis.

Si Isabel hubiera podido olvidarse de sus penas, se hubiera alegrado completamente por la adquisición que había hecho.

La enamoraba María.

No se cansaba de mirarla.

Y á la verdad, María, con su bello traje de montero, aparecía lo más hermosa del mundo.

Era, además, extraordinariamente simpática.

Se revelaba en ella una gran distinción natural.

Una distinción que aparecía realzada por su traje.

Llegaron al fin á la torre de Segura, y María entró en ella siguiendo á Isabel, no sin asombro de los escuderos de la guarda.

CAPITULO LIX

De como Angiolina tuvo ocasión para desconfiar de Malespina

Cuando don Pedro de Segura vió á su hija que se le presentaba, no ya con un montero libre, sino con una montera, porque á la legua se la conocía, á pesar de su traje, que era mujer, y ella no la desnuestaba, no pudo menos de mostrarse asombrado y severo.

—Padre mío, le dijo Isabel: he encontrado esta mujer en el bosque.

—¿Y bien? ¿y qué?... dijo don Pedro de Segura, tosiendo como si hubiera tenido carraspera.

—Es la esposa de un montero libre.

—Sí, sí, ya veo que ella es también, á juzgar por su traje y por sus armas, un montero libre; solamente que

yo no he visto nunca un montero libre con tan rico traje, y con espada como si fuera un caballero.

—Allá, por las tierras del Rosellón, señor, hay monteros libres que á veces son también caballeros, sirviendo á sueldo. Se coge la costumbre de llevar espada, y no nos podemos pasar sin ella.

—¡Y bien!... dijo severamente don Pedro de Segura; ¿á qué habéis venido aquí?

—A ampararnos de un ricohombre aragonés.

—¿Y á mí me habéis escogido para esto?

—Sí, señor, y creo que no hemos podido hacer mejor elección.

—¿Y cómo he de ampararos yo? dijo don Pedro.

—Tomándonos á mi marido y á mí, con nuestros hijos, á vuestro servicio.

Intercedió doña Margarita impulsada por Isabel.

Don Pedro se rindió.

Pero hubo de jurarle María que ni ella ni su marido habían cazado en sus sotos, ni en los de los señores vecinos, ni aún en los terrenos de la villa de Teruel.

Isabel dió aposento y acomodó en la torre á María.

Aquel aposento estaba en el segundo piso de la torre.

Caía encima del aposento de Isabel y tenía una escalera que ponía en comunicación á ambos aposentos.

Angiolina no había podido menos de reparar en la llegada de María á la torre.

Sabía demasiado que todos los que con traje de monteros libres estaban en la jurisdicción de don Pedro de Segura eran Compadres de la Cruz de fuego.

¿Para qué se había acogido á don Pedro aquella ama-

zona, la cual Angiolina no dudaba fuese la salvaje de que le había hablado Malespina, que decía estar casada con un montero libre?

¿Era que, en efecto, dejaba el servicio de Malespina para ponerse al de Segura, ó que Malespina se lo mandaba?

Y si era esto, ¿por qué Malespina la introducía en la torre?

¿Era para servirla á ella ó para servirse á sí mismo?

Todos los Compadres de la Cruz de fuego que allá estaban, y que pasaban de cuarenta servían á Angiolina.

Pero ni Angiolina había visto á María ni María á Angiolina había visto.

Cuando Angiolina se presentó á ella, ella la miró con curiosidad, como una mujer mira, por casada que sea y por mucho que ame á su marido, á un hermosísimo mancebo.

Se asombró de tanta belleza.

Ni aun sospechó que aquel mancebo fuese una mujer.

Tan perfecto era el disfraz de Angiolina.

María sintió una emoción desconocida.

Angiolina la miraba con un grande interés.

Con una grande audacia.

Como no la había mirado ningun hombre hasta entonces.

Comparado el *Encogido* con Angiolina, no había duda posible.

No existía nada que resistiese á la comparación.

La rudeza del *Encogido* no podía preferirse en ningun modo á la extraordinaria belleza, á la gran delicadeza, á la gran majestuosidad de la forma de Angiolina.

María empezo á aturdirse.

Angiolina había reconocido en ella, á primera vista, á una mujer.

Mientras comía Isabel de Segura con sus padres, María había permanecido en el aposento que Isabel la había indicado.

Angiolina había concebido un rápido proyecto.

Se disculpó de comer, de lo que se alegró no poco don Pedro de Segura, porque le inquietaba que el ilustrísimo, el hermosísimo príncipe Miletto de Castellobianco se acercara á Isabel.

Para él el príncipe era, por sus pretensiones respecto á Isabel, un enemigo muy poderoso.

Quedóse, pues, en su aposento, con gran placer de don Pedro, Angiolina.

La mesa de don Pedro de Segura era de todo punto espléndida.

Para esto, como para todos los gastos de su alta representación como ricohombre, no había ni aun asomo de avaricia en don Pedro de Segura.

La comida debía durar, cuando menos, hora y media.

Angiolina aprovechó este tiempo.

Subió al segundo piso.

Se metió, como hemos dicho antes, en la habitación en que estaba María.

Ésta se aturdió.

El joven trovador parecía llevado allí á impulsos de un amor súbito y violentísimo.

Angiolina había mostrado claro á María que había conocido en ella una mujer.

Ya hemos dicho que María no se cuidaba de aparecer hombre, ni este era el objeto de su traje.

Mujer debía aparecer para todos á primera vista.

Su traje de hombre representaba únicamente la fortaleza de su carácter.

Tal vez la comodidad para seguir, con vestidos no embarazosos, á su marido.

Traía abierto, en la parte superior, el sayo, y en su garganta, que era hermosísima, llevaba un collar de perlas, del que pendían una medalla y una cruz de oro.

Además su traje era mucho más escogido que el de los otros compadres.

Había en él una cierta coquetería.

No podía dudarse de que María era una mujer vestida de hombre.

Por el contrario, Angiolina parecía de una manera perfecta, un noble y hermoso mancebo.

María, profundamente pensativa, estaba sentada cerca de una ventana que dominaba al Guadalaviar y á la hermosa vega de Teruel.

La tarde era hermosísima.

El sol, que ya declinaba, penetraba por la ventana, y sonrosaba el hermoso semblante de María.

—Hé aquí, dijo Angiolina, que los Compadres de la Cruz de fuego, se permiten tener mujeres hermosísimas.

María se levantó.

Se quitó por respeto el birrete.

Luego se acercó á Angiolina.

La contempló profundamente.

Angiolina fijaba en ella una mirada de fuego.

CAPITULO LX

De cómo María tuvo que defenderse, tomando por un hermoso mancebo enamorado á Angiolina

Permanecieron mirándose durante un momento entrambas jóvenes.

La mirada de María se extraviaba bajo la candente mirada de Angiolina.

Por más que María amase á su esposo, como á su alma, vacilaba ante la comparación, y como su virtud no podía ampararse en su conciencia, porque quedaba en ella la voluntariedad de su vida salvaje, la hermosura, la mirada, y un no sé qué que desprendía de Angiolina, la fascinaban.

Debemos advertir que ninguno de los compadres que con Malespina estaban cerca de la torre de Segura, sabía que aquel noble y gallardo trovador que habían acompañado era una mujer.

Se le creía un nobilísimo príncipe amigo de su amo, que porque así le convenía tomaba el traje de trovador.

La fascinación era completa para María.

—¿Quién os ha dicho, señor, contestó, que mi marido sea compadre de la Cruz de fuego?

—Sabed que yo soy amigo, casi hermano, de vuestro Gran Maestre, dijo Angiolina.

—¡Ah! exclamó María: yo no lo sabía... no podía adivinarlo.

—De seguro vuestro marido lo sabe: yo conozco, y ellos me conocen, á todos los compadres que están aquí con el Gran Maestre. ¿Cómo es que yo no os he conocido?

—Porque he permanecido en la cabaña que en lo más espeso del bosque hemos construído.

—Lo comprendo ahora, y me desespero porque no os he conocido antes. Sois una divinidad, hermosísima criatura.

María se sonrojó y bajó los ojos aturdida.

La habían llegado hasta el fondo del corazón las palabras, la expresión, la mirada de Angiolina.

—Ved, señor, dijo María, que soy una mujer casada, y que no debéis decirme tales palabras.

—¡Casada con alguno de los mercenarios del señor Gutier de Malespina!...

—Es mi marido y le amo.

—¿Y qué sabéis vos del amor, arcángel? exclamó Angiolina. Vos, inocente, os habéis casado con el primer hombre que os ha solicitado, pero sin amor, y creyendo amor lo que está muy lejos de serlo. Me lo dice la turba-

ción con que me miráis, y que más y más me enamora de vos.

Y acercándose de improviso á María, la rodeó la cintura y la besó en la garganta.

María lanzó de sí, indignada, á Angiolina.

Irguió fieramente la cabeza, y exclamó:

—Vos ignoráis que yo, aunque mujer, soy compadre de la Cruz de fuego; que ninguno de mis compañeros, ni mi marido, ni el mismo Gran Maestre me aventajan, una vez puesto á caballo, terciada la lanza y en batalla. Que por vuestro atrevimiento puedo exterminaros con la misma facilidad con que exterminaría á un niño.

—Vos no me exterminaréis, respondió Angiolina; vos veis en mí un hombre enamorado y loco, y no hay mujer que no perdone los atrevimientos del hombre que por ella muere.

—¡Yo soy casada!... exclamó procurando aparecer fiera María.

Pero su voz temblaba.

—Vos me habéis matado, añadió.

—Vengaos, herid en mí sin piedad, exclamó Angiolina, arrodillándose á los pies de María. Matadme, porque yo agonizo por vos de amor; y si no habéis de amarme, me haréis, matándome, todo el bien que puedo esperar.

—Alzaos, señor, alzaos, y dejadme tranquila: si yo hubiera sabido lo que me esperaba en esta torre, de seguro no hubiera entrado en ella.

Y tendió la mano á Angiolina y la alzó.

Angiolina la asió la mano con las dos suyas y se la besó.

—Vos me amáis, la dijo.

—¡Ah... ¡no... no!... exclamó con vehemencia María, y con una turbación creciente: yo tengo tres hijos; yo no puedo amar á otro que á su padre.

—¿Y si su padre muriera, dijo Angiolina, no creéis vos que yo podría ser padre de vuestros hijos?

—¡Oh!... por desgracia mía, dijo María, creéis, señor, lo que no debéis creer, ó estáis loco. Dejadme tranquila, repito. No me obliguéis á que yo os demuestre, si contáis con la debilidad de una mujer, que el débil aquí sois vos.

—A cada momento me enamoráis más y más, exclamó Angiolina, y yo os juro que he de poneros tan alta como yo: princesa romana os he de hacer; y os digo esto, porque sin pensar en ninguna violencia, yo tengo para mí que vuestro marido ha de morir muy pronto.

María no pudo sostener la mirada de fuego de Angiolina.

Bajó los ojos.

Se estremeció.

Su magnífico seno se levantaba y se deprimía.

Se comprendía que estaba aturdida.

Que Angiolina, ó más bien el hermoso trovador, influía sobre ella de una manera poderosa.

Repúsose, al fin, María; alzó la cabeza, miró con los ojos llenos de un fuego misterioso á Angiolina, que en aquella mirada vió cuán hermosa era, y exclamó:

—¡Salid, señor, salid!... ¡yo os lo suplico!... no me obliguéis á que os pierda el respeto.

—¡Ah! nada temáis, dijo Angiolina, viendo que ya María estaba completamente dominada: mi amor por vos

es purísimo; un amor de los cielos; un homenaje del alma á vuestra alma ardiente, á vuestra incomparable hermosura. Advertid que, si os he abrazado, también se abraza á una hermana; que si os he besado, con un purísimo amor ha sido: ¡no me desesperéis, alma de mi alma: decidme que con el alma me amáis!

—¡Salid! dijo María que se sentía desfallecer.

—¡Ah!... no saldré, dijo Angiolina, si no me afirmáis que en mí veréis, por lo menos, un querido hermano.

—Merecedlo, dijo María; y para empezar á merecerlo, salid.

—Os obedezco, exclamó Angiolina.

Y salió con la seguridad del amor de María para con ella.

CAPÍTULO LXI

En que prosigue el asunto del anterior

María sintió como un dolor intenso cuando se separó de ella Angiolina.

Una inquietud terrible la devoraba.

Parecía como si el *Encogido* se hubiese borrado de su memoria.

En cambio, la imagen de Angiolina, ardiente, seductora, incitante, irresistible, había quedado fija en su alma.

Sintió no sabemos qué odio misterioso hacia Isabel de Segura.

María había notado la manera con que el joven trovador, antes de decirla á ella que la amaba, había mirado á Isabel.

Al amor, se unían los celos en María.

En verdad el *Encogido* había sido su primer amor.

Pero los primeros amores no son siempre en la mujer los determinantes de su amoroso ensueño.

Había sido el primer hombre á quien había amado.

Pero el *Encogido* no había llenado completamente su alma.

No podía darse una situación más penosa que aquella en que se encontraba María.

No era libre.

Y su corazón la arrastraba á otro hombre.

Era madre.

En sus hijos amaba á su marido.

Tenía el alma inmensamente noble.

La traición la repugnaba.

Por la primera vez en la vida, María se sentia abrumada por un peso insoportable.

Temía, dudaba, sufría un tormento infinito.

Su deber, su corazón, la mandaban sacrificar aquel amor que empezaba.

Pero aquel amor, al ser combatido, crecía.

¿Y cómo no había de sucumbir la pobre, la inocente María, á la espléndida hermosura y á las otras tentaciones de Angiolina?

La misma Isabel de Segura, que no podía dejar de amar á Marsilla, se había sentido impresionada por el hermoso, por el altivo trovador.

Pero la impresión que Isabel de Segura había experimentado había sido muy débil.

La había dominado.

O por mejor decir: había pasado sin necesidad de que se la dominase.

Las situaciones eran completamente distintas.

Cuando Isabel buscó á María para volver con ella al bosque y á la cabaña, donde debía esperarla Malespina, para acabar de contarla lo que de sus amores con Berta ésta había dejado de contarla aquella mañana, la encontró pálida, triste, desencajada.

—¿Sufrís? la dijo Isabel.

—Yo no sé lo que siento, señora, contestó María, pero estoy muy mal.

—Quedaos, si no podéis acompañarme, dijo Isabel; no será la primera vez que yo iré sola al monte.

—¡Ah!... ¡no no, señora!... el mal que siento no es en el cuerpo, es en el alma.

—¿En el alma?... ¿y por qué?

—Lo ignoro, no he sentido jamás lo que ahora siento.

Isabel no contestó.

La inocente María había llevado la conversación á un terreno en que ella no podía entrar.

Pero adivinó.

Supuso lo que había sucedido.

María era hermosa, muy hermosa, muy incitante.

El príncipe de Castellobianco no había asistido á la comida, disculpándose con un pretexto.

Durante la comida, era muy posible que el príncipe hubiese hablado con María.

Que ésta se hubiese enamorado de él.

Isabel era una virtud severa.

Sintió la necesidad de observar á María.

De salvarla, de caer en un crimen si era necesario.

Pero Isabel no podía hacer ni una sola pregunta, ni

pronunciar una sola palabra que la llevase á una conversación indigna de los oídos de una doncella.

Los amores que no pueden ser satisfechos sino por medio del adulterio, son siempre repugnantes para todo aquel que no tiene pervertido el sentimiento moral.

Y tanto más para una joven de la valía de Isabel de Segura.

Nada, pues, preguntó á María.

Esta la acompañó

El sol había declinado mucho más.

Apenas si había tiempo para ir á ver á Berta, lo que no podía dejar de hacer Isabel, y para volverse, con María, su esposo y sus hijos, que ya debían estar prevenidos, á la torre, antes de que oscureciese.

Había necesidad de dejar para otro día el relato que Malespina la había prometido.

Esto contrariaba á Isabel.

Se había propuesto favorecer á Berta.

Casarla con Malespina.

Para ello era necesario conocer la historia completamente.

Isabel acompañada de María, se dirigió al molino donde estaba Berta con su pequeño hijo.

Berta se encontraba mucho mejor.

La consoló Isabel.

Alentó sus esperanzas.

A la caída de la tarde se volvió á la torre de Segura.

Llegó á ella cuando empezaba á oscurecer.

La acompañaban María, su esposo y sus hijos, á los que habían recogido de la cabaña.

El *Encogido* se encontraba contento.

Esperaba medrar más y con más sosiego, en la casa de un ricohombre tal como don Pedro de Segura.

Cuando era mozo no reparaba en nada.

La vida de agitación y de peligros le encantaba.

Pero se había casado.

Tenía hijos.

Sus hijos le habían hecho, como decimos hoy, hombre de orden.

CAPITULO LXII

En que se ve que el Encogido tuvo sus razones para recelarse

Pero no tardó mucho en sentirse inquieto el *Encogido*, y pesaroso de haber dejado tan sin razón el servicio del Gran Maestre de los Compadres.

Verdad era que, además de que el *Encogido* había creído conveniente entrar al servicio de don Pedro de Segura, se lo había mandado el Maestre.

Las órdenes de Malespina no tenían réplica.

Quien las resistía, quien se permitía la más leve señal de desobediencia, moría.

Había encontrado el *Encogido* á su mujer, profundamente preocupada, distraída.

Con pesar había conocido en su mujer, mucho menos interés que antes para con él.

Además de esto, María, sin darse cuenta de ello,

gemía de tiempo en tiempo de una manera profunda.

Aparecía ojerosa y pálida.

No se mostraba tan tierna y tan apasionada para con sus hijos.

Había en ella un cambio demasiado notable para que él no se apercibiese.

Preguntóla lo que sentía.

Ella le respondió que se sentía muy enferma.

Que la dolía la cabeza.

Se recogió muy pronto.

Les habían dado un excelente aposento.

Constaba de cuatro habitaciones.

En la una estaba el lecho de los dos esposos.

Nada faltaba en ella.

Nada de lo que podía desear, no ya un rudo Compadre de la Cruz de fuego, una especie de bandido, sino un hidalgo acostumbrado á ciertas comodidades.

En la habitación inmediata había un lecho para los dos niños mayores, y otro para una muchacha de las de la servidumbre inferior de la casa, que Isabel, grandemente interesada por María, la había prestado para que cuidase de sus hijos.

Las otras dos habitaciones eran, la una un recibimiento, y la otra una cámara.

Don Pedro de Segura había recibido al *Encogido* con una gran facilidad, influído por su hija, aunque no sin alguna repugnancia.

Lo de monteros libres, á pesar de que habían jurado que ningún daño habían hecho en los sotos de don Pedro, no le parecía bien.

Se sabía que estos monteros libres eran todos mala gente, y con muy pocas excepciones, bandidos.

Cuando encontraban algún caminante extraviado le trataban ni más ni menos que como hubieran tratado á un javalí ó á un gamo.

Le mataban y le despojaban.

Por esto, cuando los merinos y los bailíos cautivaban uno de estos prójimos, le prendían, y sin más proceso, le ahorcaban.

Ninguno de los de Malespina había dado en tan negra suerte.

Verdad es que nunca estaba uno solo en una comarca.

Además de esto, eran astutos, y no se dejaban ver.

Por otra parte, no hacían daño en las reses.

Su traje, más que otra cosa, era un disfraz, cuando Malespina, por sus negocios, necesitaba estar en una comarca sin que se pudiese decir que los Compadres de la Cruz de fuego habían estado en ella.

Una vez conseguido el objeto que había llevado á ésta ó á aquella parte con algunos de sus hombres, á Malespina, desaparecía.

Dónde más daño hacían era en el terreno del amor.

Invisibles para todo el mundo, no lo eran cuando se trataba de las buenas mozas de la comarca, ya fuesen solteras, casadas ó viudas.

Las españolas del pueblo, y particularmente las de los campos, se han desvivido siempre por los valientes.

El bandidaje ha sido siempre para ellas, en el hombre, un encanto más.

Porque, ¿cuál mayor valentía que la de arrostrar el rigor de las leyes?

¿Y qué habían de hacer los pobres que nada habían heredado, y que eran demasiado altivos para sufrir la miseria, la servidumbre, ó más bien la esclavitud, sino tomar, fuese cual fuese el peligro, lo que encontraban allí donde lo encontraban?

Se les lloraba por los que eran desheredados como ellos, cuando la justicia los prendía y los colgaba de un árbol allí donde los encontraba.

Nunca faltaba por la noche una mano piadosa, generalmente la de una mujer, que fuese á cortar la cuerda de que pendía el cuerpo, y á cavar una sepultura donde el desdichado fuese enterrado.

Y esto que se sabía que el que hacía esto por uno de aquellos bandidos, probado que le fuese, ó sólo por una simple sospecha, era ahorcado.

Es mucha la afición que nuestro pueblo bajo tiene al bandidaje desde tiempo inmemorial.

Por esto el bandidaje es tan difícil de extirpar entre nosotros.

Por esto nuestro pueblo se complace en las historias de bandidos, y cuanto más terribles son, mejor.

Bien que esta afición es común á todos los pueblos.

La literatura de que más gasto se hace en el mundo civilizado, en las naciones de Europa mejor constituídas y educadas, es la patibularia.

Esto estimula á los soberbios, á los holgazanes y á los desocupados que son valientes, al crimen.

Por esto los Compadres de la Cruz de fuego, que cuando

vestían el traje de los monteros libres evitaban el encuentro de los merinos y de los bailíos, y aún de los hombres que no pertenecían á la plebe, se dejaban ver de ésta, y muy particularmente de las mujeres.

Cuando abandonaban una comarca, quedaban en ella padres burlados, familias deshonradas, desesperaciones y lágrimas.

Porque eran generalmente muy buenos mozos, y de muy buen trapío los Compadres de la Cruz de fuego, y las mujeres se morían por ellos.

Nadie había sentido alrededor de la torre de Segura á los compadres.

Como que Malespina no los había llevado allí sino para tener consigo una fuerza respetable, cuando la necesitase para el servicio de Isabel.

Por este amor, y poniendo en juego un terrible enemigo, había servido en su empresa á Angiolina.

Sus hombres se habían ocultado en los escondrijos más recónditos del monte y en las chozas.

En los lugares menos frecuentados.

Tenían, además, el refugio de las ruinas del *Valle Maldito*.

Nadie los había visto.

Sólo Malespina se había dejado de ver de Isabel.

Isabel le había encontrado inofensivo.

Tenía buen corazón.

No se hablaba de ningún exceso cometido por gente extraña.

No dió, pues, la señal de alarma.

Esta señal hubiera sido, además, inútil.

Malespina no se dejaba ver de nadie más que de ella.

Ya hemos visto el giro que habían tomado los sucesos.

El gran conocimiento que se había trabado, principalmente á causa de Berta, y por el gran corazón de Isabel, amparándola entre ésta y Malespina.

Sabemos, además, que anteriormente, Isabel había debido á Malespina el saber que Marsilla la hacía traición, ó que, por lo menos, no dejaba por su amor de amar á otra mujer.

La intriga se enredaba.

Angiolina estaba bajo el mismo techo que su rival.

Engañaba á su padre.

La engañaba á ella misma, que no había podido reconocer en Angiolina una mujer.

Se estaba á punto de grandes acontecimientos, que no se sabía cuáles podían ser.

En esta situación Isabel había encontrado á Berta y á su hijo.

Los había protegido.

Las circunstancias habían variado.

Malespina hacía traición á Angiolina.

Estaba dispuesto á todo.

Se sentía esclavo de Isabel de Segura.

Por ella hubiera arrostrado las consecuencias más horribles.

Isabel lo sabía, y se había propuesto valerse de Malespina.

María y su marido no eran otra cosa que un lazo de unión con Malespina, y una fuerza propia que Isabel se había hecho.

Por esto había impulsado á su padre á que los recibiese.

A que tratara al *Encogido* con más predilección que había tratado y trataba á sus otros criados.

Pero había sobrevenido una nueva complicación.

La fatalidad seguía tejiendo su tela.

María se había enamorado de una furia.

De Angiolina.

Del hermoso y noble trovador.

Resistía á su amor, pero su amor la rendía.

Sufría de una manera infinita.

Hacía pocas horas que conocía á aquel hermoso mancebo, y la parecía que toda su vida le había amado.

Que había nacido para amarle.

Esto la había dado una ansiedad, una melancolía, una distracción, que el *Encogido* nunca había visto en ella.

Que le hicieron concebir sospechas.

Por lo mismo, el *Encogido* se había puesto en observación.

CAPITULO LXIII

De como los sucesos se iban complicando más y más

El aposento que ocupaban los dos esposos estaba en el segundo piso de la torre.

Daba encima del que Angiolina ocupaba.

Este, á su vez, correspondía con el de Isabel, que estaba en el piso bajo.

Ya en la alta noche se oyó el sonido de un laúd.

Un sonido melancólico, dulcísimo.

Parecía que el laúd hablaba.

Que clarísimamente decía *amor*.

Pero como hablaba sin palabras, como no decía ningún nombre, no podía saberse á quién se dirigía el músico.

Si á una ausente, ó á cualquiera de las damas que podían oirle.

Y podían oirle dos.

Isabel de Segura y María.

Y á la verdad que, colocada entre ellas, para las dos tañía su laúd Angiolina.

Y no cantaba, porque por las palabras de su canción hubiera podido determinarse á quién el canto se dirigía.

Molestado por sus imaginaciones, el *Encogido* no dormía.

María fingía un sueño que estaba muy lejos de ella.

De improviso, cuando resonó el laúd, el *Encogido* sintió que su mujer se estremecía.

Sus celos se agravaban.

Sin embargo, pasado el estremecimiento, María parecía dormida.

Acreció en armonía el laúd.

Sucedió un nuevo, poderoso é involuntario estremecimiento de María.

La cólera, el dolor y los celos subieron del corazón á la cabeza del *Encogido*.

Indudablemente María amaba á aquel trovador, á aquel joven príncipe que, con el Maestre y sus compadres, había ido á las inmediaciones de la torre de Segura, y que al fin había penetrado en ella.

Temió el *Encogido* que antes de haber entrado también en la torre de Segura, María hubiese conocido al hermosísimo trovador.

Que le hubiese amado.

Se estremeció de furor.

Pero se contuvo.

Era el *Encogido* hombre de corazón, bravo y prudente.

Como lo eran generalmente los que servían á Malespina.

No quiso ejercitar su venganza, dándose por engañado, sino cuando supiese cuántos eran los que debía exterminar para satisfacerla.

Se reprimió, pues.

Nada dijo á María.

Continuó haciéndose el dormido.

Dejando oir ronquidos que no podían ser mejor falsificados.

María, creyendo en siete sueños á su marido, gemía.

Se agitaba inquieta.

La música continuaba.

No era el *Encogido* el único á quien aquella música, que resonaba hechicera y tentadora en medio del silencio de la noche, irritaba.

Se irritaba don Pedro de Segura, que decía para sí:

—Este señor príncipe es muy emprendedor; no se pueden resistir sus licencias: cree que todo el mundo es suyo.

El ricohombre de Teruel se irritaba.

Pero su avaricia y su orgullo eran un gran contrapeso de su cólera.

¿Qué importaban las licencias que un tan gran príncipe se tomaba, si aquel magnífico personaje se unía á su hija?

No se había olvidado don Pedro del compromiso en que se encontraba respecto á don Rodrigo de Azagra y don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

Pero había mucho tiempo por delante.

No menos que seis años.

¿Quién sabía lo que en aquel plazo podía acontecer?

Podía esperarse todo de la casualidad.

Podían morir de enfermedad ó en batalla, tanto Rodrigo como Marsilla.

O lo que era mejor aún: don Pedro podía encontrar un pretexto.

Todo eran imágenes, esperanzas é impaciencias.

Le había llenado el ojo el príncipe Miletto de Castellobianco.

Esperaba la carta del rey que confirmase lo que el príncipe Miletto le había dicho.

Pero la carta debía tardar, por lo menos, tres días, aunque se había mandado al escudero que la había llevado que reventara caballos.

Mientras venía ó no venía la carta real, don Pedro tenía paciencia con las excentricidades y caprichos del señor príncipe.

Y mientras estas cosas pensaba don Pedro de Segura, continuaba la música.

Isabel se irritaba también.

Aquel nuevo amor que la buscaba, y que debía encontrarla invencible, porque ella no podía amar á otro que á Marsilla, le recordaba su pobre amor pasado.

Recordaba con más fuerza que nunca aquel momento en que había oído la voz de Marsilla, diciendo amores, y unos amores enloquecidos, delirantes, á otra mujer.

Se la rompía el corazón.

No creía, no podía creer en aquella alevosía.

Le parecía un sueño.

Ella debía haberse engañado.

Tal vez no había sido aquella voz la voz de Marsilla.

Tal vez ella lo había soñado.

Si hubiera podido crecer su amor, hubiera crecido con esta lucha.

Había, pues, en la torre de Segura, en todos los que no dormían, un mundo de pasiones.

Apenas amaneció, Isabel de Segura dejó el lecho.

Esto no era nuevo.

En toda estación, cuando la primera luz del alba esclarecía las vidrieras del mirador de su aposento, Isabel llamaba á sus doncellas.

La vestían y la servían una taza de leche y un pedazo de pan candeal.

Luego Isabel oraba algún tiempo delante de su reclinatorio, en el que había una hermosa estampa de la Virgen.

Después, fuese cual fuese la estación, y el estado de la atmósfera, salía.

Tenía deberes que cumplir.

Los de la caridad.

Don Pedro de Segura era un avaro extraño.

Le aquejaba la pasión por las riquezas.

Pero esta pasión no le impedía el que las gastase espléndidamente como correspondía á un prócer, á quien podía considerarse como un pequeño rey.

Por lo tanto, él amaba la caridad no menos que su mujer y su hija.

Isabel, pues, estaba siempre largamente provista por su padre, de dinero, para obras de caridad.

Cuando hacía mal tiempo, Isabel salía en litera, arropada en un buen manto, bastante recio para abrigarla.

Entonces iba necesariamente acompañada por los mozos

que llevaban de la mano las mulas que conducían la litera.

Cuando el tiempo era bueno, Isabel salía sola, ya á pie ya á caballo.

¿Qué peligro podía acontecer á lo nobilísima doncella, en un territorio donde todo era suyo en muchas leguas á la redonda?

Los que en él vivían, que por ser hidalgos no eran vasallos de su padre, estaban ligados á él, y por consiguiente á ella, por la amistad ó el parentesco.

¿Ni quién en toda aquella tierra se hubiera atrevido á ofender de la manera más leve, ni aun con el pensamiento, á la nobilísima doncella?

Cierto es que en todas partes está el peligro.

Que gentes extrañas podían entrar en los dominios del señor de Segura.

Y gentes extrañas habían penetrado.

No eran otra cosa los Compadres de la Cruz de fuego, que con el traje de monteros libres vagaban en derredor de la torre de Segura, y entre ésta y la villa de Teruel.

Pero estos monteros eran astutos, y no se presentaban en lugares en donde podían ser vistos, sino cuando era necesario, y obedeciendo las órdenes de su Maestre, cuyo objeto al ir allí no será menester reproducir.

Podía decirse que nadie los había visto más que Isabel.

Y aún ésta, sólo había visto á Malespina, á María, á su esposo, y algún otro más.

No sabía que allí había, como hubiera podido decirse, una terrible banda.

Isabel, pues, no había corrido ningún peligro.

Por lo demás, la libertad en que se la dejaba no había inspirado á sus padres ningún recelo.

Lo mismo que no se temía pudiese acontecerla ningún percance, ni aun se había supuesto remotamente que ella hubiese podido dar en ninguna acción indigna.

Isabel visitaba todos los días á sus pobres y á sus enfermos.

Dejaba en la una parte, consuelos; en la otra, socorros.

Se la consideraba como hubiera podido considerarse á un ángel.

Como á un ángel se la miraba.

La mañana que siguió á aquella noche en que tan preocupados habían estado los personajes que habitaban en la torre de Segura, Isabel se levantó, como de costumbre, al amanecer.

Un denso nublado brumoso había enturbiado el día.

Llamó á sus doncellas.

La vistieron.

La dieron la taza de leche y el pan de costumbre.

Isabel probó la leche, dejando intacto el pan.

Se arrodilló delante de su reclinatorio.

Rezó menos que otras veces.

Estaba impaciente.

Anhelaba ver á Malespina.

No tanto por el interés de la continuación de la historia de sus amores que la había prometido, sino porque un vago presentimiento la decía que aquel hombre, á quien de una manera tan profunda había impresionado, podía servirla de mucho.

Hizo llamar á María.

Ésta acudió completamente vestida, y engalanada con un bello traje de montero libre.

Pero sin armas.

Traía en sus brazos á su pequeño hijo.

Estaba hermosísima.

Pero muy pálida.

La impresión que la había causado Angiolina, en quien sólo había visto un joven y hermosísimo señor, se manifestaba en ella.

Se acercó á Isabel.

La asió una mano y se la besó.

Isabel retiró vivamente la mano.

Rodeó el cuello de la hermosa María y la besó en la boca.

María contestó con un beso ardiente al suave y dulce beso de Isabel.

—Vos sois mía, ¿no es verdad?... la dijo Isabel; vos sois mi hermana.

—Yo soy vuestra criada, señora; vuestra humildísima criada, dijo María.

—No, no; mi hermana, repitió Isabel; no hace á los hermanos el nacimiento; los hace Dios. Además, que aún no sabemos quién sois: vos ignoráis lo que vuestra madre escribió en aquel misal que está enterrado con ella.

—Hasta que se aclare ese misterio, que yo no he tenido ni tengo grande interés en aclarar, yo no soy más que una pobre criatura que ha vivido salvaje, y que ha encontrado la amistad y la familia en el amor.

—Sea como quiera, dijo Isabel, yo encuentro en vos

algo que á vos me lleva; que me dice que no sólo sois igual á mí en el alma, sino también en el nacimiento. Pronto aclararemos, yo lo espero, el misterio de vuestro origen. Ahora bien; ¿queréis complacerme, María?

—Yo seré feliz complaciéndoos.

—¿No os habéis quedado á vivir en nuestra compañía?

—De todo punto.

—Pues bien; yo quisiera que dejarais para siempre los vestidos de hombre.

—Yo también he pensado en ello, dijo María, y los dejaré cuanto antes.

—Cuanto antes es ahora, dijo Isabel: no hay necesidad de que se os hagan esos vestidos: los míos deben veniros á las mil maravillas.

—¡Cómo!... ¡trajes de una rica hembra! exclamó María.

—No; trajes de una doncella noble. Y qué ¿no sois vos noble? Estoy segura de ello: lo está diciendo á voces la delicadeza de vuestra hermosura; vuestra altivez natural.

—¡Oh! exclamó María: verdaderamente soy dichosa, porque no puedo dudar del afecto que me tenéis.

—Y que os merecéis sobradamente. Venid conmigo.

Y asiendo de la mano á María, la llevó á una cámara contigua.

Al que podía llamarse su tocador.

Llamó á sus doncellas.

Una de éstas tuvo al pequeño hijo de María, mientras la vestían otras dos.

Cuando estuvo completamente vestida María, Isabel la hizo poner un collar de perlas, unas magníficas arracadas

de diamantes á la morisca, y unas riquísimas ajorcas.

María aparecía admirable.

Las doncellas la pusieron un amplio manto de color verde oscuro, casi negro, franjeado de oro, y con herretes de lo mismo.

Después de esto, María recogió su hijo.

Salieron.

Al llegar á las escaleras, el *Encogido*, que descendía, se encontró con ellas.

Se detuvo asombrado.

Apenas recobrado de su asombro, saludó respetuosamente á Isabel, y mirando con los ojos dilatados á María, exclamó:

—¿Y es esta mi mujer?

—Yo creo que sí, dijo María sonriendo maliciosamente; las bondades de la señora para con nosotros no tienen fin. Acompáñanos... esto es, si la señora lo permite.

—¡Oh!... ¡sí! exclamó Isabel.

—¿Hacia dónde va vuesa merced? dijo.

—Hacia la cabaña, donde ayer estuve con vuestro Maestre.

—Pues bien, señora, dijo el *Encogido;* voy á tomar mi ballesta y mi venablera; no porque sean necesarias, sino porque sin ellas, con ese traje, y á campo abierto, se hace muy mala figura.

Y el *Encogido* tomó otra vez para arriba.

Ellas descendieron, y en la plaza de Armas encontraron la litera que las esperaba.

Era grande, y cupieron en ella las dos.

Salieron de la torre.

Entretanto el *Encogido* subió al aposento en que se le había colocado con su mujer.

Tomó su venablera y su ballesta.

Sus dos hijos mayores dormían aún.

—Es necesario que alguno cuide de ellos, dijo.

Y llamó á uno de los servidores de la casa, que pasaba á la sazón por el corredor.

Le encargó sus hijos.

Al llegar al descanso de las escaleras, en el piso primero, se abrió una puerta.

Retrocedió el *Encogido* frunciendo el gesto.

Se le había prsentado de repente Angiolina.

Angiolina era para el *Encogido* un noble mancebo, un caballero, un príncipe, que tenía el capricho de andar por el mundo con las apariencias de trovador provenzal, y que era muy conocido, muy amigo del gran Maestre.

Había concebido el *Encogido* unos terribles celos, á causa del príncipe de Castellobianco.

Pues qué, ¿su mujer, oyendo la armonía del laúd del príncipe, no había gemido?

—¿Queréis decirme, dijo Angiolina, por qué estáis en la torre de Segura?

—He pasado, señor, dijo el *Encogido,* con beneplácito del Gran Maestre, y con mi mujer y mis hijos, á la servidumbre del señor don Pedro de Segura, ricohombre de Teruel.

—¡Ah!... ¿es vuestra mujer una hermosísima garzona que con traje y armas de montero libre ha venido ayer aquí?

Un color se fué y otro se le vino al *Encogido.*

Disimuló, sin embargo, y dijo:

—Sí, señor; esa es mi mujer; la madre de mis hijos.

—Sea por muchos años, y con mucha ventura, dijo Angiolina: yo os tomo á todos bajo mi protección.

—Ya lo estamos bajo la del señor ricohombre de Teruel y de su hermosa hija.

—¿Y qué vale su protección comparada con la mía? respondió con altivez Angiolina. Además, que yo amo con toda el alma á doña Isabel.

Respiró un tanto el *Encogido*.

Se sintió por un momento aliviado de sus celos.

No se le había ocurrido aún que el señor príncipe, no embargante que quisiera á doña Isabel de Segura, á la noble y poderosa ricahembra para esposa, pudiese desear para manceba á la hermosísima villana.

—¿Adónde vais? le preguntó Angiolina.

—A acompañar, ó más bien, á resguardar á mi señora, á la cual va sirviendo mi mujer.

—Resguardémoslas los dos, dijo Angiolina: esperad.

Y entró en su aposento.

Se ciñó la espada.

Tomó su laúd.

Volvió á salir.

Le esperaba el *Encogido* en el descanso más próximo.

Angiolina descendió.

El *Encogido* la siguió.

Salieron de la torre.

Se veía á lo lejos, superando una colina, y en dirección á la selva, la litera que conducía á Isabel y María.

El *Encogido* apretó el paso.

—No, no, dijo Angiolina: no os apresuréis, necesito hablar con vos.

Moderó su marcha el *Encogido*.

Se sintió dominado por una preocupación penosa.

El señor príncipe de Castellobianco se iba haciendo para él, y de momento en momento, más terrible.

CAPITULO LXIV

Nuevos enredos

La litera había trasmontado la colina.

El príncipe no apretaba por esto el paso.

Cuando llegaron á lo alto de la colina, vieron que la litera se metía por entre los primeros árboles de la selva.

—¿Es verdaderamente una pobre villana vuestra mujer? preguntó Angiolina.

—Esa es una historia, señor, contestó de muy mala gana el *Encogido*.

—Ya comprenderéis que yo tengo un gran interés en saber, dijo siempre con un acento imperativo Angiolina, quién es la mujer que está inmediatamente al lado, y bajo la protección de la hermosa y noble doncella que ha de ser mi esposa.

—Mi mujer es tan honrada como la que más, y más que muchas, contestó con una impaciencia mal encu-

bierta el *Encogido;* y los que al verla crean otra cosa, se engañan. Y en cuanto á noble, ¿quien sabe lo que mi mujer es? Yo la tengo por de una gran familia, á la cual han acontecido grandes desgracias, y ¡vive Dios! que yo lo he de saber.

—Contadme la historia de vuestro casamiento.

A punto estuvo el bravo *Encogido* de sublevarse.

Pero se acordó de que el príncipe era muy amigo del gran Maestre, y se doblegó.

—Contadme, contadme esa historia, amigo mío, dijo Angiolina: debe ser muy curiosa.

A pesar de su impaciencia, el *Encogido* se sintió halagado cuando se oyó llamar amigo por aquel rico y poderoso príncipe.

Así está hecho el hombre.

El *Encogido* empezó la historia.

La abrevió, y la terminó poco antes de llegar á la cabaña, donde Malespina esperaba á Isabel.

Angiolina hizo que se detuviesen.

Estaban entre unos espesísimos árboles.

—Decidme, le preguntó Angiolina: ¿por qué se trata vuestro Maestre con esa señora con una tal intimidad que viene á buscarle á una cabaña, en medio de esta selva?

El *Encogido* se alegró.

Pero disimuló su alegría.

Creyó que el príncipe tenia celos como él.

—Lo ignoro, dijo; pero ayer se vieron.

—Esto es natural, dijo Angiolina: vuestro Maestro, mi hermano, sabe cuánto amo yo á doña Isabel de Segura, y como buen hermano me ayuda.

Dijo con tal serenidad estas palabras Angiolina que el *Encogido* se desesperó.

Era indudable que el príncipe no tenía celos.

Había esperado en vano un principio de venganza.

Porque para el *Encogido* era indudable que si el príncipe amaba á doña Isabel, esto no impedía el que su mujer le gustase de una manera grave.

—Id, le dijo Angiolina, y adelantaos. No quiero que tardando vos se sospeche. Callad que me habéis visto. Yo iré después. Id.

El *Encogido* se alejó de Angiolina perdido en confusiones.

Llegó á la cabaña, y entró en ella.

—Buenos días, señor, dijo á Malespina; yo os saludo. ¿Me necesitáis para algo?

—No, mi buen *Encogido;* aguarda á fuera.

Éste salió.

En aquel momento llegaba á la cabaña Angiolina.

CAPITULO LXV

En que Angiolina se encuentra en una situación extraordinariamente difícil

Angiolina desconfiaba, y no sin razón, de la influencia que podía ejercer sobre Malespina, Isabel.

Sabía que estaba enamorado de ella.

Más que enamorado, enloquecido.

Tenía un interés gravísimo en hacer imposible el casamiento de Isabel con Marsilla.

Pero los fenómenos del amor son muy extraños.

Podía suceder que Isabel influyese de tal manera con Malespina, que le llevase á actos de abnegación heroicos.

Podía suceder también, que ausente Marsilla, Isabel se hubiese enamorado de una manera que podía ser trascendental, por Malespina.

Malespina era muy hermoso.

En cuanto á su edad, no podía decirse cuál ésta fuese.

Era de una voluntad formidable.

Angiolina, que conocía mucho la ciencia magnética, que en la Edad Media estaba reconocida por todos como la ciencia de lo sobrenatural, de lo infinito, sabía bien hasta dónde alcanzaban los prodigios de la fuerza de voluntad y de los encantos por la influencia de ésta.

A lo menos creía saberlo.

Tenía una gran fe.

¿No había ella encantado, por decirlo así, al rey su padre?

Al terrible, al formidable Pedro II de Aragón, *el Caballero* y *el Católico*.

¿Qué mucho que Isabel hubiese encantado á Malespina ó Malespina hubiese encantado á Isabel?

Angiolina creía en la influencia de los astros.

En el destino.

En la intervención de un poder sobrehumano en los sucesos de la vida de las criaturas.

Necesitaba tener á que atenerse de una manera determinante.

Había dado un paso demasiado atrevido acercándose á Isabel de Segura.

Malespina se sorprendió al ver en la cabaña á Angiolina.

Esta percibió la sorpresa de Malespina, y se predispuso más y más.

Isabel se sintió contrariada.

Esto aumentó la predisposición de Angiolina.

En cuanto á María, ardió una rápida chispa de alegría en sus ojos al ver á Angiolina.

Pero esta chispa, esta manifestacion del alma enamora, pasó rápidamente.

—¡Cómo!... ¿vos aquí, amigo mío? dijo Malespina levantándose, yendo al encuentro de Angiolina y cogiéndola las manos.

—¡Su amigo! murmuró Isabel.

No parecía sino que Malespina había oído estas palabras, aunque habían sido pronunciadas en voz casi imperceptible, porque acudió al reparo.

—Yo os creía en Roma al lado del Santo Padre, vuestro pariente, señor príncipe.

Isabel dudó.

Nada tenía de extraño que Malespina, que era un aventurero que había corrido mucho mundo, que era, además, un gran personaje, hubiera conocido en Roma al príncipe Miletto de Castellobianco.

—¡Oh!... ¡sí!... dijo Angiolina: he sido atraído de allá por la hermosura del alma, y por la hermosura del cuerpo: ya sabéis, porque vos sois un tanto sabio, hasta qué punto son poderosas las influencias de los astros, la conjunción de luminares.

Y miraba de una manera candente á Isabel.

Angiolina hacía de sus ojos lo que quería.

Isabel se sentía mal.

María mucho peor.

Sin darse cuenta de ello, ni aún de que amaba al príncipe Miletto, empezó á sentir una especie de odio contra Isabel, á la que era indudable que el príncipe adoraba.

Así á lo menos lo hacía creer Malespina.

—Esa misma influencia, añadió Angiolina, que de Roma me trajo á la torre de Segura, de la torre de Segura me ha traído aquí.

—Perdonad, señores, dijo Isabel contrariada; yo me veo obligada á separarme de vosotros, para ir á ver á una pobre enferma que es la causa de que yo me encuentre aquí: señor y Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego, añadió Isabel, haced la merced de decir á este señor príncipe porqué razón me ha encontrado aquí, en vuestra compañía: seguidme vos, si gustáis María.

Y se levantó, y salió, saludando friamente á Angiolina.

María la siguió más resignada por el desamor con que veía trataba al príncipe doña Isabel.

—Está de Dios, dijo suspirando Malespina, que la historia de mis amores no acabe nunca de saberla esa señora.

—¿Qué historia es esa? preguntó Angiolina yendo á sentarse junto al hogar.

—Una historia que vos ya conocéis, por la cual, y por mi conciencia, me tiene subyugado doña Isabel.

—¡Ah!... ¡sí! tenéis razón... exclamó Angiolina.

—En fin: Berta es mi esposa, y...

—¡Vuestra esposa! dijo Angiolina asombrada.

—Sí, por cierto: me ha convertido doña Isabel de Segura, y me ha obligado por mi conciencia.

—¿Pues no amabais vos á Isabel?

—Con frenesí, y con frenesí la amo; y porque la amo la obedezco.

—Ya temía yo, dijo secamente Angiolina, que esa

mujer influiría de tal manera sobre vos, que por ella me haríais traición.

—Yo no puedo hacer traición á nadie, dijo severamente Malespina.

—Os rendís, sin embargo, á los encantos de esa mujer.

—¿Y qué queréis que yo os diga? Reducirse á la fatalidad, porque no se puede combatir con ella, no es hacer traición. Mi vida ha cambiado completamente. Isabel de Segura me ha convertido. Después de la entrevista que ayer tuve con ella he reflexionado, he recapacitado, me creo otro, y me siento incapaz de hacer traición á esa mujer, que no me amará nunca, pero que es mi vida. Yo pensaba decíroslo; y la prueba es que os lo digo. No podéis contar conmigo para nada contra Isabel de Segura

—¿Es decir que mi rival triunfará de mí? exclamó con una rabia mal contenida Angiolina.

—Yo no sé deciros si ella triunfará de vos ó vos de ella. Yo no la diré que vos sois una mujer, que amáis á Marsilla, que habéis venido aquí celosa: yo callaré todo esto; pero no me digáis que arrebate á Isabel de Segura, como arrebaté por vuestra orden á Alejandra de Aytona, para ponerla en la frontera en poder de un moro: no; yo no haré nada de esto, pero tampoco venderé vuestro secreto.

—De todos modos, vos os volvéis contra mí.

—Creed que no me vuelvo contra vos, á quien amo y respeto, sino que me siento arrastrar por mi destino.

—¡Bien!... ¡muy bien!... contestó Angiolina, que conocía que la convenía disimular, porque se encontraba completamente á merced de Malespina. Yo os agradez-

co el que, por lo menos, me guardéis mi secreto: tenéis razón: esa mujer tiene una energía incontrastable: yo misma me siento casi casi convertida por ella.

—Si yo os ocultara, señora, dijo con una gran firmeza Malespina, que protejo decididamente, con todo mi poder á esa señora, os haría traición. Sabedlo: yo defiendo de toda violencia á Isabel de Segura, contra todo el mundo, empezando por el rey de Aragón.

Llegó hasta la palidez del cadáver, Angiolina.

—Acabo de oir un reto, dijo; yo responderé á ese reto como debo. Ahora debo decíroslo también: toda amistad entre nosotros está rota.

—Lo siento con toda mi alma, señora, dijo Malespina, y os declaro que yo no puedo ser enemigo vuestro.

Angiolina no contestó.

Se levantó, salió de la cabaña y se perdió por el bosque.

CAPITULO LXVI

En que se ve á qué formidable punto llevaban las consecuencias de sus amores á Angiolina

Apenas había penetrado en la cabaña Angiolina, cuando tras ella se fué el *Encogido*.

Iba decidido á todo.

No tenía duda.

Su mujer amaba al hermoso, noble y rico trovador.

No había podido dudarlo.

Habia visto la gran turbación de su mujer en presencia del señor príncipe Miletto, á su entrada en la cabaña, á cuya puerta había quedado observando.

El *Encogido* era un lobo.

Se le ennegreció el corazón.

Unos celos horribles le emponzoñaron el alma.

Tal vez no se había consumado aún su deshonra.

Era necesario evitar que se consumara.

La desdichada lanzó un horrible grito, vaciló un momento y cayó de espaldas

¿Qué importaba Malespina ni el mundo entero?

Si María hubiese amado á Malespina, el *Encogido* no se hubiera contenido por respeto ni por temor á su Gran Maestre.

El *Encogido* era de estos que una vez concebida una ferocidad, la practican.

Partió á la carrera por un sendero de la selva.

Cortaba camino.

Muy pronto debía estar apostado entre la maleza sobre el camino por donde debía pasar Angiolina para volverse á la torre de Segura.

Armó su ballesta y esperó.

Algún tiempo después apareció Angiolina.

Marchaba en paso lento.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho.

Aparecía profundamente pensativa.

Sombríamente triste.

—¡Oh! ¡y cuánto ama á mi mujer ese indiscreto señor!... ¡y cuán triste su amor le pone!... ¡oh rabia!...

Acreció la cólera horrible que ardía en el corazón de el *Encogido*.

Cegó de celos y de ira.

Se olvidó de todo.

Hasta de que era un valiente que jamás había herido á traición.

Asestó su ballesta á Angiolina y disparó.

La jara atravesó de parte á parte á Angiolina.

La desdichada lanzó un horrible grito.

Vaciló un momento.

Luego cayó de espaldas.

Al caer gimió el laúd de una manera lúgubre.

El *Encogido* miraba desde el matorral en que se había apostado, y de una manera horrible á su víctima.

Angiolina había quedado inmóvil y con los ojos dilatados y abiertos.

Pasó no sabemos qué de horrible por el *Encogido*.

Permaneció por algún tiempo inmóvil.

Luego soltó una carcajada de loco.

La carcajada terrible de la venganza satisfecha.

Luego se alejó.

Se perdió en la selva.

Siguió á la ventura.

Luego, como impulsado por un poder fatal, por un resto de hambre de venganza, se orientó.

Necesitaba tomar la dirección del molino adonde su mujer había ido con Isabel de Segura.

Había exterminado al amante de su mujer.

Pero era necesario que la exterminase también á ella.

¿Le había ella ofendido?

Indudablemente, puesto que se había enamorado del príncipe.

El *Encogido* no podía dudar de ello.

Podía muy bien no haber sobrevenido la consumación de la falta.

Pero él había perdido el amor de su mujer.

Esto era bastante.

María debía morir.

¿Y sus hijos?

El *Encogido* no pensaba entonces en esto.

Estaba loco.

La desesperación oscurecía su entendimiento.

Caminaba á buen paso en demanda del molino.

Tan abstraído iba en su terrible pensamiento, que no reparó que pasaba por el claro de la selva en donde estaba la cabaña en que Isabel había hablado con Malespina.

Éste, desde el hogar en que permanecía sentado y abstraído en sus pensamientos, le vió pasar.

Extrañó su paso violento.

Un no sé qué que se desprendía del ser del *Encogido*.

Se levantó.

Salió de la cabaña.

Siguió al *Encogido* por el sendero por donde se había metido.

CAPITULO LXVII

De cómo un lobo puede ser cazado por un tigre

Isabel había encontrado mucho mejor á Berta y á su hijo.

Berta acabó de contarla la historia, cuya conclusión la había prometido Malespina, y que nuestros lectores ya conocen, por ser la misma que el Gran Maestre de la Cruz de fuego contó á Angiolina, y que vino á interrumpir la llegada de Isabel de Segura.

Malespina, según la narración de Berta, había penetrado en el castillo donde la tenía encerrada su padre, por una comunicación secreta.

Esta comunicación se la había revelado la salvaje María.

Berta huyó con su amante.

Durante algún tiempo éste la fué leal.

Pero al cabo la abandonó.

Esto era todo lo que podía haber referido á Isabel Malespina.

No hubiera podido ir más allá respecto á Berta.

Desde que la abandonó no había vuelto á saber más de ella.

Ni aún había pensado en averiguar.

Irritado contra el padre, y hastiado del amor de la hija, no había respetado nada.

Había acabado por olvidarse de Berta.

Berta se encontró sola.

Tuvo la altivez de no buscar á su amante.

Vendió algunas joyas que tenía sobre sí, salvo el medallón que había puesto á su cuello su madre moribunda, y que podía ser algún día una señal de reconocimiento para su hija.

Se compró ropas de villana.

Se alejó cuanto pudo de Barcelona y penetró en Aragón.

Se detuvo en una aldea cerca de Teruel.

Allí unos labradores, á quienes dijo que había tenido unos amores desgraciados, que su amante la había abandonado y que había huído por evitar la venganza de su padre, en todo lo cual no mentía, tuvieron lástima de ella y la admitieron á su servicio.

Allí dió á luz Berta á su hijo.

Se resignó valientemente á su situación.

Sirvió á villanos, la que había tenido á villanos por vasallos.

Verdad era que aquellos villanos no la trataban como criada, sino como de la familia.

La amaban.

Berta se había doblegado á la necesidad.

Pero sufriendo de una manera terrible.

Sólo el amor de su hijo la sostenía en la vida.

Había perdido toda esperanza.

Berta hubiera sido menos desgraciada si lentamente, y andando el tiempo, su amo no hubiese contraído por ella unos amores violentísimos.

Sobrevinieron las solicitudes.

Resistió Berta.

Dió el enamorado en imprudencias.

Se apercibió su mujer.

Apostrofó á Berta, la injurió, la golpeó, salióla á su defensa el enamorado marido, y maltrató horriblemente á su mujer.

Él y Berta fueron presos.

Se hizo un proceso.

Resultó la inocencia de Berta.

Pero para evitar inconvenientes se la mandó saliera del pueblo y de su jurisdicción, y que nunca más volviera por allí.

La infeliz Berta, privada de todo género de recursos, anduvo algún tiempo mendigando con su hijo, hasta que al fin cayó dominada por la miseria, y hubiera perecido con su hijo si no la hubiese socorrido Isabel de Segura.

Esta sencilla relación había sido muy breve.

Isabel alentó á Berta.

La hizo concebir esperanzas.

Pero no la dijo que sus penas habían terminado.

Que Gutier de Malespina estaba pronto á casarse con ella.

Estaba aún muy débil, y esta buena noticia inesperada hubiera podido serle muy dañosa.

Era ya la hora de volver á la torre para el almuerzo.

Isabel salió con María, que llevaba siempre en sus brazos á su hijo.

Entraron en la litera.

Isabel llevaba á la izquierda á María.

El viento agitaba las cortinillas de tela bordadas, de la litera, y dejaba al descubierto de tiempo en tiempo á las dos jóvenes.

El *Encogido* se había puesto en el camino que debía seguir la litera, oculto entre un jaral.

Su sed de venganza había acrecido.

Malespina, que como ya hemos visto, había extrañado su aspecto, y había sentido no sabemos qué vago recelo, se había ido tras él sin dejarse sentir.

Razón era que el jefe de aquellos astutos compadres fuese más astuto que ellos.

En el mismo jaral donde se había puesto en acecho el *Encogido,* se había colocado á dos pasos de él Malespina.

El *Encogido,* sin embargo, no le sentía.

Pasó un largo espacio de tiempo.

Se oyeron al fin, por lo alto del sendero, los cascabeles de las mulas de la litera en la que eran conducidas Isabel y María.

El *Encogido* rugió como un tigre y se preparó.

Armó su ballesta.

Malespina no tenía ya duda alguna de que el *Encogido* esperaba á la litera, ó más bien, á Isabel.

Creyó que Angiolina le había encontrado y le había seducido.

Le había comprado la vida de Isabel.

Dadas las circunstancias, Malespina no podía pensar otra cosa.

La litera se aproximaba.

Debía aparecer muy pronto.

Malespina se arrojó sobre el *Encogido* y le desarmó con la misma facilidad con que hubiera podido desarmar á un niño.

Le arrastró consigo.

Éste, al reconocer á su Gran Maestre, se demudó y no opuso resistencia.

Se sintió al mismo tiempo la litera que pasaba.

A poco se perdió el ruido de los cascabeles entre el silencio de la selva.

CAPITULO LXVIII

De cómo el Maestre de los Compadres salva la vida á María creyendo que la salvaba á Isabel

—¿A quién esperabas tú?... ¿Para quién armabas tú la ballesta, miserable? exclamó con voz lúgubre Malespina.

—Esperaba á mi mujer... necesito matar á mi mujer, exclamó el *Encogido*. Si vuesamerced ha creído otra cosa, se ha engañado.

—¿Has hablado tú con el príncipe Miletto de Castello-bianco? dijo Malespina, no muy convencido aún.

—Para matar á un hombre no es necesario hablarle.

—¿Qué has matado tú al príncipe Miletto? exclamó con una amenazadora impaciencia Malespina.

—Sí, dijo el *Encogido*, porque él me ha matado el corazón.

—¡Qué dices!

—Que mi mujer le amaba: que la ha seducido.

—¡Que le amaba María!

—¡Sí!

—¡Ah!... ¡fatalidad!... ¡y ahora podrá creerse que yo he sido el autor de este asesinato!

—¿Y por qué ha de creerlo nadie? dijo fuertemente el *Encogido:* ¿ha creído acaso el Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego, que no mataría al amante de mi mujer, aún cuando este amante fuese un príncipe amigo de mi Maestre? Al mismo rey le hubiera matado: á vos, que es cuanto puede decirse. ¿Pues qué me importa ya todo si he perdido el amor de María?

Y aquella fiera se echó á llorar.

—¡Pero, desgraciado!... exclamó Malespina que estaba aturdido: el príncipe Miletto era una mujer. ¿Y cómo tú no has podido reconocerla? Pero es verdad: tú no has estado nunca en Barcelona, en el hotel de *Los Tres caballeros negros.*

—¡Una mujer! exclamó con una expresión y un acento indescribibles el *Encogido.*

—Sí, la señora Angiolina, hija del señor Piccolomini, dueño del hotel,

—Y bien: no le hace, dijo. María la ha creído hombre, y la ha amado: tanto da, puesto que María me ha olvidado por él... que ella es él para mí... y por él me ha ofendido. El corazón es el amor. María no me ama ni me ha amado nunca, y yo necesito matarla; estos son asuntos míos: vuesamerced, en mi lugar, hubiera hecho lo que he hecho yo.

—Y yo haré lo que en mi lugar, y en caso semejante á este harías tú, dijo sombríamente Malespina. Llévame

al lugar donde, ciego por unos celos brutales, y tal vez infundados, has matado a esa desdichada.

El *Encogido* se puso en marcha.

Malespina le siguió.

Si el *Encogido* hubiera pretendido escapar, Malespina le hubiera cortado la carrera con una jara de su ballesta.

Iban en paso rápido.

Llegaron al lugar.

Pero no encontraron á Angiolina.

Sólo hallaron un gran charco de sangre.

A lo lejos se oía un ruido confuso de cascabeles.

La litera acababa de pasar por allí.

Sin duda alguna Isabel de Segura había recogido á Angiolina.

¿Pero la había recogido muerta ó viva?

Era necesario averignar esto.

—Corre conmigo, dijo Malespina, y no pretendas escapar, porque en el punto en que lo pretendas, te mato.

—Yo no huiré de vuesamerced, dijo el *Encogido*.

Y partió á correr.

Corría á la par, con él, Malespina.

Muy pronto vieron, á lo lejos, la litera.

Tras ella, á pie iban Isabel y María.

CAPITULO LXIX

En que Isabel se encontró con una terrible enemiga, y María con que su amor era un fantasma

En efecto, los que conducían la litera habían encontrado á Angiolina, tendida é inmóvil sobre un charco de sangre, en el sendero.

Isabel y María habían visto también el sangriento bulto.

La litera se detuvo.

Salieron de ella las dos jóvenes.

Acudieron á Angiolina.

No estaba muerta, pero sí sin sentido.

María lanzó un grito horrible.

Isabel se estremeció de conmiseración.

Ambas habían reconocido al príncipe Miletto de Castellobianco.

María, que no se había explicado aún su amor por aquel ser hermosísimo, al verle inmóvil, sin sentido, en-

sangrentado, compelida por el dolor que sintió que la devoraba, comprendió que aquel amor era infinitamente superior al afecto, al interés que había sentido, y que sentía aún por el *Encogido*.

Se abrió de improviso para ella la página más candente del libro de la vida.

Isabel vió ante sí, y en peligro de muerte, á un ser que á juzgar por las predisposiciones de su padre, era una amenaza para su amor, y á pesar de esto, se entristeció.

La sangre había dejado de correr.

Su misma coagulación había sido un apósito para ambas bocas de la herida.

Porque ya lo hemos dicho.

Angiolina había sido atravesada de parte á parte.

Afortunadamente la dirección de la herida había sido muy transversal, y no había interesado ninguno de los puntos necesarios á la vida.

Una grande hemorragia había causado el síncope de Angiolina.

Respiraba con suma dificultad.

Se notaba en ella una grande opresión.

María, que agonizaba, que á duras penas contenía sus gritos de dolor, la desabrochó el sayo.

Abrió sus ropas interiores.

Entonces aparecieron los dos mórbidos globos del desarrollado seno de Angiolina, y un collar de perlas del cual pendían un *Agnus-Dei* de oro y diamantes.

—¡Una mujer!... exclamó helada de asombro, y experimentando una sensación indefinible, María.

Sintió un dolor agudo.

Su amor se desvaneció.

Se escapaba.

No tenía objeto.

Y sin embargo, continuaba.

Pero convertido en un fantasma.

Reducido á un imposible

Desesperante, apenador.

La desventura y la desventura sin esperanza oprimía el alma candorosa aún de María.

En cuanto á Isabel había lanzado un grito de contento.

Había desaparecido el peligro que había temido en el príncipe Miletto.

El príncipe se convertía en princesa.

Una princesa, por poderosa que fuese, no podía casarse con una mujer.

Pero un momento de reflexión bastó para que Isabel se sintiera más infeliz con los nuevos temores que concibió, que con los que, á causa del príncipe, la habían aquejado.

Por su manera, por la delicadeza de sus formas, por la riquísima joya que tenía á la garganta, la herida demostraba ser una gran persona.

¿Aquella dama, tal vez aquella princesa, no había pretendido engañarla, hacerla sentir por ella el amor, ó cuando no, deslumbrar á su padre, no para que se la diese por esposa, sino para arrebatarla el amor de Marsilla?

¿Era aquella dama la misma mujer con quien Isabel había oído hablar á Marsilla enamorado en el subterráneo?

Un odio súbito, causado por negros celos, se apoderó de Isabel contra Angiolina.

Las pasiones hacen que un ser humano, que se acerca

por su bondad á un ángel, se convierta en un demonio.

Isabel sintió una alegría cruel al ver á aquella mujer que indudablemente amaba á Marsilla, y de la cual tal vez Marsilla era amante, herida y en peligro de muerte.

Pero no podía olvidarse de su virtud.

De su caridad.

Uno de los muleteros que, como todos los campesinos, entendía algo de curaciones, y entonces mucho más, porque en los pueblos no había otra cosa que curanderos, hizo como supo, de una manera rudísima, pero eficaz, la primera cura á Angiolina.

Después de esto Angiolina fué puesta en la litera.

Esta partió de nuevo.

Las dos jóvenes siguieron á pie.

Esto era lo que había acontecido.

Las dos iban pensativas.

Las dos tristes.

Aturdidas las dos con lo que sucedía.

La litera marchaba en paso lento.

Así es que pudieron alcanzarla muy pronto Malespina y el *Encogido*, que iban á la carrera.

En el punto en que la alcanzaron se veían ya muy cerca los muros de la torre de Segura.

CAPITULO LXX

De como el Encogido escapa milagrosamente con la vida, y de como hay peregrinos que son lo que no parecen

—Es necesario que ahuyentemos á los mozos que guían las mulas de la litera, dijo Malespina: ahuyéntalos tú; esto te podrá valer la vida.

El *Encogido* se alentó.

Se había dado por muerto.

Su terrible Maestre no era hombre que perdonaba fácilmente.

—Pero no te dejes ver, añadió Malespina: has sido admitido en la servidumbre del noble señor don Pedro de Segura, y no conviene que te conozcan.

Malespina se ocultó entre la maleza.

El *Encogido* se ocultó también.

Dió un rodeo y se puso á vanguardia de los mozos.

Le encubría un jaral.

Desde él preparó su ballesta y disparó.

La jara fué á clavarse con estruendo en la parte superior de la litera.

Y se quedó en ella vibrando.

—¡Oh!... ¡por mis pecados!... ¿qué es esto?... exclamó María con fiereza. Tened mi hijo, señora, tenedle.

Y dió su hijo á Isabel.

Ésta dió, permaneciendo serena, una gran muestra de valor.

María tomó la ballesta de uno de los mozos que conducían la litera, armó una jara en ella y esperó á ver de dónde salía un nuevo disparo.

En aquella fiera actitud estaba hermosísima.

En cuanto á los mozos, estaban aterrados.

Aún que el uno de ellos conservaba su ballesta, era en sus manos un arma inservible, y el otro no podía hacer uso de su puñal.

Una segunda jara fué á clavarse en el brazo derecho delantero de la litera, muy cerca del mozo.

El pánico acometió á éste.

Por muy poco no le había herido la jara.

Escapó á la carrera enloquecido de miedo, arrojando en su huída la ballesta.

Una tercera jara, que fué á dar en la parte posterior de la litera, hizo huir al segundo mozo.

—¡Ah!... dijo María retirando la jara de la ballesta; es indudable que sólo han querido ahuyentar á los mozos: este debe ser el Gran Maestre.

Y tomó su bocina y la hizo sonar levemente.

Sonó levemente, y muy cerca, otra bocina.

—Nada temáis, señora dijo María: es él.

—¿Quién?

—El Gran Maestre; el señor Gutier de Malespina.

No tardaron en aparecer, de una parte, Malespina.

De otra, el *Encogido*.

—¿Qué es esto? preguntó con altivez Isabel.

—Nada temáis, señora, dijo Malespina: pero sé lo que ha sucedido: una alta persona que va en esa litera ha sido muerta, ó por lo menos herida. Conviene salvarla, si es posible: yo soy médico; apartémonos de aquí pronto: esos que han huído han llevado la alarma al castillo: de él saldrán en vuestra busca; apartémonos cuanto antes: yo necesito muy poco tiempo para informarme del estado de esa persona: guía tú esa litera, *Encogido*.

Éste asió el ronzal de la primera caballería.

Tiró de ella.

Poco después la litera, á la que habían seguido Isabel, María y Malespina, estaba en un lugar espesísimo de la selva.

Malespina penetró en la litera.

Reconoció á Angiolina, que aún estaba desmayada.

El *Encogido,* que miraba con toda la vida, con toda el alma en sus ojos, no pudo tener duda de que la persona á quien había herido, creyéndola amante de María, era una mujer.

Se le espació el alma.

Le entró un nuevo arrebato, un acrecentamiento de amor por María.

Su buena esposa no le había hecho traición.

Así, á lo menos, lo creía el *Encogido*.

No se hubiera alegrado ciertamente si hubiera conocido que de todos modos había perdido el amor de María.

Ésta no podía continuar amando á una mujer.

Pero había conocido que no amaba, que no había amado nunca á su esposo.

Le quedaba el corazón lleno del amor de una fantasma.

De un imposible.

—Esta señora, dijo Malespina después de su reconocimiento, no está, en manera alguna, en peligro: lo que ha causado su desmayo es la pérdida de la sangre: seguid con la litera hacia la torre, *Encogido;* cuando sobrevengan los de la torre decid la verdad; vosotras, señoras, que habéis encontrado al príncipe Miletto herido, que después habéis sido acometidas sin saber por quién, y que los mozos han huído.

—Pero los mozos han mirado á esa señora, dijo María, y han reconocido en ella á una mujer.

—Llamad, en cuanto lleguéis á la torre, á los mozos, y si no han hablado hacedles callar. Esto conviene. Ahora, adiós; partid: me encontraréis siempre que os sea necesario encontrarme, doña Isabel.

Y Malespina se perdió entre la espesura.

El *Encogido* llevó la litera al sendero.

Siguió por él.

Detrás iban Isabel y María.

A poco sintieron ruido de voces de mucha gente, y aún de bocinas.

No tardaron en encontrarse á todos los escuderos de la torre.

Con ellos venía don Pedro de Segura.

Al ver á su hija sana y salva al lado de María, dió un grito de contento.

Corrió á Isabel y la abrazó.

María había visto entre los escuderos á los dos mozos de la litera que habían huido.

Venían armados de sendas ballestas, y braveando.

María los apartó á un lado.

—¿Habéis dicho á alguno, les preguntó, que la persona que hemos encontrado herida es una mujer?

—Ni aún hemos tenido tiempo: sólo hemos cuidado de que se viniera en socorro de la señora, dijo uno de ellos.

—Pues guardad un profundo silencio, dijo María, y sois ricos: tened, entretanto.

Y les dió una bolsa.

Ellos juraron que callarían.

Esto había pasado aparte.

Don Pedro de Segura, después de haber abrazado y besado á su hija, examinó la litera.

En ella quedaban trozos de las tres jaras que en ella se habían clavado.

Después vió con una gran conmiseración y con un gran cuidado, desmayado dentro de la litera, al que él creía el príncipe Miletto de Castellobianco.

Se informó de cómo se le había encontrado.

Supo cómo después la litera había sido acometida, y de cómo la habían defendido bravamente el *Encogido* y su mujer.

No había nadie que pudiese desmentir esto más que Isabel, y ésta no pensó en desmentirlo.

—A lo que parece, dijo don Pedro de Segura, en mis

sotos y en mis bosques hay mala gente: yo haré que esa gente salga de mis dominios sin que quede uno para contarlo. Esto es un escándalo que no ha sucedido nunca: yo haré que se respeten mis derechos.

Ni aun sospechó el buen don Pedro de Segura que el príncipe Miletto era una mujer, á pesar de que se veía en gran parte descubierta la hermosa garganta de Angiolina.

Dió la orden de volver á la torre.

Poco después entraban en ella.

Angiolina fué puesta en un lecho.

—No le toquéis, no le toquéis, dijo María, pretendiendo evitar se desnudase á la herida delante de don Pedro y éste descubriese su sexo: yo entiendo algo de medicina, y veo peligro en continuar moviéndole.

Don Pedro se detuvo.

Dejó al que creía el príncipe Miletto asistido por el *Encogido* y por su mujer.

Isabel le había contado sucintamente todo lo que había sucedido, como convenía que don Pedro lo supiese.

Después se había retirado á su aposento, contenta porque veía que no podían casarla con el príncipe Miletto.

Una hora después anunciaban á don Pedro que un anciano peregrino pedía hablarle.

No le podía negar una audiencia á un santo romero.

Verdad era que con mucha frecuencia grandes criminales se encubrían con el hábito de peregrinos.

Pero, ¿qué podía recelarse de un hombre solo?

Don Pedro mandó le introdujesen.

Se le presentó un anciano encorvado, de larga barba blanca, de largos cabellos blancos.

Llevaba un hábito pardo, que le cubría completamente.

En la mano llevaba un largo bordón.

Calzaba sandalias.

Su aspecto era venerable.

—Guárdeos Dios, noble y poderoso señor, dijo con la voz trémula cuando llegó cerca de don Pedro.

—Dios guarde al santo romero, y con Él venga, dijo don Pedro: si reposo queréis en mi casa, reposad.

—No quiero yo reposar, contestó el romero, que peregrinando voy por el mundo en servicio de Dios, y para el servicio del alma y del cuerpo de los desdichados y de los enfermos: á los unos los cura mi palabra dándoles resignación: á los otros el maravilloso bálsamo que llevo en esta calabacilla que pende de mi bordón: pasaba por la selva vecina cuando ví señales de sangre: encontré á uno y le pregunté: supe que un noble caballero, tal vez algún príncipe había sido gravísimamente, herido, y que se encontraba en vuestro castillo. En nombre de la caridad de Dios, yo vengo á prestarle mis auxilios.

—Pues que Dios os trae, dijo don Pedro, venid.

Y llevó al romero á la cámara en que estaba Angiolina.

La examinó el romero.

—Grandes pecados debe haber cometido este señor, dijo, cuando Dios ha permitido le hieran tan gravemente. Casi un milagro de Dios se necesita para curarle. Salid todos: las oraciones que voy á pronunciar, y lo que necesito hacer, no consienten testigos si han de aprovechar.

Salieron don Pedro, María y el *Encogido*.

Estos dos últimos habían reconocido en el peregrino al Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Cuando se hubo quedado solo Malespina cerró por dentro la puerta.

Puso el capuz de su hábito sobre un mueble cuando estuvo seguro de que no podía ser observado, y se acercó al lecho.

CAPITULO LXXI

De cómo una moneda falsa puede parecer buena, aun en las manos más experimentadas

—¡Amor!... ¡terrible amor!... exclamó Malespina contemplando á la desmayada joven; hé aquí que nos llevas á terribles cosas en las que no pensábamos dar... ¡tú eres la locura!... ¡tú eres la vida y el contento! ¡pero también muchas veces eres la desesperación y la muerte!

Después de esto reconoció á Angiolina.

Empapó con un bálsamo que en la calabaza llevaba, los rudos vendajes que, sirviéndose de los pañuelos de las dos jóvenes, y de una larga rasgadura de las ropas exteriores de Isabel, que llevaba María, había puesto en las heridas uno de los mozos de la litera,

Después quitó las ropas exteriores á Angiolina y la cubrió con las ropas del lecho.

Se sentó á su cabecera y esperó.

Pasó algún tiempo.

La mirada de Malespina estaba profundamente fija en la desmayada.

El fin ésta se estremeció.

Luego abrió los ojos y los posó en Malespina.

Le desconoció.

Le tomó por un viejo ermitaño.

—¿Qué hacéis aquí? le dijo ¿quién sois?... ¿qué es lo que pasa por mí?...

—Vos, señora... dijo Malespina.

—¿Señora me llamáis?... exclamó Angiolina.

Se veía claro por esta exclamación que Angiolina había recobrado completamente sus sentidos, puesto que juzgaba con lucidez de las cosas.

—Os he curado, y no he podido menos de reconocer que sois una mujer.

—¿Estoy en la torre de Segura?

—Sí, señora.

—¿Ha asistido alguno más que vos á la cura?

—Antes de curaros, me he encerrado con vos?

—¿Y por qué os habéis encerrado conmigo?

—A fin de que nadie supiese que vos erais una mujer.

—¿Quién os dijo que yo era una mujer?

—Yo soy de los que se llaman hombres de Dios; para mí hay muchas menos cosas ocultas que para los demás hombres. Soy, mediante la clemencia de Dios, adivino y profeta.

Malespina sostenía admirablemente su dizfraz.

Completaba completamente este disfraz lo cambiado, lo tembloroso de la voz.

Parecía un viejo octogenario.

Además de esto, Angiolina no sospechaba.

Sin embargo, como ella había pasado la mayor parte de la juventud ayudando á su supuesto padre á ganarse la vida por medio del charlatanismo, no creía gran cosa en los adivinos ni en los profetas.

Pertenecía, sin embargo, á su tiempo.

Tenía sus preocupaciones.

La sucedía lo que sucede á un monedero falso.

Que sabe que hay monedas legítimas.

No porque el señor Piccolomini y ella habían hecho la farsa de la adivinación, podía decirse que la adivinación no existía.

Todo se reducía á que Angiolina era más difícil para el engaño que otros.

Sin embargo, y aunque tuviese la costumbre de examinar profundamente la moneda, podía ser también engañada por la moneda falsa.

Malespina, en aquella ocasión, era una moneda falsa, con todas las apariencias de legítima.

—¿Y cómo habéis sabido...? ¿quién os ha dicho...? preguntó Angiolina.

—Nadie me ha dicho: por la misericordia de Dios, que tiene lástima de vos, he sabido...

—Explicaos...

—Bien sabéis, señora, que este no es tiempo de moscas, y mucho menos de moscardones. Con el frío y con la humedad no parecen por el mundo.

—¿Y á qué vienen ahora las moscas y los moscardones? exclamó con extrañeza Angiolina.

—A que, estando yo en una venta, hace poco, cerca de la villa de Mora, pasó ante mí, zumbando por tres veces, un negro moscardón de los que se llaman fatídicos.

—¡Ah!... ¡un moscardón fatídico! exclamó estremeciéndose Angiolina.

—Después de haber girado tres veces en torno mío, dijo Malespina, el moscardón funesto desapareció: levanté al momento figura, y ví que, en efecto, á unas dos leguas de mí acababa de ser herida una desdichada que necesitaba socorro.

—¿Visteis quién la hirió?

—Sí.

—¿Y quién fué?...

—Un hombre ansioso de venganza.

—¿Qué señas tenía ese hombre?

—Ese hombre estaba encubierto; vestía un ropón rojo con orlas negras, y cubría su cabeza un capuz rojo y negro.

Como se ve, Malespina calumniaba á don Enguerrando de Azagra.

Estaba en disposición de hacerlo, porque conocía la historia de la desaparición de Alejandra.

Angiolina se convencía de que estaba hablando con ella un adivino, un hechicero ó un profeta, un santo.

Empezó á sentirse dominada por Malespina.

En su semblante había aparecido una cierta impresión de espanto.

—¿Y no visteis cerca de allí á ningún montero libre?

—Los monteros libres estaban más lejos, y cuando acudieron, ya el señor de Azagra había desaparecido, creyendo cumplida su venganza por su hija.

—¿Habéis conocido en el hombre rojo y negro á don Enguerrando de Azagra, señor de Albarracín, al que se creía difunto?

—Sí.

—¿Cómo me hirió?

—De un jarazo disparado entre la maleza.

—¿Quién me encontró?

—Doña Isabel de Segura y Mari-galana, la esposa del *Encogido*, que iban en una litera, resguardadas por él.

—¿Y no acudió nadie más?

—Sí; cuando sonó la bocina del *Encogido*, acudió el Maestre de los Compadres.

—¿Cómo estaba yo?

—En medio del sendero, sin sentido, atravesada de parte á parte.

—¡De parte á parte!... exclamó con terror Angiolina: ¿entonces estoy en peligro de muerte?

—De parte á parte, sí, dijo Malespina: pero al sesgo: no moriréis, ni aun estáis en peligro; pero este favor que os ha hecho la misericordia de Dios, os obliga á mucho, señora.

—Yo cumpliré lo que me ordene Dios.

—Cumplid lo que os ordene vuestra conciencia, y habréis satisfecho la voluntad de Dios.

—¿Sabéis lo que yo tengo sobre mi conciencia? preguntó Angiolina.

—Sí, dijo el Maestre: cuando os levanté figura lo supe todo.

—¿Y qué habéis sabido?

—Que sois hija del rey de Aragón.

Se aumentó la palidez, que á causa del estado en que se encontraba, aparecía en el semblante de Angiolina.

—Vuestro padre, que no os ha conocido sino muy tarde, ha experimentado, y experimenta por vos un amor incestuoso. Se contiene, pero dominado por su amor, no sabe negaros nada: está escrito que vos perderéis á vuestro padre.

—¿Que yo perderé á mi padre?

—Sí: enloquecida á vuestra vez por el amor que os inspira el joven y hermoso caballero don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—Yo no soy poderosa á dominar mi amor, dijo Angiolina.

—Perderéis á vuestro padre, perderéis á Marsilla, os perderéis vos. Dios os ha avisado de una manera terrible, me ha elegido á mí, no sólo para que os cure de la herida del cuerpo, sino también de la herida del alma: la herida del cuerpo cesará; pero la del alma es muy difícil: no os quejéis, señora, cuando veáis caer palpablemente sobre vos la justicia del Señor.

—Mi amor es mi Dios y mi gloria, exclamó Angiolina.

—Satanás se ha apoderado de vuestro espíritu, exclamó profundamente el Maestre. ¡Dios tenga compasión de vos!

Sucedió un profundo silencio.

Angiolina no preguntó más.

Se había convencido de que el anciano peregrino lo sabía todo.

Acabó de considerarle como un hechicero ó como un santo.

La moneda falsa había pasado.

Esto hacía el elogio de Malespina como farsante, porque la moneda falsa había pasado en manos harto experimentadas.

Angiolina meditaba profundamente.

Tenía miedo.

Comprendía, como no podía menos de comprender, que lo que había hecho, arrastrada por los amores de Marsilla, para destruir todos los obstáculos que se oponían á aquellos amores, había sido de todo punto criminal.

Ya alguna vez había pensado en que Dios no podía menos de castigarla.

El castigo había empezado.

Angiolina se sentía mal herida en aquella misma noble casa, en donde con una intención tan terrible había entrado.

Aconteció lo que acontece siempre.

Que cuando el hombre se siente bajo la mano de Dios, se arrepiente del mal que ha hecho, no por dolor, sino por miedo.

—Decidme qué es lo que debo hacer, preguntó después de algún tiempo de silencio Angiolina.

—Arrepentiros de vuestros malos propósitos, combatir el amor imposible que por Marsilla sentís: resignaros á la voluntad de Dios, que ha hecho que Marsilla no pueda ser vuestro sino por medio de crímenes: calmar vuestros pensamientos, á fin de que vuestra curación sea más rápida, y cuando estéis curada volveros á vuestra casa, y deshacer, en cuanto os sea posible, el mal que habéis hecho.

—¡Oh! exclamó Angiolina, que á pesar de las seguridades que la había dado Malespina, se creía muy en peligro: juro á Dios porque me salve, renunciar á mi amor y deshacer todo el mal que haya hecho. Yo entraré en un convento, porque si vivo no podré encontrar para mí consuelo, ni otro amor más que el de Dios.

—Si así lo hacéis, dijo Malespina, Dios os premie, y si no, os lo demande: yo os dejo: es necesario entregaros á las personas que han de cuidar de vos.

Y Malespina salió.

Angiolina se quedó aterrada, y resuelta, por el momento, á hacer lo que á Dios había prometido.

CAPITULO LXXII

De cómo Isabel toma para Malespina la influencia de un ángel

Isabel esperaba fuera á Malespina.

Éste se había revelado á ella.

Para Isabel no estaba Malespina disfrazado.

—Esperadlo todo, la dijo Malespina: me parece que está arrepentida: en todo caso, si andando el tiempo vuelve á su amoroso empeño, yo la haré arrepentir.

—Y decidme, señor Gutier de Malespina, dijo la caritativa Isabel, que por grandes que fuesen sus penas no olvidaba las penas de los demás, ¿no estáis vos también arrepentido?

—¡Oh!... ¡de todo punto, señora!... ó más bien: yo soy de todo punto esclavo de vuestra voluntad. Porque vos no tengáis un mal recuerdo de mí soy yo capaz de todo: hasta de morir entre los tormentos más crueles.

—Yo no quiero de vos sino que reconozcáis que la des-

dichada Berta es digna de vuestro amor; que vuestro hijo tiene derecho á llevar el nombre de su padre: que debéis amarlos á ambos y arrojar de vos todo otro sentimiento, como si fuera una tentación de Satanás.

—Disponed, señora.

—¿Os desposaréis con Berta?

—Sí.

—Pues cuanto antes. Berta está muy enferma, muy en peligro: con la enfermedad de su madre, vuestro hijo, que es muy inteligente, se entristece, entregándose éste también á una desesperación peligrosa. Vos no querréis matar á la desdichada que ha creído en vuestro cariño, que por vos lo ha perdido todo, y sería horrible que mataráis á vuestro hijo. No os creo tan malvado... no lo quiero creer.

—Yo, señora, haré vuestra voluntad, dijo completamente dominado Malespina.

—Pues bien: buscad un sacerdote; idos con él al *Molino de la Morisca:* yo, después de lo que ha sucedido, no puedo salir sino muy guardada, y no quiero testigos: para nada hago falta: desposaos con Berta; sacadla del molino. Mostradla públicamente como vuestra esposa; satisfaced á su padre: reparad, en fin, el mal que hayáis hecho: después, separaos de vuestra mala vida; tomad vasallaje en Aragón, lo que no os será difícil, y vivid noblemente al lado del rey, como un bravo y leal ricohombre.

—¡Sois un ángel, señora! exclamó Malespina, y yo os adoraré siempre, aunque no os vea, aunque me aparte de vuestra vista, como el espíritu de mi salvación.

—Ya veréis como encontraréis una gran recompensa en el solo hecho de obrar bien. Ahora, idos: cuando volváis decidme que ya es Berta vuestra esposa.

Malespina se arrojó á los pies de Isabel.

La cogió las manos y se las besó.

Pero fué aquel un beso purísimo.

Un beso producido por la expresión del agradecimiento.

—Id, id, le dijo Isabel, que estaba profundamente conmovida.

Malespina se alzó.

Salió luego de la torre, participando á don Pedro que volvería el mismo día para seguir en la curación del príncipe Miletto.

Dejó la torre de Segura.

Atravesó el parque.

Ganó la selva.

Entró en la cabaña que ya conocemos.

Una vez allí cambió de traje, tomando el de caballero.

El de Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Montó en un caballo encubertado, y acompañado de uno de sus escuderos, se fué á Teruel, y entró en el convento de los Benedictinos.

Media hora después salió.

Le acompañaban dos religiosos: el uno de misa; el otro, lego.

CAPITULO LXXIII

De como empezaron á dar fruto las buenas obras de Isabel

El monje, Malespina, el escudero y el lego partieron á buen paso hácia el *Molino de la Morisca*.

Malespina había hecho una confesión sucinta, pero bastante, respecto á las obligaciones en que estaba para con Berta.

El cristianísimo religioso se había prestado á ir al momento á autorizar aquel acto de penitencia.

Iban de prisa, como hemos dicho.

El religioso iba delante.

Parecía como que los guíaba á todos.

La caridad es impaciente.

Se apresura á ir donde gime el dolor.

Llegaron.

Los del molino les salieron al encuentro.

El religioso entró sólo.

Era necesario prevenir á Berta.

Al ver ésta entrar á un venerable religioso benedictino, con sus largos cabellos blancos, su barba color de plata y su amplio ropón negro, se sobrecogió.

Se sentía muy enferma.

Creyó que el religioso iba á prepararla para la muerte.

Se la oprimió el corazón por su hijo.

Sintió una angustia horrible.

¿Qué iba á ser de su hijo, si quedaba completamente huérfano?

Abrazó estremecida al pequeño.

—No os aterréis, hija mía, la dijo el benedictino; no vengo á vos, mensajero de la muerte, sino mensajero de la felicidad.

Berta alzó su hermosa cabeza, y miró con los ojos extraviados al monje.

—¿Felicidad habéis dicho, padre mío? exclamó: pues qué, ¿hay todavía para mí felicidad sobre la tierra?

—Dios es siempre infinito en todo, y su misericordia no tiene límites. El hombre que ha causado vuestras desgracias, no sólo se arrepiente del mal que os ha hecho, sino que viene á vos amoroso, necesitado de vuestro perdón.

—¡Ah!... exclamó Berta: ¡ella!... ¡ella!... ¡ese ángel de luz!... ¿con qué la podré yo pagar, aunque por ella vierta toda mi sangre?... ¡ella!... ¡mi salvadora, y sobre todo la salvadora de mi hijo!...

Y rompió á llorar.

Pero con un inefable llanto de consuelo, de agradecimiento.

Abrazó á su hijo, y le besó de una manera ardiente.

—¡Ah!... exclamó entre sus lágrimas: yo te había consagrado, hijo mío, á la Santísima Virgen del cielo; ahora te consagro á la Virgen de la tierra; ¡que Dios la haga tan feliz como nos hace á nosotros! ¿Y él? ¿dónde está él?

—¿Tendréis valor, hija mía, para soportar tan de improviso su vista?

—¡Oh!... ¡sí!... ¡lo ansío!... ¡yo le amo... no me ha matado el dolor, y no puede matarme la alegría!

Malespina, que escuchaba detrás de la puerta, entró.

De lo primero que juzgó Berta, fué del ruido que producían, á su andar precipitado, las piezas de su armadura.

Malespina aparecía magnífico.

Llevaba un arnés limpio, brillante, de una forma elegantísima.

Su casco tenía por cimera un dragón alado.

Su sobrevesta era verde, de seda y oro.

Berta dió un grito agudo.

—¡Ah!... ¡tú!... ¡tú!... exclamó.

Y por más que quiso dominar su emoción, se desmayó.

Esto era de esperar.

Acudieron á ella.

Llamaron.

El niño, al ver á su madre desmayada, rompió á llorar.

Entraron la molinera y su hija.

Hicieron volver en sí á Berta.

Malespina estaba profundamente conmovido, fijando en Berta una mirada indescribible.

No podía dudar de cuánto le amaba aquella desdichada.

Un fenómeno del sentimiento se efectuó en él.

Berta, aunque enflaquecida por las penas y por la miseria, le parecía hermosa.

Como transfigurada.

Se iba borrando de su corazón aquel amor violento que le había inspirado la hermosura, el ser entero de Isabel.

En su lugar, quedaba una ardiente gratitud.

Berta volvía á representar para Malespina, no sólo el amor del alma, sino también el amor de los sentidos.

Por otra parte, aquel hermoso niño que le miraba asombrado, le hacía sentir una explosión de amor paternal.

El más grande de los amores del hombre.

Como que en nada cede al amor de las madres por sus hijos el amor de los padres.

El amor de Dios.

La miseria, la flaqueza que se revelaban en el niño, le desgarraban las entrañas.

Malespina estaba completamente convertido.

Isabel no le inspiraba ya otra cosa que un agradecimiento inmenso.

La situación no podía ser más conmovedora.

El religioso la abrevió.

Manifestó á Berta que el señor Gutier de Malespina no había ido allí sino con el propósito de hacerla su esposa.

Calmó las explosiones de sentimiento de aquella desventurada, y la especie de perturbación que se había apoderado de Malespina.

Los desposó.

Habían asistido á esto todos los trabajadores del molino.

Ellos no sabían la historia.

Pero la adivinaban.

Estaban profundamente conmovidos.

Oían á Berta que bendecía á Isabel, y ellos también la bendecían.

A ella se debía aquel fausto suceso.

Una pobre joven encontraba un esposo.

Un tierno niño, un padre.

Y aquel esposo, aquel padre, parecía un gran señor.

Acabóse de comprender esto, porque inmediatamente después del desposorio Malespina salió á la puerta del molino.

Su bocina de guerra retumbó.

Lo que iba á aparecer había sido preparado por Malespina.

A poco de haber resonado el toque de llamada, por los linderos del bosque aparecieron dos jinetes, luego otros dos, y así sucesivamente hasta treinta.

Sobre ellos surmontaba un estandarte dorado.

En medio de él se veía una cruz roja y flamígera.

Era el de los Compadres de la Cruz de fuego, á los cuales se conocía en todas partes.

Los monteros libres habían desaparecido.

Cada uno de los compadres llevaba en las alforjas, á la grupa, su traje de montero.

Sobre ella, su venablera y su ballesta.

Berta, que gracias á la caridad de Isabel, vestía un bello traje de dama, había dejado el lecho.

Tenía á su hijo en los brazos, y también ostentosamente vestido.

Malespina llamó á los cabos ó principales de aquella parte de las suyos que allí estaba, y los hizo entrar en el aposento en que se encontraba Berta.

—Mis bravos, exclamó: hé aquí la muy alta, muy temida y muy poderosa señora doña Berta de Santoya, señora de Santoya y de Malespina, mi esposa, y señora vuestra: acatadla y rendidla pleito homenaje; y sabed que, siendo yo por ella, como que soy su esposo, señor de Santoya; yo, que no he reconocido hasta ahora señor, como mi señor reconozco y confieso al muy excelente, poderoso é invencible señor rey de Aragón, don Pedro II.

—¡Viva nuestra señora!... ¡viva nuestro señor!... ¡viva el señor rey de Aragón!... gritaron en tumulto los compadres que allí estaban.

—De hoy en adelante, hijos y amigos míos, dijo Malespina, no nos llamaremos los Compadres, sino los Caballeros de la Cruz de fuego.

—¡Viva!... ¡viva!... exclamaron todos.

—Ahora vos, Hugo de Sena, dijo Malespina, dirigiéndose á uno de los principales cabos, yo os entrego vuestra señora: llevadla con mi hijo á mi castillo de Malespina, donde la serviréis como os cumpla.

—¿Y vos, señor? exclamó Berta.

—Yo debo permanecer aquí algún tiempo, que no pasará de ocho días: conmigo se quedarán dos caballeros; elegidlos vos, Hugo de Sena. Ahora partamos á Teruel: de allí, y como es conducente, vuestra señora partirá para mi castillo de Malespina.

Malespina hizo un magnífico presente en joyas y dinero á los molineros.

Tomó sobre el arzón de su caballo á Berta.

Hugo de Sena tomó al niño.

Partieron.

Al frente del escuadron, en su mula, junto á Malespina, iba el anciano religioso, seguido del lego.

Llegaron á Teruel.

El monje los aposentó noblemente en la hospedería del convento.

Malespina partió inmediatamente con sus escuderos.

Se trasladó á la cabaña del bosque.

Allí tomó otra vez su disfraz de viejo peregrino.

Una hora después estaba á la cabecera del lecho de Angiolina.

CAPITULO LXXIV

En que se ve crecer la figura de Gutier de Malespina

Isabel tuvo un momento de verdadera alegría cuando supo que los desposorios de Malespina con Berta de Santoya habían tenido lugar.

Pero cuando supo que Malespina había resuelto que Berta partiese inmediatamente al castillo de Malespina, le dijo:

—No hagáis eso: eso será tenerla en una incertidumbre cruel hasta que vuelva á veros. No la apartéis de vos.

—¿Y dónde tenerla dignamente?

—En nuestra casa.

—¡En vuestra casa!...

—Sí; cuando hayáis curado á esa mujer, volveréis quitado vuestro disfraz: venid tal cual sois, y con pompa á ver á mi padre: decidle que sois esposo de doña Berta

de Santoya, la única heredera del señorío de Santoya. Mi padre, por el momento, no tendrá necesidad de conocer la historia de vuestros amores. Además, cuando mi padre sepa que habéis dejado de ser Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego, para serlo de los Caballeros del mismo nombre, y que reconocéis por vuestro señor natural al rey de Aragón, se contentará mucho de ello, y os hará todo género de honores. Creedme, don Gutier: en ninguna parte estará vuestra esposa mejor que en mi casa, á vuestro lado, y al lado mío: esto acabará de restablecerla, y ya veréis cuán hermosa se torna, y cuán feliz.

Esto era una nueva manifestación del alma de ángel de Isabel.

—Será todo lo que vos me mandáis, señora.

Inmediatamente Malespina entró á ver á Angiolina.

Estaba en el mismo estado.

No se veía aún otro mejoramiento que el no haber empeorado.

Angiolina aparecía aletargada.

Esto era por efecto de los bálsamos de Malespina.

Salió éste, se volvió á la cabaña, y recobró la apariencia de Gran Maestre.

En el mismo punto, obedeciendo á Isabel, fué á presentarse ante la poterna de la torre de Segura.

Era la caída de la tarde.

Al anunciar á don Pedro el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, se alegró de una parte, y de la otra frunció el entrecejo.

—Tú debes haber oído mal, dijo al escudero que le

llevó el recado: ha debido decir de los *Compadres,* no de los *Caballeros.*

—Ha dicho de los *Caballeros,* señor, y bien claro y bien distinto: ha dicho, además, vasallo del rey de Aragón, y rico hombre.

—Pues esto es una gran novedad, dijo don Pedro; de compadre, se ha convertido en caballero, y de aventurero libre y sin señor, en vasallo de nuestro rey. Además, este Gutier de Malespina es muy católico. Donde encuentra un albigense, le ahorca ó le quema vivo. El rey le estima en gran manera. Yo he oído, á más, decir á su señoría, que tendría á gran ventura que un hombre tal y tan buen capitán como el señor Gutier de Malespina fuese su vasallo. ¿Y cómo viene?

—Con un lucidísimo escuadrón, señor, y con su estandarte.

—Como debe venir á mi casa, dijo don Pedro, que era muy presuntuoso: hazle, hazle entrar al momento: que se salude á su estandarte como es debido, y que se aposente á los suyos como conviene á mi decoro.

El escudero partió.

Don Pedro de Segura se ciñó la espada, se echó al cuello su gran cadena de oro de ricohombre, de la que pendía su sello, se cubrió con un manto rojo bordado de oro y con un birrete orlado de una corona de barón aragonés.

Llamó á los dignatarios de su casa.

Es decir, á su lugarteniente ó primer escudero, á su mayordomo, á su montero mayor, y á su capellán, y así, de esta manera, solemnemente recibió á Malespina en su cámara de honor.

Anunció un escudero, en la gran puerta de la cámara, á Malespina, de la manera siguiente:

—El señor don Gutier de Malespina, Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, bueno de Aragón y ricohombre de Santoya.

Toda esta ceremonia fué de muy buen augurio para Malespina.

Don Pedro de Segura, barón de Aragón, señor de Segura, ricohombre de Teruel, salió á recibirle con gran pompa, seguido de sus dignatarios, á la puerta de la cámara, delante de la cual estaban los oficiales de armas del señorío de don Pedro.

Asió éste las manos á su visitante, y cambió con él el ósculo de amistad en la mejilla.

—¿Conque es decir que ya os tenemos en casa, señor don Gutier? dijo don Pedro, llevando á su huésped hacia su sillón señorial, junto al cual se había puesto otro sillón no menos blasonado.

—Sí; sí, señor don Pedro, dijo Malespina: héme aquí convertido á una vida más tranquila; me he casado, y he prestado pleito homenaje al rey de Aragón, con el cual me unen más vínculos que los que vos podéis creer.

Se sentaron.

—¿Os casasteis? dijo don Pedro, que, como hombre que iba siendo ya viejo, era muy curioso.

—Sí, amigo mío; con la muy alta, muy temida y muy poderosa señora doña Berta de Santoya, señora de Santoya que será, como hija única del ricohombre de Aragón don Illán de Santoya.

—Buena boda, dijo don Pedro, que no sabía aquellas

historias, y que suponía que el casamiento se había hecho de la manera más regular del mundo.

—Estaba de Dios que esa boda se hiciese, y la ha hecho un ángel, dijo Malespina.

—Para vuestra ventura sin duda, dijo don Pedro, y yo os felicito por ella. Ahora dejadme que os agradezca vuestra visita.

—No me la agradezcáis demasiado, señor don Pedro, dijo Malespina, porque la visita es interesada.

—¿Y qué interés podéis tener respecto á mí que no sea bien tenido? dijo don Pedro.

—Gracias de todo corazón, dijo Malespina; con mi esposa he venido á Teruel á ciertos negocios, por muy pocos días.

—¿Y no habéis venido á morar con vuestra esposa á mi casa? Permitidme que os reprenda por ello.

—No me reprendáis tan pronto; porque habéis de saber que á pediros hospitalidad, como á buen compañero, para mi esposa, para mí y para los míos vengo.

—Y hacéis muy bien; de todo punto muy bien, y á todo mi placer: mi casa es vuestra y de los vuestros, señor don Gutier.

—No esperaba yo menos.

—¿Ni cómo podía ser de otra manera? Decidme ahora; ¿dónde paráis en Teruel?

—En la hospedería de los padres Benedictinos.

—Bien aposentan los frailes, dijo don Pedro: pero de todas maneras, y tratándose de vuestra noble esposa, aquí, en mi casa, estaréis mejor.

Después de otra salva de cumplimientos, los dos ricohombres se separaron.

Gutier de Malespina se volvió á Teruel, y á la hospedería de los Benedictinos.

Apenas había salido cuando don Pedro puso todo el castillo en movimiento.

Mandó que se desembarazaran las habitaciones de su hija en el piso principal de la torre.

Que se aposentase á Isabel en el segundo.

Él, con su buena esposa doña Margarita, pasaron tranquilamente á la habitación de su hija, y dejaron á sus ilustres huéspedes la habitación principal.

Mientras mandaba esto, don Pedro aseguraba que había de ensanchar la torre, añadiendo otra gran torre en la cual hubiese habitaciones de lujo para los ilustres huéspedes que se presentasen.

Pero por el momento había que revolverlo todo para que quedase bien su nombre.

Hizo que su mujer y su hija se ataviasen de ceremonia para ir á buscar y á traer á su casa á la ilustrísima doña Berta de Santoya.

Que sus escuderos se armasen, se pusiesen de gala y cabalgasen.

Que se sacara su estandarte.

Que se previnieran antorchas.

Isabel, á pesar del quebranto que le causaban sus desgracias de amores, gozaba lo que podía gozar en todo esto, porque veía con ello su obra, y por ella, la felicidad de otros.

Al fin, y ya bien cerrada la noche, don Pedro de Segura, con su mujer y su hija, y con toda la pompa de la representación de su señorío, al resplandor de numerosas antorchas salió de la torre y se encaminó á Teruel.

Malespina le esperaba.

Había prevenido á los monjes, y mucho más largamente á Berta.

Había hecho rápidamente compras de alhajas y de algunos ricos trajes, que se obtuvieron por gran favor, y mediando los Benedictinos, de algunas ricas damas de Teruel.

El pequeño había sido también vestido espléndidamente con arreglo á su clase.

El inocente no podía explicarse aquello.

Pero aquello le hacía gozar.

Prevenidos los monjes, apenas sonaron las trompas de guerra de la gente de don Pedro de Segura en el atrio del convento, cuando salieron procesionalmente.

Como que se trataba no menos que de recibir al señor titular de la villa de Teruel.

A su ricohombre, que tenía en ella la jurisdicción, derecho de alta justicia civil y criminal, y un arreglo á los privilegios de que estaban en posesión los ricohombres de la Edad Media.

Aquella jurisdicción era mixta.

Tanto eclesiástica como seglar.

Los monjes precedían á los principales caballeros de la gente de Malespina.

Este, llevando á la izquierda á su mujer, y á su hijo de la mano, iba junto al abad y á las dignidades del convento.

Berta estaba muy débil.

Apenas si podía tenerse de pie.

Pero lo disimulaba, asiéndose al brazo de su marido.

Se encontraron, los que iban y los que venían, en el pórtico del monasterio.

Se llenó el ceremonial de la cortesía del derecho.

Entraron.

Los frailes hicieron un agasajo como suyo, á las dos nobilísimas familias.

El servicio de plata y oro que ostentaron en aquel agasajo los buenos benedictinos, era digno de un rey.

¿Y qué?... ¿su abad mitrado, no tenia también en representación del convento y de la Orden, altos y potentes derechos, y jurisdicción señorial en la parte de la villa que se llamaba la abadía?

Se estaba de tantos á tantos, y era necesario que nadie se quedase atrás.

Terminado el obsequio, don Pedro de Segura se apoderó de sus huéspedes, y ocupando las literas las tres señoras, se fueron hacia la torre de Segura, donde dos horas después se servía una espléndida cena.

CAPITULO LXXV

En que se contiene una carta de un infante de Aragón desconocido, á un rey de Aragón muy mal conocido, si nos hemos de atender á la historia

Era ya tarde en aquella misma noche.

Todo era silencio en el castillo de Segura.

Se había terminado la cena, y cada cual, los de la casa y los huéspedes, se habían retirado á su aposento.

Angiolina continuaba en una especie de letargo.

La velaban María y el *Encogido*.

Berta y su hijo dormian en el gran lecho nupcial de los esposos de Segura, bajo la grandilocuente plegadura de las ricas cortinas rojas bordadas de oro.

Sentado á una mesa, en la misma estancia, Malespina escribia en un largo pergamino.

Terminaba la escritura.

Hé aquí su contenido:

«Rey, hermano y señor.

Dios lo ha hecho: dejo mi vida errante: mi vida de aventuras.

Habíamos convenido en que, siendo yo hermano vuestro, recomendado á vos por nuestro padre al morir, yo no tuviese señor; ni aún vos mismo.

Se me crió en un convento.

Se quiso que yo fuese monje.

Mi vocacion no me llamaba al claustro sino á los campos de batalla.

Muy joven aún, me fugué de la abadía en que se me tenía como prisionero.

Me fuí á vos.

No encontré en vos un hermano, sino un señor irritado.

Yo os libré de mí.

Solo en el mundo, sin otro apoyo que mi propia fuerza, sin otros medios que mi espada, serví primero personalmente á sueldo á todo el que me pagó bien mi lanza.

Me hice amigos en las compañías francas en que serví, y con ellos hice una compañía mía, primero pequeña; luego, muy pronto, la más grande de las compañías francas que se han conocido.

Junto á vos he combatido en el Rosellon y en el Franco Condado, y no me habéis reconocido.

Mi semblante, que sólo habíais visto una vez, se había borrado de vuestra memoria.

En Nimes os mataron el caballo, y yo solo os defendí de veinte enemigos, en tanto que los vuestros os procuraban otro caballo.

Por aquel servicio, vos, señor, disteis vuestra espada de rey al Gran Maestre de los Compadres de la Cruz de fuego.

Yo besé aquella espada conmovido.

Con aquella espada... vos me lo dijisteis... había combatido el rey nuestro padre en más de una batalla.

Yo no os dije, porque no quería decíroslo:

—«Hé aquí que esta noble espada no sale de la herencia: hijo soy yo también de vuestro padre.»

¿Y para qué?

Vos me habíais rechazado.

Vos os hubierais hecho una violencia reconociéndome.

Yo no quiero violentar á nadie, y mucho menos á vos, señor, que á más de ser mi señor natural, sois mi hermano.

Yo, señor, para servir como caballero aventurero, había tomado un nombre supuesto.

El infante don Alonso de Aragón se llama Gutier Maldestino.

Después este nombre se ha ido disfrazando, hasta que ha quedado en Malespina.

Este nació de una broma de mis hombres, que, refiriéndose á lo duro de mi carácter, decían:

—«Maldestino no; más bien Mala-espina, porque allí donde el Maestre hiere, allí se muere.»

Por mi espada me he enriquecido.

Tengo cinco castillos con mis alcaides puestos por mí, y que de nadie son vasallos, como de nadie lo es el Maestre, su señor.

El principal de estos castillos es el famoso de Malespina, en Montserrat.

Yo, señor, he vivido como un solitario.

Yo no he tenido ni amigos ni deudos.

Yo quería que mi mal destino terminase en mí.

Pero ví á Berta de Santoya.

Amé, señor, ó creí amar.

Esto es una historia que os voy á referir en muy pocas palabras.

Me la negó su padre.

La encerró en un castillo.

Yo se la robé y la hice mía.

Después me aburrí de ella; temía llegar á ser padre, y la abandoné.

Pero Dios lleva al hombre por sus caminos.

A consecuencia de otra historia que no es del momento, he vuelto á encontrar á Berta de Santoya.

El amor que antes no había sentido por ella, lo he sentido ahora con creces por ella y por mi hijo.

Acabo de casarme con Berta, en la abadía de San Benito de Teruel.

Ella y yo y mi hijo somos en este momento huéspedes del noble ricohombre de Teruel, don Pedro de Segura.

Junto á mí, en el gran lecho matrimonial de los de los de Segura, duermen tranquilos mi mujer y mi hijo.

Yo soy feliz, señor.

Yo me he cambiado completamente.

Yo, sin exigiros que me reconozcáis como hermano vuestro, os reconozco como señor natural y como á mi

rey, con mis castillos, mis gentes y todo cuanto tengo y valgo.

Al casarme he tomado el nombre de barón de Malespina, ricohombre de Aragón.

Confirmad vos estos títulos, y las gracias, privilegios, preeminencias y prerrogativas que les van adjuntas.

Me he llamado también Gran Maestre de la Orden de la Caballería de la Cruz de fuego.

Ya lo veis.

Mis compadres han desaparecido, para convertirse en caballeros.

Será necesario que el Papa confirme esta Orden de caballería.

Haced vos que lo haga.

Otro sí: señor, haced de manera que don Illán de Santoya, padre de mi esposa, la reciba como hija suya que es, y la perdone, y la reintegre en sus derechos hereditarios, visto que es mi esposa.

Vos podéis hacerlo y lo haréis.

Yo sé que os alegraréis de todas las determinaciones que he tomado, porque yo sé bien que vos habéis dicho daríais lo que os pidieran porque los Compadres de la Cruz de fuego fuesen vuestros, con su Maestre.

Vuestros son, y con mucho amor y mucha lealtad.

Yo tardaré ocho ó diez días aún en ir á besaros las manos.

En ese tiempo os suplico tengáis arreglado lo referente á mi esposa.

No os pido, señor, contestación á esta carta sino como rey.

Yo no os he llamado hermano, señor, sino para que sepais quién es el que os escribe y por su rey os toma.

De hoy en adelante no me llamaré más que vuestro vasallo.

Tened la seguridad, señor, de que mi sangre, mis tesoros, mis fortalezas, mis gentes y mi vida son vuestros.

El Baron Gutier de Malespina.»

No podia darse una carta más altiva, más cariñosa y más sentida á un tiempo.

Al día siguiente la llevó Gomecillos, con un escuadrón de diez Caballeros de la Cruz de fuego, á Barcelona, donde se encontraba el rey don Pedro haciendo sus aprestos para la gran cruzada española que debía ir contra los innumerables ejércitos que ya juntaba en Andalucía el emir Mohammed *el Verde,* y que amenazaba inundar á Europa.

CAPITULO LXXVI

De la concluyente conversación que tuvieron Angiolina y Malespina

Malespina había continuado curando á Angiolina ya sin disfraz.

Había aprovechado una ocasion que él mismo había provocado.

Al día siguiente de la llegada de Malespina con su familia á la torre de Segura, faltó el peregrino á la hora convenida.

Quejóse de su falta don Pedro.

Quejóse Isabel.

Hizo Malespina como que se apercibía de ello.

Pidió explicaciones.

Se las dieron, y él dijo:

—Nosotros, los caballeros de aventuras, debemos conocer algo de medicina, y mucho de cirugía porque acon-

tece que en muchas ocasiones tenemos que curarnos á nosotros mismos, ó á los que con nosotros están; y la mayor parte de nuestra ciencia, consiste en ciertas oraciones y salutaciones maravillosas, que mediante la gracia del Señor, dan la salud á los enfermos y á los heridos. Veamos, pues, á ese caballero.

Malespina se encerró con Angiolina, como antes se había encerrado, bajo el disfraz de ermitaño, sin ser conocido de ella.

Cuando le vió Angiolina, que estaba completamente en su conocimiento, se inmutó.

—¿Cómo estáis aquí? le dijo.

—Pues qué, señora, dijo Malespina, ¿no habéis sabido que se ha aposentado en esta fortaleza el barón de Malespina, ricohombre de Aragón, y vasallo, porque quiere serlo, del rey vuestro padre?

—Bien sabía yo eso, dijo Angiolina; por lo mismo, vuelvo á preguntaros cómo estáis aquí con esos títulos.

—Porque me he casado, señora, con la que, y ya de algunos años atrás, Dios había hecho mi esposa: cuando se tiene familia, y una noble familia, no se puede ir de acá para allá como un rebaño trashumante. Fuerza es tener un solar; y para tener un solar, reconocer un vasallaje.

—¿Y habéis renunciado á vuestros amores?

—No.

—Pues si no habéis renunciado á ellos, ¿cómo os habéis casado?

—Porque he dejado de tenerlos sin duda por milagro: os juro señora, que yo no amo ya más que á mi mujer y

á mi hijo, y que en cuanto á la otra dama que conocéis, sólo la amo como una hermana.

—¿Es decir, que me habéis hecho traición? exclamó con una cólera concentrada Angiolina.

—Yo no os he hecho traición. Don Pedro de Segura no sabe, ni su esposa tampoco, que sois una mujer.

—Pero lo sabe doña Isabel.

—Sí; pero no se lo he dicho yo.

—¿Entónces, quién ha podido decírselo?

—Vos misma.

—¡Yo!

—Sí, vos; sin voz y sin sentido.

—No os comprendo.

—Cuando fuisteis herida y caisteis, os encontraron poco después doña Isabel y María, que con su litera volvían del *Molino de la Morisca,* en el cual, y protegida por doña Isabel, á quien Dios recompense, estaba la que ya es mi esposa. María acudió á vos, y al abriros el sayo para reconoceros la herida, vió vuestro seno. Ya veis como, sin voz y sin sentido, habéis podido decir á doña Isabel que sois mujer.

—¿De modo que todos mis proyectos han caído por tierra por el momento?

—Creedme, señora, todo esto lo ha hecho Dios.

—No: todo esto lo ha hecho el que me ha herido.

—Os habéis herido vos misma.

—¿Yo?

—Sí, vos, puesto que os hicisteis amar de María, de una mujer casada, que os creía hombre. El marido, que no es lerdo, sospechó, observó, vió, y, como es un lobo, hirió.

Angiolina recordó lo que el peregrino la había dicho, y no sabiendo qué pensar, dijo:

—¿Y no habéis castigado á ese hombre siendo de los vuestros?

—No, porque tenía razón: un hombre debe matar, si es honrado, al que le deshonra: y él os creía hombre, y amante de su mujer.

—¡En último resultado... vos... barón de Malespina... sois mi enemigo!

—Por el contrario, señora: muy vuestro amigo; no puedo menos de serlo.

—Por mi enemigo os tomo.

—Hacéis mal.

—Vos habéis deshecho mis proyectos.

—Ya os he dicho, señora, que vuestros proyecto los ha deshecho Dios, sin duda porque convenía que se deshicieran.

—Os juro que, á pesar de esa odiosa Isabel, á pesar de la protección que la dais, Diego de Marsilla ha de ser mi esposo.

—No me opongo á ello: procuradlo: mostraos á Marsilla tal cual sois, reveladle que sois hija bastarda del rey, usad de todos vuestros medios como mujer: yo no os ayudaré, porque debo mucho á doña Isabel, y los que tienen la sangre que tengo yo, no pueden ser desagradecidos sin tocar en el límite de la infamia; pero tampoco ayudaré á doña Isabel, yo os lo juro: tampoco, sin llegar al límite de la infamia, y sin ofender á mi sangre, puedo amparar á doña Isabel contra vos. De modo que ni os he hecho traición ni contra vos me vuelvo.

—Bien, exclamó Angiolina; juradme á lo menos que por vos no sabrá don Pedro de Segura, ni nadie, que soy mujer.

—¿Pues para qué vengo yo á curaros, valiéndome, para estar solo con vos durante la cura, de rancias patrañas?

—Pero como doña Isabel sabe que soy mujer, nada puedo hacer.

—Seguid mi consejo: dad por imposibles vuestros proyectos de hoy y meditad otros para mañana.

—¿Me juráis no intervenir en nada?

—Os lo juro.

—Pues bien: curadme cuanto antes: que cuanto antes pueda yo salir de aquí.

—Podéis salir mañana mismo.

—¡Cómo!... ¿mañana puedo estar curada?

—No ciertamente: pero podéis muy bien ser llevada, y sin peligro alguno, en un lecho de manos. Se toma un pretexto. Diré yo que estos aires os son nocivos, y que necesitáis, para curaros más pronto, los de la marina de Barcelona.

—Hacedlo, pues; que salga yo cuanto antes de aquí: esta maldita torre se me viene encima.

—Saldremos, no mañana, que sería demasiado pronto, sino pasado mañana.

—No quisiera yo que el rey mi padre supiera que había sido herida.

—No lo sabrá: acabaréis de curaros, si es que consentís, en mi castillo de Malespina, cuidada por mi mujer y por mí.

—¿Y por qué no? Fuera de que os negáis á servirme, yo os tengo por bueno y leal.

—Me hacéis justicia.

—Únicamente no quiero ver ni á María ni á su marido. Desde que sé que él me ha herido, que él sabe que soy mujer, le aborrezco.

—No los tendréis á vuestro lado.

—Son servidores de la casa de Segura.

—Desaparecerán.

—Hacedlo, y curadme cuanto antes.

Malespina curó á Angiolina.

Salió y refirió á Isabel lo que había acontecido.

María y el *Encogido* no volvieron á presentarse á Angiolina.

En su lugar la sirvieron dos doncellas de la casa.

Al salir Malespina, Angiolina quedó sumida en un mar de confusiones.

No sabía qué pensar de lo que la sucedía.

El peregrino la había dicho que quien la había herido era don Enguerrando de Azagra, por venganza de su hija Alejandra.

Malespina aseguraba que había sido el *Encogido,* por celos de su mujer.

En uno ó en otro caso, el resultado había sido el mismo.

Pero Angiolina recordaba el juramento que en la persona del ermitaño había hecho á Dios, y á pesar suyo se estremecía.

CAPITULO LXXVII

De cómo Angiolina rompió los compromisos que el príncipe Miletto de Castellobianco había contraído con don Pedro de Segura

El despecho en que cayó Angiolina al saber que sus maquinaciones habían sido descubiertas por Isabel, y que era ya imposible el logro de su propósito, la produjo una fiebre inflamatoria que no sólo hizo imposible su traslación, sino que puso en peligro su vida.

Pasaron algunos días, curando sólo á la enferma, Malespina.

Vino á don Pedro de Segura carta del rey.

Esto fué para el buen ricohombre un grande honor.

En cuanto al contenido, no le satisfizo de una manera tan completa.

El rey, que como sabemos, era tan débil para aquella su hija secreta, como enérgico era para los demás, aunque

muy á su disgusto, y dándose á los diablos, había escrito á don Pedro de Segura una carta, en que reconocía al príncipe romano Miletto de Castellobianco, no sólo como primo, aunque lejano, suyo, sino que también como pariente, aunque no inmediato, del Papa, y le decía que sería muy de su agrado el ver al dicho príncipe Miletto casado con la hermosa doña Isabel de Segura.

El rey, al firmar esta carta, no sabía qué género de cosa ó de ridículo podría sobrevenir. Sin embargo, la firmó.

Don Pedro de Segura leyó esta carta á su mujer.

Doña Margarita la oyó tristemente.

Amaba de una manera entrañable y como si hubiera sido su hijo, y no menos que á su hija, á Marsilla.

Veía que su marido se enorgullecía.

Que veía grandes medros en todo aquello.

Que estaba dispuesto á romper la palabra que tenía empeñada con don Rodrigo de Azagra, y con Marsilla, para hacer lo cual no había de faltarle un pretexto.

Su marido le mandó trajera á su hija.

Una vez llegada Isabel, su padre sin más preámbulos, la leyó la carta del rey.

Si Isabel hubiese ignorado que el príncipe Miletto era una mujer se hubiera sobrecogido.

Pero la certidumbre de que aquel enlace era de todo punto imposible, la hizo mostrarse serena, y aun sonriente durante la lectura.

Engañada su madre, la miraba con ansiedad.

Temía que también su hija se hubiese deslumbrado con la hermosura del príncipe Miletto, y estuviese pronta, y aun deseosa, de ser la princesa Miletto.

—Ya veis, hija mía, la dijo, que yo tengo empeñada para casarte á tí, mi palabra.

—Es verdad, padre.

—Pero el rey recomienda al señor príncipe.

—Bien lo veo.

—Una negativa al rey, podría ser peligrosa: el rey don Pedro es muy fiero.

—Bien lo sé, padre.

—Pero yo no tengo empeñada mi palabra sino con tu consentimiento.

—Así lo creo, padre.

—No que así lo creas, sino que así es.

—No lo niego.

—¿Quieres tú ser esposa del príncipe Miletto?

—Si el príncipe Miletto me quiere por esposa, contestó con firmeza Isabel, yo consentiré.

—¿Y el pobre Marsilla? se atrevió á decir doña Margarita con las lágrimas en los ojos.

—Yo os juro, madre mía, que á causa de mi casamiento con el príncipe Miletto, no sentirá amargura alguna Diego.

Con tal confianza se trataba á Marsilla en la torre de Segura.

Isabel había dicho esto con una grande frialdad.

Doña Margarita creyó que, como su marido, su hija se había embriagado de ambición.

Creyó aún, que la hermosura del príncipe Miletto la había enamorado,

La habia hecho olvidar su amor.

Se afligió.

Se la abrían las entrañas por Marsilla, pero calló.

Don Pedro vió con una gran satisfacción que su hija no oponía dificultad alguna á aquel enlace.

Se trataba de un gran príncipe, que podía ser muy bien llegara á rey.

Don Pedro de Segura no cabía en sí de orgullo.

Isabel estaba tranquila y sonriente.

Si no hubiera sabido que el príncipe Miletto era una mujer, Isabel hubiera estado agonizando.

Pero aquel casamiento era imposible.

Por consecuencia, Isabel aparecía tranquila.

Se sometía á la voluntad de su padre.

Doña Margarita se escandalizaba.

¿Cómo su Isabel se olvidaba de tal manera de Diego?

¡Pobre Diego!

Era necesario avisarle.

Hasta entonces había sido en la casa un elemento completamente pasivo.

Esta era la primera vez que doña Margarita tomaba la iniciativa para algo.

Así es que envió un mensaje á Marsilla.

Don Pedro creyó de todo punto necesario ir á encontrar en su aposento, en aquel mismo punto, al señor príncipe Miletto de Castellobianco.

Angiolina había recibido otra carta del rey.

Aquella carta decía:

«Señor príncipe:

He leído con una gran extrañeza vuestra carta.

¿Conque os casáis?

Yo no extraño esto: pero lo que me causa una grandísima extrañeza, es que, siendo vos quien sois, pretendáis casaros con la hija de mi buen primo y vasallo don Pedro de Segura, ricohombre de Teruel.

Yo no me opongo ni creo que vuestro pariente el Papa, ni los apóstoles San Pedro y San Pablo se opongan á ello.

Allá veréis vos cómo salís del paso.

Me contentará mucho el veros, haciendo vida conyugal, con esa hermosa señora.

En cuanto á la elección, nada tengo que deciros, porque en cuanto á la discreción, virtud, hermosura, nobleza y hacienda de mi señora doña Isabel de Segura, nada hay que decir, y os afirmo que, si el pleito que yo contengo con doña María de Montpeller se hubiese ya sentenciado á mi favor por el Papa, y me encontrara suelto, por la envidia que me dais, procuraría quitaros la novia.

Pero como esto no puede ser, que Dios os haga bien casado, señor príncipe, y que Dios os dé una larga sucesion de hermosos hijos varones.

Yo los tomo á todos bajo mi protección, y os prometo de heredarles de tal manera que den envidia á todo el mundo.

Por padrino de las bodas tendréme, si no es ya que tengáis prevenido un padrino mejor.

En cuanto á madrina, yo no tengo ninguna que ofreceros, pero estoy seguro de que no os ha de faltar, y tan principal y tan buena, como yo deseo.

Veníos por aquí cuanto antes con vuestra esposa, y que Dios os guarde.

El Rey.»

Don Pedro no podía escribir de otra manera.

Si hubiera hablado á su hija llamándola tal, y la carta hubiese dado en las manos de don Pedro de Segura, las consecuencias hubieran sido desagradables para Angiolina.

Estaba ésta mucho mejor.

Ya casi de todo punto restablecida.

Dejaba el lecho y se sentaba junto á una ventana.

Desde allí veía el Guadalaviar, la vega y las montañas.

Un hermoso paisaje.

Don Pedro se hizo anunciar ceremoniosamente.

No menos ceremoniosamente entró, cuando Angiolina le dió la venia.

Saludó profundamente al señor príncipe Miletto.

El señor príncipe, que no se podía levantar de su sillón, á causa de su debilidad, contestó á su saludo inclinando profundamente la cabeza.

—El escudero que envié á Barcelona, señor príncipe, con la carta que vos escribisteis al rey, dijo don Pedro, ha vuelto. Ha traído para mí una carta. Ya os envié la que trajo para vos.

—¿Os habéis, pues, convencido, dijo Angiolina, de que yo no os había engañado?

—Yo nunca creí, señor príncipe, que me engañaseis, y si consentí en enviar un escudero con vuestra carta al rey, fué por daros gusto.

—Yo os agradezco mucho vuestra buena voluntad, contestó Angiolina con una indiferencia que, á pesar de su cortesía, alarmó á don Pedro de Segura.

Pero le tranquilizó este pensamiento que se le ocurrió á punto:

—La pérdida de la sangre le tiene sin interés por nada.

—¿El rey mi primo, dijo Angiolina, os habla en ella de mí muchas cosas buenas?

—Lo que vos merecéis, señor príncipe, dijo don Pedro.

—Yo merezco mucho menos que lo que el rey dice, de seguro: lugar tendréis de conocerlo.

Se alarmó mucho más don Pedro.

La frialdad del acento de Angiolina crecía.

¿Se habría arrepentido el príncipe de Castellobianco?

¿Con la sangre que había perdido se le habría soltado el amor?

Empezó á ponerse agrio don Pedro de Segura, que era muy buen hombre: pero que, cuando llegaba la ocasión, tenía muy mal genio.

Le incomodaba extraordinariamente que Angiolina no le hablase ni una sola palabra de Isabel.

Y sobre todo, ¿por qué el príncipe no le mostraba la carta que le había escrito el rey, ó por lo menos, por qué no le decía el contenido de la carta?

Esto era grave.

Tal vez el rey, á pesar de lo expuesto en la carta que de él había recibido don Pedro, se negaba á aquel casamiento.

Esto sublevaba la soberbia de don Pedro de Segura.

Se encerró en una profunda reserva.

—¿Sabéis, dijo el príncipe, que tengo el disgusto de anunciaros que mañana mismo y muy contra mi voluntad, me veo obligado á dejar de ser vuestro huésped?

—¡Cómo! ¿Si aún no os halláis restablecido? dijo don Pedro cuyo mal humor crecía.

—Pues cabalmente para restablecerme es por lo que me veo obligado á salir, aunque con gran sentimiento, de vuestra casa; mi médico que, como sabéis, lo es vuestro otro huésped, el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, dice que necesito, aparte de los medicamentos necesarios para mi completa curación, y para que la tremenda herida que he recibido no tenga malas consecuencias, respirar los aires de la marina de Barcelona.

—¡Si eso dice don Gutier!... contestó con un acento un tanto cascarreño don Pedro.

—Convencido que mañana por la mañana tendré el gran sentimiento de salir de vuestra noble casa, tengo que pediros un gran favor.

Se rehizo un tanto don Pedro.

Se le desarrugó el entrecejo.

Creyó que Angiolina iba á hablarle de Isabel.

—Yo no puedo haceros favores, dijo don Pedro, porque vuestros deseos son para mí preceptos, señor príncipe.

—Pues bien, dijo Angiolina: yo tengo grande afecto á las personas, y me duele mucho separarme de ellas. Yo quiero llevarme conmigo...

—¿A quién? exclamó con una extraordinaria viveza, y con un acento singular don Pedro.

—A una hermosa joven...

—¿Eh?... ¿qué?... dijo don Pedro poniéndose de pie, y creyendo se trataba de Isabel.

—Una joven que me interesa extraordinariamente.

Don Pedro empezaba á echar llamas por los ojos.

—Y á su marido, continuó Angiolina.

Don Pedro volvió á sentarse.

Pero continuaba latiéndole violentamente el corazón.

—¿Y quiénes son ellos?

—María y el *Encogido,* que entraron á vuestro servicio el mismo día en que fuí herido. María ha sido un ángel para mí: no hubiera vivido sin sus cuidados.

Don Pedro tuvo que hacer un violento esfuerzo para estallar.

Aquello le parecía no solamente abominable en sí mismo, sino insolente.

Se le ocurría que bien hubiera podido el señor príncipe suprimir los exagerados elogios de María.

Que el príncipe era un libertino.

Que se había olvidado por aquella aventurera, por aquella marimacho, que de una manera tan extraña había entrado con su marido en la servidumbre, de su hija Isabel.

El príncipe, pues, era un hombre imposible.

Un hombre con quien era peligroso unir á su querida Isabel.

Don Pedro estaba en una terrible situación de espíritu.

Le faltaban dos cosas, como se dice vulgarmente, para echarlo todo á rodar.

—Pues bien, dijo: llevaos cuando quisierais á esos dos: de nada me sirven.

Esta respuesta era seca.

—Siento haberos dado disgusto, amigo mío, dijo Angiolina. Quedaos con ella, si es que queréis conservar en vuestra servidumbre á María.

—Yo no la quiero para nada, exclamó con una especie

de violencia don Pedro. Gracias á Dios, aún no he perdido la cabeza.

Don Pedro empezaba á usar del agráz.

Angiolina sonreía.

—No se necesita perder la cabeza para conservar á vuestro lado una joven tal, tan buena, tan hermosa y tan inocente como María.

—¡Allá vos... allá ella... y allá todos! dijo don Pedro.

Y se puso de pie.

—Siento mucho vuestro enfado, dijo Angiolina.

—Yo no tengo enfado alguno, dijo don Pedro. Ahora, señor príncipe, quedaos con Dios: si, como decís, vais á partir mañana, se preparará todo para la marcha.

—Sí; partiré con el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, con su mujer y con María, añadiendo el marido de ésta.

—Será como vos lo decís, dijo don Pedro.

Y después de algunos cumplimientos secos salió.

Angiolina se había quedado riendo, y la situación en que se encontraba había sido para reirse.

Había roto completamente con don Pedro.

No podía hacer otra cosa.

Sus proyectos habían fracasado completamente.

Isabel sabía que ella era una mujer.

Don Pedro iba por las escaleras como un toro rejoneado.

No veía de furor.

Dió un traspiés, y á no haberle contenido un hombre que á punto subía por las escaleras, hubiera rodado hasta el fin.

Este hombre era el *Encogido*.

—¿Os habéis hecho daño, señor ricohombre? le preguntó.

—¡Al diablo que os lleve á vos, y á todo el amor que vos, y todos los que vos amáis puedan tenerme!... ¡Y cuidad vos de no caer; no sea que os golpeéis en la cabeza, y se os hagan chichones!...

—¡Ah, señor!... dijo el *Encogido;* yo tengo la cabeza muy dura.

—No siempre basta... no siempre basta, dijo continuando su descenso don Pedro.

—¡La cabeza!... ¡eh!... ¡la cabeza!... dijo el *Encogido;* paréceme que no la tienes tú muy segura.

Y siguió su ascenso.

Don Pedro llegó á la cámara de honor.

Se metió en la habitación de su hija.

Hacía muy mal día; un día terrible, de lluvia y de ventisca, y no había salido Isabel.

Leía en un libro de horas.

Con Isabel estaba su madre.

Al ver los dos el semblante demudado de don Pedro, se sobresaltaron.

—¿Qué sucede, señor? dijo doña Margarita.

Isabel miraba con ansiedad á su padre.

Este temblaba; le relampagueaban los ojos.

Estaba pálido, lívido, como un espectro.

Se conocía que le apretaba una cólera mal contenida.

—Que no se me vuelva á hablar más de ese hombre, exclamó.

—¿De qué hombre, señor? dijo Margarita.

—De ese príncipe, ó de ese diablo, exclamó don Pedro.

—¿Pues no queréis casarle con vuestra hija? exclamó doña Margarita que estaba también demudada.

—¡Antes mil veces muerta! ese príncipe de mis culpas es un libertino, un hereje, un mal hombre dejado de la mano de Dios.

Y don Pedro, sin decir ni una palabra más, se salió violentamente de la cámara.

CAPITULO LXXVIII

En que se ve la importancia que puede tener que un mensajero montado sea aficionado á correr liebres

Apenas salió del aposento de Isabel don Pedro, cuando doña Margarita salió también, demudada y temblorosa.

Se fué al tercer piso de la torre.

Encontró á un escudero que la servía preferentemente.

—Castell, le dijo; monta al momento á caballo, y véte á alcanzar, por el camino de Barcelona, á Práixas, que ha salido de la torre hace media hora: cuida de encontrarle: cuando le encuentres, dile que se vuelva, de orden mía.

—Muy bien, señora.

—No te detengas un momento.

Castell bajó á las caballerizas, enjaezó su caballo, y tal como estaba, sin prevenirse de nada, montó y partió.

Tomó el camino de Barcelona á la carrera.

Media hora antes había salido Práixas.

Llevaba una carta de doña Margarita para Marsilla.

Ya hemos dicho que doña Margarita amaba á Marsilla como un hijo.

Tanto como á Isabel.

Aquella carta era muy lacónica.

Decía únicamente:

«Hijo de mi alma:

»La desventura nos persigue: vén cuanto antes: aquí se ha presentado, como llovido del cielo, un tal príncipe romano, pariente del Papa, y primo del rey don Pedro, que se llama Miletto de Castellobianco. Quiere casarse con Isabel, y mi esposo se muestra contento de ello. Vén sin tardar. No te presentes en la torre. Avísame cuando llegues: yo iré á verte á casa de tu padre, en la villa. Tu madre,

MARGARITA.»

Iba Práixas muy á su pesar, con esta carta camino de Barcelona, cuando... ¡casualidades del diablo!... una liebre saltó de debajo de los pies del caballo, y se lanzó por un terreno baldío.

Práixas era un cazador furioso.

Lanzó su caballo á rienda floja tras de la liebre, saliéndose del camino.

La liebre superó un altonazo.

Lo superó el caballo.

Siguieron, la liebre delante y á gran distancia.

El jinete detrás.

No se veía á la liebre más que de trecho en trecho.

Se perdía.

Práixas arrimaba las espuelas á los ijares del caballo, que forzaba su carrera ya vertiginosa.

El bicho estaba acostumbrado á correr liebres, y se encarnizaba sobre la que seguía.

Y la liebre, y el caballo en consecuencia, no corrían sino que volaban.

Práixas no perdía la esperanza.

Aún veía, de tiempo en tiempo, á la fugitiva.

Cuando se corre de tal manera, en muy poco tiempo se hace un grandísimo espacio.

Práixas no creia que faltara á su obligación; esto es: al mandato de su señora, siguiendo una liebre que le había saltado de debajo de los pies.

Además, por el terreno por donde iba, se llegaba á un caminejo, que era un atajo del camino real, por el cual se aventajaban cuatro leguas.

No se perdía, sino que se ganaba.

Él seguía su ruta.

Forzó al caballo.

La liebre, rendida, se agazapó dos ó tres veces, y el caballo pasó sobre ella.

Pero Práixas, que era un cazador muy práctico, no perdía por esto ventaja.

Al fin, y en el borde ya de aquel caminejo de atraviesa, el caballo puso las patas sobre la mísera liebre.

La mató.

Práixas hizo su pieza.

Guardó la liebre en las alforjas.

Luego siguió por el caminejo.

A poco encontró una venta.

—¿Y por qué no he de comerme yo mi caza? dijo.

Y en la venta se entró.

Necesitaba el caballo descanso.

El aprieto que le había dado Práixas había sido enorme.

Enmantó al bicho.

Esperó á que el aliento se le hiciese regular.

A que se le secase el sudor.

Le dió un pienso corto.

Luego, mientras su *preve* se cocía y se condimentaba por una robusta y no desgraciada moza, Práixas se puso á dar conversación á esta moza, que no se mostraba muy desdeñosa, y á un enorme jarro lleno de vino.

Cuando la liebre estuvo en disposición de ser devorada ya Práixas tenía la cabeza entre dos luces.

Iba la tarde cayendo.

Ya hemos dicho que hacía un horrible día de agua y ventisca.

El rincón de la caliente chimenea donde estaba comiendo Práixas valía aquel día un mundo.

Rociando la liebre, tragó el contenido de otro jarro.

Con el último bocado y con el último trago Práixas se durmió.

Cuando despertó se encontró en el pajar.

Estaba á oscuras.

Zumbaba sobre el techo el aguacero.

Mugía el viento.

Nada más se oía.

Debía ser la alta noche.

Práixas se volvió del otro lado.

Cuando despertó de este segundo tumbo ó sueño, la luz del día entraba por una claraboya del pajar.

Como no tenía que vestirse, bajó.

—Vaya, señor escudero, le dijo la moza, que os habéis pasado toda la noche durmiendo como un tronco.

—Así es mejor, respondió Práixas, que así se descansa.

Dió un pienso á su caballo.

Almorzó lo que le dieron.

Enjaezó al bicho.

Pagó la cuenta, montó y partió.

La moza, que le veía alejarse bajo la lluvia bajo el viento, exclamó:

—Allá va, bien comido, bien bebido y bien dormido, y aún pudiera ir mejor todavía.

Porque llovía, porque venteaba y porque se había retrasado un tanto, Práixas picó su caballo.

Castell, que por el camino real no le había encontrado, y que se había alejado, sobreviniendo la noche y arreciando la lluvia, se metió en una venta.

Por allí no había pasado en todo el día nadie.

A la mañana siguiente, Castell salió de esta venta, mucho más completo que Práixas había salido de la otra.

Se volvió á la torre de Segura.

Llegó á ella al oscurecer.

Doña Margarita supo con despecho que no había encontrado á Práixas.

—¿Y bien? dijo: no importa: vendrá Diego, y hablaremos.

La buena doña Margarita se conformó.

Dios la había hecho para conformarse.

Esperó pacientemente á que viniese Marsilla.

Aquel mismo día salieron para Barcelona los huéspedes de don Pedro de Segura.

FIN DEL TOMO PRIMERO

BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE ESPASA Y C.ª

221, CORTES, 223

1894

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I. De cmo don Pedro Ahones, queriendo cometer un crmen, se encontró cogido en sus propias redes.

II. En que continúan los misteriosos principios de nestro relato. 13

III. Lo que era la torre de Segura. 20

IV. Un pimer perfil del ricohombre don Pedro de Segura. 26

V. En que se ve un perfil más de don Pedro de Segura, y se conocen dos nobles damas y un amor desconocido. 30

VI. De cómo es imprudente encerrar un pájaro sin reconocer la jaula. 40

VII. Algunos antecedentes necesarios para la inteligencia del lector. 48

VIII. En que se ven aparecer los celos manifestando el amor. 58

IX. De cómo una mujer, por buena que sea, puede tener un pensamiento satánico. 63

X. Un gran diálogo de amor, de dos que se amaban desde la cuna. 71

XI. En que resulta, según el testimonio de un doctor árabe, que el ermitaño de Nuestra Señora del Pilar era un gran médico. 75
XII. En que tiene lugar algo misterioso. 80
XIII. En que se dice algo más sobre el padre Roger. . 83
XIV. Algo más sobre el padre Roger. 88
XV. En que el monje empieza una sencilla, pero gravísima historia. 92
XVI. De cómo puede hacer creer un hombre que ha partido del mundo para no volver. 107
XVII. En que el monje continúa su terrible historia. . 121
XVIII. En que el monje relata un crimen horrible. . . 131
XIX. En cuyo final se trasluce quién era el monje misterioso. 140
XX. De cómo iba determinándose ante nuestros personajes la fatalidad. 149
XXI. En que se cuenta cómo fué la salvación de don Enguerrando de Azagra. 156
XXII. En que se ve de qué extraña manera volvió á casarse don Enguerrando de Azagra. 164
XXIII. En que se ve por cuáles extraños y terribles caminos lleva Dios á sus criaturas para convertirlas. . 172
XXIV. De cómo fueron acogidos en la torre de Segura la hermosa extranjera y el horrible negro. . . . 185
XXV. De cómo un consejo de familia estuvo á punto de convertirse en un campo de Agramante, y fué necesario el temor de la excomunión para que todo acabase en paz. 197
XXVI. En que Galcerán cuenta una extrañísima historia, á propósito de la torre del Valle Maldito. . . 212
XXVII. En que Marsilla, merced á Galcerán, se pone en situación de observar á personas que creían no ser observadas. 243
XXVIII. En que se dan á conocer algunos interesantes personajes, y se ve que Marsilla puede hacer un gran servicio á don Pedro de Segura. 249
XXIX. En que da una magnífica cuenta de sí mismo Marsilla. 264
XXX. En que se ratifica una antigua amistad, y se delinea el corazón de una mujer. 272

XXXI. En que Marsilla acaba de acentuar su carácter. . 281
XXXII. En que se ve lo que puede hacer pensar y sentir el delirio del amor. 293
XXXIII. De cuántas cosas pueden decirse, sentirse y calcularse durante un paseo.. 299
XXXIV. De cómo pueden despedirse dos almas. . . . 303
XXXV. De cómo puede apelarse al fuego del incendio, para borrar los vestigios del fuego del amor. . . 314
XXXVI. Lo que pueden hacer unas funestas apariencias. . 321
XXXVII. De cómo don Enguerrando salió á aventuras, con un tesoro y un ejército, cambiado de traje, pero siempre de incógnito. 333

LIBRO SEGUNDO

EN BARCELONA

Capítulo I. En que aparece un misterio en una hermosísima mujer. 345
II. En que se aclara en gran manera el misterio que envolvía á Angiolina. 360
III. En que se aclara completamente el misterio de la historia de Angiolina. 364
IV. De cómo Angiolina encontró verdaderamente un tesoro. 389
V. En que se ve lo que hizo Angiolina del palacio y del dinero que la había dado su padre. . . . 399
VI. De cómo llegó á hacerse célebre por su hermosura y por su corazón Angiolina. 405
VII. De cómo en un solo momento puede nacer y crecer hasta hacerse incontrastable el amor. . . . 414
VIII. En que se ve hasta dónde llegaba el amor de Isabel, y aparece un nuevo y misterioso personaje.. . 427
IX. De cómo un amor violento puede revestir las formas de la abnegación. 440
X. En que Gutier de Malespina averigua sin preguntar, más de lo que averiguar quería. 446

XI. De cómo por el amor, la mujer más digna puede dar en algo, sino enteramente pecaminoso, á lo menos reprensible. 452
XII. De cómo por escuchar, oyó Angiolina lo que no hubiera querido saber. 459
XIII. En que se ve que Angiolina usaba y aun abusaba del rey, y en el fin del cual ella ve lo que no esperaba ver. 465
XIV. Que es tan corto como la audiencia de un rey. . . 473
XV. De como no es prudente aventurarse en lugares no conocidos. 476
XVI. En que se ve que bien podía llamarse reina de Aragón á Angiolina. 484
XVII. De cómo se atreve á todo una mujer enamorada. . 492
XVIII. En que, á causa de una opinión de Galcerán, se habla algo largamente del casamiento del rey don Pedro II de Aragón. 502
XIX. En que se ve que Marsilla era testarudo y sin miedo y que tenía, además, una fe ciega en la protección de Dios. 517
XX. De cómo fué secuestrado Marsilla. 527
XXI. En que se dan más explicaciones acerca de los Compadres de la Cruz de fuego. 531
XXII. En que Angiolina se encuentra con que tiene algo más que lo que esperaba. 539
XXIII. Lo que era el castillo de la Cueva, del Jorobado ó de Malespina. 546
XXIV. En que se ve que Malespina era admirable y lealmente servido. 551
XXV. Lo que pasó en la hospedería de Los Tres Caballeros negros. 555
XXVI. De cómo allá van leyes, do quieren reyes. . . 562
XXVII. De cómo el delirio del amor puede ser un tormento horrible para la mujer que le escucha. . . 571
XXVIII. De cómo lo que hace más temible á un buen capitán, es saber retirarse á tiempo. 579
XXIX. De cómo Marsilla, traído y llevado, iba de sorpresa en sorpresa. 597
XXX. En que suceden cosas de difícil explicación. . . 603
XXXI. En que se ve hasta qué punto era acertada la con-

ducta de Angiolina respecto á Marsilla. . . 613
XXXII. De cómo los proyectos de Angiolina iban dando un resultado preciso. 622
XXXIII. En que el autor se pierde en un maremagnum de pensamientos, que ni son filosofía ni dejan de serlo, ni conducen á otra cosa que á decir que es bueno tener fe en Dios.. 629
XXXIV. En que se amplía el anterior. 645
XXXV. En que empiezan á ponerse en ejecución los proyectos de Angiolina. 653
XXXVI. De la extraña escena que tuvo lugar entre Isabel de Segura y Gutier de Malespina. 658
XXXVII. En que se ve cuán caritativa y cuán buena era Isabel de Segura. 666
XXXVIII. En que se explica el anterior. 672
XXXIX. En que se conoce el buen temple del alma de Isabel de Segura. 680
XL. En que se pone á Marsilla y Alejandra en camino de creer que la vida es sueño. 684
XLI. De cómo á Angiolina le vino muy bien el dejarse prender.. 690
XLII. En que se ve de qué manera urdía la trama Angiolina. 699
XLIII. De la conversación que tuvieron don Pedro de Segura, y su mujer doña Margarita de Centellas. . 712
XLIV. De cómo si Galcerán abusaba, sus abusos venían á ser inútiles. 720
XLV. De lo que empezó á ver, á través de un agujero, Marsilla 733
XLVI. En que se ve cuán extraña manera de amar tenía la hermosísima Agar. 737
XLVII. De cómo Galcerán comete, sin saberlo, una grande imprudencia.. 744
XLVIII. En que se ve que Galcerán era hombre de bien, y leal á su amo 750
XLIX. De la mutación de escena en que se encontró Alejandra. 756
L. En que se ve lo galante que era el señor moro, en cuyo poder había caído Alejandra. 763
LI. En que se ve que Isabel tuvo un motivo más para

afligirse.. 768
LII. De cómo no tenía muy buen genio don Pedro de Segura. 776
LIII. En que Gutier de Malespina cuenta á Angiolina la primera parte de una peregrina historia. . . 780
LIV. En que Malespina continúa su historia. 791
LV. En que se presenta un nuevo é interesante personaje. 807
LVI. De cómo podía llamarse á Mâri-galana la reina de los buitres. 816
LVII. En que Mari-galana acaba de contar su historia. . 833
LVIII. De cómo María encuentra su suerte en el servicio del castellano de Segura. 841
LIX. De cómo Angiolina tuvo ocasión para desconfiar de Malespina. 844
LX. De cómo María tuvo que defenderse, tomando por un hermoso mancebo enamorado á Angiolina. . 849
LXI. En que prosigue el asunto del anterior. 854
LXII. En que se ve que el Encogido tuvo sus razones para recelarse. 859
LXIII. De cómo los sucesos se iban complicando más y más. 866
LXIV. Nuevos enredos. 879
LXV. En que Angiolina se encuentra en una situación extraordinariamente difícil.. 882
LXVI. En que se ve á qué formidable punto llevaban las consecuencias de sus amores á Angiolina. . . 888
LXVII. De cómo un lobo puede ser cazado por un tigre. . 892
LXVIII. De cómo el Maestro de los Compadres salva la vida á María creyendo que la salvaba á Isabel. . . 897
LXIX. En que Isabel se encontró con una terrible enemiga, y María con que su amor era un fantasma.. . . 900
LXX. De cómo el Encogido escapa milagrosamente con la vida y de cómo hay peregrinos que son lo que no parecen.. 904
LXXI. De cómo una moneda falsa puede parecer buena, aun en las manos más experimentadas. . . . 912
LXXII. De cómo Isabel toma para Malespina la influencia de un ángel. 920
LXXIII. De cómo empezaron á dar fruto las buenas obras de Isabel. 923

LXXIV. En que se ve crecer la figura de Gutier de Malespina. 930
LXXV. En que se contiene una carta de un infante de Aragón desconocido, á un rey de Aragón muy mal conocido, si nos hemos de atender á la historia.. 938
LXXVI. De la concluyente conversación que tuvieron Angiolina y Malespina. 944
LXXVII. De cómo Angiolina rompió los compromisos que el príncipe Miletto de Castellobianco había contraído con don Pedro de Segura. 950
LXXVIII. En que se ve la importancia que puede tener que un mensajero montado sea aficionado á correr liebres. 962

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

TOMO PRIMERO

Portada. 2

—Después de Dios, caballero, os debemos la vida; y antes de que Marsilla pudiese evitarlo le besó la mano. 14

Doña Yolanda se abalanzó sobre aquel cuerpo inerte, en un estado de terror, imposible de describir. 136

Vió á Isabel arrojada sobre el reclinatorio, y llorando, sujeta á una convulsión terrible. 313

Angiolina era la que despachaba los botecillos de vidrio azul oscuro, que contenían el filtro milagroso. 348

Y el espino cedía... cedía... 528

—¡Ah! exclamó la mendiga asiéndose; ¡mi vida por vos, señora!... 670

Luego cayó desvanecida de amor entre sus brazos. . . . 786

La desdichada lanzó un horrible grito, vaciló un momento y cayó de espaldas. 889

299145
LS
F3674am
Author Fernández y González, Manuel
Title Los amantes de Teruel. Ed.3. Vol.1.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Rd. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU